William Craig

La batalla de Stalingrado

Edita PDF

LA BATALLA POR STALINGRADO

— oOo —

Título Original: *Enemy at the gates. The Battle for Stalingrad*

© 1973, WILLIAM CRAIG
© 2005, Editorial Planeta, S.A.

Lorenzo Cortina, por la traducción.
ISBN: 978-84-08-06181-X

A mi esposa Eleanor,
a la que amo

PRÓLOGO

Cuando era niño, descubrí un excitante mundo de fantasía en las páginas de los libros de Historia. A los siete años, caminaba por las murallas de Jerusalén detrás de los cruzados; a los nueve, me aprendí de memoria el glorioso pean de Alfred Lord Tennyson a los inmortales hombres de la Brigada Ligera y a su carga de Balaklava. Dos años después, desarraigado de mi ambiente habitual, cuando mi familia se trasladó a otra ciudad, descubrí un alma gemela en la singular figura de Napoleón Bonaparte que languidecía en su exilio de la isla de Santa Elena.

El bombardeo de Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941, añadió una nueva dimensión a mi interés por las figuras y acontecimientos históricos. Mis propios parientes estaban inmersos en el conflicto y seguí sus hazañas día a día durante la Segunda Guerra Mundial. Como el autonombrado Boswell en las fuerzas aliadas, descuidé mis declinaciones latinas para registrar los ominosos detalles acerca de Wake, Guam, Batán y Corregidor. Al empezar el octavo grado, en el otoño de 1942, me convertí en un cartógrafo aficionado, dibujando meticulosos mapas de lugares tales como Guadalcanal y Nueva Guinea, e incluso de una ciudad llamada

Stalingrado, situada en el corazón de Rusia. Debido a mi apasionado interés por Napoleón, y porque conocía la total derrota de su Grande Armée *en las vastas llanuras nevadas de la Rusia zarista, rápidamente se desarrolló mi interés por el intento alemán de conquistar la Unión Soviética. Se me ocurrió que el mismo destino podía aguardar a los* panzers *nazis que se introducían resueltamente por la zona vital de la URSS.*

Durante octubre y noviembre de 1942, cada vez robé más tiempo a mis estudios para leer todo lo que caía en mis manos acerca de aquella ciudad soviética situada en el umbral de Asia. Los informes hablaban de luchas por

las alcantarillas, en los sótanos, en los edificios comerciales, y traté desesperadamente de imaginarme aquellos horribles momentos en las vidas de unos hombres. Para un muchacho de trece años, criado en un país en paz, era muy difícil conjurar tales imágenes.

En febrero de 1943, el VI Ejército alemán se rindió y nuestros periódicos se llenaron de descripciones de aquella asombrosa victoria rusa. Llamó particularmente mi atención una telefoto del mariscal de campo Friedrich von Paulus después de ser capturado. Su rostro estaba lleno de arrugas; sus ojos hablaban de las pesadillas que había vivido. Aquel

oficial alemán, en un tiempo arrogante, era ahora un hombre acabado.

El recuerdo de aquella foto me acompañó a través de los años.

• • •

Durante el siguiente cuarto de siglo, tanto las imprentas soviéticas como las alemanas vomitaron un alud de libros acerca de Stalingrado. Algunos eran relatos personales; otros, tratados históricos. Los rusos escribieron con orgullo por su increíble victoria. Sin embargo, frecuentemente distorsionaban los hechos para acomodarlos a las realidades políticas. El nombre de Stalin desapareció de los

relatos de la batalla; lo mismo sucedió con los de Jruschov (Kruschev), Malenkov y el mariscal Zhúkov. Así, la versión rusa de la historia quedó velada por el secreto oficial. Por el lado alemán, la narración de los hechos sufrió una distorsión diferente. Pocos autores alemanes examinaron las miles de complejidades que condujeron a la pérdida del VI Ejército en Stalingrado, al no poder hacerlo por habérseles negado el acceso a las fuentes rusas. Y las memorias de los generales alemanes que participaron en la batalla estaban llenas de declaraciones discutibles, de vilipendios personales y de censuras. Además, los alemanes nunca creyeron

en la obstinada defensa de Stalingrado por parte del Ejército Rojo y en el brillante contraataque que derrotó al que, hasta entonces, habían considerado el mejor Ejército del mundo.

Ahora me había convertido en autor e historiador y, cautivado aún por aquella foto de un Paulus abatido, me embarqué en una investigación personal de lo que había sucedido en Stalingrado. Rara tener éxito en la empresa, debía hacer lo que nadie había realizado antes: estudiar los archivos oficiales tanto de las fuerzas rusas como de las del Eje comprometidas en el conflicto, visitar el campo de batalla y pisar la tierra

por la que tantos hombres habían muerto, localizar a los sobrevivientes de la batalla —rusos, alemanes, italianos, rumanos, húngaros— y conseguir sus relatos como testigos presenciales, sus diarios, fotografías y cartas. No era tarea fácil.

Primero visité a Ernst von Paulus, el único hijo vivo del mariscal de campo, en Viersen, Alemania Occidental. Notablemente parecido a su padre, Ernst habló durante horas acerca de aquel hombre que tanto había sufrido: la pérdida de todo su Ejército, sus años de cautiverio en la Unión Soviética, el crepúsculo de su destrozada vida en Dresde, donde Paulus consumió sus últimos días escribiendo refutaciones

destinadas a aquellos críticos que le achacaban la tragedia de Stalingrado.

Luego fui a Stalingrado, la ciudad que destruyó la carrera y la reputación de Paulus. Un visitante casual se da cuenta de que Stalingrado vuelve a ser un gigante industrial en la Unión Soviética. Sus anchos bulevares están bordeados por parterres con flores. Relucientes casas blancas de apartamentos forman kilómetros de confortables oasis en un mar de atareadas fábricas y talleres. Los habitantes de la ciudad caminan con energía a lo largo de las calles del centro. En un cruce, un corro se agolpa ante un sedán nuevo para admirarlo; por la noche, las parejas pasean por

los muelles del Volga y contemplan las luces de los buques y barcazas que pasan. En un lugar tan pacífico es casi imposible imaginar que dos naciones libraron tan titánica lucha.

Las huellas de aquella cruel batalla son escasas. En un elevador de granos, a través de la fachada de cemento de los silos, se ve una línea irregular de impactos de bala. En la pared de los grandes almacenes Univermag, una placa indica que el VI Ejército alemán se rindió aquí en 1943. Más al norte, en la calle Soléshnaia, una antena de televisión se alza desde una casa de pisos donde otra inscripción describe una batalla de cincuenta y ocho días por la posesión del edificio durante el

otoño de 1942. Mientras permanecía de pie leyendo aquella inscripción, los niños corrían a través de un patio cubierto de yerba, que antaño estuvo lleno de minas y soldados muertos.

En el pequeño Museo del Ejército de Volgograd, cerca de la estación central de ferrocarril, unos oficiales me mostraron con legítimo orgullo recuerdos del conflicto: el capote andrajoso y cosido a balazos de un oficial del Ejército Rojo, centenares de banderas rojo-blanco-negras con la esvástica, tomadas a famosas unidades alemanas, pistolas, órdenes oficiales y diarios y cartas capturados. En las paredes había dioramas brillantemente pintados con escenas de la batalla.

Pero sólo en la colina de Mámaiev, que se levanta en el centro de la ciudad, puede uno empezar a comprender la enormidad de lo que realmente sucedió allí. Mientras recorría los cien metros que hay hasta la cumbre, pasé por un bosque de grupos escultóricos que recuerdan el triunfo ruso: una estatua del general Vassili Iványovich Chuikov, el único hombre que merece el nombre de «salvador de Stalingrado»; una mujer abrazando estrechamente a un niño muerto; hombres que disparan sus armas contra los enemigos que tratan de llegar hasta ellos desde el Volga. En la cumbre del Mámaiev, alcé la vista con asombro hacia la estatua de

cincuenta metros de altura de la «Madre Rusia». De sus hombros cuelga una capa y en su mano derecha Mande una espada. Vuelve el rostro para exhortar a sus compatriotas a la victoria. A sus pies, en una rotonda circular, se encuentra un gran sepulcro que contiene los restos mortales de diez mil de sus hijos recogidos en el campo de batalla; sus nombres están escritos en las paredes de la rotonda. En aquel lugar tranquilo, se oye constantemente música fúnebre. En medio del bloque de cemento que cubre el lugar de descanso de aquellos hombres, un gigantesco brazo esculpido se levanta hacia arriba. En su cerrado puño, una antorcha encendida penetra la

oscuridad.

Desde una sinuosa rampa, los visitantes contemplan la tumba. Nadie habla. El silencio de la muerte les acompaña, a la brillante luz del sol, mientras Stalingrado hierve de renovada vida. Las trincheras han sido cubiertas. El alambre espinoso ha desaparecido de las laderas. Se han quitado los carros y cañones abrasados. Incluso se han removido de la tierra las tumbas alemanas. Se han borrado casi todas las huellas físicas de aquella terrible guerra. Pero las huellas mentales persisten y, alrededor del mundo, los hombres y mujeres que estuvieron en Stalingrado en 1942 tiemblan aún al recordar aquellos

espantosos días.

Como el obrero de una fábrica de Stalingrado cuyos ojos se cierran con odio cuando recuerda los aviones enemigos ametrallando civiles en un atestado muelle del Volga; o un ex oficial soviético al que le tiembla la voz cuando describe los terribles gritos de sus hombres, que cayeron en una emboscada y sufrieron una carnicería en los campos del oeste de Stalingrado; o el emigrado ruso, en Haifa, Israel, que solloza de pena cuando recuerda a un bebé aplastado contra la pared por unos soldados alemanes borrachos.

En una lujosa residencia de Roma, un eminente cirujano italiano se estremece mientras relata las distintas escenas de

canibalismo que se desarrollaron en los campos de prisioneros de Siberia después de la batalla. Su esposa escuchaba en medio de una horripilante fascinación cómo el doctor recordaba que los caníbales más refinados dejaban de lado los cadáveres de más de un día. Preferían la sangre caliente de los soldados recién muertos.

A una mujer rusa, ahora esposa de un famoso músico americano, sólo la consumía un recuerdo. Dieciocho meses después de que acabara la lucha, cuando su tren de refugiados se detuvo en Stalingrado, el hedor de miles y miles de cadáveres que aún yacían entre los escombros la hizo vomitar.

Lo mismo puede decirse de los alemanes. En un suburbio de Hamburgo, un fornido oficial de la Luftwaffe que narraba amargas imágenes de los golpes que le dieron los guardianes soviéticos en la prisión se echó a llorar de repente y me suplicó que no le hiciese más preguntas.

En Colonia, una mujer que llevaba esperando veintisiete años el regreso de su marido, dado por desaparecido en combate, me hizo una pregunta. Con los ojos llenos de lágrimas me dijo: «¿Cree que podría ir a Stalingrado a ver si le encuentro?». Me percaté de su increíble devoción a la memoria de un hombre contado entre las bajas hacía tanto tiempo por los registros del

Gobierno y sólo pude sacudir con pasmo la cabeza y decir: «No, no creo que pueda servir de nada.»

Comprendió lo que mi respuesta quería decir. Sonrió valientemente, se levantó y preparó un té para los dos.

• • •

El catálogo de recuerdos amargos creció ampliamente cuando me encontré con centenares de hombres y mujeres que habían sobrevivido al holocausto de Stalingrado. Quedé trastornado por lo que me dijeron y tuve que recordarme a mí mismo una y otra vez que debía escuchar aquellos cuentos de horror porque tales relatos

eran vitales para una reconstrucción válida del conflicto. Aún fue más horroroso el irme percatando, poco a poco, mediante las estadísticas que iba descubriendo, de que la batalla había sido el mayor baño de sangre militar conocido en la historia. Mucho más de un millón de hombres y mujeres murieron a causa de Stalingrado, una cantidad que sobrepasa los anteriores registros de muertos de la primera batalla del Somme y de Verdún, en 1916.

La mortandad se puede descomponer del modo siguiente: Según informaciones de fuentes oficiales rusas, sobre bases no totalmente dignas de crédito (debemos recordar que los

rusos nunca han declarado oficialmente sus bajas durante la Segunda Guerra Mundial), las pérdidas en soldados del Ejército Rojo en Stalingrado ascienden a 750.000 muertos, heridos o desaparecidos en combate.

Los alemanes perdieron casi 400.000 hombres.

Los italianos perdieron más de 130.000 hombres de su Ejército de 200.000 soldados.

Los húngaros perdieron aproximadamente 120.000 hombres.

Los rumanos también perdieron 200.000 hombres en torno a Stalingrado.

En lo que se refiere a la población

civil de la ciudad, un censo de preguerra arroja la cifra de 500.000 habitantes antes de que se iniciaran las hostilidades de la Segunda Guerra Mundial. Este número aumentó cuando una corriente de refugiados se abatió sobre la ciudad desde las otras zonas de Rusia que estaban en peligro de caer en manos de los alemanes. Una porción de los ciudadanos de Stalingrado fueron evacuados antes del primer ataque alemán, pero se sabe que 40.000 civiles murieron en los dos primeros días del bombardeo de la ciudad. Nadie conoce cuántos murieron en las barricadas o en las zanjas anticarros o en las estepas circundantes. Los archivos oficiales

sólo proporcionan un dato escueto: cuando terminó la batalla, un censo realizado sólo encontró a 1.515 personas que hubiesen vivido en Stalingrado en 1942.

A medida que surgían esas inexorables estadísticas, empecé a dirigir a los sobrevivientes la más importante de las preguntas: ¿Cuál fue la verdadera trascendencia de la batalla?

En 1944, el general Charles de Gaulle visitó Stalingrado y paseó a través de las ruinas aún sin desescombrar. Después, en una recepción en Moscú, un corresponsal le preguntó sus impresiones acerca del escenario. «Ah, Stalingrad, c'est tout de

même un peuple formidable, un tres grand peuple», *dijo el líder de la Francia Libre. El corresponsal estuvo de acuerdo*: «Ah, oui, les Russes...», *pero De Gaulle le interrumpió con impaciencia*: «Mais non, je ne parle pas des Russes, je parle des Allemands. Tout de même, avoir poussé jusque là...» (*«Haber llegado tan lejos...»*)

Nadie que conozca los problemas militares puede estar de acuerdo con De Gaulle. Que los alemanes fueran capaces de atravesar más de mil quinientos kilómetros del sur de Rusia para llegar a las orillas del río Volga constituyó una increíble hazaña. Que los rusos conservaran Stalingrado, cuando casi todos los estrategas creían

que la Unión Soviética estaba al borde del colapso, es algo igualmente extraordinario.

Derrotados durante más de un año por el Moloch nazi, muchos soldados del Ejército soviético habían llegado al convencimiento de que los alemanes eran invencibles. Miles de ellos corrieron hacia las líneas enemigas en demanda de socorro. Otros miles desertaron de las líneas de los frentes. En la Rusia no ocupada, la población civil fue presa de la misma desesperación. Ante aquellos millones de personas muertas o sometidas al dominio alemán, con unos suministros cada vez más reducidos de alimentos, ropas y albergues, la mayoría del

pueblo ruso empezó a dudar de sus jefes y de sus Ejércitos. La sorprendente victoria sobre el VI Ejército alemán cambió esta actitud negativa. Psicológicamente alentados por aquel magnífico triunfo sobre los «superhombres nazis», tanto los civiles como los militares fortalecieron su ánimo ante las duras tareas que tenían ante sí. Y aunque la definitiva destrucción del III Reich demostraría ser una larga y costosa lucha, los rusos ya no volverían a dudar de su victoria. Después de Stalingrado, avanzaron con resolución hacia el oeste, directamente hasta Berlín y la herencia de su arduo paso a través de la zona vital de Alemania aún persiste hoy. Para la

Unión Soviética, la trayectoria hasta su presente papel de superpotencia empezó en el río Volga, donde, como lo describió Winston Churchill, «giró el gozne del destino...».

Para los alemanes, Stalingrado constituyó el acontecimiento individual más traumático de la guerra. Hasta entonces, ninguno de sus Ejércitos de selección había sucumbido en el campo de batalla. Hasta aquel momento, nunca tantos soldados habían desaparecido sin dejar huellas en las vastas soledades de un país extraño. Stalingrado fue un desastre que paralizó la mente de una nación que se creía la mejor de todas las razas. Un progresivo pesimismo empezó a invadir

los pensamientos de aquellos que habían cantado «Sieg Heil! Sieg Heil!» *en los mítines de Hitler y el mito del genio de Hitler empezó a disolverse lentamente bajo el impacto de la realidad de Stalingrado. En conversaciones furtivas, la gente, antes demasiado tímida para actuar contra el régimen, empezó a hacer planes concretos para derrocarlo. Stalingrado fue el principio delfín del III Reich.*

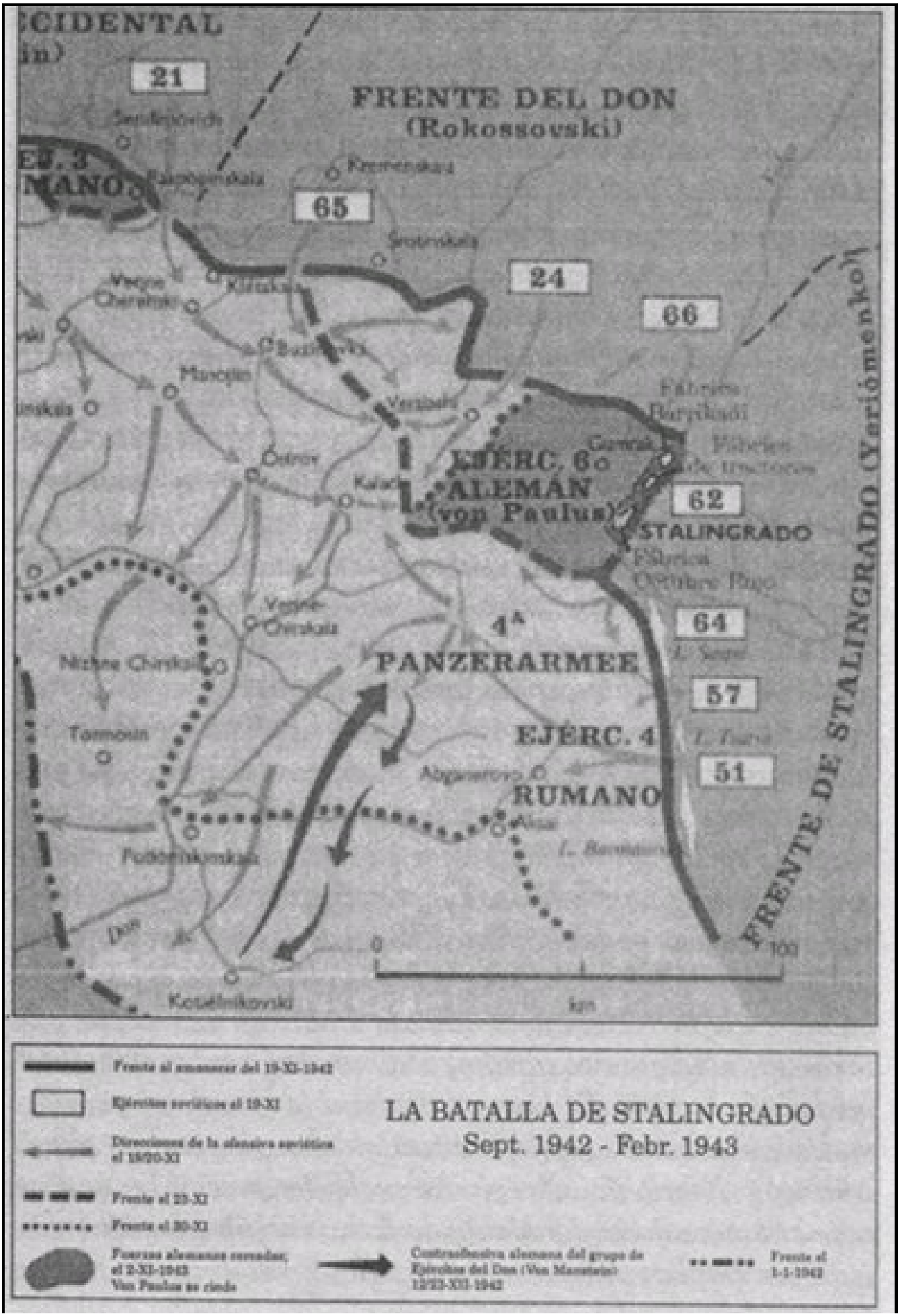
Tras haber empleado cuatro años investigando intensamente la batalla de Stalingrado desde ambos lados de la tierra de nadie, me di cuenta de que el mosaico del relato cambiaba con el paso de los días, como sucede con todas las historias. La brillante

ofensiva alemana sobre el Volga palidecía en relación con la inspirada defensa de Stalingrado por los rusos. Por otra parte, lo más absorbente de todo fue la gradual desintegración moral y física de los soldados alemanes cuando se percataron de que su suerte estaba echada. En su lucha por hacer frente a lo increíble, radica el dramatismo último de los acontecimientos.

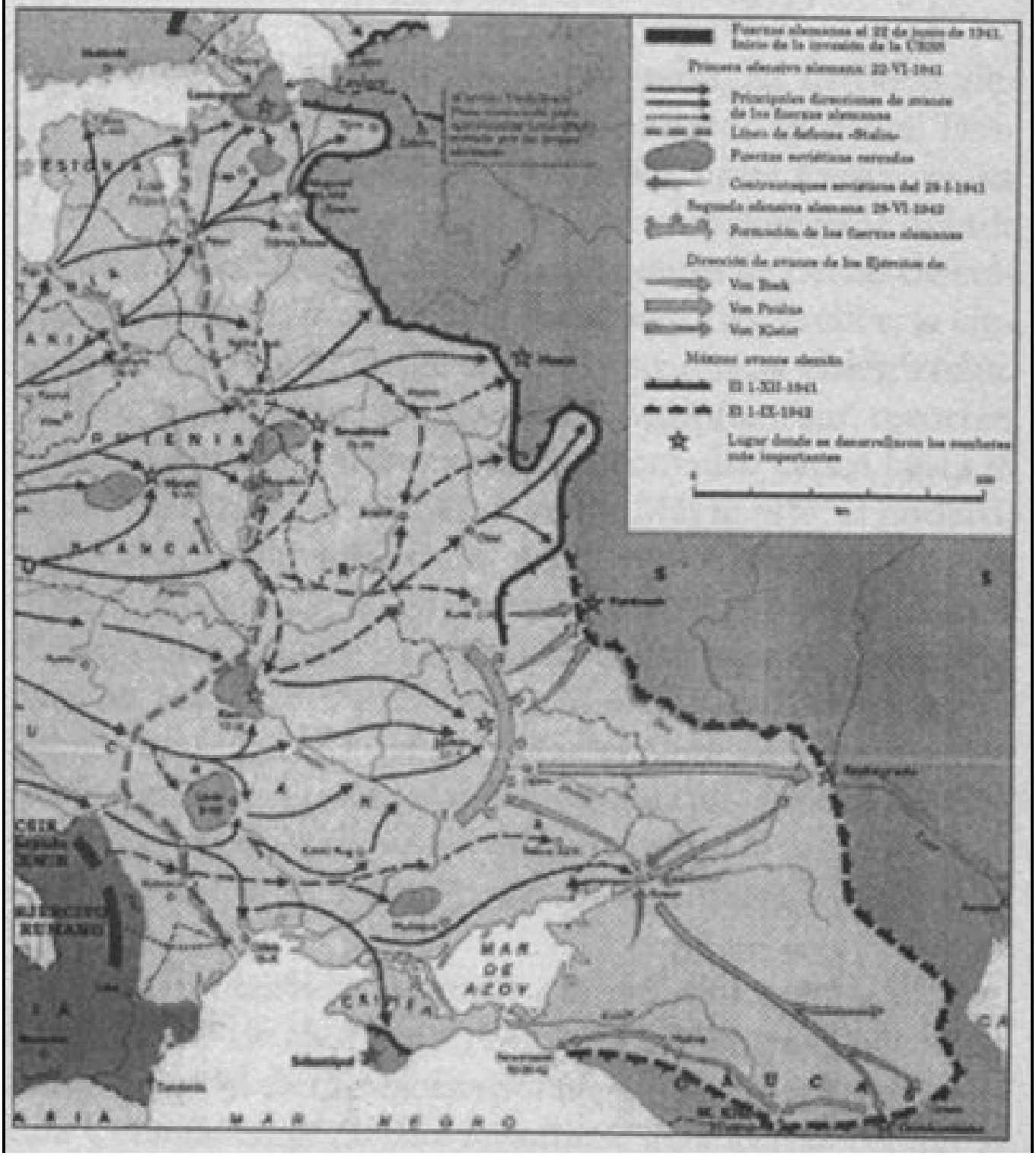
La brutalidad, el sadismo y la cobardía destacan notablemente en la historia. La envidia, la ambición desbocada y la insensibilidad ante el sufrimiento humano se dan con abrumadora frecuencia. El hombre aspira a la grandeza, pero demasiado a

menudo sus esperanzas quedan sumergidas por el instinto primario de sobrevivir a cualquier precio. Lo que sucede entonces no es agradable de leer. Ningún libro que describa tan amplias matanzas puede serlo. En Stalingrado fuimos testigos presenciales de una monumental tragedia humana.

WILLIAM CRAIG


CCIDENTAL
21
FRENTE DEL DON
(Rokossovski)
65
24
66
EJÉRC. 6º
ALEMÁN
(von Paulus)
62
STALINGRADO
64
4ª
PANZERARMEE
57
EJÉRC. 4
51
RUMANO
FRENTE DE STALINGRADO (Yariómenko)
Kotelnikovski
0
100
km
Frente al comenzar del 19-XI-1942
Ejércitos soviéticos el 19-XI
Direcciones de la ofensiva soviética el 19/20-XI
Frente el 23-XI
Frente el 30-XI
Fuerzas alemanas cercadas el 2-XII-1942. Von Paulus se rinde
Contraofensiva alemana del grupo de Ejércitos del Don (Von Manstein) 12/23-XII-1942
Frente el 1-1-1943
LA BATALLA DE STALINGRADO
Sept. 1942 - Febr. 1943

SITUACIÓN DEL FRENTE RUSO EN EL MOMENTO ÁLGIDO DE LA GUERRA ENTRE 1941 Y 1942



CAPÍTULO I

Quemada por el abrasador sol del verano, las herbosas tierras llanas de la estepa tienen un color pardo brillante. Desde las cercanías de Lugansk, en el oeste, hasta Kazajstán, en el este, la árida meseta abarca más de mil kilómetros del sur de Rusia. Sólo algunos trozos rectangulares de tierras de cultivo, los *koljoses*, mitigan la desolación y, desde ellos, la cinta de la carretera se dirige en línea recta hacia el horizonte.

Dos majestuosos ríos, que bajan de norte a sur, recorren el país. El errático Don excava un convulso cauce hasta la

ciudad de Rostov, en el mar de Azov. Más al este, el poderoso Volga se encorva más suavemente en su camino hasta su cita con el mar Caspio, en Astraján. Sólo en un lugar los ríos corren paralelos uno al otro, y la distancia que allí les separa no pasa de sesenta y cinco kilómetros. Tras ese breve intento de unión, fluyen implacablemente en sus trayectos solitarios hacia diferentes destinos, aunque dando, sin embargo, un poco de respiro al áspero suelo. De otro modo, el sofocante calor de la región agrietaría la tierra y paralizaría la vida.

Así han ocurrido las cosas durante siglos en la estepa. Pero el día 5 de agosto de 1942, una presencia malévola

se introdujo en el eterno escenario. Desde el oeste, desde la lejana Ucrania, empezaron a levantarse gigantescas columnas de polvo. Las revoloteantes nubes avanzaban a intervalos por la pradera, se detenían sólo durante breves períodos antes de seguir desplazándose hacia el este, hacia la barrera del río Don. Vistas a distancia, parecían tornados, esos fenómenos naturales que azotan las áreas abiertas de la Tierra. Pero aquellas nubes en espiral ocultaban al VI Ejército alemán, unas tropas seleccionadas y enviadas por Adolfo Hitler para destruir al Ejército soviético y al Estado comunista dirigido por José Stalin. Sus hombres estaban muy seguros de sí mismos: durante tres años de

guerra nunca habían sufrido una derrota.

En Polonia, el VI Ejército había hecho de la palabra *blitzkrieg* («guerra relámpago») un sinónimo de la omnipotencia nazi. En Dunkerque, ayudaron a inutilizar las fuerzas expedicionarias británicas, mandando a los *tommies* de vuelta a Inglaterra sin fusiles ni artillería. Escogido como punta de lanza para la invasión a través del canal, el VI Ejército se entrenó en desembarcos anfibios hasta que Hitler perdió los ánimos que tenía para el asalto y los envió a Yugoslavia, a la que conquistaron en pocas semanas.

Luego, en el verano de 1941, el VI Ejército empezó su campaña rusa y sojuzgó de modo completo al enemigo.

Rápidamente «liberó» varios millones de kilómetros cuadrados de Ucrania y alcanzó un nivel profesional sin parangón dentro de la guerra moderna. Cada vez más arrogantes por sus éxitos en los campos de batalla, sus soldados llegaron a la conclusión de que *«Kussland ist kaputt»*. Dicha convicción fue reforzada por la propaganda emanada del Fúhrerhauptquartier (Cuartel general de la OKW). Por ello, al desencadenar hacia fines de junio de 1942 la Operación Azul, el golpe definitivo, Adolfo Hitler prometió a sus soldados dar fin a la guerra.

La mayoría de los alemanes que había en la estepa estuvieron de acuerdo con

las profecías de triunfo de su Führer, especialmente cuando se percataron de la débil resistencia del Ejército Rojo. Aquella sofocante mañana de agosto, el VI Ejército se preparaba para salvar un nuevo obstáculo. Dos maltrechos Ejércitos soviéticos, el 1.° de Carros y el 62.° de Infantería, se encontraban acorralados contra los riscos que dominan las orillas occidentales del Don.

Unos dedos de acero se habían extendido por el otro flanco de los rusos. Oleadas de carros alemanes Mark III y Mark IV, cubiertos de polvo, vagaban por la región. Desde centenares de torretas, los comandantes de los carros daban breves órdenes a los

artilleros que hacían girar sus cañones para disparar contra los objetivos que se iban presentando.

Aterrados, los soldados rusos, que habían perdido la fe en sus oficiales y en el mismo Ejército Rojo, corrían a unirse a la creciente riada de desertores. Los alemanes los apiñaban en andrajosas columnas que marchaban hacia el oeste, alejándose del estrépito de la guerra. Los rusos estaban contentos. Para ellos, la captura significaba la supervivencia.

• • •

Los alemanes tenían poco tiempo que dedicar a sus prisioneros. En los puestos de mando de los regimientos y las

divisiones, los oficiales de alta graduación trazaban nuevas líneas en los mapas, escribían nuevas directrices y se las daban a los correos, que aceleraban los motores de sus motos al pasar a las caravanas de camiones que llevaban hombres y suministros cada vez más cerca del río Don. Dentro de los transportes, los infantes se anudaban pañuelos a la cara para protegerse de las nubes de polvo en que estaban sumergidos. Sus uniformes de color gris verdoso estaban cubiertos del polvo de la estepa, y tenían los ojos inyectados en sangre. Lo pasaban muy mal, pero como estaban ganando, su moral era elevada. De los camiones surgían estridentes canciones de marcha mientras los

adelantaban los motoristas.

Cuando los correos alcanzaron la línea principal de resistencia, entregaron mensajes a los cansados comandantes de los batallones y compañías, algunos de los cuales llevaban más de treinta días sin descansar. Su aspecto reflejaba la tensión del constante combate: sus rostros estaban pálidos, sus uniformes, antes impecables, se les pegaban al cuerpo y llevaban acumulada la mugre de la estepa. Los cascos eran un enorme estorbo, un imán para el sol que batía sobre ellos y hacía que el sudor les chorreara cuello abajo.

No obstante, los oficiales quitaron importancia a sus molestias y gritaron nuevas órdenes a sus sudorosos

hombres. Los *landsers* apagaron los cigarrillos, se colgaron al hombro fusiles y metralletas y se unieron a las inevitables columnas que se dirigían al este, siempre hacia el este, hacia el corazón de la Unión Soviética.

Contrariamente a la popular creencia de la época, los Ejércitos alemanes estaban muy lejos de una total mecanización. Sólo en el VI Ejército, más de 25.000 caballos transportaban los cañones y los suministros. Procedían de todos los lugares: inmensos caballos requisados en Bélgica, pequeños *panjes* rusos, no mucho más corpulentos que los burros, y que vivían en las estepas. Sus flancos se levantaban por el esfuerzo y sus ojos giraban, mientras se

encabritaban de miedo ante las repentinas explosiones. Los soldados de a pie pisoteaban el estiércol y lanzaban violentas maldiciones ante aquella nueva afrenta a su sensibilidad.

Pero seguían adelante, y pronto llegaron al borde de la tierra de nadie, donde los carros quemados y despanzurrados permanecían silenciosos, con sus cadenas de transmisión retorcidas caprichosamente y los cañones rotos. En medio de esta desolación, las tropas excavaron hoyos poco profundos y aguardaron la señal para el ataque.

La metralla rusa roció a los recién llegados; los restos humanos fueron recogidos a toda prisa, los médicos

cargaron a los heridos en ambulancias, que se apresuraron hacia los hospitales de campaña, situados a salvo en la retaguardia. Los camiones, los tanques y las motos se arrimaron a la cuneta para dejar pasar a los «furgones de la carne», mientras los enfermeros, en el interior de los mismos, se inclinaban sobre los mutilados cuerpos atados fuertemente con correas a las camillas.

En los hospitales de campaña, la atmósfera era casi tranquila. Sólo los sepultureros perturbaban el profundo silencio mientras, detrás del hospital de tiendas, ponían bajo tierra, metódicamente, un ataúd tras otro. Los curas castrenses entonaban las oraciones apropiadas, al mismo tiempo que una

guardia de honor lanzaba precipitadamente salvas al aire. Momentos después, un grupo de hombres empezaba a hincar en el suelo cruces de madera en la cabecera de cada sepultura, inscribiendo el nombre, la graduación y la unidad del soldado que quedaba sepultado en tierra extraña. Un correo informó que las tumbas crecían como hongos, a través de la estepa.

• • •

A unos cinco kilómetros del frente, una batería de *nebelwerfers*, de 150 mm, de aquellas que sembraban el terror desde su escondrijo, con seis cañones de mortero colocados sobre cureñas con

ruedas de neumáticos de caucho, estaba extrañamente silenciosa. Durante la mañana, mientras la dotación de los cañones se escondía en profundas trincheras para escapar al terrible retroceso del arma, los morteros habían disparado series de obuses de gran potencia, de treinta y cinco kilos, hacia un enemigo invisible. Ahora, tras haber agotado las municiones, los hombres estaban descansando con su jefe, el teniente Emil Metzger, agachados a la sombra de un camión. El teniente sacó unos papeles del bolsillo de su chaqueta y empezó a garrapatear un mensaje para su mujer, en Frankfurt: *«Liebe Kaethe...»*

El teniente alemán Emil Metzger y su

esposa Kaethe, el día de su boda (1940).

¿Cómo podía comunicar la noticia de que había perdido las esperanzas de obtener su primer permiso desde hacía dos años, cuando uno de sus amigos pudo ir a casa en su lugar para casarse? Mientras sopesaba el asunto, Emil cesó de frotarse su barba de tres días. Estaba orgulloso de cuanto había llevado a cabo desde aquel día de 1933 en que se alistó en la inexperta Reichswehr por un período de doce años, porque «quería hacer algo por la patria». Durante la invasión de Polonia, en 1939, el empuje de Metzger, su rapidez de gimnasta y su habilidad para soportar el esfuerzo físico le habían permitido ascender a

sargento. Al año siguiente, él y sus hombres lucharon a través de Francia y se endurecieron con los horrores que contemplaron en las carreteras que rodeaban Dunkerque. Ahora poseía la Cruz de Hierro de segunda clase y era oficial. Esto tenía poco que ver con el aprendizaje que había pensado realizar para llegar a oficial carnicero. El patriotismo no había sido su única razón para alistarse en el Ejército. La otra razón radicaba en que estaba asqueado de matar animales.

El teniente Metzger durante la batalla de Stalingrado (1942).

Emil se preguntó si podía poner en la carta que su ensortijado cabello negro había empezado de pronto a encanecer. Sus ojos castaños se entornaron cuando recordó el baile en que conoció a Kaethe Bausch. Se casaron poco después, en un breve intervalo de la lucha, en 1940, y sólo pasaron cuatro noches juntos antes de que él se reincorporase a la batalla. Era difícil encontrar palabras apropiadas y tranquilizadoras para explicar por qué no volvía a casa, pero estaba seguro de que Kaethe lo entendería. No había motivo para que ella se intranquilizara. Según los últimos rumores, la guerra estaba a punto de acabar. El Ejército

soviético había sido derrotado; una batalla más y sería aniquilado. Al terminar, puso: «Estaré en casa por Navidades».

Cerró la carta y la entregó a un asistente para que la echase al correo en cuanto el camión de suministros trajera una nueva carga de obuses. Se cubrió la nariz y la boca con un pañuelo y ordenó a la batería que se uniese a la línea de marcha. Emil les había dicho que se estaban dirigiendo a un lugar situado en el río Volga; se llamaba Stalingrado.

• • •

Otros hombres compartían el optimismo de Emil Metzger. En el

cuartel general del VI Ejército, unos cincuenta kilómetros al oeste del inestable frente, los oficiales examinaban los mapas y mentalmente restaban dos Ejércitos más del plan de batalla ruso. Era obvio que cuando los carros alemanes se reunieran, quedaría cerrada la última carretera abierta hacia el Don y aquella chusma atrapada entre las tenazas dejaría de existir. En lo concerniente a los estrategas, estaban planeando la próxima fase de la ofensiva: vadear el Don y desplazarse unos sesenta y cinco kilómetros más al este, hacia el Volga.

Los planes originales de la Operación Azul no preveían la toma de Stalingrado. De hecho, la ciudad no era un objetivo

importante del ataque. Tal como se concibió en un principio, la fuerza de ataque estaba formada por dos grupos de Ejércitos, el A y el B. El grupo A, bajo el mando del mariscal de campo List, incluía los 17.° y 1.° Ejércitos de carros; el grupo B, al mando de Fedor von Bock, se enorgullecía de contar con el IV Ejército Panzer y el VI Ejército, al que apoyaban los húngaros en la retaguardia. El grupo de Ejércitos debía desplazarse al este, en un amplio frente, hasta la línea del río Volga «en el área de» la ciudad de Stalingrado. Tras «neutralizar» la producción de guerra rusa en aquella región con bombardeos y fuego de artillería, y tras cortar la línea vital de transporte del Volga, ambos

grupos girarían hacia el sur y se dirigirían a los yacimientos petrolíferos del Cáucaso.

Pero en julio, el mismo Führer cambió astutamente el alcance de la campaña después de que el servicio secreto alemán informó de que los rusos tenían unas divisiones poco seguras en la orilla occidental del Volga. El paso de embarcaciones por el río no se había incrementado, lo que indicaba que el Alto Mando soviético ya no podía transportar a la ciudad abundantes refuerzos procedentes de los Urales o Siberia. Además, el Alto Mando de las Fuerzas armadas (OKW) había determinado que, en el mejor de los casos, las líneas de defensa entre el Don

y el Volga eran anticuadas, aunque al parecer algunos batallones de trabajadores rusos se encontraban en la estepa levantando rápidamente ligeras fortificaciones anticarros. Por ello, concluyó Hitler, el Ejército Rojo no pensaba quedarse en Stalingrado y ordenó al VI Ejército que se apoderase de la ciudad por la fuerza tan pronto como fuese posible.

• • •

En su angosta tienda gris de campaña, el jefe del VI Ejército, general Friedrich von Paulus, se regocijaba en silencio. Era un hombre cauteloso, enemigo de las emociones en público. Se relajó durante

unos momentos oyendo a Beethoven en un gramófono. La música era el mejor catalizador para su temperamento melancólico e introspectivo. Alto y de un misterioso atractivo, el general contaba cincuenta y dos años y era el clásico ejemplo de general alemán de Estado Mayor. Apolítico, capacitado sólo para su oficio militar, dejaba la diplomacia para el partido en el poder. Opinaba que Adolfo Hitler era un excelente líder para Alemania, un hombre que mucho había contribuido al desarrollo del Estado. Tras observar cómo llevaba a cabo la estrategia que conquistó Polonia, Francia y la mayor parte de Europa, Paulus respetaba el dominio que poseía Hitler de los

aspectos técnicos de la guerra. Le consideraba un genio.

Friedrich von Paulus, comandante en jefe del VI Ejército alemán.

Su esposa no compartía sus opiniones. Elena Constante Rosetti-Solecu, Coca para los amigos, descendiente de una de las casas reales rumanas, se casó con Paulus en 1912 y le dio una hija y dos hijos gemelos. Los dos muchachos servían ahora en el Ejército. Ella detestaba el régimen nazi y decía a su marido que era demasiado bueno para estar al lado de hombres como Keitel y otros «lacayos» que rodeaban a Hitler.

Cuando Alemania atacó a Polonia, condenó dicha acción con vehemencia, como algo injusto. Paulus no discutía con ella. Contento con su papel, se

limitaba a cumplir órdenes. Cuando, en el otoño de 1940, llevó a su casa unos mapas y otros documentos relativos a la planeada invasión de Rusia, Coca los encontró y se enfrentó con Paulus alegando que una guerra contra la Unión Soviética era algo completamente injustificado. Él trató de no discutir el asunto con ella, pero su esposa insistió:

—¿Qué será de todos nosotros? ¿Quién sobrevivirá al final? —le preguntó.

Intentando calmar sus temores, Paulus alegó que la guerra con Rusia sólo duraría seis semanas. Ella no se apaciguó. Tal como había temido, la nueva campaña sobrepasó el tope de las seis semanas y se arrastró durante el

espantoso invierno de 1941 en el frente de Moscú. A pesar de los reveses, a pesar de las horrendas pérdidas sufridas por el Ejército alemán a causa del clima y de la feroz resistencia rusa, Paulus se aferraba a su inquebrantable creencia: Hitler era invencible.

En enero de 1942, cuando su superior, el mariscal de campo Reichenau, murió repentinamente, Paulus logró al fin el anhelo de su vida: mandar un Ejército en campaña. Los dos hombres no podían ser más diferentes. Reichenau, un ardiente nazi, era de modales groseros y aspecto desaliñado. Paulus iba siempre muy acicalado. Solía llevar guantes en el frente porque aborrecía la suciedad; se bañaba y se cambiaba de uniforme

dos veces al día. A pesar de tan notorias diferencias, Paulus había sublimado su reservado carácter frente al voluble Reichenau. Maestro en los detalles, fascinado con las cifras y la gran estrategia, supervisó la administración del VI Ejército mientras Reichenau llevaba el peso del frente. A cambio, Reichenau trataba a Paulus como a un hijo y siempre confiaba en sus juicios. Los dos hombres congeniaban en casi todo menos en un importante aspecto político. Ello marcaba el gran abismo existente entre ambos en su herencia y en su filosofía.

Reichenau había sido un inexorable partidario de las tesis de Hitler acerca de la supremacía racial y respaldó la

infame «Orden de los comisarios» de Hitler, que mandaba matar a todos los comisarios políticos rusos capturados, sin el beneficio de un proceso. Incluso dio un paso adelante poniendo en vigor en el Mando del VI Ejército la que llegó a ser conocida como la «Orden severa». Una de sus partes decía:

...El objetivo más importante de esta campaña contra el sistema judeo-bolchevique es la completa destrucción de sus fuentes de poder y el exterminio de la influencia asiática en la civilización europea... En el teatro oriental, el soldado no es sólo un hombre que lucha de acuerdo con las reglas del arte de la guerra, sino

también el inexorable portaestandarte de una concepción nacional... Por esta razón, el soldado debe tener conciencia de la necesidad del severo aunque justo castigo que debe recibir la especie subhumana de la judería...

La insistencia de Reichenau en el «castigo» tuvo como resultado crímenes monstruosos. Una vez que las tropas de vanguardia de las divisiones del VI Ejército habían conquistado las ciudades, una abigarrada colección de maníacos homicidas les iban a la zaga y sistemáticamente trataban de eliminar a la población judía.

Divididos en cuatro *Einsantzgruppen* (escuadras especiales de exterminio) en

toda Rusia, constituían aproximadamente unos tres mil sádicos, que habían sido reclutados en su mayor parte en las filas de las fuerzas de policía de Himmler, la Schutzstaffeln, o SS (cuerpos seleccionados) y la Sicherheitsdienst, o SD (Servicio de Seguridad). Otros procedían de los batallones de castigo y de los hospitales psiquiátricos. En el centro de entrenamiento de Sajonia aprendieron a manejar el fusil y la metralleta y hablaban explícitamente de cómo iban a emplearlos en la Unión Soviética. Vestidos con uniformes negros, viajaban en convoyes de camiones y los aterrorizados aldeanos pronto empezaron a referirse a ellos como los «Cuervos negros».

Reichenau ayudó cuanto pudo a los *Einsatzgruppen*. Deseoso de economizar municiones, sugirió que cada judío debía ser liquidado con dos balas a lo sumo. Los asesinatos en masa afectaron la actitud de muchos soldados del VI Ejército que fueron testigos presenciales del trabajo de los Cuervos negros. Al darles rienda suelta sus jefes, ayudaron con entusiasmo a exterminar a la población judía. Algunas veces, soldados en traje de baño y libres de servicio hacían fotos de las ejecuciones y las mandaban a casa a sus familiares y amistades. Reinaba una especie de ambiente verbenero en torno de las zanjas repletas de cadáveres.

No fueron atendidas las reclamaciones

de los alemanes que protestaban por los asesinatos. Nada podía interponerse en la campaña de exterminio. Casi medio millón de personas murieron antes de que Friedrich von Paulus asumiera el mando y concluyera con el genocidio —por lo menos en su sector— anulando las órdenes de los comisarios» y de actuar con severidad.

Como comandante del VI Ejército, Paulus había vencido en su primera batalla importante cuando, en mayo, los rusos intentaron trastornar los planes alemanes en Jarkov atacando primero. El VI Ejército fue el medio de que la Wehrmacht se rehiciera de su casi desastre y, en una gigantesca maniobra envolvente, cercó a más de doscientos

mil rusos. Le llovieron felicitaciones de sus antiguos camaradas, algunos de los cuales solicitaron ahora con asiduidad sus favores. Resultaba claro para ellos que estaba destinado a asumir grandes responsabilidades dentro del Alto Mando del Ejército alemán. Más tarde, cuando la Operación Azul pareció que iba a barrer a los rusos como pajas al viento, las expectativas de la carrera de Paulus asumieron unas proporciones cada vez mayores. Cada día más quisquilloso, era como una fría máquina de calcular; viajaba por la árida estepa en busca de una última confrontación con el enemigo.

• • •

Un excelente cuadro de oficiales de Estado Mayor hacia que el trabajo de llevar adelante el VI Ejército resultase enormemente sencillo. El jefe del Estado Mayor, general Arthur Schmidt, era nuevo, pero, al igual que Paulus, un maestro en los pequeños detalles. Parecía presumible que, en gran parte, se haría cargo del trabajo tedioso. De rostro enjuto, con los ojos saltones y un mentón prominente, Schmidt no encajaba con los moldes tradicionales de un oficial de Estado Mayor. Nacido en Hamburgo, en el seno de una familia de comerciantes, sirvió en la Primera Guerra Mundial como soldado. Después sufrió las convulsiones políticas de la

posguerra y emergió como oficial bajo la renacida Reichswehr de Hitler.

Era autocrático, despótico, y tenía la fea costumbre de interrumpir las conversaciones cuando el tema le aburría. Muchos oficiales estaban en desacuerdo con sus imperiosos modales. Algunos se quejaban de su rápida ascensión en grado y responsabilidades, pero él se hizo cargo de su trabajo a las órdenes de Paulus ignorando a sus críticos. Profundamente diferentes en temperamento y gustos, los dos hombres coincidían en los asuntos militares. Como resultado de todo ello, el VI Ejército funcionaba como un reloj.

Después estaban los jefes en campaña, entre los que se incluían hombres como

el general Walther Heitz, jefe del 8.° Cuerpo, un «toro», que se había encargado del cortejo fúnebre del canciller Hindenburg y ahora era un veterano profesional, al que le gustaba la vida militar y la caza del zorro. Walther Seylitz-Kurzbach, del 51.° Cuerpo del arma de Infantería, un inquebrantable y rubio vástago de noble familia prusiana, era un táctico muy competente y uno de los únicos cincuenta y cuatro alemanes que habían conseguido las codiciadas hojas de roble de Caballero de la Cruz de Hierro. Edler von Daniel, bebedor y mujeriego, que había pasado de una pacífica ocupación en Normandía a mandar la 29.ª División. Hans Hube, un veterano

mutilado de la Primera Guerra Mundial y el único general manco del Ejército alemán, consiguió mandar la famosa 16.ª División Panzer y estaba ansioso ahora por cercar a los rusos en el Don. Hube era conocido por sus tropas como *«Der Mensch»* («El hombre»).

Así pues, el VI Ejército era un modelo de brillantez militar. En su remolque, Friedrich von Paulus reflexionaba acerca de su buena suerte en las semanas pasadas. Escribió una efusiva carta a un amigo de Alemania: «...Hemos avanzado un buen trecho y dejado Jarkov quinientos kilómetros atrás. Ahora lo importante es asestar a los rusos un golpe tan fuerte que ya no puedan recuperarse durante muchísimo

tiempo...»

En su entusiasmo, Paulus olvidó mencionar algunos asuntos enojosos. La disentería, que ya le había causado molestias en los Balcanes durante la Primera Guerra Mundial, le estaba importunando. Y a un nivel estratégico, su flanco izquierdo le inquietaba. Allí, lo mismo que al norte, a lo largo de la línea del tortuoso Don superior, los Ejércitos de las naciones satélites —Hungría, Italia y Rumania— luchaban para proteger el flanco izquierdo mientras el VI Ejército se desplazaba hacia el este. Confiaba demasiado en la fuerza de aquellas tropas marionetas para detener cualquier ataque enemigo procedente de aquella dirección.

Los Ejércitos por los que se preocupaba Paulus se movían lentamente. Más hacia el noroeste, los soldados del II Ejército húngaro habían empezado a atrincherarse a lo largo del Don superior. A su derecha, los hombres del VIII Ejército italiano, que se preparaban para ocupar una larga faja de un meandro del río, se dirigían hacia el este. Los italianos no sólo tenían la tarea de contener la amenaza rusa del otro lado del río, sino que también hacían las veces de tapón entre los húngaros y el III Ejército rumano, que debía asegurar el territorio entre Serafimóvich y Klátskaia en el interior de la estepa. El Alto Mando alemán había colocado a los italianos entre los

otros dos Ejércitos para evitar conflictos entre aquellos dos antiguos enemigos, que podían olvidarse de los rusos y enfrentarse entre ellos.

Aquella rivalidad era un presagio poco favorable. Dejaba entrever la situación desesperada de los alemanes en cuanto a personal, pues los tres Ejércitos satélites fueron colocados juntos de modo casual. Las fuerzas húngaras y rumanas habían sido preparadas principalmente por oficiales políticos, que no tenían experiencia militar. Ambos Ejércitos estaban dominados por la corrupción y la ineficiencia. El soldado raso considera esto lo peor de todo. Mal dirigidos y mal alimentados, soportaban

privaciones ultrajantes. Los oficiales fustigaban a los reclutas por mero capricho. Cuando la acción empezó a ser peligrosa, muchos oficiales se fueron sencillamente a sus casas. Un soldado raso escribió a su familia que incluso el capellán había desertado en un momento de crisis. Lo peor de todo era que estaban equipados con armas anticuadas: los cañones anticarros eran prácticamente inexistentes y los fusiles eran modelos de la Primera Guerra Mundial.

• • •

Condiciones similares reinaban en el Ejército italiano. Enviados por la fuerza

a servir lejos de su patria, nexo circunstancial entre los Estados nazi alemán de Hitler y fascista de Mussolini, los soldados de caballería se quejaban de sus desdichas mientras atravesaban las destrozadas ciudades y aldeas rusas. Aquellos hombres no habían ido a ninguna cruzada por un *lebensraum* («espacio vital»): marchaban hacia el Don porque Benito Mussolini quería obtener el favor de Hitler con los cuerpos de sus soldados.

Los italianos habían enviado sus mejores unidades a la Unión Soviética. Orgullosos nombres militares como Julia, Bersaglieri, Cosseria, Tormo, Alpini, adornaban las hombreras de las tropas que luchaban en medio del

enervante calor. Sus padres habían combatido en los ríos Piave e Isonzo contra los austríacos durante la Primera Guerra Mundial, y Ernest Hemingway inmortalizó sus batallas en *Adiós a las armas*.

Alguno de los soldados italianos ponía en duda las razones por las que luchaban a favor de la causa nazi. En una vía muerta de Varsovia, el teniente de veintiún años Veniero Marsan había visto sus crueles realidades por primera vez. Desde una ventana del tren contempló el paso de una larga columna de civiles. Apáticos, desamparados, cada uno llevaba la estrella de David. Luego Marsan vio cómo los guardianes, de expresión cruel, cargaban los fusiles

y se disponían a abrir fuego. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal y, mucho después de que su tren traqueteara camino de Rusia, seguía meditando con tristeza acerca de cuanto había presenciado.

• • •

Para otros italianos, la expedición a las estepas tenía unas connotaciones diferentes. Los expertos soldados alpinos guiaban mulos todo el tiempo y guardaban sus equipos de montañeros en las tiendas de campaña. Las montañas más próximas estaban en el Cáucaso, muy al sur, y Hitler había decidido conquistarlo sin los italianos. Moviendo

la cabeza estupefactos, los alpinos, tropas seleccionadas, caminaban penosamente por las llanuras preguntándose para qué estaban en Rusia a fin de cuentas.

Pero el teniente de veintisiete años Felice Bracci estaba encantado con la gran aventura. Siempre había deseado explorar las estepas de Rusia, contemplar su eterna belleza. Al acabar su carrera universitaria, Bracci se unió a las Juventudes Fascistas y de allí fue a parar directamente al ejército de Mussolini.

En sus primeras batallas, en Albania, fue herido y condecorado por defender un puesto avanzado. Cuando le dejaron escoger entre Libia y Rusia, la elección

le resultó difícil: deseaba con toda el alma ver las pirámides. Finalmente, eligió las estepas y ahora mandaba una compañía al este del Don.

• • •

El doctor Cristóforo Capone no compartía los intereses culturales de Bracci, pero le importaba poco. También estaba encantado de formar parte de la expedición rusa. El séptimo de nueve hijos, era el «granuja» de la familia. Siempre de buen humor, divertía a cualquiera que se encontrase con él. En su división, la Torino, el bromista se hizo enseguida popular entre los soldados que trataban de combatir la

nostalgia.

Cuando le llegó la noticia del nacimiento de su primera hija, Capone pidió un mes de permiso. Con una última broma y una sonrisa, el alegre doctor dijo adiós a sus amigos y abandonó el frente para reunirse con su familia en Salerno. Esperaba volver con tiempo para asistir al final de aquella campaña tan fácil.

Entretanto, sus camaradas seguían tenazmente adelante, con sus anticuados fusiles y cañones, cantando canciones de Sorrento y de lugares soleados. En sus sombreros llevaban escarapelas verdirrojas y, en su corazón, suspiraban por sus hogares.

CAPÍTULO II

En las profundidades de un bosque de pinos ucraniano, en las afueras de la ciudad de Vínnitsa y a ochocientos kilómetros al oeste de las tropas alemanas próximas al Don —la misma mañana en que Friedrich von Paulus había escrito a su amigo aquella carta tan entusiasta sobre el futuro—, Adolfo Hitler subía los escalones de una cabaña de madera y entraba en una sala de conferencias modestamente decorada. Se sentó en una silla de hierro a la cabecera de una mesa cubierta de mapas, dando la espalda a la ventana, y escuchó con atención los últimos

informes del servicio secreto, presentados por su jefe de Estado Mayor, el general Franz Halder, de pulcro bigote y con gafas.

El meticuloso Halder no tenía ningún amor al hombre a quien servía. Actuaba con deferencia hacia su Führer y aceptaba sus frecuentes diatribas con la calma de quien se ha resignado a su destino. Antes y durante la guerra, Halder había planeado con otros oficiales derrocar a Hitler y reemplazarlo por una monarquía. Sin embargo, el grupo disidente era demasiado tímido y vacilante para iniciar un golpe y contemplaba con pasividad cómo el Ejército alemán, bajo el casi mítico liderazgo de Hitler,

conseguía triunfo tras triunfo. Hacia el verano de 1942, Halder era esclavo de un déspota.

Durante semanas, pensó, había hecho ver a Hitler que los síntomas de la desintegración rusa eran ilusorios, que el enemigo no estaba *kaputt*. Halder pensaba que la campaña del invierno anterior había desangrado a Alemania. El equivalente de ochenta divisiones, cerca de ochocientos mil hombres, yacían enterrados bajo el suelo de Rusia. A pesar de las listas de fuerzas, cuidadosamente adulteradas, la mayoría de las divisiones alemanas tenían menos del cincuenta por ciento de su personal. Y mientras más de un millón de civiles rusos sitiados habían muerto de hambre

durante el invierno de pesadilla de 1941, Leningrado aún resistía. Moscú seguía siendo el centro neurálgico del Estado soviético. Y lo que aún era más importante, los yacimientos petrolíferos del Cáucaso seguían suministrando los productos vitales del petróleo a la máquina de guerra soviética.

Como resultado de ello, Hitler se había llegado a obsesionar por la importancia de los productos petrolíferos para un Estado mecanizado y había planeado la Operación Azul precisamente para estrangular la producción de petróleo rusa y, con ello, su potencial para llevar adelante una guerra moderna. Para promover la ofensiva, había volado a Poltava el 1 de

junio y, rodeado de delegados como Paulus, realizó una exhibición oratoria tan brillante que hipnotizó a todos. Como era de prever, los generales no acertaron a hacer objeción alguna a su propuesta, que ignoraba por completo las deficiencias de personal y equipo, y que se concentraba únicamente en el pésimo estado del Ejército Rojo.

Así pues, la Operación Azul dio comienzo cuando el IV Ejército Panzer avanzó el 28 de junio en dirección al empalme ferroviario de Vorónezh. Dos días después, el VI Ejército de Paulus le siguió, cubriendo el flanco derecho del IV Ejército y entró en combate con las fuerzas rusas, haciéndolas retroceder en desorden. Casi inmediatamente, el IV

Ejército se encontró en dificultades. Originariamente, Hitler planeó rodear Vorónezh con la esperanza de atrapar a los Ejércitos soviéticos en las llanuras abiertas. Pero cuando las fuerzas blindadas penetraron con facilidad en las afueras de la ciudad y los comandantes pidieron permiso por radio para apoderarse del resto de la ciudad, Hitler vaciló y dejó la decisión al jefe del grupo de Ejércitos B, el mariscal de campo Fedor von Bock. Sorprendido al ver que le dejaban elegir, Bock dudó un poco y luego envió dos divisiones de carros a Vorónezh.

Los rusos, que habían traído refuerzos a toda prisa, pronto obligaron a los alemanes a una salvaje lucha callejera y

los soldados del IV Ejército empezaron enseguida a referirse a Vorónezh como una «ciudad maldita». Mientras tanto, Hitler estaba furioso. El grueso principal de los Ejércitos rusos se estaba escabullendo por un largo corredor hacia el sudeste, entre los ríos Don y Donets. Hitler pidió a Bock que atrapara a los rusos. El mariscal lo intentó, pero los rusos se replegaron con rapidez, llevándose la mayor parte de sus camiones y carros.

Para el general Halder, aquella retirada con éxito constituía una mala señal. Significaba que el Alto Mando soviético seguía retirándose de acuerdo con un plan. Pero cuando, una vez más, comunicó a Hitler sus temores, el Führer

soltó una carcajada. Arrogante en su creencia de que los rusos se tambaleaban, desconcertados, y estaban maduros para hacer con ellos una carnicería, el Führer empezó a poner en peligro el delicado equilibrio de sus propias fuerzas. Separó a los grupos de Ejércitos, enviando al grupo A en ángulo recto hacia el Cáucaso, mientras el grupo B se alejaba en línea recta a través de la estepa hacia Stalingrado. Y lo que es peor, Hitler despojó al grupo B del IV Ejército Panzer y lo agregó a la operación del Cáucaso. Esto dejó solo al VI Ejército de Paulus, mientras se adentraba en las hostiles profundidades de la Unión Soviética.

Con su acción, Hitler había debilitado

a cada grupo de Ejércitos y los había hecho vulnerables a los contraataques soviéticos. Aquella jugada también causó consternación dentro del Cuartel General del Ejército alemán. Halder no quería creer que el Führer hubiera cometido un error tan garrafal. Aturdido, se dirigió a sus cuarteles y transcribió en su diario la angustia que le invadía: «...La crónica tendencia a subestimar las capacidades del enemigo está asumiendo gradualmente proporciones grotescas... Se ha vuelto imposible desarrollar aquí un trabajo serio. Ese llamado liderazgo se caracteriza por unas reacciones patológicas, guiadas por las impresiones del momento...»

Cuando Hitler hizo dar un cambio de

sentido a todo un Ejército, desafió la máxima militar de que cualquier interferencia en el delicado funcionamiento interno de una gran concentración de tropas conduce frecuentemente al caos. Y en las carreteras de las estepas de Rusia, el VI Ejército tuvo que detenerse en seco, mientras una multitud de vehículos y hombres del IV Ejército Panzer cruzaban a través de su línea de avance. Se produjo un enorme embotellamiento. Los carros de un Ejército se mezclaron con los del otro; los camiones de abastecimiento se perdieron en un laberinto de señalizaciones contradictorias, colocadas por indignados policías militares. Y aún

peor, el IV Ejército se llevó el grueso principal del petróleo y la gasolina que debían abastecer de combustible a ambos Ejércitos.

Cuando el último carro del IV Ejército hubo desaparecido hacia el sur, Paulus se encontró al frente de una máquina de guerra atascada. Sus líneas de suministro estaban enmarañadas, sus carros sin combustible; tuvo que contemplar impotente cómo la retaguardia rusa desaparecía en la neblina del este. Furioso por el retraso, empezó a preguntarse abiertamente si el enemigo podía ahora tener ya tiempo suficiente para organizar una formidable línea defensiva tras el horizonte.

Sólo Hitler seguía imperturbable. Se

mofó al explicarle Halder que el servicio secreto estimaba que más de un millón de rusos permanecían aún en la reserva detrás del Volga. Jubiloso por la fácil toma de Rostov, la ciudad que abría las puertas del Cáucaso, el 23 de julio hizo ejecutar otra serie de órdenes que reflejaban su creciente confianza en una victoria próxima. Hizo que el mariscal de campo Erich von Manstein, con sus cinco divisiones, se trasladase del norte de Crimea a Leningrado, en un momento en que realmente tenía necesidad de garantizar unos éxitos en los yacimientos petrolíferos. También desplazó dos divisiones blindadas seleccionadas, la Leibstandarte y la Grossdeutschland, y las envió a Francia

porque de pronto le entró miedo de que se produjese una invasión aliada a través del canal de la Mancha.

Una vez más, el desconcertado Halder trató de infundir un poco de prudencia. En otra sesión informativa extendió sobre la mesa un deteriorado mapa y explicó con sequedad dónde el Ejército Rojo había derrotado al Ejército Blanco de Denikin en la guerra civil rusa de 1920. Halder hizo correr sus dedos a lo largo de la línea del Volga, cerca de la antigua ciudad de Tsaritsin. El forjador de la victoria, añadió, había sido José Stalin y la ciudad se llamaba ahora Stalingrado.

Serenándose temporalmente ante la obvia referencia de Halder a la

posibilidad de que la historia pudiese repetirse, Hitler prometió observar de cerca el avance del VI Ejército y prestar particular atención a sus flancos. A fines de julio, tomó de pronto medidas para reforzar la arriesgada posición del VI Ejército en la estepa. Contradiciéndose a sí mismo de un modo total, llamó al IV Ejército Panzer para que diese la vuelta y volviera a tomar el camino del Volga.

En su avance hacia el Cáucaso, el IV Ejército Panzer se detuvo en seco y dio la vuelta hacia el norte. «Se han perdido unos días preciosos», exclamó indignado el general Halder en su cuartel. Pero, de todos modos, le satisfizo saber que Paulus tenía ahora un Ejército amigo que se aproximaba por

su flanco derecho. Tal vez, pensó Halder, el retraso no habría dado a los rusos el período de tregua que necesitaban.

Erich von Manstein, comandante del grupo de Ejércitos del Don.

Al atardecer del 5 de agosto, los informes del servicio secreto

procedentes de Vínnitsa tendían a sustentar esta esperanza. Halder informó a Hitler de que las tenazas del VI Ejército estaban a punto de cercar a dos ejércitos enemigos. Y el IV Ejército Panzer confirmó la toma de Kotelnikovo, un nudo ferroviario situado precisamente a ciento dieciocho kilómetros al sudoeste de Stalingrado. Salvo obstáculos imprevistos, el IV Ejército daba por anticipado un rápido avance hasta el Volga.

Aquella noche, en la cena, Hitler estaba exultante a causa de la situación. Su estrategia le había dado la razón; se puso a decir a todo el mundo que la Unión Soviética se encontraba al borde del colapso.

CAPÍTULO III

Mientras Hitler hablaba de triunfos, las calles de Moscú se encontraban completamente a oscuras. Pero detrás de las cortinas corridas de su despacho del Kremlin, José Stalin realizaba su habitual horario de trabajo, que empezaba al atardecer y no concluía hasta el amanecer del día siguiente. El perspicaz Stalin había seguido aquel horario durante años. Y de aquellas sesiones habían salido órdenes que llevaron el terror a su pueblo y la subversión a todas las naciones del mundo.

Era un tirano que había estudiado para

cura, un revolucionario que robaba bancos para aportar fondos a la causa bolchevique, un glotón y casi un borracho. Desde la muerte de Lenin, había asumido un control total sobre la Unión Soviética. Los que le servían soportaban sus estallidos de rabia en silencio; los que se cruzaban en su camino morían violentamente.

Stalin nunca olvidaba o perdonaba. Una vez dijo a un escritor ruso que Iván el Terrible no había sido demasiado despiadado porque dejó con vida a muchos enemigos. Stalin no cometió el mismo error. Unos veinte años después de su ruptura con León Trotski, uno de sus agentes penetró en el refugio del disidente en México y, con un piolet de

montañero, le partió el cráneo. Del despacho de Stalin salieron emisarios para asesinar a miles de oficiales del Ejército Rojo en las purgas de 1937-1938. Por orden suya fueron asesinados más de diez millones de *kulaks*, agricultores y propietarios de tierras que se negaron a entregar sus propiedades al nuevo Estado comunista. Y de su apartamento salieron las instrucciones para firmar el pacto nazi-soviético de no agresión en agosto de 1939, con el que Stalin pretendía ganar tiempo para prepararse ante la inevitable guerra con Alemania.

Al tomar su decisión, Stalin había confiado en otro dictador igualmente cínico, aun cuando espías como Richard

Sorge y un hombre llamado Lucía le revelaron la fecha exacta en que Alemania se proponía atacar a la Unión Soviética. Tomando la información suministrada por aquellos agentes como parte de un plan británico para comprometer a Rusia en la guerra, Stalin confió en la palabra de Hitler.

Se trató de un error garrafal. La invasión nazi llevó a la Unión Soviética al borde del desastre y Stalin quedó conmocionado. Pasaron diez días antes de que reaccionase para volver a asumir el mando de sus destrozados Ejércitos, lo cual no fue una decisión demasiado rápida. Hacia octubre de 1941, Hitler se había tragado la mayor parte de la Rusia europea. En diciembre, ahora a sólo

doce kilómetros de Moscú, las avanzadillas alemanas veían con sus prismáticos las torres del Kremlin. Pero los rusos los detuvieron y la crisis se alivió.

Stalin volvió a la serenidad y aprendió de los errores pasados. Cuando los espías que le habían avisado acerca de los planes de Hitler para la invasión continuaron enviándole un torrente de vital información a Moscú, les prestó toda su atención. En París operaba Leonard Trepper, llamado el «Gran Jefe», que dirigía una organización de espionaje conocida por la Policía secreta alemana con el nombre de Rote Kapelle (Orquesta Roja), a causa de su coro, que daba emisiones radiofónicas

para toda Europa. Trepper, un judío polaco, se había instalado en Francia antes de la guerra. Allí había cultivado a un influyente círculo de hombres de negocios alemanes y de jefes militares de quienes consiguió gran cantidad de información. Acosado por escuchas de radio que rastreaban sus transmisiones con un equipo especial direccional, Trepper aún sobrevivía. Pero su tiempo se acababa.

Otros espías eran relativamente invulnerables: en Suiza, un comunista húngaro llamado Alexander Rado dirigía a un tiempo un negocio de publicidad y una red de espías. Uno de sus agentes, Rudolf Rossler, era seguramente el arma más valiosa que

poseía la Unión Soviética. Rossler, un hombre tímido y con gafas, llamado en clave «Lucía», tenía contactos dentro del Alto Mando del Ejército alemán. Sus fuentes, nunca reveladas hasta hoy, le comunicaban casi todas las decisiones del Führer. Rossler había hecho llegar a Moscú estrategias y planes de batalla, normalmente dentro de las veinticuatro horas que seguían a su aprobación. Sus comunicados tuvieron para Stalin el valor de muchas divisiones.

Así pues, Moscú conocía muchos detalles explícitos acerca de la Operación Azul: los nombres de las divisiones implicadas en el ataque, el número de carros empeñados en la batalla, además del objetivo final de la

operación de cortar la línea vital del río Volga y capturar los yacimientos petrolíferos del Cáucaso. A medida que progresaba la ofensiva, Lucía fue comunicando los diferentes cambios de táctica, desde la indecisión de Hitler sobre la toma de Vorónezh hasta su alarmante insistencia en dividir sus Ejércitos en la estepa.

Stalin aún dudaba cuando Lucia le comunicó la confusión de Hitler en Vorónezh. El primer ministro siempre había creído que los alemanes pretendían tomar Moscú por el sur, y por ello empleaban su ataque hacia el Cáucaso como una treta para hacer salir a las reservas rusas de la capital. Pero cuando el torrente de información de

Lucía sobre «estrategia interior» continuó pronosticando con exactitud el movimiento del Ejército alemán a través del sur de Rusia, Stalin empezó a tomar como base de los planes de defensa rusos las confidencias de Lucía.

Mientras Hitler perseguía dos objetivos al mismo tiempo, Stalin, el 13 de julio, había dado su conformidad a un plan elaborado por su Estado Mayor (STAVKA) para replegar las unidades soviéticas lo más lejos posible del Volga, con lo que forzarían a los alemanes a pasar el próximo invierno en una región descubierta.

Casi una semana después, cuando la STAVKA recibió la asombrosa noticia de que los grupos de los Ejércitos

alemanes habían empezado a dividir sus fuerzas en la estepa, la estrategia rusa varió de nuevo. Hasta aquel momento, se había prestado poca consideración a la posibilidad de hacerse fuertes en la orilla occidental del Volga. Ahora Stalin tomó una decisión de trascendental importancia. Envió una orden a los miembros del Soviet de la ciudad (consejo municipal) de Stalingrado a fin de que se preparasen para un asedio. Así fue como el 21 de julio, organizaron a toda la población en un frenético esfuerzo por construir un anillo fortificado alrededor de la ciudad, mientras la STAVKA intentaba reforzar la pequeña guarnición militar.

En aquel tiempo nadie se percató de

ello, pero la decisión de «no ceder» cambiaría el curso de la historia.

• • •

Unos pocos días después, en la noche del 1 de agosto, Stalin hizo otro intento para reforzar Stalingrado. Cerca de la medianoche, un coche del Estado Mayor del Ejército Rojo se detuvo ante la entrada de las habitaciones privadas del Kremlin y un oficial achaparrado y de pelo gris descendió con dificultad del asiento trasero y entró cojeando penosamente en el edificio. En la puerta del despacho del primer ministro, el general de cuarenta y nueve años Andréi Ivánovich Yeremenko dejó el bastón y,

valiéndose de sus propias fuerzas, entró con rapidez en la estancia.

Stalin le recibió con calor. Estrechó la mano de Yeremenko y preguntó:

—¿Se encuentra ya restablecido?

Yeremenko respondió que se encontraba muy bien.

Otro general interrumpió:

—Parece que su herida le molesta aún, pues cojea.

Yeremenko minimizó la observación, por lo que Stalin dio el asunto por zanjado.

—Consideraremos que el camarada Yeremenko se ha recuperado por completo. Le necesitamos mucho. Pongámonos a trabajar.

Stalin entró en materia.

—Dadas las circunstancias reinantes alrededor de Stalingrado, debemos llevar a cabo una rápida acción para fortificar este importante sector del frente... y mejorar el control de las tropas.

El general Andréi Yeremenko, comandante del frente de Stalingrado, durante los primeros meses de la

batalla.

Stalin ofreció a continuación a Yeremenko el mando de uno de los frentes del sur. El general aceptó y Stalin le envió al Cuartel general de la STAVKA, situado a unas manzanas de distancia, para que le informasen acerca de la situación en la estepa.

Yeremenko empleó la mayor parte del día 2 de agosto en estudiar los mapas de Stalingrado y la zona de su alrededor. Observando con atención los detalles topográficos de la faja de sesenta y cinco kilómetros del país, entre los ríos Don y Volga, sacó la conclusión de que, a fin de atacar Stalingrado, los alemanes deberían concentrar la mayor parte de

sus fuerzas en aquel estrecho «puente» donde el Don y el Volga se acercan más el uno al otro. Y se preguntaba si tal tipo de despliegue ofrecería a los rusos la oportunidad de un contraataque con éxito por los flancos.

Tras seleccionar el núcleo de un Estado Mayor, volvió con Stalin para mantener otra conferencia. Aquella vez, el primer ministro parecía más nervioso y preocupado. Chupando distraídamente su pipa, Stalin le oyó mientras su jefe de Estado Mayor, el mariscal Alexandr Mijáilovich Vasilievski le informaba sobre las actividades del día. Cuando el mariscal concluyó, Stalin se volvió hacia Yeremenko y le preguntó:

—¿Lo comprende usted todo,

camarada?

Yeremenko expresó su disconformidad con la idea de dos frentes rusos en la misma región, sobre todo teniendo en cuenta que sus límites se encontraban en el mismo centro de Stalingrado. Para él, intentar coordinar la defensa de la ciudad con otro comandante que tuviese iguales responsabilidades sería «algo del todo confuso, si no trágicamente imposible».

Stalin les abandonó en aquel punto para recibir algunas llamadas telefónicas procedentes del sur. Cuando volvió, estaba apaciguado aunque evidentemente inquieto. Rechazando las protestas de Yeremenko acerca de un frente dual, dijo con firmeza:

—Dejémoslo todo tal como se ha trazado.

Stalin ordenó a Yeremenko que se hiciese cargo del frente del sudeste y rechazase al IV Ejército Panzer alemán que se dirigía al Volga desde Kotelnikovo. Descontento por esta misión, el general preguntó si podía mandar el frente de Stalingrado comprendido entre la parte norte de la ciudad y más allá del Don, porque deseaba atacar el flanco alemán en aquella región.

Stalin le cortó bruscamente:

—Su proposición merece ser tenida en cuenta, pero para el futuro... Ahora debemos detener la ofensiva alemana.

Stalin parecía enfadado, y cuando hizo

una pausa para rellenar de tabaco la pipa, Yeremenko plegó velas y estuvo de acuerdo con su comandante en jefe. Cuando Stalin le vio cerca de la puerta, advirtió a Yeremenko que tomase drásticas medidas para hacer respetar la disciplina en el frente. Ahora, en la noche del 5 de agosto, José Stalin se paseaba preocupado por su despacho esperando ulteriores noticias de la estepa. Yeremenko telefoneó desde Stalingrado. Habló con optimismo, pero Stalin sabía que, unos cien kilómetros al sudoeste, los carros alemanes estaban barriendo la dispersa resistencia rusa y cargaban hacia la ciudad.

A menos que Yeremenko los detuviera, Stalingrado caería en pocos días.

CAPÍTULO IV

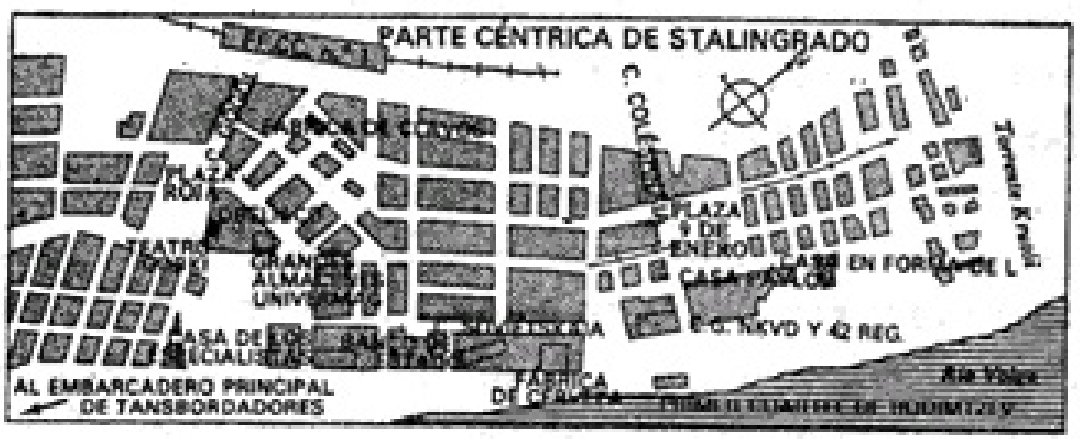
La ciudad que Hitler no previo tomar, y que Stalin nunca había intentado defender, yacía abrasada por el sol veraniego. No había llovido desde hacía dos meses y, día tras día, la temperatura sobrepasaba los 38 °C. Y lo que era peor, la humedad, que es una característica de las ciudades fluviales, era totalmente enervante. Cuando soplaba el viento, procedía siempre del oeste; era ardiente, arrastraba gran cantidad de polvo, y no brindaba ningún alivio. Los ciudadanos de Stalingrado estaban acostumbrados a soportar aquellas incomodidades y bromeaban

acerca de cómo el calor levantaba el hormigón de las aceras, rompiendo las losas en grandes fragmentos. En cuanto al brillante asfalto de las calles, parecía como si se alzasen espejismos sobre los amplios bulevares del centro de la urbe.

Pocos habitantes de esta caldera sabían que su ciudad iba pronto a convertirse en un campo de batalla, pero la tragedia de la guerra siempre había amenazado a la región. En el año 1237, la Horda de oro del Gran Kan cruzó el Volga por esta punta perfectamente vadeable, asoló el territorio, galopó hacia el Don y luego desapareció hacia el oeste de la Rusia europea, deteniendo su invasión poco antes de Viena y la frontera polaca. Durante los siglos XIII

y XIV, Moscú comenzó su expansión en dirección a Asia; la región se convirtió en un puesto fronterizo desde donde los soldados rusos salían resueltamente a combatir a los mongoles. Cuando el zar decretó que la zona ofrecía garantías para el asentamiento, en 1589, estableció un centro comercial al que llamó Tsaritsin. En idioma tártaro, el nombre se pronunciaba *Sarri-su* y significaba «agua amarilla».

LA CIUDAD DE STALINGRADO
A los suburbios de Spartakovka y Rinok
Mokraia Mechetka
N
O
E
S
Colonias Obreras
FÁBRICA DE TRACTORES
FÁBRICA DE ARMAS PEQUEÑAS
I. Zaitzevski
Carretera de Gumrak
FÁBRICA DE CUERO TEJIDO
Colina Mámaiev
FÁBRICA LACUR
ESTACIÓN DE FERROCARRIL
PRIMER CUARTEL GENERAL DE YERMENKO
KRÁSNAIA SLOBODA
ESTACIÓN FERROVIARIA
DAR. OCHA
BRAZO DE TRONOS
Isla Golodni


PARTE CÉNTRICA DE STALINGRADO
FERROCARRIL
FÁBRICA DE CONSERVAS
PLAZA ROJA
TEATRO
GRANERO ALMACÉN DE UNIVERSAL
C. COMERCIAL
PLAZA 9 DE ENERO
CASA DE EDUCACIÓN
P.C. NKVD Y 62 REG.
FÁBRICA DE CALZADO
AL EMBARCADERO PRINCIPAL DE TANSBORDADORES
Río Volga

Aunque la zona era lo bastante segura para la colonización, nunca conoció la paz. Los bandidos rusos hacían estragos entre los ciudadanos saqueando los caminos al norte y al sur de la línea del Volga. Llave geográfica para el paso de las riquezas que iban del Cáucaso a Moscú y Leningrado (la zona vital de Rusia), al mismo tiempo que constituía el pórtico este-oeste con Asia, Tsaritsin fue un lugar donde los hombres tuvieron que luchar incesantemente.

El legendario jefe de los cosacos, Stenka Razin, tomó la ciudad en 1670 y la retuvo tras un sangriento asedio. Justamente cien años después, otro cosaco llamado Yemelián Pugachev,

decidió desafiar el poder de Catalina la Grande y tomó por asalto Tsaritsin en un esfuerzo por liberar a los siervos. La rebelión acabó como cabía esperar. El verdugo de la zarina cortó la cabeza de Pugachev.

La ciudad siguió prosperando hasta que, finalmente, ocupó el lugar que le correspondía en la revolución industrial cuando, en 1875, una compañía francesa construyó la primera central siderúrgica de la región. Al cabo de pocos años, la población sobrepasaba los cien mil habitantes y, durante la Primera Guerra Mundial, casi una cuarta parte de sus moradores trabajaban en sus fábricas. A pesar del *boom*, la ciudad recordaba a los visitantes el Oeste americano.

Grupos de tiendas y de barracones se extendían al azar por las márgenes del río; más de cuatrocientas tabernas y prostíbulos abastecían a una bulliciosa clientela. Bueyes y camellos compartían las calles sin pavimentar junto con pulidos carruajes tirados por caballos. Las epidemias de cólera diezmaban regularmente a la población como resultado de las montañas de basuras y de las aguas residuales que desembocaban en los barrancos más próximos.

Era previsible que la revolución bolchevique tratara de apoderarse de Tsaritsin. La lucha por el control de la región fue particularmente encarnizada, y José Stalin, al mando de una reducida

fuerza, consiguió rechazar a tres generales del Ejército Blanco. Expulsado finalmente de la ciudad, Stalin reagrupó sus fuerzas al abrigo de la zona de las estepas, cayó sobre los flancos del Ejército Blanco en 1920 y obtuvo una victoria fundamental para la revolución. En honor a su libertador, los jubilosos ciudadanos cambiaron el nombre de la ciudad por el de Stalingrado, pero las palabras por sí solas no podían reparar los daños infligidos por la guerra. Las fábricas estaban inservibles, el hambre había abatido a miles de personas y Moscú decidió que el único medio para salvar el área era que volviese a su estado industrial. Fue una sabia decisión. Las

nuevas plantas industriales pronto exportaron tractores, cañones, tejidos, madera y productos químicos a todos los lugares de la Unión Soviética. Durante los veinte años siguientes, la ciudad creció a saltos a lo largo de los riscos de la orilla occidental del Volga. Ahora, medio millón de personas la consideraban su hogar.

• • •

Cuando el general Yeremenko miró hacia Stalingrado por la ventanilla del avión que le conducía al campo de batalla, se conmovió ante el espectáculo. Siguiendo el curso sinuoso del Volga, la ciudad parecía una

gigantesca oruga de veinticinco kilómetros de longitud, llena de chimeneas que vomitaban nubes de hollín, lo cual evidenciaba el valor que tenía para los soviéticos en guerra. Los blancos edificios centelleaban a la deslumbrante luz del sol. Había jardines, anchos bulevares, espaciosos parques públicos. Durante el viaje en coche desde el aeropuerto hasta la ciudad, Yeremenko se sintió arrebatado por el poder y el encanto de la sobria ciudad.

El puesto de mando subterráneo del general se situó en el centro de la urbe, a unos quinientos metros de distancia de la orilla occidental del Volga, en la pared norte, a sesenta metros de

profundidad en el cauce seco de un río llamado barranco de Tsaritsa. Estupenda localización para un cuartel general (se dice que se construyó años atrás según órdenes expresas del mismo primer ministro Stalin); el búnker tenía dos entradas: una en el fondo del barranco; la otra, en lo alto, daba a la calle Pushkinskaia. Cada entrada estaba protegida contra la onda explosiva de las bombas por unas pesadas puertas, además de una serie escalonada de tabiques divisores o deflectores. El interior era lujoso para el nivel militar ruso. Las paredes aparecían revestidas con superficies contrachapadas de roble; incluso había un retrete con inodoro.

En su confortable despacho,

Yeremenko empezó a familiarizarse con su dominio. En la mesa de trabajo tenía un enorme mapa con curvas de nivel, donde se había marcado a lápiz la línea de demarcación entre el Frente del Sudeste y el Frente de Stalingrado en el norte, mandado por el general A. V. Gordov. El límite iba recto como una flecha desde la ciudad de Kalach, sesenta y cinco kilómetros al oeste del río Don, hasta el mismo barranco de Tsaritsa donde se encontraba Yeremenko. Cuanto más examinaba la artificial frontera, más echaba pestes contra la incapacidad de la STAVKA para darse cuenta de que aquel concepto del frente dual era absurdo. Y aún peor, había hablado ya con el general Gordov

y pudo descubrir que era tan inaguantable como le habían informado. Si cuando las cosas iban bien resultaba un hombre difícil, cuando era sometido a presión, Gordov se convertía en un tirano, humillaba a su Estado Mayor e incitaba a sus subordinados a una rebelión abierta. Enfrentado a Yeremenko, con quien rivalizaba en poder, se mostró evasivo, poco dispuesto a cooperar y descortés. Pero, dado que no había posibilidades de que la STAVKA reconociera su error y le volviera a ceder las responsabilidades del mando, Yeremenko intentó emprender resueltamente su tarea inmediata.

Pasó horas ante el mapa, buscando

entre sus símbolos pistas para una estrategia defensiva. Entre Kalach y Stalingrado sólo había una región de estepas: un terreno llano y herboso, perfectamente apropiado para las unidades blindadas alemanas. Después eliminó las variadas granjas de la región, los *koljoses*, donde sabía que miles de ciudadanos de Stalingrado estaban terminando la tarea de recoger una abundante cosecha de trigo para no abandonarla a los invasores. Las cuadrillas de agricultores trabajaban a marchas forzadas bajo el sol brutal, mientras los Stuka, en picado, los ametrallaban e incendiaban los trenes cargados de grano. Sin embargo, cerca de 27.000 vagones de mercancías

cargados hasta los topes se habían salvado y fueron puestos a buen recaudo en el este. Detrás de ellos marchaban 9.000 tractores, trilladoras y cosechadoras junto con dos millones de cabezas de ganado vacuno, que mugían lastimeramente mientras las empujaban hacia el Volga, y lo cruzaban a nado hasta alcanzar el terreno seguro de la orilla de enfrente.

Infantería alemana avanzando por la estepa en dirección a un suburbio industrial de Stalingrado.

La «victoria de la cosecha» fue la única que Yeremenko pudo saborear. Cuatro grupos de fosos anticarros excavados, de treinta y dos a cuarenta y ocho kilómetros al este de Stalingrado, ofrecían pocas esperanzas. Y tampoco las ofrecía el «cinturón verde», sesenta

y dos kilómetros de árboles plantados años atrás para prevenir los efectos de las nubes de polvo y de las tormentas de nieve. Con sólo kilómetro y medio de anchura en su punto más espeso, no podría resistir el fuego concentrado de la artillería pesada.

La atención de Yeremenko se dirigió hacia el sur del mapa, al nudo ferroviario de Kotelnikovo, a ciento dieciocho kilómetros de distancia. Capturada por los alemanes el 2 de agosto, la ciudad controlaba la carretera principal a Stalingrado. La línea de avance alemana era evidente: a través de Chileko, donde la 208.° División siberiana acababa de ser diezmada por la Luftwaffe, y de las ciudades de

Krugliakov y Abganerovo. En este último lugar, Yeremenko prestó gran atención a los trazos remolineantes, que en el mapa de curvas de nivel indicaban colinas que formaban elevaciones de sesenta o noventa metros. Las colinas se encontraban en todo el camino del trazado de la carretera hasta los superpoblados suburbios de Stalingrado. Con creciente excitación, observó la presencia de profundos barrancos que atravesaban la región de este a oeste, y sacó la conclusión de que en esta faja de treinta y dos kilómetros de colinas se podría detener el avance alemán.

Sin embargo, dentro de su corazón, Yeremenko sabía que después habría que luchar por Stalingrado, manzana por

manzana, calle por calle. De este modo, mientras estaba absorto en el mapa, se entregó a un ejercicio mental: reemplazó los impersonales símbolos del mapa por sus propias imágenes de formaciones rocosas, casas y calles, y se esforzó por comprender el escenario de la batalla que le había tocado en suerte. La parte sur de Stalingrado se convertía en un revoltijo de blancas casas de madera, rodeadas por vanas y jardines. Se trataba de Dar Gova, una zona residencial situada justamente por debajo de algunas industrias ligeras agolpadas más cerca del río: una fábrica azucarera y un gran elevador de granos, de cemento, que semejaba un acorazado sobre un mar de praderas.

Cerca del elevador, al norte, el barranco de Tsaritsa presentaba sus sesenta metros de profundidad cortados en la pendiente rocosa, antes de dirigirse hacia el oeste durante varios kilómetros por la estepa. Exactamente por encima de esta línea divisoria se encontraba el territorio de Gordov, sobre el que Yeremenko no tenía jurisdicción. Pero él lo incluía en sus estudios porque quería estar preparado para cuando la STAVKA entrase en razón.

Allí estaba el corazón de la ciudad. Abarcaba más de un centenar de manzanas de oficinas, almacenes, edificios de apartamentos, y limitaba al este con la central de embarque de

transbordadores —el único punto importante para la travesía del Volga—, más un paseo alrededor de la orilla del río. Hacia el norte, se encontraba separada de la siguiente sección de la ciudad por otro profundo barranco, la torrentera Krutói, y en su flanco occidental había otra monótona concentración de armazones de casas de pisos. Yeremenko se dio cuenta inmediatamente de que toda esta sección central de la ciudad podría convertirse en una temible línea de defensa. Reducidos a escombros por la artillería, los ladrillos y el mortero caídos constituirían una perfecta cobertura para la infantería rusa.

El centro de la ciudad también incluía

la estación de ferrocarril número uno. Durante meses, los trenes habían pasado por allí trayendo refugiados de otros campos de batalla: Leningrado, Odessa, Jarkov. Embutidos en vagones de ganado, cuando los trenes se detenían en Stalingrado descendían en busca de agua y para cambiar objetos por alimentos con los comerciantes que se alineaban en los andenes. Mientras regateaban por las frutas y el pan, los que no tenían dinero hurtaban todo lo que podían a espaldas de los vendedores. Pero a principios de agosto, el abigarrado tráfico con los otros frentes tuvo que compartir el espacio en los trenes con los millares de nativos de Stalingrado, a los que un decreto oficial había

ordenado de pronto que se dirigieran al este, hacia Asia. Ahora la estación terminal se había llenado de gente hasta reventar; los afligidos parientes abrazaban a niños y viejos, en medio de sofocadas promesas de escribirse y cuidarse lo mejor posible. Los agudos silbidos de las locomotoras separaban finalmente a los grupos. Con un último ademán de la mano y una forzada sonrisa, un nuevo alud de refugiados se unía a la emigración hacia el vasto interior de Rusia.

Media manzana al este de la estación, los hombres responsables de la evacuación de la ciudad ocupaban un edificio de oficinas de cinco pisos situado en el lado este de la plaza Roja

rodeada de arbustos. Al otro lado de la plaza, junto al cavernoso edificio de Correos, el periódico de Stalingrado *Pravda* («Verdad») imprimía aún una edición diaria y la distribuía a sus suscriptores. Bajo la dirección del presidente del Soviet de la ciudad, Dmitri M. Pigalev, y otros miembros del consejo, publicaba información acerca de instrucciones para las incursiones aéreas y los racionamientos; al mismo tiempo, daba noticias de las batallas que se desarrollaban en el frente. A fin de evitar el pánico, sólo hacía saber que el Ejército Rojo estaba alcanzando victorias al oeste del Don.

Muy cerca, la ancha y fea mole de los grandes almacenes Univermag formaba

la esquina noreste de la plaza. Antiguo escaparate de las modas del sofisticado Moscú, sus mostradores sólo contenían ahora artículos esenciales: ropa interior, calcetines, pantalones, faldas, americanas y botas. En los lóbregos sótanos de Univermag, las reservas habían descendido hasta un nivel alarmante.

En el lado sur de la plaza, el teatro Gorki, provisto de columnas corintias, aún albergaba una orquesta filarmónica que tocaba regularmente en un adornado auditorio, engalanado con gráciles candelabros de cristal suspendidos sobre unas butacas con respaldo de terciopelo. El teatro representaba la perfección suma para los ciudadanos de

Stalingrado, resentidos por su reputación de provincianos que pretendían dárselas de cultos.

Al norte de la plaza Roja, los soldados azuzaban a los caballos que arrastraban carros a través de los amplios bulevares, pasando ante hileras de monótonas casas de apartamentos, de blanqueados ladrillos, que parecían cuarteles. El tránsito de automóviles era escaso y sólo de tipo militar. Por las tardes, las calles se llenaban de peatones que callejeaban debajo de los arces y castaños alineados en las aceras. Muchos paseantes silbaban tonadas de *Rose Marte*, que habían representado durante semanas en un teatro del centro.

De vez en cuando, un jardín público

separaba los bloques de casas. En la calle Soviétskaia, un terraplén interrumpía la serie de residencias. A lo largo de la calle Pensenskaia, estaba situado un molino harinero. Cerca del Volga, en una librería que daba al río, una atildada matrona repartía ejemplares de libros de Jack London, autor favorito de la gente joven.

Las tiendas del barrio, escondidas en las esquinas, se hacían la competencia. «Auerbach, sastre» ofrecía a los soldados que llevaban roto el uniforme una deslucida tienda en la que se podían efectuar arreglos rápidos. Enjambres de moscas acosaban a las mujeres mientras elegían sandías y tomates en mercados al aire libre. Los salones de belleza

estaban atestados de muchachas libres de servicio, que trabajaban en las fábricas de material de guerra.

En el barranco de Tsaritsa, Andréi Yeremenko ya había examinado el cruce de la calle Soleshnaia para calcular su valor militar. También observó el laberinto de calles laterales que salían de la plaza 9 de Enero. Lo que realmente le fascinaba era que inmediatamente al norte de la torrentera Krutói, los edificios daban paso de modo brusco a un declive herboso, sembrado de rocas, que se elevaba hasta unos cien metros. Se trataba de la colina Mámaiev, en un tiempo cementerio tártaro y ahora aprovechada como zona de excursiones. Desde allí, un observador casual podía

ver la mayor parte de la ciudad. La vista era imponente. Hacia el oeste, había una faja deshabitada de estepas abruptamente cortada por las *balkas* (profundos cauces fluviales secos) y, en el distante horizonte, una línea de casas y el campanario de una iglesia. Hacia el norte, estaba situada la pasmosa red de plantas industriales que había hecho de Stalingrado un símbolo del progreso dentro del sistema comunista. Casi en la base del Mámaiev, se veían las paredes de ladrillos amarillos de la fábrica Lazur, de productos químicos. Tenía una superficie mayor que una manzana de casas de la ciudad y estaba rodeada por un bucle ferroviario que le daba el aspecto de una raqueta de tenis. Desde

Lazur, los trenes marchaban resoplando hacia el norte y pasaban ante un depósito de petróleo situado junto al río, destinado a la fábrica Octubre Rojo, con su laberinto de fundiciones y talleres de calibrado, del que salían armas pequeñas y piezas metálicas. Más al norte, los trenes cruzaban ante las chimeneas y altísimas murallas de hormigón de la fábrica de armas Barricada, cuyas dependencias se extendían casi medio kilómetro a lo largo de la orilla del Volga. Allí, una hilera de casas para trabajadores languidecía a medio acabar. Alrededor de los patios de Barricada, estaban almacenados cientos de tubos de cañones de gran calibre, esperando su

embarque para las unidades de artillería del frente. Detrás de Barricada, asomaba el orgullo de la industria rusa, la fábrica de tractores Dzerzhinski. Antiguo punto de concentración de miles de máquinas agrícolas, desde que estalló la guerra constituía uno de los principales productores para el Ejército Rojo de los carros T-34.

Construida en once meses, la fábrica de tractores abrió oficialmente sus puertas el 1 de mayo de 1931 y, cuando estuvo acabada, se extendía casi dos kilómetros a lo largo de la carretera principal norte-sur. Su red interior de vías férreas medía por lo menos quince kilómetros; muchos talleres tenían los techos de cristal para aprovechar al

máximo la luz solar. Se habían añadido a la fábrica conductos de ventilación, cafeterías y duchas para hacer que la vida de los trabajadores fuese más cómoda y productiva.

Al otro lado de la ruta principal, situada paralelamente a los diecisiete kilómetros y medio de zona de industria, había surgido una zona urbana independiente para acomodar a los empleados de las fábricas. Más de trescientas viviendas, algunas de seis pisos de altura, albergaban a miles de obreros. Apiñadas alrededor de parques públicos cuidados con esmero, se encontraban a sólo cinco minutos a pie de una zona ocupada por teatros de verano, cines, un circo, campos de

fútbol, y poseían sus propias tiendas y escuelas. Pocas personas de las que trabajaban en la factoría y vivían en este complejo podían abandonarlo aunque quisieran. El Estado había previsto casi todas las necesidades básicas y la comunidad modelo que Stalin favoreció constituía una obra sobresaliente del sistema soviético.

Desde su atalaya mental de Mámaiev, Andréi Yeremenko no tenía ninguna preocupación en lo referente a la perspectiva norte que dominaba el «corazón económico» de Stalingrado. Incluso el más poderoso catalejo de campaña de un observador artillero, caso de que fuese un alemán, no sería capaz de penetrar más allá de la fábrica

de tractores, o pasar de la frontera superior de Stalingrado, el río Mokraia Meshetka.

Lo que alarmaba a Yeremenko en relación a Mámaiev era contemplar el escenario del este: el reluciente Volga, diariamente atestado de cientos de remolcadores, barcazas y buques de vapor, que se avisaban con sus sirenas unos a otros en el lenguaje del tráfico fluvial y que levantaban espirales de humo mientras navegaban por los canales situados entre el yermo Golodni y las islas Sarpinski. La ruta que atravesaban, una arteria vital para la máquina de guerra soviética y necesaria para cualquier intento de defensa de Stalingrado, estaba completamente a

merced del Ejército que poseyese la colina. Por otra parte, la lejana orilla, que era plana como una mesa de billar y que se extendía hasta el infinito, quedaba expuesta a la observación, al igual que su exuberante pradera, en un tiempo parque de recreo para la gente de vacaciones, que iba a bailar o a nadar en sus nacaradas playas o que pasaba fines de semana en las casitas de campo cercanas a la orilla. Ahora, la pradera estaba desierta. Pero pese a ello, en caso de necesidad, podrían llegar hasta allí los soldados, las municiones y los víveres para socorrer a Stalingrado. Y desde Mámaiev, un enemigo podría fácilmente descubrir cualquier embarcación que lo intentase.

Una vez finalizado su ejercicio, Yeremenko apartó con cansancio el mapa y empezó a dar órdenes. Ahora más que nunca estaba decidido a cavar firme a lo largo de la línea de colinas que comenzaban cerca de Abganerovo. Unas apropiadas defensas anticarros podrían detener el avance alemán. Pero antes tenían que conseguir la suficiente mano de obra para realizar la tarea.

En la parte superior del bunker, el ardiente y rojo sol se había ocultado ya; el aire de la noche era desagradable y húmedo. Los paisanos recorrían allá abajo las orillas del río, relativamente frescas, donde un grupo de evacuados aguardaba a que llegase un transbordador desde la orilla opuesta.

En una sala de espera junto a los pilares del embarcadero, hombres y mujeres llenaban potes con agua caliente tomada de grandes teteras de cobre. Algunos empleaban el agua para lavarse las ropas; otros hacían «té» con albaricoques o frambuesas secos. Era todo lo que les quedaba.

CAPÍTULO V

Al amanecer del día 7 de agosto, la región de la estepa quedó bañada en un color intenso y en un calor abrasador. En las torrenteras y hondonadas del otro lado de los cobertizos con techo de paja de la aldea de Ostrov, a unos treinta y dos kilómetros al oeste del río Don, los soldados rusos desentumecían las piernas y se frotaban los ojos.

El comandante Nikolái Tomskuschin, alto y de anchos hombros, se encontraba ante un dilema especial. Cuando, el 15 de julio, le ordenaron que destinara su regimiento de artillería de la estepa a la protección del Cuartel general del LXII

Ejército, su superior le dijo:

—En caso de cerco, salve usted a sus hombres antes que a su equipo.

Pero el 28 de julio, Tomskuschin oyó otra orden, esta vez por Radio Moscú y por boca del primer ministro Stalin, que decía que el Ejército Rojo debía resistir a toda costa.

«Ni un paso atrás», fue el ultimátum lanzado por Stalin.

Mientras sus hombres almorzaban, hicieron su aparición los aviones alemanes y Tomskuschin llamó al Cuartel general del LXII Ejército para solicitar nuevas orientaciones. La línea estaba cortada.

—¡Oiga! ¡Oiga! —gritó.

No hubo respuesta. El comandante

colgó el teléfono y corrió a buscar a alguien del Estado Mayor que le pudiese dar nuevas órdenes. Pero se quedó aturdido al comprobar que el Cuartel general del LXII Ejército había desaparecido. Sus jefes habían huido a Stalingrado.

Entrenado durante años para obedecer y servir, volvió a toda prisa a su regimiento. En las horas siguientes, los carros alemanes volaron la mayoría de sus cañones de 76 mm; a su alrededor, los bombarderos Stuka quemaron la hierba de la estepa con bombas incendiarias. Desesperado, Tomskuschin mandó un mensajero a la retaguardia, al puente que cruzaba el Don en Kalach, donde tenía la esperanza de que hubiese

algo parecido a un Cuartel general. Mientras esperaba órdenes, la luz cegadora del disco solar batía el suelo y los Stukas planeaban y se lanzaban en picado. Las bajas aumentaron; a última hora de la tarde, más de cuatrocientos hombres yacían muertos o heridos sobre la hierba. El mensajero no regresó.

Al anochecer, Tomskuschin conferenció con sus ayudantes.

—Reúnan a los hombres después de oscurecer —les dijo—. Nos dirigiremos al Don. Nos llevaremos todo lo que se pueda desplazar.

Aquélla fue su solución de compromiso ante las contradictorias órdenes.

Con el frío repentino del anochecer,

los hombres formaron y se dirigieron arrastrando los pies hacia el este. Se prohibieron las conversaciones. No obstante, las armas resonaban metálicamente contra los platos de campaña, y las tropas maldecían en voz alta si tropezaban. Cuando la luna asomaba a intervalos a través de las nubes, Tomskuschin prestaba atención a los ruidos sospechosos. De vez en cuando sonaba un disparo de fusil, pero siempre a lo lejos, y el comandante hablaba en voz baja a sus tropas. De repente, miles de fogonazos estallaron en la oscuridad y las balas acometieron la columna desde ambos lados de la carretera.

—¡Nos han tendido una emboscada!

—vociferó Tomskuschin—. ¡Corred, corred hacia el río!

El regimiento se precipitó hacia la oscuridad, pero Tomskuschin se quedó atrás. Ahora reinaba el silencio, sólo roto por los ruidos procedentes de la carretera, y el comandante avanzaba arrastrándose por la crecida hierba en espera del amanecer.

Tendido bajo un brillante dosel de estrellas, pensaba en su familia, a salvo en Sverdlovsk, detrás de los montes Urales. No la había visto desde hacía más de un año, desde que comenzó la guerra y se apoderó de él hasta lanzarlo a aquel miserable lugar. También pensaba en su carrera militar, irrevocablemente arruinada al haber

decidido retroceder en contra de las órdenes de Stalin. Aunque no se arrepentía de haber desobedecido una orden insensata, que chocaba con su deber respecto de sus hombres, no se hacía ilusiones sobre el destino que le esperaba cuando llegase al Cuartel general. Su delito se podía castigar con la muerte.

Cuando en el firmamento despuntaba el alba, el comandante revolvió en su bolsillo y sacó unas fotos arrugadas de su mujer y de su hijo Vladímir, de seis años. Contempló las fotos mucho rato antes de guardarlas y alargar la mano en busca de su pistola. Cuando levantó el arma y rodeó con el dedo el gatillo, la imagen de Vladímir pareció alzarse

delante de él. Vaciló, pues deseaba con desesperación estrechar al niño entre sus brazos. Incluso estar prisionero en Alemania debía ser mejor que destruir su última oportunidad de ver al muchacho. Volvió a enfundar el arma en la pistolera.

Los alemanes lo encontraron entre las altas hierbas.

—*Ruki verkh*! —gritaron.

Levantó las manos en mansa actitud de rendirse.

Le quitaron la cartera y el anillo pero no cometieron ningún abuso con él y se alejó del campo de batalla sobre un carro alemán. Tomskuschin no estaba asustado. En realidad, se encontraba animado. Tenía una ilusión que llevar a

cabo algún día allá, detrás de los Urales, donde el pequeño Vladímir aguardaba su regreso.

• • •

Después de la batalla en torno a Ostrov, el VI Ejército alemán contó su botín: «Más de cincuenta y siete mil prisioneros y mil carros destruidos.»

En consecuencia, el general Paulus envió a sus hombres un mensaje especial: «Han sido destruidos el LXII Ejército ruso y una gran parte de su I Ejército de carros... Se consiguió la posibilidad de esta victoria gracias a un valiente avance... Estamos muy orgullosos de los caídos... en la próxima

empresa encomendada por el Führer...»

• • •

Pese al fantástico éxito de las fuerzas de Paulus al aplastar la última resistencia rusa al oeste del Don, el peligro más inmediato para Stalingrado lo constituía el IV Ejército Panzer, que había cambiado de dirección para participar en el asalto a la ciudad. Su avance se realizaría a lo largo de la carretera principal y de la línea férrea, sin que tuviera que atravesar ningún río.

Así pues, era lógico que el jefe del IV Ejército Panzer, el «Papá» Hoth, con su cara de caballo, quisiera saborear su nueva misión. Sus exploradores ya se

habían abierto camino hasta unos treinta y dos kilómetros de las afueras de Stalingrado y, con suerte, Hoth esperaba llegar antes que Paulus a la ciudad. Ni siquiera los últimos informes del servicio secreto acerca de una tenaz resistencia en la serie inferior de colinas atravesadas por el ferrocarril y la carretera cerca de Abganerovo, al sur de la ciudad, le llegaron a inquietar. Tenía confianza en que no podían detenerle.

La mayoría de los rusos rezagados, que se retiraban hacia Stalingrado, hubieran estado de acuerdo con este juicio de la situación. Desilusionados, desesperados, habían quedado reducidos a disputarse el uno al otro los alimentos y el agua, especialmente el

agua, que escaseaba en la árida estepa. Otros enemigos encontraron antes que ellos unas preciosas charcas: los calmucos, naturales de la región y profundamente anticomunistas, que habían arrojado animales muertos en los manantiales. Las aguas envenenadas mataron rápidamente a los imprudentes bebedores.

Un militar ruso en retirada, el teniente de pelo ensortijado Hersch Gurewicz, olvidó su sed mientras se lanzaba a una zanja por tercera vez en aquel día. Los Stukas estaban allí, parecidos a aves antediluvianas, volando con insolencia en círculo, en busca de las carroñas de allá abajo. Gurewicz estaba exhausto. Perseguido por los alemanes desde

hacía más de un año, empezó a preguntarse en qué acabaría todo aquello. Natural de Moguiliov, cerca de la frontera polaca, tenía veintiún años de edad; se había unido primero al Ejército Rojo, en 1940, durante la guerra con los finlandeses. Además, su madre había sido militante del partido comunista y trabajaba para los militares. Su padre daba lecciones de violín en la Escuela de Música Rimski-Kórsakov de Moguiliov. La invasión alemana trajo consigo la muerte de su madre y de su hermana, que fueron perseguidas y asesinadas por sus actividades en la guerrilla; su padre y su hermano desaparecieron en el Ejército y Hersch había sido incapaz de localizarlos desde

entonces.

Ahora, en la faja de ochenta kilómetros al sudoeste de Stalingrado, Gurewicz se había convertido en un endurecido veterano. Por el sonido, podía adivinar si un obús estaba cerca o iba destinado a alguien detrás de él; sabía el momento exacto en que debía ponerse a cubierto cuando los bombarderos empezaban a zumbar por la noche. Sabía también otras cosas, como, por ejemplo, el precio de la deserción. Había visto cómo los «sombreros verdes» de la NKVD inculcaban su especial concepto de la disciplina. Los primeros NKVD aparecieron en el campo de batalla en julio, cuando José Stalin convirtió al

Ejército Rojo en cabeza de turco para apaciguar la indignación pública y el temor ante el avance alemán a través de la estepa. La orden de Stalin n.° 227 instauró el reinado del terror. En innumerables barricadas levantadas en la carretera, los sombreros verdes inspeccionaban la documentación, hacían escuetas preguntas y fusilaban a cualquiera que pareciese sospechoso de haber abandonado el frente. Miles de cadáveres bordeaban las carreteras como un aviso para los que intentasen desertar.

Gurewicz vio innumerables cuerpos en los puestos de control, pero esto no le conmocionó, porque había sido testigo de cosas peores. El invierno anterior,

luchando como guerrillero, entró en la ciudad de Rudnia poco después de que la abandonasen los alemanes. El cuerpo de una mujer yacía en la calle. Era rubia, joven y debía de haber sido bonita, pero sus brazos, extendidos hacia arriba, no tenían manos y le habían cortado las piernas por debajo de las rodillas. Alguien había rajado su vientre desde el ombligo a la entrepierna con un cuchillo o una bayoneta. Alrededor del cadáver su agrupaba una muchedumbre que gritaba en voz alta. Un hombre hablaba, temblando de indignación.

—Era nuestra maestra —dijo llorando —. Enseñaba a nuestros niños.

Una vez, cuando le detuvieron los alemanes, pudo comprobar

personalmente su salvajismo. Atrapado en una emboscada, anduvo durante muchos kilómetros con una soga al cuello, para servir de ejemplo a los aldeanos. En un letrero colgado del pecho se podía leer: «Soy un guerrillero ruso.» Después, en el Cuartel general de la Gestapo, cayó en manos de especialistas, dos oficiales rubios, de uniforme negro, que le introdujeron en una habitación donde otro guerrillero estaba atado con correas a una mesa. Mientras observaba, un alemán giró una palanca y la mesa se movió por cada uno de sus lados como si fuese un potro de tortura. Un terrible chillido salió de la garganta del hombre y los huesos de sus piernas se quebraron. La palanca

giró de nuevo y se desgarraron los brazos. Cuando el hombre se desmayó, sus torturadores lo mataron a tiros.

Gurewicz conoció luego su propia cámara de los horrores; le empujaron hasta una silla y le echaron hacia atrás la cabeza. Un interrogador se puso ante su rostro y empezó a enhebrarle un alambre delgado por la nariz. Mientras Gurewicz trataba de vomitar, el alambre penetraba en sus pulmones, daba terribles sacudidas y le dejaba inconsciente.

Se despertó tendido en la nieve y con las manos atadas a la cola de un caballo. Oyó débilmente algunos gritos, luego una palmada y el caballo se encabritó y salió galopando a toda velocidad. La nieve se precipitaba contra su cara.

Boqueaba para poder respirar. El caballo daba corcovos a través de los montones de nieve y le aplastaba una y otra vez contra el suelo. Su cabeza chocó contra algo sólido, notó un punzante dolor y luego entró en la nada.

Aunque parezca increíble, recobró el conocimiento entre las crujientes sábanas de una cama de hospital en Moscú. Había sobrevivido gracias a que sus camaradas guerrilleros le habían seguido al Cuartel general de la Gestapo y tendieron una emboscada a sus torturadores. Todas las noches de las semanas que siguieron, Gurewicz soñó con alambres y huesos rotos y con una maestra que tenía los miembros cortados. Las pesadillas le dejaban

siempre agotado y lleno de horror. Pero, a pesar de todo, nunca se echó a llorar ni a gritar.

Vuelto a filas, se convirtió en un oficial del Ejército Rojo y se dirigió a una academia superior de Infantería en Krasnodar, en el Cáucaso, por aquel tiempo la línea del frente. Pero, en el verano de 1942, llegaron rápidamente los carros alemanes a los límites de la ciudad y forzaron a Gurewicz y a sus condiscípulos a una retirada autorizada hacia el Volga. Ahora, en la polvorienta carretera que llevaba a Seti, estaba agazapado mientras los Stukas volaban en picado. Las sacudidas de las explosiones lo barrían todo por encima de él y le quitaban el aliento. Una ráfaga

alcanzó a un cadete al descubierto y prendió los cócteles Molótov que llevaba atados con correas a la espalda. Como una antorcha humana, el soldado danzó convulsivamente con la espalda explotando entre débiles llamaradas anaranjadas, mientras la gasolina le corría por el cuerpo.

Haciendo caso omiso de los aviones, Gurewicz se levantó de su terraplén para prestar ayuda. Arrodillado sobre el cuerpo carbonizado y chisporroteante, contempló una monstruosa visión: el pecho del hombre estaba quemado por completo y podía verse toda su caja torácica y el corazón que latía con furia. Aquel hombre, al que había conocido, era ya irreconocible. Su rostro se había

derretido. Gurewicz no pudo apartar de él su horrorizada mirada. Otra bomba explotó cerca y sintió un lancinante dolor en su espalda. Pero siguió de rodillas al lado de aquella masa informe y ennegrecida, inerte en la carretera, hasta que el corazón se contrajo por última vez y se detuvo.

Sólo entonces se apartó de lo que quedaba de su amigo. Sangrando por sus propias heridas de metralla, se dirigió hacia Seti para solicitar ayuda y atravesó Stalingrado en una ambulancia en dirección a un centro de recuperación situado al otro lado del Volga. Como lo de su espalda tardaba en curar, empezó a importunar a los médicos para que le dejasen volver al servicio activo. Le

dijeron que tuviese paciencia. Que pronto los llamarían a todos.

• • •

Para salvar su flanco sur, Yeremenko ordenó a sus soldados en retirada que se mantuviesen en Abganerovo, mientras los reforzaba con todas las tropas de refresco que podía encontrar. Ordeno situar los últimos cañones anticarros que localizó, el 9 de agosto, en las colinas que dominaban la carretera y el ferrocarril. También mandó cincuenta y nueve carros a un ataque suicida. No era mucho más que una acción de contención, y Yeremenko lo sabía bien, pero por lo menos podría ganar un día.

Mientras tanto, a lo largo del flanco del río Don, al este de Stalingrado, el puente de Kalach era la clave de la situación. Por ello el coronel Piotr Ilin recibió órdenes directas de Yeremenko para que conservase o destruyese el puente.

Los hombres de la 20.ª Brigada motorizada de Ilin tenían los ojos hundidos por la fatiga. Escasos de cañones y municiones, estaban atrincherados en un huerto de las afueras de Kalach y escuchaban en silencio cómo Ilin les explicaba que iban a formar la retaguardia. Ilin intentó asegurarles que otras divisiones rusas protegerían sus flancos y que, con esta ayuda adicional, conservarían su

posición en el río. Pocos hombres de la brigada le creyeron y fue una suerte que ninguno desertase aquella misma noche.

Al otro lado del Don reinaba el silencio. Desde sus posiciones en la baja y llana orilla este del río, los soldados rusos no podían ver más allá del reborde escarpado, de unos cien metros de altura, situado al otro lado del río; estaba en posesión de los alemanes. Ilin envió exploradores a la otra orilla, donde podían ver con prismáticos las concentraciones de tropas del enemigo y, durante varios días, un intranquilo silencio se apoderó de aquella parte de la estepa. Ilin sacó partido de la situación atrincherando cuidadosamente sus escasas piezas artilleras y colocando

sus últimas ametralladoras en puntos estratégicos. Luego esperó.

La mañana del 15 de agosto, los exploradores se desplomaron por los acantilados de la orilla de enfrente y gritaron:

—¡Ya están aquí!

Detrás de ellos, los soldados alemanes ocuparon el risco. Según órdenes de Ilin, los zapadores hicieron estallar las cargas explosivas situadas debajo del puente. Éste saltó por los aires con gran estruendo. Cuando se disipó el humo, la sección occidental había caído al río y la parte oriental ardía. Ilin había conseguido un poco más de tiempo.

• • •

Detrás de la protección de los grandes acantilados de la orilla opuesta, los alemanes urdían nuevas tácticas y el capitán Gerhard Meunch, de veintiocho años, hacía una ronda entre sus hombres. Promovido recientemente a jefe de un batallón de la 71.ª División, un ascenso extraordinario para un hombre tan joven, Meunch quería estar seguro de que sus tropas comprendían que se cuidaba de ellas. Oyó con paciencia sus quejas acerca del calor, la comida y la falta de correspondencia. Satisfecho al fin de que apreciasen su interés, se dirigió a un puesto de observación situado en los acantilados del Don. Allá abajo estaba Kalach, un grupo de viejas casas con un

huerto de manzanos en las afueras. Más lejos, en la caliginosa distancia, Meunch casi podía ver Stalingrado.

En el huerto de manzanos del otro lado del río, el coronel Ilin acababa de enterarse de que las otras divisiones rusas que protegían sus flancos habían desaparecido y que se había quedado solo y acorralado por el VI Ejército alemán. Para acabar de complicar las cosas, Ilin no conseguía comunicarse por radio con el Cuartel general de Stalingrado para solicitar instrucciones.

Como si adivinasen su problemática situación, los alemanes fueron directamente a por él. Disparando a quemarropa, los cañones de Ilin destrozaron su flota de botes de goma.

Pero unos cuarenta kilómetros río abajo, los ingenieros del VI Ejército, mandados por el comandante Josef Linden, un técnico de Wiesbaden a quien le gustaban los libros, habían construido dos pontones a través del Don. Haciendo frente a una resistencia dispersa, los ingenieros aseguraron con rapidez una cabeza de puente en la orilla este y Paulus ordenó que tres divisiones se dirigieran hacia aquel puente de noventa metros. Cientos de carros surcaron las carreteras y campos en su camino hacia el río. Se detuvieron en el lado occidental del Don, mientras el precavido Paulus reorganizaba sus líneas, repasaba los blindajes, pedía más suministros y coordinaba mejor el

apoyo de los bombarderos de la Luftwaffe desde sus improvisados aeropuertos de la estepa.

El comandante Josef Linden, comandante de los malogrados zapadores alemanes.

Mientras llenaban sus platos de hojalata en las cocinas de campaña, las tropas alemanas hablaban ahora abiertamente de su licenciamiento y de los empleos civiles que les aguardaban en Alemania después de su último empujón hacia el Volga. Estaban de muy buen humor y les embriagaba la esperanza.

Por la tarde del 22 de agosto, dos hombres estaban de pie en un huerto cercano a la cabeza de puente alemana y hablaban con insistencia acerca del trabajo de los próximos días. Uno de ellos era el general Hans Hube, de la 16.ª División Panzer. Un correo le entregó un despacho. Hube lo leyó rápidamente y dijo:

—El ataque empezará mañana a las 04.30 horas, Sickenius.

El coronel Sickenius se dio por enterado de la noticia y Hube le despidió:

—Hasta mañana, Sickenius.

—Hasta mañana, Herr General.

Hube hizo una pausa, se tocó la gorra con su única mano y recalcó:

—Mañana por la noche, en Stalingrado...

• • •

Sesenta y cinco kilómetros al este, se habían colocado letreros en los árboles de Stalingrado exhortando a los ciudadanos. «¡Muerte al invasor!»,

decían. Pero pocos civiles sabían exactamente dónde estaba el enemigo.

En el barranco Tsaritsa, Andréi Yeremenko estaba angustiado por la concentración que tenía efecto en el sector de Paulus. El servicio secreto le indicó que los alemanes estaban planeando otro movimiento clásico en tenaza, con el VI Ejército haciendo las veces de brazo izquierdo y el IV Panzer de Hoth de brazo derecho. Y aunque era capaz de detener temporalmente a Hoth en las colinas que rodeaban a Abganerovo, Yeremenko tenía muy pocas reservas disponibles para hacer frente a semejante ataque combinado.

El general de un solo brazo, Hans Hube («der Mensch»), comandante de la 16.ª División Panzer alemana

De todos modos, en el frente político había conseguido una victoria impresionante. Un amigo reciente, el comisario Nikita Serguéievich Jruschov, había demostrado durante los últimos días que era un aliado de fiar, cuando Yeremenko argumentaba acerca del problema del mando dual con la STAVKA, a través de la línea BODO, el teléfono directo que unía con el Kremlin. Jruschov era el emisario político de Stalin en el consejo militar del puesto de mando de Tsaritsa y respaldó plenamente a Yeremenko en su campaña de poner en línea las divisiones de autoridad. Finalmente, el 13 de agosto, Stalin concedió a Yeremenko la suprema responsabilidad

sobre ambos frentes y degradó al irascible general Gordov.[1]

Encargado ahora por completo de la defensa de Stalingrado, Yeremenko tuvo que hacer frente de modo inmediato a otro problema inesperado. El jefe de la guarnición de la ciudad había desaparecido, dejando tras él el caos. Sin un dirigente local, las fuerzas de la urbe sufrirían un colapso. Su estado de confusión se evidenciaba en las calles. Se perdían vehículos militares y proliferaban los accidentes en los cruces, dado que los conductores no respetaban la derecha e iban a mayor velocidad de la que permitían las ordenanzas. Desde que la disciplina se había roto, cientos de rusos de las tropas

de guarnición empezaron a desertar hacia la otra orilla del Volga.

Además de sus problemas de la estepa, el general Yeremenko luchaba por restaurar el orden dentro de su propia casa.

• • •

El atronar de los motores de los carros atravesó la oscuridad de las primeras horas de la mañana del 23 de agosto y, desde la estepa, filas de *panzers* alemanes avanzaron con violencia hacia los puentes que cruzaban el Don. Maniobraron con cuidado en las pistas de los pontones y continuaron con cautela su camino por la orilla opuesta.

Les siguieron los camiones, transportando la infantería, municiones, alimentos, medicinas y combustible. El movimiento atrajo la atención de los rusos, que dispararon su artillería en la dirección de la que procedía el estruendo. Pero su puntería era muy desigual y los carros y las tropas de apoyo se agruparon rápidamente en tres grupos de combate situados en abanico en la orilla este del río. A una señal, empezaron a bramar a través de la estepa, en medio de un súbito y maravilloso amanecer. El firmamento era gris, luego de un brillante color anaranjado y violeta rojizo y, finalmente, de un amarillo deslumbrador que cegaba los ojos de los tanquistas y que les

dejaba maravillados ante la belleza de la pradera rusa.

El teniente Hans Oettl estaba extasiado viendo el cielo tornarse de color azul celeste limpio de nubes. Para Oettl, de veintidós años, ex empleado municipal en Múnich, aquella mañana de domingo era absolutamente perfecta. Incluso el enemigo cooperaba. Sólo esporádicos disparos de cañón molestaban los flancos, mientras la columna de carros avanzaba hacia el Volga. Contemplaba fascinado cómo los Stukas se dirigían hacia las posiciones invisibles para acallar a los adversarios. Cuando los aviones volvieron, el teniente les saludó agitando alegremente la mano, y ellos respondieron haciendo sonar en

agradecimiento sus sirenas. Maravillado por la cooperación técnica dentro de su ejército, Oettl dio unas palmaditas a la cabra que llevaba como mascota. Había encontrado a *Maedi* vagando sola por la estepa con una cinta roja alrededor del cuello y la consideró desde entonces un amigo íntimo. Ahora *Maedi* permanecía al lado de su amo mientras su columna de carros hacía levantar a su alrededor densas nubes de polvo.

El teniente de Panzer alemán, Hans Oettl, en 1940.

Las ruedas y las orugas desataban nubes de suciedad. La mayoría de los hombres se habían tapado la boca con pañuelos y se habían puesto gafas. En la punta de lanza, los operadores de radio de la 16.ª División Panzer llamaban al Cuartel general del VI Ejército para informar de cada kilómetro que conseguían.

En Golubinka, el nuevo centro de mando del VI Ejército en la orilla occidental del Don, el general Paulus leyó un despacho: «9.45. Los rusos parecen sorprendidos ante el ataque y no son muy fuertes entre Rossoshka y el Don... Hacia el norte contamos con una resistencia mayor...»

Pero la resistencia del norte, sobre el

flanco izquierdo del grupo de carros, fue casi inexistente. Los *panzers* pudieron empujar hacia delante con facilidad y Hans Oettl continuó deleitándose con la belleza que le rodeaba. Fue el día más bello que había contemplado durante la guerra.

• • •

Al mediodía los *panzers* seguían avanzando hacia el este en medio de la calina. El sol empezó a descender de su cénit, detrás de los comandantes de los carros, de pie en sus torretas. Sus rostros estaban desfigurados por la suciedad, pero eran dichosos: dentro de poco esperaban ver el Volga. Algunos

oficiales se recordaban a sí mismos que el río estaba a más de mil quinientos kilómetros de Alemania.

Al lado de la 16.ª División Panzer, la 3.ª División Motorizada trataba desesperadamente de abrirse paso, pero pronto se rezagó, mientras las nubes de polvo cegaban a los conductores. Más atrás, la 60.ª División Motorizada estaba en una terrible confusión, tocando las bocinas y con los ánimos exaltados. Un hombre se apartó a un lado de la carretera y se enfrentó con una columna de camiones. Apuntando la pistola directamente contra el primer vehículo, aulló:

—Si no nos da paso libre, le dispararé a los neumáticos.

El aturdido soldado se hizo a un lado para ceder el paso al doctor Ottmar Kohler, un brillante aunque irascible cirujano, que había servido con la División desde que se formara en Danzig, en 1939. Le fastidiaban los retrasos. Creía que su lugar estaba con los heridos. Durante meses había preparado un plan para que los médicos pudiesen asistir a los hombres seriamente heridos en unos pocos minutos, en vez de mandarlos a la retaguardia en busca de ayuda. Al hacer esto, Kohler iba contra las tradiciones de la Wehrmacht, pero estaba convencido de que tenía razón. Aquella actitud era indicadora de su personalidad, que ahora le había llevado

a saltar en medio de la carretera con un arma en la mano. Poco paciente ante la incompetencia, actuó sin vacilar para corregir la situación.

Kohler aguardó hasta que su unidad se volvió a situar en línea, luego saltó a una moto con sidecar e hizo un ademán con la mano al conductor. Deslumbrado por el sol, el hombre se metió en un hoyo. Kohler chocó de cabeza contra el casco del conductor, notó un pinchazo en el rostro y se retorció de dolor. Tocándose la boca, diagnosticó inmediatamente la dolencia: se había roto la mandíbula. El dolor le daba náuseas; bebió unos tragos de coñac y ordenó al motorista que se uniera al resto del destacamento médico.

• • •

En Golubinka, un secretario hizo una anotación en el Diario de guerra del VI Ejército: «13.00. Se confirma nuevamente que el enemigo ha sido sorprendido...»

El avance continuó por la tarde. Los comandantes de los carros se pusieron tensos al ver asomar en el horizonte campanarios de iglesias y casas blancas. Desde los micrófonos que llevaban colgados al cuello dijeron a sus tripulaciones:

—Allí enfrente está Stalingrado.

Los hombres treparon para echar un vistazo a aquella aglomeración de casas,

balkas y chimeneas que pasaban a su lado, y se levantó el eco de los aplausos a lo largo de la columna. Los obuses empezaron a estallar alrededor de los carros que iban en cabeza y todos se callaron preparándose para la lucha.

Los Stukas volvieron y los carros hicieron fuego contra el emplazamiento de los cañones. Los tanquistas que descendieron y se inclinaron sobre los abrasados agujeros vieron pedacitos de percal y trajes de algodón, brazos y piernas y torsos de mujer aún agitándose. Volvieron a sus vehículos y les contaron a todos que los rusos enviaban mujeres a luchar con ellos. La marcha hacia el Volga continuó. Algunos de los tanquistas tenían el estómago

revuelto.

• • •

El sol estaba bajo hacia el oeste cuando el primer carro alemán se detuvo al borde de un escarpado risco desde el que se dominaba el Volga. El teniente Gottfried Ademeit, hijo de un pastor, contempló admirado el otro lado del río. Podía ver casi ciento cincuenta kilómetros del misterioso país llano de la otra orilla. Como indicó, «era como mirar el corazón de Asia».

Cuando Hans Oettl llegó, estaba deseando bajarse de su vehículo y alcanzar la corriente para bañarse en el río mientras su cabra, *Maedi*, se daría

un banquete con la exuberante vegetación de los campos. Los soldados alemanes, oficiales y tropa, se desnudaron y se zambulleron en las frías aguas. Más tarde, recordando la escena, Oettl se preguntó abiertamente por qué debía ser la guerra el único procedimiento para poder ver una magnífica maravilla natural como aquélla.

Detrás de la columna principal, los soldados llegados en último lugar entraron en los suburbios de Rinok, situado en el norte de Stalingrado, y siguieron a los tranvías. Cuando los pasajeros miraron atrás y vieron las tropas vestidas con uniformes extranjeros, se asustaron y se apearon en

marcha precipitadamente. Los alemanes se rieron y dejaron a los rusos para más adelante.

A las seis de la tarde, el VI Ejército alemán ocupaba una pequeña faja del Volga al norte de Stalingrado. Cientos de camiones y carros de combate se desplazaron hasta allí como apoyo, mientras los operadores de radio de la 16.ª División Panzer transmitían la noticia al Cuartel general. Había sido otro fantástico día para el general Paulus.

CAPÍTULO VI

La mayoría de los habitantes de Stalingrado estaba durmiendo mientras los alemanes cruzaban el Don. En la fábrica de tractores, los hombres y mujeres del turno de noche preparaban el montaje final de sesenta tanques cuando, a las cinco de la mañana, alguien llegó corriendo con la noticia de la ruptura del frente por el enemigo. En medio de un gran alboroto, los supervisores convocaron una reunión para organizar líneas defensivas alrededor de la factoría.

Hacia el sur, en las profundidades del barranco Tsaritsa, Andréi Yeremenko

fue despertado por las frenéticas llamadas telefónicas de las avanzadillas amenazadas por la línea de progresión alemana. Sorprendido por la audacia de la acometida en dirección al Volga, el general mandó que despertaran inmediatamente a los oficiales de Estado Mayor de toda la ciudad y ordenó que les sirviesen un desayuno procedente de la cocina del bunker.

A sólo quinientos metros de distancia, en la plaza Roja, los negros altavoces entraron en funcionamiento y advirtieron a los ciudadanos sobre la posibilidad de incursiones aéreas. Muy pocos prestaron atención al mensaje, dado que la única actividad aérea alemana en los últimos días se había limitado a vuelos de

reconocimiento. El presidente del Soviet de la ciudad, Pigalev, dio el aviso por radio, pero no hizo mención de que los carros alemanes habían alcanzado la parte norte de la ciudad. Temía que la noticia pudiese sembrar el pánico entre la población.

La señora Vlasa Kliaguina no había oído los altavoces porque salía pronto de casa para dejar a su hijo pequeño, Vovo, en una guardería comunal. Luego, ella y su hija, Nadia, se unieron a un grupo de voluntarios del barrio en el sur del suburbio de Yelshanka donde, a las siete y media, cuando la temperatura empezaba a subir hacia los 40 °C, continuó trabajando en una primitiva línea de zanjas anticarros. La señora

Kliaguina no tenía idea de que el general Paulus estaba a punto de abrirse camino hacia la ciudad en una dirección completamente distinta.

A menos de tres kilómetros de Yelshanka, en el suburbio de Dar Gova, un ayudante del director de la estación, Konstantín Viskov, se desplomó en la cama. Acababa de terminar un turno de veinticuatro horas de duro trabajo, mandando tropas, refugiados y suministros a través de la estación ferroviaria número uno. En cuanto Viskov cayó en un profundo sueño, su esposa salió de puntillas para empezar las faenas de la casa.

A las nueve y media, la actividad en el barranco Tsaritsa se aceleró, mientras

cientos de soldados salían y entraban por las dos puertas del bunker subterráneo. Acosado por las llamadas telefónicas, Yeremenko aún no había probado el desayuno que tenía encima del escritorio. Ahora estaba hablando con el suplente del comandante de la VII Fuerza Aérea, que le comunicaba noticias sorprendentes: «Los pilotos militares en vuelo de reconocimiento acababan de llegar. Dijeron que se estaba desarrollando una gran batalla en la región de Málaia Rossoshka (unos cuarenta kilómetros al noroeste de Stalingrado). Todo el terreno estaba ardiendo. Vieron dos columnas de unos cien carros cada una y, tras ellas, compactas columnas de camiones e

infantería. Todos avanzan hacia Stalingrado.»

Yeremenko le dijo que hiciera despegar cuantos aviones le fuera posible.

El teléfono sonó de nuevo: esta vez era Nikita Jruschov, que le llamaba desde su apartamento del centro de la ciudad. En cuanto Yeremenko le contó las noticias, el comisario respondió que iría tan de prisa como pudiera. A las once se presentó en el bunker y escuchó atentamente la información de Yeremenko. Impresionado por la extensión del avance alemán, Jruschov meneó la cabeza:

—Son unos hechos muy desagradables —dijo—. ¿Qué podemos hacer para

alejarlos de Stalingrado?

Yeremenko le contó cómo se estaba esforzando por mandar fuerzas a la parte norte de la ciudad y discutieron el problema de encontrar más refuerzos para los suburbios amenazados. Todos los presentes en la estancia estaban deprimidos, plenamente conscientes de que aquello significaba la caída de Stalingrado. Hablaban en voz baja del impacto de un desastre semejante en el resto del país. Aunque le sudaban las manos, Yeremenko trató de conservar la calma delante de sus colegas.

Cuando llamó el comandante general Korshuniov e informó de que los alemanes acababan de quemar un importante depósito situado en la estepa,

Yeremenko perdió los estribos. Disgustado por el tono histérico de Korshuniov, gritó:

—¡Cuídese de su trabajo! Detenga el pánico.

Luego colgó con brusquedad el teléfono.

Dos generales llegaron al bunker para anunciar que un nuevo puente de pontones, el único que unía a Stalingrado con la orilla opuesta, acababa de terminarse. Yeremenko les dio las gracias por haber trabajado tanto y luego añadió que lo destruyeran. Los oficiales se miraron atónitos el uno al otro, preguntándose si Yeremenko se habría vuelto loco de repente. El repitió sus instrucciones:

—Sí, sí, he dicho que lo destruyan. ¡Y de prisa!

Como tardasen aún en reaccionar, les explicó que el puente no debía caer en manos de los alemanes. Los dos generales se fueron para cumplir aquella draconiana medida.

• • •

Cerca de la desembocadura del barranco Tsaritsa, el aburrimiento y la humedad del mediodía habían atraído a docenas de nadadores como el teniente Víktor Nekrásov, el cual, con un amigo, se dirigió a las soleadas aguas y nadaba perezosamente en la corriente. Lanchones y barcos se abrían paso y

Nekrásov nadaba tras su estela, oyendo con placer el ruido gutural de sus motores Diésel. Cuando se cansó, Nekrásov salió del agua, se subió a un montón de troncos y se tumbó a tomar el sol.

Con los ojos entornados para protegerse de la deslumbrante luz, intentó imaginar cómo era el Volga comparado con el Dniéper en su hogar de Kiev. El teniente decidió que su río era pacífico, un alegre lugar para los niños, y que el Volga resultaba por completo diferente, con el ruidoso tráfago de embarcaciones que lo surcaban. A Nekrásov le preocupaban otras cosas. Pocos bañistas de Stalingrado sonreían aquellos días.

Dirigentes del 62.° Ejército soviético en el puesto de mando del búnker cercano al Volga. De izquierda a derecha: General Nikolái Krilov, jefe de Estado Mayor; general Vasili Chuikov, comandante en jefe; Kuzmá Gurov,

comisario político; general Alexandr Rodimtzev, comandante de la 13.ª División de la Guardia.

Al quedarse dormitando hasta la tarde, Nekrásov pensó cada vez más en los alemanes de la estepa y se preguntó qué sucedería en Stalingrado cuando el enemigo llegase al Volga. Se podía ver a sí mismo agazapado entre las matas de la otra orilla mientras los obuses alemanes levantaban grandes chorros de agua.

• • •

Veinticinco kilómetros al norte del montón de troncos donde estaba Nekrásov, la pesadilla que éste había

entrevisto había ya comenzado.

El mecánico Lev Dilo encontró a los primeros alemanes. Trató de escapar, pero fue derribado y maltratado. Un soldado le quitó el reloj. Otros lo pusieron en pie y le hicieron dirigirse hacia el otro extremo del campo. Dilo miró a su alrededor y vio un profundo barranco; se lanzó a él y huyó. Los alemanes no dispararon.

Dilo anduvo tres kilómetros hasta la fábrica de tractores e irrumpió ante sus superiores.

—¡Ya están aquí! ¡Hay que darse prisa! —gritó, pero los supervisores de la fábrica ya estaban alertados.

El primer batallón de milicias de trabajadores, algunos de uniforme, pero

la mayoría con su ropa de paisano, se dirigían ya a las barricadas de obreros levantadas a lo largo del río Mokraia Meshetka.

En los patios de la fábrica situados a ambos extremos de la carretera principal norte-sur de Stalingrado, los comisarios políticos y los capataces asignaban tareas a miles de trabajadores. Decían a cada grupo:

—Los que puedan llevar armas y sepan dispararlas, que escriban sus nombres aquí debajo.

Los que firmaban recibían un brazalete, un fusil y una canana con municiones antes de acudir por pelotones a las márgenes del río. Los trabajadores no seleccionados se

dirigían a los grupos de casas para poner sobre aviso a los parientes de los que habían marchado al frente.

Piotr Nerozhia se apresuró hacia su casa, tras uno de aquellos mítines en la fábrica Octubre Rojo, para despedirse de su familia que iba a ser evacuada aquella tarde al otro lado del Volga. Llegó demasiado tarde y sólo encontró una nota que decía que su esposa y los niños habían partido ya para Uralsk. Aunque aliviado al ver que ya estaban a salvo, Piotr se encontró de repente solo. El silencio de la casa le incomodó y salió a dar una vuelta. Cerca de la escuela de aviación, se detuvo en un campo, cogió una sandía y volvió a casa. Empezó a freír dos huevos en la

cocina.

Cuando sonó otro aviso de incursión aérea, Nerozhia apagó el hornillo, dejó los dos huevos en la sartén y acudió al Cuartel general del batallón de su destacamento de soldados obreros.

• • •

El zumbido de la sirena de alarma aérea que hizo reaccionar a Nerozhia no era sino una falsa alarma más, como la que los residentes de Stalingrado venían soportando a lo largo del día. Al atardecer, el centro de la ciudad había caído en la apatía. Increíblemente, a pesar de la presencia de Yeremenko en el barranco Tsaritsa y del insólito

movimiento de tropas por las calles que conducían al norte, hacia la zona de las fábricas, la mayoría de la gente del centro de la ciudad continuó ignorando por completo la crisis.

El teniente Víktor Nekrásov se había levantado al fin de su cómodo montón de troncos y, con su amigo, se encaminó a la biblioteca principal situada cerca de la ribera. En la silenciosa y agradable sala de lectura, se arrellanó en una silla de mimbre y empezó a hojear una revista que contenía breves artículos referentes al Perú. En una larga mesa, dos jóvenes reían ruidosamente ante un libro de dibujos que representaban al barón Munchhausen. En la pared, un gran reloj tocaba cada cuarto de hora. Un rato

después, Nekrásov y su amigo se levantaron y se fueron.

Los altavoces vomitaban otro aviso en las plazas, los cruces y las aceras de las calles. La voz no se andaba por las ramas:

—¡Atención! ¡Atención! ¡Ciudadanos, estamos ante una incursión aérea! ¡Tenemos una incursión aérea!

Como para subrayar que ya no se trataba de un entrenamiento, los cañones antiaéreos de los alrededores de la plaza Roja disparaban sordamente con frenética cadencia. Unas motas negras avanzaban por el claro cielo azul; los coches se detuvieron chirriando. De los tranvías se hizo bajar a los pasajeros, que se quedaron unos instantes de pie y

en silencio, con una mano sobre los ojos para mirar hacia el sol y observar aquellos puntos peligrosos.

Entonces vieron a los grupos adelantados de más de seiscientos aviones alemanes, que procedían de más allá del Don. Parecidos a hileras de gaviotas, volando en una V perfecta, los Stukas y Ju-88 zumbaban sobre la soleada ciudad y empezaron a lanzarse en picado. Sus bombas alcanzaron la poblada zona residencial del centro de la ciudad y, a causa de la prolongada sequía, las llamas se propagaron como la pólvora. En unos segundos, Stalingrado quedó envuelta en llamas.

La onda expansiva derrumbó la mayoría de las casas de las calles Gógol

y Pushkin. Enfrente de un cine, una mujer resultó decapitada mientras andaba por la acera. La central depuradora de aguas de la ciudad quedó destrozada por un impacto directo. Otro alcanzó la central telefónica; todas las comunicaciones telefónicas regulares quedaron interrumpidas. Los gritos de los operadores atrapados surgían a través de un revoltijo de centralitas y paneles de control destrozados.

En la sede del *Pravda* de Stalingrado, al lado norte de la plaza Roja, las bombas aplastaron las paredes exteriores, y los supervivientes tuvieron que buscar la salvación a través de un cercano sótano. Entretanto, los altavoces de la plaza Roja pedían con voz

monótona al pueblo que se armara y luchase contra el invasor.

En la calle Medevdítskaia, todas las casas ardían vorazmente. Cuando llegaron los bomberos, contemplaron a una mujer histérica que corría por el centro de la calle mientras estrechaba a un bebe contra su seno. De pronto, uno de los hombres salió corriendo, la sujetó y la empujó a una zanja. En aquel momento cayó una bomba y mató al hombre mientras trataba de arrojarse al suelo junto a ella.

En la calle Pérmskaia, la señora Konstantín Karmanova volvía a casa después de haber despedido a sus hijos mayores que marchaban con una unidad de su fábrica. Cuando ella y su hijo de

dieciséis años llegaron a la calle, vieron que toda la manzana estaba ardiendo excepto su propia casa, una vivienda de ladrillos de una sola planta. La señora Karmanova entró para salvar lo que pudiera. Agarró un bulto de papeles dejados por su marido cuando se fue a la guerra: algunos de ellos databan de 1918 cuando aquél luchaba con los bolcheviques en Tsaritsin. Se apresuró hacia el patio, cavó un hoyo y escondió los documentos y algunas reliquias familiares de plata. En torno a ella, las casas continuaban ardiendo.

• • •

En Dar Gova, el ferroviario

Konstantín Viskov despertó de su pesado sueño al oír las bombas que caían cerca de la estación de ferrocarril. En cuanto saltó de la cama, su esposa le entregó un paquete de comida y le despidió con un beso. Viskov corrió hacia la estación a través del humo y el fuego.

Las primeras bombas cayeron mientras Piotr Nerozhia abría la caja de caudales del Cuartel general del batallón. Su superior, una mujer llamada Denísova, entró corriendo y le dijo que había que enviar armas a la fábrica de tractores.

Tras dar las órdenes para su traslado, Nerozhia se acordó de que tenía que ir a casa para recoger algunos alimentos.

Fuera del Cuartel general, la ciudad

agonizaba. El humo que salía de las ventanas le ahogó y se amilanó. La camarada Denísova le agarró del brazo y le empujó hacia el hospital principal, que se derrumbó mientras lo contemplaban. Se apresuraron a ayudar a los pacientes y condujeron a un grupo hacia la vecina clínica infantil. Pero empezó a arder inmediatamente y los enfermos del interior se quemaron vivos.

Nerozhia fue a reunirse con el destacamento de obreros de la fábrica Krasni Zastava. Era una masa de llamas. Corrió entonces hacia el Soviet de la ciudad, en la plaza Roja, pero también ardía destrozado por las bombas. Se metió en el Metro, un cavernoso

subterráneo usado como refugio y ahora atestado de gente vociferante y sofocada. Nerozhia se detuvo bruscamente en aquel repugnante agujero y, acordándose de los alimentos de su casa, dio un rodeo hasta su calle donde su vivienda aún permanecía en pie.

Entró en el dormitorio y encontró a su loro graznando para que lo atendieran mientras daba frenéticos saltos en la jaula. Cogió a la temblorosa ave con las manos, la depositó en la ventana y la soltó entre las grises nubes de humo. El loro escapó y revoloteó nerviosamente de árbol en árbol.

Nerozhia miró un momento a su animal doméstico, luego se encaminó a la cocina y llenó una sábana con harina,

trigo, pan seco y una botella de vodka. Cuando acabó, miró con tristeza la cocina donde sus dos huevos fritos yacían bajo una capa de yeso que había caído sobre ellos. Con un último encogimiento de hombros, se cargó a la espalda el fardo de provisiones y abandonó su hogar.

• • •

A las siete de la tarde, en los momentos más intensos del bombardeo, los dirigentes del Soviet de la ciudad trataban de entrar en funciones en una improvisada red de sótanos. Enviaron órdenes para que continuase la publicación de *Pravda* y Mijaíl

Vodolaguin, miembro del Comité central, con gafas y de labios gruesos, corrió hacia la sede de *Pravda* en la plaza Roja y se percató de que todo el edificio estaba en ruinas. Unos cien metros más abajo, se encontró por casualidad con la plana mayor del periódico; todos se habían refugiado, muertos de miedo, en un sótano y estaban demasiado aturdidos para poder trabajar.

Vodolaguin requisó un coche y se dirigió al norte, hacia la fábrica de tractores, donde conocía la existencia de una máquina de imprimir. El viaje se hacía normalmente en veinte minutos, pero con los aviones alemanes encima y los cuerpos y escombros obstruyendo la

calle principal, el trayecto fue mucho más lento. A la derecha de Vodolaguin, el líquido inflamado de los destrozados depósitos de petróleo corría pendiente abajo y se derramaba en el Volga. A su derecha, las últimas estribaciones de la colina Mámaiev estaban cubiertas con los cuerpos de los excursionistas.

Tras dos horas de horrores, Vodolaguin llegó a la desierta fábrica de tractores. Encontró su máquina de imprimir, se apropió de un miliciano que dijo que era tipógrafo y, mientras se desprendía el revoque del techo, empezó a preparar un número especial de *Pravda*.

• • •

Cerca de las nueve de la noche, con los Stukas y Ju-88 aún encima de su cabeza, la señora Vlasa Kliaguina volvía apresurada de cavar zanjas en Yelshanka. Deseaba encontrar a su hija Nadia, que se había ido pronto a casa para estar con el pequeño Vovo. En una barricada, la señora Kliaguina se puso impaciente hasta que, por fin, un soldado le hizo señas de que podía atravesar su propio barrio, que se derrumbaba entre centenares de incendios.

Recorrió la calle Soviétskaia y dobló hacia los jardines Karl Marx, donde miles de personas se apretujaban alrededor de los bancos. Sin hogar, gritando, muchos ya habían perdido a

sus parientes. La señora Kliaguina buscó a su hijo, pero no lo encontró entre la multitud.

Cuando llegó a su casa, su corazón se detuvo. Era un humeante montón de ruinas. Llamó varias veces, pero nadie le respondió y corrió hacia la calle Komsomólskaia. Un amigo la vio allí, sollozando incoherente, y le gritó que Nadia estaba a salvo en un sótano cercano. En aquel momento, salió su hija y le contó a su madre que Vovo había desaparecido. La señora Kliaguina no quiso creerla y se escapó gritando:

—¡Vovo! ¡Vovo! ¿Dónde estás?

Nunca más volvió a verlo.

• • •

Aquella noche, en su diario, el agresivo y flamante general de la Luftwaffe, Freiherr von Richthofen, resumió los resultados de las operaciones de los pilotos sobre la destrozada ciudad: «Ante un aviso repentino enviado por el VIII Cuerpo aéreo, despegó toda la IV Flota aérea, con el resultado de que hemos conseguido sencillamente paralizar a los rusos...»

Era cierto. El pulso de la ciudad se hizo más lento, entorpecido por los golpes que habían matado a casi cuarenta mil personas.

Cerca de la medianoche, con el barranco Tsaritsa rodeado de incendios,

el general Yeremenko, completamente agotado, descolgó el teléfono de conferencias BODO para hablar con Stalin. Al cabo de unos minutos, el primer ministro estaba a la escucha y oyó confesar a Yeremenko que la situación era muy grave, tan grave que los funcionarios de la ciudad deseaban cerrar algunas de las fábricas y trasladar su contenido al otro lado del Volga. El general, sin embargo, insistió en que tanto él como el comisario Jruschov se oponían a dicho traslado.

Stalin estaba furioso.

—No deseo discutir esta cuestión —chilló—. La evacuación y minado de las fábricas puede interpretarse como una decisión de rendir Stalingrado. Por ello,

el Comité de Defensa del Estado lo prohíbe.

Con esta orden, Stalin dejó que Yeremenko se enfrentara con los alemanes que llamaban a las puertas de la ciudad.

CAPÍTULO VII

De acuerdo con la táctica desarrollada por el general Paulus, las tres divisiones alemanas que habían cruzado la estepa el domingo, 23 de agosto, debían trazar un corredor de sesenta y cinco kilómetros de longitud desde el Don al Volga. Aquella barrera de acero aislaría Stalingrado por la parte norte y evitaría que se pudiesen filtrar refuerzos para ayudar a la ciudad. En teoría, el plan estaba bien fundado. En la práctica, requería una perfecta coordinación entre todas las unidades participantes.

A la medianoche del 23 de agosto, la 16.ª División Panzer llegó a las afueras

de Stalingrado adelantando sus líneas de apoyo. A unos veinte kilómetros de su retaguardia, la 3.ª División Motorizada se detuvo para pasar la noche. Otros quince kilómetros más atrás, la 60.ª División Motorizada se había atascado en un gigantesco embotellamiento de tráfico. Completamente separadas unas de otras, la tres divisiones se convirtieron en una cadena de «islas» ancladas en medio de un mar hostil. Hasta que dichas islas se unieran en un sólido puente terrestre que se extendiese materialmente desde el cuerpo principal del VI Ejército, cada una de ellas sería extraordinariamente vulnerable a los contraataques soviéticos.

Mientras el Consejo militar ruso de

Stalingrado enviaba a las milicias de trabajadores para que se atrincherasen al norte de la fábrica de tractores, el general Hans Hube ordenaba a su 16.ª División Panzer que se agrupase en un perímetro circular defensivo, como un erizo, con la artillería pesada de la división cubriendo 360° de frente. Al mismo tiempo, Hube dio instrucciones para un ataque inmediato, si existía alguna oportunidad para sacar ventaja de una sorpresa táctica.

A las cuatro y cuarenta minutos de la mañana siguiente, sus baterías de cañones abrieron un intenso fuego de barrera sobre las posiciones rusas alrededor de Spartakovka y del río Mokraia Meshetka. Poco después, los

panzers del Grupo de combate Krumpen salieron del erizo para dirigirse hacia los objetivos castigados, pero retrocedieron ante el arrollador fuego de las trincheras soviéticas, poderosamente fortificadas.

En un milagro de organización nocturna, la milicia rusa había excavado unos puntos fortificados conectados entre sí, y asimilado los rudimentos de la guerra moderna. Ahora, vestidos con la ropa de trabajo o con la de los domingos, estaban agazapados tras morteros y ametralladoras y desafiaban al mejor ejército de carros del mundo. Cuando el Grupo de combate Krumpen se tambaleó bajo aquella lluvia de obuses, los rusos organizaron incluso un

contraataque, enviando hacia los alemanes los carros T-34 sin pintar, directamente de la sección de montaje de la fábrica. La situación cambió de repente y el general Hube pidió por radio al Cuartel general del VI Ejército que le informasen acerca de la tardanza de sus divisiones de apoyo.

Pero también éstas estaban en apuros. La 3.ª Motorizada, en la ciudad de Kuzmichi, acababa de capturar un tren de mercancías soviético completamente cargado de camiones americanos Ford y *jeeps* Willys, pero tuvo que volver a su propia formación en erizo para enfrentarse a un peligroso ataque de la 35.ª División de la Guardia rusa, que se estaba infiltrando desde el norte para

ocupar la separación existente entre las 3.ª y 60.ª Motorizadas, situadas al oeste. Encabezados por oleadas de tanques, los soldados del Ejército Rojo se desparramaron por la estepa y descendieron sobre los flancos de ambas divisiones.

• • •

Ignorante de la situación, el doctor Ottmar Kohler atendía a sus pacientes en un hospital improvisado a lo largo de un apartadero ferroviario, a unos cuarenta kilómetros al oeste del Volga. Aún sentía grandes dolores provocados por la mandíbula que se había roto el día anterior en un accidente de motocicleta.

Incapaz de comer normalmente, se alimentaba a base de chocolate y coñac. A fin de colocar en posición la mandíbula, Kohler trabajaba con un pedazo de corcho apretado en la boca.

Cuando el cirujano estaba concentrado en una operación, irrumpió un soldado en el quirófano:

—¡Los rusos han conseguido infiltrarse!

Kohler siguió trabajando y, cuando acabó, se dirigió a la puerta y vio cómo unos carros soviéticos aplastaban a varios vehículos alemanes a unos cien metros de distancia. La visión le arrancó un grito de la garganta. Quitándose el corcho aulló:

—¡Cargad a los heridos!

En aquel instante, los cañones antiaéreos alemanes escondidos dispararon atronadoras salvas directamente sobre los carros enemigos, que estallaron en pedazos y arrojaron combustible ardiendo y cuerpos por el suelo. El cañoneo se intensificó cuando otros carros rusos llegaron para mantener un duelo con la artillería alemana.

Desde la entrada, Kohler se fijó en un sargento alemán y su escuadra de seis hombres que vagaban desconcertados por las esquinas del hospital. Arrastrando sus fusiles por el suelo, los soldados se encaminaron hacia él y el sargento preguntó:

—¿Qué demonios hace aquí?

Como réplica, el asombrado Kohler les devolvió la pregunta:

—¿Qué demonios os importa a vosotros? El sargento se encogió de hombros y rogó que les dejaran descansar. Cuando Kohler miró a los ojos de aquel hombre, contuvo su indignación, porque vio claro que el soldado acababa de tener una horrorosa experiencia. En medio del terremoto producido por el bombardeo, preparó comida y aguardiente para sus huéspedes.

Se agazaparon contra una pared y observaron cómo se intensificaba la batalla. Cientos de rusos marchaban hacia ellos a través del herboso terreno. Iban cogidos del brazo y cantaban

canciones con recia armonía. Cuando el sargento acabó de comer, se limpió las manos en el uniforme y le dijo a Kohler que estaba dispuesto a cumplir sus órdenes. El doctor sugirió que el pelotón debía ir a luchar y preguntó el nombre del oficial del que dependía el sargento.

—Capitán Holland —respondió aquél, y añadió alterado que la cabeza de Holland acababa de ser destrozada por un carro ruso.

Kohler supo ahora lo que obsesionaba al sargento. Lo dejó solo, saltó sobre un montón de estiércol y enfocó sus prismáticos hacia el increíble desfile que se aproximaba desde la pradera. Detrás de él, un coche alemán de Estado Mayor chirrió en el patio y un oficial, de

pie en el asiento de atrás, gritó:

—¿Qué demonios están haciendo aquí?

Acostumbrado ahora a aquel tipo de pregunta, Kohler se limitó a hacer un saludo de bienvenida:

—Venga a mi montón de estiércol y véalo usted mismo...

Entregando al oficial sus prismáticos, señaló la infantería enemiga. El hombre soltó unas palabrotas, devolvió los prismáticos, se apresuró hacia el coche y salió corriendo en dirección a un puesto de mando artillero.

Kohler fijó su atención en los soldados en marcha, cuyas canciones le llegaban en la suave brisa veraniega. Mientras el doctor miraba fijamente, con

horrorizada fascinación, geiseres de tierra florecieron de repente entre ellos y aparecieron unos hoyos desiguales donde unos momentos antes estuvieron los hombres. Kohler vio cómo la hierba de la estepa enrojecía y las canciones eran reemplazadas por los gritos de los moribundos.

Asqueado por la carnicería, el doctor bajó los prismáticos, descendió de la pila de excrementos y fue a cuidar a sus heridos. Encorvado sobre la mesa de operaciones, se colocó cuidadosamente otro tapón de corcho en la boca y puso en su sitio su rota mandíbula.

• • •

A unos treinta y dos kilómetros al sudoeste del dispensario de Ottmar Kohler, el jefe del VI Ejército, Friedrich von Paulus leía los mensajes radiados por sus tres divisiones en la estepa y perdía su primitiva euforia por la «brillante» victoria del día anterior. Ahora se enfrentaba a la estremecedora perspectiva de perder una o más de aquellas unidades, a menos que pudiera enviarles suficientes refuerzos y suministros para ayudarles a forjar aquella barrera de acero en el Volga. Como medida de precaución, Paulus avisó a la Luftwaffe para que empezara a abastecer de municiones y alimentos a la más distante de las islas, el erizo del general Hube, de la 16.ª División

Panzer, en las afueras de Stalingrado. Mientras tanto, el general se preguntaba cómo iba a tomar aquella ciudad dentro de las siguientes veinticuatro horas, como Hitler esperaba que hiciese.

• • •

Al amanecer, parecía como si un huracán gigante se hubiese lanzado por los aires sobre la ciudad de Stalingrado y la hubiera desmenuzado en un millón de pedazos. La zona céntrica de la ciudad estaba casi arrasada, con cerca de un centenar de manzanas envueltas aún en llamas. Con la central depuradora destruida, los bomberos sólo podían atender a las víctimas del

holocausto.

En una calle, junto a los negros muros de la prisión de la NKVD, un equipo de salvamento trabajaba con ardor para librar a una joven, Nina Detrunina, cuyas piernas habían quedado atrapadas bajo toneladas de cascotes. Su labor se complicaba por los amenazadores crujidos de las paredes de la prisión, que no habían caído aún por milagro. Mientras los hombres y las mujeres removían con cuidado ladrillo por ladrillo, un médico, hincado de rodillas, suministraba morfina a Nina, que sonreía agradecida a sus salvadores. Al poco rato de haber quitado la última de las piedras, y cuando Nina fue conducida al hospital, murió debido a

lesiones internas.

En una profunda *balka*, un grupo de adultos desnudos vagaban indecisos a través del humo. Recluidos en el asilo de locos, eran incapaces de comprender la nueva pesadilla que les sobrevenía. En las calcinadas aceras, los muchachos y muchachas del Komsomol ayudaban a la gente a identificar los cuerpos para encontrar a sus familiares. Cuando alguien reconocía a un miembro de la familia, los voluntarios actuaban rápidamente para mitigar el *shock* y abrazaban al superviviente.

Una mujer no necesitó aquel consuelo. Empleó muchas horas dando la vuelta a los cuerpos, rechazándolos y moviéndolos hasta que encontró a su

bebé, que había sido destrozado por una bomba. La mujer se inclinó, juntó los restos entre sus brazos y acunó al niño tiernamente durante algún rato. Cuando un trabajador del Komsomol se aproximó para confortarla, oyó a la mujer hablar al chiquillo muerto. En tono de reprensión, le preguntaba:

—¿Cómo voy a explicarle esto a tu padre cuando vuelva a casa de la guerra?

La directora del Komsomol, Anastasia Modina, empleó la mayor parte de su tiempo reuniendo a centenares de huérfanos, la mayoría de los cuales permanecían sentados al lado de los cuerpos de sus padres y miraban fijamente sus mutiladas figuras. Algunos

niños hablaban al muerto, tratando de despertarlo. Otros, arreglaban las revueltas ropas de las víctimas como si ello pudiera aliviarles. Anastasia iba a buscar a los niños, les tomaba de la mano y los conducía a un refugio para evacuados junto al Volga. Algunos se resistían y se quedaban junto a los cuerpos de sus padres, pero ella les hablaba y ellos la oían mientras las lágrimas les resbalaban por las mejillas. Más tarde, la inmensa mayoría tendía la mano hacia aquella señora de voz tranquilizadora. Pero unos pocos se negaban resueltamente a separarse de los cadáveres. Anastasia los dejaba solos; había muchos otros a los que atender.

• • •

En el punto principal de salida de los transbordadores, millares de civiles asustados se movían con desasosiego por los malecones mientras los ceñudos policías de la NKVD los inspeccionaban. Muchos dejaban seres queridos atrás; unos, muertos en sus hogares, y otros trabajando como personal indispensable en las factorías. En el terraplén, debajo del acantilado, los evacuados garrapateaban notas y las clavaban en los árboles o en las paredes de los edificios:

Mamá, estamos todos bien. Buscamos a Beketovka. Klava.

No te preocupes, Vana. Nos vamos a Astraján. Ven con nosotros. Yuri.

En el Volga, los maltrechos remolcadores y embarcaciones se abrían paso alrededor del cabo Norte de las islas Golodni y se acercaban poco a poco al lugar de embarque. Atracados en el muelle en medio de una confusión de silbatos, se ladeaban peligrosamente por el peso de los pasajeros que subían corriendo por las planchas. Cuando los navíos soltaban amarras y hacían el recorrido inverso hacia la otra orilla, los stalingradenses que partían levantaban las manos con pena hacia la línea de la playa de aquella ciudad, que iba quedando atrás y a la que habían

considerado su hogar.

En lo alto, los aviones de reconocimiento alemanes iban de acá para allá, observando la caótica escena en el embarcadero y radiando la información a sus bases de Morosóvskaia y Tatsínskaia, en la estepa.

• • •

Medio kilómetro al oeste del punto central de embarque en el Volga, Andréi Yeremenko hacía juegos malabares con sus reservas para contener a la 16.ª División Panzer del general Hans Hube en los suburbios del norte. Cuando el coronel Semion Gorojov puso el pie en

la costa con su brigada de seis mil hombres, pensó que los emplearían para combatir en las zonas meridionales de la ciudad. En vez de ello, Yeremenko los envió al norte, a la fábrica de tractores, para constituir un frente que englobase aquella factoría. Otro grupo, formado por infantería de Marina de la escuadra soviética del Lejano Oriente, fue amontonado en un convoy de automóviles que se dirigió a toda velocidad desde la colina Mámaiev a las trincheras situadas a lo largo del río Mokraia Meshetka, a kilómetro y medio más arriba de la fábrica de tractores. Los infantes de Marina se dirigieron al campo de batalla con sus fusiles asomando por las ventanillas de los

automóviles.

• • •

Un visitante del complejo de fábricas fue Gueorgui Malenkov, el perro guardián personal de Stalin en el Cuartel general de Yeremenko. Si el general estaba nervioso ante Malenkov y miraba continuamente por encima de su hombro, Nikita Jruschov aún lo estaba más, pues él y Malenkov eran acervos rivales en el sanguinario mundo de la política del Kremlin.

Jruschov sabía que había perdido el favor de Stalin a causa de su responsabilidad parcial en la desastrosa ofensiva de primavera, en Jarkov, donde

se produjo la pérdida de más de doscientos mil soldados del Ejército Rojo.[2] Maestro en intrigas también él, se percató de que Malenkov informaría con gusto al primer ministro de cualquiera de sus errores.

Malenkov acudió a la fábrica de tractores donde, bajo un sol ardiente, con el rostro sofocado y el cabello caído sobre la frente en húmedos mechones, exhortó al personal de la fábrica a resistir hasta que llegase más ayuda. Habló con gran fervor mientras, al norte, el martilleo de los cañonazos de la batalla en torno de Spartakokva interrumpía sus frases.

Después de que Malenkov terminara de hablar, los obreros se dispersaron

por los lóbregos talleres. Dentro de una de las estancias, Mijail Vodolaguin había acabado su edición de emergencia de *Pravda*: quinientos ejemplares de una sola hoja que distribuyó entre la población con instrucciones para que pasase de mano en mano después de haberla leído. El principal objetivo de aquella edición especial de Vodolaguin radicó en comunicar un sentido de continuidad: la creencia de que la ciudad aún funcionaba y de que sobreviviría. Hizo un urgente llamamiento a todos para que conservasen la calma y no se produjera el pánico. Su editorial proclamaba: «Destruiremos al enemigo a las puertas de Stalingrado».

• • •

Mientras el novato editor llevaba a cabo su tarea de imprimir, más al sur, desde la fábrica Octubre Rojo, menos amenazada, la milicia civil y las tropas regulares cruzaron ante la fábrica de tractores en dirección al río Mokraia Meshetka, donde los grupos de combate alemanes trataban de rebasar a los tercos rusos. El único éxito alemán había sido la toma de la estación terminal de transbordadores del Transvolga, que enlazaba con el ferrocarril de Kazajstán. En sus intentos de aproximarse a las fábricas de Stalingrado, sólo habían cosechado

constantes y sangrientos rechaces.

Defensores rusos en las afueras de Stalingrado.

Una rusa, Olga Kovalova, sobresalió en una sección de las defensas que

protegían la fábrica de tractores. Acercándose a las trincheras, con la cabeza envuelta en una alegre pañoleta de colores, vociferó invectivas contra los milicianos, que le parecían descuidados, chapuceros o incompetentes. Los hombres estaban acostumbrados a su rudo lenguaje. Olga había trabajado con ellos veinte años seguidos y, durante aquel tiempo, se había convertido en la primera mujer fundidora de acero de la Unión Soviética. Aunque bronca y grosera, se había ganado el respeto y la devoción de todos.

El comandante del batallón, Sazhakin, oyó a Olga increpar a los obreros y trató de sacarla de aquel peligroso sector.

—Olga —le imploró—, éste no es sitio para una mujer. Vuelva a su puesto.

Como ella no respondiese, él le ordenó que se fuese. Olga se dio la vuelta, le miró de modo insolente y respondió:

—Yo no me voy a ninguna parte.

Sazhakin alzó las manos y la dejó sola. Horas después, observó una mancha de colores entre una mata de crecidas hierbas y fue a investigar. Encontró a Olga tendida de espaldas, con el brillante pañolón manchado de sangre. Su ojo izquierdo había desaparecido. Había muerto hacía bastante rato.

• • •

De nuevo los alemanes intentaron sembrar el pánico entre la población civil. Los Stukas volvieron para bombardear el atestado malecón cercano al lugar de salida de los transbordadores. Sin ningún lugar donde esconderse, las masas se movían de acá para allá como un péndulo, primero hacia la pared del acantilado para buscar refugio y luego para salir de allí en cuanto los Stukas se alejaban. Los racimos de bombas les alcanzaron de lleno y la línea de la costa quedó resbaladiza por la sangre. Los equipos médicos amontonaron a los muertos en los senderos mientras apretujaban unos contra otros a los vivos en las embarcaciones para evacuarlos. Pero

los Stukas vieron también estas acciones; cayeron en picado hasta unos treinta metros de altura y ametrallaron los navíos.

En la brumosa luz solar del caluroso atardecer, el Volga entró en erupción. Hubo una cadena de violentas explosiones y varios buques de la flota de rescate se partieron y hundieron sin que quedasen apenas supervivientes. La superficie del río apareció pronto sembrada de cuerpos, que se agitaban blandamente en la corriente que los conducía aguas abajo, a su cita con el mar Caspio.

• • •

La lucha no cambió su tónica durante los tres días siguientes. Los alemanes trataron de consolidar sus ganancias; las tropas de Yeremenko lucharon desesperadamente por mantener sus posiciones al norte y al sur de la ciudad, pero cada vez empezó a verse más claro que debían tomarse drásticas medidas para que Stalingrado pudiese salvarse. La presión de los ataques alemanes fue agotando a los defensores.

A avanzadas horas de la noche del 27 de agosto, un coche del Estado Mayor ruso corría, desde el aeropuerto Vnukovo de Moscú a través de la ciudad, hacia el Kremlin. En él iba el mariscal Gueorgui Konstantínovich Zhúkov, un campesino de cuarenta y seis

años, de amplio tórax. No ajeno a la crisis, en 1939 Zhúkov hizo frente a un ataque japonés por sorpresa en Jalkin Gol, Manchuria, y obtuvo una resonante victoria sobre el tan alardeado Ejército Kuantung. Aquel triunfo le hizo ascender en una época en que Stalin estaba asesinando al cincuenta por ciento de su cuerpo de oficiales del Ejército Rojo en una orgía paranoica. En septiembre de 1941, cuando los carros nazis rodearon Leningrado, Stalin le envió allí para que dirigiera la defensa. Zhúkov se enfureció con aquella ciudad, ejecutó a los oficiales incompetentes, destituyó a los generales y forjó una rígida disciplina con la que ayudó al pueblo de Leningrado a fortalecerse y unirse.

Después, Zhúkov se lanzó de nuevo a la batalla, aquella vez en el frente de Moscú, donde los carros enemigos se habían abierto paso a través de la carretera de Smolensko y provocaron una desordenada evacuación de la capital por parte de muchos empleados gubernamentales: Zhúkov recorrió las trincheras, unió a las desmoralizadas divisiones y creó una defensa elástica, la cual, con la ayuda del brutal invierno que se iniciaba, paralizó a la Wehrmacht al oeste de Moscú.

Ahora, Stalin necesitaba su especial talento para la lucha en el Volga. Rodeado de miembros de la STAVKA, el primer ministro recibió a Zhúkov sombrío y le enteró de los

acontecimientos de Stalingrado. Luego, ordenó al mariscal que se hiciese cargo personalmente de la estrategia global en aquella crucial región.

Durante la comida que siguió, Stalin explicó las medidas temporales que había introducido para hostilizar al enemigo. Estaba llevando elementos de tres Ejércitos —el 1.° de la Guardia, el 24 y el 66— contra el corredor, de frágiles defensas, que los alemanes habían creado entre el Don y el Volga. Pero Stalin tuvo que admitir que aquellos ataques desordenados habían demostrado ser ineficaces; deseaba que Zhúkov encontrase una solución viable. Antes de que los dos hombres se separasen, Stalin le dijo que le concedía

un nuevo título: Diputado del Soviet Supremo en el Ejército Rojo, lo cual hacía de Zhúkov el segundo en rango después de Stalin.

Mientras el mariscal se preparaba para su viaje, no podía saber que el primer problema que debería solucionar sería el creciente derrumbamiento de la moral entre las tropas rusas. Pocos soldados rusos creían que los alemanes podrían ser detenidos en el Volga. El derrotismo impregnaba las conversaciones, tanto de los cuarteles generales del Estado Mayor como de los hombres alistados. Los mismos alemanes estaban asombrados por el torrente de prisioneros que se pasaba a sus líneas. El OKW en Prusia oriental

recibió un cablegrama del VI Ejército en el que se declaraba que el valor combativo de los soldados enemigos se juzgaba como muy pobre: «Muchos desertores vienen, incluso... en sus propios carros».

• • •

Dentro del perímetro que ocupaba la recién llegada 64.ª División soviética, estacionada a unos cuarenta kilómetros al norte de Stalingrado, la moral era particularmente mala. Una incursión aérea alemana había aplastado el hospital de campaña, matando a la mayoría de sus enfermeras y doctores. Los heridos en el combate contaban

horripilantes historias acerca de la superioridad del enemigo y esos relatos sembraron el miedo entre las inexpertas tropas. Empezaron a desertar, al principio individualmente, luego por parejas y, al fin, en grandes grupos.

Con la división a punto de disolverse antes de haber entrado en combate, el oficial que ejercía el mando actuó de un modo drástico para atajar la epidemia. Convocó una asamblea general de los regimientos, se puso frente a ellos y les censuró por eludir sus deberes para con la patria. El coronel imputó a sus hombres el mismo delito que a los que ya habían huido y les dijo que iba a castigarlos por su cobardía.

Una vez finalizada su arenga, el

coronel avanzó resueltamente a través de las filas de los soldados en formación. Con una pistola en la mano derecha, avanzó desde el final de la primera hilera y empezó a contar con voz grave:

—Uno, dos, tres, cuatro...

Cuando llegó al décimo hombre, se giró y le disparó a la cabeza. Una vez la víctima se derrumbó en el suelo, reanudó de nuevo la cuenta:

—Uno, dos, tres...

Al llegar a diez, disparó mortalmente contra otro hombre y continuó su terrible monólogo:

—Uno, dos...

Nadie se movió. Las enfermeras, de pie detrás de la formación, se sorbieron

las lágrimas ante la macabra escena. La triste voz del coronel parecía apuñalar a las tropas.

—...seis, siete...

Los hombres calculaban mentalmente su lugar en la formación y rogaban para que el coronel acabase la cuenta antes de llegar a ellos.

Cuando la última bala del revólver rebotó con ruido sordo en el cerebro de un hombre, el comandante enfundó la pistola y se alejó.

Un oficial gritó:

—¡Rompan filas!

La orden resonó a través de la formación militar y los soldados rompieron filas y se dispersaron en todas direcciones. Tras ellos, seis de sus

camaradas yacían sobre la hierba señalando una clara norma a seguir.

• • •

Unos treinta kilómetros al sur de esta grotesca ceremonia, los alemanes que formaban frente al Volga el erizo de la 16.ª División Panzer se hallaban abocados a su propio aniquilamiento. Un oficial del 14.° Cuerpo lo expuso sucintamente cuando se quejó a Paulus: «Si esta situación continúa, puedo citar el día exacto en que... todos... dejaremos de existir.» Su queja se refería a los abastecimientos que seguían bloqueados por la interferencia soviética.

Al fin, un tren de mercancías de

quinientos vagones pudo romper el bloqueo ruso de la vía férrea y llevar municiones y alimentos a los cercados tanquistas. Su oportuna llegada salvó al vehemente general Hube de una situación embarazosa. Con los airados miembros de su Estado Mayor, acababa de acordar un retroceso desde el Volga, e intentar retroceder hasta las líneas principales del VI Ejército en el Don. En cinco días de lucha contra los obreros de la zona fabril de Stalingrado, Hube no había sido capaz de llegar a la fábrica de tractores. Pero ahora, con nuevas provisiones de artillería y obuses de mortero, el general dirigió sus cañones de gran calibre sobre las posiciones de los milicianos de las

balkas, en la frontera norte de la ciudad.

• • •

En su búnker subterráneo del barranco Tsaritsa, Andréi Yeremenko examinaba sus mapas, que reflejaban una desagradable situación. En su flanco derecho, había tenido acorralado a Hube con un abigarrado grupo de paisanos y unidades militares. Pero los intentos de Stalin de impedir el corredor alemán habían fracasado y la 3.ª División Motorizada logró al fin reunirse con la 16.ª de *panzers* para cubrir una faja de treinta kilómetros de estepa que corría del Don a Stalingrado. Cuando también la 60.ª División Motorizada alcanzó la

retaguardia, quedó completada la unión entre las islas alemanas y completamente bloqueada cualquier ulterior penetración de tropas soviéticas procedentes del norte para reforzar la ciudad.

En el centro del frente de Yeremenko, el cuerpo principal del VI Ejército de Paulus se hallaba concentrado en una amplia extensión de la estepa, desde Kalach al este, hasta el mismo corazón de Stalingrado. Y para dominar esa región, Yeremenko podía contar a lo sumo con veinticinco mil combatientes, los restos del destrozado 62.° Ejército, que fue virtualmente destruido por las tenazas alemanas en el Don a principios de agosto.

En cuanto a su flanco izquierdo, al sudoeste de la ciudad, Yeremenko veía con cierta satisfacción la línea de defensa que había organizado en las bajas colinas, desde Abganerovo hasta Tinguta y Tundutovo. Esta línea había llevado al general alemán «Papá» Hoth al borde de la apoplejía, mientras los cañones anticarro rusos machacaban sus tropas acorazadas y diezmaban a sus granaderos. Pero Yeremenko no podía descuidarse acerca de la situación que allí reinaba. Hacía pocas horas, su servicio secreto le había hecho observar una serie de amenazadores y complicados movimientos de tropas detrás de las líneas alemanas. En el barranco Tsaritsa la opinión estaba

dividida, pero Yeremenko creía que Hoth había perdido la paciencia con los ataques frontales e iba a intentar flanquear el frente de colinas, creando otras tenazas junto con Paulus a fin de atrapar fuera de Stalingrado tanto al 60.° como al 64.° Ejércitos soviéticos. Si esto llegaba a ocurrir, la batalla de Stalingrado concluiría en pocos días.

Yeremenko tenía razón, pero sólo hasta cierto punto. Hoth había perdido la paciencia ante la descorazonadora y costosa aproximación a Stalingrado. Preocupado al ver que aumentaba el número de bajas, ideó una maniobra radical, un deslizamiento lateral alrededor del enemigo. Sacando del frente por la noche a sus carros e

infantería blindada, los reagrupó cuarenta y cinco kilómetros al oeste. Para confundir a los espías rusos, sustituyó a las divisiones retiradas con nuevas unidades para mantener una apariencia de continuidad.

Pero los planes de Hoth no eran tan grandiosos como Yeremenko imaginaba, por lo menos en un principio. El general de cara de caballo sólo pretendía arrollar la defensa rusa de las colinas por el flanco y, con una suerte extraordinaria, tal vez sujetar al 64.° Ejército ruso contra el Volga al sur de Stalingrado.

La noche del 29 de agosto, Hoth soltó sus *panzers* en dirección norte, a través de Abganerovo y hacia la estepa,

durante treinta kilómetros increíbles. El ataque confirmó la opinión de Yeremenko de que Hoth trataba de unirse con Paulus en la estepa y enseguida autorizó la penosa retirada de sus divisiones desde sus posiciones al sur y sudoeste de la ciudad. A diferencia de las decisiones anteriores del mando soviético en los primeros meses de la guerra, ésta salvaría la totalidad de los Ejércitos para otra ocasión, aunque supusiera la posible pérdida de Stalingrado.

La retirada acarreó una terrible confusión. A las diez de la noche de aquel mismo día, la 126.ª División rusa recibió órdenes de retroceder. Cuando algunos regimientos se adelantaron a los

otros, comenzó una precipitada fuga. Las divisiones de los flancos se mezclaron por la noche. Por la mañana del 30 de agosto, la 29.ª División Motorizada alemana interceptó a miles de soldados enemigos que vagaban por la estepa. El comandante de la 208.ª División rusa se rindió con todo su Estado Mayor. Sin disparar un solo tiro, cayeron en manos alemanas camiones, carros y centenares de piezas de artillería.

• • •

«Papá» Hoth había abierto la puerta de Stalingrado. Asombrado por el repentino colapso ruso, revisó sus objetivos y pretendió ahora lo que

Yeremenko erróneamente había creído que había planeado desde un principio. Envió sus *panzers* al norte a reunirse con los carros de Paulus, procedentes del corredor hacia el Volga. El Cuartel general del Grupo de Ejércitos B informó a Friedrich von Paulus sobre la espléndida oportunidad que existía de realizar un osado gambito: «Considerando el hecho de que el IV Ejército Panzer ha logrado una cabeza de puente en Gravrilovka a las 10.00 horas de hoy, todo depende ahora de que el VI Ejército concentre las mayores fuerzas posibles... y desencadene un ataque tomando claramente una dirección hacia el sur...»

Inexplicablemente, Paulus no se

movió. Acosado por las suicidas tentativas rusas de romper su débil corredor hacia el Volga, se negó a enviar tropas al sur para hacer un acoplamiento. Se perdieron unas horas cruciales. Paulus recibió otro cable urgente y de nuevo dejó de contestar. Y mientras el Alto Mando alemán trataba de desplazar sus tenazas, Andréi Yeremenko separó más de veinte mil soldados rusos de la estepa entre el Don y Stalingrado.

• • •

Aunque había ordenado la destrucción del puente en Kalach, el coronel Piotr Ilin mantuvo su posición en los huertos

situados en el reborde sudeste de la ciudad. Con muy pocas municiones y con sólo cien hombres a su mando, había sido incapaz de impedir que los alemanes cruzasen el Don en botes. En este período no había recibido nuevas órdenes, pero durante la noche del 28 de agosto, la radio de Stalingrado logró al fin ponerse en contacto con él. Una vacilante voz del Cuartel general del 62.° Ejército preguntó:

—¿Es usted, camarada Ilin? ¿Dónde está?

—Sí, soy yo. Estamos en Kalach.

—¿En Kalach? Los alemanes están ahí —la voz parecía incrédula.

Ilin trató de explicar cómo permanecía aún allí, incluso después de que el

batallón del capitán Gerhard Meunch vadease el Don y se apoderase de la parte antigua de la ciudad. La voz de la radio le dijo que esperase un minuto. Ilin oyó unas interferencias y luego la voz reapareció con otra pregunta:

—Dígame, camarada Ilin, ¿dónde está su puesto de mando?

Percatándose de que la voz intentaba atraparle, inmediatamente indicó con toda precisión su posición y llovieron sobre él felicitaciones por haber combatido tan bien. Luego el Cuartel general cortó la conversación.

Tres noches después, cuando Yeremenko empezó a retirar sus tropas de la estepa, la voz llamó a Ilin de nuevo y le dijo que abandonase el huerto

y se dirigiera hacia el Volga. Al cabo de pocas horas, su brigada se marchaba sigilosamente de Kalach en un convoy de treinta y ocho camiones. Cuando los alemanes notaron movimiento en la oscuridad, abrieron fuego rápidamente en dirección al ruido e Ilin permaneció en la carretera intercambiando disparos con el batallón de Meunch. Luego, saltó a un coche y rodó sano y salvo hasta Stalingrado.

El 2 de septiembre, Paulus convino al fin en el movimiento hacia el sur, en dirección a Hoth, y en pocas horas las dos ramas de las tenazas se cerraron. Pero Paulus había esperado demasiado. La mayor parte de las tropas rusas de la estepa habían escapado hacia

Stalingrado y sus setenta y dos horas de indecisión proporcionaron al enemigo otra oportunidad para luchar. Ahora la batalla se desarrollaría en las calles de Stalingrado, donde las tácticas de la *blitzkrieg* eran ineficaces.

CAPÍTULO VIII

El 3 de septiembre, José Stalin envió un telegrama al mariscal Zhúkov en Málaia Ivanokva, en la orilla occidental del Volga, a ochenta kilómetros de Stalingrado, en línea recta:

La situación se ha deteriorado últimamente en Stalingrado. El enemigo se encuentra a tres kilómetros de la ciudad. Stalingrado puede caer hoy o mañana, si el grupo de fuerzas del norte no le presta una inmediata ayuda. Los comandantes de las fuerzas del norte y noroeste de Stalingrado deben atacar inmediatamente al

enemigo... No se tolerará ningún retraso. Retrasarse equivale a un crimen...

En los cinco días que Zhúkov llevaba en el frente, no había obrado un milagro, pero estaba intentando coordinar los ataques de la infantería rusa con una exigua cobertura aérea y de carros. Y un esfuerzo semejante requería tiempo. Pero Stalin no iba a concedérselo. Cuando Zhúkov le llamó, solicitando un aplazamiento hasta que llegasen municiones en cantidad suficiente, Stalin se lo otorgó hasta el 5 de septiembre. Aquel día, Zhúkov lanzó asaltos con «oleadas de hombres», que se estrellaron contra el flanco izquierdo del

corredor alemán desde el Don al Volga y que fueron inmediatamente neutralizados. Al anochecer, el corredor alemán permanecía intacto.

Zhúkov telefoneó a Stalin para comunicarle aquellas malas noticias. Tras describir la carnicería, mencionó que Paulus se había visto forzado a trasladar algunas reservas desde las afueras de Stalingrado para contenerles.

Stalin se alegró.

—Eso está bien —dijo—. Es una gran ayuda para la ciudad.

Cuando Zhúkov le respondió con cautela que aquel éxito ruso era ilusorio, el primer ministro le despidió diciéndole:

—Los ataques deben continuar. Su

tarea es hacer que el enemigo saque de Stalingrado todas las fuerzas que le sea posible.

Y dicho esto, Stalin colgó.

• • •

Adolfo Hitler, el otro ajedrecista de aquella fatídica partida, paseaba entre los fragantes pinares de Vínnitsa con una frustración creciente. No podía comprender por qué los objetivos de la Operación Azul no se habían alcanzado. El general Paulus había llegado al Volga el 23 de agosto, pero Stalingrado aún no había caído. Y en el Cáucaso, donde el Grupo de Ejércitos A luchaba por aquellos preciosos yacimientos

petrolíferos, también algo andaba mal.

Aunque los alemanes habían salido del apuro de Rostov el 23 de julio e irrumpido con violencia en los macizos situados entre el mar Negro y el mar Caspio, los rusos habían realizado una partida en la que abundaban los fuegos fatuos y arrastraban a los nazis cada vez más lejos de sus bases de aprovisionamiento. Los granaderos alemanes de la 1.ª División Panzer y del LXX Ejército cruzaron desiertos resecos, campos de girasoles de casi dos metros de altura, y el 9 de agosto llegaron finalmente a las estribaciones del Cáucaso, donde se apoderaron del centro petrolífero de Maikop, sólo para encontrarlo quemado hasta los cimientos

por los rusos en su retirada. Hitler urgió a sus comandantes que avanzasen hacia Grozni, Batum y Bakú. Por el camino, se habían hecho con nuevos aliados: musulmanes y circasianos, los naturales del país que rechazaban la férula soviética. Sin embargo, los alemanes nunca pudieron hacerse con un gran cuerpo del Ejército Rojo. Hacia septiembre, con sus líneas de suministro poco fluidas, su marcha hacia los centros petroleros principales se hizo más lenta. Cuando el comandante del Grupo de Ejércitos A, mariscal List, recomendó un reagrupamiento, Hitler estalló en invectivas y amenazó con mandarlo fusilar.

En las reuniones diarias de Estado

Mayor con su «conciencia», el inquebrantable general Franz Halder, Hitler empezó a mosquearse ante las repetidas advertencias sobre la debilidad de los flancos y la pobreza de las comunicaciones, tanto en Stalingrado como en el Cáucaso. Ya pensaba en reemplazar a Halder.

La situación empeoró más adelante, el 7 de septiembre, cuando el general Albert Jodl volvió de un rápido viaje a los cuarteles generales del Cáucaso y aprobó con energía la idea de List de detener todos los ataques hasta que el Grupo de Ejércitos A fuera reabastecido con hombres y material. Hitler estalló ante la defección de un consejero de confianza. Le gritó a Jodl, que también

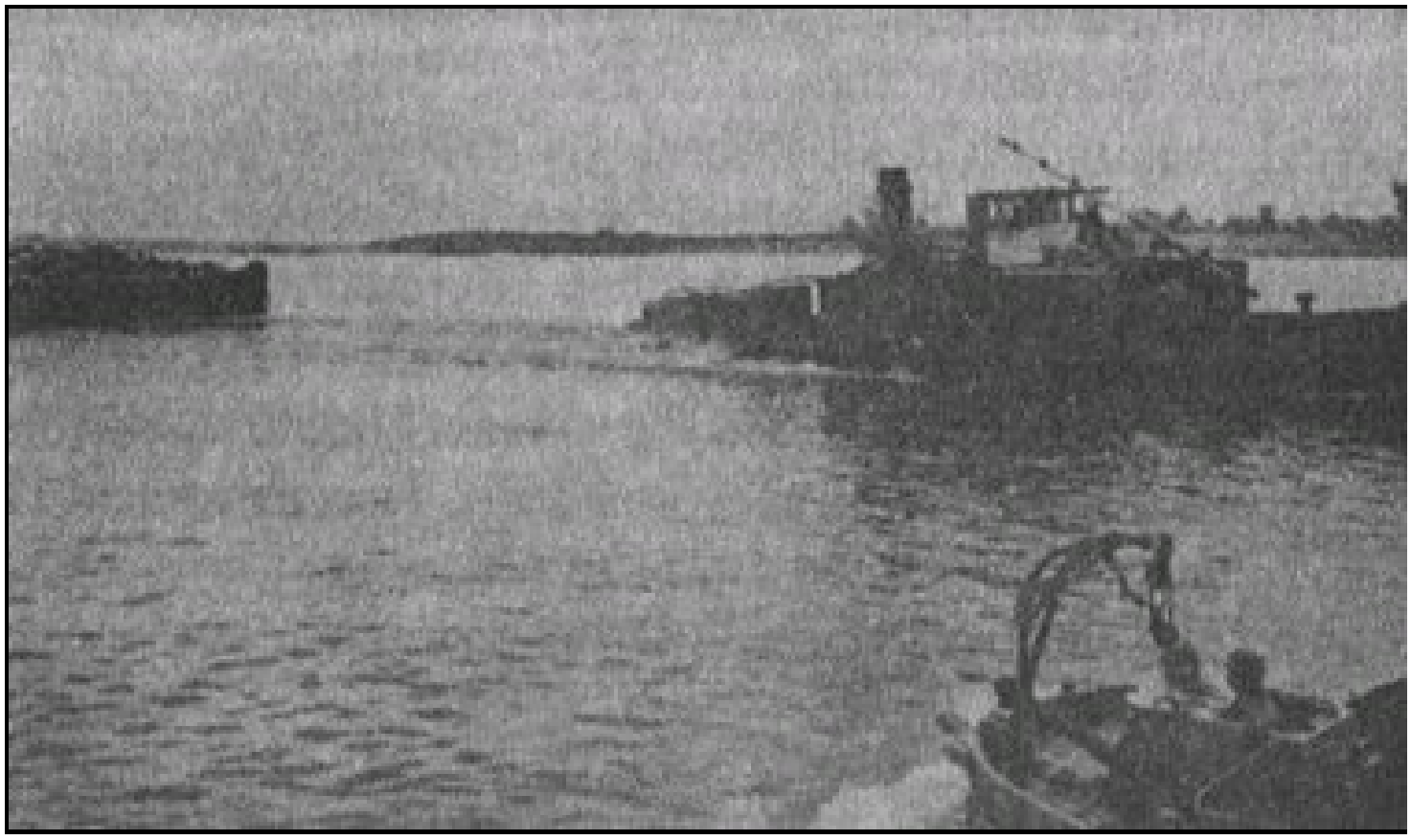
perdió los estribos, y éste recordó las varias directrices de Hitler que habían conducido la operación a su precaria situación actual.

Con el rostro enrojecido y los ojos febriles, el Führer abandonó, enfurecido, la reunión. Desde aquel momento, la brecha entre él y los generales de la Wehrmacht se amplió de modo irreparable. Hasta el fin de la guerra, aunque permaneciese en la OKW, Hitler tomó siempre sus comidas a solas, permitiendo sólo la compañía de su perra *Blondi*.

• • •

Mientras el líder del III Reich estaba

de mal humor, sus peones del IV Ejército Panzer rabiaban en las afueras del sur de Stalingrado. Tras reunirse con el VI Ejército de Paulus en la estepa, frente al extrarradio de la ciudad, «Papá» Hoth hizo girar sus divisiones hacia el este para un avance en dirección al Volga, lo cual, con optimismo, separaría el 62.° del 64.° Ejército soviético. Pero en el momento en que sus carros se desplazaron desde la estepa a las congestionadas y accidentadas ciudades suburbanas de Krasnoarmeisk y Kuperosnoie, Hoth se enfrentó con una clase de guerra diferente.



Remolcador ruso con rueda de paletas lateral arrastrando una barcaza cargada con refuerzos al otro lado del Volga, hacia Stalingrado.

Se habían esfumado aquellos brillantes avances de quince kilómetros. Ahora, Hoth se hubiera conformado con sólo dos o tres diarios. Cuando los *panzers* se empantanaron en las

estrechas calles, los soldados rusos los rociaron con cócteles Molótov. Desde las ventanas, los francotiradores enemigos fueron matando a tiros a los incautos soldados de a pie. La artillería, antaño empleada para diezmar objetivos invisibles situados a muchos kilómetros de distancia, se empleaba ahora para destruir el interior de las casas situadas a cincuenta metros de las atascadas divisiones alemanas.

El coste en vidas fue espantoso. Werner Halle, un cabo del 71.° Regimiento de la 29.ª División Motorizada, escribió después en su diario: «Durante aquel período nos encontrábamos frecuentemente sin jefes de compañía o incluso de pelotón... cada

uno de nosotros, y esto puede parecer fuerte pero era lo que ocurría, podía conjeturar fácilmente que iba a ser el próximo en desaparecer...»

En la noche del 9 de septiembre, Halle y sus hombres recibieron una comida caliente, la primera en muchos días. Al día siguiente, estaba de pie en la pendiente que conducía hasta el Volga, en Kuperosnoie, y se maravilló de lo que había hecho hasta llegar a aquel ancho río. Tras comunicar su triunfo, tuvo que atrincherarse rápidamente para hacer frente a la violenta reacción soviética provocada por su presencia.

• • •

La llegada de Halle al Volga señaló el aislamiento final del 62.° Ejército ruso. Separado ya al norte por el avance hacia el Volga del VI Ejército alemán, el 23 de agosto, se hallaba ahora acorralado en un saliente alrededor del suburbio de Beketovka y soportaba todo el peso del cuerpo principal de las fuerzas de Friedrich von Paulus, ordenadas para el combate en el borde occidental de Stalingrado. El 62.° Ejército era ahora la única fuerza combatiente de que disponía Stalingrado para rechazar a más de doscientos mil invasores.

En el barranco Tsaritsa, el tráfico en torno al bunker del Consejo militar ruso era desacostumbradamente débil. Los civiles que comentaban aquel ambiente

calmado no estaban enterados de que el general Andréi Yeremenko se había trasladado al otro lado del río, a Yami. Las razones de Yeremenko para irse eran legítimas. Tenía problemas en la comunicación con sus Ejércitos a través de los cables telefónicos, los cuales eran constantemente cortados por el fuego del enemigo, y los obuses de los morteros alemanes caían sobre el mismo barranco Tsaritsa. Sólo unos cuantos días antes, las llamas destruyeron un depósito de petróleo que se infiltró por el barranco y casi calcinó el Cuartel general.

Cuando Nikita Jruschov telefoneó a Stalin para explicarle que deseaban abandonarlo, el primer ministro se puso

furioso.

—No, eso es imposible. Si sus tropas se dan cuenta de que su comandante ha trasladado su Cuartel general fuera de Stalingrado, la ciudad caerá.

Jruschov trató de repetir sus argumentos hasta que Stalin se ablandó.

—Bueno, está bien. Siempre y cuando esté seguro de que el frente se conserve y sus defensas no cedan. Le daré permiso...

El Estado Mayor del Cuartel general cruzó el Volga el 9 de septiembre y, antes de irse, Jruschov llamó al calvo general E. I. Golikov y le dijo que se quedase como enlace con el general Alexandr Ivánovich Lopatin, el comandante del sacrificado 62.°

Ejército. Golikov se volvió «blanco como el papel» y suplicó a Jruschov que no le abandonase.

—Stalingrado está condenado —rogó —. No me deje atrás. No me destruya. Permítame ir con usted.[3]

Bruscamente, Jruschov ordenó a Golikov que se dominara y luego salieron del bunker para tomar el transbordador que les llevaría a la orilla opuesta.

CAPÍTULO IX

La histeria del general Golikov reflejaba la creciente tendencia entre el personal soviético a abandonar la ciudad. Mientras Golikov fue obligado a quedarse por orden expresa de Jruschov, miles de oficiales y paisanos rusos buscaban la salvación en la orilla oriental del Volga. Algunos se procuraron documentación falsa; otros se escondieron en los transbordadores. Todos estaban lo suficientemente desesperados para correr el riesgo de un fatal encuentro con la policía de la NKVD. Pero incluso los sombreros verdes también se estaban marchando

ahora.

En su bunker casi desierto del barranco Tsaritsa, el general Lopatin trataba con denuedo de agrupar a sus abatidos soldados. Pero el LXII Ejército que él mandaba sólo existía de nombre. Tras ser duramente castigado al oeste del Don, sus supervivientes habían retrocedido hasta Stalingrado para buscar refugio, no para combatir. Su frente se extendía desde la fábrica de tractores hasta el elevador de granos y no estaban preparados para resistir todo el peso del avance alemán. Una brigada blindada sólo poseía un carro. Una brigada de infantería se componía exactamente de 666 soldados, de los cuales 200 eran fusileros de primera. Un

regimiento que debía encuadrar 3.000 hombres, sólo tenía 100. La división, que normalmente comprendía 10.000 soldados, sólo contaba con 1.500. En el borde sur de la ciudad, la 35.ª División de la Guardia, tan poderosa en otro tiempo, sólo tenía en sus listas a 250 infantes.

Al comprobar estas estadísticas, el general Lopatin perdió las esperanzas de poder salvar a Stalingrado. Cuando confió sus temores a Yeremenko, perdió el puesto.

Al otro lado del Volga, en los bosques de Yami, Yeremenko y Jruschov mantuvieron una apresurada conferencia para elegir un sucesor. Al examinar los nombres de los candidatos, enseguida

convinieron en que un general, Vasili Ivánovich Chuikov, el comandante suplente del LXIV Ejército, era el mejor calificado para el cargo. Se trataba de un campesino que también había trabajado como botones y aprendiz de tendero antes de la revolución bolchevique. Chuikov había ingresado en el partido comunista en 1919 y en pocos meses se convirtió en jefe de un regimiento durante la guerra civil. Seis años después, a la edad de veinticinco años, se graduó en la prestigiosa Academia militar Frunze y mandó un Ejército en la guerra ruso-finesa de 1939-1940. Cuando Hitler invadió la Unión Soviética, Chuikov estaba destinado en Chungking, China,

informando acerca de las intrigas palaciegas en torno del «fascista» Chiang Kai-shek. Hasta la primavera de 1942 no regresó a Rusia, donde, durante las seis semanas anteriores, actuó en el LXIV Ejército del general Shumilov mientras se luchaba contra el IV Ejército Panzer alemán en la estepa del sudoeste de Stalingrado. A pesar de las constantes retiradas ante la concentración masiva de carros enemigos, Chuikov nunca sucumbió al derrotismo. Obstinado, imbuido de una gran confianza en sí mismo, despreciaba a los que perdían la presencia de ánimo. Tolerante con ciertas faltas, enseguida castigaba a cualquiera que estuviese en contra de sus ideas en asuntos militares.

Su áspero carácter se daba la mano con su agresiva apariencia. De amplios hombros, fornido, tenía un rostro arrugado y con papada. Despeinado y con el negro pelo cayéndole sobre los ojos, cuando sonreía mostraba una brillante hilera de dientes de oro. Chuikov se preocupaba tan poco de su atuendo y era tan descuidado y desaseado que, frecuentemente, le confundían con un soldado raso de infantería.

Yeremenko y Jruschov estuvieron de acuerdo en que las maneras dinámicas de Chuikov pesaban más que las deficiencias de su temperamento. Precisamente porque era impetuoso, tenaz y brillante improvisador en el

campo de batalla, veían en él al hombre apropiado para enviarlo a Stalingrado. Yeremenko telefoneó a Stalin a través de la línea BODO para obtener su aprobación al nombramiento y luego convocaron en Yami al general para una conferencia.

En la noche del 11 de septiembre, Chuikov se presentó en la estación principal de transbordadores de Stalingrado. Mientras esperaba un barco, merodeó hasta un puesto de primeros auxilios e inmediatamente se enfureció ante lo que vio. Los hombres gravemente heridos yacían en el suelo, con sus vendajes manchados de sangre sin que se los cambiasen durante horas. Desatendidos, continuamente pedían

agua.

Cuando Chuikov preguntó el porqué, los doctores y enfermeras se encogieron de hombros para expresar su incapacidad de hacer frente a la asombrosa cantidad de bajas. La réplica le pareció lógica a Chuikov cuando contempló una operación. Entonces bajó de su *jeep* y consoló a los heridos hasta que llegó su transbordador y le llevó a la otra orilla.

A las 10.00 horas del 12 de septiembre, saludó a Andréi Yeremenko y le dijo:

—*Továrich* comandante, el general Chuikov ha llegado según sus órdenes.

Yeremenko le recibió calurosamente y le ofreció compartir su almuerzo.

Cuando Chuikov rehusó, los dos hombres hablaron acerca de las condiciones generales de la zona de Stalingrado. Afuera, explotó un obús alemán entre los cercanos árboles.

—Vasili Ivánovich —dijo Yeremenko yendo al grano—, le he llamado para ofrecerle un nuevo cargo... —aunque ya había anticipado lo del nuevo puesto, Chuikov parecía auténticamente asustado mientras Yeremenko le contemplaba fijamente para ver cómo reaccionaba— el cargo de comandante del LXII Ejército. ¿Qué opina usted de ello?

Chuikov respondió enseguida:

—*Vetom otnoshenii...* (A este respecto...)

Yeremenko recordó que Chuikov tenía la costumbre de emplear esta frase en las conversaciones.

—...el nombramiento, desde luego, entraña mucha responsabilidad...

Yeremenko le interrumpió:

—La situación del Ejército es muy tensa y me agrada que se percate de la pesada carga que tendrá que sobrellevar.

Chuikov asintió con la cabeza.

—Opino que, a este respecto, no le decepcionaré...

Satisfecho con las respuestas de Chuikov, Yeremenko le acompañó a ver a Jruschov, que pronto quedó convencido de que Chuikov conseguiría mantenerse firme en Stalingrado. La reunión concluyó con el tácito acuerdo

de que el Cuartel general del Frente no negaría a Chuikov ayuda cuando éste la pidiese. El nuevo jefe del LXII Ejército se fue a recoger sus cosas antes de regresar a la orilla occidental del Volga.

• • •

Aquel mismo día, el general Friedrich von Paulus hizo más de ochocientos kilómetros para llegar a Vínnitsa, en Ucrania. Allí pasó muchas horas con Adolfo Hitler y discutió su problema principal, el flanco izquierdo a lo largo del Don. Paulus pidió al Führer que le diera algunas unidades para hacer el papel de «corsé», una protección para los ejércitos títere que aún se estaban

desplazando para alcanzar sus posiciones. Hitler estuvo casi cordial y le prometió ocuparse inmediatamente del problema. Cuando acosó a Paulus respecto de Stalingrado, el general le dijo que la ciudad caería en cosa de días.

Aquella noche, Paulus cenó con su antiguo amigo Franz Halder. Animados por el buen vino, hablaron acerca de la afortunada campaña de verano en la estepa y Paulus le repitió sus temores sobre la debilidad de los ejércitos títere situados en su flanco izquierdo. Halder le respondió que trataría de prevenir a Hitler sobre ello y los dos hombres se despidieron optimistas.

• • •

Entretanto, los tres máximos dirigentes de los asuntos militares soviéticos también estaban reunidos en conferencia. José Stalin, Gueorgui Zhúkov y Alexandr Vasilevski estudiaban las críticas noticias procedentes de los campos de batalla. Observaron que, en el Cáucaso, el Grupo de Ejércitos A alemán empezaba a reducir su avance hacia los yacimientos petrolíferos. Pero Stalin, aún poco seguro de que tuviese la fuerza necesaria para contener allí al enemigo, recapituló el problema diciendo:

—Desean conseguir a cualquier precio el petróleo de Grozni.

Y, sin detenerse, añadió:

—Bien, veamos ahora lo que Zhúkov nos tiene que decir sobre Stalingrado.

Zhúkov no tenía buenas noticias. Sus fuerzas del norte no podían romper el corredor alemán del Don al Volga. Stalin se puso delante de un mapa y estudió la relación de sus reservas en otros sectores, mientras Zhúkov y Vasilevski permanecían de pie a un lado y discutían en voz baja la posibilidad de una solución alternativa, algo revolucionaria.

De repente, Stalin dijo con brusquedad:

—¿Qué cosa revolucionaria?

Ambos generales quedaron asombrados por su oído tan fino. Stalin

continuó:

—Está bien, sería mejor que volvieran al Estado Mayor general y diesen algunas ideas sobre lo que se puede hacer en Stalingrado y cuántas reservas necesitaríamos para reforzar el grupo de Stalingrado. Y no se olviden del frente del Cáucaso. Volveremos a reunimos mañana a las nueve de la noche.

El mariscal soviético Alexandr Vasilevski, coartífice, junto con Zhúkov, de la contraofensiva que atrapó en

Stalingrado al VI Ejército alemán.

• • •

Mientras Stalin y su grupo de consejeros maniobraban en Moscú, Vasili Chuikov desembarcó en Stalingrado para hacerse cargo del mando del LXII Ejército. Le rodeó una multitud turbulenta. Ancianos, ancianas y niños se agolparon en torno de él. Con las caras ennegrecidas por la suciedad, constituían una patética visión. Los gimoteantes chiquillos pedían agua y lo que más disgustó a Chuikov fue que no tenía nada que darles.

Se los quitó de encima y se dirigió al barranco Tsaritsa para reunirse con su

Estado Mayor, pero el Cuartel general estaba vacío y tuvo que preguntar a los soldados que andaban por las calles la dirección del nuevo puesto de mando. Alguien le dijo que se hallaba en la colina Mámaiev y, mientras se dirigía hacia allí a través de las ruinas producidas por las bombas y obuses caídos los días precedentes, quedó aterrado por lo débiles que eran las defensas anticarros. Por su propia experiencia, Chuikov sabía que los alemanes podrían arrollarlas en unos segundos. Se percató de una cosa: aunque aún era verano los árboles habían perdido todas sus hojas.

Al alcanzar las estribaciones del sudeste de Mámaiev, Chuikov empezó a

ascender y tropezó con el nuevo Cuartel general, que estaba constituido por una amplia trinchera con un banco de tierra apisonada a lo largo de una pared y una cama y una mesa en el otro lado. El techo lo constituían unos matorrales cubiertos únicamente por casi medio metro de tierra.

Había dos personas en el refugio subterráneo, una telefonista y el general Nikolái Ivánovich Krilov, un hombre macizo y de cara seria. Dado que Krilov estaba discutiendo acaloradamente por teléfono, Chuikov depositó su documentación encima de la mesa y aguardó hasta que Krilov le mirase casualmente. Cuando, al fin, terminó su llamada, el jefe del Estado Mayor del

LXII Ejército se dirigió hacia él y estrechó la mano de su nuevo superior.

Aún bastante trastornado por su conversación telefónica, Krilov le explicó que acababa de hablar con un oficial que había trasladado su Cuartel general a la otra orilla del Volga sin pedir permiso.

—En otras palabras —dijo Krilov— [su]... puesto de mando está ahora detrás de nosotros. Es vergonzoso...

Chuikov fue de su misma opinión y se levantó. Necesitaba tiempo para hacerse cargo de la situación. Por lo tanto, no interfirió por el momento en las actividades de Krilov.

Hacia medianoche, el general, que de modo tan arbitrario había trasladado su

puesto de mando, llegó acompañado de su segundo de a bordo. En aquel momento, Chuikov empezó a actuar como jefe del Ejército y censuró a aquel hombre.

—¿Cuál sería su actitud, como general soviético al mando de un sector militar, si uno de sus jefes subordinados abandonase el frente con su Cuartel general sin su permiso? ¿Qué cree que debería hacer?

El general y su suplente agacharon la cabeza y no replicaron. Chuikov les reprendió severamente, acusándoles de cobardía. Antes de despedirlos, les ordenó que retornasen a su antigua posición antes de las cuatro de la madrugada. Luego, el enfurecido

Chuikov volvió a estudiar sus mapas tácticos. Las flechas de los mismos apuntaban al desastre. A menos de un kilómetro, las tropas alemanas de las divisiones 71 y 295 estaban a punto de arremeter contra la vital estación de transbordadores que unía Stalingrado con la orilla opuesta.

A las seis y media del 13 de septiembre, el enemigo atacó y, con las comunicaciones entre sus unidades de tierra frecuentemente cortadas por las explosiones, Chuikov tenía grandes dificultades para mantener el control de la batalla. A última hora de la tarde había «perdido casi por completo el contacto con las tropas». Pero los alemanes aún no habían sido capaces de

irrumpir en la sección principal de Stalingrado. .

Expuesto en Mámaiev a un incesante cañoneo, y privado de los normales circuitos telefónicos y de radio, Chuikov les dijo de repente a los que se encontraban en la atestada trinchera que lo recogieran todo y se dirigieran al bunker del barranco Tsaritsa tan precipitadamente abandonado durante los últimos días.

• • •

De acuerdo con sus órdenes de la noche anterior, los mariscales Vasilevski y Zhúkov se encerraron de nuevo con Stalin. Tras estrecharles la mano, algo

que el primer ministro solía hacer muy poco, Stalin se embarcó en un ataque a sus aliados.

—Decenas y centenares de miles de ciudadanos soviéticos están dando sus vidas en la lucha contra el fascismo y Churchill me regatea veinte Hurricanes. Y esos Hurricanes no son lo que se dice muy buenos. A nuestros pilotos no les gustan.

Sin pausa, Stalin preguntó:

—¿Qué sugieren? ¿Ya han hecho el informe?

—Lo hemos hecho los dos —dijo Vasilevski— y somos de la misma opinión.

Stalin contempló su mapa y preguntó:

—¿Qué tienen entre manos?

—Se trata de nuestras notas preliminares para una contraofensiva en Stalingrado —respondió Vasilevski.

Zhúkov y Vasilevski explicaron entonces su idea: tras romper las defensas del flanco alemán, tanto a ciento sesenta kilómetros al noroeste de la ciudad, a lo largo del Don, como a ochenta al sur de la ciudad, en torno de la cadena de lagos salados Tzatza, dos tenazas rusas se cerrarían en las cercanías de la ciudad de Kalach. Con optimismo, atraparían a la mayor parte del VI Ejército de Paulus en el puente de sesenta y cinco kilómetros de anchura entre el Don y el Volga.

Stalin objetó:

—¿No alargarían demasiado sus

fuerzas de ataque? Como los mariscales estuvieron en desacuerdo con él, añadió:

—Trataremos más acerca de esto y veremos con cuántos recursos contamos.

Mientras discutían los méritos del atrevido plan, el general Yeremenko llamó desde Yami a través de la línea

BODO y Stalin escuchó atentamente la noticia de que los alemanes estaban entrando en Stalingrado desde el oeste y el sur.

Cuando Stalin colgó, se volvió a Vasilevski:

—Dé órdenes inmediatamente para que la 13.ª División de la Guardia de Rodimzhev atraviese el Volga y vea lo que puede enviar mañana al otro lado del río.

Los tres hombres se separaron tras recibir este aviso de parte del primer ministro:

—...Ya hablaremos más tarde de su plan. Nadie, aparte de nosotros tres, debe saber nada acerca del mismo.

• • •

La mañana del 14 de septiembre la 71.ª División alemana entró en el centro de Stalingrado en un frente de tres kilómetros de anchura. El capitán Gerhard Meunch dirigió personalmente el tercer batallón del 194.° Regimiento de Infantería, tratando de atravesar varias manzanas de la ciudad y llegar al frente de la ribera. Hasta entonces, sus

hombres habían sufrido principalmente a causa del calor o de ocasionales encuentros con las retaguardias rusas y Meunch creía que tenía una excelente oportunidad de alcanzar el Volga antes de caer la noche.

Pero en cuanto alcanzó las congestionadas avenidas de la ciudad, las bajas aumentaron de forma repentina. Desde las ventanas de los pisos tercero y cuarto de las casas, los francotiradores acribillaban a las columnas, y la artillería ligera escondida abría huecos en las filas. Los alemanes encontraron pocos lugares para ocultarse, pues siempre tenían que forzar el combate y extraer al enemigo de las ruinas de las edificaciones.

A las dos de la tarde, el tercer batallón se había aproximado a menos de cien y pico metros de la estación ferroviaria principal, enfrente de la plaza Roja, y Meunch recibió órdenes de apoderarse del embarcadero de transbordadores en el Volga. A pesar de sus crecientes pérdidas, aún estaba confiado. Sus hombres habían capturado a varios correos rusos que atravesaban las calles con mensajes escritos a mano. Imaginando que el LXII Ejército soviético tenía cortadas sus comunicaciones telefónicas, y que ahora dependía cada vez más de pequeños grupos aislados para contener a los alemanes, Meunch opinó que su mermado batallón podría arreglárselas

para atravesar sus últimos setecientos cincuenta metros antes de alcanzar su objetivo.

• • •

La suposición de Meunch acerca de los problemas del enemigo era sorprendentemente exacta. El general Chuikov estaba en una situación desesperada. Vuelto al bunker subterráneo del barranco Tsaritsa, acababan de decirle que la 13.ª División de la Guardia llegaba en su ayuda y que cruzaría el río aquella noche. Pero, en el entretanto, debía hallar las tropas suficientes para conservar el embarcadero principal de los

transbordadores. Sin éste, era seguro que caería el centro de Stalingrado.

Alrededor de las cuatro de la tarde, Chuikov llamó al coronel Sáraiev, el jefe de la guarnición de la NKVD. El general Krilov ya había prevenido a Chuikov acerca de la actitud de Sáraiev: «Se considera imprescindible y no quiere cumplir las órdenes del Ejército».

Cuando Sáraiev llegó al bunker, Chuikov ya se había hecho una idea de su invitado y le hizo frente de modo directo:

—¿Sabe usted que su división ha sido incorporada al LXII Ejército y que debe aceptar la autoridad del Consejo militar?

Cuando Sáraiev refunfuñó y le miró enojado, Chuikov le lanzó una última amenaza:

—¿Me deja telefonear al Consejo militar del frente para aclarar este asunto?

Enfrentado a una reprimenda o algo peor por parte de Yeremenko y Jruschov, Sáraiev se derrumbó y respondió humildemente:

—Soy un soldado del LXII Ejército.

Chuikov le envió para que organizase a sus ciento cincuenta milicianos en pelotones de diez y de veinte en los edificios estratégicos del centro de la ciudad. Esos «grupos de asalto» fueron su respuesta a la superioridad alemana en tropas, artillería y aviones (sobre

todo en aviones). Desechando los manuales técnicos del Ejército Rojo, los sustituyó por una idea que había concebido por primera vez en la estepa, cuando observó las tácticas de *blitzkrieg* del enemigo seguidas contra el LXIV Ejército soviético, convencido como estaba de que no podía competir con la potencia de fuego alemana. La contrarrestó creando una serie de minifortalezas, dominando varios cruces de calles. Los pequeños grupos de asalto podían actuar como «rompeolas», obstruyendo a los *panzers* nazis en su aproximación por carreteras a las que ya apuntaba la artillería rusa. Cuando los carros se amontonaban a lo largo de esas rutas previstas, tenían que

enfrentarse a un mortal fuego procedente de cañones pesados. Cuando los carros quedaban atascados, los grupos de asalto podían enfrentarse a la infantería alemana, ahora sin la protección de los carros blindados en llamas. Y, además, al luchar en pequeñas columnas, los grupos de asalto también eliminaban la amenaza de la Luftwaffe alemana. Temiendo bombardear a sus propias fuerzas, los Stukas y Ju-88 eran incapaces de atacar los puntos fortificados soviéticos.

• • •

Sólo a unos setecientos cincuenta metros al noreste del bunker de Chuikov,

un grupo de soldados de la NKVD se preparaba para el ataque final alemán hacia el río. Ordenados para el combate en un arco alrededor del embarcadero de los transbordadores, los sesenta soldados esperaban a su jefe, el coronel Petrakov, que debía regresar de una misión exploratoria a lo largo de la calle Pensénskaia. Calculando por dónde intentaría el enemigo la ruptura, Petrakov y dos ayudantes se dirigieron al norte hasta llegar a la plaza 9 de Enero. Oían a distancia el estampido de pequeñas armas de fuego, pero no vieron a ningún alemán ni oyeron un tiroteo cercano. La plaza estaba desierta y Petrakov se detuvo al lado de un coche abandonado para juzgar su situación.

De repente, silbaron balazos de metralleta a través de las ventanillas del coche, obligando a Petrakov a agacharse para buscar protección. Casi al instante explotaron en la plaza, arriba y abajo, los obuses alemanes y quedó inconsciente. Rescatado por sus hombres, despertó en un túnel en la orilla del Volga, donde yacía bajo un abrigo, y oyó que los alemanes habían avanzado hasta el río y tomado una serie de edificios cerca de la ribera. Desde la Casa de los especialistas (una casa de apartamentos para ingenieros), desde el edificio de cinco pisos del Banco del Estado y desde una fábrica de cerveza, los alemanes gritaban:

—*Rus, Rus, Volga bul-bul*!

(¡Echaremos a los rusos al Volga!)

Petrakov se aproximó a la entrada del túnel y miró hacia el río para ver si había indicios de la 13.ª División de la Guardia. Pero aún faltaban varias horas para que cruzasen y tenía que alejar hasta entonces a los alemanes del lugar de embarque de los transbordadores.

Cuando se tropezó con un muchacho ruso que vagaba por el túnel, el curioso Petrakov le preguntó su nombre.

—Kolia —le respondió.

Y explicó al coronel que el enemigo le había enviado a espiar en la faja rusa entre la Casa de los especialistas y el Volga. Petrakov sonrió y dijo a Kolia que, en vez de eso, le hablase a él acerca de los alemanes. Kolia conocía

dónde estaban exactamente sus capturadores: el primer batallón, del 194.° Regimiento de Infantería, de la 71.ª División, al mando del capitán Ginderling. Protegiendo el flanco izquierdo de Gerhard Meunch, Ginderling trataba también de conquistar el embarcadero de los transbordadores antes de que oscureciera.

Al caer la noche, Ginderling mandó sus tropas desde la fábrica de cerveza hacia el malecón de los transbordadores, a unos setecientos cincuenta metros más abajo. Los sesenta hombres de Petrakov formaban una línea de escaramuzas alrededor del embarcadero, luchando con ardor aunque se estaban quedando sin

municiones. De pronto, apareció una lancha motora procedente del otro lado del Volga con cajas de municiones y granadas. Reabastecidos, los soldados de la NKVD de Petrakov estaban ahora preparados para un contraataque. El coronel había encontrado un cañón de 76 mm en un lado de la calle y, mientras trataba de aprender su mecanismo, dio la orden de atacar cuando disparase el quinto cañonazo con su nueva pieza artillera.

Petrakov apuntó el cañón contra el Banco del Estado, cargó el primer obús con mucho cuidado y disparó directamente contra el edificio de cemento. Mientras se disponía a otro asalto, oyó a sus espaldas el rumor de

una lancha que transportaba hombres de la 13.ª División de la Guardia. Pero los alemanes también la habían visto y la lancha se vio rápidamente rodeada por explosiones.

Entre los impactos de los cañonazos, el coronel Yelin, jefe del 42.° Regimiento de la Guardia, se arrojó desde el bote a las aguas poco profundas y se dirigió a la orilla. Cuando se encontró con Petrakov, y se enteró de que estaba disparando contra el Banco del Estado, Yelin le dijo angustiado que se detuviese pues sus propios hombres estaban a punto de asaltar el edificio en una lucha cuerpo a cuerpo. La situación era aún peligrosa, pero los rusos no se habían dado cuenta de un hecho

importante: los alemanes que intentaban arrojarlos al río estaban también ellos al borde del colapso.

Cerca de la estación ferroviaria, el capitán Meunch contó sus filas y se percató de que sólo un día de lucha en Stalingrado le había costado más de un batallón. Casi doscientos de sus hombres yacían muertos o heridos en las calles que conducían a la plaza Roja. Ahora la estación ferroviaria era un obstáculo cada vez más mortífero. Aunque los rusos no la ocupaban con muchos efectivos, Meunch la temía instintivamente. Ocultos dentro de su vasta red de vías, furgones y vagones de mercancías, un pequeño grupo de francotiradores podría aniquilar su

reducida fuerza.

Decidió dar un rodeo y pedir un bombardeo aéreo. Se produjo enseguida. Pero los Stukas fallaron el blanco y arrojaron sus bombas en medio de las tropas de Meunch.

Cuando oscureció, el capitán reunió a su batallón en el palacio del gobernador, inacabado y en forma de U, donde, desde la terraza, vio por primera vez el Volga. Realizó otro recuento y comprobó que tenía menos de cincuenta hombres para poder tomar el malecón del transbordador. Dándose cuenta de que su tercer batallón no tenía la fuerza necesaria para poder llevar a cabo la acción por sí solo, Meunch dijo a sus soldados que buscasen refugio donde

pasar la noche.

• • •

Apenas a unos quinientos metros del edificio en forma de U de Meunch, la 13.ª División de la Guardia estaba desembarcando ahora más fuerzas. Dos regimientos y un batallón de otro regimiento atravesaron el Volga entre el cañoneo, desembarcaron y ascendieron la gradual pendiente lanzándose acto seguido a la batalla. En la oscuridad, los rusos tuvieron más pérdidas y naufragios que los días anteriores pero, antes del alba, habían conseguido formar una línea defensiva.

En la colina Mámaiev, pelotones y

secciones cavaron frenéticamente en los terrenos frecuentados en otro tiempo por los excursionistas. Pero la 295.ª División alemana ya había tomado la cresta donde dos verdes arcas de agua les proporcionaron un abrigado puesto de mando. El estruendo sobre Mámaiev era espantoso. Un soldado ruso lo comparó a dos agujas de acero que penetrasen por el tímpano y alcanzasen el cerebro. El firmamento estaba desgarrado por explosiones y los rostros se volvían de un rojo pálido. Al coronel Yelin le parecía que el mundo entero estaba a punto de desaparecer.

De algún modo, los rusos lograron conservar la ladera. Las bajas fueron enormes. Yelin tuvo que enviar a sus

hombres poco a poco a ocupar agujeros removidos de la trinchera. Los soldados nunca conocían los nombres de sus camaradas antes de morir juntos en la tierra excavada.

En su Cuartel general, Chuikov intentaba juzgar la situación de la colina, pero no podía a causa de las contradictorias informaciones. También tenía otros problemas. Su puesto de mando a lo largo del barranco Tsaritsa estaba sitiado. En la entrada de la calle Pushkinskaia los mensajeros y los miembros del Estado Mayor entraban y salían. Algunos hombres irrumpían mientras las balas y los obuses rasgaban el aire. En el bunker, el calor era inaguantable. Empapado en sudor,

Chuikov tuvo que salir varias veces al aire libre para conservar su equilibrio. Las ametralladoras alemanas tiraban muy cerca de él, pero no pensaba en ello. Le parecía peor el pandemónium que reinaba dentro del refugio.

• • •

Desde la pradera de la otra orilla del Volga, el comandante de la 13.ª División de la Guardia estaba a punto de cruzar en dirección a Stalingrado. El general Alexandr Ilich Rodimzhev, de treinta y seis años, no era ajeno a la guerra. Con el seudónimo de «Pablito Geshos» había ido a España en 1936 y luchado con los republicanos contra Franco. Nombrado

Héroe de la Unión Soviética por aquellas hazañas, se paseaba ahora preocupado por la ribera del río y no podía olvidar lo que había visto. En la orilla occidental, Stalingrado ardía con intensidad a la puesta del sol del 15 de septiembre; los barcos que llevaban a sus tropas a la ciudad habían sido hechos trizas por el fuego de la artillería. Mientras Rodimzhev la contemplaba, una embarcación se vio envuelta en una nube de humo y luego una ensordecedora explosión la lanzó a más de cien metros de altura. Cuando los surtidores de agua descendieron al río, el buque y sus sesenta y cinco ocupantes habían desaparecido.

Rodimzhev y su Estado Mayor

subieron a bordo de su lancha y se acurrucaron debajo de la borda mientras retrocedían lentamente entre la corriente. La metralla rebotaba contra la madera y los mojaban los geiseres de las salpicaduras de los tiros errados. Pero el lanchón llegó al desembarcadero y Rodimzhev dio un salto y se dirigió a toda prisa durante medio kilómetro al antiguo túnel que hacía las veces de puesto de mando del coronel Petrakov, un corredor pobremente ventilado y cuyo techo lo formaban tablones de desecho. Mientras las explosiones le cubrían de suciedad, Rodimzhev se encontró con los que ya habían llegado de la expedición y se enteró de que los alemanes estaban al parecer intentando

apoderarse de cinco kilómetros del frente del río, desde el barranco Tsaritsa hasta la colina Mámaiev.

Preocupado por informar a Chuikov, el general tomó consigo a cinco oficiales de su Estado Mayor y se encaminó al embarcadero del transbordador; luego cruzó al oeste durante unos setecientos cincuenta metros para llegar al bunker subterráneo del barranco. En aquel breve trayecto, la metralla mató a tres de sus compañeros.

Chuikov abrazó al embadurnado Rodimzhev y le hizo sentar mientras el comandante de la Guardia le informaba con rapidez de la posición de los refuerzos. La mayor parte de su división ya había cruzado, pero les faltaban unos

dos mil fusiles. Después de que Chuikov logró cubrir esta carencia con sus propias reservas de armas, le preguntó a Rodimzhev qué opinaba acerca de la terrible tarea que le habían asignado.

—Soy un comunista —replicó—. No tengo intención de abandonar la ciudad.

CAPÍTULO X

Los soldados corrían a toda prisa entre el violento resplandor del vivo tiroteo y de las llamas de los incendios que iluminaban la escena como en un mediodía de verano. Vasili Chuikov rondaba preocupado por las inmediaciones de la entrada de su bunker en la calle Pushkinskaia para conseguir un hálito de aire. Al encontrarse con un oficial, le interpeló:

—¿Dónde están sus hombres, teniente?

Antón Kuzmich Dragan le dijo al general que él estaba al mando de la primera compañía, primer batallón, 42.° Regimiento, de la 13División de la

Guardia. Chuikov le dio una orden aterradora:

—Conserve la estación principal del ferrocarril.

Obediente, Dragan reunió a sus tropas y avanzaron hacia la terminal de cemento situada al oeste de la plaza Roja. Al llegar, bajo el terrible fuego cruzado desde diversos edificios, Dragan se percató de que los alemanes habían llegado a la estación antes que él. Tras una serie de instrucciones en voz baja, Dragan y sus hombres corrieron hacia el edificio. Estallaban granadas, las balas de las ametralladoras trazadoras hendían la oscuridad. De repente, los alemanes se fueron. Los rusos se dispersaron rápidamente por el

laberinto de vagones de mercancías y furgones y esperaron el amanecer. No tenían idea de que los alemanes que tenían a su alrededor habían sufrido un sesenta por ciento de bajas.

• • •

Cuando los alemanes irrumpieron en la zona residencial de la ciudad, llegaron demasiado de prisa para algunos civiles. Los transbordadores habían evacuado a la mayoría de la población, incluyendo a Anastasia Modina y a sus huérfanos, al jefe de estación Viskov y a su mujer, y al director de *Pravda*, Vodolaguin, pero se habían quedado unos tres mil habitantes.

En el suburbio de Dar Gova, el avance pilló a cientos de dichos no combatientes en sus hogares. Entre ellos estaba Sacha Filipov, de quince años, y su familia. Mientras sus padres y su hermano de diez años permanecían dentro de la casa, el diminuto y delicado Sacha salió a confraternizar con el enemigo. Zapatero remendón por sus estudios en la escuela industrial, Sacha se presentó a los oficiales alemanes que ocupaban un edificio próximo y les ofreció sus servicios. Divertidos al pensar que alguien tan joven y delicado tuviera tal destreza, los alemanes le prometieron trabajo para poner medias suelas a las botas del Ejército.

Sacha Filipov.

Sacha volvió a casa aquella noche con la noticia de que iba a trabajar para el enemigo. No dijo a sus padres que también estaba en contacto con el servicio secreto ruso y había convenido con ellos espiar en el Cuartel general alemán de Dar Gova.

• • •

La señora Katrina Karmanova también había sido sorprendida por el rápido avance alemán. Se quedó en casa, durante días, llevando cosas valiosas al patio trasero para enterrarlas. Plata, joyas, reliquias familiares, todo lo metió en un hoyo y lo cubrió de tierra. Ahora, junto con su hijo Genn, escuchó el ruido

de las ametralladoras al final de la manzana y supo que había esperado demasiado antes de irse.

Un obús de artillería estalló en el tejado, prendiendo fuego a la casa. Ella y Genn corrieron a la próxima puerta y se escondieron detrás de un sofá del salón. Las granadas estallaban afuera y luego una ardiente serie de balas trazadoras cruzó la habitación.

De repente, Genn gritó:

—No te asustes, madre. ¡Quítame la bala del brazo!

Con dedos temblorosos, la señora Karmanova cogió el trozo de metal y al fin lo extrajo. Desgarrando un trozo de su combinación, confeccionó una burda venda. Después gritó:

—Salgamos de aquí o nos matarán.

Corrieron a la calle y cayeron en una zanja en zigzag ocupada por soldados y civiles rusos. Una muchachita yacía acurrucada, con el cuerpo atravesado por la metralla. No paraba de chillar:

—Buscad a mi mamá antes de que me muera.

La señora Karmanova no podía resistirlo. Se agazapó bajo una lluvia de balas y trató de no oír los gritos de la muchacha moribunda. Luego vio a una familia que saltaba del refugio y corría hacia el río. En el mismo instante un francotirador alemán los descubrió y en un momento mató al hijo, al padre y después a la madre. El único superviviente, una niña pequeña, se

tendió aturdida sobre el cuerpo de su madre. En la trinchera, los soldados rusos formaron bocina con las manos y gritaron:

—¡Corre! ¡Corre!

Otros repitieron el grito. La muchacha dudó; luego se separó de los cuerpos en la oscuridad. El francotirador alemán esta vez no llegó a disparar.

Durante toda la noche, la señora Karmanova y Genn permanecieron en la trinchera. Unos cuantos metros más abajo, unos rescatadores trataban frenéticamente de salvar a varios soldados enterrados vivos por la explosión de un obús. Al amanecer del 16 de septiembre, durante un intervalo de calma, ella y Genn saltaron y

corrieron hacia el Volga. Los alemanes les dejaron escapar.

• • •

En su vivienda de madera, Natasha Kornílov, de once años, y su madre no fueron tan afortunadas. Heridas los días anteriores por esquirlas de bombas, yacían desamparadas mientras los soldados alemanes rompían la puerta principal y se asomaban con sus ametralladoras. La mujer pensó que iba a ser violada, pero los alemanes la ignoraron y saquearon la casa en busca de ollas, perolas, comida e incluso ropas de cama.

Cuando se fueron, la señora Kornílov

garrapateó la palabra «Tifus» sobre una tabla y Natasha la colocó en la puerta. Pero el tiro salió por la culata. Al cabo de unas horas, un equipo médico vio la inscripción y mandó quemar aquella casa que suponían contaminada por la enfermedad. Cuando las llamas empezaron a bailar a su alrededor, Natasha arrastró a su mutilada madre hacia el patio trasero y a un almacén de cemento. Allí, bajo una delgada manta sobre el frío suelo, las Kornílov oyeron el cañoneo procedente de la plaza Roja y se preguntaron si alguien acudiría a salvarlas.

• • •

El 17 de septiembre, con los alemanes presionando desde el norte y el sur del barranco Tsaritsa, Vasili Chuikov empezó a buscar una nueva casa. Durante todo el día, mientras las balas rebotaban por las rocas y los obuses estallaban fuera de la entrada del bunker en la calle Pushkinskaia, el Estado Mayor del Cuartel general del LXII Ejército se abrió paso hacia el embarcadero principal de transbordadores. A medianoche, Chuikov y su personal de asistentes cruzaron al otro lado del Volga hasta Krásnaia Sloboda, donde se dieron un baño caliente y se relajaron comiendo y bebiendo.

Mientras las horas pasaban, Chuikov

no se enteró de la salida del sol. Dominados de repente por el pánico, él y sus hombres corrieron a tomar el transbordador de vuelta a Stalingrado. El último barco estaba abandonando el muelle y Chuikov tomó la delantera y se precipitó hacia él. Con un gran brinco cayó a bordo y se dio a conocer al asustado timonel, que volvió a recoger el resto del Estado Mayor del Ejército que permanecía en el muelle.

Algunas horas después, Chuikov se trasladó a un nuevo Cuartel general, ocho kilómetros al norte del barranco Tsaritsa. Se trataba simplemente de una trinchera con algunos tablones encima, instalada en un espacio abierto entre las fábricas Octubre Rojo y Barricada. En

una pendiente, encima del bunker, había un depósito de petróleo al aire libre y una cisterna de cemento para combustible. Según alguien que conocía aquella zona, los depósitos estaban vacíos.

• • •

En el Cuartel general del VI Ejército, en Golubinka, sesenta y cinco kilómetros al oeste de Stalingrado, los periodistas alemanes acosaban al general Friedrich von Paulus para que les diese permiso de mandar a la patria la noticia de última hora de que la ciudad había sido ya tomada.

Sonriendo alegremente, Paulus

esquivaba sus preguntas declarando:

—A partir de ahora, en cualquier momento...

Pero en sus calurosas habitaciones, el general ponía en marcha su gramófono, fumaba cantidades ingentes de cigarrillos e intentaba calmar su estómago, porque le aquejaba la disentería. Y ya había perdido la mayor parte de sus esperanzas en una rápida victoria.

En Alemania, algunos periódicos imprimieron una edición especial con titulares sensacionales: «*Stalingrad Gefallen*!» Los periódicos fueron empaquetados para su distribución y aguardaron hasta el último momento mientras el ministerio de Goebbels

intentaba la confirmación de Paulus. Pero éste no podía darla.

• • •

En la estación ferroviaria principal de Stalingrado, al oeste de la plaza Roja, la compañía del teniente Antón Dragan estaba soportando un feroz bombardeo que derribaba los muros y torcía las vigas de hierro. Cuando los alemanes les rodearon por tres lados, Dragan lanzó a sus hombres al otro lado de la calle hacia un edificio diferente, una fábrica de clavos, desde la cual se dominaba una buena vista del cruce del este sobre el Volga.

Apenas instalado en un taller, Dragan

pasó revista a sus suministros y se percató de que no tenía comida, poseía pocas municiones y carecía de agua. En una frenética búsqueda de algo con que apagar su sed, los rusos dispararon sus ametralladoras contra las cañerías de los desagües por si contenían algo de líquido. No había ni una gota.

• • •

Desde el barranco Tsaritsa hasta las faldas de la colina Mámaiev, las Divisiones alemanas 295 y 71 sufrían los embates de las renovadas fuerzas de Chuikov. El jefe del servicio secreto de la 71.ª División, coronel Günter von Below, cuyo hermano Nikolaus servía a

Hitler como agregado aéreo, paseaba a través de la devastada zona cercana a la estación principal ferroviaria y encontraba difícil comprender la enormidad de la destrucción. Mientras esquivaba con cuidado los escombros, un sargento mayor llegó hasta él y le suplicó:

—¿Qué debo hacer? Sólo me quedan nueve hombres.

El coronel Below se sentó en un bordillo al lado de aquel hombre y hablaron acerca de la mortandad que habían provocado los rusos durante las últimas horas en la compañía del sargento. Tras un rato, el sargento se calmó y partió con sus nueve soldados. Günter von Below se quedó

contemplando fijamente las ruinas. Analizando a fondo las cosas, se preguntó si los rusos se hundirían antes de que su propia división se quedase sin hombres.

• • •

Los principales antagonistas de Günter von Below, los soldados de la 13.ª División de la Guardia, yacían amontonados desde Mámaiev hasta la plaza Roja. Habían muerto casi seis mil guardias, pero lograron para los rusos varios días de precioso tiempo.

Una de las fortalezas que había retrasado las previsiones alemanas fue el inmenso elevador de granos, cuyos

silos de cemento se elevaban en la llanura al sur del barranco Tsaritsa. Durante una semana, desde el 14 de septiembre, un grupo de menos de cincuenta robustos rusos se habían escondido en la torre de superficie de metal ondulado y desafiaban los cañones de tres divisiones nazis. Reforzados la noche del 17 de septiembre por el teniente Andréi Joizhianov y una escuadra de infantes de Marina, vestidos con camisas listadas y gorros marineros, la guarnición peleó con renovadas fuerzas y los hombres bromeaban unos con otros mientras los obuses silbaban a través de su escondrijo.

Una vez, un carro alemán se aproximó a ellos y, bajo una bandera blanca, un

oficial y un intérprete pidieron con cautela que se rindiesen al «heroico Ejército alemán». Los rusos chillaron:

—¡Vete al diablo!

Y admitieron a los intrusos que se metiesen en el carro que tenían detrás y que se fueran. Cuando los alemanes intentaron saltar al vehículo, los marinos lo volaron.

Durante los siguientes tres días, la artillería alemana machacó el baluarte, hizo arder el trigo con bombas incendiarias y acribilló la misma torre con potentes explosivos. Los infantes alemanes irrumpieron en el interior y se arrastraron por las escaleras, pero los defensores consiguieron rechazarlos con cuchillos, con los puños y a balazos.

Ahora, la noche del 20 de septiembre, la exhausta guarnición se encontraba casi sin municiones y se habían consumido todas las reservas de agua. En una frenética búsqueda de algo para beber, el teniente Joizhianov dejó a sus hombres salir por la puerta de la torre, al otro lado del campo, una carretera principal, hasta una torrentera donde tropezaron con una batería de morteros enemiga. En la confusión resultante, los asustados alemanes huyeron abandonando varios litros de agua helada que los infantes de Marina agradecidos se tragaron.

Completamente deshidratado, Joizhianov sintió mareos debido al agua y cayó desmayado al suelo. Cuando

volvió en sí, estaba en un sótano oscuro. No llevaba puesto el zapato del pie derecho y su camisa había desaparecido. Su mente estaba vacía y no podía mover los brazos ni las piernas. De pie ante él, haciendo guardia, se encontraba un soldado de la 14.ª División Panzer. El elevador de granos que defendió tan heroicamente había caído en manos enemigas. Los alemanes apagaron rápidamente el fuego y salvaron la mayor parte del trigo, lo cual tendría mucha importancia en las semanas siguientes.

• • •

A un kilómetro y medio más al norte,

en otro punto fortificado ruso, enfrente mismo de la plaza Roja, Antón Dragan todavía ocupaba la fábrica de clavos. Pero cuando una rusa, María Vadeneieva, llegó a través del fuego de ametralladoras para informarle que los alemanes se aproximaban con carros, supo que sus horas estaban contadas.

El 21 de septiembre, Dragan empezó a sufrir intensas acometidas. Los carros enemigos y los aviones bombardearon el edificio y lograron una cuña entre su compañía y el resto del primer batallón de la 13.ª División de la Guardia, apostados al otro lado de la plaza Roja. A últimas horas de la tarde, Dragan estaba casi aislado de sus compatriotas.

En los grandes almacenes Univermag,

los alemanes se concentraron en el Cuartel general del batallón y mataron a casi todos los rusos que había allí. Dragan intentó enviar ayuda, pero el Cuartel general había sido demolido y el Estado Mayor aniquilado. Dragan tomó el mando del batallón y mandó un correo al Volga con un mensaje para el coronel Yelin, el jefe del regimiento. El correo murió por el camino y en el bunker del 42.° Regimiento, en la ribera del Volga, Yelin dio por destruido a todo el primer batallón en algún lugar de la plaza Roja.

Pero Dragan aún estaba vivo. Conduciendo a sus tropas de edificio en edificio, sólo cedía terreno cuando los alemanes prendían fuego a sus escondites. El furor de la batalla pasó

por la fuente con sus estatuas de niños danzando en corro alrededor de un cocodrilo, pasó por *Pravda*, por el Soviet de la ciudad, por el teatro y por entre los cuerpos que pendían en torno al obelisco conmemorativo de los caídos de la guerra civil de 1918. En la intersección de las calles Krasnopeterskaia y Komsomolskaia, Dragan condujo a los restos de su castigado batallón a los sótanos de una casa de apartamentos de tres pisos. Dispersando a los cuarenta supervivientes alrededor de las abiertas ventanas se sentó detrás de una ametralladora pesada y aguardó la muerte.

• • •

Desde los lejanos Urales, se dirigían más refuerzos a la ciudad sitiada. Y desde las más alejadas extensiones de Siberia llegaron órdenes a la 284.ª División, bajo el mando del coronel Nikolái Batiuk, para que se desplazase hacia el Volga y lo cruzara.

Batiuk era un ucraniano de talla media, delgado, con el negro pelo peinado completamente hacia atrás, sufría de una grave enfermedad circulatoria y frecuentemente tenía que llevárselo alguno de sus ayudantes. Esto sólo lo hacía de noche para que sus tropas no se diesen cuenta de sus flaquezas. Era un hombre de gran determinación y, al

llegar, le dijo a Chuikov:

—Vengo para luchar contra los nazis, no para hacer un desfile.

En la división de Batiuk pocos querían aquella batalla. La mayoría eran reclutas novatos. Querían luchar contra los nazis, pero no en Stalingrado. El teniente Piotr Deriabin sí lo ansiaba. Herido anteriormente de gravedad en Moscú, no se hacía ilusiones acerca de lo que les esperaba a sus hombres en la ciudad en llamas.

En Krasnofimsk, en los Urales, un núcleo de veteranos endurecidos como Deriabin había enseñado su oficio a muchachos de dieciocho y diecinueve años, la mayoría de los cuales eran orientales de la frontera de Mongolia y

nunca habían visto a un alemán. Luego se pusieron en marcha y se dirigieron a unos diez kilómetros hacia el oeste, mascando raíces de *smolka*, sustitutivo de la goma de mascar, una planta con sabor a regaliz, y bebiéndose todo el vodka que encontraban, pudieron continuar la marcha. En Kamishin se atracaron de sandías, las mayores de Rusia y el orgullo de la ciudad. Luego, subieron en camiones Studebaker, con los que recorrieron el resto del camino hasta el Volga.

Empezaron a cruzar el río en la brumosa mañana del 22 de septiembre. Pasaron horas antes de que el primer grupo desembarcara en la calcinada ciudad y, aunque los aviones alemanes

los bombardearon, sobrevivieron a la travesía en buena forma. Deriabin dio con el barranco Dolgui y pronto cayó en un inquieto sueño. Cuando despertó, se dirigió a la fábrica de productos químicos Lazur, situada en mitad del bucle ferroviario entre la orilla del río y las laderas de la colina Mámaiev, donde los alemanes luchaban con furia con la 13.ª División de la Guardia. La cima había cambiado de manos incontables veces, pero los alemanes aún pudieron ver la amenaza que representaban los nuevos hombres del 284 que tomaban posiciones.

• • •

Alexéi Petrov atravesó el Volga y fue asignado al sector norte cerca de Latashanka. Durante diez días había sido instruido de manera acelerada en el manejo de un cañón de 122 mm, pero transcurrido el tiempo disponible, el exasperado instructor acabó diciéndole que aprendiera él mismo. Lo mejor que pudo, Petrov dominó la técnica de disparar la pesada arma, que tenía un radio de alcance de diez kilómetros.

El rechoncho sargento de pelo ondulado había pasado varios meses trabajando como obrero del ramo de la construcción en Kuíbishev, antes de que lo quintaran. Aquí, se encontró de forma inesperada con su hermano, que le dijo que el resto de la familia —su madre, su

padre y su hermana— habían sido copados en Ucrania por el avance alemán. Hacía más de un año que no sabía nada de ellos.

Cuando le ordenaron ir a Stalingrado, Petrov se dirigió al muelle y vio que la otra orilla del Volga era una compacta pared en llamas. Aunque le asustaba morir, sabía que debía cruzar el río. Pero habría otros rusos que no lo deseaban y Petrov contempló cómo los agentes de la NKVD disparaban al aire por encima de los desertores y que los mataban si se alejaban del muelle. Cuando Alexéi subió a bordo de la gabarra, los de la NKVD no quisieron correr más riesgos. Los guardias colocaron las barandillas para evitar

que alguien se arrojase por la borda.

Los bombarderos sobrevolaban buscando a los buques y remolcadores. Los morteros alemanes detrás de Mámaiev llegaban hasta ellos y Petrov maldijo la lentitud del viaje como si el río se hubiese detenido en medio de un cuadro iluminado. Sintiéndose atrapado y vulnerable, se acurrucó para esconderse de la metralla que le zumbaba en los oídos. Los hombres que se deslizaban por los costados se ahogaban. Las balas resonaban sordamente en la carne y los soldados caían sobre sus compañeros y morían sin decir palabra. Petrov veía con claridad el agua del Volga. Era una remolineante mezcla de agua y de

brillante sangre roja.

Su barco tardó casi dos horas en llegar a un lugar de desembarco bajo los riscos. Mientras los muertos se amontonaban en cubierta, los vivos se abrían paso. Casi la mitad del regimiento de Petrov murió al cruzar el río.

Dado que la mayoría de su unidad había caído, ahora tenía que luchar como infante. Su bautismo bélico fue brutal. Tres exploradores se adelantaron para tantear la fuerza de los alemanes. Dos volvieron. Petrov cogió sus prismáticos y escudriñó la tierra de nadie en busca del hombre perdido.

Allí estaba, en el suelo, con los miembros extendidos. Los alemanes le

habían clavado una bayoneta, aún enganchada al fusil, en el estómago y lo dejaron boca arriba. Petrov y su pelotón perdieron los estribos. Gritando roncamente, saltaron de sus agujeros y avanzaron. Irrumpieron en una hilera de casas y mataron a cuantos aparecieron ante ellos. Cuando varios alemanes levantaron las manos para rendirse, Petrov apretó el gatillo de su ametralladora y los asesinó a todos.

Se aproximó a un soldado ruso ya mayor, inclinado sobre una mujer. Su pelo de un negro azabache le caía hacia atrás, arreglado cuidadosamente: parecía que durmiera. El hombre gemía dulcemente:

—Querida muchacha, ¿por qué una

niña como tú tiene que morir en una guerra así?

Alexéi Petrov permaneció de pie al lado de la pareja y gritó con amargura cuando contempló a la hermosa joven. Entonces echó a correr para matar a sus torturadores.

En el vestíbulo de una casa, oyó a un alemán que lloraba en una de las habitaciones del piso de abajo. El soldado rezaba:

—Dios mío, permite que sobreviva a esta guerra.

Petrov golpeó la puerta y, al abrirla, vio a un hombre arrodillado que le miraba hacia arriba suplicante. Petrov le disparó a la cara.

Con ojos enloquecidos, fue piso por

piso derribando puertas y buscando a los uniformes de color gris verdoso. Los golpes hicieron salir a los alemanes de las diferentes estancias. Petrov disparó contra tres más cuando bajaban por la escalera.

Exhausto, su ira se apagó. La casa había quedado silenciosa. Evitó chocar contra los cuerpos que había en la escalera y salió por la puerta principal para reunirse con sus hombres.

• • •

Durante la tarde del 23 de septiembre, otro contingente de la 24.ª División tomó las barcazas en la orilla de enfrente. Tania Chernova, de veinte años,

encontró sitio en el borde de una lancha y se sentó con las rodillas contra el pecho para realizar el difícil viaje. Algunos de los ciento cincuenta soldados que iban a bordo rogaron a la hermosa rubia que se uniera a su grupo y tomara con ellos un poco de vodka. Pero ella meneó la cabeza como respuesta y permaneció donde estaba.

Tania no deseó ser soldado. Desde niña había llevado zapatillas de baile y practicado piruetas. Después, estudió medicina. Pero, cuando los alemanes invadieron Rusia, Tania olvidó su sueño de convertirse en doctora y se embarcó en una implacable guerra contra el enemigo, al que ella siempre se refería como «bastones» que había que romper,

porque se negaba a pensar en ellos como seres humanos.

Como guerrillera, había roto varios «bastones» en los bosques de Bielorrusia y de Ucrania. La experiencia endureció su modo de ver la vida y seguía adelante con entusiasmo para reanudar su venganza en Stalingrado.

El firmamento se llenó de pronto de llameantes bolas rojas anaranjadas mientras la barcaza se abría paso tenazmente entre peligrosos surtidores de agua, hacia un punto de desembarco en algún lugar próximo a la fábrica Octubre Rojo. Tania había empezado a hablar con dos hombres, uno como de cincuenta años y el otro de su edad, cuando un avión alemán lanzó una

bomba que acertó de lleno en el centro de la embarcación. Tania y sus dos cantaradas cayeron al agua y empezaron a nadar en dirección a la orilla de Stalingrado. Mientras luchaban por permanecer a flote, la corriente se los llevó aguas abajo. Tania se arrastró finalmente hasta un banco de arena en la orilla occidental del río y se sumergió en el desagüe de un albañal. Los otros dos soldados la siguieron. No tenían idea de dónde estaban ni de quién controlaba aquella tierra.

Con la esperanza de encontrar una salida hacia territorio seguro, los tres prosiguieron por la ennegrecida cloaca. Sus pisadas resonaban gravemente mientras seguían caminando. El hedor

les daba náuseas; los excrementos colgaban de sus zapatos y pantalones. Cuando el viejo se desmayó, Tania y su amigo lo arrastraron durante un rato pero, cansados y con náuseas también ellos, lo dejaron tendido entre las inmundicias.

Al fin treparon por una boca de acceso a alguna parte de la ciudad. Tania vio a un grupo de soldados con platos de hojalata en la mano, alineados ante un edificio. Hambrientos, también se pusieron a la cola. Un soldado se volvió arrugando la nariz con desagrado.

—Dios mío, ¿qué es ese olor?

Habló en alemán. Tania decidió seguir lo que había emprendido. Pretendiendo no oírle, continuó en su sitio.

En el comedor cuartelero, Tania y su compañero se sentaron junto a los alemanes, que se quejaron acremente de aquel aroma nauseabundo. Alguien gritó:

—¿Qué es ese olor a podrido?

Tania también arrugó la nariz. Un oficial alemán la identificó de repente como rusa. Antes de que pudiese reaccionar, un cocinero ruso llegó corriendo y le aseguró que ella trabajaba para el Ejército alemán. El oficial ordenó a los dos que saliesen, pero el amistoso cocinero los cogió y los condujo a la cocina donde les dio de comer. El alemán volvió y les ordenó que se fueran porque olían muy mal.

Conservando la sangre fría, los dos parias salieron con calma del comedor y

fueron en busca de las trincheras rusas. A la caída de la noche, se arrastraron a través de la tierra de nadie y encontraron a sus compatriotas, que les proporcionaron ropas limpias, un trago y nuevos fusiles.

• • •

La 71.ª División alemana continuó su lento avance hacia la estación de transbordadores. Sólo con que tuvieran que desalojar unos pocos lugares iguales al punto fortificado de Dragan, las pérdidas serían espantosas.

En la mañana del 25 de septiembre, en el cruce de la calle Krasnopeterskaia, Dragan aún conservaba diez hombres.

Durante la noche anterior, dos de sus doce hombres habían desertado. Un teniente y un soldado salieron sin ser notados, se dirigieron hacia el río y se fugaron en una almadía. Sólo el teniente llegó al Cuartel general situado en la otra orilla. Deseando cubrir sus huellas y convencido de que el primer batallón estaba condenado a muerte, informó que todos habían muerto y contó que él había enterrado personalmente a Antón Dragan cerca del Volga.

Pero, en su fortaleza, Antón Dragan estaba comiendo ansiosamente trigo quemado y esperaba a que los alemanes atacasen. Volvieron y los hombres de Dragan les tiraron sus últimas granadas e incluso pesados ladrillos a través de

las ventanas. Cuando, de repente, se oyó el ruido del motor de un carro, Dragan envió a un soldado con un fusil anticarro y los últimos tres obuses. Los alemanes se apoderaron enseguida de él.

Una hora después, apareció un pelotón enemigo enfrente de la ametralladora de Dragan. Imaginando enseguida que el hombre capturado habría dicho a los alemanes cuál era el punto de tiro muerto de los defensores, Dragan disparó sus últimas doscientas cincuenta balas contra el enemigo. Agotadas ya las municiones y herido en la mano por las descargas de réplica, se apoyó y miró aturdido a los montones de hombres muertos en la calle.

Poco después, los nueve rusos que aún

resistían oyeron que algunos alemanes les llamaban desde afuera. Cuando se asomaron, vieron que su camarada prisionero era empujado hasta un montón de escombros. Mientras el primer batallón miraba, un alemán le disparó un tiro en la cabeza.

Dándose la mano y abrazándose, los nueve rusos de la casa se despidieron unos de otros. El asistente de Dragan garrapateó laboriosamente en la pared: «Los guardias de Rodimzhev lucharon y murieron aquí por su país.» Los carros alemanes, negros y achaparrados, dieron la vuelta a una esquina y dispararon directamente contra el edificio. Algo golpeó a Dragan en la cabeza y se desmayó. Cuando volvió en sí, había

oscurecido y su ordenanza se encontraba junto a él.

El edificio se había derrumbado pero, en el sótano, los seis supervivientes se llamaban unos a otros por su nombre. Enterrados vivos, casi sin aire, su única esperanza radicaba en excavar un agujero para poder salir de allí. Doliéndoles las heridas y con los dientes llenos de polvo y sangre, consiguieron separar los escombros. De repente, les llegó una fresca brisa y vieron las estrellas de un cielo otoñal.

Dragan envió afuera a un hombre para practicar un reconocimiento. Volvió al cabo de una hora con la noticia de que todo estaba lleno de alemanes. Por ello, los hombres abandonaron

cautelosamente la casa uno a uno. A su izquierda, oían el horroroso bombardeo sobre Máinaiev y vieron los fuegos artificiales de las balas trazadoras. Olía muchísimo a cordita. Pero en la calle Komsomolskaia había una relativa calma. Los alemanes dominaban el Volga en aquel sector.

Cuando las próximas patrullas tropezaron accidentalmente con ellos, el grupo de Dragan se refugió en las ruinas. Esperaron de nuevo y, cuando se puso la luna, entonces, como sombras proyectadas sobre los vagones de ferrocarril y de las casas, llegaron cerca del río. Otra patrulla pasó delante de ellos. Cuando un alemán se detuvo debido a un camión, Dragan envió a un

hombre para matarlo. El ruso le hundió un cuchillo, se puso el abrigo del alemán, se aproximó a otro soldado que patrullaba y también lo acuchilló. Entonces quedó expedito el camino del río. Los rusos corrieron a toda prisa a través de los raíles del tranvía y se tendieron en el suelo al borde del Volga. Sus labios se agrietaron al contacto del agua fría, y bebieron sin pausa.

Allá atrás, los alemanes descubrieron los cadáveres. Mientras los rusos construían febrilmente una pequeña balsa con troncos y bastones, los alemanes dispararon al azar hacia el río. Finalmente, Dragan y sus hombres desatracaron y se dejaron llevar por la corriente aguas abajo. Poco antes de

amanecer, su balsa golpeó contra una orilla de las islas Sarpinski, donde los artilleros rusos los encontraron, ojerosos y harapientos, pero vivos. Dragan tomó su primera comida en tres días: pescado, sopa y pan. Luego, dio parte de la presencia de los seis hombres de su primer batallón. Los demás yacían muertos alrededor de la plaza Roja.

• • •

En la plaza, los cuerpos se desparramaban grotescamente a través de la hierba y de las aceras. Unos charcos rojos marcaban el lugar en que habían caído. Otras huellas de sangre

grababan al aguafuerte alucinantes dibujos en las calles, mostrando dónde los hombres se habían arrastrado para ponerse a cubierto.

Univermag aparecía desolado, aplastado: los maniquíes de las ventanas estaban tumbados en desmañadas posiciones, cosidos a balazos. Dentro, los rusos y los alemanes se amontonaban, muertos, a lo largo de los pasillos. Los grandes almacenes se habían convertido en un depósito de cadáveres.

El edificio de *Pravda* se había derrumbado a causa de los bombardeos del 23 de agosto. El Soviet de la ciudad, el Club del Ejército Rojo y el teatro Gorki estaban ahora vacíos, afeados por

negruzcos agujeros y brechas en las ventanas. En las calles laterales, las tiendas de los comerciantes habían sido aplastadas. Tomates podridos y pulpa de sandía salpicaban las aceras. Fragmentos de cuerpos se mezclaban con los vegetales. Las moscas hormigueaban sobre los restos.

En lo que antaño fuese un elegante restaurante, al este de la entrada del barranco Tsaritsa, los doctores y enfermeras rusos luchaban para evacuar a los heridos. El día anterior habían sido trasladadas setecientas víctimas en barcos, y había una variopinta colección de navíos bastante marineros y que atracaban bajo el fuego de la 71.ª División alemana. Ahora estaban

llevando a la otra orilla a más de seiscientas nuevas víctimas.

Los alemanes estaban cerca. Sus ametralladoras lanzaban un fuego devastador sobre las multitudes apiñadas en el muelle. Los soldados rusos formaron una línea de defensa y mantuvieron a los nazis a raya hasta que los últimos pacientes se arrastraron débilmente a bordo. Cuando los alemanes irrumpieron al fin en el restaurante, vomitaron por el olor a éter y a sangre de los que habían muerto y yacían sin enterrar.

Al fin había sido tomado el embarcadero principal de transbordadores. Excepto algunas

aisladas bolsas de resistencia, el VI Ejército alemán dominaba varios kilómetros de la costa del Volga al norte y al sur del barranco Tsaritsa. Sólo quedaba por conquistar el distrito fabril del norte de Stalingrado.

• • •

En Vínnitsa, estas buenas noticias no consiguieron despertar el interés de Adolfo Hitler, que estaba amargamente resentido en su cabaña de troncos. Durante más de dos semanas después de su violenta discusión con el general Jodl, el Führer se había negado a hacer vida social con los hombres que le servían. Enfurecido por la

«insubordinación» dentro de su Estado Mayor, disgustado por la falta de progresos en el Cáucaso y a lo largo del Volga, el 24 de septiembre se reunió con Franz Halder y lo destituyó. Con voz helada, Hitler le dijo al general que ambos necesitaban un descanso, que sus nervios habían llegado a un extremo en el cual uno ya no podía ayudar al otro. Halder se retiró con discreción y se dirigió a sus habitaciones para recoger sus cosas. Pero antes de partir, escribió una breve nota a su amigo y pupilo, Friedrich von Paulus, allá en la estepa:

24 septiembre 1942

Unas líneas para decirle que hoy he dimitido de mi cargo. Déjeme

agradecerle, querido Paulus, su lealtad y amistad y desearle ulteriores éxitos como el líder que ha demostrado ser.

Hasta siempre,

HALDER

Paulus recibió la carta de Halder precisamente cuando sus soldados izaban una gran esvástica sobre la agujereada entrada de los grandes almacenes Univermag, en la parte céntrica de la ciudad.

Pero Paulus no tenía deseos de celebrarlo, porque ya se había percatado del asombroso precio que le habían costado las seis semanas transcurridas desde que pasaron el Don y llegaron a las orillas del Volga: más de 6.700

soldados alemanes muertos y 31.000 heridos. Era el diez por ciento del VI Ejército. Y, además, sabía que la peor batalla aún no había llegado. Al norte del embarcadero de transbordadores, al norte de la disputada colina Mámaiev, se encontraba la llave de la ciudad: las fábricas. Allí, el VI Ejército tenía que hacer frente al último desafío. Y Paulus veía disminuir el número de sus hombres y municiones.

Volviendo a sus aisladas habitaciones en Golubinka, en la elevada orilla occidental del Don, escuchó el gramófono e intentó contener su disentería. En sus mejillas tenía un tic que era ya casi indominable.

Paulus envió otro cablegrama urgente

al Grupo de Ejércitos 8: «La fuerza en fusiles de la ciudad decrece más rápidamente que los refuerzos. A menos que se detenga esa disminución, la batalla se prolongará.»

• • •

Algunos de los hombres de Paulus compartían su creciente abatimiento. Uno de ellos era el teniente Hans Oettl, que se había convertido en un observador adelantado de las líneas de las trincheras a pocos kilómetros al norte de la fábrica de tractores. Cada día, Oettl observaba con sus prismáticos e identificaba las posiciones rusas. Sus baterías disparaban barreras de obuses

sobre su cabeza, en dirección al enemigo. Lo venían haciendo durante semanas y nada había hecho tambalear las posiciones rusas. Frente a él, los milicianos rusos habían sido reemplazados por tropas avezadas traídas por la noche en transbordadores a través del Volga. Para Oettl aquello era el flagrante testimonio de que la guerra no se iba a terminar tan rápidamente como había esperado. También había empezado a percatarse de que los jóvenes oficiales de su división eran desgraciadamente incompetentes. Aunque muchos llevasen en el pecho la orden de la cruz de Caballero, pocos o ninguno habían recibido entrenamiento en el arte de las

batallas en las calles. Y morían a un ritmo acelerado.

Durante los intervalos de la lucha, Oettl descansaba en su bunker y se preocupaba por el futuro. Afuera, su cabra, *Maedi*, adornada con cintas rojas, pacía a gusto, sin importarle el cañoneo que, parecía, no iba a cesar nunca.

• • •

En Vertaichi, en la estepa, el suplente del jefe de Intendencia, Karl Binder, estaba dedicado de lleno a su nueva tarea de abastecer a los hombres de la 305.ª División, procedentes del lago Constanza, región del sur de Alemania. Regordete, sociable, veterano del

Ejército alemán desde los días del *Freikorps*, antes de Hitler, Binder inmediatamente se percató de la poca moral de las unidades situadas más al norte del sector dominado por el VI Ejército. No se lavaban, estaban descorazonados y suplicaban que les diesen unas raciones decentes.

El oficial de Intendencia alemán Karl Binder (izquierda) y un camarada celebran la nochebuena en un búnker al noroeste de Stalingrado, en el interior del *Kessel*.

Cuando Binder inquiría las causas de su estado, le decían que el enemigo les acosaba constantemente y que no les

daba la menor oportunidad para descansar. La artillería rusa lanzaba centenares de obuses sobre las líneas alemanas. Las divisiones rusas organizaban breves ataques con pocas fuerzas de infantería. Aunque los soviéticos fracasasen en ganar terreno, causaban al enemigo un número de bajas cada vez mayor.

Enseguida Binder se hizo cargo de su nuevo empleo. En pocos días, con su experiencia en obtener cosas donde y como fuere, encontró salsas y cerveza, pan de centeno e incluso vino para sus hombres. En los cuartos de los oficiales, se enteró de muchas cosas acerca de la batalla en la estepa. El teniente coronel Codre, perteneciente al Estado Mayor,

prevenía:

—Stalingrado aún proporcionará a los alemanes la mayor conmoción de sus vidas, porque los rusos están muy lejos de haber sido batidos. —Y añadía—: Para nosotros es una gran preocupación la línea de abastecimientos desde Ucrania. El VI Ejército requiere setecientas cincuenta toneladas diarias para sobrevivir y todo ello llega a través de una simple vía desde el origen de la línea ferroviaria de Chir.

Serenado por esos comentarios, Karl Binder empezó a preocuparse más acerca de la tenue línea vital de comunicaciones con la retaguardia.

Entretanto, escribió a su mujer, que se encontraba en Stuttgart. Preguntó por los

niños y les aseguró a todos que la campaña se desarrollaba bien. Y no mencionó para nada las profecías pesimistas de Codre.

• • •

El capitán Gerhard Meunch se encontraba aún en el mismo edificio en forma de U que había ocupado la noche del 14 de septiembre, a unos doscientos metros del Volga. Desde entonces, con menos de cincuenta hombres, todo lo que quedaba de su batallón, intentó una y otra vez alcanzar la orilla. Pero los rusos siempre le rechazaron y, en un momento dado, parte de la 13.ª División de la Guardia de Rodimzhev le atacó a

él. Mientras Meunch ocupaba el segundo piso, los rusos hicieron un agujero en el sótano y subieron por él. Los alemanes enviaron alguna artillería para ayudar al sitiado capitán y, después de que sus hombres escapasen por la escalera, los cañones bombardearon las partes inferiores de los edificios y derribaron otra casa cercana. Diez rusos salieron arrastrándose de las ruinas y rodearon a Meunch, el cual tuvo que retroceder a lo que fuera el lado izquierdo de la estructura en forma de U, para esperar la llegada de refuerzos.

• • •

En el Cuartel general del VI Ejército

en Golubinka, el coronel Günter von Below estaba despidiéndose de sus amigos antes de dirigirse a Jarkov para que le trataran un caso agudo de ictericia. Se hallaba deprimido por lo que costaba tomar el centro de Stalingrado. Pero como oficial bien entrenado del servicio secreto, le preocupaba mucho más lo referente a la posición estratégica global del VI Ejército en la estepa. Cuando mencionaba el peligro que corría el flanco izquierdo a Arthur Schmidt, el jefe de Estado Mayor estaba de acuerdo con él en que se trataba de «un forúnculo enconado» y le confiaba que tanto él como Paulus se inquietaban por ello de modo constante. Al abandonar el Cuartel

general poco tiempo después, Below aún estaba convencido de que Stalingrado podía ser tomado. Pero como nadie era capaz de darle seguridades respecto al flanco vulnerable, se preguntaba qué le sucedería al VI Ejército si los rusos se decidían a contraatacar a gran escala.

• • •

A lo largo de aquel crítico flanco izquierdo, más allá de la ciudad de Akimovski en el Don, el general Karl Rodenburg estaba tan preocupado como Below acerca de las intenciones rusas. De hecho, aquel veterano de monóculo estaba terriblemente alarmado. Su 76.ª

División había sufrido ya bajas tan considerables luchando contra los repetidos tanques rusos, que empezó a ascender en masa a grupos procedentes de las clases de tropa para cubrir los huecos de los oficiales muertos en acción. Cada semana, cuando iba al cementerio de la División a rendir homenaje a los caídos, Rodenburg era cada vez más pesimista acerca de las posibilidades de victoria en Stalingrado.

• • •

Otros soldados alemanes aún permanecían relativamente intocados por los combates. El soldado raso Josef Metzler había cruzado el Don al sur del

puente de Kalach. Operador de radio en una batería antiaérea de la 29.ª División Motorizada, Metzler pasaba un tranquilo verano. Había visto a pocos rusos y tenía tiempo para saquear libremente. Una vez incluso atrapó un cerdo, que él y sus camaradas mataron y se comieron. Cuando Metzler vio a sus primeros «Ojos oblicuos», los calmucos, que recibían abiertamente con agrado a los invasores, estuvo seguro de que los rusos estaban acabados. Tenía la creencia de que ya se encontraba en Asia y que ya nada podía detener el avance alemán. Nacido en Furth, cerca de Nuremberg, este soldado de segunda era un hombre de grandes escrúpulos e ideales cristianos. Siempre se había

comportado de modo correcto; nunca había cogido ropas u otras pertenencias de los soldados caídos, ya fueran alemanes o rusos. Para Metzler eso era algo obsceno y casi sacrílego.

El general Carl Rodenburg,

comandante alemán de la 76.ª División.

Durante el mes de septiembre, ya ascendido a soldado de primera, permanecía en las afueras de Stalingrado mientras su batería disparaba contra la destrozada ciudad.

• • •

Antiguo maestro de escuela, el teniente Friedrich Breining llegó al Volga como un turista para contemplar la famosa vía fluvial. Mandando un carro, atravesó la zona de seguridad proporcionada por la cabeza de puente de la 16.ª División Panzer y quedó asombrado al ver el curso de agua de casi un kilómetro de anchura. Había esperado que el Volga se

pareciese a su Rin, con sus altas orillas a ambos lados entre Maguncia y Coblenza. Pero era algo completamente diferente y Breining se retiró decepcionado.

En el camino de regreso hacia su unidad, deambuló comiendo melones por los campos y aprovechándose de la sombra de algunos árboles que le parecieron álamos. A últimas horas del día, llegó a las murallas tártaras, unos antiguos terraplenes, de unos tres metros de altura, que se extendían por la estepa a lo largo de casi cuarenta kilómetros. En un tiempo, aquella muralla había protegido a los pobladores rusos de las invasiones de los mongoles. Ahora, simplemente, aumentaba la protección

de los carros alemanes y de los hombres que se escondían en el terreno circundante. Breining se dirigió a su trinchera y se puso a tomar el sol aprovechando aquel magnífico tiempo otoñal. Para el teniente, la vida era razonablemente agradable. Su unidad había sufrido escasas bajas durante el verano y pocos de sus camaradas preveían que se desarrollase una lucha importante durante el otoño.

• • •

Para el soldado Wilhelm Alter, toda la campaña había sido aburrida. Sastre de la 389.ª División, él y un amigo, el zapatero Emil Gehres, vivían en una

hondonada al oeste del aeropuerto Gumrak. Todos los días, a las cuatro de la madrugada se levantaban, se lavaban, se desayunaban y se ponían a trabajar, repasando ropas y componiendo el calzado de las tropas combatientes. A las cuatro de la tarde, terminaba el trabajo, se lavaban de nuevo y se iban a cenar. La comida era siempre buena. A Alter le gustaba sobre todo el *gulash*.

El sastre era un hombre despreocupado que reía con facilidad y al que aburría la guerra, pues la consideraba una interrupción de su vida familiar. El sordo retumbar del cañoneo de Stalingrado apenas turbaba sus pensamientos.

• • •

Lo mismo podía decirse del doctor Herber Rentsch, un acicalado veterinario que acababa de llegar después de casarse en Dresde. A cargo ahora de todos los animales de la 94.ª División, Rentsch iba cada día a inspeccionar su rebaño de doce mil caballos, cuarenta bueyes y seis camellos. Mientras disponía el envío de cuatrocientos caballos a Ucrania para efectuar un descanso, requisó bastantes alimentos del recientemente capturado elevador de granos, en la parte sur de Stalingrado, y se hacía cargo del resto de sus deberes.

En sus visitas diarias a los pastos, a

unos setenta y cinco kilómetros al noroeste de la ciudad y bien adentrados en las líneas alemanas, Rentsch siempre iba en su propia yegua, *Lore*. En aquellos momentos, le parecía sencillo olvidarse de los distantes ruidos de la guerra. Cuando daba rienda suelta a *Lore* y ésta se ponía a medio galope por la llanura, el doctor se encontraba en paz con el mundo.

• • •

El teniente Emil Metzger estaba eufórico. Mientras su eficientísima dotación disparaba sobre los objetivos que les señalaban los aviones de reconocimiento en Stalingrado, el

teniente gozaba de la lectura de una carta de Kaethe, la cual, al final, le había perdonado por no ir a casa en agosto. Ella no le decía que la carta explicando el retraso había llegado después de perder varias horas esperando en la estación. Ni tampoco le contaba cómo había vuelto a casa aquel día y, en su frustración, había golpeado la mesa y gritado:

—¡Que se vaya al diablo!

Por el contrario, le felicitaba por su desinterés al permitir que un amigo ocupara su lugar en el turno rotatorio de permisos.

Emil leyó la carta de Kaethe muchas veces, imaginando su encuentro cuando terminase la guerra. Confiando aún en

que Stalingrado caería pronto, ignoraba alegremente todas las conversaciones de sus camaradas oficiales que se referían a la debilidad del flanco izquierdo alemán.

• • •

Este tema de la debilidad del flanco izquierdo también se discutía en Moscú. El 28 de septiembre, José Stalin se sentaba una vez más con sus coorganizadores de la operación Urano, Gueorgui Zhúkov y Alexandr Vasilevski.

Stalin estaba relajado, amable y atento. Al primer ministro le interesaba particularmente la personalidad de los generales que mandaban los distintos

Ejércitos. Mencionó al general Gordov. Tanto Zhúkov como Vasilevski convinieron en que, aunque era eficiente, aquel hombre parecía incapaz de entenderse con su Estado Mayor. Stalin sugirió un cambio y Zhúkov recomendó a Konstantin Konstantínovich Rokossovski, un oficial que sobrevivió por un pelo a las purgas de Stalin y llevaba una serie de dientes postizos de acero inoxidable como recuerdo de su encarcelamiento y tortura por la NKVD. Stalin aprobó el ascenso sinceramente y también estuvo de acuerdo en el cambio de los nombres de los diferentes sectores. El Frente de Stalingrado se convirtió en Frente del Don; el Frente del Sudeste se convirtió en el Frente de

Stalingrado. Dichas alteraciones se hicieron para reflejar mejor la geografía de la región.

Los mariscales soviéticos Konstantin Rokossovski (izquierda) y Gueorgui Zhúkov, conferenciando.

Tras discutir la Operación Urano, Stalin le dijo a Zhúkov:

—Deberá usted volver allí y realizar lo necesario para acabar con el enemigo...

Antes de irse, tanto Vasilevski como Zhúkov firmaron un mapa que mostraba el plan de la contraofensiva. Stalin añadió la palabra «Aprobado». Luego también estampó su firma.

CAPÍTULO XI

Mientras Stalin daba su aprobación personal al plan para destruir al VI Ejército, Adolfo Hitler abandonaba Vínnitsa y regresaba a casa. Mientras los vibrantes motores de su Ju-52 lo transportaban a través de Ucrania y luego de Polonia, el Führer despachó a sus ayudantes y meditó taciturno acerca del desastroso verano del sur de Rusia. Su *blitzkrieg* de la estepa estaba fracasando en las calles de Stalingrado. Su ataque de penetración en los yacimientos petrolíferos del Cáucaso se había igualmente atascado en las laderas de las montañas. Pero en Berlín continuó

negando aquellas duras realidades y el 30 de septiembre se lanzó a una quejumbrosa defensa de las realizaciones. Hablando en una reunión del Socorro Invernal, en el Sportspalast, dijo a su auditorio:

—Cuando míster Edén, o algún badulaque semejante, declara que tiene una opinión, nosotros no podemos hablar con él, porque su idea de lo que es una opinión parece muy diferente de la nuestra... Ellos creen que Dunkerque fue una de las mayores victorias de la historia mundial...

Silueteado por una hilera de proyectores orientables, Hitler continuó:

—¿Qué podemos ofrecer? Si avanzamos mil kilómetros, eso no es

nada. Es una auténtica derrota... Si cruzamos el Don, penetramos hasta el Volga, atacamos Stalingrado —y lo tomaremos, podéis estar seguros de ello —, todo esto no es nada. Tampoco vale nada si avanzamos por el Cáucaso, ocupamos Ucrania y la cuenca del Donets...

»Tenemos tres objetivos: 1) Apoderarnos del último territorio ruso triguero. 2) Apoderarnos del último distrito de carbón. 3) Aproximarnos al distrito petrolero, paralizarlo y, finalmente, detener la producción. Nuestra ofensiva se dirige hacia la gran arteria de transporte enemiga, el Volga y Stalingrado. Podéis estar seguros de que, una vez allí, nadie nos hará desistir

de aquel objetivo...

En Stalingrado, «aquel objetivo», como lo había calificado Hitler en su discurso, unas pocas y desgastadas unidades rusas conseguían llevar a un callejón sin salida los esfuerzos alemanes para arrojarlas al Volga. En la parte central de la ciudad, la 13.ª División de la Guardia de Rodimzhev retenía una estrecha cuña de terreno a lo largo del Volga desde la calle Pensenskaia al norte al barranco Grutói. En algunos puntos, su saliente sólo tenía doscientos metros de profundidad.

Buscando ampliar el espacio, el coronel Yelin, comandante del 42.° Regimiento, se había apoderado de dos edificios de la plaza Lenin que podían

ser utilizados como puntos fortificados. Uno de ellos era una casa de pisos fuertemente dañada cuya fachada daba a la calle Soléshnaia. El otro edificio estaba incólume. Un segundo teniente llamado Zabolotnov mandó un pelotón al edificio en pie de la derecha y lo ocupó. El nuevo puesto se denominó inmediatamente «Casa de Zabolotnov», pero aquel oficial murió al cabo de veinticuatro horas. Sus hombres conservaron la posición.

En lo que se refiere al edificio en ruinas con fachada a la calle Soléshnaia, el sargento Jacob Pávlov y otros tres hombres se arrastraron a través de un patio, lanzaron granadas a las ventanas del primer piso y se ayudaron los unos a

los otros dentro, mientras los pocos alemanes a quienes no mataron las explosiones huían al otro lado de la plaza. En los sótanos, el rechoncho Pávlov, con su eterna sonrisa, descubrió a un pequeño grupo de rusos, tanto militares como civiles. Algunos estaban malheridos y Pávlov mandó un mensajero a informar que se había apoderado de la casa, pero el correo fue obligado a retroceder otra vez adentro cuando los alemanes contraatacaron. Finalmente, consiguió salir a la noche siguiente, 29 de septiembre, llevándose algunos heridos con él, y el Cuartel general de la 13.ª División de la Guardia envió más hombres para socorrer a Pávlov. Los veinte hombres

organizaron rápidamente su nuevo hogar. Derribaron una pared entre dos sótanos, emplazaron morteros y ametralladoras en las ventanas clave y empezaron a tirotear al enemigo. Llegaron cuatro soldados más, los últimos refuerzos facilitados por el Cuartel general. Durante los intervalos en el tiroteo, el pequeño grupo de hombres —procedentes por casualidad de todas las regiones de la Unión Soviética: Georgia, Kazajstán, Uzbekistán, Ucrania— intentaron obrar lo mejor que pudieron para aliviar aquella tensa situación. Encontraron un viejo fonógrafo y un disco cuya melodía nadie conocía. Lo hicieron funcionar continuamente y pronto se gastó.

Afuera, los carros alemanes intentaban continuamente hallar un punto débil. Pero la «Casa de Pávlov» era una barricada natural, que dominaba un amplio campo de tiro e impedía al enemigo el acceso a la orilla del Volga, situada sólo a doscientos cincuenta metros. En vez de traer aviones o artillería para aplastar el obstáculo, los alemanes, inexplicablemente, continuaron atacándolo de frente y sufriendo las consecuencias.

• • •

Al norte del barranco Krutói, la 284.ª División siberiana del coronel Batiuk se asía a las pendientes del sur y del este

de la colina Mámaiev, aunque los alemanes poseían la cumbre y lanzaban obuses contra la red rusa de trincheras en zigzag. Batiuk perdió trescientos soldados sólo el 28 de septiembre, pero sus hombres conservaron sus reducidas posiciones y no permitieron que el enemigo tuviera un fácil acceso a la fábrica de productos químicos Lazur y luego al Volga.

• • •

El teniente Piotr Deriabin estuvo estacionado en la fábrica de paredes de ladrillo amarillo Lazur durante un breve tiempo y, desde su posición artillera en el suelo, examinaba frecuentemente la

cima del Mámaiev y los depósitos verdes de agua desde los cuales los alemanes le observaban a él y el tráfico del río hacia el este. Cada vez que lo hacía, Deriabin notaba que los alemanes estaban también mirando hacia su paso. Y como seguían allí y sus baterías de morteros soportaban tal continuo ataque, el Cuartel general del regimiento le ordenó que se retirara a la vía férrea en forma de raqueta de tenis que rodeaba la fábrica. Allí, en una serie de grutas de la orilla, el teniente buscó un rato para escribir a su único hermano, que luchaba en algún lugar cerca de Vorónezh. No sabía que había muerto durante el verano.

También escribió a su novia, allá en

Siberia. Desesperado por decirle dónde estaba, incluyó en la carta recortes del periódico del Ejército Rojo *Estrella roja*, que hablaban de la «gloriosa» lucha en Stalingrado. Siempre añadía: «Hola, aún estoy vivo». Ella recibía todas las cartas, pero en cada una de ellas los censores siempre eliminaban los recortes de periódico.

• • •

Aunque los cañones de Deriabin hubieron de desplazarse de sus posiciones, la planta química Lazur permanecía en manos soviéticas. En una sección del edificio del tamaño de una manzana, los instructores rusos dirigían

ahora un cursillo intensivo para practicar la puntería. En una pared de una gran habitación, pintaron cascos, mirillas de observación y contornos de torsos humanos. En el otro extremo, se colocaban los soldados bisoños y los entrenaban sobre técnicas de francotirador. A lo largo de todo el día, la fábrica resonaba con los tiros de fusil desde todas partes, mientras los reclutas practicaban el tiro en los objetivos. Los que se graduaban en aquella escuela improvisada, eran enviados inmediatamente a la linde de la tierra de nadie donde empezaron a cobrarse una espantosa contribución en las tropas enemigas.

El célebre francotirador ruso Vasili Zaitzev (alejado a la derecha), observa cómo el general Vasili Chuikov examina su mortífera arma. En el centro, el comisario Kuzmá Gurov.

Los periódicos rusos hicieron desde entonces famoso el nombre de Vasili Zaitzev. En el plazo de diez días mató a

cerca de cincuenta alemanes y los corresponsales escribieron con maligno placer acerca de su sorprendente habilidad para abatir a sus enemigos con una sola bala. Se trataba de una técnica que había aprendido mientras cazaba el ciervo en los bosques que rodeaban a Elininski, su hogar en la ladera de los montes Urales. Pastor durante los veranos, a la edad de quince años acudió a la escuela técnica de Magnitogorsk. Después, sirvió como tenedor de libros en la Escuadra soviética del Lejano Oriente. El 20 de septiembre de 1942, Zaitzev, con su ancha cara, llegó a Stalingrado con la 284.ª División. Ahora era un héroe nacional y, como su nombre se esparció

a través de la tierra de nadie, los alemanes tomaron un excesivo interés por él. Llamaron a Berlín para que viniese un tal comandante Konings para que lo matase.

Desconocedor del plan alemán, Zaitzev continuó su guerra de un solo hombre y empezó a enseñar a otros treinta rusos su especialidad. La rubia Tania Chernova era uno de sus alumnos. Y los dos se convirtieron en amantes.

A Tania le gustaba su nueva vida. Impávida tras su experiencia en el Volga y en las cloacas, se transformó en una soldado profesional, vivió en pozos de tirador, bebía vodka y comía con una cuchara que se guardaba en la bota. Dormía acurrucada al lado de hombres

extraños y se bañaba en pozales de agua. También aprendió a buscar protección en el frente de trincheras, a seguir al enemigo a través de la mira telescópica y, lo más importante, a esperar durante horas antes de disparar un solo tiro mortal.

Durante su entrenamiento como francotirador, tuvo que realizar una misión especial ordenada por el Cuartel general de la 284.ª División, pues, tras capturar unos prisioneros, habían identificado un Cuartel general alemán situado en un edificio entre la Escuela Aeronáutica de Stalingrado y la fábrica Octubre Rojo. Se asignó a Tania y a cinco hombres la misión de dinamitarlo.

A última hora de la noche pasaron a

través de las avanzadillas rusas y se arrastraron por territorio enemigo. Se quedaban inmóviles cuando oían una voz ocasional o se encendían bengalas por encima de sus cabezas. Una hora después, llegaron a su objetivo en una casa de apartamentos semiderruida que había perdido toda un ala de pared.

La patrulla subió de puntillas por una escalera intacta, mientras Tania cubría la retaguardia. Cuando los rusos llegaron al descansillo del segundo piso, los cinco hombres desaparecieron por la esquina. Un ruido la distrajo. Se estremeció al ver a un soldado alemán que salía de detrás de una columna.

—*Hände hoth* —gritó, blandiendo una pistola ante su cara.

Inmediatamente, atacó al alemán y le dio una patada en la ingle con la bota. Él se dobló en dos y su pistola salió despedida por la escalera y cayó a la calle. Tania agarró su cabeza provista de casco y le aplastó la cara contra sus rodillas. En su desespero, el alemán le mordió el pulgar izquierdo.

Tania le tumbó entonces y le retorció el brazo derecho por debajo del cuerpo. Apretó fuertemente su garganta con ambas manos, mientras él se revolvía con violencia. Se le cayó el casco y Tania se pudo dar cuenta de que tenía un brillante pelo rojo. Tania se apoyó aún con más firmeza contra su tráquea. Cuando él empezó a estertorar de modo horrible, uno de la patrulla bajó la

escalera y gritó:

—¿Te encuentras bien, Tania? ¿Dónde estás?

Viendo su difícil situación, el otro ruso la echó al suelo y aplastó la cabeza del hombre pelirrojo con la culata de su fusil.

Tania se levantó de junto al cadáver y subió al piso de arriba donde ya estaba colocada la dinamita. El sargento ordenó:

—Hazlo tú.

Entonces ella encendió la mecha. Olvidando toda precaución, los rusos bajaron corriendo la escalera. El ruido que provocaron alertó a los alemanes, que dispararon a las oscuras siluetas que salían del edificio.

Retrocediendo a la carrera hacia sus propias líneas, el equipo de demolición oyó una atronadora explosión y el Cuartel general alemán situado detrás de ellos estalló en una roja bola de fuego.

• • •

En el flanco izquierdo de la posición de Tania, la 95.ª División, al mando del calvo coronel V. A. Gorishni, ocupó otra parte de la estribación oriental de la colina Mámaiev, que aparecía llena de hoyos de bombas. Pero la 95 había quedado tan destrozada que en el plazo de unos cuantos días tuvo que ser llevada a la reserva detrás de las nuevas divisiones que estaban ahora

atrincheradas en las fábricas del norte.

Allí, la 39 de la Guardia, de refresco, había construido de prisa y corriendo una segunda línea de defensa detrás de las Divisiones 194 y 308, que eran las responsables de defender los accesos occidentales a las fábricas Octubre Rojo y Barricada. Unos cuantos kilómetros al norte, alrededor de la fábrica de tractores, se había unido a la 112.ª División la 37 de la Guardia de selección del agresivo general Víctor Zholudev, compuesta de jóvenes infantes de Marina vestidos con camisas listadas de negro y boinas.

La llegada de la 37 de la Guardia coincidió con la partida de los últimos civiles que aún trabajaban dentro de la

factoría. Cuando les llegó al fin la temida orden procedente del Consejo militar —«¡Afuera! ¡Hay que cruzar el río!»—, los empleados cargaron sus proyectos, archivos y herramientas en camiones. Los obuses de la artillería alemana empezaron a zumbar entre el complejo industrial de casi kilómetro y medio de longitud mientras los trabajadores andaban por última vez a través de los talleres de máquinas y las cadenas de montaje. Agobiados por la pena de tener que abandonar una parte tan integrante de sus vidas, gemían sin recato.

El convoy se dirigió al sur y pasó ante la estatua de Félix Edmúndovich Dzerzhinski, el primer jefe de la Policía

secreta de Stalin y, poco antes de que cruzasen ante la fábrica de tractores, un capataz señaló a un edificio cercano al río y dijo:

—Cuando volvamos deberemos empezar por allí.

Se expresó de forma genuinamente optimista.

Prosiguiendo por la carretera principal, los trabajadores pasaron ante el depósito de petróleo situado en una ladera encima de los primitivos cuarteles generales atrincherados en los que Vasili Chuikov chorreaba sudor y se preparaba para la siguiente fase de la ofensiva alemana.

El general acababa de recibir una carta de su mujer, Valentina, que vivía

en Kuíbishev, casi a setecientos kilómetros al noreste de Stalingrado. Le contaba a su marido que le había visto en un noticiario, y añadía que los niños estaban bien. Su tono era alegre y tranquilo.

Pero el general sabía que las cosas eran muy diferentes: su ayudante había sabido que la hija menor de Chuikov sufría un ataque agudo de disentería y que la familia pasaba grandes dificultades para obtener comida, vestidos y otros artículos necesarios para el hogar. Careciendo incluso de jabón, empleaban un preparado de mostaza para lavarse. Estas inquietantes noticias se añadieron a la carga mental de Chuikov mientras luchaba con la

amenaza diaria de exterminio. La tensión estaba empezando a pasar factura. Su cuerpo se cubrió de eczema y se volvió escamoso, le salieron en la piel llagas que le producían gran comezón y que le obligaron a vendarse las manos para absorber las rezumantes lesiones de sus dedos. Los médicos le sugirieron que debía ir a descansar a la orilla de enfrente, pero Chuikov rechazó con acritud dicho consejo. Cuando el enemigo acudía masivamente a las afueras de las fábricas, no podía abandonar Stalingrado ni por un momento.

Afortunadamente, fueron llegando nuevas tropas a través de los nuevos pasos en el río que Chuikov improvisó

tras haber perdido el desembarcadero principal de los transbordadores. Ahora el Paso Skudri abastecía a la zona desde Rinok, más allá de la fábrica de tractores. Hasta este expuesto punto de desembarco, los buques llegaban por la noche para evitar el incesante bombardeo alemán, que convirtieron en suicidas los viajes a la luz del día. No obstante, la conexión más vital fue el Paso 62, un grupo de amarraderos detrás de las fábricas Octubre Rojo y Barricada, donde la mayor parte de los soldados y el material desembarcaban debajo de una empalizada saliente. Aquel lugar de arribo era razonablemente seguro mientras los alemanes no se apoderasen de los

alrededores de las fábricas.

Los viajes nocturnos por los Pasos 62 y Skudri constituyeron un horrible *shock* para los soldados que llegaban a la batalla. La visión de una ciudad en llamas y el sordo rugir de miles de cañones les hacían retroceder instintivamente. Pero los agitadores del partido comunista, los *politruk*, estaban siempre junto a ellos y trabajaban con un celo feroz para infundirles calma. Los *politruk* hacían el camino hasta los transbordadores, unos remolcadores como *el Abjazcts*, que tenía veintiséis años. Una vez allí les entregaban opúsculos titulados «Qué necesita saber un soldado y cómo debe desenvolverse en la lucha en una ciudad».

Normalmente, los agitadores eran los primeros en subir a bordo. Como corderos, los soldados les seguían. Luego, cuando los buques empezaban a deslizarse lentamente por el río, los *politruk* se apostaban de un modo discreto a lo largo de las barandillas. Para prevenir que desertasen por la borda, llevaban las manos apoyadas en la funda de la pistola.

Desde su lugar estratégico en la colina Mámaiev, los alemanes observaban siempre los navíos y ordenaban que la artillería abriese fuego contra ellos. Cuando los obuses empezaban a silbar, los oficiales políticos distraían la atención de los soldados leyéndoles en voz alta periódicos o entregándoles la

correspondencia llegada de sus hogares. Cuando los hombres eran alcanzados, gritaban y morían, los *politruk* se afanaban por evitar que el resto del grupo sucumbiera al pánico. Algunas veces fracasaban y los soldados se arrojaban al Volga. Los *politruk* vaciaban entonces sus armas contra aquellos nadadores.

De este modo, hacia octubre se habían transbordado a Stalingrado unos cien mil soldados de refresco. Dicho flujo equivalía a siete divisiones completas y dos brigadas. Pero los soldados morían tan rápidamente que Chuikov aún seguía teniendo sólo cincuenta y tres mil hombres capaces de llevar armas. En menos de un mes, el LXII Ejército había

tenido más de ochenta mil bajas, entre muertos, heridos y desaparecidos.

Para aportar municiones y alimentos a la ciudad, Chuikov había proyectado unas «carreteras» auxiliares que complementasen a los transbordadores. Dichos puentes desmontables para peatones, cada uno de cien metros de longitud, unían Stalingrado con las islas Zaitzhevski situadas en medio del Volga. Dos de ellos fueron volados varias veces y hubo que reconstruirlos. La conexión más al sur, formada por balsas de madera y barriles unidos con barras de hierro y cables de acero, era bastante sólida pero, a pesar de ello, el puente era peligroso. Se bamboleaba por la fuerza expansiva de las bombas que

estallaban cerca y frecuentemente hacía caer a los soldados al río. Pero, a través de esa carretera tan inusitada, llegaba una firme columna de hombres que transportaban a la espalda las balas, bombas de mano y obuses necesarios para la lucha diaria.

• • •

Ahora los alemanes dirigían el foco de su ataque desde la zona central de la ciudad hacia las fábricas situadas al norte, intentando ablandar las defensas rusas con un fuego artillero ininterrumpido. El 2 de octubre, los obuses alemanes cayeron sobre el distrito fabril y, detrás de la fábrica

Octubre Rojo, los depósitos de petróleo supuestamente vacíos estallaron con un ensordecedor estruendo. El combustible ardiendo se deslizó desde la colina al Volga, donde se convirtió en horribles olas.

Al otro lado del río, los espectadores avisaron a gritos a un gran bote de remos que se aproximaba a la orilla oriental. Pero estaban muy lejos para volver atrás y, cuando el muro de llamas les alcanzó, los remos se alzaron cual alas de fuego mientras los condenados pasajeros trataban de apartar las llamas. A través del humo, los observadores vieron cómo los costados del buque empezaban a arder entre el petróleo en llamas. Los ocupantes del barco se

levantaron y se arrojaron al agua. Sus cabezas se asomaron brevemente en medio de aquel infierno. Luego, el incendio pasó implacable sobre el trágico escenario.

Las mismas llamas casi convirtieron en cenizas a Chuikov y a todo el Estado Mayor de su Cuartel general. Ardieron todas las líneas telefónicas y, cuando Chuikov saltó fuera de su refugio, le cegó la densa humareda.

El jefe de Estado Mayor Krilov gritó:

—Que todos se queden dónde están. Hay que trabajar en los refugios que aún estén intactos... Establezcan contacto con las tropas por radio.

Pero cuando vio a Chuikov susurró:

—¿Qué cree usted? ¿Podremos

resistir?

—Sí —replicó Chuikov—. Pero, por si acaso, tengamos a punto las pistolas.

Al otro lado del río, el Cuartel general del frente estaba preocupado porque el fuego hubiese matado a todos en los refugios. No cesaban de preguntar por radio:

—¿Dónde están? ¿Dónde están?

Finalmente les llegó una crepitante respuesta:

—Nos encontramos donde se halla todo el fuego y las llamas.

Los alemanes escucharon la conversación y concentraron sus disparos sobre el holocausto. Los obuses de mortero mataron a los hombres en la entrada del refugio de

Chuikov y éste tuvo que alejarse rápidamente, esta vez hacia la línea de la costa, cerca de la fábrica de tractores, a aquel complejo que los alemanes se disponían a atacar por tres lados a la vez.

• • •

En medio de los preparativos de ambos Ejércitos para la lucha final, en la tierra de nadie llegaba a su ápice un siniestro combate personal. Los dos adversarios se conocían sólo por su reputación. El comandante Konings había llegado de Alemania para su duelo con Zaitzev.

Los rusos se enteraron por primera vez

de la presencia de Konings cuando un prisionero reveló que el comandante estaba recorriendo las trincheras del frente, familiarizándose con el terreno. Tras oír la noticia, el coronel Nikolái Batiuk, el comandante de la 248.ª División, tuvo una reunión informativa con su grupo de francotiradores para comunicarles el peligro.

—Creo que el superfrancotirador que ha venido de Berlín será para vosotros un bocado fácil. ¿No es verdad, Zaitzev?

—Sí, camarada coronel —asintió Zaitzev—. Pero primero habrá que encontrarlo, estudiar sus costumbres y métodos y... esperar el momento oportuno para un tiro certero, sólo uno.

Zaitzev no tenía idea de por dónde

operaba su antagonista. Había matado a muchos tiradores alemanes de primera, pero sólo tras haber observado durante días sus hábitos. En el caso de Konings, su camuflaje, pautas de tiro, artimañas, todo ello constituían piezas aún perdidas de un rompecabezas.

Por otra parte, el servicio secreto alemán había estudiado los opúsculos que describían las técnicas soviéticas de los francotiradores y la forma de actuar de Zaitzev había sido muy difundida por los propagandistas rusos. El comandante Konings debía de haberse enterado a fondo de esa información. Zaitzev, en cambio, no tenía la menor idea de cuándo actuaría el otro.

Durante varios días, los tiradores

rusos buscaron entre las ruinas de Stalingrado con ayuda de sus gemelos de campaña. Fueron a ver a Zaitzev y le expusieron las estrategias más recientes y modernas, pero el ceñudo siberiano rechazó sus consejos. Debía aguardar hasta que Konings hiciese su primer movimiento.

Durante este período no ocurrió nada fuera de lo corriente. Luego, en rápida sucesión, dos francotiradores soviéticos cayeron víctimas de sendos tiros de fusil. Para Zaitzev era evidente que el comandante Konings había señalado el comienzo de su duelo personal. Entonces, el ruso se dirigió a echar una ojeada a su rival.

Se arrastró hasta el límite de la tierra

de nadie entre la colina Mámaiev y la fábrica Octubre Rojo y exploró el campo elegido para el combate. Estudió las trincheras enemigas a través de los prismáticos y vio que nada había cambiado: el terreno era el familiar, con trincheras y búnkers según los mismos moldes que ya había memorizado durante las pasadas semanas.

Durante toda la tarde, Zaitzev y un amigo, Nikolái Kulikov, permanecieron a cubierto, dirigiendo los gemelos de un lado a otro, sin parar, en busca de una pista. En medio del constante bombardeo diario, se olvidaban de la guerra y sólo perseguían a un hombre.

Cuando el sol empezó a ponerse, vio cómo se movía de un modo irregular un

casco a lo largo de la trinchera alemana. Zaitzev pensó en disparar, pero su instinto le avisó que debía tratarse de una trampa, ya que Konings debería tener afuera un compañero para atraparle a él. Exasperado, Kulikov se preguntó:

—¿Dónde puede estar escondido?

Pero Konings no ofreció el menor indicio de su propia posición. Al sobrevenir la oscuridad, los dos rusos retrocedieron hasta su propio bunker, donde charlaron un largo rato acerca de la estrategia del alemán.

Antes del alba, los francotiradores se dirigieron a sus propios hoyos en la linde de la tierra de nadie y estudiaron de nuevo el campo de batalla. Konings

siguió silencioso. Maravillado de la paciencia del alemán, Zaitzev empezó a admirar la habilidad profesional de su adversario. Fascinado ante la intensidad de aquel drama, Kulikov habló con animación mientras el sol se elevaba hasta el cénit y empezaba a descender detrás de Mámaiev. En cuanto llegó de pronto otra noche, los combatientes regresaron a sus propias trincheras para poder dormir un poco.

A la tercera mañana, Zaitzev recibió una visita, un agitador político llamado Danilov, llegado de lejos para ser testigo del desafío. A las primeras luces, los cañones pesados empezaron su normal barrera artillera y, mientras los obuses silbaban por encima de sus

cabezas, los rusos contemplaron el paisaje en busca de una presencia delatora.

De repente, Danilov se levantó gritando:

—Allí está. Se lo voy a señalar.

Konings disparó contra él y le alcanzó en el hombro. Después de que los camilleros se llevaron a Danilov al hospital, Vasili Zaitzev se quedó agazapado.

Cuando examinó con los prismáticos el campo de batalla, concentró su atención en el sector de enfrente. A la izquierda había un carro destruido; a la derecha, un nido de ametralladoras. Desdeñó el carro porque sabía que ningún francotirador con experiencia

elegiría un objetivo tan expuesto. El nido de ametralladoras también se hallaba abandonado.

Zaitzev continuó moviendo los prismáticos. Los enfocó sobre una plancha de hierro y un montón de ladrillos que se encontraban entre el carro y el nido de ametralladoras. Siguió el movimiento de los gemelos y volvió luego a esa rara combinación. Durante minutos, Zaitzev se demoró sobre la plancha. Tratando de leer los pensamientos de Konings, decidió que el inocuo montón de ladrillos era un perfecto lugar para esconderse.

Para probar su teoría, Zaitzev colgó un guante del extremo de un trozo de madera y lo levantó despacio por

encima del parapeto. Sonó un disparo de fusil y bajó a toda prisa el guante. La bala había hecho un agujero en la parte central del paño. Zaitzev estaba en lo cierto: Konings se encontraba bajo la chapa de hierro.

Su amigo Nikolái Kulikov estuvo de acuerdo:

—Allí está nuestra víbora —le susurró.

Los rusos retrocedieron a su trinchera para encontrar otra posición. Deseando colocar al tirador alemán enfrente de la mayor luz cegadora posible, siguieron la irregular línea de las trincheras hasta que encontraron un lugar en el cual tendrían a sus espaldas el sol de la tarde.

A la mañana siguiente se instalaron en su nueva guarida. A su izquierda, hacia el este, los transbordadores del Volga luchaban de nuevo contra el fuego de morteros enemigos. Al sudeste, la plancha de hierro bajo la que se ocultaba su adversario. Kulikov disparó un tiro a ciegas para despertar la curiosidad del alemán. Luego los rusos descansaron tranquilamente. Sabiendo que el sol podría hacer reflejos en sus miras telescópicas, esperaron con paciencia a que descendiera por detrás de ellos. A última hora de la tarde, rodeados ahora por la sombra, Konings se hallaba en desventaja. Zaitzev enfocó su mira telescópica hacia el lugar donde se escondía el alemán.

De repente, brilló un alza telescópica en un extremo de la plancha. Zaitzev hizo una señal a Kulikov, el cual levantó despacio su casco por encima del parapeto. Konings disparó de nuevo y Kulikov cayó chillando de modo muy convincente. Sintiendo que había ganado, el alemán alzó la cabeza poco a poco para contemplar a su víctima. Vasili Zaitzev le alcanzó con un disparo entre los ojos. La cabeza de Konings cayó hacia atrás y el fusil se le deslizó de las manos. Hasta que el sol se puso, la mira telescópica brilló y centelleó. Al oscurecer, dejó de brillar.

• • •

Antes de asaltar el distrito fabril, Paulus insistió en que era preciso eliminar un saliente ruso alrededor de la ciudad de Orlovka, a cinco kilómetros al oeste de la fábrica de tractores.

La orden de atacar aquella ciudad se cursó a la 60.ª División Motorizada y algunos de sus oficiales se quejaron amargamente. Uno de ellos, el teniente Heinrich Klotz, pensó que se trataba de algo absurdo. A sus cuarenta y tres años, mandaba el grupo de hombres más veteranos del campo de batalla. Un tercio de ellos había luchado en la Primera Guerra Mundial, en la cual el mismo Klotz había sido herido.

En la sesión preparatoria, cuando preguntó si los carros apoyarían el

asalto, su superior le respondió que no se podía prescindir de ninguno. Irritado, el veterano teniente predijo el fracaso de la misión. El oficial al mando reprendió con aspereza a Klotz y le dijo que cerrase la boca. Ásperamente, continuó:

—Lo siento, señores, pero debemos tomar Orlovka.

En la bruma gris de antes de amanecer, el teniente Klotz ocupó un hoyo y pensó: «Esto va a terminar en una carnicería». Pero cuando llegó la hora de avanzar, hizo señales cansadamente con el brazo y condujo a aquellos hombres maduros a una colina.

De repente, los aviones rusos rugieron por encima de la cumbre y atraparon a la

compañía de Klotz al descubierto. Estallaron series de bombas y, enfrente de Klotz, dos camilleros desaparecieron literalmente. Tendido en el suelo, el teniente miró con fijeza el gran agujero donde habían estado, pero no pudo ver ninguna huella de los dos hombres. Mientras tanto, sus tropas morían bajo las bombas y las ráfagas de ametralladora. Cuando los aviones se alejaron, gritó a sus hombres que se retiraran y regresasen a sus propias líneas.

Aquella noche volvió con los médicos para recoger los muertos y heridos. Durante horas llamó a los amigos a quienes había conducido a una matanza. De los ciento veinte hombres que

salieron con él aquella mañana, sólo volvieron treinta.

• • •

En los puestos de socorro de la 60.ª División Motorizada los cirujanos trabajaban febrilmente a fin de salvar vidas. Casi del todo repuesto de su mandíbula fracturada, el doctor Ottmar Kohler había trasladado su hospital a un kilómetro de distancia del frente. Tercamente obstinado en que todos los puestos de primeros auxilios alemanes trataran a los hombres al cabo de pocos minutos de haber sido heridos, se había enfrentado con las tradiciones del Ejército alemán. Al operar a las

víctimas de la batalla de Orlovka, Ottmar Kohler supo que su radical aproximación había sido un éxito. Estaba salvando a unos hombres que, de otro modo, hubieran muerto, y desde hacía poco se veía inundado de tarjetas postales de los pacientes que convalecían allá en Alemania. Todos le daban las gracias por haberles salvado la vida.

El obstinado Kohler planeó continuar su campaña contra la jerarquías hasta que cada soldado herido en Stalingrado tuviera una oportunidad equitativa de sobrevivir.

• • •

A pesar de los reveses locales de unidades parecidas a la de Klotz, la «corrección» de Orlovka constituyó un éxito y el Sector ruso del frente se hundió enseguida. Pero el general Paulus se enfrentaba ahora con nuevos problemas, esta vez dentro de sus propias filas, cuando se enzarzó en una lucha encarnizada con la Luftwaffe acerca de cómo tenía que desarrollarse la campaña.

El general Freiherr von Richthofen, el cerebro y aparatoso comandante de la IV Flota Aérea, había insinuado aviesamente que la ciudad hubiera caído haría ya tiempo de no haber sido por la timidez del comandante de las fuerzas terrestres. Paulus quedó resentido de las

insinuaciones de Richthofen y el 3 de octubre, él y el general Seydlitz-Kurzbach se reunieron con el general de la Luftwaffe y Albert Jeschonnek, el suplente de Goering. Los oficiales de la Luftwaffe se lamentaron de la pérdida de tantos hombres en las calles de Stalingrado. Cuando Paulus dijo que los próximos refuerzos proporcionarían la victoria, los hombres de las fuerzas aéreas parecieron satisfechos y los generales se separaron en términos amistosos.

Pero, después, Richthofen dio a Jeschonnek su propia interpretación del problema: «Lo que necesitamos son ideas claras y un objetivo primordial bien definido. Es inútil andar a tontas y

a locas por aquí y por allá como estamos haciendo. Y ello es doblemente ineficaz con las fuerzas inadecuadas a nuestra disposición. Es obvio que haciendo una cosa cada vez las cosas irán bien. Pero debemos acabar con lo que hemos empezado, sobre todo en Stalingrado...»

Richthofen no estaba ahora poniendo en duda sólo a Paulus, sino al mismo Führer, que había «andado a tontas y a locas» en varias direcciones y desembocado en la presente crisis del sur de Rusia.

• • •

A fin de obtener los refuerzos que

necesitaba, Paulus envió un alud de cablegramas al Cuartel general del Grupo de Ejércitos. Daba en ellos cuenta de las cuarenta mil bajas que el VI Ejército había tenido en seis semanas. Como resultado, Hitler le envió la 29.ª División Motorizada y la 14.ª de Panzers del IV Ejército de Hoth, al sur de Stalingrado, además de reemplazos individuales procedentes de Ucrania y constituidos por soldados que llegaron siendo novatos.

Sus primeras horas de combate fueron especialmente peligrosas. Debían fiarse de sus instintos y estar alertas al menor rumor o movimiento. Si aprendían despacio morían enseguida. En el sector ocupado por la 9.ª División de Artillería

Antiaérea, entraron una noche seis hombres en las trincheras y su curiosidad les llevó a todos a contemplar las posiciones rusas. A las diez de la mañana siguiente, cuatro de los seis habían recibido un balazo en la cabeza.

• • •

Vasili Chuikov había creado una eficiente organización de servicio secreto para estar informado acerca de los planes de Paulus. Equipos de reconocimiento observaban de modo regular la tierra de nadie buscando los cambios en las fuerzas alemanas. De vez en cuando, algunos grupos selectos

cruzaban a través de las líneas enemigas para espiar los movimientos de tropas en la retaguardia y capturar prisioneros.

El 9 de octubre, un comando de cuatro hombres halló refugio en un abandonado ténder de ferrocarril en una vía entre la colina Mámaiev y las instalaciones de los talleres de la fábrica Octubre Rojo. Los rusos permanecieron dentro de aquel refugio la mayor parte del día, informando por radio a la retaguardia acerca de la actividad alemana. Habían localizado docenas de piezas de artillería que disparaban sobre la ciudad desde detrás de las laderas situadas al norte de Mámaiev; habían visto columnas de cañones de campaña y morteros alemanes desplazándose por

las carreteras de la retaguardia hasta un punto de cita en los suburbios del oeste de Stalingrado. Detrás de los cañones iban cientos de camiones, que llevaban las municiones. El pelotón tuvo la sensación de que había un movimiento en masa de refuerzos que se introducían dentro de las líneas del VI Ejército. Pero necesitaban un prisionero para que les confirmase su corazonada.

Tras oscurecer, los comandos rompieron a tiros un cable telefónico y esperaron a que los alemanes acudiesen a repararlo. Pronto apareció la luz de una linterna y cuando el alemán se aproximó a la avería, los rusos lo mataron de un tiro. Uno de ellos se disfrazó con su uniforme y permaneció

al borde de la vía férrea esperando que otro alemán se aproximara al cable.

Al poco rato, empezó a moverse por la vía otra linterna y el soldado Willi Brandt cayó en la emboscada. Los rusos lo dejaron inconsciente. Cuando se recobró, se encontró ante cuatro hombres de pie delante de él que le hacían preguntas solicitando rápidas respuestas. Aterrado, Brandt dio su nombre, rango y unidad. Después, contó a sus interrogadores que la 24.ª División Panzer alemana se estaba desplazando hacia las fábricas, que la 94.ª División había llegado desde el sur de Stalingrado y que Adolfo Hitler había ordenado que se tomase la ciudad el 15 de octubre.

Los rusos ya tenían su respuesta. Haciendo saber a Brandt que había revelado secretos militares, lo condujeron a la vía férrea y le señalaron la carretera que llevaba hacia sus amigos. En la oscuridad, el tembloroso Brandt esperó que le disparasen por la espalda. Pero no llegó ninguna bala y se puso en camino. Cuando estuvo ya fuera del alcance de los disparos, se volvió y, moviendo la mano, gritó:

—*Danke, Kamerad*!

Vasili Chuikov añadió a sus mapas la información del comando. Ahora ya sabía que todo el peso del VI Ejército se apoyaba contra la zona fabril y ordenó ataques locales para contrarrestar la fuerza alemana y retrasar lo inevitable.

Pero el VI Ejército rechazó a los rusos en cada ocasión. Era demasiado fuerte.

Los Stukas llegaron con las primeras luces de la mañana del 14 de octubre y cientos de aviones negros se cernieron sobre Stalingrado. Tocando sus sirenas, se lanzaron en picado una y otra vez. Aunque el día era soleado, el manto de humo procedente de los incendios provocados por las bombas reducía la visibilidad a cien metros.

A las 11.30, después de que doscientos carros alemanes penetraran en las defensas rusas alrededor de la fábrica de tractores, la 389.ª División de Infantería del general Erwin Jaenecke se abrió paso por el laberinto de talleres de un kilómetro y medio de longitud.

Millones de fragmentos de las enormes claraboyas del techo se esparcieron por los pavimentos de cemento y la sangre manchó las paredes. Los obuses de cañón y las balas trazadoras rebotaban a través de las cafeterías; los alemanes y los rusos arremetían unos contra otros entre sillas y mesas. Los ocho mil comandos de la 37.ª División de la Guardia soviética chocaron de frente con los alemanes en el complejo fabril y, en las siguientes cuarenta y ocho horas, cinco mil de ellos resultaron muertos o heridos. Incluso cayó el general Zholudev. Enterrado hasta el cuello en escombros debido a un impacto directo en su puesto de mando, aguardó durante horas a que lo

rescataran. Luego lo fulminó un *shock* en el Cuartel general de Chuikov mientras intentaba describir el aniquilamiento de sus hombres.

Chuikov tenía poco tiempo para mostrar sus simpatías. Todo su Ejército estaba en peligro mortal. Las líneas telefónicas se hallaban cortadas. Unidades dispersas enviaban correos a la orilla del río para pedir órdenes o bien para preguntar si aún existía el 62.° Ejército. Chuikov instaló una emisora de radio de emergencia para transmitir órdenes al otro lado del río y para enlazar con las fuerzas aisladas atrapadas en los escombros de las fábricas. Chuikov ordenó a las divisiones y regimientos que se unieran.

Respecto de sí mismo, el comandante del 62.° Ejército se preguntaba cuánto podría sobrevivir. Cuando pidió permiso para mandar a parte de su Estado Mayor al lado seguro del Volga, Yeremenko se negó. Entretanto, treinta hombres yacían muertos alrededor del bunker de Chuikov debido a los obuses y las balas. Sus guardaespaldas invirtieron muchas horas desenterrando a las víctimas entre los escombros y los agujeros provocados por las bombas.

Alrededor de la colina Mámaiev, las tropas soviéticas veían a vista de pájaro la intensa batalla que se desarrollaba al norte de ellos. Desde su refugio, Piotr Deriabin veía a los aviones alemanes caer en picado una y otra vez sobre las

ondulantes nubes de humo y llamas. Cuando estallaban sus bombas, secciones enteras de las fábricas pirueteaban en el firmamento antes de caer a horrenda velocidad sobre el suelo y los hombres situados abajo.

En la esquina noroeste de la fábrica de cañones Barricada, la 308.ª División rusa fue empujada dentro de los talleres y su comandante, el alto y delgado coronel L. N. Gurtiev, quedó separado de sus tropas. Chuikov envió un pequeño destacamento al norte para restablecer el contacto y el general Smejotvorov condujo al grupo hasta la orilla, arrastrándose bajo el pavoroso fuego de artificio provocado por los cañones que, a ambos lados del río, disparaban sobre

sus cabezas. Después de casi una hora, el pelotón de rescate se desplomó dentro del refugio de Gurtiev. Antiguos amigos, el general y el coronel cayeron uno en brazos del otro y lloraron.

• • •

Al otro lado del río, el general Yeremenko estaba preocupado acerca de si Chuikov podría resistir o no. Notando un creciente descorazonamiento en los informes por radio del general, Yeremenko decidió volver a la orilla occidental para una evaluación personal de la situación. Chuikov le aconsejó que no fuera, pero Yeremenko había participado antes en otras batallas y

llevaba cicatrices de antiguas heridas. Por la noche del 16 de octubre, cruzó el Volga junto con sus ayudantes. Mientras los obuses estallaban a su alrededor, desembarcó cerca de la fábrica Octubre Rojo. El cielo estaba tan brillante como de día a causa de las bengalas alemanas mientras la expedición avanzaba hacia el norte en dirección al puesto de mando de Chuikov. Treparon por montañas de cascotes y vieron cómo se arrastraban los heridos. Yeremenko se movía entre ellos con mucho cuidado, maravillado por su esfuerzo al tratar de recorrer los últimos metros para llegar al embarcadero.

No halló a Chuikov, que había ido a esperarle al desembarcadero junto con

Kuzmá Gurov, uno de los miembros del Consejo militar. Mientras paseaban por la orilla y se preguntaban qué le habría pasado a su huésped, Yeremenko recorrió casi ocho kilómetros a lo largo de la ribera hasta el Cuartel general del 62.° Ejército. Por el camino, murieron varios de sus ayudantes debido a las bombas y cascos de metralla, pero él llegó ileso y se sentó a esperar a su anfitrión.

Horas después, volvió Chuikov y los dos hombres se pusieron a discutir las cosas urgentes. Chuikov deseaba más municiones y hombres, no divisiones completas, sino reemplazos para sus diezmadas unidades. Yeremenko le prometió una rápida acción y luego

habló con cada uno de los comandantes acerca de sus propios problemas. Aconsejó por teléfono a Rodimtzev y Guriev. Luego se sentó al lado del general Víctor Zholudev mientras este oficial normalmente estólido explicaba cómo había perecido la 37.ª de la Guardia en la fábrica de tractores. En la emoción del momento, Zholudev perdió los estribos y lloró mientras describía el aniquilamiento de más de cinco mil de sus soldados.

Después de que Yeremenko lo consoló lo mejor que pudo, el comandante del frente se despidió de Chuikov y le reafirmó su promesa de abastecerle. También le ordenó que buscara una casa menos expuesta para instalar el Cuartel

general del 62.° Ejército.

Poco antes del amanecer del 17 de octubre, Yeremenko volvió a la orilla de enfrente con más serenidad de juicio. Chuikov no se había desanimado aunque en tres días perdió trece mil hombres, cerca de la cuarta parte de su Ejército de cincuenta y tres mil soldados. Sólo la noche del 14 de octubre, tres mil quinientos heridos se habían dirigido a los *norays* del Volga. Mientras aquellas víctimas de la carnicería en las fábricas esperaban a los transbordadores de rescate, el río se llenaba de espuma con el impacto de las balas y los obuses. Y cuando algunos buques al fin chocaban contra la orilla, no quedaba vivo nadie de la tripulación para poder subir a

bordo a los heridos.

• • •

En el aire, los aviones soviéticos aparecieron con bastante potencia por primera vez. Haciendo de lanzadera desde otras partes de Rusia durante los pasados diez días, empezaron a dominar los negros cielos de Stalingrado.

No acostumbrados a esas interferencias, los nerviosos soldados alemanes se asustaron ante la nueva amenaza y se quejaron amargamente a sus superiores. En Golubinka, a sesenta kilómetros al oeste de la ciudad, un oficial de servicio en el Cuartel general del VI Ejército anotó el nuevo peligro en

su informe diario:

El intangible dominio nocturno aéreo ruso... [se ha] incrementado más allá de lo tolerable. Las tropas no pueden descansar y sus fuerzas han llegado al límite. [Nuestras] pérdidas personales y en material son demasiadas a la larga. El Ejército pide al Heeresgruppe (Grupo de Ejércitos B) que ordene ataques adicionales contra los aeropuertos enemigos, de día y de noche, para ayudar a nuestras tropas que combaten en las líneas del frente.

Los alemanes atacaron incansables a las tres fábricas principales situadas al norte de la colina Mámaiev, en un

intento de aplastar a los rusos. El 20 de octubre, se habían apoderado de todos los talleres de la fábrica de tractores e irrumpieron en los monumentales parapetos de Barricada. Más al sur, ocuparon el extremo occidental de la fábrica Octubre Rojo.

En su frenesí por arrojar a todos los rusos al Volga, los alemanes se dirigieron también contra la fortaleza de Jacob Pávlov, en la relativamente tranquila parte central de Stalingrado. Cuatro carros llegaron a la plaza Lenin, se detuvieron y dispararon a quemarropa contra el edificio. Pero el avispado Pávlov estaba preparado. Dado que los carros no podían elevar ni bajar su cañón en aquel radio de acción tan

reducido, trasladó a algunos de sus hombres al cuarto piso y a otros al sótano. Un solo disparo de su único cañón anticarro dejó fuera de combate a un *panzer* enemigo y el fuego de las ametralladoras dispersó a la infantería alemana. En cuanto se dispersaron los soldados de a pie, los carros retrocedieron buscando la salvación detrás de la esquina.

Pávlov y su grupo tuvieron una reunión poco después en el primer piso. Hacía tres semanas que se habían apoderado de la casa.

CAPÍTULO XII

La fábrica de cañones Barricada era algo horrendo de ver. Al elevarse el sol por la mañana, las vías de ferrocarril que rodeaban la fábrica brillaban con el rocío. La oscura y maciza mole de los talleres estaba rodeada por los destrozados vagones de mercancías. Montones de rojas escorias salpicaban el paisaje. Sobre ellos se cernían las chimeneas, las pocas que aún permanecían en pie. En todas partes había agujeros producidos por los obuses, tanto en los edificios de cemento como en el suelo.

Los hombres vivían en hoyos,

atisbando la fugaz visión del enemigo. Tenían pocas esperanzas de ver de nuevo a sus familias, de engendrar hijos, de abrazar a sus padres. En Barricada, recibían a un nuevo amanecer con el rocío sobre los raíles y el sol deslumbrándoles con su malévola intensidad.

Ernst Wohlfahrt, veterano de la campaña de Francia, había sido alistado con otros soldados retirados para reemplazar las pérdidas en Rusia. Por ello, el antiguo sargento de artillería era ahora infante de la 305.ª División. Arrastrando un receptor-transmisor, un fusil y una pistola, andaba con tiento a través de los escombros de unas viviendas obreras. Los cohetes rusos

Katiushka sonaban por encima de sus cabezas y, mientras los alemanes se dispersaban desesperadamente para eludir los «órganos de Stalin», los rabiosos cohetes estallaban a un lado y otro de la calle. Wohlfahrt se pegó al suelo. Cerca de él un hombre exclamó «¡Madre!» y murió.

Wohlfahrt abandonó aquel cadáver y corrió al frente de su compañía, mientras los francotiradores rusos se encarnizaban con los hombres solos que buscaban refugio de acá para allá. Exhausto, Wohlfahrt se apoyó contra una pared a fin de recobrar el aliento. Un ruso salió de un sótano furtivamente detrás de él. En el preciso instante en que apoyaba su fusil contra la oreja de

Wohlfahrt, llegó un soldado alemán por la espalda, empujó con su fusil al atacante y se lo llevó lejos.

Wohlfahrt se detuvo para pasar la noche en un sótano desocupado, situó cuidadosamente unos listones de un embalaje de madera alrededor de su saco de dormir y se acostó. Un biplano soviético al que los alemanes motejaban «máquina de coser» debido al sonido de su motor, zumbó por arriba y lanzó una bomba exactamente encima de su escondrijo. La habitación se desintegró y el sargento se encontró yaciendo a seis metros más allá de su lecho, pero ileso. El embalaje de madera le había salvado la vida.

• • •

Heinz Neist tuvo igualmente un siniestro estreno en las fábricas. Este veterano de treinta y un años nunca esperó ir a luchar. Había sabido maniobrar diligentemente para evitar servir en la Wehrmacht y, durante años, su plan había resultado, pues un empleado amigo lo había colocado en la lista de los indispensables, que sólo podían ser llamados ante una gran urgencia. Pero, al final, lo alistaron cuando la invasión de Rusia y Neist recibió un entrenamiento básico. No obstante, hasta que entró en acción mantuvo la reputación de ser uno de los soldados menos ambiciosos del

Ejército.

Pero, en combate, la actitud de Neist cambió. Peleó duramente durante todo el camino a través de la estepa, porque se había convertido en un asunto de vida o muerte, y ganó el distintivo de la infantería de asalto. Ascendido a especialista de radio con el Grupo de combate Engelke, entró en el torbellino entre Barricada y la fábrica de tractores y corrió a través de un distrito obrero bombardeado. Se lanzó con sus diez hombres en el piso bajo de lo que había sido en su día una nave industrial. Mientras acondicionaba su radio, se filtró la información de que había algunos rusos atrapados en el piso superior. Los alemanes dieron varias

cargas por la escalera, pero los rusos los rechazaron, hiriendo a varios. Neist y sus camaradas estaban tan exhaustos que decidieron dejar al enemigo tranquilo durante un rato. Aquella noche durmieron dos cada vez, mientras el resto permanecía de pie mirando por las ventanas, las puertas y la caja de la escalera. Arriba, los rusos no hacían el menor ruido.

A la mañana siguiente, la batalla se reemprendió. Dos rusos se arrastraron por la escalera y abrieron fuego de ametralladora. Luego se retiraron. Los alemanes trataron de hallar un medio para vengarse. Algunos pensaron usar un montacargas que había en una esquina, pero lo descartaron por ser muy ruidoso.

A todos les intimidaba tener que subir la escalera.

Cuando Neist trató de conectar por radio con el Cuartel general, las vigas de hierro de la habitación interfirieron la recepción. Finalmente, lo logró con su transmisor-receptor.

—Aquí Rosa de los vientos —repitió varias veces.

En el puesto de mando acusaron recibo.

Neist les dijo:

—Estamos en la tercera casa blanca... Necesitamos refuerzos urgentemente.

El pelotón esperó veinticuatro horas antes de que llegasen los hombres de refuerzo. Entretanto, los rusos del piso de arriba permanecieron tranquilos. Un

mensajero trajo café caliente a Neist y sus hombres y les prometió también comida durante aquel día. Al otro lado de la calle, los francotiradores alemanes provistos de miras telescópicas rastrearon a los rusos a través de las ventanas. Resonaron tiros aislados y Neist oyó chillidos arriba. Luego se hizo el silencio. Tras unas cuantas horas, los alemanes avanzaron con cautela por la caja a oscuras de la escalera. Se detuvieron delante de la puerta. Su respiración era pesada, mientras contaban lentamente, y luego derribaron la puerta. En el suelo, yacían siete rusos muertos a balazos.

Neist bajó al sótano y se quedó dormido. A su alrededor, el espantoso

ruido de la batalla continuó sin interrupción.

• • •

El 24 de octubre, el teniente Wilhelm Kreiser, de la 100.ª División, celebraba su veintiséis cumpleaños. Mientras se sentaba en una silla, un carro ruso disparó un obús que pasó entre sus piernas y estalló en la habitación de al lado. Aunque ileso, Kreiser se acurrucó enfermo el resto de aquel día.

A la mañana siguiente, entró en acción contra Barricada, cuando la principal línea de resistencia se encontraba a lo largo del terraplén de la vía férrea. Kreiser dirigió sus pelotones a los

puntos de partida y aguardó a que los Stukas le allanasen el camino. Cuando éstos llegaron, sus bombas cayeron a unos doscientos metros delante de ellos y Kreiser tuvo que emplear varias veces las bengalas de reconocimiento para que los Stukas no atacasen a sus hombres. A pesar de la precisión del bombardeo, el ataque fracasó.

Después de cenar, Kreiser recibió órdenes para realizar otro ataque y, a las diez de la mañana del 26 de octubre, miles de cañones alemanes abrieron un fuego graneado contra las posiciones rusas. Kreiser nunca había oído o visto nada parecido. El cañoneo se prolongó durante hora y media. Luego se hizo el silencio y en aquella quietud los

soldados alemanes se pusieron en pie y corrieron al otro lado de las vías del tren y del despeñadero. Kreiser vio balas trazadoras con una trayectoria arqueada procedente de la orilla y supo entonces que sus hombres habían alcanzado su destino final: el Volga. El teniente creyó que la guerra se terminaba y los rusos estaban acabados. Pero se equivocaba por completo.

Soldados y carros alemanes avanzando hacia un núcleo fortificado en la parte céntrica de Stalingrado.

Aturdidos por el bombardeo, los soldados soviéticos se escondieron en sótanos y agujeros y esperaron a que el enemigo cruzara ante ellos. Los alemanes, situados en los riscos del

Volga, tenían ahora a los rusos detrás.

Kreiser avanzó con varios pelotones para ayudar a sus hombres atrapados en la orilla. Llegó hasta el edificio demolido de una escuela, hizo que sus hombres ocupasen tres de sus lados y avisó a la artillería. Pero los proyectiles antipersonales sólo rebotaban ante los gruesos muros. No se podían utilizar tandas de grandes explosivos.

Creyendo que el Cuartel general mandaría más tropas hacia el Volga, Kreiser instaló el puesto de mando en un sótano para guardar patatas. Pero la ayuda no llegó. Al caer la noche, los alemanes atrapados en el Volga se tumbaron en el suelo y abrieron fuego contra las figuras borrosas que les

rodeaban. Sólo unos pocos sobrevivieron para retornar a sus propias líneas.

El frente se estabilizó. Ninguno de los dos bandos tenía la fuerza suficiente para vencer.

• • •

El oficial de intendencia Karl Binder arribó también a Barricada aquel día. Acababa de llegar procedente del silo donde había tomado una parte de aquel precioso trigo por el que murieron tantos en septiembre. En su camino de regreso, pudo percatarse de hasta qué punto había quedado destruida la ciudad. Casi todas las casas pequeñas y las cabañas

de adobe habían sido destruidas. Vio a civiles rusos sepultando cuerpos en los agujeros producidos por los obuses y cubriéndolos después. Binder tuvo el presentimiento de que las cosas empeorarían.

En Barricada se puso a mirar desde un puesto de observación y contempló el caos de tubos de hierro y cañones semiacabados que yacían por los andenes del ferrocarril. Mientras contemplaba fascinado todo esto, un grupo alemán de combate avanzó al otro lado del terreno al descubierto y tomó uno de los vestíbulos de la fábrica. Se arrastraron hasta las puertas y las ventanas, lanzaron dentro granadas de mano y penetraron en el interior a la

carrera. Binder esperó a ver qué ocurría, pero no salió nadie.

Cuando regresó a su propio sector se encontró con el teniente coronel Codre, que le preguntó qué opinaba acerca de la situación en Stalingrado.

—Lo mismo que usted —gruñó Binder.

Ahora sabía, al igual que Codre desde hacía unas semanas, que todo cuanto se hiciera en Stalingrado era completamente inútil.

• • •

Hersch Gurewicz hubiera estado de acuerdo. Dado de alta del hospital después de su espantosa experiencia en

la carretera de Seti, en agosto, se dirigió a Stalingrado a través de un puente para peatones, alcanzando directamente una trinchera situada al sur de la fábrica de tractores. Casi inmediatamente, se ordenó al teniente que llevara a cabo un ataque. Mientras corría a través del espacio abierto, un alemán apareció frente a él empuñando un rifle con la bayoneta calada. Gurewicz empujó con su pistola la cara del hombre y disparó. Mortalmente herido, el alemán cayó hacia delante y clavó la bayoneta en la palma de la mano izquierda de Gurewicz.

Tras lo que pareció un momento interminable, el alemán resbaló hasta el suelo y murió. Gurewicz se arrancó la

bayoneta de la mano y se dirigió a un hospital de campaña para que le hicieran una intervención quirúrgica. Mientras se recuperaba allí, conoció a una enfermera, se enamoró y se acostaba a menudo con ella. Una vez vuelto a su compañía, Gurewicz la encontraba cada vez que hacía rondas por el campo de batalla. Aquella frágil relación les hacía a ambos soportable la vida.

No la había visto durante varios días cuando recibió una citación para presentarse en un puesto de socorro situado cerca del Volga. La enfermera había sido herida y preguntaba por él. Gurewicz salió gateando de su trinchera y se dirigió al río.

Ella había pisado una mina y yacía allí

ante él, envuelta en vendajes. Miró con fijeza el catre, deseando gritar pero incapaz de emitir un sonido. La enfermera era sólo un torso. Había perdido lo brazos y las piernas y se estaba muriendo. Durante muchos minutos, Gurewicz contempló aquella cosa momificada a la que él había abrazado y amado. Luego dio la vuelta y se fue tambaleando hasta su agujero que se encontraba próximo a la fábrica de tractores.

• • •

A diferencia de Hersch Gurewicz, algunos rusos de Stalingrado nunca se detenían a reflexionar acerca de la

carnicería diaria. Consideraban la asombrosa matanza como una cruzada punitiva, una purga.

El capitán de comandos Ignati Changar, un hombre de veintiún años, de ensortijado pelo y gran nariz, había llegado a la ciudad para llevar a cabo el trabajo que mejor conocía: matar alemanes. Changar era un experto en la lucha de guerrillas y prefería operar con un cuchillo, una técnica que perfeccionó en los bosques de Ucrania, donde pasó varios meses durante el primer año de la guerra. Había visto a los alemanes en su peor aspecto y la experiencia le afectó hondamente.

Una vez, en las afueras de una aldea, contempló desde la linde del bosque

cómo dos alemanes interpelaban a una mujer, la empujaban y le pedían que les diese su vaca. Cuando ella contestó que otros alemanes ya se la habían llevado, le dieron de nuevo empellones. Como ella continuara protestando, los soldados se apoderaron de su bebé, le cogieron cada uno por una pierna y lo desgarraron.

En el bosque, el atónito Changar maldijo y levantó su fusil, pero un compañero lo derribó de un golpe y le conminó a que no revelase su posición. Durante los siguientes meses, mientras Changar se retiraba a través de Rusia, los atormentados gritos de la afligida mujer le persiguieron. Hacia octubre de 1942, mataba ya alemanes por el mero

placer de hacerlo.

Ahora, durante diez días se había visto envuelto en una lucha peregrina. Al ordenarle que ocupara un edificio semidemolido situado al oeste de la fábrica Barricada, condujo allí a cincuenta hombres sólo para hallarse ante una considerable fuerza alemana atrincherada en una gran estancia al otro lado de un vestíbulo de tres metros de anchura.

No se podía atravesar el pasillo. Ni uno ni otro bando se dieron prisa y Changar trató de estimar el número de sus oponentes. Por el murmullo de las voces, juzgó que eran suficientes como para tenerle en jaque.

Pasaron los días. Los alimentos y

municiones los entraban a través de las ventanas. Changar opinó que los alemanes estaban haciendo lo mismo y ordenó que trajeran un equipo especial: picos, palas y setenta y cinco kilos de dinamita.

Los rusos rompieron el cemento del suelo y empezaron a hacer un túnel. Cavando dos a la vez, poco a poco construyeron un pasadizo debajo del pasillo. Para enmascarar el ruido de las herramientas, cantaban canciones a voz en cuello. Los alemanes también vociferaban canciones de vez en cuando. Changar pensó inmediatamente que el enemigo estaba también planeando volar el edificio.

Al undécimo día, Changar ordenó

detener las excavaciones. Tras colocar cuidadosamente la dinamita al final del túnel, cortó una mecha y la colocó a lo largo del sucio pasadizo hasta la habitación principal.

Los alemanes estaban cantando de nuevo y alguien en el otro lado del vestíbulo había añadido una armónica como acompañamiento. Mientras sus hombres entonaban una vigorosa balada, Changar prendió la mecha y voceó a los dos hombres que aún permanecían en el foso «que corriesen como alma que lleva el diablo».

Con la mecha chispeando, todos se lanzaron por las bajas ventanas y se dispersaron a toda prisa al otro lado del patio, pero la explosión se produjo

demasiado rápidamente. Los lanzó al aire y los dejó caer con una fuerza pasmosa. El conmocionado Changar miró atrás y vio que el punto fortificado se levantaba lentamente por los aires. Se expandió hacia fuera y luego se rompió en cientos de pedazos. Una enorme bola de fuego surgió de los escombros.

Se levantó y llamó a sus hombres. Sólo se habían salvado los dos hombres que estaban en el hoyo. Changar se percató de que había cortado demasiado la mecha y quedó muy preocupado por su error hasta el día siguiente, cuando volvió para examinar su obra. Contó trescientas sesenta piernas hasta que perdió el interés y lo dejó, satisfecho de que ciento ochenta alemanes muertos

constituyeran el pago parcial de su equivocación.

• • •

Más al sur, cerca de la fábrica Octubre Rojo, el francotirador Vasili Zaitzev acechaba las líneas del frente. Ahora ya había matado casi a cien alemanes y le habían condecorado con la orden de Lenin. Su fama se había extendido por toda la Unión Soviética.

Además, sus alumnos habían amasado un número formidable de víctimas. Hombres como Víctor Medvedev y Anatoli Chéjov consiguieron que los alemanes temiesen asomar la cabeza durante el día. Y el tirador apostado en

que se había convertido Tania Chernova, disparaba ahora el fusil con una precisión infalible. Con su puntería había matado a unos cuarenta alemanes y seguía refiriéndose a sus víctimas como «bastones». Pero Tania aún tenía mucho que aprender.

Desde el último piso de un edificio, solía contemplar detrás de montones de ladrillos el ir y venir del enemigo. Muchos otros aprendices de francotiradores la acompañaban mientras ella observaba durante horas, siguiendo la pista a los alemanes que se escabullían por aquí y por allá entre las trincheras. Tania y su pelotón los apuntaban con las miras telescópicas centradas en sus cabezas y corazones.

Pero ninguno disparaba, ya que Zaitzev les había dicho que esperasen a obtener su aprobación antes de revelar sus posiciones.

A Tania la orden la sacaba de quicio. Disgustada por haber perdido de esa forma muchos «bastones», se encontraba inquieta junto a la ventana echando maldiciones por el retraso. Cuando una columna de infantes alemanes salió de repente al descubierto, chilló: «¡Fuego!» y la habitación llameó con los disparos. Tania asestó un tiro tras otro en los uniformes verdigrises y contó hasta diecisiete hombres muertos tendidos en el pavimento. Exultante, se acomodó en una silla e intercambió felicitaciones con sus amigos. Pero no tuvo en cuenta a

algunos alemanes, que se arrastraron hasta sus líneas con las coordenadas exactas del escondite de Tania. Al cabo de unos minutos, una sucesión de cañonazos aplastó el edificio donde se encontraban los rusos. Tania abandonó a los muertos y corrió a decir a Zaitzev lo que había ocurrido.

Cuando oyó el enloquecido relato de la muchacha, Zaitzev la abofeteó con toda su fuerza, censurándola por su estupidez. Le dijo que sólo ella era la responsable de las muertes de sus amigos. Afligida por su culpabilidad y espantada ante la ira de Zaitzev, Tania lloró durante horas.

• • •

En la parte central de Stalingrado, la guerra continuaba inactiva. Delante del punto fortificado de Jacob Pávlov, los cuerpos en descomposición atestiguaban su feroz defensa de la casa de pisos en la que se había introducido un mes antes. Los alemanes les dejaban tranquilos durante breves períodos; pero siempre volvían. Entre las batallas, Pávlov instalaba un puesto artillero en el cuarto piso, protegiéndolo con francotiradores que operaban durante el día para mantener a raya a los alemanes de abajo y ponerles nerviosos. En los mapas de campaña del Cuartel general del 62.° Ejército la casa en la tierra de nadie era ahora denominada *Dom Pávlov* (Casa

Pávlov) y se convirtió tanto en un puesto fortificado integral como en un punto de referencia. Las tropas llevaban a cabo observaciones diciendo que los alemanes se estaban desplazando a doscientos metros al oeste de la Casa Pávlov o que los carros alemanes habían sido vistos a cien metros al norte de la Casa Pávlov. En el puesto de mando del general Rodimtzev, en un destrozado molino, a cien metros del Volga, su Estado Mayor contemplaba el duelo nocturno de balas trazadoras alrededor de aquel puesto avanzado y experimentaba una oleada de satisfacción.

Se habían excavado túneles subterráneos en varias direcciones

desde la casa y Pávlov, el rechoncho y sencillo campesino, actuaba cada vez más como un comandante de división cuando radiaba información. Una vez que Rodimtzev le otorgó el nombre cifrado de «Faro», se deleitó con su recién descubierta importancia.

CAPÍTULO XIII

El 27 de octubre, en el Cuartel general de la 376.ª División en el flanco izquierdo del VI Ejército, los generales Paulus y Schmidt se hallaban sentados mientras oían a un agitado y nervioso oficial del servicio de información. Permanecían atentos porque el joven teniente Karl Ostarhild les predecía un inminente desastre. A pesar del respeto que le imponía la presencia de tan ilustres superiores, Ostarhild les informó con el tono confiado de quien posee un absoluto dominio de la materia. Había pasado semanas reuniendo los datos proporcionados por

aviones de reconocimiento, prisioneros, observaciones visuales e interferencias por radio y no tenía ninguna duda acerca de su información.

—Hemos visto gran cantidad de hombres y material que se concentraban en la región de Klátskaia —dijo Ostarhild, bosquejando el peligro en el Norte—. Hemos llevado a cabo sus órdenes de efectuar el reconocimiento de esta concentración... Se trata de un Ejército de ataque, armado hasta los dientes y de una envergadura considerable. Poseemos información acerca de las unidades, su armamento, de dónde proceden, incluso los nombres de sus comandantes. También sabemos sus planes de ataque, que se prolongan

hasta el mar Negro.

Aparentando impasibilidad, Paulus pidió bruscamente los documentos pertinentes. Cuando acabó de leerlos, preguntó:

—¿Conoce nuestro servicio secreto esa información?

Informado por Schmidt de que así era, aunque con menos detalles, Paulus dijo a sus preocupados asesores que pediría más reservas para reforzar la defensa.

Después de partir Paulus, el frustrado Ostarhild volvió a sus mapas. Había hecho todo lo posible para alertar a los «cerebros» del VI Ejército, pero se preguntaba si habían realmente captado la enormidad del peligro.

De regreso en Golubinka, el general

Paulus lanzó a sus tropas una proclama fuera de lo corriente:

1. La ofensiva de verano y de otoño ha terminado con éxito tras la toma de Stalingrado... el VI Ejército ha desempeñado un significativo papel al mantener a raya a los rusos. Las acciones del mando y de las tropas durante la ofensiva quedarán en la historia como una página especialmente gloriosa.

2. El invierno se aproxima... los rusos sacarán partido de ello.

3. Es improbable que los rusos luchen con la misma fuerza que el invierno anterior...

Tras oír la información de Ostarhild, Friedrich von Paulus se paseaba silbando por el camino que pasaba junto al cementerio. Pero, en realidad, estaba aterrado por el baño de sangre que habían sufrido sus soldados y disgustado consigo mismo por no haber tomado todo Stalingrado en septiembre. Sin embargo, continuaba manteniendo una lucha a muerte entre las ruinas a lo largo del Volga, mientras confiaba en que Hitler protegería sus flancos.

Sin embargo, el 1 de noviembre sufrió otro ataque severo por parte del «abogado del diablo» de la Luftwaffe, cuando el general de la fuerza aérea, Freiherr von Richthofen, se enfrentó de nuevo con él en Golubinka. Richthofen

se quejó de que la infantería no se aprovechara de la ayuda que les brindaban los bombarderos Stukas y Junkers y el acosado Paulus adujo que andaba escaso de hombres y municiones.

El general de la Luftwaffe rechazó la refutación diciendo que emplearía su influencia personal para obtener los abastecimientos necesarios. Luego continuó en plan de amonestación:

—La explicación real hay que buscarla en el cansancio tanto de las tropas como del mando y en el rígido conservadurismo del Ejército, que aún acepta sin recato a mil hombres en la línea del frente de unas reservas de doce mil, lo cual lleva a los generales a contentarse con sólo dar órdenes...

Negándose a enzarzarse en una discusión a gritos, Paulus rechazó el ataque de Richthofen y repitió con calma sus evidentes deficiencias en personal y municionamiento. El dominio de sí mismo de que hizo gala Paulus fue un error, pues Richthofen voló a su base convencido de que aquél sabía que estaba equivocado, pero no quería admitirlo.

• • •

Al norte del Don, las fuerzas rusas continuaban su concentración progresiva. Se desplazaban de noche, en largos trenes procedentes del área de Moscú y de los Urales, transportando

más de doscientos mil soldados. La artillería pesada, cientos de carros y casi diez mil caballos fueron llevados en plataformas en la línea férrea de vía única que se dirigía a los puntos de reunión de Serafimóvich y Klátskaia, ciento sesenta o doscientos kilómetros al noroeste de Stalingrado. Los oficiales políticos rusos trabajaron infatigables para infundir fanatismo a las tropas. Cada nuevo soldado permanecía en posición de firmes ante la bandera de su regimiento y recibía su arma durante una ceremonia formal. Se cantaban canciones marciales y los oficiales del partido leían discursos acerca de la necesidad de la devoción a la patria. Impresionados por aquella pompa, la

mayoría de los soldados volvían a sus unidades «armados espiritualmente hasta los dientes».

A medida que hombres y material avanzaban inexorablemente hacia el frente, los alemanes no podían dejar de notar sus rostros. Los desertores rusos contaban a los asombrados interrogadores la llegada de divisiones y ejércitos no sólo al Don, sino también al sur de Stalingrado frente al IV Ejército de Carros alemán, en el sector de Beretovka y del lago Tsatsa. Los oficiales del servicio secreto, como Karl Ostarhild, unieron esos informes, apoyados en observaciones visuales e interferencias telefónicas y llegaron a una conclusión obvia: el enemigo estaba

a punto de atacar los dos flancos.

Los aliados «títeres» del Eje empezaron a dar la alarma. Hacia la segunda semana de octubre, el III Ejército rumano había acabado de ponerse en posición a lo largo del flanco izquierdo del VI Ejército. Casi inmediatamente, el servicio de información rumano comprobó lo que el teniente Karl Ostarhild le había dicho a Paulus. Cuando el general rumano Dumitrescu quiso saber qué iba a hacer el Ejército alemán al respecto, el asunto fue transmitido a Prusia Oriental para obtener una respuesta de Hitler. Entretanto, el aguileño Dumitrescu planteó otro asunto. Su Ejército se había visto forzado a hacerse cargo de algunos

sectores formalmente protegidos por los italianos y cada una de sus siete divisiones debía ahora cubrir espacios de frente de treinta kilómetros. Con escasas reservas para apoyar a esas unidades tan extendidas, Dumitrescu creía que la situación presente revestía un riesgo intolerable. Cuando protestó ante los alemanes, le respondieron que debía apañárselas con ese problema.

• • •

En Stalingrado, Vasili Chuikov dirigía su propia guerra desde un nuevo e invulnerable puesto de mando. Los ataques alemanes a las fábricas, en octubre, le habían obligado a abandonar

su Cuartel general en el plazo de siete semanas. Con su refugio de trincheras reducido a maderas humeantes, tuvo que retirarse hacia el sur a lo largo del Volga a la retaguardia de la 284.ª División, donde los ingenieros acababan de abrir un túnel en forma de T en los riscos de la orilla occidental para alojar las oficinas del Estado Mayor de la División. Habían taladrado diez metros en la roca y se encontraba a unos doce metros de la superficie. Inmediatamente lo requisó y se trasladó al mismo.

Si al fin había conseguido un santuario, ésta era su única comodidad, pues su Ejército era casi inexistente. La lucha cuerpo a cuerpo en las fábricas había destruido batallones, regimientos

e incluso divisiones enteras. La 95.ª División del coronel Gorishni había sido repartida en otras unidades. Los escasos hombres de la 37 de la Guardia de selección de Zholudev fueron a parar al 118.° regimiento de la 138.ª División del coronel Iván Ilich Liudnikov. Liudnikov recibió también algunas insignificancias procedentes de la 308.ª División de Gurtiev, que sufrió una carnicería en la fábrica Barricada. De aquellos grupos que llegaron a Stalingrado con ocho mil hombres, sólo quedaron unos cientos para luchar a las órdenes de nuevos comandantes.

Gracias a su servicio de información, Chuikov sabía que Paulus estaba planeando llevar a cabo otra ofensiva

contra las fábricas. En aquel momento, la 44.ª División, la famosa *Hoch und Deutschneister* austríaca, se estaba desplazando al otro lado de las posiciones de retaguardia alemana en dirección noreste. Su destino era la fábrica Barricada. Para contrarrestar aquella amenaza, Chuikov reorganizó desesperadamente a sus tropas, mientras llamaba al otro lado del río para pedir a Yeremenko más ayuda.

Pero en el Cuartel general del Frente de Stalingrado estaban muy atareados dirigiendo tropas y suministros hacia la región le Beretovka, al sur de Stalingrado, para la preparación del contraataque. Durante la conversación, el general Yeremenko previno a Chuikov

de que debía mantener ocupados a los alemanes en la ciudad a fin de que Paulus no pudiera trasladar sus fuerzas a los flancos.

El coronel Iván Liudnikov, tenaz comandante de División que mantuvo acorralados a los zapadores alemanes detrás de la fábrica Barricada.

La orden de Yeremenko respondía a una pregunta que Chuikov se había hecho a sí mismo algunas veces. ¿Por qué los alemanes no reforzaban sus flancos? En la orilla derecha del Volga, la concentración artillera rusa que había apoyado tan bien al 62.° Ejército de Chuikov durante las últimas semanas, disminuyó de modo notable, mientras el Alto Mando soviético retiraba baterías para utilizarlas en otra parte. Desde que Chuikov se había enterado de la disminución de la potencia de fuego,

imaginó que los alemanes también debían haberse dado cuenta de ello, y, por lo tanto, habrían extraído unas conclusiones semejantes acerca de aquella retirada.

También se enteró de bastantes más cosas, de algo más perturbador. Habían empezado a aparecer trozos de hielo, procedentes de capas heladas recientemente. Su aparición dio la alarma en el Cuartel general del 62.° Ejército. Hasta que el hielo no cesara de moverse y se formara un sólido puente con la orilla de enfrente, los buques de abastecimiento no podrían navegar entre los rápidos témpanos. Una situación semejante sería desastrosa para los rusos en Stalingrado.

CAPÍTULO XIV

El 25.° aniversario de la Revolución bolchevique se celebró el 7 de noviembre y José Stalin habló a su pueblo para decirle que ocho millones de alemanes habían muerto en la «Gran guerra patriótica». Aunque aquella cifra había sido abultada en más de seis millones, otra observación que hizo resultó más exacta. El primer ministro profetizó: «Pronto habrá también una fiesta en nuestras calles.»

Pero el pueblo ruso, mientras lloraba las muertes de millones de parientes en los pasados diecisiete meses de guerra, veía pocas razones para prever una

«fiesta». Hambrientos y cansados, únicamente alentados por el hecho de que los alemanes no se habían apoderado ni del Cáucaso ni de Stalingrado, los rusos no se hacían ilusiones de que hubiera nada que les hiciera tener ganas de reír y bailar de nuevo.

• • •

En Alemania, los nueve años del III Reich también tuvieron su aniversario. En Munich, en la Löwenbräukeller, los obreros colgaron enormes banderas con esvásticas en los arcos del vestíbulo principal. Macizas águilas doradas colgaban por encima de la tribuna de los

oradores en el escenario lleno de flores. Resonaban los pasos de los oficiales, que supervisaban nerviosos los preparativos para el acontecimiento de gala. Se inquietaban por pequeños detalles y arengaban a todos acerca de lo necesaria que era la perfección. Pues Adolfo Hitler era el invitado de honor y debía reunirse con sus antiguos amigos para rememorar los días del *putsch* de las cervecerías en 1923.

Su tren especial rociaba a través del país montañoso de Turingia. Llevaba mucho retraso. Las incursiones aéreas de los aliados habían destrozado las vías y frecuentemente le impedían el paso trenes con tropas. Durante la noche del 7 de noviembre, Hitler discutía las

noticias más importantes del día con sus ayudantes en su coche restaurante. Ciertos agentes habían informado que desde España los convoyes aliados estaban cruzando el estrecho de Gibraltar hacia el Mediterráneo. Nadie conocía su destino, pero Hitler estaba fascinado ante la audaz maniobra. Como si fuese una parte desinteresada, intentó proyectarse en los planes de los Aliados.

Mientras servían la cena en un servicio de exquisita porcelana china, el tren se detuvo una vez más en un apartadero. Unos metros más allá, aguardaba un tren hospital y desde sus hileras de camillas, los soldados heridos miraban curiosos la brillante luz

del comedor donde Hitler se hallaba inmerso en la conversación. De repente, vio aquellas caras que le contemplaban respetuosamente. Encolerizado, mandó que corriesen las cortinillas, sumiendo a sus heridos guerreros en la oscuridad de su sombrío mundo.

A lo largo de toda la noche, mientras su tren atravesaba los pulcros campos de Baviera, Hitler fantaseaba respecto de los planes del enemigo y concluyó que, si él fuera ellos, ocuparía Roma inmediatamente. ¿Qué podía detenerlos? Pero cuando se fue a la cama poco antes de amanecer, las tropas americanas y británicas estaban desembarcando en Marruecos y Argelia. Su objetivo era llevar a cabo una unión con el VIII

Ejército británico del general Bernard Montgomery, que acababa de triunfar sobre Rommel en El Alamein, Egipto.

Al día siguiente, Hitler desechó aquellas desastrosas noticias y entró en la Löwenbräukeller de Munich entre roncos rugidos animales de homenaje. Entre sus antiguos compinches bebedores de cerveza, que salmodiaban las palabras de la canción del partido nazi, *«Horst Wessel*!» se regocijó ante aquella oportunidad.

Llevando el uniforme de los «camisas pardas», con un brazalete con una esvástica adornando su brazo izquierdo, permaneció arrogantemente en la plataforma y aceptó el saludo: *«Sieg Heil! Sieg Heil! Sieg Heil*!» Luego, el

Führer se lanzó a un conmovedor discurso. Atacó a los ingleses: «Podrán ver... que el espíritu de inventiva alemán no está ocioso y obtendrán una respuesta a las incursiones aéreas sobre Alemania que les quitará el aliento». Se burló de los desembarcos en África: «El enemigo se mueve de un lado para otro, pero lo que importa es el resultado final y éste nos corresponde a nosotros.»

Cuando habló acerca de Stalingrado, se volvió casi frívolo:

—Deseo sólo considerar (y ya sabéis que somos modestos) lo que realmente tenemos. Sólo quedan allí sin ocupar unos pequeños lugares. Pero los otros dicen: «¿Por qué no hacen más progresos?» Porque no deseo crear un

segundo Verdón... sino que prefiero llevar a cabo la tarea con pequeñas unidades de choque...

Sus camaradas atronaron el Löwenbräukeller con sus aclamaciones.

• • •

El general de la Luftwaffe Freiherr von Richthofen había sido el instrumento para que se lanzasen aquellas «pequeñas unidades de choque» sobre Stalingrado. Tras su diatriba contra Paulus, hizo tomar parte al general Jeschonek y le persuadió para que influyese en Hitler y éste permitiera que el asalto final lo llevase a cabo la selección de los ingenieros de combate. El Führer se

mostró pronto de acuerdo respecto a su empleo y se convenció de que aquellos refuerzos eliminarían toda resistencia soviética organizada a lo largo de la ribera del Volga. Así, mientras viajaba para reunirse con sus camaradas de Munich, los cinco batallones de «zapadores» fueron convocados y tuvieron que hacer a toda prisa el equipaje para viajar hacia Stalingrado.

Cerca de Vorónezh, a cuatrocientos cincuenta kilómetros al oeste de la ciudad, el cocinero Wilhelm Giebeler cargaba su equipo de cocina en un tren. A su alrededor, las tropas del 336.° batallón rezongaban ruidosamente sobre su nuevo destino mientras comprobaban sus lanzallamas, metralletas y bolsas de

cargas de dinamita. Giebeler había oído ya antes sus quejas, sobre todo durante los preparativos de algún «trabajo sucio» especial. Pero dado que los zapadores eran unos consumados profesionales de las luchas en las calles, no le preocupaba su moral ni albergaba ninguna duda respecto de su éxito en el Volga.

• • •

Cuando el 336 llegó a Stalingrado, el comandante Josef Linden estaba allí para recibirlos. Nombrado para aquella operación por el zapador jefe, el coronel Herbert Selle, Linden debía presentarse en el Punto X el 7 de

noviembre a las nueve horas. El Punto X estaba exactamente al otro lado de la calle de la fábrica Barricada y, una vez allí, el comandante reconoció el terreno entre la fábrica y el Volga. Hasta aquel momento nunca había visto una ubicación tan horrible para una batalla. «Retorcidos paneles de acero arrugado que colgaban sueltos y los cuales entrechocaban horripilantemente con el viento... una perfecta confusión de trozos de hierro, tubos de cañones, vigas en T, profundos cráteres... sótanos convertidos en puntos fortificados... y sobre todo ello un *crescendo* perpetuo de ruidos procedentes de cañones y bombas de todos los tipos.»

Dentro de la misma Barricada, el

comandante Eugen Rettenmaier, que había regresado después de dos semanas de permiso en Alemania, revistaba a sus cuatro compañías y comprobaba que sólo quedaban treinta y siete hombres de cuatrocientos soldados. A sus preguntas acerca de aquellas pérdidas, siempre recibía las mismas respuestas en todas partes: muertos, heridos, dados por muertos.

Al cabo de unas horas, un batallón de zapadores de seiscientos hombres llegó al sector de Rettenmaier. Los otros cuatro batallones se diseminaron a lo largo de la principal línea de resistencia y se prepararon para un asalto coordinado a la zona situada detrás de la fábrica Barricada, junto al Volga.

El comandante Rettenmaier escuchó atentamente su extraordinaria sesión de entrenamiento preliminar. Había que tomar dos puntos rusos fortificados: uno, el taller químico en el lado izquierdo de una hilera de casas parcialmente intactas; el otro, la Casa del Comisario, o «Casa Roja», unos cientos de metros al oeste del taller de química y más próxima a la orilla del Volga. La Casa Roja, una tosca fortaleza de ladrillos, dominaba el terreno algo inclinado.

Los zapadores hicieron preguntas acerca de los edificios y la pendiente a lo largo del río. Eran enérgicos y actuaban como si aquello fuera un negocio, pero cuando Rettenmaier y los otros trataron de explicarles que, en

Stalingrado, los rusos combatían una clase de guerra muy diferente, que se escondían en sótanos y empleaban las alcantarillas para obtener ventajas, los zapadores dijeron que ya habían visto cosas peores, en lugares como Vorónezh. Ya estaban preparados para aquellas tácticas.

Después de medianoche del 9 de noviembre, los grupos de combate se reunieron en los talleres de maquinaria de la fábrica Barricada. Tensos bajo el peso de la carga, bolsas, palas, granadas y las cananas, caminaron pesadamente a través de la oscuridad hasta sus puntos de partida.

En algunas grandes estancias del extremo oriental de la fábrica,

aguardaron la señal para irrumpir en terreno al descubierto. Algunos hombres fumaban furtivamente. El sargento Erns Wohlfahrt era un nervioso espectador. Prisionero virtual en la fábrica Barricada durante meses, no envidiaba a los zapadores su tarea. Él mismo había permanecido muchos días escondido detrás de paredes de ladrillo, temeroso de levantar la cabeza. Los rusos nunca le habían permitido sentirse seguro y era pesimista acerca de la batalla que iba a comenzar, a pesar de la engreída confianza que en sí mismos tienen los zapadores.

Panzer alemán disparando contra la colonia obrera en la sección norte de Stalingrado.

Luego una horrísona explosión envolvió la estancia adjunta. Se oyeron gritos y Wohlfahrt se apresuró hacia allí y se encontró ante dieciocho zapadores muertos a causa de una trampa explosiva

de los rusos. Los supervivientes quedaron dominados por el miedo.

A las 3.30 de la madrugada, el fuego de la artillería alemana pasó arriba y abajo de las líneas rusas, provocando su contrafuego. Cuando comenzó el cañoneo alemán, los zapadores avanzaron hacia el espacio abierto, iluminados por las horripilantes llamaradas de los fogonazos de los cañones. Viéndolos cruzar a través de aquellos cráteres de paisaje lunar, el comandante Rettenmaier les deseó en silencio buena suerte.

El taller de química fue tomado sin problemas. Pero en la Casa del Comisario, los zapadores cayeron en una trampa. Todas las salidas habían

quedado tapadas por los escombros y, desde estrechas mirillas, los rusos disparaban con mortal puntería. Más al sur, el 576.° regimiento alcanzó rápidamente el Volga, pero los rusos se sostuvieron de nuevo, deslizándose en cuevas y hendiduras y los zapadores hicieron rodar series de granadas. Los explosivos rebotaron inofensivamente por los claros y hacia el Volga.

A la mañana siguiente, cuando los zapadores del 50.° batallón irrumpieron al fin en la Casa del Comisario, los rusos corrieron a los sótanos. En su frenesí, los alemanes rompieron el pavimento, colocaron bidones de gasolina y prendieron fuego. Luego pusieron bolsas de cargas de dinamita y

las hicieron explotar. También se lanzaron cartuchos de humo para cegar a cualquiera que pudiera salvarse de las cargas explosivas y de las llamas. Vista desde el exterior, la casa rezumaba humo. Las detonaciones sacudieron el suelo mientras el sótano estallaba bajo las cargas. Se mandó entonces un mensajero a través del campo de batalla para decir al comandante Rettenmaier que la Casa del Comisario había caído en manos alemanas.

Pero, al borde del Volga, los ingenieros que alcanzaron la línea de la orilla el día anterior descubrieron que habían obtenido una victoria pírrica. Del grupo de los de la ribera, sólo un hombre no estaba herido. Una numerosa

patrulla acudió a prestarles ayuda y, antes de tres horas, se vio reducida a tres hombres.

• • •

El coronel Herbert Selle había confiado mucho en que los zapadores podrían tomar las últimas porciones del disputado terreno de Stalingrado. Sin embargo, al cabo de pocos días se enteró de la verdad. Los cinco batallones, que contaban con casi tres mil hombres, habían perdido una tercera parte de sus fuerzas. Selle dio la orden de reunir a los restos de los batallones y formar con ellos un efectivo grupo de combate para ulteriores ataques.

En una carta a su familia, reconoció aquel trágico derroche: «Habrá muchas lágrimas en Alemania... Dichoso el que no sea responsable de esos injustificados sacrificios.» Para Selle, Stalingrado no merecía aquel precio. Tenía conciencia de que la batalla había degenerado en una lucha personal entre los egos de Stalin y Hitler.

De todos modos, los zapadores habían infligido a los rusos un duro golpe. La 138.ª División del coronel Iván Liudnikov había sido atrapada en la orilla y defendía una pequeña faja de terreno de sólo cuatrocientos metros de anchura y cien de profundidad. Enfrente de ellos yacían los muertos del 118.° regimiento, que se habían enfrentado con

los zapadores en terreno abierto y en unas hileras de casas parcialmente destrozadas. Sólo seis de sus doscientos cincuenta soldados pudieron lograr salir de aquella cuña. Las fuerzas de Liudnikov contaban ahora con sólo varios cientos de hombres y mujeres capaces de resistir, y radiaron al Cuartel general del 62.° Ejército una demanda de ayuda.

• • •

En Moscú, el Estado Mayor general proseguía su estrategia. Muy contentos de que los alemanes continuasen fijando su atención en las ruinas próximas a la orilla del Volga, la STAVKA dirigía los

movimientos de hombres y suministros hacia los flancos.

También solicitaron nueva información a sus redes de espionaje:

11 de noviembre de 1942.

A Dora: [Red de Lucía en Suiza].

¿Dónde se hallan situados los puestos de defensa de la retaguardia de los alemanes al sudoeste de Stalingrado y a lo largo del Don? ¿Existen posiciones defensivas construidas en los sectores de Stalingrado-Klátskaia y en Stalingrado-Kalach? ¿Qué características tienen...?

EL DIRECTOR

De este modo los rusos reunieron casi toda la información que necesitaban. Parte de ella fue recogida a través de observaciones personales del dirigente principal, Gueorgui Zhúkov, que cablegrafió a Stalin sus impresiones del frente:

Número 4657.
11 de noviembre de 1942.

He estado dos días con Yeremenko. He... examinado las posiciones de los enemigos situadas enfrente de los Ejércitos 51 y 57... He dado instrucciones para reconocimientos ulteriores y trabajado con el plan de operaciones sobre la base de las informaciones obtenidas... es urgente

que los Ejércitos 51 y 57 sean provistos de trajes de invierno y municiones antes del 14 de noviembre.

KONSTANTINOV

[Nombre cifrado de Zhúkov]

Finalmente, el Alto Mando alemán hizo unos movimientos para proteger sus flancos. El 48.° Cuerpo Panzer, estacionado a más de setenta y cinco kilómetros al sudoeste de la amenazadora cabeza de puente rusa en Klátskaia y en Serafimóvich, en el Don, recibió órdenes prioritarias para que se desplazara hacia el sector amenazado.

Mandado por el teniente general Ferdinand Heim, un íntimo amigo y antiguo ayudante de Paulus, el 48

retumbó por las carreteras y se encaminó hacia el noreste. Pero sólo unos pocos kilómetros después de su partida, la columna terrestre tuvo que hacer un alto cuando varios carros empezaron a arder. En otros, los motores comenzaron a fallar y al fin se negaron completamente a funcionar. Los apresurados mecánicos se precipitaron sobre las máquinas y enseguida encontraron una respuesta. Durante las semanas de inactividad detrás de las líneas, los ratones campestres se habían introducido dentro de los vehículos y devorado las cubiertas aislantes de los sistemas eléctricos. Muchos días después del horario previsto, el 48.° Cuerpo entró al final renqueante en sus

nuevos cuarteles. Estaba casi totalmente paralizado. De los ciento cuatro carros de la 22.ª División Panzer, sólo cuarenta y dos estaban listos para entrar en combate. Nadie notificó a Hitler el estado de sus reservas.

• • •

El general Richthofen hizo lo que pudo para hostigar los preparativos rusos. Envió sus aviones a las zonas de las cabezas de puente de Klátskaia y Serafimóvich para atacar las líneas férreas y las concentraciones de tropas. Pero los rusos comenzaron a cruzar sobre el escasamente helado Don por medio de pontones, algunos de los

cuales estaban a treinta centímetros por debajo de la superficie del río, para resguardarse del preciso fuego artillero y de los bombarderos en picado.

En su descorazonamiento y frustración, Richthofen confió sus temores a su Diario:

12 de noviembre. Los rusos están resueltos a llevar adelante sus preparativos de una ofensiva contra los rumanos... Ahora están concentrando sus reservas. Me pregunto cuándo atacarán... Están empezando a hacer su aparición los cañones en los emplazamientos de la artillería. Sólo tengo la esperanza de que los rusos no abran zanjas muy grandes en las

trincheras...

En la estrecha cuña de terreno en el Volga, la 138.ª División del Ejército Rojo consiguió conectar por radio con el Cuartel general del Ejército situado río abajo. El coronel Liudnikov habló abiertamente, sin usar lenguaje cifrado. Ni Chuikov ni él mencionaron el nombre del otro. Chuikov le prometió ayuda, pero no tenía idea de dónde podía conseguirla.

Liudnikov comprendió el apuro de su superior. Sólo tenía que mirar detrás de él, a los bloques de hielo que se movían aguas abajo del río, para percatarse de que el mismo Chuikov se enfrentaba con dificultades. Los buques no podían

navegar a través de los témpanos. Estaban destrozados todos los puentes para peatones y los suministros se habían cortado drásticamente.

Agazapados a los lados del barranco donde se guarecían los restos mandados por Liudnikov, cuatro hombres, conocidos por sus camaradas como el grupo Rolik, desafiaban a los zapadores alemanes. Cuando los alemanes se colgaban sobre la abrupta orilla y arrojaban bolsas con cargas de dinamita, los hombres de Rolik cortaban los cables que colgaban ante ellos y los explosivos caían al Volga. El grupo disparaba contra los nazis mientras los hombres de Liudnikov oían con atención los ruidos de la batalla. Si los Rolik

estaban silenciosos, «todos temblaban». Cuando el tiroteo se reanudaba se escuchaban gritos: «¡Los Rolik disparan! ¡Los Rolik disparan!» La consigna pasaba de trinchera en trinchera y los rusos cobraban nuevos alientos.

El 14 de noviembre, Chuikov informó al Cuartel general del frente: «Ya no llegan barcos. Hace tres días que no se producen entregas de abastecimientos. No se han podido transbordar refuerzos y nuestras unidades están abocadas a una extrema escasez de municiones y provisiones. Los hielos flotantes han cortado completamente las comunicaciones con la orilla izquierda.»

CAPÍTULO XV

El 15 de noviembre, el periódico *Das Reich* publicó un artículo del doctor Joseph Goebbels, el ministro de propaganda de Hitler, que señalaba un significativo cambio de pensamiento. Goebbels había decidido preparar al pueblo alemán ante cualquier eventualidad, incluyendo un desastre en Rusia.

«Hemos lanzado la existencia nacional en la balanza —escribió—. Ya no podemos echarnos atrás.»

Mientras tanto, los mariscales Zhúkov y Vasilevski hacían de lanzadera entre los frentes de Moscú y Stalingrado.

Estudiaban el terreno, observaban con especial atención los objetivos artilleros y las concentraciones de tropas alemanas y se reunían con sus generales para mejorar las tácticas.

Durante la visita de Zhúkov al puesto de mando del general Vatutin, en las cabezas de puente del río Don, en Serafimóvich y Klátskaia, Stalin le mandó un importante telegrama:

15 de noviembre de 1942

Camarada Konstantinov:

Puede señalar la fecha móvil para Fedorov e Ivanov [las ofensivas de Vatutin y Yeremenko] cuando lo crea más adecuado y hacerme saber cuándo regresará a Moscú. Si cree necesario

que uno u otro avancen uno o dos días antes o después, le autorizo para que decida esta cuestión de acuerdo con su mejor juicio.

VASILIEV [nombre cifrado de Stalin]

Zhúkov y Vasilevski inspeccionaron sus preparativos en ambos frentes y acordaron empezar el contraataque en el sector norte el 19 de noviembre y en el sector sur un día después. Stalin aprobó este plan sin hacer ningún comentario.

La Operación Urano empezaría antes de noventa y seis horas.

• • •

Desde Obersalzburg, donde había descansado tras el discurso en la

cervecería, Adolfo Hitler radió un mensaje al Cuartel general del VI Ejército en la estepa:

Conozco las dificultades de la batalla de Stalingrado y de la pérdida de tropas. Con los hielos flotando por el Volga, sin embargo, los agobios serán grandes para los rusos. Haciendo uso de este lapso conseguiremos después una carnicería. Espero, por tanto, que el Mando Supremo, cuya energía ha sido repetidamente probada, y las tropas, con su valor tantas veces demostrado, harán un esfuerzo supremo para penetrar a través del Volga y de los talleres metalúrgicos y la fábrica de cañones y que ocuparán

esas zonas de la ciudad.

De acuerdo con las órdenes de Hitler, los zapadores volvieron arriba y abajo del Volga e intentaron arrollar la fanática defensa que se llevaba a cabo detrás de la fábrica Barricada. La batalla duró todo el día y, por la noche, los biplanos soviéticos llegaron al río a sólo quince metros de altura y se detuvieron en el aire sobre la posición de Liudnikov. Un círculo de fogatas encendidas por los acorralados rusos iluminaba la pequeña zona en la cual se podían lanzar con seguridad los suministros. Pero cuando los pilotos se preparaban para descargar fardos de alimentos desde las abiertas carlingas,

los alemanes encendieron otra cadena de fogatas para despistarlos. Como los pilotos eran incapaces de calcular la extensión del territorio de Liudnikov, la mayor parte de los suministros arrojados cayeron en las líneas alemanas o se hundieron en el Volga.

• • •

En una cocina de campaña en la retaguardia, al oeste de la fábrica Barricada, el cocinero Wilhelm Giebeler aguardaba noticias de su 336.° batallón. Desde que había comenzado la batalla en el distrito fabril, un amigo, que hacía de mensajero, le había tenido informado acerca de las acciones en el

frente. El primer día, regresó y le contó que todo iba bien; al siguiente, regresó con fotos, cartas y otros efectos personales de hombres que Giebeler había conocido a fondo. Le dijo al cocinero que las enviara a sus familiares más próximos. Ahora, Giebeler tenía centenares de legajos para mandar por correo a Alemania.

Mientras oía la sinfonía de obuses y granadas que estallaban hacia el este, echó una ojeada a las cartas y las fotos y esperó a que su amigo hiciera su visita nocturna. Pero el hombre no apareció. Giebeler no volvió a verle, ni a ningún otro de los soldados del 336.° batallón.

• • •

El general Von Richthofen no se había dado por vencido en sus querellas con el Cuartel general del VI Ejército. En una conversación telefónica con el jefe de Estado Mayor Kurt Zeitzler en Rastenburg, durante la noche del 16 de noviembre, el jefe de la Luftwaffe estalló:

—Tanto el mando como las tropas son tan apáticos... que no iremos a ninguna parte... Que luchen o, de lo contrario, abandonemos el ataque. Si no podemos hacernos con la situación ahora, cuando el Volga está bloqueado y los rusos atraviesan realmente momentos difíciles, nunca seremos ya capaces de hacerlo. Los días cada vez son más cortos y el

tiempo empeora constantemente.

Zeitzler se mostró de acuerdo.

Efectivamente, el tiempo había empezado a empeorar. Cambió de un modo dramático, como siempre sucede en la estepa, que sólo conoce un extremo u otro: luz u oscuridad, abundancia o hambre, un calor cruel o un frío entumecedor, vida o muerte: todo o nada.

El tiempo cálido había durado hasta octubre; luego se volvió frío de la noche a la mañana. Al principio, las lloviznas empaparon las llanuras. Después, las ráfagas de nieve azotaron la árida planicie. La hierba de la estepa se volvió parda y se agostó. Los hombres situados en lugares abiertos se subían

los cuellos para protegerse del frío. El cielo ya no se iluminaba con colores iridiscentes; ahora era sombrío, gris, amenazador. Presagiaba el invierno.

• • •

Los oficiales de Intendencia del VI Ejército aprendieron una amarga lección el año anterior y habían escudriñado las numerosas *balkas* que atravesaban la llanura. En los costados de esos profundos barrancos habían almacenado alimentos y municiones y se construyeron miles de búnkers para proteger a los soldados de los vientos helados. No dispuestos a que les pillaran de nuevo sin ropas apropiadas y

otras cosas necesarias, los oficiales de Intendencia habían hecho llegar reservas adicionales desde el conducto de transportes que les unía con Jarkov, situado a casi seiscientos kilómetros más allá.

A lo largo de las vías férreas que conducían a Stalingrado, se habían establecido diez depósitos de suministros, tanto para el VI Ejército como para los grupos *panzers* alemanes atascados en el Cáucaso. Pero resultaba difícil desplazar los suministros hacia el este, pues los guerrilleros rusos recibieron órdenes de impedir el tráfico enemigo entre el Don y el Volga. Dado que los puentes y las vías volaban entre tremendas explosiones, la línea de

abastecimientos desde Jarkov a Stalingrado se atascaba, se dejaba expedita y se obstruía de nuevo.

Afortunadamente, el almacén de Chir, un nudo ferroviario a sólo noventa kilómetros al oeste de Stalingrado, estaba atiborrado de artículos apropiados y, cuando los primeros fríos llegaron a la estepa, a principios de noviembre, algunas unidades del VI Ejército recibieron ropas de abrigo. Los convoyes de camiones se arrastraban de acá para allá a través de la estepa, acarreando prendas de invierno para los soldados alemanes. Otros convoyes trataban de llevar a los regimientos y batallones de infantería los reemplazos más urgentes.

El soldado Ekkehart Brunnert había subido a bordo de un tren de tropas en la ciudad de Boblingen, en Alemania; con la mano se despidió de su esposa Irene, y la contempló hasta que desapareció de su vista. Rodeado por catorce compañeros, el soldado pronto se acostumbró a la camaradería de la vida militar. El tren avanzó hacia el este durante interminables días y, a medida que atravesaba Ucrania, se multiplicaban las señales de la guerra. Brunnert vio aldeas incendiadas y vagones reducidos a esqueletos calcinados. Él y sus camaradas decidieron hacer guardias por la noche, pero los guerrilleros no llegaron a atacar. Semanas después de haber

abandonado Boblingen, la unidad llegó a Chir. Allí, Brunnert montó una tienda y, cuando se levantó al día siguiente, vio que todo se hallaba cubierto de escarcha. También contempló a miles de refugiados rusos que eran llevados hacia Alemania a los campos de trabajo. Se apiñaban en vagones de plataforma. La mayoría iban en harapos; algunos masticaban pepitas de girasol, que constituía su única comida. En los campos alrededor de las vías, otros rusos revolvían los montones de basura buscando desperdicios de comida. Brunnert quedó muy impresionado por estas visiones.

Esperó en Chir hasta que recibió órdenes de unirse a un camión, con

veinticuatro hombres a bordo, que se dirigía hacia las líneas del frente. Por todos los lados sólo se veía un país de estepas monótonas. Hacia el este del horizonte, un ruido profundo e ininterrumpido hacía temblar la tierra.

Para la mayor parte de los soldados del VI Ejército, el persistente resonar en el horizonte fue su único contacto con el horror de las orillas del Volga. Para más de doscientos mil hombres de los puestos de la retaguardia, la matanza sólo fue un suceso periférico que vieron durante unos momentos de agonía: los heridos que chillaban mientras los sacaban de las ambulancias, los manchados y desgarrados uniformes que se apilaban en grotescos montones en la

parte exterior de las tiendas de los cirujanos, las miles de cruces de los cementerios de los regimientos en la desolada pradera.

• • •

En el Depósito de Peskavotka, a sesenta kilómetros al noroeste de Stalingrado, Karl Englehardt distribuía equipos y comida. También supervisaba a veinte *hiwis* (Hilfsfreiwilliger), o «trabajadores voluntarios», nombre dado a los desertores rusos. Comprensiblemente, los soldados del Ejército Rojo odiaban de modo particular a aquellos *hiwis* e, invariablemente, los fusilaban a todos si

los cogían. Englehardt, un veterano delgado y de rostro cetrino, había reunido a los trabajadores gracias a la bondad que tuvo para su jefe, un campesino llamado Piotr, a quien encontró agazapado en una escuela. Increíblemente sucio y temeroso por su vida, Piotr consideró a Englehardt su salvador cuando el alemán le dio una lata con agua y un poco de sopa caliente. Desde entonces Piotr sintió veneración por el pagador.

Trajo a otros rusos de las estepas y ofreció sus servicios a Englehardt, que los vistió con uniformes alemanes, les dio de comer las mismas raciones que a los soldados de la Wehrmacht y les pagó por su trabajo.

• • •

Friedrich Breining salió con su unidad a buscar en casas abandonadas algún alimento extra, leña o cualquier cosa de valor. Cuando llegaron a un edificio demolido, Breining se dirigió a la puerta de entrada, la empujó y entró. En el suelo yacía una mujer y a su lado una niñita. Ambos cuerpos estaban parcialmente descompuestos, pero Breining pensó que la madre fue en un tiempo hermosa. Ninguno de los dos cadáveres tenía señales visibles.

Otros soldados preguntaron qué sucedía y el antiguo maestro de escuela señaló sin palabras la horrible visión

del suelo. Nadie dio el menor paso para entrar. Breining cerró la puerta suavemente y se alejó.

• • •

El veterinario Herbert Rentsch estaba haciendo planes para enviar otros cuatrocientos caballos a Ucrania para una temporada de descanso. También empezó a sustituir a los grandes caballos reclutados en Bélgica por los pequeños caballos rusos, los *panjes*. Rentsch opinaba que los *panjes* nativos se desenvolverían mejor durante el próximo invierno.

El veterinario aún encontró tiempo para cabalgar a medio galope por la

estepa con su montura, *Lore*. La yegua estaba lustrosa y bien cuidada y Rentsch la montaba cada día. Encontraba vivificante aquel ejercicio.

• • •

A unos setenta y cinco kilómetros al noroeste de Stalingrado, el sargento Gottlieb Slotta volvió a la 113.ª División tras haber permanecido en un hospital. Semanas antes, cuando localizaba carros rusos para atacarlos con su batería, avisaba a sus amigos. Pero uno de ellos se rió irónicamente y le gritó:

—Slotta, siempre tienes miedo cuando disparan los rusos.

Mientras los T-34 le perseguían, Slotta corrió hacia sus cantaradas para avisarles que se pusiesen a cubierto. Los obuses rusos llegaron allí antes que Slotta y éste vio a sus compañeros destrozados. Sollozando amargamente, cayó al suelo y sufrió una conmoción. Incapaz de hablar, tuvo que ser llevado a la retaguardia, donde pasó varias semanas tratando de olvidar aquel día de pesadilla cuando nadie le escuchó. Al cabo del tiempo volvió a su tarea de observador artillero y ahora, mientras le azotaban los fríos vientos árticos, Slotta reanudó su vigilancia de los carros rusos.

• • •

Emil Metzger también se preocupaba por los carros rusos. A pesar del desprecio que experimentaba el teniente por los rumores, comenzó a prestar mucha atención a los pilotos de los aviones, con quienes hablaba cada día, que indicaban objetivos a la artillería. Aquellos veteranos del reconocimiento le contaron que habían visto cientos de carros rusos T-34 desplazándose a lo largo de las carreteras del río en dirección al área de Klátskaia, a unos cien kilómetros al norte. La auténtica alarma de los aviadores respecto de la preparación del enemigo, tuvo como consecuencia que Metzger frenara su optimismo sobre el rápido fin de la

batalla y el regreso al hogar y a Kaethe.

• • •

Para mantener la moral, el VI Ejército estableció un bien pensado plan de permisos de veinte días, con dos días extras para las contingencias de los viajes. El soldado raso Frank Deifel había concluido recientemente un permiso en Stuttgart, donde hizo una visita a la fábrica Porsche en la que trabajaba como maestro tapicero. Su antiguo capataz le contó que ya se había hecho el papeleo necesario para que el Ejército le permitiese ocupar un empleo civil. Con los bolsillos llenos, gracias a los doscientos Reichmarks que le

regalaron sus compañeros de la fábrica, el entusiasmado Deifel llegó a Jarkov y se encaminó luego hacia Chir y el Don.

También el capitán Gerhard Meunch había vuelto al frente. Durante la breve visita que hizo a su esposa, intentó olvidar la matanza ocurrida en torno de la casa en forma de U del centro de Stalingrado. Pero era algo imposible y, poco antes de abandonar su hogar, Meunch dijo a su mujer que tenía una póliza de seguros para el caso de que aquella vez no regresara del Volga.

• • •

Debajo de doce metros de tierra sólida, el general Vasili Chuikov aún

mantenía su precaria posesión del diez por ciento de Stalingrado. Detrás de él, los témpanos flotantes hacían infranqueable el Volga y Chuikov estaba contento por haber requisado doce toneladas de chocolate para una emergencia semejante. Si el Volga no se helaba pronto, calculó que una ración de media tableta diaria por hombre significaba que podría resistir todo lo más dos semanas.

Mientras su ejército intentaba hacer frente a la crisis provocada por el corte de la línea regular de abastecimiento, los soldados de la 284.ª División de Batiuk, situados a lo largo de la colina Mámaiev, eran testigos de una extraordinaria miniguerra a causa de

dichos suministros. Cada soldado ruso recibía una ración diaria de cien gramos de vodka. La mayor parte de ellos la esperaban con ansiedad; sólo unos cuantos la rechazaban. Pero al veterano teniente Iván Bezditko, «Iván el Terrible» para sus hombres, le gustaba increíblemente el vodka y halló un medio para tener a su disposición un abundante suministro. Cuando morían los soldados de su batallón de morteros, Iván los daba por «presentes y en activo» y se apropiaba de sus raciones diarias de vodka. En poco tiempo, el sediento oficial llegó a tener muchos litros, que guardaba cuidadosamente en su propio refugio.

Refuerzos rusos recibiendo instrucciones del general Guriev antes de cruzar el Volga y lanzarse a la batalla.

En un depósito a orillas del Volga, un oficial de Intendencia, el comandante Maliguin, comprobó sus archivos e informó que la unidad de Bezditko

soportaba muy bien tantas semanas de bombardeos. Abrigando sospechas, Maliguin siguió el asunto hasta el final y descubrió que en realidad la sección de morteros había sufrido grandes pérdidas. Llamó a Bezditko y le dijo que había descubierto su mezquino plan y que iba a informar sobre ello al Cuartel general del Frente. Luego añadió:

—Queda suprimida su ración de vodka.

El oficial de Intendencia había ido demasiado lejos. Bezditko vociferó:

—Si yo no la tengo, usted tampoco.

Maliguin le colgó, dio parte del delito al Cuartel general y suprimió las raciones de licor de Iván.

Rabioso, Bezditko preparó las alzas

de sus baterías de 122 mm, trazó una precisa red de coordenadas y dio la orden de disparar. Tres salvas cayeron precisamente en lo alto del depósito de Maliguin en la orilla del río. El trastornado comandante salió tambaleándose entre el humo y los escombros. Tras él, yacían rotas centenares de botellas de vodka y se derramaba su contenido por el suelo. Maliguin se dirigió vacilante hasta un teléfono y llamó al Cuartel general. Mientras crecía su ira, vomitó lo que él sabía que era cierto: que Iván el Terrible había sido el autor de aquella andanada.

Al otro extremo de la línea, la voz aparentaba paciencia, pero poca cordialidad.

—La próxima vez dele su vodka. Acaba de serle concedida la orden de la Estrella Roja.

Maliguin regresó, lleno de cólera, al almacén, y se quedó de pie impotente en medio de los charcos de licor. Al cabo de unas horas, el teniente Bezditkov volvió a recibir su ración de vodka y Maliguin ya nunca más se interfirió en los latrocinios de Iván el Terrible.

Esta historia recorrió las trincheras y produjo hilaridad entre gran parte de los rusos. Para éstos la búsqueda de licor constituyó una persecución seria, aunque algunas veces asumiera proporciones desastrosas. En los últimos días, los soldados de la 284.ª División encontraron varias cisternas repletas de

aguardiente. Tras bebérselo, los rusos encontraron otra llena hasta los topes de más licor. Bebieron de nuevo hasta que la vaciaron, pero aquella vez se trataba de alcohol metílico. Murieron cuatro hombres y muchísimos otros se quedaron ciegos.

Aquella tragedia no intimidó el apetito de otros soldados, algunos de los cuales empezaron a beber colonia para poder soportar el terror de vivir en la cresta de la colina Mámaiev.

• • •

Otros soldados de la 284.ª División encontraron diversión con dos mujeres rusas que se habían establecido como

frívolas amas de casa en el campo de batalla. La única entrada de su sótano la constituía una puerta que había que levantar del suelo. Debajo se encontraba una habitación de cuatro metros cuadrados, iluminada con una lámpara de queroseno. En el suelo estaba colocado un colchón con quince o veinte cojines alineados. Una de las muchachas, morena y de treinta años, había conseguido encontrar un lápiz de labios rojo brillante con el que se exhibía constantemente. La otra joven, que era rubia, parecía pálida y enfermiza.

Las muchachas poseían un viejo gramófono en un rincón y algunos discos. Uno de los que tocaban para los

soldados visitantes era un tango argentino y todos los que llegaban al sótano se lo aprendían de memoria. Algunos soldados consideraron peligrosas a las mujeres. Se le oyó decir a uno:

—Esas rameras sólo están esperando a que lleguen los alemanes.

Pero, en el entretanto, las muchachas tocaban su tango argentino y entretenían a los hombres de la trinchera, que se olvidaban de los obuses y de las balas cuando estaban con ellas unos minutos.

• • •

Exactamente a un kilómetro y medio al oeste del sótano burdel, otras dos

mujeres rusas luchaban para sobrevivir. Natasha Kornílov y su madre inválida habían quedado atrapadas en el patio trasero de su almacén, detrás de las líneas alemanas, desde hacía casi siete semanas. Cada mañana, la muchacha de once años escarbaba en las basuras de las cocinas de campaña alemanas. Cada noche peinaba el cabello de su madre y le cantaba canciones de cuna.

Las mejillas de Natasha estaban hundidas a causa del hambre. Sus ojos se hincharon y se movía muy despacio. Pero siempre sonreía a su madre, que yacía en el suelo de cemento, y rezaba por su liberación. Compasivamente, los soldados alemanes dejaron tranquilas a las Kornílov. Era el único alivio que

concedieron a las depauperadas mujeres.

• • •

En Dar Gova, a tres kilómetros al sur del siniestro cobertizo de las Kornílov, otro joven ruso de quince años, Sacha Filipov, seguía su doble vida. Yendo de oficina en oficina, de cuartel en cuartel, el joven zapatero remendón componía centenares de pares de botas alemanas. También robaba documentos de los despachos oficiales y los llevaba a través de las líneas a los oficiales rusos del servicio secreto. Además, en las horas en que no trabajaba, Sacha jugaba a la rayuela por las calles. Los alemanes

nunca relacionaron la delicada presencia del muchacho con las explosiones de granadas que destrozaban los alojamientos de soldados.

Varias noches a la semana, Sacha abandonaba su casa para ir a informar de los movimientos de tropas enemigas. Siempre volvía ileso y se iba a la cama sin dar a sus padres más detalles. Aunque sabían que trabajaba para el Ejército Rojo, los Filipov nunca obligaron a su hijo a que les diese explicaciones.

Una noche corrió a su casa para avisarles de que debían abandonar su hogar al amanecer. Siguieron sus instrucciones y, por la mañana, los

obuses de la artillería rusa cayeron sobre el Cuartel general del Estado Mayor, sólo unas cuantas puertas más abajo. Sacha había dado a sus superiores las coordenadas exactas.

• • •

En el saliente de Beketovka, ocho kilómetros al sur de Stalingrado, se había efectuado una dramática preparación de tropas soviéticas y equipo. Aquéllos eran los Ejércitos de choque del sur reunidos por Zhúkov para la Operación Urano, y un pequeño porcentaje de las tropas procedían del holocausto de Stalingrado.

Uno de ellos era el teniente Hersch

Gurewicz. Había dejado al fin la zona fabril, con su incesante ruido y sus inmundicias, y se había marchado a la orilla de enfrente, donde comió Spam americano y, por primera vez, albergó algunas esperanzas. Mientras masticaba los alimentos enlatados, se percató de que empezaba a llegar ayuda de fuera de Rusia y de que aquella operación «insensata» de conservar las fábricas había reportado algo después de todo. En tanto contaba las filas de su unidad anticarros, confiaba en que aquello fuese verdad. De sus cien hombres, ochenta habían perecido en Stalingrado.

En vez de un período de descanso de dos semanas, el teniente recibió nuevas órdenes. Ya cubiertos los huecos de su

compañía, se dirigió al sur, a la orilla oriental del Volga, y luego a través de la zona de Beketovka. Aunque nadie hablaba de una ofensiva, estaba en el aire la creencia de que iba a producirse.

• • •

Tras su orgía de muertes en las calles de Latashanka, en septiembre, el sargento Alexéi Petrov había vuelto a su cañón de 122 mm y vivía en un embudo producido por una explosión, a trescientos metros al oeste de las pendientes del Volga.

Al igual que sus compañeros de batería, Petrov no se lavaba nunca ni se cambiaba el uniforme. Estaba infestado

de piojos. Los grises insectos anidaban por todo su cuerpo, incluso en las costuras de los pantalones. Su única diversión era alinearlos en el suelo en plan de apuesta a ver quién podía presentar un mayor ejército de parásitos. El rumor de que iba a ser relevado se convirtió en una dichosa realidad. Petrov cruzó el Volga para un descanso en un campamento donde, durante unos días, se dio buena vida con baños calientes y sufrió el proceso de despiojamiento sin protestar lo más mínimo.

Vuelto a equipar con ropas de invierno, incluyendo un abrigo de piel con capucha y *valenki* (botas de pieles), tuvo que regresar a la guerra. Fue

enviado al sur de Stalingrado y el sargento enseñó a Una nueva dotación artillera los rudimentos para disparar una pieza de campaña de grueso calibre, mientras los omnipresentes oficiales políticos les arengaban acerca de la firmeza que tenían que mostrar contra los fascistas.

Petrov escuchaba a los *politruk* y pensaba a menudo en su familia, en algún punto de más allá del horizonte occidental. Nunca había recibido una indicación de su paradero y la carga de no saber la verdad le oprimía el pensamiento.

• • •

Nikita Jruschov también apareció en el saliente de Beketovka. Vestido con un traje de pieles y gorro, el comisario fue de campamento en campamento, bromeando con los soldados y preguntándoles sus penas. Estaba de un humor excelente.

Su camarada, el general Andréi Yeremenko, no tanto. Inquieto, en su nuevo Cuartel general de la orilla occidental del Volga, Yeremenko se preocupaba por su intervención en la Operación Urano. También estaba muy agitado por el desaire que le habían hecho cuando el mariscal Rokossovski se hizo cargo de la defensa de la ciudad. Yeremenko había esperado algo mejor por parte de Stalin.

• • •

Las horas de la Operación Urano se aproximaban pero, en Stalingrado, los alemanes ignoraban la realidad.

Satisfecho de que el 48.° Cuerpo Panzer fuera lo suficientemente fuerte para guardar el flanco izquierdo, Paulus obedeció el decreto de Hitler de hostigar duramente a los rusos mientras los témpanos del río interrumpían las líneas de suministro de Chuikov. Al norte de la capturada fábrica de tractores, la 16.ª División Panzer intentó una vez más apoderarse del suburbio de Rinok, donde habían entrado los *panzers* por primera vez en una hermosa tarde de

verano del mes de agosto.

La 16.ª División atacó al norte y al sur, sólo para encontrarse con que la ciudad estaba erizada de cañones rusos, con un laberinto de trincheras, carros fijos escondidos y bazukas. No obstante, los soldados alemanes avanzaron metódicamente por las calles y volaron los búnkers y nidos de ametralladoras. Los cadáveres de rusos y alemanes formaban un horrendo reguero.

Un batallón al mando del capitán Mues despejó la zona sur de la ciudad, alcanzó el Volga y dio la vuelta hacia el norte. Mues tenía la intención de estrechar las manos en el centro de Rinok a las unidades alemanas que avanzaban desde otras direcciones. La

niebla y la ventisca empezaron a oscurecer la visión, pero el agresivo Mues siguió adelante. Intrépido, reverenciado por sus hombres como «inmortal», fue localizado por un francotirador soviético, quien le incrustó una bala en el cerebro. El ataque se detuvo de improviso mientras las tropas de Mues rodeaban al caído oficial, inconsciente y muerto poco después. Ignoraban las balas y lloraban por el hombre a quien habían querido.

Al fin llegó un oficial de otro regimiento, tomó a Mues en sus brazos y se fue tambaleante llevando el pesado cuerpo. Los soldados que habían luchado con el capitán a través de Rusia, perdieron el ánimo y se derrumbaron.

Otros se volvieron miedosos y tímidos, en cuanto la noticia de su muerte se esparció como un reguero de pólvora.

Los rusos siguieron conservando Rinok. La 16.ª División Panzer se encontraba dentro del suburbio, pero en veinticuatro horas sólo había ocupado cinco manzanas.

• • •

Faltando menos de treinta y seis horas para el comienzo de la Operación Urano, José Stalin pensaba en ella fríamente. Tras las ventanas oscurecidas de su apartamento del Kremlin, paseaba mientras fumaba su pipa y pasaba la boquilla entre sus bigotes, a la par que

seguía escuchando a los mariscales Zhúkov y Vasilevski. Ambos hombres habían recibido unas citaciones urgentes para presentarse en el Kremlin. En la vigilia de la hora H, cuando más necesitaban estar en la línea del frente, ninguno de los dos mariscales había esperado que tuviera que llevarse a cabo un debate acerca de los méritos de la operación.

Pero no contaban con la «insubordinación» de uno de sus comandantes de campo, el general Víctor T. Volski, cuyo 4.° Cuerpo Blindado tenía que desempeñar un papel en el flanco derecho de la punta de lanza sur de la ofensiva. Desde sus cuarteles cerca de los lagos Tsatsa, al sur de

Stalingrado, el deprimido general había escrito una carta personal a Stalin, advirtiéndole, «como honesto comunista», que la falta de tropas y material adecuados significaba un desastre para el Ejército en el ataque que iba a dar comienzo.

Stalin actuó enseguida a fin de protegerse y ordenó que se presentaran directamente en la capital los dos mariscales para que respondiesen de las acusaciones. Zhúkov y Vasilevski dieron toda una controlada y desapasionada descripción de los hechos. Evidentemente satisfecho, el primer ministro tomó el teléfono y llamó a Volski. Sin ningún asomo de enfado, aseguró al general que la ofensiva había

sido convenientemente concebida. Mientras Zhúkov y Vasilevski le oían asombrados, Stalin aceptó cordialmente las excusas de Volski y colgó.

Vasilevski recibió permiso para regresar inmediatamente al frente del Don, pero Stalin retuvo a Zhúkov en Moscú, ostensiblemente para planear un ataque de diversión al oeste de la capital a fin de hacer perder el equilibrio a los alemanes. Cerca de los lagos Tsatsa, el general Volski, apenado, trató de recobrarse de su conversación con el primer ministro. Sudando copiosamente, el pálido oficial sacó un pañuelo y tosió en él. Unos coágulos de sangre mancharon el pañuelo mientras se secaba la boca.

Durante semanas, Volski había ocultado la verdad a todos. Como un castigo, una vieja afección, su tuberculosis de garganta, le había vuelto a alterar el organismo. Física y psicológicamente, el comandante del 4.° Cuerpo de Carros estaba incapacitado para participar en una empresa de tanta envergadura, pero se negó a dejarse vencer por la enfermedad y marcharse a un sanatorio. Para Volski, el camino hacia Urano estaba lleno con su angustia y con la tenaz determinación de dominar su enfermedad. Había pasado muchos meses en hospitales, descansando, leyendo y esperando el certificado médico de buena salud. Ahora, en la vigilia del gran contragolpe ruso a los

nazis, no tenía intenciones de renunciar al mando.

Pero la enfermedad le agobiaba. Había perdido peso; sólo bebía té y únicamente mordisqueaba galletas. Además, sufría ataques de melancolía, los cuales le afectaban el juicio. Durante una de aquellas depresiones escribió su pesimista carta a José Stalin.

Con su propio «día D» aproximándose rápidamente, Volski se fue a la cama para reservar fuerzas.

• • •

La oscuridad llegó a la estepa antes de las cuatro de la tarde del día 18 de noviembre. Se levantó un viento

impetuoso que empujó a los soldados a los calientes refugios. El ronco ulular de los cañones no abandonaba el horizonte oriental, donde esporádicas explosiones de llamas en la negrura indicaban los esfuerzos obstinados de los zapadores alemanes por desalojar a los hombres de Liudnikov de su arenal. Las alturas de la colina Mámaiev se hallaban cubiertas como de fuegos artificiales; de vez en cuando, los collares de las balas trazadoras tejían dibujos exóticos a lo largo del perímetro de las fábricas Lazur y Octubre Rojo. Como comentaron los alemanes de la estepa, se trataba de una noche normal en Stalingrado.

Pero unos ciento sesenta kilómetros al noroeste de la ciudad, a lo largo del

brillo serpentino del Don helado, nada era normal. Los observadores rumanos habían empezado a telefonear informando que se oían centenares de motores de carros rusos y del movimiento de millares de piezas artilleras a lo largo de las carreteras que llevaban a las cabezas de puente de Serafimóvich y Klátskaia. Los observadores añadieron que las columnas de las tropas del Ejército Rojo se reunían en orden de marcha detrás de los vehículos blindados y la artillería.

Dado su puesto de consejero en el Cuartel general del Ejército rumano, el teniente Gerhard Stock transmitió los amenazadores indicios al Cuartel general del VI Ejército, en Golubinka.

Stock, pelo cortado a cepillo, antiguo ganador de una medalla olímpica en el lanzamiento de jabalina, habló con urgencia con el capitán Winrich Behr, oficial de operaciones de Arthur Schmidt. Tras cada observación, Behr se dirigía al mapa y registraba los movimientos rusos. Sumó a los mismos los que escuchó de un oficial soviético capturado, el cual, al comienzo de aquel día, contó a sus interrogadores que la ofensiva largamente planeada empezaría antes de veinticuatro horas.

Behr avisó a Schmidt y Paulus, que parecían extraordinariamente calmados. Ambos generales dieron órdenes para poner en estado de alerta al 48.° Cuerpo Panzer para una misión inmediata y

expresaron su confianza en la capacidad de los *panzers* para cualquier penetración.

Winrich Behr no era tan optimista. Aún recordaba su conversación con un hombre a quien había reemplazado en octubre. El oficial llevó a Behr ante el mapa de situaciones y, abarcándolo con los brazos, indicó el lugar por donde el enemigo atacaría a ambos lados del VI Ejército.

—Se encontrarán aquí —dijo y su dedo apuntó a Kalach, a sesenta kilómetros al oeste de Stalingrado.

Ahora, un mes después, Behr recordó la profecía y se inquietó ante el futuro.

• • •

Los alarmados miembros del servicio de información no cesaban de llamar por teléfono. Aunque no se disparaba, las posiciones rusas parecían bullir de amenazadora energía. El movimiento de la radio se multiplicó por mil; los mensajes cifrados no dejaban de cruzar los aires. El capitán Behr hacía anotaciones en su mapa tan rápidamente como le era posible mientras, en la parte exterior de su oficina, la nieve se iba depositando en el suelo.

• • •

Poco antes de medianoche, Vasili Chuikov se hallaba sentado en su bunker en los riscos que dominaban el Volga y

trataba de interpretar un mensaje procedente del Cuartel general, en el cual se le requería que estuviese preparado para recibir un importante comunicado. Chuikov no tenía idea de lo que esto significaba hasta que Kuzmá Gurov, el jefe de su comisariado político en el 62.° Ejército, se golpeó de improviso la frente y exclamó:

—Ya sé, es la orden de la gran contraofensiva...

La orden llegó a medianoche. Chuikov experimentó una oleada de satisfacción cuando se percató de que los últimos sesenta y ocho días de luchas en Stalingrado habían proporcionado el tiempo necesario para preparar el contraataque. Y pronto le llegaría su

momento de vengarse del VI Ejército alemán.

CAPÍTULO XVI

En el puente natural entre el Don y el Volga, al oeste de Stalingrado, Paulus había concentrado prácticamente todas sus divisiones de combate con el propósito de tomar la ciudad. Pero había colocado la mayoría de sus depósitos provisionales necesarios para el mantenimiento de aquellas divisiones en el otro lado del Don, al oeste de donde formaba su gigantesco meandro antes de curvarse hacia el sur en dirección al mar de Azov. Y era aquella vulnerable zona de la retaguardia la que el Alto Mando ruso había señalado como objetivo prioritario en la primera fase de la

Operación Urano.

A las 6.30 de la mañana del 19 de noviembre, la oscuridad que precede al alba, entre Serafimóvich y Klátskaia, se convirtió en un brillante resplandor de llamas amarillas y rojas cuando treinta y cinco mil cañones rusos anunciaron el ataque.

Atrapados en unas trincheras forradas de paja, los soldados del III Ejército rumano observaron que las andanadas artilleras alcanzaban exactamente sus líneas a todo lo largo. Se derrumbaron búnkers, asfixiando a centenares de hombres; los soldados con psicosis de guerra debido al bombardeo chillaban de miedo y se tapaban los oídos para escapar de aquel ruido aterrador.

Cuando cesó el fuego de la artillería, los rumanos oyeron el amenazador zumbido de los motores de los carros al tiempo que el 5.° y el 21.° Ejércitos Blindados rusos irrumpieron desde sus cabezas de puente.

Los T-34 tomaron por asalto, a través de la densa niebla y de la nieve, las posiciones de los asombrados rumanos. La mayoría de éstos sucumbieron al «miedo a los carros», saltaron fuera de sus lugares protegidos y echaron a correr. Sólo unos cuantos se quedaron para enfrentarse con los blindados.

• • •

A doce kilómetros al sur, un

meteorólogo alemán, el sargento Wolf Pelikan, se revolvió descuidadamente en su caliente lecho mientras trataba de no hacer caso al retumbar del cañoneo que se interfería en su sueño. Como la cosa proseguía, saltó de la cama y se vistió. El polvo caía en cascadas del techo y empezó a blasfemar mientras se cepillaba el uniforme. Cuando cesó de improviso el ruido, acabó de vestirse de modo más reposado y sus pensamientos volaron al desayuno y a las tartitas que tanto le gustaban.

Desde la puerta le llegaron unos gritos y reconoció a un mensajero de la compañía, que señalaba frenéticamente hacia el norte.

—¡Los Iván están aquí! ¡Los Iván están

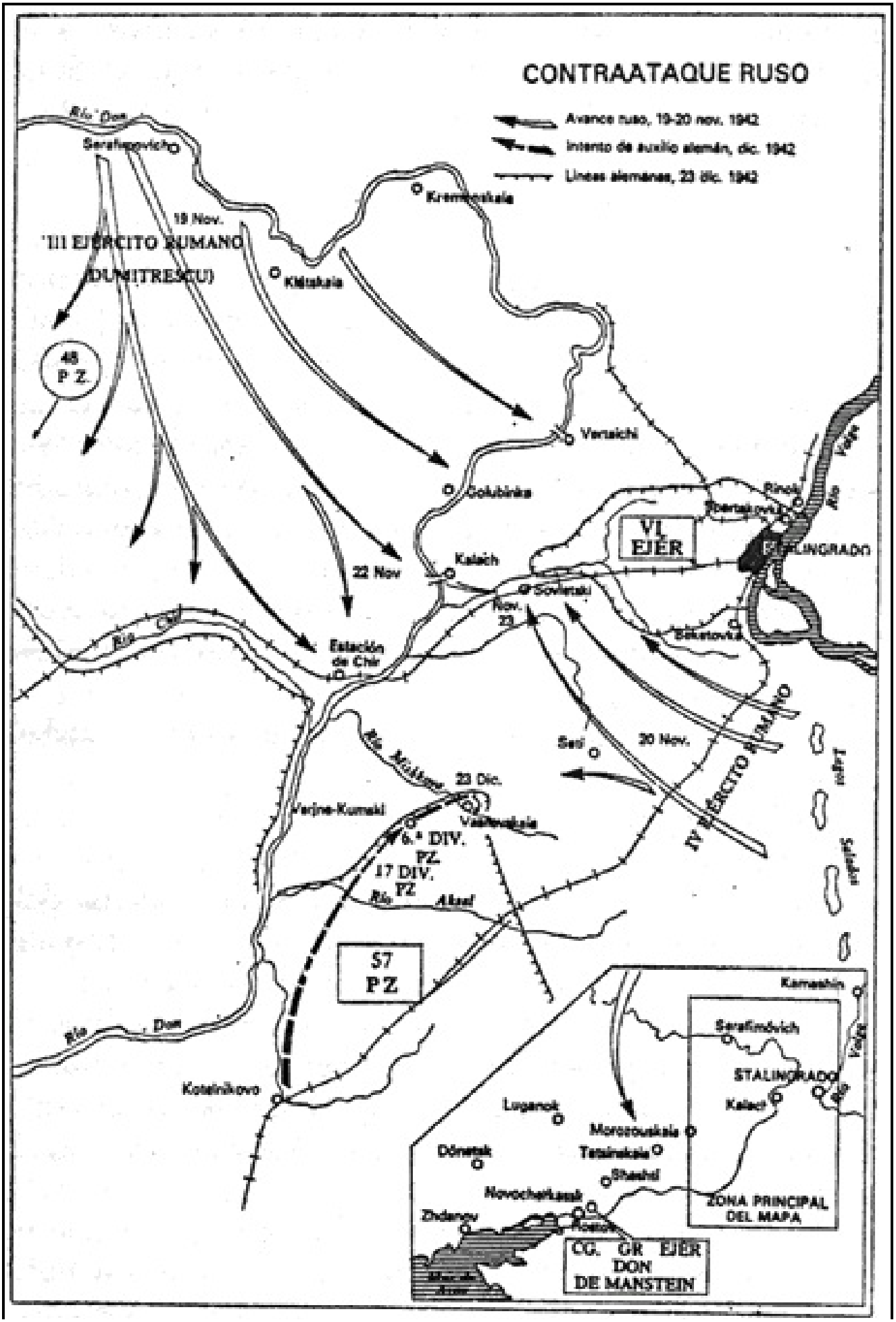
aquí! —trataba de decir.

Pelikan le gritó:

—¡Estás loco!

El estrépito despertó a sus camaradas, que salieron del bunker para reírse del mensajero. Alguno incluso le tiró un zapato, pero él seguía señalando al norte sin decir nada.

Pelikan miró en aquella dirección y se estremeció. El viento había despejado la niebla y pudo ver, con toda claridad, unos grandes carros negros agrupados inmóviles en una extensión de un kilómetro y medio. A Pelikan se le revolvió el estómago.


CONTRAATAQUE RUSO
Avance ruso, 19-20 nov. 1942
Intento de auxilio alemán, dic. 1942
Líneas alemanas, 23 dic. 1942
Río Don
Serafimovich
Kremenskaia
19 Nov.
III EJÉRCITO RUMANO
(DUMITRESCU)
Kletskaia
48 P Z
Versaichi
Golubinka
Kalach
22 Nov
VI EJÉR
Rinok
Río Volga
Río Chir
Estación de Chir
Sovietski
Nov. 23
Bikatovka
Río Myshkova
Seri
20 Nov.
IV EJÉRCITO RUMANO
23 Dic.
Verjne-Kumski
Vasilievskaia
6.ª DIV. PZ.
17 DIV. PZ
Río Aksai
57 PZ
Río Don
Kotelnikovo
Kamishin
Serafimóvich
STALINGRADO
Kalach
Río Volga
Lugansk
Morozovskaia
Tatsinskaia
Donetsk
Shachti
Novocherkassk
Zhdanov
Rostov
ZONA PRINCIPAL DEL MAPA
CG. GR EJÉR DON
DE MANSTEIN

En aquel momento aparecieron los primeros rumanos histéricos. Sin armas, chillando, no se detuvieron en su huida. Cuando uno de ellos aulló que los soldados rusos estaban exactamente detrás de ellos, la noticia destruyó cualquier apariencia de orden en las filas alemanas. Se oyeron órdenes seguidas rápidamente de contraórdenes. Los hombres guardaron sus pertenencias en los camiones, que partieron lentamente en el ambiente helado. El oficial al mando se escabulló en una avioneta y despegó hacia el sur.

Mientras los carros rusos aún rodaban por la ladera, el resto de la unidad alemana se lanzó a los vehículos y salió

a escape. Traqueteando en un camión que llevaba un horno de campaña, Pelikan dio silenciosamente gracias a Dios por la suerte de haber sobrevivido.

• • •

En Golubinka, a setenta y cinco kilómetros al sudeste, el capitán Winrich Behr oía los detalles del ataque soviético que le daba el teniente Gerhard Stock, oficial de enlace situado en el III Ejército rumano en Klátskaia. Stock contó que el III Ejército se había fragmentado y que corría hacia Golubinka. Behr se apresuró a contar a Paulus y a Schmidt todo aquello. Éstos recibieron con calma la desagradable

información. Asombrado y complacido por su compostura, Behr aguardó mientras los generales analizaban la situación. De repente, Schmidt exclamó:

—¡Ya los tenemos!

Paulus estuvo de acuerdo y ordenó que el 48.° Cuerpo Panzer se encaminara hacia el norte, en dirección a la brecha a lo largo del Don.

• • •

A unos dos mil kilómetros al oeste del Cuartel general del VI Ejército, Hitler dormía profundamente en el *Berghof*, en los Alpes bávaros. El Führer llevaba allí unas dos semanas, perdiendo el tiempo en su retiro de las montañas.

Pero aquellos problemas de los que no había querido enterarse durante el pasado verano y otoño le persiguieron hasta allí. En África, los Aliados se movían para atrapar a las legiones de Rommel; en Rusia, su experto del servicio secreto en asuntos de la Unión Soviética, el coronel Reinhard Gehlen, le había prevenido de la probabilidad de una contraofensiva rusa por detrás del VI Ejército.

A pesar de esos informes, Hitler seguía convencido de que su III Reich lo resistiría. Estaba increíblemente orgulloso del hecho de que sus Ejércitos dominaran a más de trescientos millones de personas: desde la costa del Atlántico, en Francia, hasta las

estribaciones del Cáucaso, y desde los cabos del norte de Noruega hasta las blancas arenas de Libia. Había llegado al apogeo de su poder. Pero, el 19 de noviembre, cuando el Ejército Rojo lanzó su masivo contraataque en el Don, su imperio nazi empezó a marchitarse imperceptiblemente. Y, aunque habrían de pasar dos años antes de que se hundiera por completo, la decadencia demostraría ser irreversible.

En una tranquila sala de conferencias, Hitler miraba intensamente el último mapa de batallas y examinaba el terreno en el flanco izquierdo del VI Ejército. Mostró poco interés cuando preguntó acerca del tiempo y de los grupos de la Luftwaffe que operaban en la región. De

forma pausada, dominándose, Hitler consideró las distintas opciones y emitió una orden. Fue la primera de las muchas decisiones fatales que tomaría en las semanas siguientes.

• • •

Aquella orden alcanzó al general Ferdinand Heim a las 11.30 de la mañana, mientras conducía a su 48.° Cuerpo Panzer para responder al desafío del 21.° Ejército ruso que mostraba señales de vida al sur del Don. Se le daban instrucciones para que cambiara de rumbo y se dirigiera rápidamente al sector alrededor de Blinov, donde el 5.° Ejército soviético también había hecho

una seria penetración. Irritado ante aquellas órdenes confusas, el general se detuvo en seco y dirigió sus columnas hacia el nuevo objetivo situado a casi ciento ochenta grados en la dirección opuesta. Cuando el 48.° Cuerpo Panzer se puso de nuevo pesadamente en marcha, quedó inundado con los restos de las divisiones rumanas que corrían a través de los nevados campos. Heim absorbió a todas las tropas que pudo y se encaminó hacia su nuevo objetivo.

Los aviones no se mezclaron con el drama de la estepa, pues ambas fuerzas aéreas habían visto impedidos sus vuelos por el mal tiempo. Como resultado, el general Von Richthofen se dedicó al Cáucaso, donde había unas

excelentes condiciones para los bombardeos contra el Ejército Rojo. Absorto en las incursiones de los bombarderos a lo largo de las riberas del Terek, se quedó atónito al enterarse de la ofensiva soviética en masa contra su retaguardia. Incapaz de mandar ningún avión hacia el norte debido a las tormentas existentes a lo largo del Don, excusó su impotencia diciendo:

—Una vez más los rusos han empleado magistralmente el mal tiempo.

• • •

Aquel mal tiempo casi provocó que el mariscal Vasilevski pospusiera la Operación Urano. El ataque se vio

precedido de unas frenéticas llamadas telefónicas de los generales Vatutin, Cristianov, Romanenko y la STAVKA en Moscú. Privados de un sólido apoyo aéreo, y temerosos de mandar a sus carros a través de una cegadora cubierta de niebla y nieve por la peligrosa estepa, los rusos emprendieron la Operación Urano temiendo una catástrofe. Pero, a partir de las primeras horas, el éxito alcanzado fue increíble. Masas de prisioneros rumanos pululaban en las líneas rusas. Las patrullas de carros del Ejército Rojo penetraron rápidamente treinta kilómetros hacia el sur y, por la tarde, tenían ya a tiro los depósitos de suministros del VI Ejército alemán.

En la ciudad de Bolshe Nabatov, a cuarenta y cinco kilómetros al sur de Klátskaia, el oficial de Intendencia Karl Binder trataba desesperadamente de salvar sus raciones acumuladas con tanto esmero. Había reunido ochocientas cabezas de ganado vacuno para alimentar a su división durante el invierno, y ahora, temiendo a los carros rusos, intentó desplazar aquella voluminosa carga hacia el este, al otro lado del sinuoso Don, antes de que el enemigo se apoderase del puente de Akimovski. En cuanto dio instrucciones a sus ocho vaqueros, los primeros obuses rusos alcanzaron el recinto del ganado y éste se aterrorizó. Los vaqueros lograron hacer girar a la

manada que salió de estampía, resoplando y mugiendo, hacia el Don situado unos kilómetros más abajo.

Después que se hubo ido el ganado, Binder empezó a transportar pesados sacos de harina a los camiones, mientras sus hombres llenaban otros vehículos con pan, ropas y mantas. Las tropas rumanas en retirada les ayudaron a transportar toda la comida que pudieron y, por una vez, ningún oficial alemán exigió recibos.

El fuego enemigo aumentó y los edificios comenzaron a arder furiosamente. Convencido de haber salvado cuanto podía, Binder condujo su convoy fuera de Bolshe Nabatov mientras detrás de él el almacén ardía

como una brillante antorcha roja.

• • •

A lo largo de todo el día, grupos de carros rusos vagaron por la blanca estepa, disparando contra los Cuarteles generales de los destacamentos, los depósitos de suministros y los centros de comunicación, retrocediendo luego hacia la niebla para atacar unos kilómetros más allá. Su táctica confundió y desmoralizó a los alemanes. Los informes de radio que inundaban Golubinka localizaban a los rusos tanto a sesenta kilómetros al sur del Don, como a setenta y cinco kilómetros al sudeste del Don: ¡por todas partes! La

histeria empezó a apoderarse de las voces que imploraban del VI Ejército refuerzos e instrucciones.

La disciplina se vino abajo: los comandantes de unidades dirigieron arbitrariamente a sus hombres hacia el este, a Stalingrado. Sus tropas estaban atemorizadas y malhumoradas, y se mostraban francamente hostiles a sus superiores, que corrían de acá para allá chillando amenazas de un consejo de guerra, a fin de mantener el orden.

En aquella olla de grillos, el teniente Hermann Kästle llevaba sus morteros hacia el Don. Avanzaba por las carreteras congestionadas y conservó su sitio pese a los repetidos intentos de otros oficiales de adelantársele con sus

hombres y equipo. Frecuentemente, el pánico reemplazaba a la razón. Kästle vio que algunas discusiones degeneraban en peleas a puñetazos mientras los soldados permanecían en la nieve y se golpeaban unos a otros por trivialidades.

A última hora de la tarde, Kästle llegó a un puente que cruzaba el Don. De pronto, apareció otro teniente, blandió una Luger contra su rostro y le dijo que su carro tenía prioridad sobre los morteros de Kästle. Cuando Kästle le respondió que sus armas eran igual de importantes, el teniente le apuntó con la pistola a la cabeza y le conminó a que se apartase.

Kästle miró a los ojos del oficial y se

dio cuenta de que peligraba su vida si se negaba. Moviendo incrédulamente la cabeza, apartó los morteros a un lado y contempló de forma pasiva cómo el jefe del carro saltaba a su máquina y marchaba triunfalmente hacia el río.

• • •

En el Cuartel general del VI Ejército, el capitán Behr estuvo todo el día en contacto con Gerhard Stock. Este había demostrado ser el testigo más digno de confianza de aquel caos. Informó de la defección de los oficiales rumanos, que habían permitido que miles de soldados vagasen por la estepa, y su relato de la tragedia fue penosamente preciso.

En sus propios mapas, Behr también había observado el lento avance de las fuerzas de refuerzo del general Heim. El 48.° Cuerpo Panzer llegó al fin a Blinov por la tarde. Pero los rusos iban y venían, escondiéndose y marchándose al otro lado de la llanura. El general Heim sacó de nuevo a sus *panzers* de la ciudad, en busca del evasivo enemigo, que evitaba una confrontación directa.

• • •

En Stalingrado, a ciento cincuenta kilómetros al este de aquel fluido campo de batalla, la ciudad había asumido de nuevo su familiar diadema de explosiones y balas trazadoras con que

se atacaban unos a otros a través del cielo oscurecido. Al borde del Volga, la atrapada División rusa del coronel Iván Liudnikov aún se asía a su «isla» bajo los riscos detrás de la fábrica de cañones Barricada. Allá arriba, los zapadores alemanes habían consumido otro día tratando de destruirlos, pero fracasaron de nuevo. Dentro de la misma fábrica Barricada, el comandante Eugen Rettenmaier supo la noticia del contraataque ruso en el Don y cayó en una profunda depresión. Incapaz de comprender cómo sus dirigentes no habían previsto aquel golpe, llegó al convencimiento de que en Stalingrado la situación se había vuelto desesperada.

• • •

Al norte de Barricada, más allá de la destruida fábrica de tractores, la 16.ª División Panzer perdió otro día torturador en las afueras de Rinok. Pero, en cuanto oscureció, se recibieron órdenes de volver la espalda al Volga. Los mecánicos trabajaron a toda prisa con los carros y los camiones: los soldados tuvieron una ración extra de comida, y munición. Luego, salieron de sus profundas *balkas*, donde habían vivido desde agosto, y se dirigieron a apuntalar la brecha de la línea a lo largo del Don, a ciento cincuenta kilómetros en la retaguardia.

El tiempo cada vez era peor; un viento

furioso arrojaba la nieve a la cara de los tanquistas y de los infantes. Ante ellos pasó una gran masa de gente: los rumanos con sus pertenencias, flotación humana de un desastre invisible tras el horizonte occidental.

En Golubinka, el general Schmidt leía los últimos despachos y trataba de calcular la extensión de la penetración rusa. Los rumores esparcidos se fusionaban con los informes comprobados para formar un caleidoscopio de la ubicación de los carros, haciendo imposible localizar el paradero del enemigo.

A las 10.30 de la noche, Schmidt anunció de improviso:

—Me voy a la cama —y desapareció

en dirección a su alojamiento.

Mientras volvía al teléfono y a Gerhard Stock, el capitán Behr se maravillaba de nuevo de la tranquilidad de Schmidt, una bendición en aquel largo día de desánimo.

• • •

Al sur de Stalingrado, muchas fuerzas rusas aguardaban, en medio de aquella noche cruelmente fría, a que comenzase la segunda parte de la operación Urano. Desde el suburbio de Baketovka hasta la ribera de los lagos salados Sarpa, Tsatsa y Marmantsak, los 64.°, 57.° y 51.° Ejércitos se habían concentrado a lo largo de doscientos kilómetros de frente.

Ante ellos se encontraba demasiado extendido el IV Ejército rumano, alargado en una franja estrecha a través de la fría estepa para proteger el flanco derecho del VI Ejército alemán. El Alto Mando ruso tenía la intención de penetrar rápidamente a través de las posiciones rumanas y apresurarse hacia el noroeste, en dirección a los Ejércitos rusos que descendían desde el Don.

En las primeras horas del 20 de noviembre, tiritando, los soldados del Ejército Rojo limpiaban de nuevo sus armas y escribían las últimas cartas a los parientes de la Rusia no ocupada. Alexéi Petrov no tenía a nadie a quien escribir; el teniente Hersch Gurewicz pensaba con añoranza en su padre y en

su hermano, aunque no tenía la menor idea de dónde estaban.

En su cabaña que hacía las veces de Cuartel general, el general Yeremenko no podía dormir. Convencido de que el ataque del frente sur debería atrasarse hasta que todas las reservas alemanas se hubieran dirigido al norte para contener la primera fase de la ofensiva soviética a lo largo del Don, consumió muchas horas discutiendo su caso con la STAVKA, en Moscú. Pero la STAVKA rechazó su petición y ahora Yeremenko cavilaba sobre la posibilidad de un fracaso.

Al amanecer le asaltaron más preocupaciones. El tiempo no había cambiado y una espesa niebla, mezclada

con nieve, cubría sus ejércitos. Los soldados tuvieron gran dificultad en formar los grupos de asalto. Los carros marchaban uno detrás de otro. Los aviones situados en el este, al otro lado del Volga, permanecían impotentes en las pistas de despegue.

Yeremenko atrasó la hora H. Desde Moscú, la STAVKA le preguntó el motivo y Yeremenko se sentó ante su escritorio, y explicó pacientemente su decisión. La STAVKA no se mostró muy conforme, pero Yeremenko se mantuvo firme. Durante más de dos horas, hasta pasadas las nueve, aguardó a que el tiempo aclarase. Cuando la STAVKA siguió incordiándole a través de la línea BODO, sus meteorólogos le prometieron

que aclararía al cabo de unos minutos.

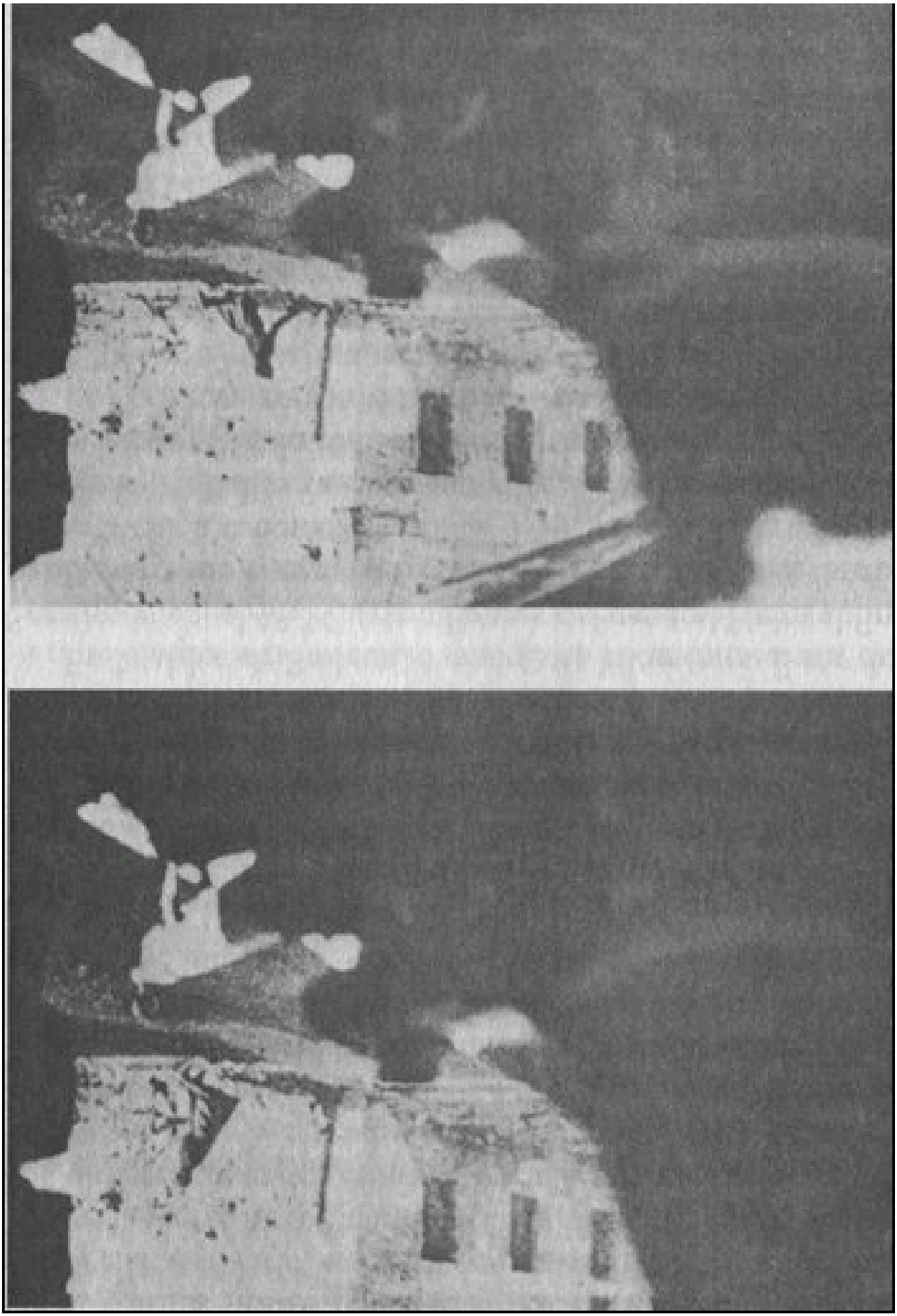
A las diez de la mañana, la artillería de Yeremenko comenzó a disparar y los soldados del IV Ejército rumano huyeron enloquecidos en todas direcciones. Al cabo de pocas horas, el asombrado Yeremenko llamó excitado a la STAVKA para decir que ya se habían contado diez mil prisioneros. La STAVKA pidió que volviese a comprobar sus cifras. Pero eran exactas.

• • •

El soldado Abraham Spitkovski vio llegar a los prisioneros tan pronto como cesó el bombardeo. Levantándose de su zanja de tirador cuando los «hurras» de

sus camaradas anunciaron que se lanzaban a la carga, se precipitó a través de la nieve hacia centenares de figuras negras que se dirigían hacia él con los brazos levantados por encima de la cabeza. Acá y allá, a su lado, los soldados rusos disparaban a ciegas contra las rotas filas. Cuando Spitkovski pensó en las semanas y meses de andar de acá para allá, de arrastrarse entre cadáveres, y de ir cargado de piojos, también él levantó su metralleta y disparó largas ráfagas contra aquellas columnas.

Al detenerse Spitkovski para volver a cargar su metralleta, contempló las filas de hombres muertos y se quedó completamente impasible.



Alcanzado en la espalda por la bala de un francotirador ruso, un soldado alemán vacila y cae al suelo mientras la cámara de cine registra la escena.

• • •

A unos doscientos kilómetros al noroeste de la penetración realizada casi sin esfuerzo por el general Yeremenko, los alemanes aún intentaban contener a las fuerzas rusas que avanzaban desde Serafimóvich y Klátskaia.

En la aldea de Peshani, a cincuenta kilómetros al sur de Serafimóvich, el 48.° Cuerpo Panzer del general Heim al fin había dado con el enemigo. Su 22.ª División Panzer se lanzó a una lucha a

cañonazos con los T-34, pero la 22 estaba ya mutilada. Aquellos ratones comedores de conexiones eléctricas habían dejado reducida su fuerza a sólo veinte carros.

Los cañones anticarro también ayudaron con sus disparos e hicieron volar veintiséis carros rusos, pero aquello no era suficiente. Los blindados rusos lograron atravesar y los alemanes quedaron renqueantes. Por la tarde, los *panzers* estaban rodeados por nuevas formaciones rusas y luchaban para sobrevivir.

• • •

El campo de batalla de la estepa se

parecía a unas islas en el mar. Las unidades atrapadas se retiraban haciendo una defensa de erizo y devolvían los golpes al enemigo que las rodeaba. Los rumanos que continuaban combatiendo se encontraban casi totalmente aislados. Un oficial meteorólogo de la 6.ª División llevaba un diario, que luego fue capturado por los rusos:

20 de noviembre.

Por la mañana, el enemigo ha abierto fuego con la artillería pesada en el sector asignado a la 13.ª División Pruth... La división ha sido aniquilada... No hay comunicación con el Alto Mando... Actualmente estamos

rodeados por tropas enemigas. En la bolsa se encuentran las Divisiones 5.ª, 6.ª y 15.ª y los restos de la 13.ª División.

Aquel informe valía para todo «el Ejército títere».

Durante la noche, el oficial de Intendencia Karl Binder cruzó y volvió a cruzar el Don, transportando alimentos y ropas para su 305.ª División. De regreso a la orilla occidental del río helado, se encontró con que su antiguo depósito de abastecimientos en Bolshe Nabatov aún seguía en manos alemanas. Los carros rusos habían simplemente quemado algunos de los edificios antes de retroceder corriendo entre la niebla.

Binder recogió todo el equipo que pudo de las ruinas y luego regresó al puente de Akimovski para aguardar a su ganado. Perdido en algún lugar durante la ventisca de la noche anterior, nadie había vuelto a ver a los animales.

En un risco que dominaba la ciudad, Binder contempló hacia el oeste la vasta estepa. Cerca de él, dos prisioneros rusos eran interrogados por un oficial alemán que, de improviso, chilló algo y enarboló una pistola. Cuando uno de los rusos salió corriendo, el alemán le disparó un tiro en la cabeza.

Horrorizado, Binder bajó corriendo y suplicó al oficial que respetara la vida del otro prisionero. Le dijo que podían emplearlo como guía. El oficial se

encogió desdeñosamente de hombros y enfundó su arma. Binder condujo al ruso hasta su coche, donde el prisionero vertió un torrente de agradecimientos en un fluido alemán. El joven explicó que había aprendido aquella lengua mientras estudiaba medicina en Moscú.

El cañoneo ruso se incrementó: los cadáveres llenaban las calles y los hombres heridos pedían auxilio. Un oficial rumano agitaba débilmente la mano desde unos arbustos. Binder y su nuevo amigo se dirigieron hacia él. El hombre tenía heridas en un brazo y en la pierna derecha. Después de que Binder rasgase sus pantalones, el estudiante ruso de medicina sacó un cuchillo y con cuidado le fue extrayendo trozos de

metralla de sus heridas. El rumano se desmayó.

Binder oyó llegar a su ganado antes de que apareciese por el horizonte. Mientras los obuses estallaban con intermitencias en la ciudad de Akimovski, esperó pacientemente en el puente y escuchó el ruido de las pezuñas golpear contra el suelo. Luego apareció una gran masa de animales levantando una densa nube de nieve por encima de los gritos de los vaqueros. Con sus hocicos llenos de carámbanos y los ojos endurecidos por el hielo y la nieve, pasaron por encima del puente hacia los corrales situados en las profundas *balkas* entre el Don y el Volga.

Satisfecho de su inesperado éxito,

Binder llevó al ruso y al oficial rumano herido a un dispensario y empezó a establecer nuevos depósitos para su división en la orilla oriental del Don.

Sólo unos cuantos kilómetros más allá, el general Arthur Schmidt estaba informando a Friedrich von Paulus en el Cuartel general del VI Ejército acerca de la precaria situación. Tras anunciar que la 24.ª División Panzer estaba franqueando dificultosamente inmensos ventisqueros en su camino desde Stalingrado para acudir a defender el puente vital de Kalach, añadió que una columna de carros rusos había sido divisada al alcance de tiro de la misma Golubinka. Paulus terminó bruscamente aquel diálogo: —Bien, Schmidt, no me

quedaré mucho tiempo aquí. Nos tendremos que ir...

De repente, Paulus pareció agitado e incluso Schmidt perdió algo de su calma. Los dos hombres se despidieron brevemente de su Estado Mayor y se fueron a hacer el equipaje.

Despegaron poco después y volaron primero al aeropuerto de Gumrak, a ocho kilómetros al oeste de Stalingrado, Tras una breve conversación allí con el general Seydlitz-Kurzbach, se dirigieron al sudoeste, al centro de comunicaciones de Chir, donde Paulus esperaba poder obtener un óptimo contacto por radio con los Cuarteles generales superiores.

Entretanto, actuó rápidamente para aplastar la segunda fase del contraataque

soviético. Para ello mandó al campo de batalla, al sur de Stalingrado, a la 29.ª División Motorizada. Con instrucciones para unirse al 48.° Cuerpo Panzer del general Heim al oeste del Don, la 29 fue capaz de desplazarse velozmente a través de la movediza niebla sobre el flanco derecho del 57.° Ejército ruso, que estaba arrollando la despreciable resistencia opuesta por los puestos avanzados rumanos. El contraataque sorprendió a los rusos.

Ambos bandos sufrieron pérdidas cuando los carros abrieron fuego y entraron en acción las infanterías montadas; la batalla llegó a su punto crítico. La niebla se disipó y los observadores alemanes vieron pasar

hacia el oeste un tren soviético blindado. Tras él, otros trenes de mercancías se habían parado y vomitaban soldados de a pie del Ejército Rojo. Los *panzers* alemanes localizaron aquellos tentadores blancos y lanzaron centenares de obuses contra los atestados furgones. A través de los prismáticos, los artilleros contemplaron cómo incontables rusos volaban por los aires y caían en la nieve.

Al otro lado de las vías del ferrocarril, los carros soviéticos se arremolinaban, apretujados unos contra otros, y disparaban a la ventura. Las baterías alemanas abrieron fuego contra aquellos vehículos y el 13.° Cuerpo Blindado ruso, formado por noventa

carros, empezó a arder y explotar. Admitiendo que tenía una oportunidad de taponar por completo la penetración rusa en el flanco del sur, el comandante de la 29.ª División, el general Ernst Leyser, se dispuso a aniquilar a las fuerzas enemigas envueltas en llamas. Pero cuando iba a hacerlo, le llegó una orden del grupo de Ejércitos B, situado a más de trescientos kilómetros en Starobelsk, para que retrocediera y protegiese la retaguardia del VI Ejército en el Don.

A la luz menguante del atardecer del 21 de noviembre, el frustrado Leyser rompió el contacto desganadamente y se dirigió al noroeste. Desde los campos próximos, los carros abrieron fuego por

encima de su coche contra objetivos invisibles. De repente, el general ya no supo si se trataba de amigos o enemigos.

La temporal victoria del general Leyser produjo escasos dividendos a Paulus. La noticia de la sangrienta derrota del 13.° Cuerpo ruso llegó rápidamente hasta el 4.° Cuerpo de carros del general Víctor Volski y el general tuberculoso aminoró su marcha, cuando se dirigía hacia Kalach en el Don. Mientras escupía flemas en su pañuelo, el cauteloso general rehusó seguir adelante e insistió en que le enviasen refuerzos contra los futuros ataques alemanes. Pero los alemanes se habían marchado.

• • •

Temiendo por la ruptura de sus dos flancos, el general Paulus empezó a pensar en el futuro. Autorizó un comunicado para el grupo de Ejércitos B, en Starobelsk, y recomendó lo que parecía más obvio: la retirada del VI Ejército del Volga y Stalingrado hacia posiciones situadas a más de ciento cincuenta kilómetros al sudoeste, en los cursos bajos del Don y del Chir.

El comandante del grupo de Ejércitos B, Freiherr von Weichs, transmitió la recomendación al Cuartel general de la OKW en Rastenburg, Prusia oriental, dando su plena aprobación. Compartía la convicción de Paulus de que una

retirada inmediata era la única alternativa para evitar un desastre total.

Y el desastre estaba al alcance de la mano. Al sur de Stalingrado, las unidades del general Yeremenko, tras aplastar a los rumanos, partieron en dos el IV Ejército Panzer alemán de «Papá» Hoth. En una deteriorada casa de campo de las afueras de Businovka, «Papá» Hoth estaba sitiado. Afuera, el viento aullaba en las ventanas cerradas con tablas y rellenas con pedazos de papel y ropa. Dentro, las velas parpadeantes alumbraban a un grupo de fatigados oficiales de Estado Mayor que intentaban mantener el contacto con sus dispersos grupos en la estepa.

Llegaban riadas de mensajeros con

peticiones de los regimientos atrapados. En un teléfono solitario, un oficial tomaba rápidas notas de las últimas palabras de las diezmadas formaciones a medida que caían bajo los blindados rusos.

Hoth se mostraba impotente. Tras la destrucción de las fuerzas rumanas poseía demasiados pocos cañones y carros para detener al enemigo. Había empezado a hacerse evidente que el plan soviético era de una envergadura imponente. Las flechas de colores de los mapas de la batalla empezaban a mostrar un arco bien visible hacia el noroeste, alrededor de sus despreciables fuerzas, en dirección a Kalach y a su puente sobre el Don. Si el puente caía

antes de que el VI Ejército se retirara del Volga, Hoth preveía que Stalingrado se convertiría en una inmensa tumba para los alemanes.

• • •

Pero a más de dos mil kilómetros al oeste de la prevista tragedia en su *Berghofde* los Alpes, Hitler veía la situación de modo distinto. Tras recibir la sugerencia de Paulus de una retirada del VI Ejército hacia el sudoeste, respondió rápidamente con una orden tajante de mantener la posición.

Mensaje radiado número 1352.
ALTAMENTE SECRETO
Grupo de Ejércitos B

21 noviembre 1942,15.25 horas

¡Urgente!
A: CG VI Ejército.
Orden del Führer:

El VI Ejército conservará sus posiciones pese a una amenaza temporal de envolvimiento... Se debe mantener abierto el ferrocarril todo el tiempo posible. ¡Siguen órdenes relativas al abastecimiento aéreo!

Eran pasmosas las consideraciones implicadas en la orden. Y, mientras Paulus y Schmidt ponderaban el mensaje, llegó una llamada telefónica de parte del teniente general Martin Fiebig, comandante del 8.° Cuerpo Aéreo. Los

generales discutieron los últimos acontecimientos y Fiebig se refirió al puente de Kalach. Schmidt le dijo que no veía allí un peligro inmediato y añadió:

—El comandante en jefe opina que debemos formar una defensa en erizo.

—*¿Y* cómo efectuará usted el abastecimiento del Ejército? —preguntó Fiebig.

—Nos llegará por aire.

Fiebig estaba asombrado.

—¿Para todo un Ejército? ¡Es del todo imposible! Le prevengo que no debe ser tan optimista.

Fiebig colgó e, inmediatamente, llamó a su jefe, el general Richthofen, el cual telefoneó luego a Albert Jeschonnek, el

segundo de Goering, y le dijo encolerizado:

—¡Debe detener eso! Con el pésimo tiempo que tenemos aquí no existe ninguna esperanza de abastecer a un Ejército de doscientos cincuenta mil hombres desde el aire, ¡Es una completa locura...!

• • •

La noche del 21 de noviembre, la vanguardia de la 16.ª División Panzer, que había abandonado las afueras de Stalingrado dos días antes, llegó al Don para actuar como fuerza de cobertura de las unidades que abandonaban el gran meandro del Don. Pero la división llegó

demasiado tarde para hacer algo más que conservar expeditos unos cuantos puentes para los rumanos y alemanes extraviados. El teniente Eberhard von Loebbecke, que mandaba la retaguardia, vio aparecer un carro ruso en dirección al puente que vigilaba. Loebbecke, que había perdido un brazo en 1939 debido a una ametralladora francesa, se encontraba de pie frente al T-34, el cual le disparó una andanada. El obús atravesó su manga vacía y estalló algunos metros detrás de él. Conmocionado por la explosión, el teniente se levantó casi inmediatamente para dirigir el contrafuego. En la abierta torreta, la tripulación soviética quedó asombrada al contemplar a aquel

hombre que, aparentemente, había perdido un brazo por un obús y que se alzaba del suelo como si nada le hubiese ocurrido. Mientras dudaban, un cañón anticarro disparó una salva contra el T-34 y éste estalló ante los ojos de Loebbecke.

• • •

Aquella noche, se desencadenó sobre la estepa el ulular del viento y convirtió a los montones de nieve en cadenas montañosas en miniatura sobre la llana pradera. La temperatura descendió por debajo de cero y el firmamento presagiaba más nevadas. En una extensión de miles de kilómetros

cuadrados, al oeste y al este del río Don, el paisaje parecía muerto.

Pero en la estepa pululaban hombres desesperados, que avanzaban al acecho a través de los campos en pequeños grupos. Los rumanos y alemanes, con los pies helados, sólo se movían debido al ansia de sobrevivir. Vagaban a través de la noche en busca de comida, refugio y la protección de los cañones amigos.

Otros hombres erraban por los campos con objetivos diferentes en la mente. El teniente coronel Grigori Filipov conducía a los hombres de la 14.ª Brigada de artillería motorizada soviética, que formaba parte del cuerpo principal de las tropas soviéticas que avanzaban desde el Don, al atacar la

ciudad de Kalach. Filipov no tenía mapas. Sólo contaba con cinco carros, apoyados por varios camiones que transportaban a la infantería. Sus conductores encendieron todas las luces y corrían a través de la oscuridad. Al lado de la carretera, centenares de soldados enemigos saludaban con la mano a los carros «amigos», que no les hacían caso y seguían adelante.

A las seis de la mañana del día 22 de noviembre, Filipov descubrió a un anciano, un civil ruso, que empujaba una carreta campesina, mientras dos soldados alemanes caminaban junto a él. El coronel cuchicheó unas instrucciones y sus hombres mataron a tiros a los alemanes, bajaron del T-34 y hablaron a

su aterrado paisano:

—Tío Vania, ¿por dónde se va al puente? —preguntaron.

Cuando él les oyó hablar en su lengua natal, el viejo se paró temblando, trepó al primer carro y Filipov hizo una señal a su grupo de combate para que se dirigiera hacia el este.

En Kalach, la guarnición alemana vivía en un estado de inseguras expectativas. Los refugiados habían pasado por allí durante las últimas treinta y seis horas y el resonar de los cañones de grueso calibre situados al noroeste se oía cada vez más cerca a cada hora que pasaba. Pero no había nadie de la guarnición que supiera hasta qué punto había llegado a deteriorarse la

situación.

En la Escuela de Ingenieros del coronel Mikosch, en la colina del este de la ciudad, los zapadores habían empezado otro día normal de trabajo, practicando la técnica de la lucha callejera, de expertos en demolición y en armas, tanto alemanas como rusas. Algunos carros rusos capturados eran empleados por los alumnos para hacer demostraciones de fuego al alcance de tiro del lado occidental del Don. Cada día, los carros rodaban a través del puente hacia la pendiente de la orilla occidental y a la estepa, para llevar a cabo prácticas de tiro.

Aquella mañana, un corresponsal de la compañía alemana de propaganda,

Heinz Schröter, estaba allí para filmar la escena. Cuando los carros cruzaron el puente y se dirigieron a la colina pasando delante de él, los fotografió y luego, poco después, Schröter oyó el acostumbrado estruendo de los cañones mientras practicaban el tiro.

En el puesto de observación número 3, un sargento llamado Wiedemann dormitaba cerca de su cañón antiaéreo de 88 milímetros. En un cobertizo detrás de él, dormía la dotación formada por ocho personas. Wiedemann también había visto la salida de los carros, contándolos mientras rugían hacia la pendiente y desaparecían.

La guarnición volvió a su programa rutinario. Había cesado de nevar y las

voces se oían distintamente en el aire límpido. El eco traía las risas de los soldados que se arrojaban bolas de nieve unos a otros. Cuando de improviso reaparecieron los carros, el indiferente sargento Wiedemann los miró mientras pasaban de prisa. Cuando el tercer vehículo traqueteó por el puente, súbitamente tableteó una ametralladora. Los carros alcanzaron la orilla oriental, donde se separaron rápidamente y se desviaron a cada lado.

Agarrando sus prismáticos, Wiedemann gritó:

—¡Esos condenados carros son rusos...!

Y golpeó sobre un trozo de metal para alertar a su dotación, que salió

disparada del cobertizo. Dos carros aún no habían cruzado el puente. El cañón de 88 mm disparó a una distancia de trescientos metros y el T-34 se incendió. El segundo de la fila osciló durante un momento y luego dio una vuelta de campana y cayó directamente a la helada superficie del Don que estaba debajo.

Cuando los primeros carros volvieron a cruzar, el cámara Schröter estaba muy cerca del puente. De repente, pasó de largo un teniente delante de él, murmurando cosas ininteligibles. Schröter pensó que había perdido el juicio. El oficial enarbolaba una pistola hasta que le disparó una ametralladora y cayó al suelo abatido.

Schröter cogió su equipo y salió

pitando. Lo mismo hicieron la mayoría de los alemanes que se encontraban en la vecindad inmediata. En el monte bajo de la orilla oriental, el coronel Grigori Filipov radiaba frenéticamente en solicitud de auxilio a la 26.ª Brigada blindada soviética. Había conquistado el puente por pura casualidad, pero esperaba que los alemanes reaccionasen con virulencia.

• • •

Mientras el coronel Filipov se atrincheraba en Kalach, el teléfono sonaba en el despacho del general Schmidt en Chir, a unos veinticinco kilómetros al sur. Era el comandante de

la Luftwaffe Martin Fiebig quien llamaba y él volvió a advertirle de la locura que constituiría un aprovisionamiento por aviones.

—Tanto el tiempo como el enemigo son unos factores completamente incalculables...

Pero la conversación se vio interrumpida por un grupo de generales alemanes que llegaron de improviso al Cuartel general.

«Papá» Hoth había arribado desde Businovka, donde el flanco del sur se había evaporado completamente. Incapaz de dar una descripción clara de aquella pesadilla, Hoth oyó con atención a Schmidt y a un antiguo amigo y compañero de escuela, el general

Wolfgang Pickert, mientras discutían una solución. Parodiando la forma de ser de un antiguo profesor, Schmidt dijo:

—Pickert, hay que tomar una decisión declarando brevemente las razones...

La respuesta de Pickert fue tajante:

—¡Sal de aquí como el diablo!

Schmidt estuvo de acuerdo, pero continuó:

—No podemos hacer eso. Sobre todo por una cosa: no tenemos suficiente gasolina.

Pickert ofreció ayudar con sus tropas antiaéreas, que podrían transportar los cañones a través de la llanura y llevar las municiones a mano.

Schmidt continuó:

—Desde luego que hemos considerado

la posibilidad de abrir brecha, pero alcanzar el Don significa atravesar cincuenta kilómetros completamente al descubierto... No, Pickert, eso sólo significaría acabar como Napoleón... Se ha ordenado al Ejército que se mantenga sobre el terreno en Stalingrado. Consecuentemente, fortificaremos nuestras posiciones y esperaremos a que nos lleguen los suministros por aire.

Pickert no podía creer lo que oía:

—¿...Por aire? ¿Con este tiempo? Eso está fuera de discusión. Te digo que debes irte. ¡Sal ahora mismo!

Pero el VI Ejército no partió. Aunque el general Paulus estaba convencido de que era aquello lo que debía hacerse, continuó esperando la aprobación de

Hitler. Entretanto, colocó a su Ejército en estado de alerta para poder desplazarse en cuanto llegase el permiso.

A las dos de la tarde, después de que Hoth hubiera partido hacia el oeste para reunirse con los restos de su maltrecho IV Ejército, Paulus y Schmidt volvieron a Gumrak, a las puertas de Stalingrado. Al volar por encima de la masa de su Ejército, cercado entre el Don y el Volga, los generales vieron brillar fuegos a ambos lados del avión, mientras los hombres del VI Ejército empezaban a quemar el equipo superfluo.

Los almacenes repletos de víveres y ropas se convirtieron en antorchas. En

uno de ellos, el teniente Gerhard Dietzel trató de salvar algo de las llamas. Viendo que unas provisiones de champán y vino estaban a punto de ser consumidas por el fuego, corrió de acá para allá entre aquel infierno y su Volkswagen con los brazos llenos de botellas. Una vez repleto el coche, Dietzel subió de un salto y puso en marcha el motor. Un oficial de Intendencia se interpuso en su camino.

—¿Puede usted pagar por esto? —preguntó.

Dietzel se echó a reír estrepitosamente. Señalando aquel espantoso incendio, replicó:

—Pero ¿no se da cuenta que el dinero ya no significa nada?

Aceleró el motor y salió corriendo con su tesoro.

• • •

En Kalach, el coronel Filipov recibió inesperadamente refuerzos cuando unos carros de la 26.ª Brigada blindada cargaron a través del puente y se unieron a él en el lado este de la ciudad. Fue algo increíble, pero dado que la resistencia alemana era sólo esporádica e inefectiva, la 26.ª Brigada rodeó Kalach por el sudeste y se dirigió hacia la aldea de Sovietski, cuarenta y cinco kilómetros más allá. Y en algún lugar, no muy lejos de Sovietski, los soldados del frente sur de Yeremenko avanzaron para

unirse con sus camaradas.

• • •

Los soldados alemanes situados dentro de la bolsa que se iba cerrando rápidamente supieron de su difícil situación de maneras muy diferentes.

En un hospital de campaña, un farmacéutico llamado Wendt acababa de salir de la anestesia y los vendajes de los médicos, cuando un soldado irrumpió y anunció:

—¡Los rusos han bloqueado el puente de Kalach!

Wendt pensó que estaba bromeando, pero al telefonear un amigo al Cuartel general, allí confirmaron el hecho;

Wendt se negó a dejarse llevar por el pánico. Creía que aquel problema sería eliminado rápidamente.

Un veterano sargento, Eugen Steinhilber, supo la amarga verdad al ver que varios de sus camaradas, que cogieron el autobús para ir a Chir, y desde allí a Alemania con permiso, volvían al cabo de pocas horas diciendo:

—No podemos cruzar el Don. Los rusos se han apoderado del puente.

Dado que Steinhilber había sido atrapado en una bolsa con anterioridad, y pudo salir sano y salvo, la noticia no le preocupó. Acababa de escribir a su mujer: «Volveré a casa en diciembre. Iré a la facultad... y acabaré mis estudios de

ingeniero electricista.»

• • •

Desde su nuevo puesto de mando de Gumrak, Paulus envió otro cable urgente. En él, solicitaba la oportunidad de salvar su Ejército:

CG VI Ejército
Sección G 3
22 noviembre 1942. 19.00 horas
Radio mensaje
Al grupo de Ejércitos B:
El Ejército está cercado... El frente sur aún está abierto al este del Don. El Don está helado y es cruzable... Queda poco combustible. Una vez se haya gastado, los carros y la artillería

pesada quedarán inmovilizados. Existe escasez de municiones y las provisiones sólo durarán seis días más... Solicito libertad de acción... La situación puede obligar a abandonar Stalingrado y el frente norte...

Tres horas después recibió una vaga respuesta por parte del Führer: «El VI Ejército debe saber que estoy haciendo lo posible para ayudarle y aliviarle... Daré órdenes dentro de poco...»

Hitler estaba perplejo respecto a cómo salvar a Paulus, pero hasta que decidiera qué acción debía emprender creía que el VI Ejército debía mantener su posición. La mayor parte de aquella tarde la pasó con Kurt Zeitzler y Albert

Jeschonnek. Ambos oficiales llegaron al *Berghof* decididos a que Hitler abandonase su idea de abastecimiento por el aire: Jeschonnek sacó a colación los problemas del tiempo y de los aeródromos insuficientes a distancia de vuelo de Stalingrado.

Aunque a Zeitzler le pareció que Jeschonnek no era lo suficientemente enérgico defendiendo su caso, Hermann Goering opinó otra cosa cuando oyó los detalles de la conferencia. Llamó a Jeschonnek y le advirtió que no «pusiera a Hitler de mal humor».

Aquella noche, Hitler abandonó su montaña y se fue en tren a Leipzig, donde le esperaba un avión para llevarlo a Rastenburg, en la Prusia

oriental. Ya daría luego las órdenes.

CAPITULO XVII

En un bunker de tierra situado al oeste del aeropuerto de Gumrak, Friedrich von Paulus, impaciente, aguardaba a que el Führer le permitiese abandonar el Volga. Para reforzar sus razonamientos, Paulus recordó de nuevo a sus superiores inmediatos los peligros con los que se enfrentaba el VI Ejército:

23 de noviembre, 11.45 horas
Al grupo de Ejércitos B:

Ataques mortales en todos los frentes... Se considera imposible suministro aéreo, incluso aunque mejore el tiempo. La falta de

municiones y combustible puede dejar indefensas a las tropas en un futuro muy próximo...

PAULUS

De nuevo, el grupo de Ejércitos B transmitió el mensaje a Hitler, en Rastenburg, junto con el informe del general Von Weichs, que se mostraba completamente de acuerdo con el análisis de la situación por parte de Paulus.

• • •

En la estepa, más allá del Don, el 48.° Cuerpo Panzer del general Heim continuaba su confusa serie de batallas de carros con las merodeadoras

columnas rusas. El resultado fue la imposibilidad de establecer contacto con las fuerzas rumanas que aún combatían en la vasta llanura. Las interferencias de radio llevadas a cabo por los rusos consiguieron transmitir señales falsas a las unidades que intentaban localizar al general Heim.

Entre el Chir y Klátskaia, en el Don, las últimas avanzadillas rumanas estaban a punto de caer. El general Mihail Lascar, un bigotudo hombre bretón, había reunido elementos de cuatro divisiones en medio «de casas en llamas y cadáveres rumanos». Los rusos le intimaron a la rendición y él telegrafió al grupo de Ejércitos B alemán para pedir autorización para

retirarse. Pero cuando llegó el permiso, ya se encontraba atrapado. En vez de rendirse, Lascar reunió a cuatro mil hombres y los envió para que intentaran reunirse, si podían hacerlo, con el 48.° Cuerpo Panzer de Heim, sitiado en algún lugar de la estepa. Luego, Lascar se dirigió al cautiverio, con su reputación no maculada por la derrota. El campo de batalla que abandonaba «era una fantástica visión... llena de caballos muertos... algunos caballos aún no estaban muertos del todo, y se sostenían sobre tres patas heladas, sacudiendo la otra rota...».

Los soldados a quienes había permitido huir vagaban aturdidamente, buscando comida y helándose hasta

morir al lado del camino. Una hilera de cuerpos señalaba cada carretera por donde rugían larguísimas columnas de carros y camiones rusos. Sólo unos cuantos rumanos alcanzaron a Heim, el cual los condujo, junto con sus malogrados *panzers*, en dirección sur, hacia la libertad. Milagrosamente, sus fuerzas consiguieron llegar a la orilla del río Chir. Pero, al cabo de unas horas, la policía militar alemana lo arrestó. Hitler le había acusado de negligencia al no detener la ofensiva rusa con sus reservas móviles. El Führer insistió en que Heim había desobedecido las instrucciones del Alto Mando del Ejército, radiadas al campo de batalla, y que, además, había

fracasado al no atacar al enemigo en los momentos cruciales de las primeras horas del conflicto. Atónito ante tales acusaciones, Heim marchó a Alemania para enfrentarse a un tribunal militar.

Durante una tensa y pesimista conferencia en Rostov, el general Steflea, jefe del Estado Mayor del Ejército rumano, se reunió con un oficial de enlace alemán y le leyó los informes de campaña de la rendición de Lascar. Aterrado por lo que les había sucedido a sus III y IV Ejércitos, Steflea censuró a su aliado:

—Han sido desatendidas todas las indicaciones que durante semanas he ido transmitiendo a las autoridades alemanas... Sólo han quedado tres

batallones de las cuatro Divisiones del IV Ejército rumano... El Cuartel general alemán no ha tenido en cuenta nuestros requerimientos. Y ésta ha sido la causa de que hayan sido destruidos dos Ejércitos rumanos.

El oficial de enlace alemán no podía rechazar estas acusaciones. Prometió transmitir a una autoridad superior las declaraciones del general Steflea.

• • •

En las barricadas de las afueras de la ciudad de Sovietski, a veinticinco kilómetros al sudeste del puente de Kalach, los carros soviéticos T-34, en un campo de tiro de diez metros, se

batían en duelo con la retaguardia alemana que intentaba conservar la aldea. El estrépito de la batalla llegó hasta los carros rusos del 4.° Cuerpo Blindado del general Víctor Volski, mientras exploraba con cautela los campos situados al sur y al oeste de la ciudad. Nerviosos porque estaban a punto de conducir a los elementos rusos de las puntas de lanza de la ofensiva del norte del Don, lanzaron bengalas verdes de reconocimiento para anunciar su presencia. Poco antes de las cuatro de la tarde del 22 de noviembre, otra serie de bengalas verdes se elevaron al cielo hacia el noroeste y los T-34 de Volski siguieron adelante. Ante ellos surgieron centenares de rusos vestidos de blanco y

las dos fuerzas se reunieron entre un frenesí de gritos, abrazos y lágrimas.

Casi histéricos de alegría, los soldados rusos bailaron encima de la nieve para celebrar aquel increíble triunfo. En menos de noventa y seis horas, habían tendido un lazo alrededor del VI Ejército alemán. Dentro de aquella «bolsa» había más de doscientos cincuenta mil soldados alemanes: prisioneros, aislados en una vasta llanura nevada.

• • •

Sobre toda Rusia, los locutores de radio vocearon las increíbles victorias del Ejército Rojo. Los nombres de

Kalach y Sovietski fueron lanzados a través de las ondas y el pueblo soviético se enteró por primera vez del cerco de Stalingrado.

Pero, en Moscú, Stalin no lo celebró. El primer ministro «estaba belicoso» porque presentía una gran oportunidad para sus Ejércitos en el sur. Mirando en los mapas, vio la posibilidad de crear una bolsa mayor. Algunos cientos de kilómetros por debajo del cerco del Volga, el grupo de Ejércitos B alemán permanecía inmóvil en el Cáucaso. Si el Ejército Rojo lograba capturar la ciudad de Rostov en el mar de Azov, el lazo en torno de Stalingrado se convertiría sólo en la fase menor de un gran triunfo. Por ello, Stalin urgió a sus generales:

Al Camarada Dontsov [Rokossovski], 23 de noviembre 1942

Copia para el camarada Mijailov [Vasilevski], 19.40 horas.

Según el informe de Mijailov, la 3.ª División Motorizada y la 16.ª División Blindada del enemigo han sido en parte o totalmente trasladadas a su frente... Esta circunstancia provoca una favorable situación para que todos los Ejércitos de su frente puedan entrar en acción. Galinin es demasiado lento...

Digan también a Zhadov que comience a activar las operaciones e intente envolver al enemigo.

Den un empujón a Batov; puede ser más enérgico en la actual situación.

• • •

El general Paulus estaba listo para escapar de la bolsa recién formada, una situación que los alemanes llamaban *«Der Kessel»* («La caldera»). Durante las pasadas veinticuatro horas, había reunido un espolón de blindados, artillería e infantería montada que podrían forzar un paso hacia el sudoeste. El grupo especial se había concentrado alrededor del aeropuerto de Gumrak. El teniente Hans Oettl estaba allí, al igual que todos, con una expectante disposición de ánimo. Contento de ver que estaba a punto de suceder algo positivo, observó cómo los carros eran

pintados de blanco y las tropas recibían blancos abrigos con capucha.

El teniente Emil Metzger también se encontraba allí, radiante de optimismo. Ya que su batería *nebelwerfer* había sido adscrita al Cuartel general del VI Ejército, ayudaría a la potencia de fuego necesaria para bombardear un pasillo a través de las débiles líneas rusas cerca de Sovietski. Metzger estaba convencido de que la operación saldría bien.

Pasaron las horas y Paulus no dio la orden de atacar. Hitler aún no había concedido aprobación a la maniobra. Paulus cablegrafió de nuevo a Hitler.

23 de noviembre de 1942
Mein Führer.

Desde que recibimos su mensaje radiofónico del 22 de noviembre, la situación ha evolucionado con extrema rapidez...

Escasean las municiones y el combustible... No es posible un oportuno y adecuado reavituallamiento...

Debo sin dilación retirar todas las divisiones de Stalingrado y más tarde unas fuerzas considerables desde el perímetro norte...

En vista de la situación, pido me conceda completa libertad de acción.

Heil, mein Führer!

PAULUS

Mientras se transmitía este mensaje,

uno de los generales de Paulus, Seydlitz-Kurzbach, intentaba una retirada no autorizada del Volga. Ordenó a la 94.ª División de Infantería que abandonara su sector en el rincón del nordeste de la bolsa. El propósito de dicho plan consistía en provocar la marcha rápida de las unidades alemanas próximas en retiradas similares, lo cual, a su vez, forzaría a Paulus a ordenar un éxodo desde el *Kessel*.

Así, en la noche del 23 de noviembre, los centinelas rusos vieron levantarse gigantescos incendios dentro del perímetro de la 94 y avisaron al puesto de mando de Vasili Chuikov. Las llamas brillaron una y otra vez mientras los almacenes llenos de municiones

explotaban contra el negro cielo. En las *balkas*, los soldados alemanes rellenaban las mochilas con sus pertenencias y se colgaban del hombro los fusiles antes de volar sus búnkers con bombas de mano. Los oficiales veteranos que llevaban los característicos pantalones con rayas rojas del Estado Mayor general alemán, se los quitaron y los quemaron. En un puesto de mando regimental, donde se dio la orden de retirarse de las posiciones atrincheradas, el oficial que informaba al respecto subrayó fríamente que la «retirada planeada» significaría la pérdida de un tercio de «nuestra gente».

Pero, en cuanto la 94.ª División

abandonó sus posiciones, el 62.° Ejército soviético cayó sobre ella. El teniente Gunter Toepke oyó llegar a los rusos gritando una y otra vez: «¡Hurra! ¡Hurra!» Mientras se lanzaba ciegamente en busca de protección, los rusos causaron un número espantoso de bajas. Atrapados en lugar descubierto, e indefensos contra las oleadas en «apisonadora» de los atacantes del Ejército Rojo, los alemanes murieron a centenares.

Al amanecer, la 94.ª División «dejó de existir». Y lo que es peor, el plan del general Seydlitz-Kurzbach salió al revés. Otras unidades alemanas conservaron sus posiciones y la anticipada huida en masa hacia el este

no se llevó a cabo.

Pero el general, que era un impenitente arrogante y, testarudo, insistió en que aquella estrategia era la única correcta y que la pérdida de varios miles de hombres constituía un pequeño precio que había que pagar para el objetivo superior que anhelaba: la salvación del VI Ejército.

• • •

La acción unilateral de Seydlitz-Kurzbach conllevó otras imprevistas y trascendentales consecuencias. Desde el interior de Stalingrado, un radiotelegrafista de la Luftwaffe radió directamente a Hitler, en Rastenburg, la

noticia de la retirada no autorizada y de la destrucción de la 94.ª División. Pero nadie se molestó en decírselo a Paulus, situado sólo a menos de treinta kilómetros de la tragedia.

La noticia provocó la cólera de Hitler. Despotricando contra Paulus por desobedecer sus instrucciones de mantenerse sobre el terreno, resolvió acabar con cualquier futura insubordinación de una vez para siempre. A las 08.38 horas de la mañana del 24 de noviembre, mandó un drástico mensaje al VI Ejército. Bajo el encabezamiento de «*Führerbefehl*», decreto del Führer de máxima prioridad, estableció unas líneas defensivas precisas para una nueva fortaleza, o

Festung. Advirtiendo a Paulus que mantuviera esas líneas, debido a que había la posibilidad de socorrerlas, Hitler declaró: «El VI Ejército adoptará una defensa de erizo... Los actuales frentes del Volga y norte deben conservarse a toda costa... Los suministros llegarán por aire.»

Tras dos tensos días de frenéticas comunicaciones, el Führer había lanzado un increíble veredicto. Negó a Paulus cualquier libertad de movimientos o decisión. Además, había quitado al VI Ejército la oportunidad de escapar mientras los rusos estaban tratando de fortalecer sus posiciones en torno de la bolsa.

Al dictar sus órdenes, Hitler previo

que Paulus, en un momento tan grave, se subordinaría completamente a la autoridad superior. Su conjetura fue correcta. Incapaz por temperamento de rechazar una orden del Führer, Paulus abandonó el proyecto de abrir brecha y confió en la promesa de un abastecimiento por vía aérea.

Sin embargo, el abastecimiento aéreo era sólo un tema de discusión en Prusia oriental. Hitler aún no sabía si la Luftwaffe podría apoyar al VI Ejército y estaba esperando una voz autorizada sobre la materia. Poco tiempo después, un tren especial pasó a través de los anillos concéntricos de las atalayas de las SS y los fortines situados en la parte exterior de la Guarida del Lobo. El

mariscal del Reich de la Luftwaffe, Hermann Goering, enormemente obeso y cubierto de condecoraciones, se inclinó en obediencia. Tras su fracaso en hacer que Inglaterra se rindiese y evitar los bombardeos masivos de la patria, Goering había visto erosionada su posición en la sutil jerarquía del régimen nazi. Nominalmente aún era heredero de la corona de Hitler, pero, en la actualidad, era ignorado por su jefe y objeto de mofa por hombres como Martin Bormann. Recientemente, había vivido aislado en Karinhall, su magnífica hacienda al sur de Berlín. Desde allí había dirigido una cacería de obras de arte a través de los museos de la Europa ocupada y recurría a las

drogas que le hacían olvidar su sentimiento de fracaso.

Cuando llegó el asunto del abastecimiento por aire, el desacreditado Goering agarró la oportunidad de volver a congraciarse con Hitler y cambiar su suerte adversa. Rechazó las objeciones de Jeschonnek respecto de los aeropuertos inadecuados y el mal tiempo en Rusia y corrió a Rastenburg, donde llegó en medio de una discusión. El general Kurt Zeitzler estaba exponiendo los inconvenientes de un abastecimiento aéreo a gran escala:

—La Luftwaffe puede reunir todos los aviones útiles y volar *sólo* con combustible y municiones. De este modo puede tener éxito la evasión.

Cuando apareció Goering, Hitler preguntó su opinión.

Goering respondió rápidamente:

—Mi Führer, declaro que la Luftwaffe abastecerá por aire al VI Ejército.

Zeitzler se puso furioso.

—La Luftwaffe no puede hacerlo. ¿Está usted enterado, señor mariscal del Reich, de cuántas salidas diarias necesita el Ejército en Stalingrado?

Goering se sonrojó.

—Personalmente, no; pero lo sabe mi Estado Mayor.

—¡Setecientas toneladas! ¡Cada día! Incluso imaginando que se maten todos los caballos de la zona cercada, aún serán necesarias quinientas toneladas —Zeitler se había lanzado—: Todos los

días habrán de transportar quinientas toneladas por aire.

El mariscal del Reich recobró su compostura. Se jactó fanfarronamente:

—Yo puedo lograrlo.

—¡Eso es mentira! —gritó Zeitzler.

En el repentino silencio que se cernió sobre la mesa, Goering enrojeció corno una amapola. Cerró los puños como si fuera a golpear al jefe de Estado Mayor del Ejército.

Hitler dejó discutir a sus ayudantes. Finalmente, intervino con voz enérgica, desprovista de simpatía hacia el apasionado Zeitzler.

—El mariscal del Reich ha hecho una afirmación y me veo obligado a creerle. La decisión me corresponde a mí.

Mientras esperaba fuera de la habitación, el general Adolf Heusinger vio salir a un sonriente Goering al lado de un igualmente satisfecho Hitler. A Heusinger le pareció que todo un Ejército vagando por los nevados campos de la estepa rusa dependía ahora de las promesas de Goering. Heusinger experimentó una premonición de desastre.

Desde Rastenburg, se transmitieron órdenes a la *Luftflotte* para transportar trescientas toneladas diarias a Stalingrado. A medida que dispusiera de más aviones, la Luftwaffe esperaba cumplir el mínimo de las demandas de Paulus de quinientas toneladas para mantener vivos a sus hombres. Hitler

tenía la palabra de Goering al respecto.

A continuación, el Führer volvió su atención hacia Paulus. Ignorando aún la insubordinación del general Seydlitz-Kurzbach, envió otra brusca transmisión a Gumrak:

Radiomensaje (urgente) desde el grupo de Ejércitos B.

Número 1422 a CG VI Ejército

ALTAMENTE SECRETO.

El Führer desea que, a causa de su decisiva importancia para el VI Ejército, la parte norte de la zona fortificada de Stalingrado... sea puesta bajo el mando de un comandante militar. Este comandante será responsable ante el Führer de que

dicha zona fortificada sea conservada a cualquier precio. El Führer, por ello, ha encargado al general de Artillería Von Seydlitz... dicha responsabilidad. Esto no afectará a la responsabilidad global del comandante en jefe del VI Ejército...

Por orden del Führer

Ahora, Paulus conocía ya el desastre causado por Seydlitz-Kurzbach pero, por alguna razón inexplicable, rehusó contarle a Hitler que el hombre en quien confiaba actualmente le había desafiado. En lugar de ello, Paulus llevó la última orden de Hitler al bunker de Seydlitz-Kurzbach y entregó el documento al oficial del cabello entrecano.

Cuando Seydlitz-Kurzbach acabó de leerlo, Paulus le preguntó:

—¿Qué piensa usted hacer ahora?

Seydlitz-Kurzbach respondió lacónicamente:

—Supongo que no puedo hacer otra cosa sino obedecer.

Muchos soldados alemanes aceptaron resignados la noticia de la anulación de la retirada.

El cabo Heinz Neist no podía imaginar que un ejército tan numeroso pudiese malograrse. Aunque, en resumen, le fastidió el pensamiento de que nadie era capaz de ayudarle, Neist, que tenía treinta y un años, se negó a que su espíritu flaqueara. En su sótano, al oeste de la fábrica de cañones Barricada,

permaneció junto a su radio y esperó pacientemente a que alguien acudiese a rescatarlo.

• • •

El oficial en jefe de Josef Metzler contó a éste personalmente lo referente a la abortada maniobra. Cuando el comandante se apresuró a añadir que dudaba de que los rusos fuesen capaces de apoderarse del sitiado VI Ejército, Metzler le creyó. Estaba más preocupado por conseguir un par de botas. Demasiado escrupuloso para arrebatárselas a los prisioneros rusos o quitarlas de los cadáveres, esperó con impaciencia el afortunado momento en

que obtendría un par. Sus pies parecían de hielo.

• • •

Al sargento Albert Pflüger, un agresivo veterano de la 297.ª División, en el borde sur de la bolsa, tampoco le trastornó la noticia. En una sesión informativa, cuando un oficial leyó un informe que hablaba de la ofensiva rusa y del envolvimiento «temporal», Pflüger lo escuchó con poco entusiasmo. Encontró muy divertido que las palabras del informe pareciesen rimar.

Después de concluida la reunión, el sargento caminó entre la espesa nieve hacia su unidad, pero se desorientó y

vagó largo rato bajo un frío de hielo antes de encontrar su bunker. Le costó mucho tiempo quitarse el frío de los huesos.

• • •

Para otros soldados alemanes, la cancelación fue un terrible infortunio, pues sembró en ellos el disgusto y la duda. Aquellos hombres habían llegado desde Gurmak y el ángulo sudoeste de la bolsa para dirigir la retirada. Ahora retrocedían penosamente a unos búnkers construidos con muchos meses de anticipación al invierno ruso. Pero no encontraron abrigo: los rusos se habían infiltrado durante su ausencia y ocupado

sus refugios.

El sargento alemán Albert Pfüger, de la 297.ª División de Infantería

Así, el maestro de escuela Friedrich Breining tuvo que establecer una serie de trincheras poco profundas en terreno

abierto a las que azotaba el viento arrastrando la nieve. En unas posiciones tan expuestas, Breining empezó a preguntarse si podría sobrevivir por mucho tiempo.

El teniente Hans Oettl estaba en idéntico apuro. Disgustado por el giro que habían tomado los acontecimientos, se enfureció interiormente contra el Alto Mando alemán.

—¡Ahora estamos vendidos! —murmuró.

Pero Oettl era casi el único de esta opinión. La mayoría de los hombres argüían que el Führer no les abandonaría. Oettl se reía sarcásticamente de ellos.

El teniente Wilhelm Kreiser se enteró

de la noticia en el mismo sótano para guardar patatas del que se había apoderado a fines de octubre.

—Es algo parecido a un mazazo —dijo a sus amigos.

En la compañía de Kreiser, pocos creían en el abastecimiento por aire.

Los rusos situados enfrente de Kreiser eran cada vez más agresivos. Mientras él tenía cantidades limitadas de municiones y alimento, el enemigo colmaba de obuses su posición. Cada vez que Kreiser abría fuego, los rusos disparaban sobre la columna de humo que salía de la casa.

Para estar preparados ante cualquier eventualidad, el teniente ordenó que cavasen una trinchera detrás del puesto

de mando. Deseaba estar dispuesto para lo peor.

• • •

El sargento Wirkner, natural de la Alta Silesia, estaba demasiado ocupado para detenerse a analizar el futuro. Rodeado por vehículos en llamas, el veterano de veintiún años de las campañas de Polonia, Francia y Creta se apresuraba para salvar la vida. Su 14.ª División Panzer iba a ser mandada al este, al otro lado del Don, hacia Stalingrado. Todos los materiales de asuntos secretos tenían que ser destruidos; todos los vehículos no necesarios para el combate debían ser quemados.

Wirkner y sus camaradas estaban rodeados por la ondulante niebla, mientras las explosiones sacudían el aire y los encendidos restos saltaban por los campos. Wirkner marchaba a través del caos, sobre el helado Don y por el perímetro occidental de la bolsa que rodeaba Peskovatka. Los rusos no les siguieron de cerca.

• • •

En el Cuartel general del VI Ejército, un extraño se presentó ante Paulus. El comandante Coelestin von Zitzewitz acababa de llegar de Rastenburg.

La noche anterior, en el Cuartel general del Führer, Zitzewitz habló con

el general Kurt Zeitler, quien le dio una inusitada serie de órdenes verbales:

—El VI Ejército ha sido cercado... Volará hacia Stalingrado con una sección telegráfica del Regimiento de comunicaciones operacionales. Deseo que se comunique directamente conmigo tantas veces como sea posible y tan rápidamente como pueda. Usted no deberá prestar servicios de campaña. No estamos preocupados: el general Paulus se está desenvolviendo bien. ¿Alguna pregunta?

El aturdido Zitzewitz no tenía ninguna.

Zeitzler continuó:

—Dígale al general Paulus que se está haciendo todo lo posible para restablecer el contacto...

Coelestin von Zitzewitz contó esto a Paulus al día siguiente. Paulus le preguntó cómo intentaba levantar el asedio el Alto Mando alemán. En vista de que Zitzewitz no le contestaba, Paulus le habló durante un rato del previsto abastecimiento aéreo. Puso énfasis en que necesitaba quinientas toneladas diarias mientras durara el cerco y subrayó el hecho de que le había sido prometida aquella cantidad.

Antes de despedir a Zitzewitz, Paulus añadió que él opinaba que el VI Ejército podría ejercer una tarea más útil si le permitían retirarse del oeste del Volga a una línea más defendible cerca de Rostov. Repitió varias veces esta declaración, afirmando que los

generales apoyaban su punto de vista. Zitzewitz experimentó una oleada de simpatía hacia aquel general de voz dulce, aquejado de un incesante tic que deformaba su bello rostro. El comandante tenía la sensación de que Paulus parecía abrumado por un peso intolerable.

La llegada de Zitzewitz al Cuartel general del VI Ejército levantó comentarios en el Estado Mayor. Algunos oficiales, sobre todo Arthur Schmidt, se preguntaron abiertamente si el comandante había sido enviado para espiar al jefe del VI Ejército durante aquella crisis.

• • •

Mientras tanto, Paulus recibió un cable que le brindó unas esperanzas inesperadas.

Manstein a Paulus, 24 de noviembre, 13.00 horas.

Asumo el mando el 26 de noviembre. Haré cuanto esté en mi poder para ayudarle... Entretanto, es imperativo que el VI Ejército, mientras conserva el Volga y el frente norte, en cumplimiento de las órdenes del Führer, alinee sus fuerzas ordenadamente, con el fin, si fuera necesario, de abrir un canal de abastecimiento hacia el sudoeste.

MANSTEIN

El mariscal de campo Erich von Manstein se había enterado por primera vez de este plan el 21 de noviembre, cuando se lo comunicó el OKW en el Cuartel general del XI Ejército, en Vítebsk, a unos quinientos kilómetros al oeste de Moscú. Había sido nombrado jefe del grupo recién formado de Ejércitos del Don, que comprendía el rodeado VI Ejército, el destrozado IV Ejército Panzer de «Papá» Hoth y los restos de las divisiones rumanas esparcidas por la estepa. El OKW dijo a Manstein que su primordial tarea radicaba en abrir un pasillo hasta el VI Ejército para que se pudiesen enviar suministros a los alemanes que

combatían en el Volga. Pero se advirtió al mariscal que no debía sacar al VI Ejército del Kessel. Sólo debía «prestar ayuda», mientras trabajaba estrechamente con los grupos de Ejércitos A y B para proteger los flancos derecho e izquierdo de la Wehrmacht en el sur de Rusia.

Con dudas acerca de la utilidad de conservar Stalingrado, Manstein subió a bordo de un tren que cruzó la estepa hacia Novocherkassk, en las afueras de Rostov. Mientras contemplaba pensativamente a través de la ventana aquel inacabable mar de nieve, recordaba que sólo diez años atrás lo había atravesado como invitado del Gobierno soviético. Aquello había

ocurrido durante la increíble era de cooperación secreta entre Stalin y la República de Weimar alemana, cuando, durante varios años, los prometedores oficiales alemanes habían compartido la enseñanza con sus colegas del Ejército Rojo mientras, al mismo tiempo, los aviadores alemanes practicaban las técnicas de bombardeo en picado sobre blancos situados alrededor del Don. Las potencias occidentales de la Primera Guerra Mundial, reacias a todo rearme alemán, no se enteraron de aquel acuerdo clandestino hasta que fue demasiado tarde para detenerlo.

La ironía de la situación asombró a Manstein, mientras contemplaba la impenetrable hostilidad de la estepa.

Una y otra vez, sus pensamientos se dirigían hacia sus camaradas atrapados en Stalingrado y se hacía pocas ilusiones respecto de su suerte. El mariscal de campo estaba convencido de que Paulus ya había agotado cualquier oportunidad decente de salir bien librado.

A su llegada a Novocherkassk le esperaban dos cartas. Una era de Paulus. Manuscrita y plañidera, trataba de plantear el dilema del VI Ejército:

Mis dos flancos quedaron desguarnecidos en dos días... el resultado aún es incierto.

Ante esta difícil situación, envié al Führer un mensaje en el que pedía

libertad de acción...

No recibí una contestación directa a dicho mensaje...

Dentro de muy pocos días la situación de los abastecimientos puede conducir a una crisis de la mayor gravedad.

Sin embargo, aún creo que el Ejército puede resistir durante algún tiempo. Por otra parte —aunque no pueda llegar hasta mí algo parecido a un pasillo—, aún no es posible decir si la debilidad cada día creciente del Ejército permitirá conservar por mucho tiempo la zona situada alrededor de Stalingrado...

...Le estaría agradecido si pudiese mantenerme más informado que hasta

ahora, a fin de aumentar la confianza de mis hombres...

Al final de la página, Paulus se disculpaba de la pobre calidad del papel y de su mala letra.

La otra carta era del mariscal Ion Antonescu, el jefe de Estado rumano, que se quejaba amargamente del mal trato dado a sus soldados por los oficiales y soldados alemanes.

Manstein se puso furioso al recibir una carta semejante porque respetaba la contribución rumana al esfuerzo de la guerra. Por otra parte, también conocía los conmovedores detalles de la destrucción de los ejércitos de Antonescu. Originariamente, hubo

veintidós divisiones. Nueve de ellas quedaron destruidas en campaña; otras nueve se habían deshecho y huido. Sólo cuatro permanecían enzarzadas en la batalla.

Fastidiado por aquellos descorazonadores mensajes, Manstein se lanzó inmediatamente a su tarea primordial: alcanzar el VI Ejército. Creyendo que el abastecimiento aéreo de Goering podría mantener vivas a las tropas de Paulus, Manstein confiaba en abrir un pasillo hacia la fortaleza, preparando un ataque con dos puntas. Una de ellas consistiría en una operación de diversión hacia el oeste, apuntando a Kalach. Con suerte, aquella diversión podría sacar unidades rusas

de la segunda operación que comenzaría en Kotelnikovo, ciento veinticinco kilómetros al sudoeste de la bolsa.

La ofensiva de Kotelnikovo tenía la ventaja de que no había que cruzar por ninguna parte el Don. Sólo dos de sus tributarios, los ríos Aksai y Mishkova podrían entorpecer el avance. Detrás del Mishkova se extendían cincuenta kilómetros de estepa abierta, que llegaban por todas partes al perímetro sur del *Kessel*. Cuando las tropas de socorro alemanas alcanzasen el río Mishkova, Manstein esperaba que Paulus empujase con su ejército y se pudiese unir a ellos.

Ante todo, Manstein necesitaba más tropas y blindados. Habiendo

completado un largo viaje desde Francia, los primeros elementos de la 6.ª División Panzer se componían de ciento sesenta carros manejados por carristas de selección. Pocos días después empezó a colocarse detrás de la 6.ª la 17.ª División Panzer con casi todo su personal y efectivos. Como ayuda adicional, Manstein había convocado a la 16.ª División Motorizada, que estaba a cincuenta kilómetros al este de su Cuartel general y que, en la actualidad, rellenaba la brecha dejada por la desaparición del IV Ejército rumano. Manstein también había solicitado la 23.ª División Panzer. Ésta había quedado reducida a veinticinco carros, pero él no estaba enterado de su

maltrecha situación.

Para proteger los flancos de la expedición de socorro, el mariscal de campo contaba con los restos de las fuerzas rumanas, reunidas precipitadamente en dos cuerpos por debajo de su capacidad normal. Pero todos estos proyectos estaban destinados al fracaso, a menos que, el VI Ejército fuese abastecido por aire y que una improvisada fuerza defensiva, al mando del coronel Walter Wenck, pudiese rechazar a los rusos de la estepa al sur del Don.

Sólo unos cuantos días después, Wenck recibió órdenes urgentes de abandonar su puesto en el Cáucaso y tomar el mando de una línea «en forma

de pantalla» enfrente de los rusos, para empujarlos hacia Rostov desde Serafimóvich y Klátskaia.

Escaso de fuerzas y equipo, el coronel se fijó sus propias reglas. Recorrió las carreteras y obligó a los extraviados a reunirse en unidades *ad hoc*. Proyectaba películas en las intersecciones y, cuando los exhaustos soldados se detenían para verlas, Wenck bruscamente les hacía retroceder de nuevo hacia la guerra. Uno de sus suboficiales encontró un depósito abandonado de combustible y colocó unas señales que decían: «Al punto de abastecimiento de combustible.» Centenares de coches, camiones y carros se dirigieron a aquel oasis únicamente para verse transformados en parte del

nuevo Ejército de Wenck.

El 27 de noviembre, cuando Wenck se reunió con Manstein en Novocherkassk para discutir la situación, el mariscal de campo recordó de modo terminante al coronel su pavorosa responsabilidad:

—Wenck, usted me responderá con su cabeza de que los rusos no penetrarán hasta Rostov. Debemos mantener el frente Don-Chir. De otro modo, no sólo se perderá el VI Ejército en Stalingrado, sino todo el grupo de Ejércitos A en el Cáucaso.

Wenck no necesitaba una amonestación. Precisaba una suerte extraordinaria.

CAPÍTULO XVIII

«Llega Manstein, llega Manstein», fue la consigna que se transmitió a través de las heladas *balkas* en el *Kessel* entre el Don y el Volga. Los soldados gritaban con entusiasmo su nombre y se repetían historias unos a otros acerca de su genio: Manstein, cuyo plan de rebasar la línea Maginot había provocado el hundimiento de Francia en menos de seis semanas; Manstein, que tomó la ciudad-fortaleza de Sebastopol, en Crimea, en unos días. Al oír aquellos relatos, los hombres del VI Ejército se refocilaban ante la llegada de aquel hombre legendario de nariz ganchuda y pelo

canoso y se reían de su temporal condición de «ratones en una ratonera».

El general Seydlitz-Kurzbach no se reía de la difícil situación del Ejército. Completamente acobardado por la orden de Hitler de soportar la corresponsabilidad de la defensa de la bolsa, decidió eximirse de toda acusación en el caso de que pereciese el VI Ejército. Empezó a escribir:

De: Mando general
51 Cuerpo de Ejército
25 de noviembre de 1942 mañana
A: Comandante en jefe del VI Ejército [Paulus]. He recibido el mando del Ejército en fecha 24 de noviembre de 1942 para la continuación de la

lucha...

El Ejército se halla ante una clara alternativa: abrir brecha hacia el sudoeste en dirección general a Kotelnikovo o el aniquilamiento del Ejército en unos pocos días... Los suministros de municiones han descendido considerablemente. La prevista acción del enemigo, el cual tiene en reserva la victoria en una clásica batalla de aniquilamiento, es fácil de juzgar... No se puede dudar que continuará en sus ataques... con mantenida violencia.

La orden del Alto Mando... de conservar la posición en erizo hasta que llegue ayuda está obviamente basada en fundamentos irreales... La

ruptura del cerco debe iniciarse y llevarse adelante de modo inmediato.

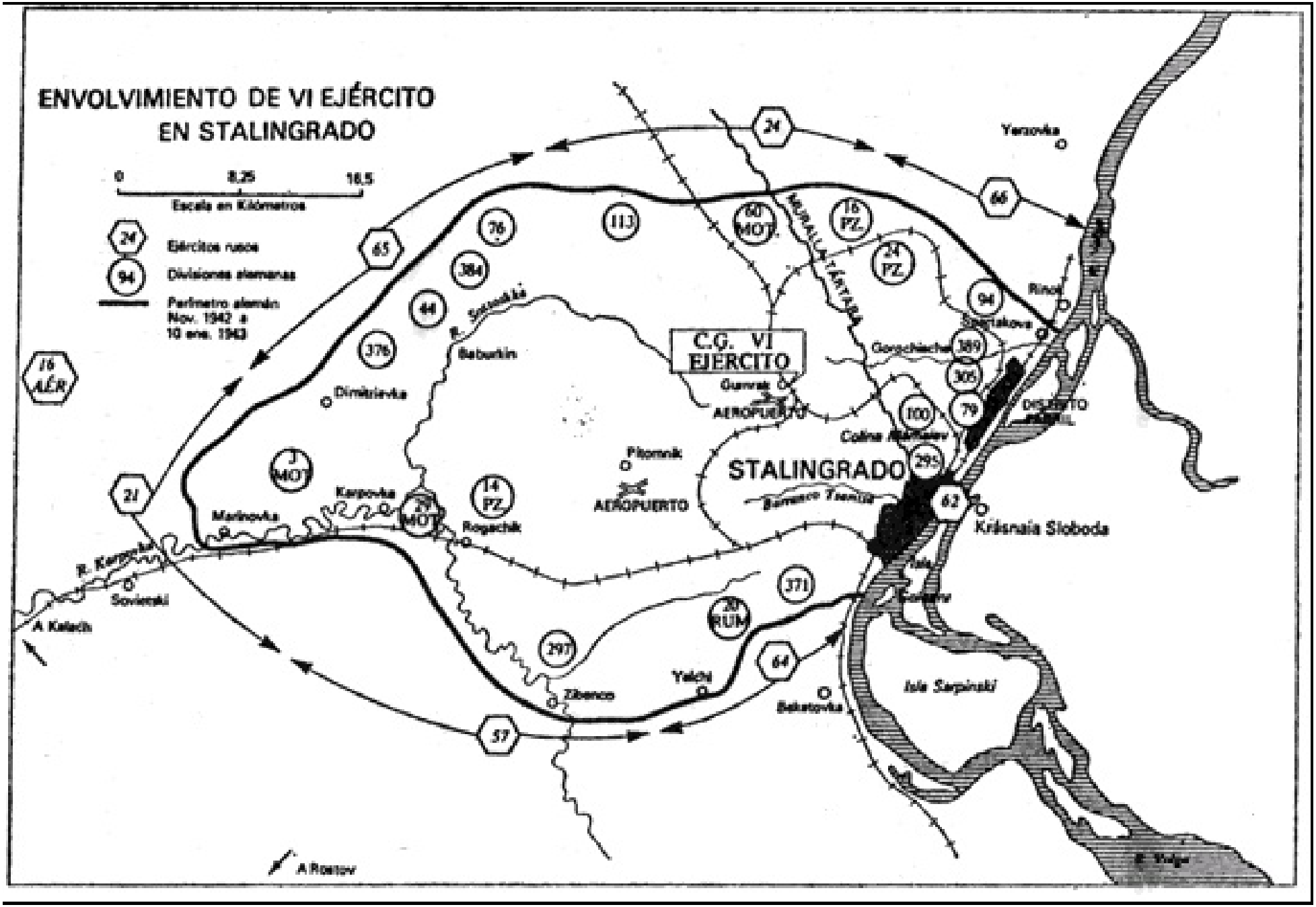
Paulus leyó los comentarios de Seydlitz-Kurzbach con la tolerancia que un padre muestra respecto de su hijo travieso. No necesitaba de tales análisis por parte de Seydlitz-Kurzbach. Hacía ya días que sabía que era imperativa la retirada desde el Volga. En aquellas preciosas horas que se habían perdido, por lo menos sesenta formaciones soviéticas habían acampado en el perímetro del *Kessel*, con sus cañones apuntando en dirección al VI Ejército. Al sur y al oeste, por lo menos otras ochenta unidades del Ejército Rojo estaban ya dispuestas para impedir

cualquier intento alemán de llegar hasta Paulus. El 25 de noviembre los alemanes, dentro del *Kessel*, estaban alejados unos cuarenta kilómetros de las tropas amigas más próximas.

• • •

En las bases aéreas cercanas a Stalingrado, los aviadores alemanes luchaban por conseguir que el abastecimiento aéreo fuese un éxito. El general Martin Fiebig dirigía la poco sistemática acumulación de fuerzas desde Tatsinskaia y Morosóvskaia, donde había excelentes bases de cazas y bombarderos durante los suaves meses veraniegos, cuando el tiempo permitía

cientos de salidas cada día. Pero ahora era el tiempo invernal y las unidades aéreas de la estepa se enfrentaban con enormes dificultades. Los Ju-52 trimotores, los «caballos de trabajo» de la Luftwaffe, volaban desde bases distantes. Algunos eran viejos y de poco fiar; otros carecían de cañones y de radio. Las tripulaciones variaban desde los veteranos hasta los graduados noveles de las escuelas de entrenamiento de Alemania. Muchos aviadores llegaban a Rusia vestidos como para vuelos regulares, sin el necesario equipo para las temperaturas por debajo de cero.


ENVOLVIMIENTO DE VI EJÉRCITO
EN STALINGRADO
0
8,25
16,5
Escala en Kilómetros
24
Ejércitos rusos
94
Divisiones alemanas
Perímetro alemán
Nov. 1942 a
10 ene. 1943
C.G. VI
EJÉRCITO
STALINGRADO
AEROPUERTO
AEROPUERTO
Yerzovka
Rinok
Gorodishche
Beketovka
Krásnaia Sloboda
Isla Sarpinski
Beburkin
Dmitrievka
Karpovka
Marinovka
Raspopinski
Zibenco
Yelchi
Plotnikovski
Sovietski
R. Karpovka
A Kalach
A Rostov
Barranco Tsaritsa
Colina Mamaiev
Gumrak
24
65
66
57
64
21
16 AÉR
76
384
44
113
60 MOT
16 PZ.
24 PZ.
94
389
305
79
100
295
62
376
J MOT
29 MOT
14 PZ.
297
20 RUM
371

El 25 de noviembre, los primeros aviones empezaron a hacer un puente aéreo hacia el aeropuerto de Pitomnik, dentro del *Kessel*. Durante los dos primeros días se esforzaron por ir y venir, transportando combustible y municiones. Al tercer día, 27 de noviembre, el tiempo impidió todas las operaciones y Fiebig sumó los irrisorios totales. En las primeras cuarenta y ocho horas, sólo se habían entregado ciento treinta toneladas en lugar de las seiscientas requeridas. Con tristeza escribió en su diario: «El tiempo es atroz. Estamos intentando volar, pero es imposible. Aquí, en Tatsinskaia se suceden las tormentas de nieve. La

situación es insostenible.»

El mariscal Richthofen estuvo completamente de acuerdo. Desesperado ante el suministro aéreo, telefoneó a Kurt Zeitzler y Albert Jeschonnek para advertirles que el VI Ejército debía abrirse paso antes de que perdiese su capacidad de movimiento. Richthofen les rogaba que transmitieran su opinión a Hitler. Así lo hicieron, pero Hitler se negó a dejarse influir. Dijo a Zeitzler que el VI Ejército podía resistir, debía resistir. Si abandonaba Stalingrado, declaró Hitler, «nunca volveremos allá de nuevo».

Cuando Richthofen escuchó aquel veredicto, se percató de que él y otros comandantes, no eran «nada más que

unos muy bien pagados suboficiales». Aunque muy disgustado, el frustrado general de la Luftwaffe se dominó y volvió a su trabajo. Su razonamiento fue muy simple: «Ordenes son órdenes.»

• • •

Mientras tanto, el Alto Mando ruso luchaba a brazo partido con sus propios graves problemas: el éxito del vasto envolvimiento. Ni Stalin ni Vasilevski ni Zhúkov se habían atrevido a prever las dimensiones de su triunfo. Preparados para enfrentarse a cien mil enemigos, de repente se dieron cuenta de que había casi trescientos mil hombres a quienes contener y liquidar.

En las escuelas de Estado Mayor del Ejército Rojo nunca se había mencionado una operación semejante. Sólo Zhúkov tenía experiencia práctica de haberse enfrentado con un enemigo sitiado: en Jalkin Gol, Manchuria, en 1939, había eliminado con éxito una parte del Ejército japonés de Kuantung en un período de once días. Pero aquellas fuerzas sólo representaban una cuarta parte del VI Ejército de Paulus, ahora acorralado, pero peligroso y desafiante.

El 28 de noviembre, Stalin llamó a Zhúkov para discutir las complejas dificultades surgidas al hacer frente a la «fortaleza» de Stalingrado. Una vez más, el primer ministro necesitaba de la

calma de su segundo para hacer un análisis de emergencia. Al día siguiente, Zhúkov respondió con un telegrama:

Las fuerzas alemanas atrapadas no pueden abrirse una brecha sin la colaboración de una fuerza de socorro...

El mando alemán, evidentemente, tratará de conservar sus posiciones en Stalingrado... Reunirá unas fuerzas auxiliares para intentar abrir un corredor por donde abastecerse y, eventualmente, evacuar las fuerzas envueltas...

Hay que separar por la mitad a las fuerzas atrapadas en Stalingrado.

Pero los rusos no tenían una fórmula rápida para conseguir este objetivo. En aquel momento, siete Ejércitos soviéticos apretaban en un hostil abrazo al VI Ejército. Los 66.° y 74.° Ejércitos estaban situados en el norte; los 21 y 65 cerraban la salida por el oeste; los 57 y 64 empujaban por el sur. En el mismo Stalingrado, el 62.° Ejército de Vasili Chuikov poseía la orilla del Volga desde el mes de septiembre.

• • •

El *Kessel* tenía, *grosso modo*, cuarenta y cinco kilómetros de largo por treinta y cinco de ancho, con el lado occidental acabado en punta y dando la impresión

de ser el hocico de un oso hormiguero gigantesco. En su parte media, cinco cuarteles generales de cuerpos de Ejército estaban esparcidos por la estepa alrededor de Paulus, mientras dentro del perímetro las abatidas divisiones se enfrentaban con el exterior.

Guarneciendo el frente norte cercano al Volga se encontraban las 24.ª y 16.ª Divisiones Panzer. A su izquierda, permanecían la 60 Motorizada y la 113 de Infantería, mermadas. En el sector noroeste, las casi destruidas Divisiones 76, 384 y 44 se reponían de las heridas sufridas en su retirada al otro lado del Don. En el extremo de la punta occidental, en el «hocico», los restos de

la 376.ª División conservaban una precaria faja de terreno al lado de la 3.ª Motorizada. En el lado sur de la bolsa, la 29.ª División Motorizada se hacía fuerte angustiosamente junto a las Divisiones 29 y 371. La 14.ª Panzer y la 9.ª Antiaérea vagaban como reserva por la bolsa, moviéndose de posición en posición según la amenaza del momento.

Dos divisiones rumanas y un regimiento de croatas se reponían en la línea del sur más cercana a Stalingrado. Y dentro de la población, seis exhaustos grupos de combate conservaban el noventa y cinco por ciento de la ciudad. Allí las Divisiones 71,295,100,79,305 y 389 estaban enterradas en los mismos sótanos y trincheras que ocuparon

durante los meses de septiembre y octubre.

• • •

En la orilla del Volga, el general Chuikov, desasosegado, entraba y salía de su bunker, situado en los riscos, maldiciendo su mala suerte. Su guerra se había vuelto estática —una consecuencia del drama en las estepas del oeste y del sur— y el Volga continuaba atormentándole. Los témpanos de hielo se deslizaban, enormes, chocando unos contra otros como cuchillos rascando vidrio.

El 27 de noviembre, el disgustado Chuikov radió al Cuartel general del

frente al otro lado del río: «El canal del Volga, al este de las islas Golodni y Sarpinski, está completamente bloqueado por el denso hielo... No se han entregado las municiones ni evacuado los heridos».

La ofensiva en la estepa no había resuelto sus problemas. No sólo eso, sino que estaba afligido por unas órdenes que hacían que sus tropas anduvieran escasas de raciones. Chuikov estaba furioso con sus superiores y les dijo: «... con cada soldado deseando con todo su corazón y con toda su alma ensanchar la cabeza de puente para poder respirar más libremente, tales economías parecen una crueldad injustificada...»

• • •

Los alemanes ya estaban a media ración. Al haber sido sitiados con la mayoría de sus suministros en el lado contrario del Don, donde la ofensiva rusa había barrido la estepa, cuando empezó el envolvimiento el VI Ejército sólo tenía raciones completas para seis días. Pero Karl Binder había llevado muy bien a cabo su tarea. La previsión del oficial de Intendencia de desplazar sus vituallas, ropas y ganado hacia el este, más allá de la zona de peligro, hizo que su 305.ª División fuera una de las más «ricas». Luego, Paulus ordenó inventariar los suministros disponibles,

insistiendo en que debería efectuarse un «equilibrio» de las provisiones entre las unidades.

Binder se sintió ultrajado. Tenía escasa simpatía por aquellos que habían fracasado al no anticiparse a la calamidad. No obstante, entrego parte de sus reservas para sus desprovistos vecinos: trescientas cabezas de ganado, ochenta sacos de harina, mantequilla, miel, carne enlatada, embutido. Binder se percató de que su trabajo en pro de sus tropas había sido en vano.

• • •

El veterinario Herbert Rentsch tenía un problema diferente. Sus caballos, los

panjes rusos y los requisados en Bélgica, debían ir al matadero para alimentar al Ejército. El doctor estaba contento de no haber enviado a Ucrania cuatrocientos animales precisamente antes de que se cerrara la bolsa.

También pasaba por una crisis personal. Su propia yegua, *Lore*, estaba sufriendo los efectos de los insuficientes pastos. Sus costillas se señalaban a través de su manta de invierno. Aún nadie le había obligado a incluir a *Lore* en las listas de los caballos que debían ser sacrificados y rehusaba creer en esta posibilidad.

• • •

En el extremo occidental de la bolsa, los últimos regimientos y compañías alemanes cruzaban corriendo los puentes sobre el Don y pasaban junto a la retaguardia que mantenía a raya a los rusos. El último soldado alemán que cruzo el Don hacia Stalingrado fue un primer teniente llamado Mutius. Durante las primeras horas de la mañana del 29 de noviembre, miró hacia atrás la sombría estepa. A las 3.20 de la madrugada dio un salto y el puente de Lutschinski estallo en una bola anaranjada de llamas que alumbraron la orilla por ambos lados, iluminando una larga línea de vehículos alemanes moviéndose hacia el este, en el *Kessel*.

• • •

El 30 de noviembre, cuarenta bombarderos He-111 se unieron a los Ju-52 de transporte en el vuelo a Stalingrado. Les llevó cincuenta minutos cruzar los campos nevados de la estepa y seguir los radiofaros del lugar de aterrizaje en Pitomnik, que parecía un hormiguero de actividad. Los mecánicos pululaban sobre los aviones en cuanto aterrizaban, descargaban el equipaje rápidamente y extraían la gasolina sobrante de los depósitos de las alas para abastecer de combustible los vehículos blindados situados dentro de la bolsa. Aquel día llegaron por lo menos casi cien toneladas de

suministros vitales. Paulus se animó al creer que la Luftwaffe se disponía a satisfacer pronto sus demandas. Pero no era así. Hubo otro cambio de tiempo y, durante los dos días siguientes, casi no voló ningún avión a Pitomnik.

• • •

Desde el principio de la ofensiva del general Yeremenko, el teniente Hersch Gurewicz había permanecido en posición en el lado derecho de la ruptura, el sector más cercano a la ciudad. Cuando los Ejércitos soviéticos hicieron un intento en el perímetro sur del *Kessel*, el 2 de diciembre, subió a un avión de reconocimiento y despegó para

explorar el terreno.

Por debajo de Gurewicz, las líneas alemanas parecían oscuras manchas, cicatrices irregulares. Mientras señalaba los datos en su mapa, una repentina explosión de fuego antiaéreo conmovió al avión, el cual giró locamente, fuera de control. Gurewicz se agarró a su pequeño asiento y el piloto logró salir del vuelo en picado sólo para estrellarse contra el suelo. Una tremenda explosión dejó a Gurewicz inconsciente. Horas después, despertó para encontrar que la cabina estaba destrozada y el piloto había muerto. Gurewicz miró sus pantalones, que estaban teñidos de sangre. La pierna derecha le latía; estaba doblada casi 45° en relación a su

cuerpo.

Se esforzó denodadamente para salir del avión, pero el cuerpo del piloto había caído sobre él, y Gurewicz experimentó una oleada de pánico. Finalmente, empujó con el cuerpo la portezuela y cayó sobre un montón de nieve. Su pierna colgaba, sujeta sólo por un trozo de piel encima de la rodilla; la arrastró detrás de él tirando de ella con la mano derecha. Con todos sus sentidos despiertos, se dio cuenta de repente de que la explosión que había destrozado el avión fue debida a una mina y que se encontraba solo en la tierra de nadie, en un campo minado.

Se arrastró con cuidado, mirando nerviosamente cualquier indicio

revelador de explosivos plantados en la nieve. Cuando llegó el crepúsculo, ya no pudo ver con claridad y su aliento se heló debido al frío viento. La pierna le atormentaba, pero la fría temperatura congeló la sangre alrededor de la herida, impidiendo que se desangrase hasta morir.

Gurewicz avanzó. Su rostro se endureció con la nieve y el hielo que se depositaban sobre sus ojos y labios. Era ya completamente de noche y el teniente perdió los ánimos. Temiendo moverse entre las minas, yacía desamparado en el campo nevado, temblando tristemente, mientras el dolor de su herida le provocaba arcadas.

En algún lugar de la oscuridad empezó

a moverse una luz y Gurewicz oyó a unos hombres que hablaban en voz baja. La luz se hizo más intensa, de pronto unas manos se tendieron hacia él y lo levantaron. Cuando oyó la musical entonación rusa, su alegría de ser salvado le alivió la tensión provocada por haberse sentido como enjaulado. Por primera vez en la guerra, las lágrimas inundaron su cara. Gritó de modo incontrolable y sus compatriotas le tendieron cariñosamente sobre una camilla.

Aquella noche los cirujanos le amputaron la pierna derecha casi hasta la cadera. Le dijeron que para él había acabado la guerra y que necesitaría un año para poder recuperarse. Así que

cruzó el Volga por última vez, mientras, detrás de él, el Ejército Rojo estrechaba su presión sobre los alemanes de la bolsa de Stalingrado.

• • •

El sargento Albert Pflüger sabía que sólo era cuestión de tiempo que los rusos cruzaran las escarpadas colinas. En un puesto avanzado de la 297.ª División al sur de Stalingrado, había observado la preparación, durante varios días, de tanques y artillería. Pero su compañía no tenía fuerza suficiente para evitarlo. Se estaban quedando sin municiones.

El amanecer fue esplendoroso, con un

violento sol rojo asomando sobre el horizonte detrás del Volga. Enseguida llegaron los obuses rusos y la cortina de fuego echó por tierra a Pflüger y sus hombres. Cuando la barrera de explosiones pasó a la retaguardia, Pflüger levantó la cabeza para ver a los negros T-34 rusos aproximarse a través de una pantalla de humo. Tres de ellos rebasaron una ladera. El primero desapareció en una torrentera.

Pflüger esperó pacientemente para tender una trampa. Había estacionado un cañón anticarro de 75 mm a su derecha, fuera de la tierra de nadie. Cuando el primer carro remontó la torrentera, el sargento disparó una luz purpúrea hacia el firmamento y el 75 retumbó. El

proyectil cortó la torreta del carro y se remontó en el aire antes de explotar. Dos soldados rusos salieron desordenadamente del T-34 y corrieron con furia, retrocediendo hacia la colina. Pflüger encañonó a uno de ellos. Pero de repente pensó: «Dios mío, si has tenido tanta suerte, ¿quién soy yo para dispararte ahora?» Bajó el fusil y dejó escapar al hombre.

Llegaron los otros carros. El cañón de 75 mm disparó de nuevo y el segundo vehículo recibió un obús en la torreta, a la que catapultó unos quince metros en el aire antes de aplastarse contra el carro. El tercer T-34 fue alcanzado en el bastidor, giró locamente y luego se detuvo.

El sargento había vencido en su primera escaramuza. Pero los rusos se reagruparon. Cuando los cohetes *Katiushka* empezaron a silbar por encima de su cabeza, Pflüger pidió protección a la artillería. Sólo podía disponer de siete andanadas de las baterías de retaguardia, que empezaban a estar severamente racionadas.

Los carros reaparecieron de nuevo y el 75 mm de Pflüger entró de nuevo en acción. Después de que el cañón disparase quince veces, Pflüger recibió una llamada telefónica de su encolerizado comandante, que le gritó:

—Dispare sólo sobre seguro.

Y, en medio de la batalla, el sargento tuvo que explicar por qué había sido tan

imprudente con las municiones. Se le dijo que tuviera cuidado con su dotación.

Pflüger recibió una amonestación oficial por desperdiciar obuses al rechazar otro ataque enemigo.

• • •

El 4 de diciembre los rusos atacaron el *Kessel* desde el norte y el noroeste. La 44.ª División recibió la embestida principal y el cuerpo de bomberos, la 14.ª División Panzer, corrió en su ayuda. Combatieron girando confusamente alrededor de la brumosa Colina número 124.5 y un regimiento alemán perdió más de quinientos hombres. Otros

centenares sufrieron congelación debido a las bajas temperaturas. El sargento Wirkner ayudó a reconquistar una posición que había estado en poder de soldados austríacos antes de que los rusos los rebasaran con carros. Encontró a los defensores donde habían caído. Yacían desnudos en la nieve. Todos habían muerto a tiros.

• • •

En el lado norte del *Kessel*, el observador Gottlieb Slotta, de la 113.ª División, hablaba bajo a Norman Stefan, un antiguo amigo de Chemnitz, en la Alemania oriental. Durante varias semanas Slotta y Stefan habían

compartido la comida, el refugio y los pensamientos más íntimos. Ambos hombres creían que Hitler no les dejaría en la estepa rusa. Cuando hablaban del pasado, Slotta confiaba a menudo las reacciones del trauma que había experimentado en septiembre, cuando sus amigos habían hecho caso omiso de sus avisos y murieron a causa de la explosión de los obuses. Aquel recuerdo aún le perseguía.

Cada día dirigía sus prismáticos al cada vez más creciente número de unidades del Ejército Rojo que se desplegaban delante de él. Cada día telefoneaba a su Cuartel general aquella amenazadora evidencia. Se trataba de un gesto desesperanzado. La 113.ª División

apenas tenía suficientes municiones para mantener a distancia un ataque coordinado.

Stefan estuvo siempre a su lado, observando la misma concentración. Con frecuencia, se incorporaba y andaba por la trinchera de acá para allá. Slotta se reía de él, previniéndole de que un francotirador enemigo podía encontrar irresistible el impulso de acabar con él.

Finalmente, un ruso localizó a Stefan, siguió su recorrido a lo largo de la trinchera y, cuando Slotta se volvía para darle otro aviso, sonó un disparo de fusil. Stefan cayó al fondo del refugio. Aquella noche Slotta se dirigió a un puesto de socorro y esperó al lado de su amigo durante algún tiempo. Pero Stefan

murió sin pronunciar una palabra.

• • •

En el lado oriental del *Kessel*, en la fábrica Barricada de Stalingrado, el comandante Eugen Rettenmaier se enfrentaba con un nuevo aspecto del combate.

La Casa del comisario y las casas 78 y 83 estallaron cuando los soldados del Ejército Rojo se infiltraron en ellas por la noche y se apoderaron de los edificios en ruinas. Las granadas explotaron en breves relámpagos dentro de las habitaciones negras como boca de lobo. Por la mañana, los cuerpos semidesnudos estaban esparcidos por

las escaleras y los sótanos.

El comandante Rettenmaier envió a sus oficiales por etapas a apoderarse de aquellas casas cañoneadas desde detrás de la fábrica Barricada. Generalmente, al cabo de tres días acababan heridos o muertos.

Sus refuerzos, la mayoría jóvenes soldados austríacos, se agotaron a fines de noviembre. La casa 83 se había convertido en una severa prueba, pues la mayoría de los alemanes que acudían allí ya no volvían. Durante dos días, los hombres lucharon sólo por una habitación. Salían de allí oleadas de denso humo. Las granadas mataban tanto a los amigos como a los enemigos.

Cuando un sargento retrocedió hasta el

puesto de mando de Rettenmaier para pedir más bombas de mano, un médico le miró sus sanguinolentos ojos y le dijo:

—Debe permanecer aquí. Puede quedarse ciego.

El sargento no quiso oírle.

—Los otros que aún están allí apenas pueden ver nada, pero necesitamos granadas.

Sólo cuando otro soldado se prestó a llevarlas voluntariamente, se derrumbó en una silla y se desmayó, exhausto.

Rettenmaier tuvo al fin que abandonar la casa 83. Pero sus soldados de los Alpes suabos fueron tozudos y se quedaron en la Casa del comisario.

Rettenmaier también tenía que

encararse con un grave deterioro de la moral. Las medias raciones que los hombres comían no les aliviaban la melancolía y añoraban su país por encima de todo. Privados de un correo regular, caían víctimas del presentimiento de un destino ineluctable. En los refugios, las conversaciones se redujeron a cuchicheos. Los hombres se sentaban durante horas en sus camastros, buscando la soledad de sus pensamientos. Escribían cartas con una velocidad febril, esperando que los aviones del suministro pudieran llevar sus sentimientos más íntimos a los parientes que aguardaban en el hogar.

Cuando llegaba una remesa de correo desde Alemania a la fábrica Barricada,

los pocos afortunados lo leían una y otra vez, acariciaban el papel y olfateaban el menor perfume.

• • •

El cabo Franz Deifel había vuelto de Stuttgart cumplido su permiso de dos semanas y cada día aguardaba que su certificado de licenciamiento del Ejército le permitiera salir del *Kessel* y volver a trabajar en la fábrica Porsche. Entretanto, conducía cada día un camión de municiones hasta un puesto de observación en la ladera posterior de la colina Mámaiev. Era un trabajo muy aburrido que ahora se había hecho muy animado gracias a los indiscriminados

disparos rusos. Deifel había convertido esto en un juego, tratando de adivinar sobre qué parte de la carretera planeaba disparar el enemigo. Hasta ahora siempre había acertado sus previsiones.

Finalmente, recibió una citación para presentarse en el Cuartel general del regimiento y corrió al bunker donde un oficinista le entregó un trozo de papel.

—Aquí está tu licencia.

Deifel lo leyó despacio y el escribiente meneó la cabeza murmurando:

—¡Qué condenada mala suerte!

Había llegado demasiado tarde: sólo los heridos y los casos de prioridad podían ahora abandonar Stalingrado.

• • •

Uno de los casos prioritarios, que estaba subiendo a un bombardero en Pitomnik, recibió un prematuro regalo de Navidad.

El doctor Kohler se quedó atónito cuando el Estado Mayor de la 60.ª División Motorizada insistió en que debía ir a su casa a ver a la familia. En agradecimiento por su devoción, habían recompensado al combativo cirujano con diez días de permiso en Alemania.

Cuando rechazó el ofrecimiento, recibió una orden directa de sus superiores para que hiciese el viaje. Abrumado por tanta solicitud, Kohler dijo adiós a sus hombres que no tendrían

la suerte de ver a sus seres amados en un futuro próximo, o tal vez nunca, y les prometió regresar a tiempo.

• • •

La patria que Kohler visitó estaba inquieta porque el pueblo alemán se había enterado al fin de parte de la verdad acerca de Stalingrado. Cuando la Unión Soviética lanzó un anuncio especial de su victoria del 23 de noviembre, Hitler se vio obligado a dejar filtrar alguna información a través de un comunicado de su Alto Mando del Ejército. No se hizo mención del cerco, sino únicamente de que los rusos habían abierto brecha al noroeste y sur del VI

Ejército. El comunicado atribuía aquel alarmante hecho a «un irresponsable despliegue ruso de hombres y material».

Dada la vaguedad de las noticias, el miedo se apoderó de la población civil alemana, especialmente de aquellas personas con parientes en el frente oriental. Frau Kaethe Metzger era una de ellas. Más o menos preocupada debido a que no había sabido de Emil, telefoneó a la administración de correos local y preguntó:

—¿Está el n.° 15.693 entre los números de correos del Ejército de Stalingrado?

Aunque estaba prohibido suministrar aquella información, el hombre, un antiguo amigo, respondió:

—Espere un momento.

El corazón de Kaethe latió con fuerza mientras aguardaba. La voz regresó de nuevo por la línea:

—¿Significa eso que Emil está allí?

Ella no pudo responder.

—¡Oiga, Kaethe...!

Con los ojos llenos de lágrimas, colgó y se puso a mirar distraídamente a través de la ventana.

• • •

El Cuartel general del grupo de Ejércitos del Don en Novocherkassk era un lugar muy sombrío. Nadie actuaba como debiera y Hitler continuaba poniendo obstáculos a la expedición de

Manstein a Stalingrado.

La 17.ª División Panzer no había podido llegar porque Hitler la separó de la columna para guardarla en reserva ante un posible ataque ruso mucho más al oeste de Stalingrado. Y, al este de Novocherkassk, la 16.ª División Motorizada permanecía estática porque Hitler temía otro ataque desde aquella dirección.

Para complicar más las cosas, el Ejército Rojo desencadenó una serie de operaciones de desgaste contra el improvisado Ejército del coronel Wenck, ahora rebautizado con el nombre de Grupo de combate Hollidt. Aquella miniofensiva, llamada Pequeño Saturno, trataba de embotar el golpe en uno-dos,

que Manstein estaba preparado para asestar, como parte de la operación *Wintergewüter* («Tormenta de invierno»): el establecimiento de un pasillo para el VI Ejército.

En Moscú, la STAVKA se enteraba de los planes de Manstein a través de la red de espionaje Lucía en Suiza. Así, Zhúkov y Vasilevski montaron la operación Pequeño Saturno como un expediente provisional, que atrasaba temporalmente su más grandioso plan, el Gran Saturno: la destrucción del Ejército italiano y de los alemanes en el Cáucaso.

Por su parte, Manstein no podía esperar mucho tiempo para llevar a cabo sus movimientos. Un retraso de sólo

unos pocos días podría resultar fatal para las escasas oportunidades del VI Ejército, por lo que aceleró su horario y puso su confianza en los carros reunidos alrededor de Kotelnikovo. Al fin, las 6.ª y 23.ª Divisiones Panzer estuvieron dispuestas para ponerse en marcha.

• • •

A pesar del cerco, la disciplina y organización del VI Ejército seguía siendo excelente. En la red de carreteras, la Policía militar dirigía el tráfico pesado y encaminaba a los extraviados hacia sus unidades. Las carreteras estuvieron siempre bien equipadas. Señales de tráfico señalaban

el camino a los cuarteles generales divisionales, de los cuerpos y de los regimientos. Los depósitos de combustible y de víveres hacían llegar los racionados suministros de una forma organizada y con una eficiencia muy exacta. Los hospitales funcionaban con un mínimo de confusión, a pesar del creciente número de bajas, aproximadamente mil quinientas diarias. La dotación de vendas y medicinas era razonablemente abundante.

En el aeropuerto de Pitomnik, los heridos eran evacuados en los Ju-52 y He-111 en una proporción de doscientos al día. Partían en buen orden, bajo la vigilante mirada de los médicos que evitaban que los que se fingían enfermos

pudiesen irse hacia la libertad.

Dada la gravedad de la situación, el VI Ejército funcionaba mejor de lo que algunos hubieran podido esperar. Pero ciertos signos de decadencia empezaban a hacerse evidentes. El 9 de diciembre, dos soldados cayeron sencillamente muertos al suelo. Eran las primeras víctimas por inanición.

• • •

El 11 de diciembre, Paulus supo que sus superiores habían fracasado. Durante los primeros diecisiete días del puente aéreo, había llegado a Pitomnik un promedio diario de sólo 84,4 toneladas, menos del veinte por ciento

de lo que necesitaba para mantener a sus hombres con vida. Aquella frustración puso furioso a Paulus y, cuando el general Martin Fiebig, el director de los suministros aéreos de la Luftwaffe, voló a la bolsa para explicar sus dificultades, Paulus, normalmente correcto, acumuló los improperios contra él y criticó mordazmente al Alto Mando alemán.

Un comprensivo Fiebig le dejó despotricar. Paulus le dijo que el puente aéreo era un completo fracaso. Se refirió constantemente a la promesa de un abastecimiento adecuado y a la brutal verdad de que, en la actualidad, apenas llegaba una sexta parte de la cantidad necesaria.

—Con eso —se lamentó Paulus— mi

Ejército no puede resistir ni combatir.

Sólo tenía una vacilante esperanza, a la cual indirectamente se refirió cuando escribió a su mujer, Coca: «Por el momento, tengo entre manos un difícil problema, pero espero que se resuelva pronto. Entonces podré escribirte más a menudo...»

Paulus sabía que, al final, Manstein iba a cumplir su promesa de intentar salvar al VI Ejército.

CAPÍTULO XIX

Desde los suburbios de Kotelnikovo, los carros y camiones pintados de blanco de la 6.ª División Panzer avanzaban desplegados hacia el nordeste y, a las 5.15 de la mañana del 12 de diciembre, se apresuraban en dirección a Stalingrado. Había empezado la operación «Tormenta de invierno», es decir, el intento de penetrar hacia el VI Ejército.

—Dadles, muchachos, demostradles quiénes sois —les arengó el coronel Hunersdorff, experto en carros, desde su vehículo de mando.

Viendo las huellas que los carros

dejaban en la nieve, saludó con la mano a sus hombres que se encaminaban hacia el *Kessel*, a ciento veinticinco kilómetros de distancia.

Sorprendentemente, la resistencia rusa fue despreciable. Desconcertados ante el adelantado horario de Manstein, sus retaguardias retrocedieron tras abrir algún fuego. El peor problema con que se enfrentaban los alemanes era el hielo que cubría los caminos y que impedía a los carros una completa tracción.

• • •

En la aldea de Verjne-Tsaritsin, a setenta y cinco kilómetros al nordeste de Kotelnikovo, los preocupados dirigentes

rusos se habían reunido para discutir el nuevo avance alemán. Presidía la reunión el mariscal Vasilevski, y él y Nikita Jruschov cambiaron pareceres con otros generales acerca de las intenciones alemanas. Convencido de que las fuerzas soviéticas no eran bastantes, Vasilevski intentó telefonear a Stalin, pero no pudo dar con él. Cada vez más alarmado por las noticias de los avances alemanes, pidió al general Rokossovski que mandara el II Ejército de la Guardia, situado de reserva en el frente de Stalingrado, hasta una línea al norte del río Mishkova. Rokossovski se negó, alegando sus propias necesidades de tropas para seguir reteniendo a Paulus en la bolsa.

Cuando Vasilevski insistió, Rokossovski se mantuvo firme. Al fin, los dos hombres empezaron a disputar y luego Vasilevski amenazó con telefonear directamente a Stalin e hizo otra llamada al Kremlin. Pero los circuitos estaban muy sobrecargados y costaría horas lograr una conexión.

Vasilevski estuvo nervioso todo el día mientras la expedición de socorro alemana cobraba velocidad.

• • •

Durante la tarde, Hitler se reunió con sus consejeros en Rastenburg. Jodl se encontraba allí. También estaban Heusinger y Zeitzler y seis ayudantes.

Zeitzler empezó con un deprimente informe acerca de todo el frente oriental. Se abordó el estado de las tropas italianas que defendían los flancos. Se convino que, en el mejor de los casos, eran de poco fiar. Respecto de Stalingrado, el Führer estuvo de acuerdo con Zeitzler en que se trataba de una situación precaria, pero siguió negándose categóricamente a ordenar una retirada. Su impresión era que hacer eso pondría en peligro «todo el sentido de la campaña» del invierno anterior.

A este respecto, el general Jodl se enzarzó en una discusión respecto de los peligros creados por la invasión anglonorteamericana de África del Norte y la derrota del mariscal de

campo Erwin Rommel, en El Alamein. Mientras Jodl hablaba, Hitler le interrumpió varias veces para hacer mordaces comentarios respecto de los hombres y los Ejércitos. Con relación a Rommel, declaró:

—Ha tenido que hacer frente a los miserables elementos de todas clases que le rodeaban. Si uno realiza esto durante dos años, al final acaba con los nervios destrozados... Ésta es la impresión que tiene también el mariscal del Reich [Goering]. Dice que Rommel ha perdido completamente el temple.

Lanzado, Hitler habló a gritos de su preocupación por los Ejércitos italianos en África y Rusia.

—No pude dormir anoche. Tengo una

sensación de incertidumbre. En cuanto una unidad se abandona, desaparecen enseguida los lazos de la ley y el orden, a menos que prevalezca una disciplina de hierro... Tenemos éxito con los alemanes, pero no con los italianos. En ninguna parte podemos triunfar con los italianos.

La conferencia duró hasta las tres de la tarde, y se suspendió tras una información acerca del programa de abastecimiento aéreo de Stalingrado. Las cifras eran impresionantes, lo mismo que el número de vuelos intentados diariamente. Pero las estadísticas ocultaban el hecho de que, mientras los aviones despegaban hacia la ciudad, sus cargamentos no llegaban a

las tropas situadas dentro del *Kessel*.

De forma continua, el mal tiempo obligaba a los aparatos a malograr sus misiones. Además, los cazas rusos habían empezado a acosar la ruta aérea y las baterías antiaéreas habían sido reforzadas. Como resultado, la estepa se estaba convirtiendo en una carretera de aparatos abatidos, un auténtico cementerio de aviones.

• • •

En el Cuartel general del VI Ejército estaban ya enterados de la llegada de Manstein. Alentados y nerviosos, Paulus y Schmidt esperaban durante el día los informes del progreso de la operación

«Tormenta de invierno». Estaban esperanzados, pero uno y otro sabían que el tiempo estaba robando al VI Ejército su potencia para abrir una brecha y encontrarse con sus salvadores.

El Diario de guerra de aquella jornada del VI Ejército refleja el cada vez más rápido decaimiento dentro del *Kessel*:

12 de diciembre de 1942, 5.45 tarde

Las raciones disminuyen desde el 26 de noviembre. Decrecieron de nuevo el 8 de diciembre y el resultado de todo ello ha sido la debilitación del poder de combate de las tropas. En la actualidad, sólo reciben una tercera parte de sus raciones normales. Se producen muchas bajas a causa del

agotamiento.

• • •

Aquella noche, el mariscal Vasilevski pudo, al fin, dar con Stalin para explicarle el desarrollo de las últimas horas. Contó al primer ministro que los alemanes habían alcanzado ya la orilla sur del río Aksai y solicitó permiso para traer al *2°* Ejército de la Guardia desde el frente de Stalingrado y desplazarlo a la mayor velocidad posible hasta una posición de bloqueo frente a los *panzers* alemanes.

La reacción inmediata de Stalin fue violenta. Rehusó dar su conformidad a la propuesta y atacó a Vasilevski por

tratar de entremeterse con las fuerzas de Rokossovski sin consultar primero con la STAVKA en Moscú. Stalin le previno que le hacía personalmente responsable por todo ello.

Por su parte, Vasilevski se encolerizó porque sabía que su deber consistía en mantener la seguridad de ambos frentes. Su preocupación no había servido para nada. Stalin le dijo que su petición se discutiría aquella noche en una reunión del Comité de Defensa y con rudeza le colgó el teléfono.

A las cinco de la madrugada de la mañana siguiente, Stalin volvió a llamar. Ahora convino por completo con el plan de Vasilevski: el *2°* Ejército de la Guardia fue avisado para una marcha

forzada.

La decisión no llegó demasiado a tiempo. A las ocho de la mañana del 13 de diciembre, las dotaciones alemanas de los carros cruzaron, con ojos legañosos, el río Aksai por un inseguro puente. Ahora sólo el helado río Mishkova era la única barrera natural antes de alcanzar el *Kessel* en torno de Stalingrado.

• • •

Desesperado de no poder estar al corriente del avance de las fuerzas de socorro en el aeropuerto Gumrak, Paulus ordenó a diez operadores de radio que investigasen todas las longitudes de

onda para hallar mensajes de los *panzers* que se acercaban. Pero los técnicos rusos frustraban constantemente sus esfuerzos atascando los canales y radiando falsa información.

Mientras Paulus seguía en el limbo acerca de lo que pasaba, tenía asimismo que hacer frente a presiones en cada uno de los sectores del *Kessel*. En las ruinas de Stalingrado, el 62.° Ejército soviético ocultaba su propia debilidad y hostigaba a los alemanes desde la fábrica de tractores al barranco Tsaritsa. Aquellas tácticas agresivas se avenían completamente con la filosofía militar de Chuikov. El combativo general sabía que no existía otro modo de proseguir la guerra.

Desde su casa en Kuíbishev, la mujer de Chuikov le había escrito recientemente recordándole su forma de ser:

Querido Vasili:

Algunas veces imagino que te has enzarzado en un combate personal con Hitler. Te conozco desde hace veinte años. Conozco tu fuerza... Es difícil de imaginar que alguien como Adolfo Hitler pueda hacerlo mejor que tú. Eso no puede suceder. Una anciana, una vecina, se encuentra conmigo cada día y me dice: «Rezo a Dios por Vasili Ivánovich...»

Aunque acosado por problemas de

suministro, y disgustado con el mando del frente por no enviarle suficientes municiones, Chuikov continuó montando pequeños ataques contra los cada vez más debilitados alemanes. Uno de sus grupos de asalto se concentró en el sótano para guardar patatas que el teniente Wilhelm Kreiser había retenido desde el pasado octubre. Mientras sus exhaustos hombres dormían sobre sus armas, los rusos se arrastraron hacia el sistema de trincheras que con tanto cuidado Kreiser había preparado precisamente para un caso de emergencia.

Kreiser reunió a sus hombres para pasar al contraataque, pero olvidó agacharse. Desde una cabaña próxima,

una ametralladora rusa le alcanzó con una bala en el hombro izquierdo y con otra en el brazo. El teniente cayó en la nieve. Aún consciente, entregó el mando de la compañía a otro teniente y luego fue tambaleándose hacia la retaguardia. Al cabo de unos minutos, su sucesor le siguió con otra bala en un brazo.

Kreiser, por radio, pidió refuerzos y luego condujo a un grupo de heridos a un puesto de socorro, donde un médico le puso una inyección de morfina y lo instaló en un trineo. Remolcado más tarde hacia la retaguardia por un peón *hiwi*, el amodorrado Kreiser se durmió y cayó a la carretera. Cuando el leal *hiwi* volvió atrás y lo arrastró desde un banco de nieve, el agradecido teniente le dio

las gracias en voz baja y perdió el conocimiento.

Días después, Kreiser sería uno de los afortunados en salir del *Kessel* por vía aérea.

• • •

Aquella noche, otro grupo soviético de asalto cruzó las líneas alemanas. Unos defectuosos informes del servicio secreto ruso habían situado el bunker de mando del general Paulus dentro de los límites de la ciudad, y Tania Chernova, la rubia francotiradora, y otros tres rusos fueron enviados para matarlo.

Eligiendo cuidadosamente su camino entre montañas de escombros, el pelotón

de ejecución avizoraba en dirección a los centinelas alemanes que se perfilaban contra la nieve. Tania estaba intentando dominar sus nervios porque la muchacha de delante de ella tropezaba con frecuencia y hacía mucho ruido. «Esa vaca», pensó Tania mientras miraba a aquella rechoncha figura que cada vez la molestaba más.

La «vaca» tropezó y una violenta explosión precipitó a Tania contra el suelo. Inconsciente, la joven empezó a desangrarse en la cuneta por una herida abierta en el estómago. Momentos después, Vasili Zaitzev corrió a su lado y levantó tiernamente su lacio cuerpo.

Zaitzev se esforzó por regresar a sus líneas, a un hospital instalado en un

sótano donde los médicos trabajaron desesperadamente para restañar el flujo de sangre de las heridas de Tania. Durante horas desesperaron de salvarla pero, a la mañana siguiente, se recuperó algo y los cirujanos planearon transportarla al otro lado del Volga para practicarle una operación de cirugía mayor.

Una vez Tania recobró el conocimiento, sus primeras preguntas fueron acerca de lo que le había sucedido a su patrulla. Cuando le contaron que la mujer que iba delante de ella había pisado una mina y se libró con sólo heridas superficiales, escuchó todos aquellos detalles con encontradas emociones. Su venganza contra los

alemanes había terminado: había «roto ochenta bastones» en tres meses de guerra. Pero la imagen de aquella «maldita vaca» acudía sin cesar a su mente y la enfurecía.

• • •

Por la mañana del 14 de diciembre, la 6.ª División Panzer alemana cargó en dirección al *Kessel* y fue a chocar directamente contra unos refuerzos rusos de casi trescientos carros. Un pelotón de carros resultó cazado por cuarenta T-34 rusos y una batería blindada que acudió para salvarlo estuvo a punto de encontrarse con los carros rusos apenas mil metros más allá. Pintados de blanco

«igual que los alemanes», con números negros en las torretas, los rodeaba un gran cinturón de soldados.

Durante un momento, el teniente Horst Scheibert se preguntó si habría encontrado elementos de la 23.ª División Panzer alemana que debía apoyar durante el trayecto de la 6.ª División hacia la bolsa. Todo les hacía parecer alemanes, pero se percató de que los cañones eran más achatados y las torretas no llevaban cúpulas.

Un soldado alemán yace muerto en el helado Volga.

Aún dudando y nervioso, hizo adelantar a sus fuerzas. A seiscientos metros, aún no tenía intención de disparar. Se estremeció a medida que la distancia se reducía.

De repente, los soldados de vanguardia saltaron a sus propios carros y Scheibert sólo tuvo tiempo de gritar

«*Achtung*!», por radio, antes de que dos carros rusos fueran a por él.

Scheibert voceó también:

—¡Fuego! ¡Son rusos!

Pero el enemigo tomó la iniciativa en los disparos. Fallaron por completo a sólo trescientos metros.

Los artilleros alemanes fueron más precisos. Los dos primeros carros rusos estallaron violentamente y «el resto fue cosa de niños». Volviendo a la carga con tremenda velocidad, los alemanes diseminaron sus obuses sobre la confundida formación enemiga. Treinta y dos columnas de humo ondeante señalaron la destrucción total en las afueras de Verjne-Kumski de una de las columnas de carros soviéticos.

Pero otros grupos blindados rusos aún controlaban la ciudad. Los alemanes no pudieron penetrar hacia el río Mishkova.

• • •

Mientras los granaderos de la 6.ª División Panzer tanteaban el punto débil de la defensa rusa, oyeron y vieron a los Junkers y Heinkels de transporte que surcaban el cielo en dirección al aeropuerto de Pitomnik, con lo que la Luftwaffe intentaba mantener la vida en el *Kessel*. La diatriba de Paulus contra Martin Fiebig del 11 de diciembre había tenido como resultado un incremento de cincuenta toneladas diarias de los embarques aéreos a Stalingrado. Pero

aún no era suficiente.

El fallo no podía atribuirse únicamente a los pilotos alemanes, cuyos complejos problemas eran de difícil solución. Los cazas rusos y la defensa antiaérea empezaron a cobrarse un elevado peaje de los transportes. Pero la preocupación más exasperante era el mal tiempo del sur de Rusia. Como una especie de fulero para los frentes marítimo y continental en colisión, hacía fracasar incontables pronósticos. Los aviones que esperaban buen tiempo en Pitomnik, frecuentemente se encontraban con nubes bajas, niebla o incluso ventiscas que obligaban al retorno a la base situada a cientos de kilómetros más allá. Cuando esto

sucedía, el puente aéreo de Stalingrado, y con él, los suministros, se interrumpían durante varios días.

Para contrarrestar tales fracasos, los meteorólogos intentaron enlazar con los informes de los testigos oculares situados dentro del *Kessel*. Pero frecuentemente aquellos hombres no podían establecer contacto con ellos. No había combustible para hacer funcionar los generadores de sus radios.

El hielo era otro enemigo mortal. Destrozaba los motores e inmovilizaba los aviones durante semanas, obligando a los mecánicos a arrancar parte de los aparatos destruidos para reparar los motores estropeados y los mismos mecánicos tenían que salvar riesgos

imprevisibles. Cuando se quitaban los guantes para llevar a cabo ajustes delicados en el equipo, sus dedos se helaban hasta parecer de metal. Por esto no se efectuaban las tareas de mantenimiento necesarias, con catastróficos resultados.

Los errores humanos acarreaban otra serie de desgracias. Desde que la Luftwaffe se negó a permitir a los oficiales de Intendencia que supervisasen la carga de los transportes que iban a Stalingrado, los hambrientos soldados de Pitomnik abrían frecuentemente embalajes que contenían mercancías que carecían por completo de valor. Un día descubrieron miles de cubiertas protectoras de celofán para

bombas de mano, pero no había bombas de mano dentro. Otra vez se trató de cuatro toneladas de orégano y pimienta, en una época en que las tropas cazaban ratones para comérselos. En otra ocasión, miles de botas del mismo pie. El más irónico de todos fue un embarque de millones de preservativos muy bien envueltos.

• • •

Mientras los aviadores desafiaban la muerte para transportar al *Kessel* unos suministros tan insólitos, los alemanes de Stalingrado mendigaban en busca de proteínas.

El cabo Heinz Neist, de treinta y un

años, se encontró con un oficial, el teniente Till, que sonrió maliciosamente y le preguntó:

—¿Quiere algo para comer?

Neist, agradecido, aceptó el ofrecimiento y se sentó ante un plato de aluminio rebosante de patatas, carne y salsa. Till, al verle observar con cautela aquel festín, sonrió bonachón y dijo:

—Créame, no se trata de un ser humano.

Neist no necesitó que le apremiaran más y comió cuanto tenía ante él. La carne sabía a ternera y sólo cuando acabó preguntó qué era. Till le dijo que se trataba del último de los perros Doberman.

Neist no se preocupó lo más mínimo.

Su estómago estaba repleto por primera vez en muchas semanas.

• • •

En su agujero en la nieve en el borde de la tierra de nadie, el soldado Ekkehart Brunnert no podía imaginarse una carne semejante. Sus ropas se le habían helado junto al cuerpo, pero su preocupación principal la constituía su estómago. Unos dolores como de cuchilladas le hacían doblarse en dos.

Su comida principal de cada día la constituía una sopa aguada. Obtener más era imposible porque cada vez que tendía su plato de hojalata, apuntaban su nombre para impedirle que repitiera. Lo

que realmente le ponía furioso era la visión de los sargentos comiendo platos repletos de comida sólida. Temiendo hablar claro acerca de los privilegios del rango, el soldado empezó a preguntarse si todos los de la bolsa realmente dependían unos de otros para salvarse.

Al igual que muchos miles más, trataba de obtener comida extra donde podía. Una vez, la cabeza de un caballo helado proporcionó sesos para una deliciosa comida. En otra ocasión, un rollo de tabletas medicinales le ayudó a calmar su hambre.

Relevado de sus deberes en el frente, fue a retaguardia a buscar calor y descansar. Sin embargo, al cabo de unas

horas debía someterse a una revista de armamento. Como no tenía lubricantes adecuados, Brunnert arañaba frenéticamente y frotaba su arma con tijeras, piedras, incluso con las uñas, hasta que desaparecía la mayor parte de la herrumbre. Pero el cabo veterano que revistaba el pelotón de Brunnert, empleaba una cerilla cuidadosamente aguzada para fisgar en los fusiles. Disgustado con los resultados, impuso a Brunnert y a los otros una guardia extra. Caminando en su puesto aquella noche, Brunnert apenas tenía fuerza para mantenerse en pie. Sus piernas parecían hechas de goma y temió que aquel servicio extra acabase con él.

• • •

A unos sesenta kilómetros al sur del *Kessel*, en la aldea de Verjne-Kumski, la 6.ª División Panzer aún no había arrollado la oposición rusa. Hacia el norte y el este del horizonte, se encontraban situados carros T-34 rusos y cañones anticarro que vomitaban un surtidor de proyectiles sobre los alemanes.

Era como un duelo de cañones en el océano, pero aquí los campos nevados formaban un alucinante dibujo con las rodadas de los carros y las largas rayas negras de los proyectiles explosivos. En la inevitable confusión de los vehículos, que disparaban y se movían rápidamente

hacia nuevas posiciones, los alemanes tiraban sobre los alemanes y los rusos contra los rusos.

Cuando los T-34 entraron en la aldea, un frenético oficial alemán radió: «Pido permiso para abandonar la aldea...» No se le concedió. Otra formación de *panzers* invadió el pueblo desde el oeste; al mediodía, ya casi se habían gastado todas las municiones.

El coronel Hunersdorff, se presentó en medio de sus fatigadas tropas. Asomándose en su carro, gritó:

—¿Queréis pertenecer a mi regimiento? ¿Llamáis a esto un ataque? ¡Me avergüenzo de este día!

Se mantuvo erguido, aullando invectivas hacia todas partes y sus

soldados reaccionaron con ira. Algunos preguntaron abiertamente qué derecho tenía a decirles cómo debían combatir. Pero la intención de Hunersdorff era galvanizar a sus tanquistas. Lo consiguió. Su invectiva fue seguida casi inmediatamente por otra desesperada apelación de ayuda por parte de los alemanes situados dentro de Verjne-Kumski. Hunersdorff dio la orden de irrumpir en la aldea «a la mayor velocidad y sin tener en cuenta las pérdidas», y cinco compañías formaron una columna con los escasos carros, llevando obuses perforadores para abrirse camino.

Aún furiosos con Hunersdorff, las dotaciones de los *panzers* se lanzaron

adelante rociando los campos a ambos lados con un fuego indiscriminado de ametralladoras. Aquel avance poco ortodoxo aterró a los rusos, que se pusieron en pie de un salto y corrieron locamente a través del llano. Dentro de su Mark IV, los alemanes se percataron de que los rusos creían que estaban locos.

Verjne-Kumski cayó fácilmente aquella vez, pero al cabo de unas horas una «inagotable reserva» de rusos contraatacó y el grupo de combate de Hunersdorff tuvo que retirarse hacia el oeste. Sin municiones, casi sin combustible, cada carro llevaba un racimo de heridos que colgaban desesperados de las torretas. El Diario

del grupo de combate lo cuenta de un modo muy lacónico: «Aquel día se hizo una conexión con grandes pérdidas».

• • •

También fue un día de grandes pérdidas para la 87.ª División de la Guardia rusa. Atascados en una posición defensiva al sur del río Mishkova, como resultado de la apelación a Stalin del mariscal Vasilevski, el 87 de la Guardia marchó durante un día y medio sin hacer paradas desde la zona de Beketovka, debajo exactamente de Stalingrado.

El sargento Alexéi Petrov iba en la vanguardia de la división. Acababa de adiestrar a una nueva dotación artillera

para la ofensiva y apremiaba a sus hombres para que apretasen el paso. La nieve oscurecía su visión y el cansancio se convirtió en el principal enemigo, pero él no les dejó reposar. El mismo Petrov se apoyaba en el cañón del fusil y dormitaba mientras andaba. Al fin, llegaron al río Mishkova e, inmediatamente, entraron en combate con la 6.ª División Panzer situada alrededor de Verjne-Kumski.

Petrov nunca había visto ni oído obuses de tan gran calibre. Hora tras hora, las explosiones hacían estallar el suelo en columnas de polvo y nieve, y en todos los horizontes florecían llamas sin fin. Para Petrov, era peor que Stalingrado.

En la llanura había millares de cuerpos tendidos como muñecas rotas. La mayoría eran rusos, víctimas de la artillería alemana y de los Stukas. En lo más duro del bombardeo, Petrov vio una pequeña figura, de no más de noventa centímetros de altura, que movía los brazos como un loco. Sorprendido, Petrov observó más de cerca y comprobó que se trataba de la parte superior del cuerpo de un soldado ruso. A su lado, en el suelo, yacían un par de piernas y caderas, netamente separadas por un obús.

El hombre estaba mirando hacia Petrov y su boca se abría y se cerraba, aspirando aire, tratando de comunicarse por última vez. Petrov miró

boquiabierto la aparición hasta que los brazos cesaron de agitarse, la boca se cerró y los ojos se vidriaron. De algún modo, el torso del soldado se mantuvo derecho y desamparado al lado del resto del cuerpo.

CAPÍTULO XX

Aún inseguro acerca de la situación de la fuerza de auxilio, Paulus se preparó para la crucial decisión de cómo reunirse con Manstein. Tras asignar al 53.° Regimiento de Morteros la peligrosa tarea de abrir una brecha, desplazó grupos de combate blindados hacia el ángulo sudoeste de la bolsa. Pero descubrió que no tenía más que ochenta tanques dispuestos para entrar en acción.

También llamó al comandante Josef Linden, cuyos batallones de ingenieros habían sido diezmados en la fábrica de cañones Barricada unas cuantas semanas

antes, para efectuar dos tareas especiales. La primera consistía en dejar expedita la red de carreteras del *Kessel*, una simple tarea superficial, pero excepcionalmente difícil a causa de la escasez de gasolina.

La segunda tarea era igualmente vital: se precisaban dos batallones de construcción de carreteras y una compañía de pontoneros para desactivar los campos de minas, a fin de que tanto los carros como los camiones alemanes pudiesen penetrar rápidamente cuando Paulus avisase.

• • •

Después de cuatro días de luchas, los

soldados de Manstein estaban aún en camino hacia Stalingrado, pero el avance se había hecho cada vez más lento hasta convertirse en un paso de tortuga. El grupo de combate Hunersdorff, de la 6.ª División Panzer, aún no había tomado Verjne-Kumski y, ayudado por parte de la destrozada 23.ª División Panzer, los reabastecidos tanquistas regresaron a la aldea.

La columna se atascó de nuevo mientras la 6 se alejaba rápidamente hacia el oeste para flanquear al enemigo. Alrededor de la aldea de Sogotskot, los rusos habían preparado una vasta red de fosos de tiradores que hicieron imposible el avance de los carros. Los rusos no quisieron rendirse. Desde

distancias de tres kilómetros o menos, los alemanes dispararon contra las trincheras, «Los carros se erguían... al igual que elefantes con las trompas completamente extendidas», y cuando los rusos levantaban las cabezas, las «trompas» retrocedían y los bombardeaban a quemarropa. Sin embargo, los rusos resistieron. Finalmente, cuando los blindados llegaron en su ayuda, el grupo de combate Hunersdorff tuvo que retroceder de nuevo mientras el crepúsculo del 16 de diciembre oscurecía el paisaje entre los ríos Aksai y Mishkova.

En Stalingrado, todos los rusos situados a lo largo de las orillas del

Volga oyeron tremendos crujidos. Vasili Chuikov salió de su cueva para contemplar una magnífica visión: una enorme ola de hielo se estrellaba contra las islas Zaitzevski. «Lo arrollaba todo a su paso, aplastaba y pulverizaba lo mismo pequeños que grandes témpanos y rompía los troncos como si fuesen cerillas.» Así fue cómo lo describió después. Y mientras el general contenía el aliento, el monstruoso conjunto de témpanos empezó a disminuir su velocidad y, enfrente mismo del bunker fortaleza de Chuikov, se estremeció y se detuvo. Durante unos minutos crujió y se agitó. Detrás de él, miles de otros pedazos de hielo golpearon aquel atasco con terrorífica violencia. El «puente»

resistió.

Poco tiempo después, Chuikov envió zapadores a través del hielo para observar si podría soportar el tráfico. Hacia las 9 de la noche volvieron sanos y salvos y entonces ordenó que se le proporcionaran tablones para construir una carretera hasta la orilla opuesta.

Sus problemas de suministros habían terminado.

• • •

Exactamente a pocos cientos de metros del jubiloso Cuartel general de Chuikov en el risco, el capitán Gerhard Meunch tenía que enfrentarse con su primer caso de insubordinación. Había sido

provocada por la Campaña de Navidad del Führer, campaña anual de recolecta de fondos para el partido nazi, la cual también había llegado al *Kessel*.

Un pelotón de las compañías de Meunch rehusó hacer ningún donativo. Cuando Meunch preguntó la razón, un oficial dijo:

—Capitán, será mejor que vaya usted mismo a ver lo que sucede.

Meunch fue a visitar a la escuadra, compuesta de seis hombres, y preguntó cuál era su problema. Los hombres le dijeron que ya no estaban preparados para combatir. Un soldado añadió:

—Ya no queremos participar más, capitán. ¡Estamos hartos!

Atónito por su actitud, Meunch decidió

sabiamente no responder nada. Envió a los hombres a la retaguardia y aguardó al lado de la ametralladora hasta que llegó la fuerza de relevo. Entonces se dirigió a su puesto de mando, llamó a los rebeldes y les dijo que aquella noche podían dormir en sus alojamientos.

Por la mañana, compartió el desayuno con ellos y, cuando el grupo se sentó en el suelo para tomar su café caliente, Meunch los contempló atentamente y se percató de que parecían estar un poco más calmados. Con tiento, sacó a colación el problema de la noche anterior. Los rebeldes respondieron vacilantes.

La causa subyacente de su motín era la carta de una de las esposas de los

soldados, en la que preguntaba por qué se encontraba él en el frente mientras varios de sus amigos permanecían en sus hogares. El soldado, profundamente trastornado, había dado a leer la carta a sus amigos. También ellos habían caído en un estado de rebelión y empezaron a preguntarse por qué tenían que combatir ellos en aquella guerra y no los emboscados de Alemania.

Línea rusa de escaramuzas en medio de las ruinas de la fábrica Octubre Rojo.

Meunch les dejó desahogar su amargura. Luego, los devolvió a la realidad.

—Según la ley marcial, ustedes merecen un castigo —les dijo—. Ya saben cómo se castiga el incumplimiento de una orden. ¿Están dispuestos a volver

a sus posiciones y no desertar o hacer locuras? ¿Me lo pueden prometer?

Ellos respondieron con un espontáneo coro de síes. Un soldado fue más allá:

—Lucharemos mientras usted sea el jefe del batallón. Pero si usted resulta herido o muerto, deseamos recobrar nuestra libertad para tomar nuestras decisiones.

Meunch consideró la oferta durante un momento y luego eligió una vía de compromiso.

—Muy bien. Confirmemos esto con un apretón de manos —replicó—. Mientras yo mande el batallón, ustedes combatirán. Después, pueden obrar como mejor les parezca.

Los hombres le estrecharon la mano

para confirmar el acuerdo.

• • •

Más avanzado aquel día, el 17 de diciembre, a doscientos veinticinco kilómetros al sudoeste de Novocherkassk, Erich von Manstein cenaba con Freiherr von Richthofen. Mientras paladeaban el vino, los dos hombres trataban de sus problemas que les planteaba el intento de salvar al VI Ejército. Richthofen había perdido dos de sus escuadrones de bombarderos, a los cuáles el OKW había trasladado, sin previo aviso, a otro sector. Para Richthofen, aquel traslado equivalía a «abandonar al VI Ejército a su

destino...» No se mordió la lengua cuando exclamó que aquello era «sencillamente un asesinato».

Telefoneó al general Albert Jeschonnek, en Prusia Oriental, para hacerle aquel cargo. Pero Jeschonnek «rechazó formalmente toda responsabilidad» respecto de la orden. Ahora, Richthofen se confió a Manstein. Ambos hombres estaban horrorizados por las decisiones tomadas desde la seguridad de la Guarida del Lobo a más de mil setecientos kilómetros de distancia.

Cuando acabó la cena, los dos llegaron a una conclusión: eran como «dos ayudantes en un manicomio».

• • •

Después de cenar, se puso muy en claro la repentina decisión del OKW de transferir los Stukas al alto Don. Otro ataque ruso había derrotado a dos divisiones italianas en sus posiciones, a setenta y cinco kilómetros al oeste de Serafimóvich. Nadie se percató de que aquello constituía el principio del segundo gran ataque de Stalin, con miras a apoderarse de la ciudad portuaria de Rostov y atrapar a todo el Ejército alemán del sur de Rusia. Hasta aquel momento los informes eran incompletos, pero Manstein los añadió a la fragmentaria información que poseía y a su pesimista valoración del futuro. Se

daba cuenta del desastre que implicaba la noticia. Si el Ejército italiano no resistía, las divisiones alemanas deberían ir en su ayuda. Y como resultado, el VI Ejército en Stalingrado se perdería. Abrumado por una sensación de inminente catástrofe, el mariscal de campo fijó su atención en los hombres del *Kessel*, cuyo momento de liberación estaba cercano.

Durante días, Manstein había bombardeado a Hitler y al general Kurt Zeitzler acerca de la necesidad de lanzar una orden del Führer para la operación *Donnerschlag* («Trueno»). La orden significaría la completa evacuación del *Kessel*. También comprendería el movimiento en masa del VI Ejército a

través de la estepa, durante cuyo tiempo los alemanes deberían luchar con los rusos en ambos flancos.

No importaba lo sangriento que pudiese ser el resultado de dicha operación. En aquel estadio de la batalla, Manstein consideraba la operación «Trueno» la única solución práctica. El puente aéreo obviamente había fracasado: la fuerza de salvamento de Hoth sólo podría canalizar durante unos días el suministro de la bolsa.

Sin embargo, hasta aquel momento Hitler sólo se había mostrado de acuerdo con la operación «Tormenta de invierno», la unión física de las fuerzas de Hoth para reabastecer al VI Ejército. El Führer aún seguía prohibiendo a

Paulus retirarse del *Kessel*. Para Hitler, una retirada de Stalingrado estaba fuera de discusión. Su razonamiento era típicamente arrogante:

—¡Los alemanes han derramado aquí demasiada sangre!

El general Zeitzler convino con Manstein en la necesidad de la operación «Trueno» y prometió obtener la aprobación de Hitler en el espacio de unas horas. Manstein consideraba el consentimiento de Hitler una conclusión inevitable. Así, el 17 de diciembre, informó a su jefe del servicio secreto, el comandante Eismann, acerca de la situación y le ordenó que volase al *Kessel* para discutir la estrategia con los jefes del VI Ejército.

• • •

Durante la tarde siguiente, Paulus realizó una visita de inspección por el frente. Le dejó muy deprimido, pues vio las innumerables evidencias de la decadencia física de sus tropas. Los hombres se movían con lentitud y se mostraban indiferentes a las órdenes. Sus caras se habían vuelto pálidas. Con ojos hundidos y salientes pómulos, muchos se quedaban mirando a la lejanía.

De vuelta a Gumrak, se encontró con el comandante Eismann al cual recibió calurosamente, lo mismo que Arthur Schmidt, que había hecho con Eismann

la campaña de Francia de 1940. Eismann le hizo ver claro enseguida que la columna de socorro de Hoth sólo podría continuar su camino durante un período muy limitado. Se refirió específicamente a las al parecer malas noticias del frente italiano y les previno que las divisiones de Hoth se verían desviadas de la ruta del *Kessel* a fin de salvar a aquel ejército títere. Eismann siguió también diciendo que, incluso bajo unas condiciones óptimas, era dudoso que los carros de Hoth pudiesen avanzar treinta kilómetros más allá del río Mishkova, hasta Businovka, donde Paulus había esperado llevar a cabo la unión. Le pidió a Paulus que ampliara su propio recorrido otros cuarenta

kilómetros hacia el sur.

Paulus y Schmidt reafirmaron su intención de abrir brecha lo más rápidamente posible. Pero argumentaron que la operación «Tormenta de invierno», la unión, no sería posible hasta que el VI Ejército hubiese recibido combustible en abundancia para sus carros. No había bastante gasolina para una salida de veinte kilómetros, ni la suficiente para alcanzar a la 6.ª División Panzer en el Mishkova. En aquellas condiciones, era imposible ampliar el trayecto. Ambos generales insistieron enérgicamente en que «Trueno», el plan que preveía la retirada de todo el VI Ejército del Volga, debía iniciarse al mismo tiempo que la operación

«Tormenta de invierno». De este modo, todo el peso menguante del VI Ejército podría localizarse en un solo punto. En esto radicaba la única esperanza del éxito.

Eismann les presionó para que aceptasen los riesgos de llevar a cabo la unión, aunque fuese en condiciones desfavorables. Pero Paulus y Schmidt rechazaron firmemente la idea de empezar la operación «Tormenta de invierno» sin tener más suministros. Schmidt se mostró particularmente enérgico acerca de este punto. Recordó que el puente aéreo era el tropiezo principal para obtener el éxito. Medio en broma, le dijo a Eismann:

—El Ejército podría conservar sus

posiciones incluso más al este si estuviese mejor abastecido.

Con la situación aún sin resolver, se dio por suspendida la reunión. El descorazonado Paulus volvió a sus cuarteles, donde escribió una carta a su mujer, Coca. Para no inquietarla con sus propios problemas, le preguntó las cosas normales acerca de su bienestar y el de los niños. Concluyó con una nota optimista: «Hasta ahora hemos pasado unos momentos difíciles. Pero sobreviviremos. Después del invierno, siempre llega otra vez la primavera...»

CAPÍTULO XXI

Durante varias semanas, los oficiales de transmisiones dentro del *Kessel* habían tratado de establecer una razonable forma de contacto verbal con Manstein, situado a doscientos veinticinco kilómetros al sudoeste. Al no existir un normal servicio telefónico, debido a los cortes del cable efectuados por los rusos, habían creado un milagro tecnológico en pequeña escala.

En el perímetro de la bolsa levantaron una antena radiofaro de casi cuarenta metros de altura para unir Gumrak con Novocherkassk por medio de un radioteléfono combinado con un

dispositivo de onda ultracorta, que no pudiese ser escuchado por el enemigo. Bombardeado y reparado constantemente, el radiofaro transmitía mensajes a las estaciones relevadoras instaladas en el territorio ocupado por los alemanes. Pero, uno a uno, los relevadores cayeron bajo las columnas rusas de carros. Fracasó la unión por radioteléfono y sólo quedó un teletipo para registrar las palabras del dispositivo de onda ultracorta. Cuando llegó el momento para Manstein y Paulus de hacer una estimación angustiosa de sus posibilidades, el tableteo de las teclas del teletipo se convirtió en su único contacto.

Si los dos hombres hubiesen podido

oír cada uno la voz del otro, ciertas entonaciones o inflexiones quizá les hubieran ayudado a resolver la crisis. Pero como la situación continuó estacionaria, el comandante Eismann informó a Manstein que no creía que Paulus pudiese abrir una brecha en las condiciones reinantes y Manstein se mostró de acuerdo con el razonamiento de Paulus. Sin embargo, Manstein había empezado a preguntarse hasta qué punto el general Schmidt estaba ejerciendo una influencia indebida sobre la decisión de Paulus de no intentar la brecha sin una cantidad adecuada de combustible. Para el mariscal de campo, era necesario, en el plazo de unas horas, llevar a cabo una acción positiva. El regatear respecto de

los suministros de gasolina era un lujo que el VI Ejército no podía permitirse, especialmente desde que Manstein había empezado a presionarle para que hiciera alguna cosa para salvar a su propia ala izquierda.[4]

Incapaz de comunicar las emociones del momento, Paulus permanecía de pie al lado del teletipo en el bunker de operaciones en Gumrak, poco después de la medianoche del 19 de diciembre, y esperaba que comenzase el repiqueteo del teclado para entrar en acción. La máquina zumbó y se puso en movimiento:

—Aquí el jefe de Estado Mayor del grupo de Ejércitos del Don [general

Schulz]...

Respuesta del general Paulus.

—El mariscal de campo [Manstein] requiere su opinión respecto del siguiente asunto:

¿Cuál es su estimación de las posibilidades de una salida hacia el este en dirección a Kalach? Se ha confirmado que el enemigo está consolidando su posición respecto del frente sur...

[Confuso, Paulus preguntó]: —¿A qué consolidación del frente sur se refiere? ¿Al lado sur del VI Ejército o del grupo Hoth?

[Schulz se apresuró a aclarar]: —En el lado sur del frente del VI Ejército...

[Paulus dudó en dar una rápida

respuesta]: —Responderé por radio...

[Schulz]: —¿Alguna pregunta más?

[El operador del teletipo respondió por Paulus]: —El general ha dicho que no y se ha ido...

Pero Paulus volvió rápidamente con su opinión y la envió a Manstein por radiotelegrafía:

Número 404 19 de diciembre de 1942, 01.35 horas

ALTAMENTE SECRETO

Al grupo de Ejércitos del Don.

La salida hacia el sur es todavía ahora bastante fácil, dado que los rusos situados al sur del frente del Ejército se hallan menos preparados

para la defensa y son más débiles que en dirección a Kalach... [hacia el oeste].

PAULUS

A unos setenta kilómetros al sur del *Kessel*, la 71.ª División Panzer alemana se apresuró a colocarse en posición en el flanco izquierdo de la 6.ª División Panzer, intentando abrir brecha hacia Paulus. Finalmente libertada por Hitler para entrar en acción, la 17 añadió el poder de fuego suplementario preciso para quebrar la resistencia rusa y, a primeras horas de la tarde del 19 de diciembre, los carros alemanes regresaron a Verjne-Kumski, donde centenares de hombres del Ejército Rojo

saltaron de improviso de sus pozos de tirador y levantaron las manos en ademán de rendición. Mientras los tanquistas conducían a aquellos prisioneros a la retaguardia, la 6.ª División Panzer recibía nuevas órdenes: levantar el campo rápidamente hacia el puente de Vasilevska, a veinticinco kilómetros al nordeste del río Mishkova. El *Kessel* de Stalingrado, sus carros y su artillería alistada, se encontraban sólo a cuarenta kilómetros en línea recta de aquella población.

En cuanto cayeron las primeras sombras invernales, los remozados alemanes echaron a correr por una carretera cubierta de hielo. Frente a ellos, el horizonte empezó a parpadear

con las llameantes bocas de los camuflados emplazamientos de la artillería rusa.

En Novocherkassk, Erich von Manstein preparaba cuidadosamente su recapitulación de cómo podía ser salvado el VI Ejército. El alegato fue dirigido a Adolfo Hitler.

Teletipo 19 de diciembre de 1942,14.25 horas

ALTAMENTE SECRETO, «Chefsache», transmisible sólo por oficiales.

Al jefe de Estado Mayor del Ejército para su inmediata entrega al Führer.

La situación... se ha desarrollado de tal manera, que no puede esperarse auxiliar al VI Ejército en un futuro previsible.

Debido tanto a la escasez de aviones disponibles como al tiempo inclemente, el abastecimiento aéreo, y con ello el mantenimiento del Ejército... no es posible, como se ha demostrado a través de las cuatro semanas transcurridas desde el cerco... El Cuerpo blindado por si solo no puede, evidentemente, abrir un pasillo al VI Ejército y mucho menos mantener abierta dicha comunicación. En la actualidad, creo que una salida del [VI] Ejército hacia el sudoeste es la última oportunidad de salvar por lo

menos el grueso principal de las tropas del Ejército y las armas que aún se puedan desplazar.

El objetivo inmediato de la salida será establecer contacto con el 57.° Cuerpo Blindado [6.° Panzer, etc.], aproximadamente sobre el... río Mishkova. Esto sólo puede realizarse abriéndose camino luchando hacia el sudoeste, y trasladando gradualmente a todo el Ejército, de modo que sección por sección del área fortificada del norte se retiren a medida que se gane terreno en el sudoeste. Es imperativo que en el curso de esta operación quede asegurado el suministro aéreo del Ejército mediante fuerzas de cazas y cazabombarderos...

En caso de una dilación mayor, el 57.° Cuerpo Blindado debe ser colocado dentro de poco en o al norte del río Mishkova para excluir la posibilidad de un ataque simultáneo por el interior o por el exterior. De todos modos, antes de concentrarse para el ataque, el VI Ejército necesitará varios días para reagruparse y reabastecerse de combustible.

Las provisiones de la bolsa alcanzarán hasta el 22 de diciembre. Los hombres presentan ya síntomas de extenuación... Según un informe del Ejército, el grueso principal de los caballos no puede ser empleado porque han muerto de hambre o bien han sido

sacrificados para la alimentación.

Comandante en jefe del grupo de Ejércitos del Don,

VON MANSTEIN

Manstein casi estaba pidiendo la evacuación del *Kessel*, y la completa retirada de la «pasión» de Hitler: la ciudad de Stalingrado.

• • •

Ahora, a menos de sesenta kilómetros al sur del perímetro del *Kessel*, la 6.ª División Panzer se estaba desplazando a través de un terreno que no le era familiar. Al correr imprudentemente hacia delante no había otra elección que pasar bajo una mortal cortina de

proyectiles perforadores. Las balas trazadoras les alcanzaban por ambos lados de la carretera y acribillaban a los cerrados carros. Dentro de las torretas, la tripulación estaba deslumbrada por las cercanas explosiones que inundaban de intensa luz el interior de los carros.

«¡No paren!». La orden resonó a través de la formación y los *panzers* embistieron hacia delante en la noche. Finalmente, sobrepasaron la zona batida por la artillería y empezaron a avanzar firmemente por lo desconocido. Tras ellos, una multitud de carros alemanes ardían y estallaban.

De nuevo el teletipo que unía a Manstein con el VI Ejército empezó a marcar las palabras de otra conferencia:

19 de diciembre de 1942,17.50 horas.

[Manstein]: —¿Están ustedes presentes?

—Sí, señor.

—Sírvanse darme un breve comentario respecto de la información de Eismann.

[Paulus empezó un minucioso análisis de sus opciones]:

Caso 1: Salida [hacia el sur] más allá de Businokva con el objetivo de realizar una unión con Hoth, si es posible, sólo con los vehículos blindados. Andamos escasos de fuerzas de infantería y, por otra parte, se halla comprometida la defensa de Stalingrado y a lo largo del nuevo

flanco.

Si se elige esta solución, todas las reservas permanecerán en la fortaleza...

Caso 2: Brecha sin establecer contacto con Hoth más que en caso de extrema emergencia. Se puede prever la pérdida de grandes cantidades de material. La condición previa para ello radica en que lleguen antes suficientes suministros aéreos [provisiones y combustible] a fin de mejorar el estado de salud de las tropas antes del ataque. Se puede facilitar esta solución si Hoth es capaz de establecer temporalmente contacto a fin de introducir tractores. En la actualidad, las divisiones de Infantería están prácticamente

inmovilizadas y muchas otras divisiones empiezan a estarlo cada día, a causa de que se han visto obligadas a sacrificar continuamente los caballos.

Caso 3: En vista de la presente situación, la defensa ulterior depende de los suministros y de refuerzos suficientes. Hasta ahora, los abastecimientos han sido absolutamente inadecuados. Con el presente índice de suministros, no será posible conservar la fortaleza durante mucho tiempo...

[Manstein deseaba una información más precisa]: —¿Cuál serio la fecha más próxima en que podría llevar a cabo la solución 2 [«Trueno-1, la completa retirada del Kessel?

—Un período preparatorio de tres o cuatro días.

—¿Qué cantidad de combustible y provisiones es necesario? Objetivo Mishkova.

—Un cincuenta por ciento más de la tasa normal de abastecimiento de combustibles; puede deducirlo el jefe de Intendencia del grupo de Ejércitos del Don. Raciones reducidas para unos diez días para 270.000 hombres...

[Manstein concluyó]: —... Saludos. ¿Hay alguna cosa más?

[Paulus tenía dos asuntos principales]: —Primera pregunta: ¿Puede el Cuerpo participar en la deliberación de los preparativos del caso 2 [«Trueno»]? Segunda pregunta:

¿Cuál es la situación del grupo Hoth [en el sur]?

[Manstein fue breve]: —A 1): Espere la conversación de esta noche A 2):... Hoth [la 6.ª División Panzer] está atacando v avanzando a ambos lados de Verjne-Kumski.

Momentos después los dos generales conferenciaron de nuevo al haber Manstein recibido permiso de Prusia oriental para otorgar al VI Ejército una autorización parcial para abrirse paso:

—...Oiga, Paulus:

Hoy todo continúa bien [en la 6.ª División Panzer], que ha conquistado la zona de Mishkova. Tras esta

conversación, recibirá una orden, pero deseo hacerle saber que... [«Trueno»] es una solución posible que sólo se hará efectiva tras órdenes especiales. Eismann me describió la situación ahí reinante y me doy plenamente cuenta de las dificultades... Si tiene preguntas que formular respecto de la siguiente orden, hablaremos otra vez esta noche. No tengo nada más que decir...

Paulus deseaba hablar:

—Desearía informar brevemente de la situación actual. Hoy ha habido acciones de combate con éxitos alternos en la parte sur del frente occidental y en el frente del sudoeste.

El enemigo atacó con sesenta u ochenta carros. En esta ocasión hemos detectado al nuevo regimiento de carros número 25. Fuerte apoyo aéreo enemigo; algunos carros enemigos, que han penetrado en nuestras líneas, han sido destruidos detrás de nuestra línea del frente. En algunos lugares ha habido penetraciones menores que ya han sido eliminadas... Las acciones combativas de hoy han contenido al grueso principal de nuestros carros y parte de las fuerzas del Ejército, y probado que en la dirección de Kalach [al oeste] el enemigo tiene fuerzas considerables de carros y artillería. Hasta ahora, hoy hemos destruido veintiséis carros enemigos.

[Paulus no escatimó elogios a la Luftwaffe]:... Por primera vez, los suministros aéreos de hoy han sido adecuados; han llegado 128 aviones con una carga de 220 toneladas de suministros.

—Le felicito por el éxito de sus operaciones defensivas. Saludos, Manstein.

—Gracias, señor... ¿Puedo recibir ahora la orden?

[Al teletipo no le era posible transmitir la arrolladora emoción que Paulus sentía.) —Inmediatamente. Un momento.

La orden empezó a tomar forma sobre el papel del teletipo:

Teletipo n.° 60328

ALTAMENTE SECRETO «Chefsache».

Transmisible sólo por oficiales.

19 de diciembre de 1942,18.00 horas

Orden al VI Ejército

1. El 57.° Cuerpo Blindado [6.ª y 17.ª Divisiones Panzer] del IV Ejército Blindado ha derrotado al enemigo en la zona de Verjne-Kumski y alcanzado la sección de Mishkova... Se han iniciado los ataques contra poderosas fuerzas enemigas en el área de Kamenka y al norte de aquella zona. Se esperan duros combates en dicha zona...

2. El VI Ejército se debe concentrar

tan pronto como sea posible para la operación «Wintergewitter» [Unión]. El objetivo es establecer contacto con el 57.° Cuerpo Blindado, con el fin de que puedan llegar abundantes suministros.

3. Los acontecimientos pueden requerir una ampliación del párrafo 2 para una ruptura de todo [el VI] Ejército con el objetivo de alcanzar., [a la 6.ª División Panzer]... en el río Mishkova. Palabra cifrada: «Trueno». En dicho caso, podría ser importante abrir brecha con carros ulteriormente a fin de establecer contacto... con el propósito de aportar un convoy de suministros. Luego, el Ejército avanzaría hacia el río Mishkova,

cubriendo los flancos... mientras haría avanzar por secciones el área fortificada.

Bajo ciertas circunstancias, puede ser necesario hacer que continúe la operación «Tormenta de invierno» [Unión] con la operación «Trueno» [Retirada]. En general, el Ejército debe hacer todo esto con los actuales abastecimientos aéreos sin almacenar notables cantidades de suministros. Es importante que el aeropuerto de Pitomnik siga conservándose en condiciones operacionales el mayor tiempo posible.

Hay que transportar todas las armas móviles... Sin embargo, estas deben concentrarse en la parte sudoeste en

una fecha próxima.

4. La preparación del párrafo 3 [ruptura] se hará efectiva únicamente bajo la orden específica de «Trueno».

5. Informe de la fecha y hora de ataque del párrafo 2 (Tormenta de invierno-Unión).

CG Grupo de Ejércitos del Don, G3
N.— 0369/42
ALTAMENTE SECRETO
«Chefsache», fechado 19 dic. 1942
Von Manstein
General mariscal de campo

La orden dejó a Paulus y Schmidt completamente abatidos. Habiendo esperado recibir permiso para combinar «Tormenta de invierno» y «Trueno» en

una operación mixta, les habían dicho que todo lo que podían hacer era intentar una unión con las fuerzas de rescate. Una vez más, Adolfo Hitler les había negado la salvación.

• • •

Mientras tanto, la 6.ª División Panzer había comenzado a abrirse brillantemente paso hacia el *Kessel*. Su ímpetu hacia la bolsa fue increíble. El aire de la noche era muy vivo y casi quemaba los pulmones con su fría intensidad. La luna se alzaba despacio por un firmamento estrellado; la nieve parecía fluorescente. Incluso cuando los *panzers* se equivocaron de camino, los

rusos no les disputaron por mucho rato el paso. Poco después de las diez de la noche, los tanquistas se detuvieron para un breve descanso.

Sus vehículos se extendían en una larga línea. A través de las troneras del lado derecho, los tanquistas podían ver un rastro de postes telefónicos que se prolongaban hasta el otro lado del horizonte. Enfrente se hallaba una baja cadena de colinas sobre las que se levantaba una aldea a oscuras. Al otro lado de la carretera, existía, al parecer, una serie de trampas anticarros y trincheras.

Momentos después de que los carros se detuvieran, los soldados rusos saltaron de aquellas zanjas y corretearon

alrededor de ellos. En el interior de los vehículos los alemanes contuvieron la respiración. El teniente Horst Scheibert pensó en un principio que sus ojos le estaban jugando una mala pasada. Cuando sus artilleros le susurraron que el enemigo iba bien armado, Scheibert les ordenó que se estuviesen quietos, dado que era obvio que los rusos creían que se encontraban entre amigos. Scheibert empuñó su pistola, tanteó debajo de su asiento para coger una granada de mano y esperó.

Correteando al lado de los carros, los rusos bromeaban y sonreían a los alemanes, que permanecían de pie y callados en las portezuelas. Scheibert se preguntó cuándo se percatarían de que

no recibían ninguna respuesta. El sudor le rezumaba por debajo del casco. Como la increíble situación continuara, Scheibert se imaginó que sus hombres podrían matar a los rusos si alguien daba la orden. Pero sintió una curiosa reluctancia a matar a aquellos «inocentes» de la carretera.

De repente, desde la serie de colinas de delante, zumbó un disparo. Fue inmediatamente seguido por una larga ráfaga de fuego de ametralladora. En cuanto los rusos salieron disparados, indemnes, hacia las trincheras de nieve, los *panzers* alemanes resoplaron y siguieron adelante.

• • •

Conversación en teletipo entre el general Schmidt y el general Schulz.

19 diciembre 1943,20.40 a 21.10 horas.

—Aquí Schulz. Buenas noches, Schmidt.

—Muy bien, Schulz.

[Schmidt llevó la conversación): 1. Las actividades bélicas de hoy han retenido al grueso principal de [nuestros] carros y parte de las fuerzas de Infantería en una acción defensiva... Se ha empleado mucho combustible y municiones [de las] reservas previstas para el ataque de penetración. Estamos seguros que el ataque ruso continuará

el día 20.

Sólo podremos agruparnos para el ataque si nuestras fuerzas no se hallan muy [implicadas] en operaciones defensivas. No podemos decir cuándo se dará este caso. Sin embargo, se han hecho preparativos para tener la seguridad de que las tropas no pueden ser reunidas unas veinte horas después de que estén libres. Por consiguiente, sólo es posible hacer un informe más adelante o bien poco antes de la concentración. El día más próximo puede ser el 22 de diciembre, siempre y cuando hayamos recibido para entonces una cantidad suficiente de combustible y municiones. Planeamos empezar el ataque al amanecer.

2. Un ataque de penetración más allá del río Donskaia-Tsaritsa [situado encima del Mishkova] con fuerzas de Infantería es algo imposible de realizar sin comprometer la defensa de la fortaleza. Sólo puede tratarse de una breve salida con fuerzas de carros al otro lado del Donskaia-Tsaritsa, con los carros dispuestos a regresar a la fortaleza al primer aviso, como si se tratase de un cuerpo de bomberos.

3. Todo ello significa que, si Stalingrado ha de ser defendido, el Ejército sólo puede hacer una penetración cuando se tenga la seguridad de que el 57.° Cuerpo [la 6.ª División Panzer] conquistará Businovka y que esté ya aproximándose

a aquella área.

4. Recibirán nuestra opinión respecto del apartado 3 «Trueno» por la noche del día 20, dado que son necesarias unas más amplias preguntas...

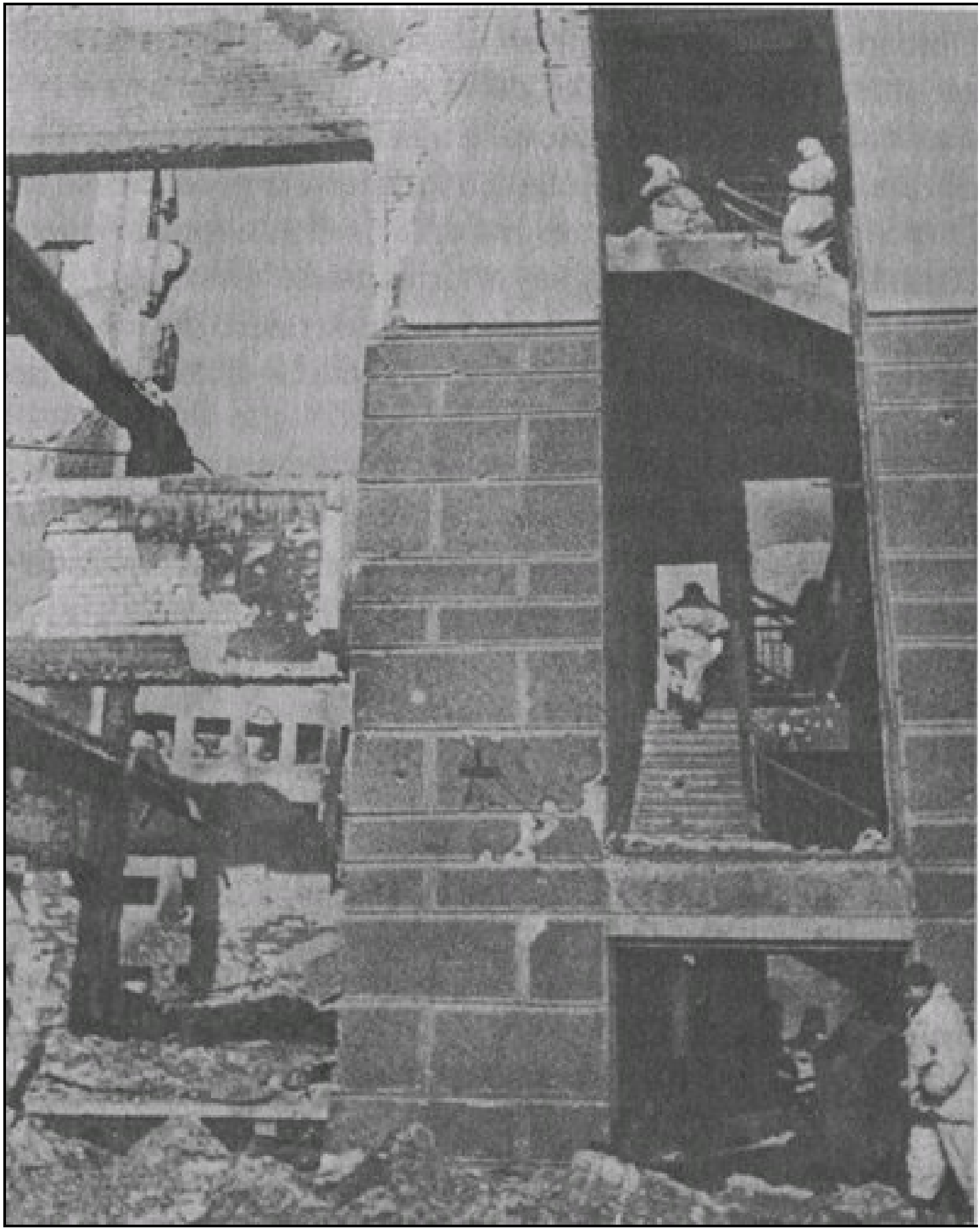
[Schulz no tuvo nada que objetar]: —Su opinión concuerda enteramente con la nuestra. [Schmidt también parecía satisfecho]: —Muy bien, no hay más preguntas.

Tras una breve discusión acerca de las necesidades más perentorias de abastecimientos del VI Ejército, Schulz cortó la transmisión: «No tengo más que decir y le deseo que todo vaya bien.» (*«Heil und Sieg.»*)

• • •

A unos doscientos kilómetros al noroeste, donde se desarrollaba la segunda ofensiva rusa contra las fuerzas italianas a lo largo de los últimos tramos del Don, los enfermeros de un hospital de campaña corrían a través de los pabellones gritando que los rusos habían logrado una penetración y que estaban a sólo doscientos metros más allá. No se dieron órdenes para una retirada; nadie lo necesitaba. Tras cargar a sus pacientes en camiones, el doctor Cristóforo Capone y su ayudante médico se hicieron llevar por uno de los vehículos, que avanzaba por la carretera cargada de nieve a una velocidad de

cinco kilómetros por hora. Cuando los proyectiles de mortero empezaron a horquillar el blanco por ambos lados, Capone saltó del vehículo y rodó hasta un socavón. Al instante siguiente, el camión estalló, lanzando grandes piezas de metal al cielo y matando al ayudante de Capone.



Soldados rusos limpiando un antiguo

punto fortificado alemán en una casa de pisos de Stalingrado.

Con la mente hecha un torbellino, el doctor se alejó de las chisporroteantes llamas. Unas horas antes estaba preparándose para un permiso navideño en Italia. Ahora, caminaba en medio de una pesadilla de muerte y moribundos... y de los vivos que pasaban a su lado con maldiciones en los labios.

El VIII Ejército italiano, derrotado, huía.

• • •

Desconocedora de este nuevo desastre, la 6.ª División Panzer, mientras avanzaba hacia el *Kessel*, entró en una

aldea situada al sur del río Mishkova. En la luz precursora del alba del día 20 de diciembre, alguien localizó a un coche ruso de Estado Mayor que se apresuraba hacia el aún intacto puente camino de Vasilevska, en la orilla norte. Un oficial ruso con casco estaba agachado en el asiento trasero del automóvil y, antes de que nadie pudiera detenerlo, el coche corrió sobre el río hacia la salvación.

Pero los rusos habían cometido un grave error. Dejaron de volar los arcos del puente y los *panzers* alemanes retumbaron por Vasilevska poco antes de las primeras luces. Inmediatamente formaron una posición defensiva en erizo, esperando que llegasen camiones

de suministros con municiones y gasolina para poder repostar.

Enfrente de ellos, se encontraba desplegado a través de la ruta hacia Stalingrado todo el II Ejército de la Guardia soviético. Y mientras los exploradores de la 6.ª División Panzer observaban la retaguardia en busca de alguna señal de los desesperadamente necesarios suministros, los rusos comenzaron a rechazarlos. Un pesimista oficial alemán aprobó este informe de la mañana:

Diario de guerra del 2° Regimiento de Carros-Vasilevska. 20 de diciembre, 06.00 horas.

La resistencia gradualmente creciente se vuelve más dura cada hora... Nuestras débiles tropas —veintiún carros sin gasolina y dos debilitadas baterías de artillería— son insuficientes para ampliar la cabeza de puente...

• • •

A lo largo del Don superior, el sol se alzó sobre un espantoso escenario. El duro frío se había cebado en miles de soldados italianos que se detuvieron a dormir durante la noche. Aquellas víctimas estaban ahora sentadas en las carreteras en unas posiciones al parecer confortables, como aburridos

espectadores del circo romano, mientras sus compatriotas pasaban a toda prisa. Gigantescos copos de nieve empezaron a acumularse en sus ropas y caras; pronto los cubrieron por completo. Los cadáveres se convirtieron en señales de tráfico para los vivos.

Cristóforo Capone pasó junto a ellos como aturdido. Aún atontado ante el pensamiento de que había perdido por poco su vuelo hacia la libertad, intentó abordar la realidad de la situación. Le detuvieron los gritos de un soldado herido. Sin suministros médicos, el doctor colocó sus manos en torno de la cabeza del muchacho y le miró con angustia a los ojos.

—Hijo mío, no puedo hacer nada por

ti —le dijo en voz baja—. Debes ser valiente.

Mientras el muchacho le miraba con fijeza, un casco de metralla le abrió la coronilla, salpicando de sesos y sangre la cara y el uniforme del doctor. Durante unos largos segundos, Capone mantuvo muy apretada entre sus manos aquella máscara gris. Luego, el muchacho cayó al suelo. Capone se desplomó a su lado y vomitó.

Cuando pasó la náusea, el doctor se alzó debilitado. Rozó con la mano un objeto sólido y asió un saco de azúcar que alguien había escondido en la nieve. Vorazmente hambriento de repente, empezó a llenarse la boca a puñados con aquella exquisitez.

• • •

Mientras se hundía todo el VIII Ejército italiano, el teletipo de Gumrak empezó a poner en funcionamiento otro frenesí de palabras.

20 diciembre 1942, tarde.

—Aquí el general Schulz.

—Aquí el general Schmidt. Óigame, Schulz.

1. Como resultado de las bajas de los últimos días, la situación de las tropas en el frente occidental y en la ciudad de Stalingrado se ha convertido en extremadamente tensa. Sólo se han podido rechazar las penetraciones con las fuerzas seleccionadas para la

operación «Tormenta de invierno» [Unión], En caso de mayores rupturas deberemos hacer uso de las reservas del Ejército y en particular de los carros a nuestra disposición... Hasta ahora los carros del Ejército han tenido que ser asignados al frente occidental cada dos o tres días, como si se tratase de una brigada de incendios. Esto significa —como informamos ayer — que si unas fuerzas más importantes del Ejército avanzan hasta mucho más allá de la fortaleza, será dudoso que la fortaleza misma pueda resistir... El principio del ataque dependerá, por tanto, de lo lejos que [la 6.ª División Panzer] pueda presumiblemente avanzar... Sin embargo, el grupo de

Ejército puede estar seguro de que no lo consideraremos unilateralmente y que no actuaremos de manera egoísta. De todos modos, pedimos de nuevo que no se nos ordene formar hasta que se tenga la seguridad de que las unidades operativas de Hoth alcanzarán la zona en torno de Businovka... Respecto a esto, es particularmente importante para nosotros tener una información más detallada y continuada acerca de la situación con Hoth.

2. La situación podría ser algo diferente si fuese seguro que Tormenta de invierno» se vería inmediatamente seguida de «Trueno» [retirada total]. En dicho caso, podríamos tolerar penetraciones locales en los otros

frentes, siempre y cuando no perjudicaran la retirada total del Ejército. Entonces seríamos mucho más fuertes para abrirnos paso hacia el sur, debido a que podríamos concentrar numerosas reservas locales procedentes de todos los frentes del Sur.

Por todo ello, es esencial para el Ejército saber con tiempo si aun se va a intentar «Trueno»...

3. En caso de que se ponga en práctica la operación «Trueno», sería necesario que:

a) Parte de los 8.000 hombres heridos que aún permanecen aquí fuesen evacuados por vía aérea. Tenemos unas 500 a 600 bajas

adicionales por día, por lo que si se pudiesen evacuar diariamente 1.000 hombres heridos... de 6 a 8 días serían suficientes para transportar por lo menos la mitad de ellos. El resto podrían ser evacuados en camiones o por aire, durante la operación...

4. Si preparamos «Tormenta de invierno», es necesario recordar que «Trueno» podría empezar inmediatamente después si disponemos de un período preparatorio de 5 a 6 días. De otro modo, nos veríamos obligados a abandonar detrás de nosotros mucho material o destruirlo...

5. ...Por nuestra parte, todo se ha preparado de acuerdo con su orden de ayer, por lo que los movimientos para

ambas operaciones pueden empezar en corto plazo. Final.

• • •

El comandante Eugen Rettenmaier abandonó su 567.° Regimiento en la fábrica de cañones Barricada para dirigirse a un servicio de destacamento en Gorodische Balka, exactamente al oeste de la ciudad. La temperatura era de treinta grados bajo cero. La nariz de Rettenmaier goteaba y las mucosidades se helaban sobre los labios. Mientras caminaba con su asistente a lo largo de una carretera removida, se percató de que había un hombre sentado en la nieve. Era un soldado de una de sus

compañías.

—¿Está usted cansado? —le preguntó Rettenmaier.

El soldado cabeceó apáticamente.

—Levántese, camarada; voy a ayudarle —y tiró con fuerza de él.

En la *balka*, un cirujano examinó al hombre, pero éste murió una hora después. El primer comentario del médico fue que había muerto de hambre. Luego, prestamente, eludió el compromiso de su diagnóstico al añadir «agotamiento o tal vez problemas circulatorios».

Pero Rettenmaier lo sabía a ciencia cierta. Había sido inanición y nada más.

CAPÍTULO XXII

En el alto Don, al oeste de Serafimóvich, el teniente Felice Bracci, que había ido a Rusia porque deseaba contemplar el maravilloso país de la estepa, corría ahora a través de él para salvar la vida. Se había enterado con rudeza el día anterior, por medio de los gritos de un ayudante, que la mayoría de su 3.° Regimiento de Bersaglieri había sido dispersado hacia el sur. Bracci pensó que estaba soñando, que el ordenanza se burlaba de él, pero los aterrados ojos del hombre le hicieron reaccionar con todos sus sentidos.

Agarró un fusil y se dirigió al puesto

de mando, donde un aturullado oficial le ordenó que se retirara cincuenta kilómetros al sur, hacia un lugar llamado Kalmikov. El oficial insistió en que debía ser destruido todo el material pesado antes de partir, excepto los dos cañones anticarro de Bracci.

La 5.ª Compañía de Bersaglieri se desplazó rápidamente y, tras varias horas, otras indescriptibles unidades se unieron a la columna. Marchando en la retaguardia, Bracci tuvo a su mando los dos cañones pesados. Tras él no había nada, excepto nieve y el viento que le cortaba la espalda. Cuando llegó la noche, con temperaturas de muchos grados bajo cero, empezó a resultar muy duro desplazar los cañones de Bracci.

Los hombres que los arrastraban tenían profundas huellas rojas en las manos y el mismo Bracci se encontraba terriblemente fatigado. Pero siguió animándoles y ayudándoles a tirar, levantar o empujar el cañón a través de la nieve amontonada.

Los hombres fueron perdiendo cada vez más las esperanzas. Un bersagliere se arrojó él mismo bajo un camión que pasaba. Otro se sentó en un montón de nieve y empezó a gritar. Asiendo aún su metralleta, contó sus quejas a Bracci, quien intentó ponerle en pie. El hombre se resistió y se quedó allí sentado mientras la columna seguía hasta perderse de vista.

A las nueve de la mañana del 20 de

diciembre, Bracci llegó a Kalmikov, imán ahora para miles de exhaustos y ateridos soldados. La ciudad era un revoltijo de cañones, camiones, equipaje y soldados excitados que corrían de acá para allá, intentando encontrar a sus amigos.

Bracci recibió pronto nuevas órdenes. Su regimiento, ahora reagrupado, encabezaba la retirada hacia Meshkov, una encrucijada clave de carreteras en la ruta a Millerovo. El ruido de miles de botas crujiendo sobre la quebradiza nieve adormecía a los que marchaban hasta que el súbito rugir de motores en la distancia les alarmó. Bracci y sus hombres se dirigieron a la parte delantera de la columna y escondieron

sus cañones detrás de unas matas altas.

Pasaron los minutos y Bracci sintió que cientos de ojos se clavaban en él pidiendo protección ante el ruido amenazador. Luego, los carros T-34 soviéticos aparecieron un kilómetro más adelante. Durante un momento dieron vueltas en círculo cautelosamente, como si se centrasen en Bracci; luego los carros «husmearon el aire» y, al fin, se desviaron. La marcha hacia Meshkov continuó.

Entrada la tarde, Bracci vio las agujas de una catedral, «un castillo de hadas», que dominaban la línea del horizonte. Abriéndose en formación de escaramuza, los bersaglieri se aproximaron a las afueras de Meshkov.

Luego un obús de mortero se hundió en la nieve; las ametralladoras tabletearon. Desesperado, Bracci se percató de que los rusos habían llegado allí antes que el regimiento y bloqueaban la carretera por el sur.

La hermosa iglesia de piedra situada en medio de la ciudad era el punto de reunión de la defensa soviética. Sus gruesos muros desafiaban la destrucción. En la oscuridad, miles de italianos marcharon adelante, lanzando su grito de guerra: «*Savoia! Savoia*!» Las balas trazadoras dibujaron una huella mortífera entre ellos y resonaron gritos alrededor del cementerio parroquial.

Con un buen campo de tiro, Bracci

disparó ráfaga tras ráfaga contra el edificio, pero los rusos no cedieron. En aquella luz innatural, el basamento de la iglesia relucía brillantemente con los disparos y las llamas. Pero, por encima del *crescendo* del combate, entre gritos de órdenes y contraórdenes, Bracci también oyó los gemidos y los gritos lastimeros que indicaban el terrible precio de la batalla.

Este fue demasiado elevado. Los jefes italianos retiraron finalmente a sus tropas y los bersaglieri se reagruparon y volvieron cansinamente hacia Kalmikov.

Allí, en una tensa reunión, al día siguiente, dijeron a Bracci que se atrincherase con sus cañones hasta que llegasen tropas de refuerzo; el oficial a

su mando le prometió que estaba en camino una fuerza operacional alemana. Por su parte, lo deseaba ávidamente. De repente, empezó a descender un fuego de morteros desde las colinas que les rodeaban y ello produjo inmediatamente el pánico entre la mayoría de los bersaglieri, que echaron a correr. Bracci se agazapó detrás de una casa que voló y lo cubrió con sus cascotes. Deslumbrado pero ileso, el teniente fue dando tumbos por la carretera y se lanzó sobre el estribo de un coche que pasaba, pero éste se metió en un socavón.

Al cabo de un momento aparecieron unos jinetes rusos en lo alto de la colina. Mientras explotaban los obuses de mortero, los atrapados italianos

elevaron las manos en ademán de rendición. Un coronel que estaba al lado de Bracci miró su reloj.

—Éste es el final para nosotros —dijo tristemente—. Nos hemos convertido en prisioneros.

Eran las 9.30 de la mañana del 21 de diciembre.

• • •

Aquella mañana, los oficiales del servicio secreto del grupo de Ejércitos del Don de Manstein estaban conversando con un importante huésped.

Las tropas alemanas habían hecho prisionero al jefe del III Ejército de la Guardia, general Iván Pávlovich

Krupennikov, en una emboscada tendida la noche anterior y, tras un fuego graneado, éste se rindió con la mayoría de su Estado Mayor. Tratando a Krupennikov con los honores de su rango, los alemanes le dieron muy bien de comer y luego le hicieron algunas preguntas respecto de su Ejército. A cambio, él preguntó por su hijo, Yuri, que había desaparecido tras el tiroteo. Los alemanes prometieron buscarle, enviaron soldados para traer al teniente ante su padre y el agradecido Krupennikov empezó a hablar.

Dijo que era sólo el jefe interino; su superior, el general Leliushenko, llevaba enfermo diez días. Dado que sabía que los alemanes pronto se enterarían de

ello por medio de los documentos ocupados con su cartera, también reveló otra información: el número de sus tropas era aproximadamente de 97.000 hombres. Su Ejército comprendía 247 carros y más de 500 piezas de artillería de calibre superior a 75 mm. Pero cuando sus interrogadores le presionaron para que diera otras informaciones, como, por ejemplo, número de nuevas unidades en el frente, su preparación y propósitos, las eludió aduciendo su honor de soldado.

Los interrogadores cambiaron de táctica, preguntando al general acerca de las condiciones en el interior de Rusia. Krupennikov les contó que existía escasez de víveres, debido

principalmente a problemas de transporte. Dijo que en algunos lugares de Siberia y Asia central se habían recogido excedentes de cosechas, pero que el Gobierno las dejaba allí a fin de que los ferrocarriles estuviesen expeditos para el transporte de tropas y equipo pesado hacia los frentes.

Graciosamente, Krupennikov les expresó la opinión de que, en un principio, había creído que Rusia perdería la guerra. Sin embargo, cuando contempló las lastimosas condiciones de los prisioneros alemanes cerca de Moscú, ya no consideró a los nazis unos «superhombres». Actualmente, ya no creía en las posibilidades alemanas de victoria.

Mientras tanto, sus anfitriones habían intentado averiguar el paradero de su hijo. Los soldados que rastrillaron los campos circundantes informaron que no había huellas del oficial y opinaban que debía de haber sucumbido a sus heridas en alguna parte del nevado paisaje. Los interrogadores volvieron y mintieron a Krupennikov, diciéndole que Yuri estaba herido, que no podía ser transportado, pero que no corría peligro de muerte. Muy aliviado, el general ruso continuó la ronda de preguntas y respuestas.

Fue explícito respecto de los planes rusos. La estrategia principal soviética consistía en atacar en dirección a Rostov y aislar a los alemanes en el Cáucaso. Sus primeros ataques, los días

19 y 20 de noviembre, entre Serafimóvich y Klátskaia, y al sur de Stalingrado, habían tenido un objetivo limitado: atrapar al VI Ejército en el Volga. La segunda fase, el ataque actual, se había pensado para «abrirse camino a través del frente del VIII Ejército italiano, al oeste de Serafimóvich y en el Don, para caer por la espalda de las tropas alemanas en Morozóvskaia...».

La orden final, el empuje hacia el sur desde el Don a Rostov, aún no se había dado el día en que Krupennikov fue capturado. Pero creía que, «debido a las escasas pérdidas al arrollar la parte italiana del frente», era posible una operación parecida. Esta última parte de la información fue lo suficientemente

importante como para que el mariscal de campo Von Manstein corriera a Novocherkassk y un mecanógrafo comenzara a escribir un informe con las revelaciones de Krupennikov.

La sala de interrogatorios quedó ensombrecida. Los oficiales alemanes del servicio secreto sólo podían dar por cierto que aquello de lo que se habían enterado era capaz de producir sólo un efecto adverso en los planes del grupo de Ejércitos del Don de llegar hasta el VI Ejército en Stalingrado.

• • •

El plan estaba ya paralizado. Mientras los alemanes preguntaban a

Krupennikov, los soldados rusos habían bloqueado el posible paso de la 6.ª División Panzer hacia el *Kessel*. Incapaz de avanzar más allá de Vasilevska, sólo sesenta y cinco kilómetros al sur de Stalingrado, los tanquistas alemanes conservaban tenazmente su cabeza de puente en la orilla norte, aun cuando sus problemas de suministro se habían hecho verdaderamente desesperados. Necesitaban tanto el agua potable como la gasolina. Ahora, casi debilitados por la sed, tenían que llenarse la boca con nieve sucia, mientras se apiñaban dentro de sus inmovilizados *panzers* Mark IV. Incapaces de moverse, se convirtieron en fáciles blancos para los artilleros enemigos y los infantes rusos, que

hicieron un tanteo hasta menos de quince metros del puesto de mando del coronel Hunersdorff antes de que éste personalmente dirigiera un contraataque y los rechazara.

Además, muchos alemanes heridos yacían inatendidos y los oficiales se preguntaban dónde los meterían en el caso de que llegase la orden de retirada. Mientras los obuses silbaban por encima de sus cabezas, algunos de los hombres más levemente heridos, de repente dejaban de quejarse y morían. Las temperaturas por debajo de cero habían podido con ellos.

Conversación en teletipo entre los generales Schmidt y Schulz:

—Aquí el general Schmidt.

—Aquí Schulz.

[El genera] tenía unas preguntas vitales que plantear al VI Ejército.] 1. ¿Cuál es su suministro actual de petróleo?

Deme separadamente las cantidades de combustibles para Diesel y para automóviles.

2. ¿Cuántos kilómetros representan? ¿Puede ser suficiente esa cantidad de combustible para desplazar la bolsa hacia el sur mientras aún se conservan los restantes frentes?

3. Si la cantidad de combustible les permitiera avanzar lo suficientemente lejos, ¿pueden hacerlo con las tropas

disponibles?

4. ¿Cuánto combustible se consume diariamente para los viajes más urgentes de abastecimiento dentro de la bolsa? ¿Puede contestar inmediatamente a estas preguntas?

[Schmidt tuvo las respuestas al cabo de unos minutos]:

1. La cantidad actualmente disponible es de unos 130 metros cúbicos de combustible Auto y 10 Diesel, incluyendo el abastecimiento aéreo de hoy y las cantidades necesarias para los viajes de suministro durante unos cuantos días.

2. Esta cantidad permitiría a las tropas de combate avanzar veinte kilómetros incluyendo las operaciones

de concentración antes del ataque.

3. Teniendo en cuenta la situación de las tropas, podemos avanzar veinte kilómetros, pero no conservar el frente de ruptura [sur] y la fortaleza durante mucho espacio de tiempo sin las tropas asignadas para el ataque y, en particular, sin los vehículos blindados. Por el contrario, necesitamos repuestos en la fortaleza en un futuro muy próximo, si se supone que hemos de conservarla. Cualquier tipo de salida, con sus inevitables bajas, paralizará la defensa de la misma fortaleza.

4. La cantidad diaria usada para viajes de abastecimiento es de 30 metros cúbicos.

[Schulz replicó con malas noticias]:

—El Mando Supremo del Ejercito aún no ha dado la aprobación para Donnerschlag [«Trueno», la completa evacuación del Kessel].

En vista del número de fuerzas retenidas por el enemigo, es dudoso que sea posible un rápido avance hacia el norte [por las tropas de socorro de Hoth], mientras el enemigo no sienta la contrapresión sobre sus fuerzas desde la bolsa del VI Ejército.

Por ello, es necesario que el VI Ejército comience Wintergewitter [«Tormenta de invierno», la unión física de las tropas de refuerzo con el VI Ejército] cuanto antes. ¿Cuándo pueden prepararse para el ataque?

La pregunta era casi imposible de responder. El VI Ejército estaba intentando prepararse para el ataque, pero la inseguridad de Paulus respecto de una fecha próxima para la ruptura del cerco, además de sus preocupaciones debidas a la escasez de gasolina, originaban confusión entre sus tropas. El nuevo recluta de Boblingem, Ekkehart Brunnert, padeció uno de esos fallos del mando.

Cuando se eligió su regimiento para que encabezara el ataque hacia el sur, se destruyeron enseguida todos los coches, camiones y motocicletas innecesarios. Por su parte, Brunnert estaba encantado. La destrucción del material superfluo significaba un intento decisivo de

realizar la ruptura y él se enteró de la existencia de un camión especial, cargado con ropas de abrigo, que habían enviado los civiles alemanes a los hombres del frente. El vehículo debía ser quemado, pero su contenido —botas de pieles, guantes gruesos y bufandas— era obvio que podía ser distribuido entre los soldados. Mientras hacía cola ante un gran convoy de autobuses, Brunnert miró de reojo al vehículo lleno de regalos, mientras un soldado lo rociaba con gasolina y le prendía fuego.

Brunnert no gritó su rabia mientras el precioso cargamento se consumía entre llamas. Subió al autobús, se sentó pesadamente en el asiento que le habían asignado y empezó luego a vociferar.

Amargado de repente, se encolerizó:

—Mientras nuestros superiores vayan bien vestidos, nada más les puede interesar.

Afuera del autobús, siete *hiwis* rusos esperaban poder obtener un asiento. Cuando cuatro de ellos se percataron de que les iban a dejar atrás, corrieron hacia un veterano sargento y suplicaron que les concediera un puesto. El sargento se negó. Gimiendo de terror, se pusieron de rodillas y se lo suplicaron. El sargento les dio una patada en la ingle y se alejó, dejando a los turbados *hiwis* en confuso montón a un lado de la carretera. Cabizbajos, trataron de no pensar en sus tres felices camaradas que hacían las maletas para el viaje que los

alejaría del *Kessel*.

Dentro del autobús, Brunnert recobró su compostura y estaba preparado para irse. Con sus raciones colocadas debajo del asiento, alejó un súbito miedo al paqueo ruso y se quedó relajado por primera vez durante semanas. De pronto, un oficial metió la cabeza por la puerta y gritó:

—¡Bajen todos!

Paulus había cambiado de intenciones una vez más.

El disgustado Brunnert recogió sus raciones y salió despacio del autobús. Había perdido toda esperanza de poder salvarse.

• • •

Aún no enterado por completo del peligro originado por el colapso del VIII Ejército italiano, el general Schmidt continuó su diálogo por teletipo con Schulz.

—Si podemos prepararnos sin preocuparnos de si la fortaleza podrá ser conservada o no, la fecha más próxima para un ataque semejante podría ser el 24 de diciembre. Para entonces, esperamos haber recibido el combustible necesario para reagruparnos y concentrarnos para el ataque con todas las fuerzas completas. Sin embargo, el general [Paulus] opina que la fortaleza no puede ser

conservada si la ruptura implica un gran número de bajas y pérdida de vehículos blindados. Si no hay perspectivas de refuerzos en un futuro próximo, sería más conveniente abstenerse de la salida y, por el contrario, obtener suficientes abastecimientos por aire, de modo que los hombres recobren su fortaleza y podamos tener suficientes municiones para operaciones defensivas durante un largo período. En dicho caso, creemos poder conservar la fortaleza durante algún tiempo sin necesidad de refuerzos.

[Schulz replicó]: —Informaré inmediatamente de su opinión al mariscal de campo y se someterá

también al Mando Supremo del Ejército. ¿Tiene otras preguntas que hacer con respecto a la situación?

[Schmidt respondió]: —De las fuerzas asignadas para el ataque, ya hemos tenido que emplear un batallón para el frente occidental, dado que ha habido muchas bajas en aquella sección durante los últimos días y había algunas brechas que cubrir. Un día de éstos deberemos desplazar otro batallón a la ciudad de Stalingrado, porque las unidades allí asignadas están también constantemente decreciendo en número y, dado que el Volga está cubierto de sólido hielo, aquel frente debe ser guarnecido más estrechamente. Los rusos están

enzarzados en enérgicos combates en la ciudad, lo cual nos ocasiona numerosas bajas. Este decrecimiento de la capacidad de lucha es la principal razón de que el general [Paulus] considera una salida como algo extremadamente peligroso, a menos que el contacto se establezca inmediatamente después de haber abierto brecha y la fortaleza se refuerce con tropas adicionales. Opinamos que la ruptura sería más prometedora si «Tormenta de invierno» fuese inmediatamente seguida por «Trueno», pues en dicho caso, podríamos retirar las tropas de los otros frentes. No obstante, de modo global, somos de la opinión de que

«Trueno» es una solución de emergencia, la cual, si es posible, debe ser eludida, a menos que la situación general requiera una solución semejante. También debe tenerse presente que, en vista de la actual condición física de los hombres, unas largas marchas o unos mayores ataques podrían ser extremadamente difíciles.

• • •

En la fábrica Barricada y en la de tractores, los montones de escorias yacían bajo una gruesa capa de nieve que enmascaraba repugnantes cicatrices de la guerra. Los oxidados cañones, las retorcidas vigas y las vías férreas

también habían desaparecido, junto con los cadáveres helados de los insepultos y olvidados.

Dentro de las cavernosas estancias, los soldados alemanes vivían lo mejor que podían. Para calentarse, desgarraban el entarimado de madera y encendían pequeñas fogatas. La madera, empapada de petróleo, producía un humo lleno de hollín que ennegrecía las caras de todos.

En la nave de máquinas 3C de Barricada, un torno empezó a atraer una desusada atención por parte de los solitarios alemanes después de que alguien descubriera que la máquina había sido fabricada en una ciudad al sudeste de Stuttgart. Los hombres se

deslizaban con sigilo en la estancia para permanecer a su lado y leer una pequeña placa: «*Gustav Wagner, Reutlingen.*» Los ex mecánicos acariciaban suavemente aquel metal creado por manos alemanas. Otros, contemplaban la máquina y se veían transportados a sus casas en alas de su fantástico mundo de recuerdos.

Se preguntaban abiertamente si el torno aún se podría usar.

—¿Trabajaría otra vez para los rusos si...? O bien:

—¿Dónde está Reutlingen? —preguntaban los de la región del Rin y de aún más al norte.

El torno de Gustav Wagner se convirtió en un santuario.

• • •

A unos dos mil kilómetros más al noroeste, en la Guarida del Lobo, en la Prusia Oriental, se estaba desarrollando una trágica guerra de nervios. El jefe de Estado Mayor, general Kurt Zeitzler, había renunciado a su papel de adulador mientras trataba de buscar desesperadamente la aprobación para la operación «Trueno». Dedicado en cuerpo y alma a salvar al VI Ejército, Zeitzler incluso insistió en reducir las raciones del comedor de oficiales como tributo a los hombres sitiados en el *Kessel* y como recordatorio de que constituía una responsabilidad del OKW

el brindarles la salvación. En sus diarias conferencias con el Führer, Zeitzler empezó a actuar como su predecesor, Franz Halder, incordiando a Hitler para que diera su aprobación a «Trueno». Cuando el enojado dictador descartaba sus súplicas, el frustrado Zeitzler regresaba a veces a su oficina cargado de ira.

Por último, él y Manstein estuvieron plenamente de acuerdo y Zeitzler prometió al mariscal de campo que Hitler se ablandaría al final. Pero, cuando puso sobre el escritorio de Hitler las cifras del general Arthur Schmidt referentes a los suministros de combustibles para automóviles y diesel, Kurt Zeitzler perdió la batalla. El

informe de Schmidt de que el VI Ejército sólo disponía de unos ciento cuarenta metros cúbicos de combustible, proporcionado al general Schulz en la conversación por teletipo del 21 de diciembre, había sido rápidamente transmitido a Prusia Oriental. Y su declaración de que el VI Ejército sólo podía desplazarse veinte kilómetros hacia la unión con la fuerza alemana de socorro, originó una reacción de tipo negativo con respecto a las argumentaciones de Zeitzler en pro de «Trueno». Si el Führer había abrigado intenciones de conceder a Paulus permiso para retirarse con todo su Ejército, el informe de Schmidt las disipó por completo.

Enfrentándose al atónito Zeitzler con el informe en la mano, Hitler le preguntó desdeñosamente:

—Pero ¿qué quiere exactamente que haga? Paulus no puede llevar a cabo la ruptura y usted lo sabe...

Zeiztler no le contradijo. La prueba era demasiado concluyente y, tras abandonar la habitación, pensó en la tragedia que se estaba desarrollando. Ahora, en aquel preciso momento, Hitler enjuiciaba correctamente la incapacidad del VI Ejército para realizar la ruptura. Pero sus primeros errores, y la inflexible negativa de Hitler a permitir que Paulus escapase del *Kessel*, se habían producido treinta días antes y fue lo que originó el desastre.

En el Cuartel general del grupo de Ejércitos del Don, en Novocherkassk, Erich von Manstein preparaba una recapitulación final de sus esperanzas de mudar los propósitos de Hitler.

Documento grupo de Ejércitos del Don 39694/5

Teletipo.

22 diciembre 1942.

ALTAMENTE SECRETO, «Chefsache», transmisible sólo por oficiales.

a: Jefe del Estado Mayor general del Ejército.

1. El desarrollo de la situación en el flanco izquierdo [sector italiano] del grupo de Ejércitos hace necesario

desplazar fuerzas hacia allí muy pronto...

2. Esta medida significa que el VI Ejército no podrá ser socorrido durante algún tiempo y que, como consecuencia de ello, el Ejército debe ser adecuadamente abastecido durante mucho tiempo. A fin de mantener la fortaleza física del Ejército por medio de una nutrición adecuada para permitir al Ejército comprometerse en operaciones defensivas, se necesita un promedio diario de abastecimientos de, por lo menos, 550 toneladas... Según la opinión de Richthofen [el general de la Lufwaffe], sólo podemos esperar en aquella área un promedio de 200 toneladas, considerando la larga

distancia que han de cubrir los aviones. A menos de que puedan asegurarse unos adecuados suministros aéreos... la única alternativa restante radica en que, lo más pronto posible, el VI Ejército pueda realizar una ruptura del cerco.

Al apuntar la imposibilidad patente de conseguir el abastecimiento aéreo requerido, Manstein recordaba a Hitler una vez más que la retirada total del VI Ejército del *Kessel* era la única alternativa posible.

Convencido de que había dejado bien claras las opciones, y la elección obvia, el mariscal de campo ordenó que el mensaje fuese enviado a Prusia oriental

y se dedicó a sus otros problemas.

Una calle de Stalingrado después de la liberación.

Mientras tanto, el teletipo de Novocherkassk a Stalingrado comenzó a repiquetear con firmeza. Su inflexible

vocabulario no consiguió subrayar el hecho de que ya habían pasado las horas propicias para el rescate.

Teletipo: General Schmidt — General Schulz.

22 diciembre 1942 – 17.10 horas a 19.45 horas.

—Aquí el general Schulz. Oiga, Schmidt. Deseo darle un informe, sobre la situación.

La 6.ª y 17.ª Divisiones Panzer de Hoth en Vasilevska [en el Mishkova, al sur del Kessel] han estado comprometidas durante todo el día de hoy rechazando fuertes ataques enemigos procedentes del sudeste, este

y norte, por lo que dichas Divisiones Panzer han sido incapaces de realizar la prevista presión hacia el norte.

Se ha planeado realizar dicho avance tan pronto como disminuya el ímpetu de los ataques rusos. El desarrollo de la situación nos indicará si aún pueden hacerlo mañana... Desgraciadamente, durante las últimas 24 horas las condiciones climáticas han sido tales que no han podido enviarse suministros por aire a causa del peligro de la formación de hielo y de la niebla. Tampoco ha sido posible efectuar reconocimientos aéreos. Esperamos, en un próximo futuro, que haya una mejoría en las condiciones climáticas. Están en camino aviones Ju-175 para

poder incrementar los abastecimientos aéreos. Esto puede influir mucho en la situación.

El mariscal de campo plantea la siguiente pregunta, que es de gran importancia para una estimación de la situación de suministros del Ejército que conviene aclarar. Según el informe de la Intendencia del VI Ejército, existen aún unos 40.000 caballos en la bolsa. Dicho informe ha sido contradicho por el comandante Eismann, quien informa que en la División sólo quedan unos 800 caballos. ¿Puede decirme el número exacto de las existencias de caballos y, si es posible, la cantidad de potros [panjes], y caballos de talla normal,

separadamente? Esto es muy importante; ¿se han tomado medidas por su parte para asegurar que la carne de caballo se emplea con mesura para las provisiones de sus tropas...?

Schmidt tenía poco más de 23.000 caballos, que sólo eran suficientes para alimentar al Ejército hasta mediados de enero; El general dio pronto a Schulz dicho total. Había ido proporcionando cada día al Cuartel general superior otras estadísticas.

Número de radones el 18 de diciembre: 249.600 (incluyendo a 13.000 rumanos), 19.300 auxiliares voluntarios [trabajadores kiwi rusos]

y, aproximadamente, 6.000 heridos.

Fuerzas en la batalla: En la línea del frente... 25.000 infantes, 3.200 ingenieros...

Municiones: Las reservas del Ejército son bajas, incluyen 3.000 proyectiles para obuses de campaña de poco calibre, 900 para obuses de campaña de gran calibre y 600 para otros cañones...

Salud: Los hombres están a media ración desde el 26 de noviembre... Bajo las presentes condiciones son incapaces de emprender largas marchas o comprometerse en acciones ofensivas sin grave quebranto.

Fin.

• • •

A las 6.30 de la mañana del 23 de diciembre, la 6.ª División Panzer renovó su ofensiva a fin de ampliar la cabeza de puente en Vasilevska, en el río Mishkova, al sur del *Kessel*. Seis horas después, a las 12.30, llegó a la zona el jefe del 57.° Cuerpo, general Kirchner, «para obtener información de primera mano...» sobre lo que andaba mal. Durante todo el tiempo transcurrido, la 6.ª División Panzer había sido incapaz de aproximarse más a Stalingrado.

Poco tiempo después, a la 1.05, el teletipo empezó a teclear un mensaje del OKW, en Rastenburg. El mariscal de campo Manstein esperaba que fuese la

respuesta a su petición para dar vía libre a la palabra cifrada «Trueno». Pero no era así.

PERSONAL E INMEDIATO.

Según instrucciones del Führer: el empalme ferroviario de Morozóvskaia y las dos bases aéreas de Morozovsk y Tatzinskaia deben ser conservadas y mantenidas como operaciones a toda costa... El Führer está de acuerdo en que las unidades del 57.° Cuerpo Panzer sean trasladadas al otro lado del Don... El grupo de Ejércitos del Don debe informar de las medidas que se tomen.

ZEITZELER

• • •

Hitler hizo caso omiso de lo que Manstein había tan cuidadosamente enunciado en su aviso del peligro de dejar a

Paulus dentro del *Kessel*. De hecho, Hitler ni siquiera había aludido a la operación «Trueno». En vez de ello, pedía a Manstein que desgajara unidades de combate de las fuerzas de socorro de Hoth y salvara la situación del amenazado frente italiano.

Asombrado al ver que Hitler no había concedido nunca a Paulus una oportunidad de escapar, Manstein despachó una funesta orden a la 6.ª División Panzer, en el río Mishkova:

«La división deberá abandonar la cabeza de puente esta noche. Se deben dejar atrás cuerpos de guardia...»

La orden sembró la amargura entre los oficiales de Estado Mayor de la 6.ª División Panzer, pero tuvieron que convenir en su lógica. Había quedado claro que «sería imposible penetrar hacia Stalingrado sin el apoyo de unas fuerzas suplementarias que no están disponibles...».

• • •

A unos doscientos veinticinco kilómetros al noroeste de Gumrak, la estepa yacía bajo más de medio metro de nieve. El sol, al reflejarse en sus

ondeantes capas heladas, producía una reluciente neblina. A través del blanco paisaje, serpenteaba una negra columna de prisioneros, los supervivientes italianos de Kalmikov, Meshkov y de las cercanías del río Don. Arrastraban los pies trabajosamente, marchando a la pata coja a través de aquel yermo con temperaturas bajo cero.

Cuando los guardianes de patrulla gritaban: *«Davai bistre*!» («¡Daos prisa!»), los prisioneros intentaban andar un poco más apresuradamente. Pero su paso aún era lento y los hombres gemían constantemente mientras las mordeduras del frío les helaban los dedos de las manos y de los pies.

Felice Bracci caminaba en medio de

las irregulares filas. Andaba tambaleándose, como un autómata, colocando un pie delante del otro, una y otra vez. Casi inconsciente por el frío, apenas oía los roncos gritos de mando de los guardianes y los horribles graznidos de los cuervos que sobrevolaban en círculo sus cabezas. Pero un ruido sacaba siempre a Bracci de sus ensoñaciones: los disparos aislados de fusil, que resonaban sordamente en el claro aire, cuando los guardias disparaban sobre los hombres que daban traspiés fuera de la columna en busca de descanso. Durante dos días, Bracci había escuchado aquella mortal sinfonía. Y en la ruta desde Kalmikov, los dos lados de la pista estaban ahora

marcados con las irregulares señales de los cadáveres. Bracci había calculado que los italianos estaban marchando al norte, hacia el Don, pues la evidencia de los violentos combates se hallaban por todas partes. Trozos de uniformes, cajas de balas sin emplear, metralletas, artillería de 210 mm, brazos, piernas, los restos de su VIII Ejército estaban esparcidos por la estepa.

Empezaron a caer gruesos copos de nieve que rasgaban las caras de los barbudos soldados y se helaban en sus cejas y mentones. Con la cabeza encogida entre los hombros como la de una tortuga, Bracci avanzaba hacia una aldea situada precariamente en la cima de una colina. Esperaba que los rusos

pararían allí para dar de comer a sus cautivos, ninguno de los cuales había ingerido alimentos en las últimas cuarenta y ocho horas.

Al atardecer, los rusos dieron el alto a la columna y Bracci se arrastró a un establo para buscar un sitio donde dormir. Al otro lado de la estancia, varios italianos apartaban a un lado a sus compatriotas a fin de echarse en un comedero lleno de heno fresco.

• • •

Otros supervivientes del Ejército italiano intentaban escapar a través de un valle cerca de la ciudad de Abrusovka, a cincuenta kilómetros al

oeste. Pero en las estribaciones que lo rodeaban, los artilleros rusos habían instalado los pavorosos cohetes *Katiushka*, los cuales vomitaron con gran estrépito miles de andanadas de grandes explosivos sobre las retorcidas masas grises situadas en el fondo del valle.

Un pequeño destacamento alemán, atrapado en un extremo del callejón sin salida se las ideó para requisar varios camiones y suficiente combustible para atravesar la línea de fuego. Unos cuantos soldados italianos intentaron saltar a los estribos, pero los alemanes dispararon contra ellos. A otros italianos, que colgaban desesperados de las manijas de las portezuelas, les aplastaron los

dedos con las culatas de los fusiles. Una vez se zafaron de sus aliados, los frenéticos alemanes los dejaron atrás y desaparecieron en dirección sur.

• • •

El doctor Cristóforo Capone había huido durante varios días. Cuando llegó al valle, vio a grupos de italianos que corrían de acá para allá por el fondo del profundo barranco. Detrás de Capone, un carro ruso disparó sobre la multitud, y un oficial situado junto a él empezó de repente a sangrar a borbotones cuando una bala de fusil le alcanzó en el cuello.

Capone se separó, pero no tuvo tiempo de esconderse cuando las

ametralladoras y la artillería empezaron a barrer la superficie del valle. Los soldados caían, estallaban en fragmentos o permanecían de pie resignados, esperando el impacto de una bala. Algunos oficiales y soldados levantaron las manos en ademán de rendición. Otros se negaron. Un cirujano, al que Capone reconoció, gritó:

—¡Nos van a matar a todos!

Y se dirigió corriendo hacia una ametralladora rusa que lo partió en trozos. Durante un breve instante, Capone pensó hacer lo mismo pero, a su derecha, otro grupo de italianos levantó de improviso las manos. Se unió a ellos y, mientras contemplaba la aproximación del enemigo, varios oficiales de las filas

cambiaron de idea, sacaron sus pistolas y se dispararon un tiro.

• • •

Se había iniciado otra tensa conversación entre Erich von Manstein y Friedrich von Paulus a través del impersonal teclado del teletipo:

23 diciembre 1942,17.40 horas a 18.20 horas.

—Buenas noches, Paulus. La última noche usted remitió al Mando Supremo del Ejército un informe en que decía que el combustible a su disposición le permitía un avance de veinte kilómetros. Zeitzler solicita que lo

compruebe de nuevo. Personalmente, me gustaría decirle esto: parece que el enemigo [al sur del Kessel] ha recibido constantemente refuerzos, por lo que Hoth se ha visto forzado a tomar medidas defensivas. Además, la situación del flanco izquierdo del grupo de Ejércitos [el frente italiano] hace necesario retirar fuerzas de Hoth... Puede usted extraer sus propias conclusiones acerca de cómo le puede afectar esto. Sin embargo, quisiera decirle que examine, si no hubiera otra posibilidad, si está preparado para «Trueno» [retirada completa del Kessel], siempre que sea posible suministrarle unas limitadas cantidades de combustible durante los

próximos días. Si no quiere darme una respuesta enseguida, podemos tener otra conversación a las 21.00 horas. Deseo asimismo indicarle que es un problema particularmente difícil conseguir un adecuado suministro del Ejército, en particular en vista del desarrollo de la situación en el flanco izquierdo del grupo de Ejércitos. Espero respuesta.

Paulus señaló rápidamente el tremendo peligro de su posición:

—[«Trueno»] se ha hecho muy difícil, pues durante varios días el enemigo se ha atrincherado delante de los frentes sudoeste y sur y, según las

informaciones por radio, se están preparando seis brigadas blindadas detrás de este frente defensivo. Creo que necesitamos ahora un período preparatorio de seis días para «Trueno»...

Naturalmente, desde aquí no puedo decir si existe la menor oportunidad de que sea auxiliado el Ejército en un próximo futuro, o si intentaremos «Trueno». Si ha de ser esto último, cuanto antes mejor. Pero hay que percatarse con claridad de que será una operación muy difícil, a menos que Hoth consiga afianzar por la parte exterior a unas poderosas fuerzas enemigas. ¿Debo interpretar esto como que se me autoriza ahora para iniciar

la operación «Trueno»? Una vez se emprenda, ya no habrá posibilidad de echarse atrás.

Fin.

Ya se había alcanzado el punto culminante. Paulus pedía a Von Manstein que le diera la palabra cifrada que pondría al VI Ejército en camino de la libertad o del olvido. Sabedor a ciencia cierta de que Adolfo Hitler no concedía permiso para abandonar el *Kessel*, Paulus colocaba ahora su propia carrera y las vidas de miles de sus hombres directamente en las manos de Erich von Manstein. Suplicaba a Manstein que le eximiera de la responsabilidad de tomar una decisión semejante.

Pero Manstein rechazó su petición. Poco dispuesto a asumir la responsabilidad de iniciar la operación «Trueno» contra las órdenes expresas de Hitler, dio una respuesta indirecta:

—No puedo concederle hoy la autorización. Pero espero obtener el permiso mañana. El principal punto es el siguiente: ¿está usted seguro de que el VI Ejército podrá luchar durante el trayecto [hacia el sur] y abrirse camino hasta Hoth... si llegamos a la conclusión de que no podemos concederle a usted unos suministros adecuados durante un largo período? ¿Qué opina usted? Fin.

[Paulus replicó]: —En dicho caso, no

tengo opción para elegir. Pregunta: ¿Ha tenido efecto la prevista retirada de fuerzas de la zona de Kirchner [la 6.ª División Panzer en la cabeza de puente de Mishkova, al sur del Kessel]? Fin.

[Manstein]: —Sí: hoy. ¿Cuánto combustible y suministros necesitaría antes de emprender «Trueno» y, en el supuesto de que se iniciase tal acción, cuántos suministros ulteriores diarios necesitaría? Fin.

[Paulus]: —Mil metros cúbicos [cerca de un millón de litros de combustible] y 500 toneladas de alimentos. Si consiguiese esto, todos mis blindados y vehículos motorizados serían suficientes... [el combustible que

necesitaba era casi diez veces más del que el puente aéreo le había aportado hasta entonces].

[Manstein]: —Bien, eso es todo. Buena suerte, Paulus.

[Paulus]: —Gracias, señor. Y buena suerte también para usted...

Sólo unas cuantas horas después, los carros de la 6.ª División Panzer que retenían la cabeza de puente de Vasilevska, daban la vuelta y empezaban a cruzar de nuevo el río Mishkova.

Las endurecidas dotaciones de los carros se enjugaban las lágrimas de los ojos mientras volvían la espalda a sus compatriotas que les esperaban en Stalingrado. Un oficial permaneció de

pie en la escotilla de su torreta avistando el horizonte del norte, mientras se golpeaba la gorra con la mano en ademán de saludo; luego metió la cabeza dentro de su Mark IV y se dirigió retumbante a una nueva batalla. Hacia la medianoche, el último *panzer* se había dirigido a salvar al Ejército italiano y a estabilizar el flanco izquierdo de Manstein.

Mientras tanto, los soldados alemanes del perímetro sur del *Kessel se* esforzaban por oír y ver a las vanguardias de las tropas de socorro de Manstein. Pero la oscuridad seguía siendo impenetrable. Las atrapadas tropas se estremecieron dentro de sus agujeros en la nieve e intentaron

tranquilizar el persistente miedo de que Manstein no pudiera llegar nunca.

• • •

Convocado a una reunión de suboficiales de la 297.ª División, en el perímetro sur del *Kessel*, el sargento Albert Pflüger caminaba con cautela a lo largo de una senda helada. Cuando se aproximó al bunker del puesto de mando, notó la presencia de una forma oscura a su derecha y luego sonó un tiro de fusil. La bala se aplastó contra su brazo derecho y se lo rompió.

Mientras se derrumbaba al suelo, Pflüger musitó:

—Madre, me han dado.

Luego, se desmayó.

Otro suboficial llegó junto a él, lo arrebujó en un poncho y lo arrastró a lo largo del desigual camino. Recobrado el conocimiento, Pflüger insistió en caminar tambaleante hasta un puesto de socorro, donde un doctor le vendó enseguida la herida y lo mandó a un hospital central.

Aquel día, 23 de diciembre, el sargento fue precisamente uno de los 686 alemanes que murieron o fueron heridos mientras aguardaban a que Hitler diera su aprobación a «Trueno».

• • •

Al amanecer del 24 de diciembre, el

gran aeropuerto alemán en Tatsínskaia, unos doscientos cincuenta kilómetros al oeste de Gumrak, quedó bajo el fuego de la artillería del 3.° Ejército de la Guardia soviético. El ataque se esperaba desde que el Ejército italiano se había disgregado a lo largo del Don. Durante toda la semana, los generales Martin Fiebig y Freiherr von Richthofen imploraron de Hitler el permiso para desplazar sus aviones de transporte estacionados en el campo y alejarlos del peligro. Pero él se negó diciéndoles que las reservas alemanas situadas en aquella zona podrían contener al enemigo.

El Führer se había equivocado de nuevo y ahora, en aquella brumosa

mañana, Fiebig, de pie en la torre de control, contempló horrorizado cómo dos Ju-52 explotaban debido a los obuses del enemigo.

A su lado, un coronel le suplicaba:

—Herr General, debe hacer algo. Concédame permiso para despegar.

Pero Fiebig respondió:

—Para hacer eso necesito autorización de la *Luftflotte*. De cualquier forma, es imposible despegar con esta niebla.

En posición de firmes y con todos los miramientos, el coronel con la cara cenicienta respondió:

—O bien asume usted ese riesgo o quedarán suprimidas del mapa todas las unidades del campo. Todas las unidades de transporte para Stalingrado, Herr

General. La última esperanza del cercado VI Ejército.

Cuando el otro oficial se mostró de acuerdo, aquello resultó suficiente para el general Fiebig. Mientras los obuses rusos atravesaban la niebla y caían en las pistas de aterrizaje, ordenó una evacuación inmediata.

A las 05.30 horas, sólo diez minutos después de que empezase el ataque, los primeros Ju-52 empezaron a funcionar y se elevaron con dificultad hacia el cielo. Aquello tuvo como resultado una increíble confusión. Los aviones despegaron en todas direcciones; dos Ju-52 chocaron en medio del campo y explotaron. Otros, se arrancaron las alas y las colas. En medio del holocausto,

aparecieron los carros rusos en las pistas de aterrizaje mientras veinte, cuarenta, cincuenta o más aviones pasaban casi rozándoles y se alzaban penosamente hacia el oscuro cielo.

Cuando un T-34 ruso pasó delante de la torre de control de Fiebig, ello incitó a un ayudante a decir:

—Es tiempo de irse, Herr General.

Pero él estaba como paralizado mientras contemplaba por la ventana el terrible panorama: los últimos Junkers rodaban por el campo, chocando contra otros restos, patinando hasta detenerse e incendiarse.

A las 06.07 horas, un jefe de carros alemán corrió a decirles que el enemigo había irrumpido en Tatsínskaia y, ocho

minutos después, a las 06.15, el desanimado Fiebig despegaba del aeropuerto en avión y se dirigía a Rostov.

Abajo, en tierra, 56 aviones, indeciblemente necesarios para la lanzadera con Stalingrado, ardían brillantemente a través de la neblina. Sólo 124 de los aparatos del puente aéreo habían conseguido ponerse a salvo.

• • •

A unos cien kilómetros al norte de los restos de la flota aérea de Liebig, el teniente Felice Bracci se despertaba en su establo y se levantaba ante los gritos

de «*Davai bistre*!» de los impacientes guardias rusos. Detrás de Bracci, en el comedero relleno de paja, algunos de los hombres que habían luchado con tanto ardor por aquel espacio ignoraron las órdenes guturales. Estaban muertos, convertidos en mármol a causa del frío.

Aún sin comer, la densa columna de prisioneros empezó a dar traspiés durante otra fría mañana. En el horizonte, un sol sin vida se asomaba ante los italianos. Un sol extraño, pensó Bracci, para aquellos que habían venido de un país cálido. Su aliento se congelaba rápidamente sobre el cuello de su abrigo y se convertía en minúsculos cristales blancos. Por encima de la columna, flotaba una nube

de vapor dando la impresión de que los soldados eran unos empedernidos fumadores.

La marcha continuó durante toda la mañana. Bracci y otro oficial, Franco Fusco, de Nápoles, caminaron uno al lado del otro sin decir nada. Los hombres rompían filas, los fusiles resonaban y los cuerpos se deslizaban por la nieve; ambos oficiales hallaron ánimos con su mutua compañía.

Al principio de la tarde, Bracci vio el campanario de una iglesia y luego unos cobertizos. Pasaron por un puente; abajo, el río había desaparecido tras las incontables tormentas de nieve. Alguien voceó que habían llegado a Boguchar, un antiguo cuartel general alemán, en la

actualidad punto central de reunión de las divisiones rusas. Ante los prisioneros pasaron unos tambaleantes carros y camiones soviéticos; luego se detuvieron de improviso delante de unos amplios barracones. El frío era tan intenso que los italianos no podían permanecer inmóviles y empezaron a dar saltitos y a rogar que les permitieran pasar adentro. Mientras se quejaban, se reunió una hosca multitud de civiles rusos. Jóvenes y viejos, empezaron a proferir amenazas entre dientes y escupir a Bracci y a sus camaradas. Algunos hicieron ademanes como de decapitarlos o ahorcarlos y luego, de improviso, se aglomeraron y se lanzaron sobre los prisioneros. Igual que lobos

furiosos, los rusos les quitaron los abrigos, los zapatos, las mantas y los gorros. Bracci tuvo una alegría cuando los rusos rechazaron con repugnancia sus botas gastadas y sus polainas rotas.

Por último, los guardias dejaron a los aldeanos y luego llamaron a todos los médicos para que acudieran al edificio. Bracci tuvo envidia. Comprendió que las miserias de los médicos habían acabado y que ahora cuidarían de enfermos y heridos en unos lugares más placenteros. Deseó haber estudiado medicina en la universidad.

Los médicos reaparecieron al poco, despojados de toda clase de medicamentos y ropas de abrigo. Cuando un teniente de Roma protestó

por aquel tratamiento, los rusos lo llevaron aparte, lo golpearon cruelmente y lo arrojaron a la calle. Pero tampoco ahora habían acabado sus miserias. Cuando su cachorro, que había trotado fielmente a su lado durante la marcha, se dirigió a restregar su hocico contra el hombre postrado, los rusos le dieron culatazos hasta matarlo mientras él miraba.

Al fin, los italianos fueron amontonados en los barracones y, lanzados a la oscuridad, cayeron por los suelos. Bracci fue uno de los últimos en entrar. Buscando un sitio para descansar, encontró una viga horizontal situada como a un metro del suelo y, montándose en ella a horcajadas, trató de dormirse.

Su cuerpo cedía y su cabeza se inclinaba. Varias veces perdió el equilibrio y tuvo que asegurarse los pies contra el suelo para tener apoyo. Cuando dio con el pie en una pequeña caja, la recogió y pensó que estaba llena de mantequilla. Hundió en ella con avidez los dedos y la grasa se abrió fácilmente. Sólo después se percató de que había comido lubricante para motores.

Fuera de los barracones, a lo lejos, el teniente oyó un repique de campanas, a través de la helada estepa. En una iglesia, situada en alguna parte, un órgano interpretaba una solemne melodía. Bracci sabía lo que significaba aquella música. Lo había sabido durante todo el día. Afuera, donde vivía la gente

corriente, tanto en Rusia como en su querida Roma, era un día feliz, de reuniones familiares y de amor. Era la Nochebuena de 1942.

CAPÍTULO XXIII

Vasili Chuikov estaba de buen humor. Durante las últimas veinticuatro horas, la 138.ª División del coronel Iván Liudnikov había al fin entrado en contacto con el resto del 62.° Ejército. Durante más de un mes, Liudnikov y sus hombres habían rechazado a los alemanes de la 305.ª División y a los zapadores que, al principio, los habían empujado hasta la orilla del Volga. Ahora, reabastecidos de alimentos, municiones y reclutas traídos a través del puente de hielo desde la ribera oriental, la 138.ª División surgió desde la orilla en dirección al terreno llano

situado detrás de las fábricas y se dirigió hacia el sur. El Cuartel general del 62.° Ejército registró triunfalmente aquel éxito: «Ahora se ha conseguido comunicación directa con la división de Liudnikov.»

Tras haber acabado así con sus preocupaciones, Chuikov pasó la mayor parte del 24 de diciembre despidiendo a los viejos cantaradas. En su oficina horadada en la roca, fumó cigarrillos con boquilla de piel y alzó vasos de vodka para beber a la salud de sus compañeros y héroes del asedio, que abrazaron a su comandante con ojos llenos de lágrimas. Entre ellos estaba el general Iván Petróvich Sologub, con el que había luchado desde las batallas del

verano en la estepa; el general Fiodor Nikandrovich Smejotvorov, que defendió la fábrica Octubre Rojo casi hasta el último hombre y el general Víctor Grigorievich Zholudev, cuyos comandos de selección murieron en la fábrica de tractores.

Aquellos oficiales iban a ser enviados desde el campo de batalla a la orilla de enfrente del Volga y a campamentos de descanso, llevándose consigo a sus destrozadas divisiones.

De aquellas fuerzas que un día fueron de veinte mil hombres, ahora los dos mil supervivientes se dirigieron hacia el este, al otro lado del río cubierto de hielo, congestionado en la actualidad con pesados camiones y con miles de

infantes de refresco que hacían el viaje en el otro sentido.

• • •

A poca distancia de la reunión de despedida de Chuikov y sus generales, un niño corría a través de las ruinas del suburbio de Dar Gova.

—¡Venid enseguida! —gritaba—. ¡Han cogido a Sacha!

Los Fillipov no se sorprendieron. Habían previsto aquel horroroso momento desde hacía semanas y la señora Fillipov recogió rápidamente algo de la comida que los alemanes habían dado a Sacha por sus reparaciones de calzado y salió

corriendo al patio de enfrente.

Acompañado por otros dos adolescentes, uno de ellos una chica, Sacha pasaba por allí. Un pelotón de tropas enemigas escoltaba a los jóvenes rusos, que andaban descalzos por la nieve. La señora Fillipov se adelantó a los guardias y sin palabras lanzó la comida a su hijo. En cuanto éste la tomó, un soldado apartó a la mujer del camino y la procesión dobló la esquina hacia un grupo de macilentos árboles de la calle Brianskaia.

Se reunió una pequeña muchedumbre de civiles rusos. Los Fillipov se pegaron unos a otros, mirando hipnóticamente cómo colgaban trozos de cuerda de las ramas de las solitarias

acacias. Un alemán hizo un lazo corredizo alrededor de la cabeza de Sacha y apretó el grueso nudo debajo de su oreja izquierda. El señor Fillipov gimió patéticamente y se apartó de su esposa. Cegado por las lágrimas, se fue dando traspiés sin mirar atrás, mientras se daba la orden de ejecución. La señora Fillipov se quedó sola, de pie, frente a Sacha, mientras su lengua salía disparada entre los dientes y su rostro se volvía azul.

Una vez cumplida su tarea, los soldados alemanes volvieron a formar y se marcharon. Los testigos rusos se dispersaron silenciosamente entristecidos y, de repente, la calle Brianskaia se quedó desierta a

excepción de los tres chiquillos que pendían al viento y la señora Fillipov, que se adelantó hacia el cuerpo de su hijo. Durante un momento escuchó el ruido de la chirriante soga; luego llegó hasta él y acarició la pierna de su hijo y le habló dulcemente, con toda ternura.

Se hizo de noche. La señora Fillipov continuó su solitaria vela, sumisamente de pie al lado del rígido pie desnudo de su maestro zapatero, muerto ahorcado a la edad de quince años.

• • •

«O Tannenbaum, O Tannenbaum, wie tren sind define Blatter...» Casi todos los búnkers alemanes resonaban con

aquella melodía hasta que, de improviso, la noche se rasgó con la explosión simultánea de miles de bengalas multicolores que destellaron a través del cielo desde Orlovka, en el noroeste, hasta Baburkin, en el oeste, hasta abajo en Marinovka y Karpovka y, por la parte de atrás, hacia el este, a través de Zibenko hasta el barranco Tsaritsa, en el Volga. La exhibición de los brillantes fuegos artificiales duró varios minutos. Por debajo de las deslumbrantes luces, los soldados alemanes se protegieron los ojos y se maravillaron ante la belleza que les rodeaba.

Era su saludo a las Navidades, un tiempo de alegría para todos los

alemanes y, durante varios días, los oficiales y los soldados se prepararon febrilmente para la celebración. El capitán Gerhard Meunch incluso redactó un discurso. En su puesto de mando, en un sótano de la fábrica Octubre Rojo, trabajó durante horas para perfilar su mensaje. Luego, a primeras horas de la tarde, se fue a un garaje cercano donde un árbol de Navidad, tallado en madera, adornaba uno de los rincones de la cavernosa estancia. En grupos de treinta, sus infantes fueron apareciendo y se sentaron alrededor de él, mientras les daba la bienvenida y les repartía cigarrillos, vino, o té con ron, un trozo de pan y una tajada de carne de caballo.

Relajados por el licor, los hombres

escucharon con atención mientras Meunch les hablaba sosegadamente de la necesidad de no descuidar la lucha contra los rusos. Aún un poco acobardado por su reciente escaramuza con los amotinados de sus filas, delineó a la carrera las obligaciones de un soldado respecto de las órdenes, especialmente en una situación tan terrible como en Stalingrado. La dinámica charla pareció gustar a los soldados, que se unieron para cantar con él *Stille Nacht* («Noche de paz»). Meunch se percató de que, a la mitad del cántico, muchos de sus hombres estaban tan emocionados que tuvieron que parar de cantar y enjugarse las lágrimas de los ojos.

Tras haber hablado personalmente con todos los hombres alistados, Meunch volvió a la fábrica Octubre Rojo para beber con sus camaradas oficiales. Uno de ellos, un capitán de cuarenta años, chilló de repente:

—¿Para qué sirve esta batalla? —y sacó su pistola—. Disparemos los unos contra los otros —rugió—. Todo esto carece de sentido. Ninguno de nosotros saldrá nunca de aquí.

Asombrado por el arranque, Meunch replicó reposadamente:

—Tómatelo con calma...

Pero el otro capitán le miró con dureza. Mientras continuaba hablando en tono tranquilizador, Meunch se sentó con su amigo a fin de discutir con él las

ventajas del suicidio.

• • •

Al sargento Albert Pflüger el brazo roto le dolía demasiado para que se preocupase de la solemnidad. Una vez explorada y curada la herida, y con el brazo en cabestrillo, deambuló hasta un bunker donde le rodeó una corriente de calor y de aire viciado. Con la cabeza dándole vueltas, Pflüger contempló a un grupo de trece pacientes que permanecían de pie o sentados en una habitación que se había previsto para cuatro. Viendo que Pflüger estaba a punto de desmayarse, uno de los hombres bajó de un salto del camastro

superior y le dejó el sitio.

El sargento se encaramó laboriosamente a la litera y pronto se quedó dormido. Algunas horas después le despertó una terrible picazón bajo la escayola de su brazo derecho. Echando a un lado el cobertor, vio una hilera de piojos que marchaban desde el colchón sobre su mano y debajo del borde del molde de yeso. Conmocionado y con repugnancia, saltó de la cama y se sacudió los insectos. Agarró un palo, hurgó frenéticamente entre ellos, pero se arrastraron a las profundidades bajo el yeso y se escondieron. Su brazo era ahora una masa de parásitos grises que se daban un banquete a costa de su herida.

• • •

En miles de búnkers a los lados de las *balkas*, en los fortines de cemento al borde de la tierra de nadie, los soldados alemanes escaparon durante unas pocas horas de los horrores del cerco. A pesar de la ausencia de árboles en la estepa aquellas mentes creadoras habían improvisado ingeniosamente algo parecido al espíritu de Navidad. Barras de hierro llenas de agujeros rellenos con astillas de madera, se erguían como adornos de centros de mesa sobre los sucios suelos; algodón en rama procedente de los puestos médicos de socorro hacía las veces de bombillas

ornamentales. Estrellas hechas con papeles de colores adornaban los árboles metálicos.

En el grupo de Ekkehart Brunnert, sus camaradas se superaron. Un hermoso árbol de Navidad de madera tallada lo dominaba todo desde una mesa tambaleante. Alguien compareció con un gramófono con discos y, en medio de bulliciosos cánticos, Brunnert recibió una bolsa llena de exquisiteces: un pequeño pastel untado con una capa de chocolate, algunos bombones, pan, bizcochos, café, cigarrillos e incluso tres puros. Abrumado ante el banquete, el hambriento soldado preguntó dónde se habían guardado durante tanto tiempo aquellos alimentos. Nadie lo sabía.

Alejando sus sospechas, Brunnert se atiborró y luego encendió un cigarrillo. Complacido por el brillo de aquellas improvisadas guirnaldas de Adviento que centelleaban de velas, momentáneamente olvidó su angustia por aquel camión cargado de ropas de abrigo que había ardido en su presencia días antes.

Algunas horas después, cuando le llegó su turno de guardia, contempló el firmamento tachonado de estrellas y trató de imaginarse a sus padres y mujer, Irene, mientras celebraban la fiesta en su hogar, en Boblingen: el árbol y los regalos e Irene pensando en él y tal vez llorando. Mientras paseaba de un lado a otro de la trinchera, Brunnert también

deseaba llorar.

En su camino para acudir a un servicio religioso, el oficial de Intendencia Karl Binder había visto montones de cadáveres sin enterrar a lo largo de la carretera. Conmovido ante aquel fallo de la organización del Ejército rumió amargamente durante horas hasta que escribió una carta a la familia. Atosigado ahora por los presentimientos acerca de su propio destino, Binder trató de preparar a su mujer y a sus hijos para lo peor:

Navidades de 1942

...Durante las pasadas semanas todos nosotros hemos empezado a pensar en

el fin de todas las cosas. La insignificancia de la vida de cada día palidece ante esto y nunca hemos estado más agradecidos a las creencias de Navidad que en esas horas de penuria. En lo más profundo del corazón de cada uno vive la idea de la Navidad, de lo que significa la Navidad. Es una fiesta de amor, de salvación y de piedad por la Humanidad. Aquí no tenemos nada más que la Fe en la Navidad. Así debe ser y ello nos ayudará en estos penosos momentos... Por muy duro que pueda ser, haremos todo lo posible por dominar nuestro destino y tratar con todas nuestras fuerzas de vencer a la subhumanidad que nos ataca

salvajemente. Nada podrá conmover nuestra creencia en la victoria, porque debemos vencer si queremos que Alemania viva...

No he recibido cartas tuyas desde hace algún tiempo... Aquí existe un terrible anhelo de algunas palabras cariñosas desde el hogar en estas Navidades, pero también hay actualmente cosas más importantes. Somos hombres que sabemos soportarlo todo. Lo principal es que tú y los niños estéis bien. No te preocupes por mí; ya nada puede sucederme. Hoy he quedado en paz con Dios...

Todo mi amor para ti junto con miles de besos. Te amo hasta mi último aliento.

Tuyo,
KARL

Besos afectuosos para los niños. Sed buenos chicos y acordaos de vuestro padre...

• • •

Sin prestar atención al ruido de su bunker, el teniente Emil Metzger estaba sentado leyendo una carta de su esposa, Kaethe. Se trataba del mejor regalo de Navidad que había recibido. A las diez de la noche se retiró presuroso de la fiesta para salir afuera, a la clara y fría noche, donde un solitario centinela hacía guardia en su puesto. Metzger relevó de su responsabilidad a aquel hombre que

tiritaba de frío y se colgó del hombro su fusil. Aquella vez deseaba estar a solas.

Bajo la estrellada bóveda, se puso a pasear de un lado a otro, olvidándose de los rusos y de la guerra. Concentrándose intensamente en Kaethe, Emil revivió su vida juntos: el primer baile cuando se enamoraron, sus cuatro breves días de luna de miel antes de que tuviese que reintegrarse a sus deberes militares, el permiso al que había renunciado en agosto porque creía que la guerra estaba a punto de acabar.

Durante una hora, Emil estuvo en comunión espiritual con Kaethe bajo mil kilómetros de estrellas. Era el único regalo que podía hacerle a ella.

• • •

Mientras los soldados alemanes buscaban evasión en estas celebraciones, sus generales discutían las menguantes perspectivas de salvación del VI Ejército.

Teletipo: General Schmidt — General Schulz.

—Querido Schmidt: Esta noche el mariscal de campo y nosotros pensamos particularmente en todo el VI Ejército. No tengo mucha información que proporcionarle hoy.

Hoth [la columna alemana de socorro al sur del Kessel] se halla aún enzarzado en operaciones defensivas.

Parece que el enemigo... [en torno de Vasilevska y en el Mishkova]... ha recibido más refuerzos... En lo que concierne a su situación, aún no hemos recibido una decisión del Mando Supremo del Ejército. El mariscal de campo desea hacerle saber que ha de hacerse a la idea de que la solución será probablemente «Trueno». [El mariscal de campo Manstein ya no creía en ello, pero Schulz no tenía corazón para negar a Schmidt una última esperanza de liberación.] Estamos esperando que mejore el tiempo para que podamos dedicar todos los aviones disponibles a abastecerle con las provisiones y el combustible necesarios. ¿Qué hay de

nuevo por su parte?

[Schmidt preguntó quejumbroso]: —¿Es cierto que los aviones que despegan de Tatsinskaia están amenazados? [Schmidt no sabía que Tatsinskaia había caído ya en manos rusas.]

[Schulz mintió]: —Los despegues están asegurados y se preparan otros aeropuertos.

[Dándose cuenta de que el intento de ayuda por parte de Hoth desde el sur había ya fracasado, Schmidt preguntó]: —¿Será [Hoth]... capaz de conservar la zona [del río] Mishkova?

[Schulz]: —Esperamos que sí. Sin embargo, cabe la posibilidad de que tengamos que reducir la actual cabeza

de puente. [En aquel momento, la cabeza de puente ya había sido evacuada por la retaguardia alemana.]

[Schmidt]: —Se está retirando una División blindada desde... Hoth... a la orilla occidental del Don?

De nuevo, el general Schulz se vio incapaz de destruir las esperanzas de su amigo.

—Se ha retirado una División blindada [la 6.ª, que lo había hecho la noche anterior] de la orilla occidental del Don a fin de proteger [el aeropuerto] de Morosóvskaia. No obstante, mañana llegará la División SS Viking [una división motorizada

completa] al área de Salsk en tren y por carretera... Además, hemos pedido urgentemente considerables refuerzos al grupo de Ejércitos A [en el Cáucaso], pero aún estamos aguardando la decisión del Mando Supremo del Ejército.

No tengo nada más que decir. El comandante en jefe y yo le deseamos también felices Pascuas.

• • •

Durante la Nochebuena, el frente de Stalingrado permaneció alarmantemente tranquilo. Se había oído poco a los rusos, excepto a través de los chirriantes altavoces que urgían a los alemanes a

deponer las armas y obtener a cambio buena comida, protección y amistosas muchachas tártaras. Agazapados en sus agujeros en la nieve, los soldados alemanes escuchaban con indiferencia los cantos de sirena de la propaganda. La mayoría de ellos temía a los rusos demasiado para creer en unas proposiciones tan atractivas.

Durante las primeras horas del día de Navidad, una violenta ventisca embistió el *Kessel*. La visibilidad se redujo a menos de diez metros. Ventarrones de ochenta kilómetros por hora aullaron a través de las *balkas* y los hombres del VI Ejército dormían bajo los efectos del vino, el coñac y el ron. Pero, a las cinco de la mañana, los cohetes *Katiushka*

empezaron a resonar en una infinita cadencia de miles de flameantes proyectiles que se elevaban más allá del perímetro del *Kessel*. Los morteros de grueso calibre y la artillería también ahogaban los gemidos del viento. El suelo se levantaba y temblaba ante tal feroz cañoneo. «Y luego, sobre la blancura gris... aparecieron carro tras carro y, en medio, camiones atestados de infantería...»

En el sector conservado por la 16.ª División Panzer, los atontados soldados trepaban de sus búnkers para combatir en una acción desesperada. El ataque había llegado demasiado lejos y los carros rusos y los soldados se encontraron de repente ante ellos entre

la remolineante neblina de la nieve. Las opuestas infanterías disparaban a las sombras indiscriminadamente; los hombres muertos se amontonaban delante de sus cañones de campaña. Las dotaciones alemanas de la artillería de 88 mm se encontraron enseguida sin municiones y volaron sus piezas con los últimos obuses antes de retirarse a una segunda línea de resistencia.

Cuando pasó la mañana del día de Navidad, los oficiales del servicio secreto del VI Ejército declararon abiertamente que los rusos habían sufrido un «aterrador número de... bajas». Pero también tuvieron que reconocer que ellos habían sufrido similares pérdidas «impresionantes».

La batalla continuó hasta la tarde mientras, en los otros flancos, los rusos se aplastaban contra el tambaleante pero bien atrincherado VI Ejército. Todo el *Kessel* reverberó con los aterradores sonidos de miles de armas de grueso y pequeño calibre.

• • •

En su atestado hospital, el doctor Kurt Reuber hizo una pausa en su asistencia a los pacientes para conducir a sus amigos a la puerta de sus habitaciones privadas. Al abrir, hubieron de contener el aliento ante lo que contemplaron.

En la pared gris opuesta a la puerta, una lámpara iluminaba un cuadro de la

Virgen y el Niño, cuyas cabezas se inclinaban protectoras una hacia otra. Ambos tenían sobre los hombros una capa blanca.

El general Arthur Schmidt, jefe de Estado Mayor del VI Ejército alemán.

Reuber había trabajado durante días en aquella sorpresa. Sentado en un taburete, había garrapateado varios temas sobre trozos de papel hasta que recordó un versículo de san Juan referente a la luz, la vida y el amor. Las palabras proporcionaron al doctor la imagen ideal, la de la Virgen María y Jesús, que eran los que, para él, simbolizaban mejor aquellas cualidades. Varias veces, los bombardeos rusos dispersaron sus lápices e ilustraciones, pero el obstinado doctor volvió a recuperarlos y creó la Virgen y el Niño de Stalingrado en el dorso de un mapa ruso capturado.

Ahora, mientras sus colegas

contemplaban mudos el dibujo, Kurt Reuber bebió con sus amigos su última botella de champán. Mientras brindaban unos con otros, una serie de explosiones parecidas a un martillo pilón sacudieron la estancia y Reuber corrió hacia los gritos de los moribundos.

En unos minutos, su «capilla» se convirtió en un puesto de primeros auxilios. Uno de los oficiales que había abandonado la reunión de Reuber tras cantar el villancico *«O du Froliche»*, fue traído con muy graves heridas. Murió bajo el cuadro de la Madre y el Niño.

• • •

En Gumrak, Arthur Schmidt estaba absorto en otro frustrado intercambio con su amigo en Novocherkassk:

25 diciembre 1942,17.35 horas a 18.00 horas.

—Aquí el general comandante Schulz. ¿Está ahí el general Schmidt?

—Sí, señor; al habla el general Schmidt.

—Buenas noches, Schmidt. Esperamos que las Navidades no sean demasiado malas para usted y todo el VI Ejército.

El día de Navidad murieron 1.280 soldados alemanes en el *Kessel* y Schulz tenía más noticias decepcionantes para

el VI Ejército:

—Durante todo el día... [Hoth, al sur del Kessel] se ha visto obligado a rechazar fuertes ataques por parte de unas fuerzas enemigas superiores tanto en infantería como en blindados... Se infligieron al enemigo unas bajas superiores, pero hemos tenido también bajas considerables por nuestra parte. Aunque las cabezas de puente en la sección de Aksai han sido reducidas, aquella sección ha podido ser conservada. Según los resultados de los reconocimientos, el enemigo ha reunido otro cuerpo blindado en el área y al sudeste de Aksai... No hay ninguna duda de que el enemigo ha concentrado

mayores fuerzas en el espacio entre la bolsa y... Hoth... No hemos recibido una decisión del Mando Supremo del Ejército respecto de nuestras proposiciones para posteriores operaciones con el objetivo de aliviar al VI Ejército. El general Von Richthofen ha dicho hoy al mariscal de campo [Manstein] que, si el tiempo mejora, seremos capaces durante los siguientes días de abastecer al VI Ejército con 120 toneladas diarias de suministros y, más tarde, con 200 toneladas diarias. El descenso en las cantidades se ha debido al aumento de la distancia del puente aéreo que hemos debido montar desde Novocherkassk y Salsk [nuevos

aeropuertos lanzadera]. Hoy, en particular, hubiera querido darle mejores noticias. El mariscal de campo está aún tratando de obtener la aprobación para que sean traídas al 4° Cuerpo Panzer, lo más rápidamente posible, las fuerzas blindadas y la infantería motorizada del grupo de Ejércitos A, a fin de facilitar la Operación «Trueno» al VI Ejército.

¿Cómo está la situación por su parte?

Arthur Schmidt dictó los hechos escuetos al operador, que los tecleó en el teletipo:

—Hoy hemos sufrido duros ataques

contra los límites de la 16.ª División Panzer y la 60.ª División motorizada en un pequeño frente, que temporalmente han permitido una penetración de 2 kilómetros de extensión y 1 kilómetro de profundidad. Globalmente, el contraataque ha tenido éxito, pero los rusos aún conservan la tan frecuentemente mencionada e importante Cota 139,7. Esperamos volver a tomarla mañana... Las provisiones y combustible del Ejército disminuyen peligrosamente. En vista de un helado viento del este y las muy bajas temperaturas, necesitamos incrementar notablemente las raciones, pues de otro modo tendremos numerosos hombres en la lista de

enfermos a causa de agotamiento y congelaciones. No podemos arreglarnos con un abastecimiento aéreo de 120 toneladas diarias. Así, pues, se han de tomar medidas para incrementar rápidamente los suministros aéreos o de lo contrario pronto deberá dejar de contar con el VI Ejército. ¿Está aún [Hoth] en la sección del Mishkova?

Schulz rehusó admitir que se había abandonado la cabeza de puente sobre el río Mishkova:

—[Hoth] conserva la sección de Aksai con una pequeña cabeza de puente al norte de aquella área.

En aquel momento, Schmidt se dio el gusto de ser algo sarcástico:

—Según la información que hemos recibido hoy, algunos de los aviones que estaban dedicados a nuestro suministro vuelan ahora en misiones de combate. En opinión del comandante en jefe [Paulus] esto es muy imprudente. Hagan el favor de no contemplar la situación de nuestros suministros de modo tan optimista. Sugerimos que la Luftwaffe haría mejor suministrándonos pan que lanzando unas cuantas y no siempre efectivas bombas en el frente de Tatsinskaia. No tengo nada más que decir.

Schulz se apresuró a volver a asegurarle el asiduo interés del grupo de Ejércitos:

—Créame si le digo que su situación respecto de los suministros es nuestra preocupación principal. Le informo una y otra vez al mariscal de campo acerca de la situación y él está en continuo contacto con Richthofen y el Mando Supremo del Ejército, con objeto de incrementar su abastecimiento. Estamos enterados de su desesperada situación y haremos cuanto podamos por mejorarla. No tengo nada más que decir. Sírvase transmitir mis saludos al comandante

en jefe. Hasta mañana.

[Schmidt]: —Yo tampoco tengo nada más, gracias.

Fin.

Cuando el general Schmidt cortó la comunicación, vio, al fin, claro que el Alto Mando alemán había perdido el control de los acontecimientos en el sur de Rusia. El Diario de guerra del VI Ejército del 25 de diciembre refleja este hecho: «Cuarenta y ocho horas sin suministro de alimentos. Los víveres y el combustible se están acabando... el número de hombres decrece rápidamente a causa del penetrante frío... necesitamos pronto alimentos... Ya no hay decisiones de planes de batalla

para el VI Ejército...»

• • •

Los tristes soldados alemanes ocuparon las últimas horas del día de Navidad manipulando las radios para captar emisoras de onda corta de la patria. Durante la Nochebuena, la mayoría habían escuchado al popular cantante Lale Anderson, mientras cantaba los números solicitados por los soldados. Ahora, durante la noche de Navidad, los hombres de Stalingrado atendían a las «Emisiones Anillo» del ministro de propaganda Joseph Goebbels, que se suponía procedían de las fronteras del III Reich. Eran muy

populares principalmente entre la población civil.

Mientras Goebbels recitaba los nombres de las ciudades conquistadas, el pueblo alemán hacía un recorrido por los frentes de batalla.

—Y ahora desde Narvik —anunció grandilocuente en medio de un coro potente de cantantes masculinos estacionados en el puerto noruego—. Y en Túnez —dando paso a otra estridente interpretación, aquella vez de *«Stille Nacht, Heitige Nacht»*, por parte de los soldados que rechazaban a las tropas americanas e inglesas de Bizerta y Túnez—. Y desde Stalingrado —dijo de repente Goebbels.

Mientras miles de soldados en el

interior del *Kessel* se miraban disgustados unos a otros, una alegre melodía salió de la radio para asegurar al frente civil que todo andaba bien en el río Volga.

Goebbels siguió con su emisión prefabricada y su voz continuó vociferando las impresionantes fronteras del Imperio nazi. Pero la mayor parte de sus compatriotas atrapados en la estepa rusa ya habían apagado sus radios.

CAPÍTULO XXIV

Animados por la falsa esperanza de que Manstein estaba a punto de llegar, los soldados del VI Ejército, con notable estoicismo y brío, afrontaron el racionamiento y el gélido tiempo. Sin embargo, cuando las Navidades aportaron la grave comprobación de que el *Kessel* probablemente se iba a convertir en su tumba, empezaron a derrumbarse las defensas físicas y morales y los macilentos ocupantes de la Fortaleza Stalingrado comenzaron a perder su aptitud para mantenerse firmes. Las drásticas medidas tomadas por Paulus para mantener los

abastecimientos de víveres sólo sirvieron para aumentar la decadencia. El acosado general no tenía elección. De nuevo, el puente aéreo había fracasado en suministrar más de cien toneladas diarias.

Aquella noche, el teletipo registró los sombríos hechos:

—Hoy [26 de diciembre], a las 5.00 de la tarde, hemos recibido 38 [transportes] Ju y 3 He con setenta toneladas, en total, de alimentos, principalmente pan. Sólo tenemos suficiente pan para dos días, comestibles para un día y las grasas ya se han acabado. Necesitamos la aportación inmediata de suministros

completos, en proporciones adecuadas, para 250.000 hombres... Dependemos únicamente de lo que llega por aire... estamos agotando el combustible; mañana daremos fin a los últimos 20 metros cúbicos... Le suplico que haga todo lo posible para que mañana lleguen 200 toneladas, de las cuales 150 de alimentos y 50 metros cúbicos de combustible. De otro modo, no podremos resistirlo.

—Haremos lo imposible.

El coronel Von Kunowski, jefe de Intendencia de Paulus, añadió un comentario final:

—Nada más desde aquí. Nunca he estado tan mal. Cordiales saludos.

Paulus había sabido desde hacía varios días que debería reducir de nuevo las raciones. Pero esperó a que pasasen las Navidades antes de anunciar una nueva dieta de inanición: pan, setenta gramos diarios por hombre (una pieza del tamaño de un dedo pulgar); sopa sin grasas (una ración) para almorzar; carne de lata, si se disponía de ella, para cenar; si no, más sopa aguada.

Estas rigurosas raciones provocaban un efecto mortal en el vigor de sus hombres. Conocedor de este hecho, Paulus intentó una vez más recordar a sus superiores que todo el Ejército estaba al borde de la extinción.

Erich von Manstein recibió estas

desalentadoras palabras y las transmitió a Hitler:

—Las sangrientas pérdidas, el frío y los inadecuados suministros han hecho estragos en las filas de las divisiones de combate. Debo, pues, informar de lo siguiente:

1. El Ejército puede continuar rechazando ataques en pequeña escala y resolver crisis locales durante algún tiempo, siempre que se nos provea de los suministros necesarios.

2. Si el enemigo saca fuerzas de alguna magnitud del frente de Hoth y las emplea... en la Fortaleza Stalingrado, ésta no se podrá conservar durante mucho tiempo.

3. No se puede llevar a cabo una penetración si no se logra previamente un pasillo y si no se llenan los huecos del Ejército...

Pido que se hagan estas protestas al mayor nivel [Hitler] para asegurar que se tomen medidas para un rápido socorro, a menos que la situación global obligue a sacrificar al Ejército...

Por primera vez, Paulus mencionó la irritante posibilidad de que el VI Ejército pudiera ser empleado como un peón destinado al sacrificio en aquel juego de ajedrez loco, a fin de retener la mayor cantidad de unidades soviéticas posibles mientras Manstein trataba de

estabilizar sus otros frentes.

Uno de los ayudantes de Paulus, el capitán Winrich Behr, expresó la misma opinión en una notable carta al comandante Nikolaus von Below, que era el ayudante de Hitler en Rastenburg. Los dos hombres eran antiguos amigos y se habían casado con dos hermanas. Siempre habían sido sinceros uno con otro y Behr proporcionaba ahora a su amigo, con incomparable franqueza, una visión íntima de la atmósfera existente en el Cuartel general del VI Ejército en Gumrak:

Querido Klaus:

En este momento tenemos la impresión de que de alguna forma nos

han abandonado y traicionado... Esperar y perseverar es un asunto que se lleva a cabo sin decir nada, aunque no lleguen ulteriores órdenes. Deseo decirte simplemente que aquí no hay nada que comer, con excepción de unos pocos miles de caballos, que pueden durar hasta enero, pero únicamente con ellos no se puede alimentar a un Ejército de 250.000 hombres. Aquí sólo tenemos pan hasta mañana... Dado mi conocimiento del soldado alemán hemos de prever..., que su resistencia física no aguantará mucho más... llegará un momento en que cada hombre dirá: «Todo me importa un rábano» y deseará morir de frío o ser hecho prisionero. Los hombres tienen

deseos de resistir y es incomprensible cómo han aguantado tanto... El calentarse es un grave problema. Todo debe ser traído desde Stalingrado, pero aquí no hay gasolina suficiente para ello. En otras palabras, el gato se come su propia cola... Deben haber decidido abandonarnos, en vista de las circunstancias, lo cual no es impensable, aunque sea duro desentrañar sus consecuencias. De todos modos, viviré unos cuantos días más junto con Eichlepp [un colega ayudante] gracias a tu excelente chocolate...

Te escribo esto, Klaus, para que no creas que nos quejamos sin razón. Lo que te he contado no sólo está basado

en mi experiencia personal, sino también en mensajes y conversaciones diarias con amigos del frente. La cosa está tan mal como yo te lo digo. Aquí no nos puede ayudar ningún milagro en la estepa: sólo nuestras buenas y ancianas tías «Ju» y «He-111» [aviones de transporte], si es que vienen y vienen a menudo.

De otro modo, el ánimo aquí ha sido y es bueno. Algo de miedo a todas horas, pero los hombres alistados y los oficiales aún conservan la esperanza. El lema es: «Resistid; el Führer os salvará...» Aquí, en las alturas, especialmente en días como el de hoy, mirando un barril vacío, la responsabilidad pesa mucho...

TEDDI

• • •

Al igual que la súbita ruptura de un cordón umbilical, el teletipo que unía Gumrak con Novocherkassk quedó partido en dos, cuando, al oeste de la bolsa de la estepa, los blindados soviéticos capturaron los relevadores que mantenían aquel frágil contacto personal entre Schmidt y Schulz, entre Paulus y Manstein. El corte en la conexión dejó al VI Ejército con un simple transmisor de mil vatios y algunos aparatos auxiliares de menor potencia para poder comunicarse con el grupo de Ejércitos del Don.

Algunos oficiales de dentro de la bolsa contemplaron aquella brusca suspensión como el augurio de días terribles.

• • •

En Moscú, Stalin se enfurecía ante el retraso en destruir al VI Ejército. Aunque sus comandantes del frente continuaban comunicándole noticias de grandes triunfos en otros sectores del campo de batalla, el primer ministro no acababa de tranquilizarse.

El 28 de diciembre, el general Vatutin, en el Cuartel general soviético del Frente del Sudoeste a lo largo del alto Don, se puso en contacto con él para

hacerle saber la noticia de una victoria aplastante: «El ala derecha del VIII Ejército italiano no existe... 60.000 prisioneros y más o menos el mismo número... de muertos... nuestras fuerzas se han apoderado de sus almacenes... sus despreciables restos... no pueden oponer la menor resistencia...»

Stalin asimiló este estimulante informe sin mucho entusiasmo y acto seguido hizo que Vatutin se dirigiera a una zona en peligro de la región a su mando. Alrededor del gran aeropuerto alemán de Tatsinskaia, desde donde el general Martin Fiebig había despegado entre los restos de su fuerza del puente aéreo cuatro días antes, una columna blindada rusa había quedado temporalmente

atrapada por los elementos adelantados de los *panzers* alemanes que acudieron presurosos tras su abortado esfuerzo de ayuda en el río Mishkova.

Stalin aprovechó aquel momento para dar a Vatutin una lección de estrategia:

Su primera tarea es librar de problemas a Badanov [el jefe del cercado 24.° Cuerpo de carros]... Tenía usted razón al permitir [le] de abandonar Tatsinskaia en caso de emergencia. Ya le hemos adjudicado el 2° y el 33.° Cuerpo de carros para convertir Pequeño Saturno en Gran Saturno [la incursión a Rostov y el mar Negro que el general ruso Krupennikov indicó a sus interrogadores el 21 de

diciembre]... Debe recordar que, en tan largas distancias, es mejor lanzar los cuerpos de carros por parejas en vez de solos; de otro modo, corren el riesgo de fracasar en una operación como la de Badanov. Acuérdese de Badanov; no se olvide de Badanov. ¡Libérelo a toda costa!

Tras esta admonición final, Stalin dejó que Vatutin se las arreglará con su propia pequeña guerra entre el Don y Rostov y volvió a su situación más preocupante: el VI Ejército de Paulus, cuya existencia aún retenía siete Ejércitos rusos necesarios en otras partes.

Reuniéndose con sus generales

veteranos, el primer ministro fue directo a su queja principal: «Sólo un hombre puede dirigir las operaciones... el hecho de que existan dos comandantes del frente [en torno de Stalingrado] está en contra de esta afirmación».

Cuando todos los de la mesa estuvieron de acuerdo, Stalin preguntó:

—¿A quién damos el cargo?

El mariscal Gueorgui Zhúkov permaneció silencioso mientras alguien recomendaba al teniente general Rokossovski.

—¿Por qué no dice usted nada? —le aguijoneó Stalin. Zhúkov respondió:

—En mi opinión, ningún comandante es capaz de hacer el trabajo. Además, herirá los sentimientos de Yeremenko si

usted otorga a Rokossovski su frente de Stalingrado.

Stalin quitó importancia a este punto.

—No estamos ahora para preocuparnos de herir o no sentimientos. Telefonee a Yeremenko y comuníquele la decisión.

Cuando Zhúkov llamó a Yeremenko y le explicó la situación a través de una línea de alta seguridad, el belicoso general creyó que su mundo profesional se tambaleaba a su alrededor al oír:

—Entregue el 7.°, 62.° y 64.° Ejércitos del frente de Stalingrado [a Rokossovski].

Yeremenko se recobró lo suficiente como para farfullar:

—¿Qué consecuencias acarreará esto?

Zhúkov explicó pacientemente los argumentos, pero, notando la ofensa y la humillación del general, sosegadamente sugirió que Yeremenko le llamase por teléfono más tarde.

Al cabo de quince minutos, cuando se reanudó la conversación telefónica, Yeremenko todavía no había recobrado el dominio de sí mismo.

—No puedo entenderlo... Dígale por favor a Stalin que deseo permanecer aquí hasta que haya sido destruido por completo el enemigo.

Zhúkov le sugirió que se lo dijera él mismo a Stalin. Yeremenko le respondió que ya lo había intentado, pero que no había podido conseguirlo a través del secretario personal de Stalin,

Poskrebishev, quien insistía en que todos aquellos asuntos eran de la responsabilidad de Zhúkov. De parte del destrozado Yeremenko, Zhúkov llamó inmediatamente a Stalin, pero el primer ministro se mostró inflexible respecto a conceder el cargo a Rokossovski.

Una vez retirado a sus habitaciones privadas al sur de Stalingrado, Andréi Yeremenko estalló en lágrimas. Cuando Nikita Jruschov intentó calmarle, se puso furioso:

—Camarada... no puede entenderlo. Usted es un civil. Olvida cuando pensábamos que estábamos perdidos, cuando Stalin nos preguntó si podríamos resistir tres días más. Todos creíamos que los alemanes capturarían

Stalingrado y nosotros hicimos de cabeza de turco. Quizás usted no pueda prever lo que va a pasar, pero yo sí: el nuevo frente del Don se llevará toda la gloria por la victoria de Stalingrado y se olvidarán de nuestros Ejércitos del frente Sur.

Jruschov no pudo consolar a su amigo.

• • •

El contraataque alemán contra el 24.° Cuerpo de carros del general ruso Badanov había conseguido temporalmente volver a obtener el control sobre Moro y Tazi, las pistas de aterrizaje y despegue para hacer la lanzadera con Stalingrado. Pero el

triunfo demostró tener pocas consecuencias, pues el mal tiempo y la falta de material seguían siendo una plaga para la Luftwaffe. El tonelaje transportado al *Kessel* osciló entre ochenta y doscientas toneladas diarias. Ahora se emplazaron centenares de baterías antiaéreas rusas en la trayectoria de vuelo, en conexión directa con el radiofaro alemán de Pitomnik, y empezaron a cobrarse un espantoso peaje con los pesados transportes. En cinco semanas derribaron casi trescientos aviones.

El mismo aeropuerto de Pitomnik reflejaba el creciente desastre del VI Ejército. El pulso del *Kessel* radicaba en medio de una red arterial de

carreteras que aportaba un microcosmos de desesperación y esperanza a sus pistas de aterrizaje y edificios. Aquellas carreteras habían sido despejadas durante semanas por las fuerzas operacionales del comandante Linden, pero incluso sus hercúleos esfuerzos vacilaron ante los terribles inconvenientes planteados por las tormentas invernales. Cuando sus hombres trabajaban en la ventisca, los brutales vientos les obligaban a llevar puestas las máscaras de gas para evitar la congelación. En cuanto acababa una tormenta, empezaba otra. Aunque los quitanieves recorrían constantemente las arterias, la aguda escasez de combustible demoraba su plan de

trabajo, llevando al comandante Linden al borde de la desesperación.

Al aproximarse el día de Año Nuevo, las carreteras a Pitomnik quedaron atascadas por las ventiscas. A ambos lados del camino, los soldados hundían ahora en la nieve las patas de centenares de caballos muertos, como señales de tránsito para los conductores de camiones.

El coronel Lothar Rosenfeld, un antiguo campeón de boxeo de la policía, revisaba el campo. Cabalgando un pequeño *panje*, mantenía una rígida disciplina tanto sobre el puente aéreo como sobre las hordas de heridos y mensajeros que trataban de conseguir pasaje para salir de la bolsa. Uno de sus

frecuentes visitantes era el oficial de enlace de Hitler, comandante Coelestin von Zitzewitz, que se había hecho sospechoso desde el día en que llegó en calidad de observador del Cuartel general supremo.

Desde un principio, el general Arthur Schmidt y algunos otros habían mantenido a Zitzewitz a prudente distancia y, poco después de su llegada, Schmidt interfirió uno de sus despachos a Prusia oriental. Convencido de que Zitzewitz, a principios de diciembre, estaba «describiendo un cuadro muy sombrío», Schmidt insistió en alterar el mensaje para reflejar una nota más optimista.

Zitzewitz aprendió la lección. Desde

entonces, sólo enviaba los informes después de que Schmidt se hubiera ido a la cama. Lejos de ser un subordinado servil, el comandante escribía la pura verdad acerca de la hecatombe de la que era testigo. Iba a todas partes: a los fosos de tiradores de la línea del frente, a los hospitales, a los almacenes de municiones y a los helados barrancos. En las *balkas* de más de un kilómetro de longitud de Baburkin, Gorodische y Dmitrevka, seguía a las tropas a sus oscuros, húmedos y fríos búnkers, en los que la carencia de combustible engendraba enfriamientos, neumonías y una creciente debilidad ante otras infecciones. Las escasas condiciones sanitarias de aquellos refugios

producían asimismo auténticos ejércitos de piojos.

Zitzewitz se sentó entre hordas de ratas y ratones que correteaban por los búnkers y que mordisqueaban los pedazos de comida que los alemanes guardaban en las mochilas y en los bolsillos. Los roedores estaban hambrientos. El comandante fue testigo de un caso en el que acometieron a un soldado cuyos pies estaban seriamente helados. Mientras dormía, se le comieron dos de los dedos de los pies.

Zitzewitz inspeccionaba sobre todo Pitomnik, donde los heridos se amontonaban en improvisados hospitales y esperaban que los médicos aliviasen sus dolores mientras los

Junkers y Heinkels daban vueltas y aterrizaban o ardían y se estrellaban.

Vista aérea de la devastada zona céntrica de Stalingrado después de la batalla.

El comandante no ahorró nada en su deseo de advertir a Hitler acerca de la

auténtica verdad. Pero sus sombríos informes tuvieron un efecto imprevisto en la Guarida del Lobo. Al discutir sobre ellos, el mariscal del Reich, Hermann Goering, meneó, disgustado, la cabeza.

—Es imposible que ningún oficial alemán pueda ser el responsable de unos mensajes derrotistas de esta clase —declaré)—. La única explicación posible es que el enemigo se haya apoderado de este transmisor y sea él quien nos los envíe.

Así, los informes de Zitzewitz fueron rechazados como si se tratase de propaganda rusa.

• • •

Los rezagados del VIII Ejército italiano podían haber convencido a Hermann Goering de que las crónicas desesperadas de Zitzewitz eran totalmente auténticas. Aún caminaban penosamente, hundidos en la nieve hasta las rodillas, hacia unos lejanos campos de prisioneros.

El teniente Felice Bracci había continuado marchando en dirección norte, a través del plateado hielo del curso alto del río Don que en un tiempo había vadeado como conquistador. Ahora estaba seguro de que se trataba de una corriente embrujada que nunca sucumbiría ante las botas de un invasor. Durante varios y angustiosos días,

Bracci había mantenido en funcionamiento su mente y su cuerpo, mientras la «larga serpiente negra» de cautivos pasaba ante numerosas aldeas donde las mujeres rusas les sonreían inexplicablemente y tiraban cortezas de pan y patatas heladas a sus manos extendidas.

Algunos rusos intercambiaban comida por anillos de boda, ropas o mantas. Cuando Bracci ofreció un trozo de cinta adhesiva de una bobina que había logrado salvar, un aldeano le dio en pago una gran barra de pan negro. Bracci la devoró en unos segundos.

El 28 de diciembre, los guardias rusos detuvieron a los italianos ante unos amplios barracones cercanos a una

estación de ferrocarril. Apretujado en el oscuro edificio junto a centenares de otros prisioneros, Bracci dedicó los siguientes tres días a mantener la cordura. Algunos de sus amigos habían sufrido gangrena debido a las congelaciones y chillaban sin cesar. Los médicos italianos amputaban sus podridos miembros con cuchillos caseros y los gemidos de los pacientes, a los que operaban sin anestesia, provocaban la desesperación de todos.

Rodeados por aquella olla de grillos, entre oraciones pidiendo la clemencia de Dios, Bracci y sus camaradas recogieron pedazos de madera y encendieron diminutas fogatas en un rincón de la estancia. Los pequeños

resplandores les alentaron algo mientras los rusos les sometían a una campaña de propaganda.

Dos oficiales soviéticos, uno de ellos femenino, llegaron a los barracones, les hablaron en un fluido italiano y preguntaron a Bracci y a sus amigos por qué habían emprendido la guerra contra Rusia y si los soldados eran realmente fascistas. Los rusos contaron a los cautivos que Mussolini y Hitler estaban acabados y finalizaron su arenga con la mentira de que el rey Víctor Manuel había muerto recientemente de un ataque al corazón. La mujer les dio unos trozos de papel y lápices y pidió a los prisioneros que escribiesen mensajes a sus seres queridos en Italia. Bracci

cogió un lápiz y con sus entumecidos dedos escribió: «Estoy vivo... Estoy bien...» No tenía ninguna esperanza de que estas palabras llegasen a Roma.

La andanada propagandística continuó al día siguiente, cuando todos los oficiales italianos fueron alineados para que oyesen un discurso de un civil con gafas que les hablaba desde lo alto del techo de un coche. En un impecable italiano el hombre anatematizó al gobierno fascista y advirtió a sus oyentes que era sumamente improbable que pudiesen salir vivos de Rusia. El frío, clamó, «les abatiría».

Mientras tiritaba en la formación, Bracci se preguntaba si el orador mencionaría la inanición como un factor

que contribuiría a su muerte inminente, pero el expatriado italiano no hizo alusión a ella. Cuando acabó, los prisioneros tuvieron que desfilar ante un operador que filmó sus miserias para algún público desconocido.

Durante la Nochevieja, Bracci intentó olvidar sus penas. Tumbado en el helado suelo de la barraca, oía cómo el coronel Rosati contaba a sus camaradas una visita de gourmet a los mejores restaurantes de Roma: el elegante «Zi», el Bersaglieri y el comedor encima de la roca Tarpeya.

Cuando el coronel narró lo que pediría en cada uno de estos establecimientos, su auditorio gimió.

—El jueves, ñoquis...

Rosati saboreaba las palabras y los hombres masticaban sin parar algo imaginario. Sus bocas se llenaban de saliva; sus estómagos se revolvían. Alguien pidió a Rosati que lo dejara, pero el protestón fue acallado por otros desesperados que vivían en aquel momento fuera de la realidad.

—El sábado, callos... —siguió el coronel y luego añadió a sus minutas vinos blancos añejos.

Desde fuera de los barracones, el rugiente viento lanzaba ráfagas de nieve, a través de las ventanas sin tableros, sobre los amontonados «comensales». Ignorando el frío, oían arrobados:

—El lunes... canelones con bechamel...

• • •

A las diez de la noche del 31 de diciembre, la artillería rusa en torno del *Kessel* estalló en una frenética celebración de la fiesta. Dado que sabían que los artilleros soviéticos se regían por el horario de Moscú, dos horas adelantado según los relojes alemanes, los soldados del VI Ejército se habían preparado para el diluvio. Acurrucados en sus zanjas, soportaron durante quince minutos las salvas que daban la bienvenida a un año que prometía ser glorioso para la Rusia soviética.

En el interior de Stalingrado, las

esperanzas de las tropas rusas rayaban en lo más alto. El puente de hielo a través del Volga era la principal razón de su actitud. Desde Acktuba y Krásnaia Slóboda, cruzaban ahora el río cientos de camiones, con trajes blancos de camuflaje para reemplazar los destrozados uniformes gris marrón. En medio del río, directores de tráfico indicaban a los convoyes de alimentos los depósitos instalados debajo de las pendientes. Las cajas de latas de conserva americanas empezaron a esparcirse por las zanjas excavadas a lo largo de la línea defensiva desde Tsaritsa a la fábrica de tractores. Las municiones se amontonaban ahora en los puntos donde los artilleros rusos

disparaban proyectiles anticarros contra los soldados alemanes aislados.

Durante la Nochevieja, la disciplina en el revitalizado 62.° Ejército se relajó y, a lo largo de la orilla, los oficiales soviéticos de elevada graduación organizaron una serie de reuniones en honor de los actores, músicos y bailarinas que visitaban Stalingrado para entretener a las tropas. Uno de estos artistas, el violinista Mijail Goldstein, se alejó y se dirigió a las trincheras para llevar a cabo otro de sus conciertos de solista para los soldados.

En toda la guerra, Goldstein nunca había visto un campo de batalla parecido a Stalingrado: una ciudad tan terriblemente destruida por las bombas y

la artillería, con montones de esqueletos de centenares de caballos descarnados por el hambriento enemigo. Y como siempre, también aquí se encontraban los siniestros policías de la NKVD rusa, que permanecían entre la línea del frente y el Volga, comprobando la documentación de los soldados y disparando contra los sospechosos de deserción.

El horrible campo de batalla conmovió a Goldstein y tocó como nunca lo había hecho antes, horas y horas, para unos hombres que, obviamente, amaban su música. Y, aunque todas las obras alemanas habían sido prohibidas por el Gobierno soviético, Goldstein dudaba de que

ningún comisario protestase durante aquella noche. Las melodías interpretadas por él fueron dirigidas mediante altavoces hacia las trincheras alemanas y, de repente, cesó el tiroteo. En el espectral silencio, la música surgía del inclinado arco de violín de Goldstein.

Cuando acabó, un gran silencio cayó sobre los soldados rusos. Desde otro altavoz, situado en territorio alemán, una voz rompió el hechizo.

En un vacilante ruso rogó:

—Toquen algo más de Bach. No dispararemos.

Goldstein volvió a tomar su violín y empezó a tocar una viva *Gavotte* de Bach.

• • •

Al dar las doce de la noche, hora de Berlín, un soldado de la 24.ª División Panzer en la parte nordeste del *Kessel alzó* su pistola ametralladora y disparó un cargador completo de balas trazadoras hacia el cielo. En su unidad, otros hicieron espontáneamente la misma salutación. La idea se esparció rápidamente a lo largo del perímetro occidental de la 16.ª Panzer, luego por la 60.ª Motorizada y alrededor del «hocico» de Marinovka, a través de la 3.ª Motorizada y de la 29.ª División, al este, a lo largo del borde sur de la bolsa, ante la 297 y 371 situadas en el

Volga y hacia las oscurecidas calles de Stalingrado, donde los hombres asomaron por las rendijas los fusiles y las ametralladoras y dispararon un arco de caleidoscópicos fuegos artificiales encima de las siluetas de las fábricas. El arcoiris de fuego rodeó la fortaleza durante unos minutos, mientras los soldados alemanes daban la bienvenida a un nuevo año que auguraba pocas esperanzas.

Para quienes permanecían en mitad de la estepa, en torno a Pitomnik y Gumrak, los pirotécnicos sólo demostraron la futilidad de la posición alemanas. Todo el horizonte era una franja de llamas procedentes de las balas trazadoras. Pero en realidad formaban un círculo

completo de fuego alrededor del VI Ejército.

• • •

El primer día de 1943, Adolfo Hitler envió sus saludos a Paulus en Stalingrado: «A usted y a su bravo Ejército le envío, también en nombre de todo el pueblo alemán, mis mejores deseos de Año Nuevo. Estoy enterado de la dificultad de su responsabilidad. La heroica actitud de sus soldados es muy de apreciar. Usted y sus tropas deben empezar el nuevo año con una fe profunda en que yo y la... Wehrmacht alemana haremos el mayor esfuerzo para socorrer a los defensores de Stalingrado

y hacer que su larga espera se convierta en el mayor triunfo de la historia bélica alemana...»

• • •

En un comedor de oficiales en el interior del *Kessel*, el rubio teniente Hans Oettl estaba rodeado de hombres que le deseaban un feliz cumpleaños. Sentado enfrente de su plato de porcelana azul, en el que había comido durante años, contemplaba a un cocinero que servía con un cucharón una generosa y humeante ración de *gulash* en la que sobresalían gruesos trozos de carne. Asombrado y complacido, Oettl empezó a comer.

La puerta se abrió de súbito y entró bruscamente un policía militar que preguntó si alguien había visto a su perro guardián. En el repentino silencio, Hans Oettl contempló a sus compañeros, que ahora miraban incómodos el suelo. Luego, su mirada se dirigió despacio hacia el *gulash* y el montón de carne situados ante él.

Mientras el policía vomitaba amenazas contra quien hubiese matado a su animal favorito, el teniente alzó deliberadamente su tenedor y masticó un trozo del pastor alemán del policía.

• • •

El sargento Albert Pflüger había

esperado pacientemente conseguir un vuelo para regresar a casa, pero cuando el mal tiempo casi eliminó el puente aéreo, se hizo de repente a la idea de volver junto a sus hombres de la 297.ª División. Aún narcotizado por los medicamentos y casi enloquecido por la comezón que le producían los piojos escondidos en el yeso de su brazo, consiguió transporte hasta el apeadero del ferrocarril situado cerca de Karpovka y subió al pequeño tren que recorría unos pocos kilómetros hasta los suburbios de Stalingrado.

En un vagón de mercancías, Pflüger encontró compañía: dos reclutas y seis oficiales rumanos, estos últimos amenazadoramente de pie ante los

primeros. Mientras el tren se desplazaba con intermitentes arranques y paradas, uno de los oficiales contó a Pflüger que los soldados eran prisioneros y que habían sido condenados a muerte por robar comida. Mientras hablaban, por alguna razón que Pflüger no pudo comprender, otro oficial vapuleó de repente con crueldad a los dos hombres.

En Peschanka, Pflüger abandonó aquel deprimente escenario y, al cabo de unas horas, encontró a su sargento primero, que le recibió con alegría y le condujo a su antigua unidad. En sólo unos cuantos días, seis de los hombres de Pflüger habían sido heridos o muertos. Pero los supervivientes le dieron la bienvenida y el carnicero de la compañía le obsequió

con chocolate que había guardado, cigarrillos y latas de carne. Contento de haber vuelto con los suyos, Pflüger pronto olvidó el haber perdido el vuelo para salir de Pitomnik.

• • •

En Novocherkassk, el mariscal de campo Erich von Manstein recibió al año nuevo de sombrío talante. Su intento de salvar a Paulus era un fracaso y sabía que el destino del VI Ejército estaba sellado.

Pero tenía a la vista otra crisis, incluso de mayor magnitud. Unos seiscientos kilómetros al sur de Stalingrado, el grupo de Ejércitos A,

que incluía el 1.° Panzer y el 17.° Ejército, permanecía aislado y vulnerable en las estribaciones del Cáucaso. A menos que Manstein llevase hacia el norte a esos Ejércitos, sacándolos a través de la acorralada ciudad de Rostov, el Alto Mando ruso podría llevar a cabo el *«Kessel* Super-Stalingrado» que Stalin deseaba.

Aunque Manstein había hecho volver atrás a los *panzers* de Hermann Hoth de las fuerzas de socorro que se dirigían a Stalingrado, telefoneó diariamente a Prusia oriental con la petición de una pronta retirada de los alemanes del Cáucaso. Hasta el 29 de diciembre no autorizó Hitler la retirada del 1.° Ejército Panzer.

Ahora, el día de Año Nuevo, al fin hicieron dar la vuelta a sus vehículos y corrieron hacia la salvación. Mientras sus Mark III y IV retumbaban hacia el norte, los tanquistas rogaban para que Manstein pudiera aún mantener abierto Rostov el tiempo suficiente para salvar sus vidas.

CAPÍTULO XXV

Desde el comienzo del cerco, los censores militares del exterior del *Kessel* habían controlado con cuidado el correo que desde Pitomnik llegaba a Alemania. Al principio, los examinadores habían estimado que más del noventa por ciento de los redactores de las cartas evidenciaban confianza tanto en sus jefes como en su propia capacidad para afrontar las duras pruebas, gracias a su confianza en el puente aéreo. Además, como ya se habían visto implicadas en otras «calderas» pasajeras en las acciones de los *panzers* durante los pasados años,

las tropas alemanas relacionaban aquellas «derrotas convertidas en victorias» con el apuro en que se hallaban ahora en Stalingrado. ¿No se había visto envuelto el general Seydlitz-Kurzbach en el rescate de cientos de miles de alemanes en Damiansk, en la Rusia central, el pasado invierno? Por ello, el alud inicial de correo hacia el Reich reflejaba una aparentemente inquebrantable convicción de que la Wehrmacht era aún invencible.

Aquella convicción había durado hasta Navidad. Sin embargo, entre aquel día y fin de año, los censores observaron un súbito decaimiento de la moral. Los hombres se quejaban abiertamente del frío, que llegaba a un promedio de

veinte grados bajo cero, y se lamentaban de las nevadas, los piojos, las pulgas y las ratas.

De todos modos, la mayoría de los alemanes del *Kessel* parecían conservar un espíritu de desafío y esperanza, o por lo menos deseaban que así lo creyesen los seres amados. Un hombre escribió: «Nuestras armas y nuestros jefes son los mejores del mundo». Otro se jactó: «... hacemos gustosamente sacrificios por nuestro país en la esperanza de que nuestro pueblo pueda ver mejores tiempos que nosotros». Un tercero decía: «Naturalmente que siempre queremos mostrarnos fuertes; aquí puede haber pocas dudas acerca de ello».

Dos reclutas respiraban obstinación y

una férrea creencia en el régimen que les había llevado al *Kessel*. El 30 de diciembre, uno de ellos, un cabo, APO núm. 36.025 escribió:

No hay que hacerse falsas ideas. La victoria sólo puede ser para Alemania. Todas las batallas requieren sacrificios y deberías estar orgullosa al saber que tu hijo se encuentra en el centro de las decisiones. Cómo me gustará algún día estar de pie ante ti con todas mis medallas... Y probar mi valor a tío Willi, que siempre nos dijo a los muchachos que nuestro principal objetivo era convertirnos en hombres durante el combate. Recuerdo esas palabras todo el tiempo. Sabemos que

está en juego todo cuanto concierne a nuestro país. Amamos a nuestra patria más ahora que antes. Alemania vivirá aunque nosotros muramos.

El 31 de diciembre, otro, un soldado de primera, APO número 24.836 B, escribió:

Los rusos nos inundan de panfletos. Cuando vuelva a casa te enseñaré algunas de las insensateces que escriben. Desean que nos rindamos. Pero lucharemos hasta el último hombre y la última bala. Nunca capitularemos. Estamos en una posición difícil en Stalingrado, pero no nos han olvidado. Nuestro Führer no

nos dejará en la estacada... Recibiremos ayuda y resistiremos... Aunque tengamos poco que comer y aunque carezcamos de muchas otras cosas, eso no importa. Resistiremos.

Al hacer su análisis del correo, los censores dieron una señal de advertencia a las autoridades superiores acerca de lo que esperaban cuando llegase enero: «Es presumible que se produzca un decaimiento en la moral y en las esperanzas de socorro...» La predicción de los censores demostró ser alarmantemente exacta. Se produjo un cambio brusco y fatal en los ánimos, y el número de cartas de despedida aumentó dramáticamente.

El tono de aquellos mensajes reflejaba la súbita conciencia de que los acontecimientos hacían disminuir las perspectivas de salvación a unos porcentajes infinitesimales. Cuando se multiplicaron las últimas voluntades y testamentos, los censores trataron de ser delicados al recortar fragmentos. Utilizando plumas y lápices iguales a los que había empleado el remitente, hacían borrones encima de las palabras o las convertían en ilegibles, como si hubiera sido el mismo redactor de la carta quien hubiese cometido los errores.

Un descorazonado oficial contaba a su familia: «...No se puede matar de hambre a esos cerdos... Su superioridad aérea es absoluta; noche y día no hay

otra cosa que esos pajarracos rapaces. No puedo imaginar el fin de esto, y es realmente lo que nos desanima».

Un cirujano que escribía a su mujer fue brutalmente franco con ella acerca de su vida en el *Kessel*. Describía cómo había arrancado la pierna de un hombre hasta el muslo con un par de tijeras y cómo el paciente soportó la espantosa operación sin anestesia.

Un cabo reflejaba un sentimiento creciente: «Si he de decirte la verdad, preferiría una muerte súbita que languidecer así...»

El oficial de Intendencia Karl Binder escribió su vigesimosexta carta desde el frente ruso. Se trataba de otro conmovedor esfuerzo para preparar a su

familia ante su muerte:

Amadísima esposa:

Aún estoy vivo y bien [sic]. Hoy —domingo— he de asistir al entierro de varios soldados panaderos de mi compañía. Es muy cruel lo que se contempla en los cementerios. Si vuelvo a casa, nunca podré olvidar lo que he visto. Es una cosa épica sin comparación. Siento no haber recibido ninguna carta tuya desde el 5 de diciembre. Estaría muy contento de leer una frase amorosa de tu parte, pues nadie puede saber lo que nos reserva la hora inmediata, el día siguiente. Querida mujercita, venga lo que venga estoy preparado para todo.

Cuando llegue el momento, moriré como un soldado... Dios está con nosotros en todo momento: éstas fueron las palabras del pastor protestante en el cementerio, que está lleno a rebosar. Crece en dimensiones como un alud. Pero el brutal enemigo aún está bajo control. No obtendrá un triunfo aplastante sobre nosotros, en tanto yo tenga una mano que pueda empuñar un arma.

El tiempo es ahora tan breve que debo preocuparme acerca del fin de todas las cosas. He vivido mi vida —y no siempre de una manera piadosa— y la vida siempre me ha tratado brutalmente. Hubo veces en que una chispa de indiferencia o de pasión

dominó mi corazón. Pero siempre he procurado comportarme decentemente, como camarada, como soldado. He intentado ser un buen esposo para ti y un buen padre para los niños. No sé si lo he conseguido. Probablemente fui demasiado áspero, pero sólo tengo una cosa en el pensamiento: tu felicidad. Es muy tarde ya para cambiar nada; además, no sé qué debo cambiar, pero os amo a todos más que nunca. Educa a los hijos en su provecho. La vida no me ha proporcionado muchas alegrías. Y la mayoría de ellas las debo a ti y a los niños, por lo que os lo agradezco desde aquí y ahora...

Entre nosotros, la Muerte es una invitada diaria. Para mí ya ha perdido

todos sus horrores... En caso de que caiga, trasládate a Schwábisch Gmünd lo antes que te sea posible. Allí la vida es muy barata. En mi cuenta de ahorros del servicio postal hay 1.900 reichsmark. Mis pertenencias están en una maletita, una gran bolsa de mano, una bolsa para zapatos y tal vez una pequeña maleta de madera.

No sé si podrás obtener esas cosas... La oficina de liquidación de la guarnición y la oficina de pensiones de Stuttgart te darán información respecto a tus haberes de viudedad.

Tira mis uniformes. El resto es para vosotros... Deseo que, en el futuro, tú y los niños tengáis lo mejor. Nos queda la esperanza de que nos reuniremos en

el otro mundo. No estés triste; lo peor puede no ocurrir. Pero deseo que todo se encuentre en orden. Que sea la voluntad de Dios. Nunca hay que rendirse. Y yo no quiero hacerlo a pesar de todo.

Recibe todo mi amor y mis más cariñosos besos. Te amaré hasta la muerte.

KARL

Cariños y besos para los queridos niños

CAPÍTULO XXVI

En los primeros días de enero, los puestos alemanes de observación, a lo largo de los lados sur y oeste del *Kessel*, telefonearon con unas alarmantes informaciones acerca de una concentración rusa masiva. Los observadores contaron centenares de carros T-34 que pululaban por la nieve, además de camiones de transporte de tropas que marchaban descaradamente ante los puestos avanzados alemanes para irse a esconder en puntos de concentración situados más allá del horizonte. Luego, la artillería pesada, miles de cañones transportados sobre

ruedas, desde los *Katiushka* de múltiples cañones lanzadores de cohetes a los proyectiles de artillería de asedio de 210 mm.

En sus estrechas zanjas, los alemanes se veían impotentes para hacer nada. No hubieran tenido bastantes municiones para realizar un ataque.

Conocedores de la impotencia de su enemigo, los soldados rusos incluso instalaron grandes cocinas de campaña, el aroma de comida caliente de las cuales llegaba hasta los fosos de tirador del VI Ejército. Aquella tortura sensual fue peor para los alemanes que la visión de los carros y los cañones que olían a desastre inminente.

• • •

José Stalin al fin había puesto en movimiento a sus generales para aplastar a Paulus. El genio artillero Nikolái Nikoláievich Voronov apareció en el reborde del *Kessel* para añadir su autoridad a los planes para la ofensiva final. Sobre una línea de diez kilómetros de longitud, propuso la instalación de siete mil cañones, más que suficientes para irrumpir dentro del perímetro alemán.

Otra parte fundamental de la nueva ofensiva soviética se delegó en Vasili Chuikov, en la ciudad de Stalingrado. Conocedor de que Paulus aún conservaba siete divisiones a lo largo

del Volga, a pesar de la escasez de personal en otras partes, como en los flancos, la STAVKA asignó a su 62.° Ejército un significativo papel táctico en la liquidación final de la bolsa.

Chuikov se enteró de esto cuando un visitante distinguido, el general Konstantín Rokossovski, llegó del otro lado del Volga hasta su bunker de los riscos. Sentado en un banco de tierra, el comandante del frente proporcionó a Chuikov los detalles. Mientras se preparaban ataques simultáneos por el oeste, el norte y el sur, el 62.° Ejército debía «... atraer muchas fuerzas enemigas en su dirección, impidiéndoles llegar al Volga, si intentaban romper el cerco...».

Cuando Rokossovski le preguntó si el 62.° Ejército podría contener cualquier maniobra desesperada del enemigo, el general Krilov, ayudante en jefe de Chuikov, respondió a su superior:

—Si durante el verano y el otoño las fuerzas de Paulus fueron incapaces de arrojarnos al Volga, los hambrientos y helados alemanes de ahora serán incapaces de dar más de seis pasos hacia el este.

• • •

Cada día, las tropas de choque del 62.° Ejército continuaban intimidando a aquellos hambrientos y helados alemanes, que cedían terreno lentamente

mientras se escabullían de sótano en sótano. Los tiroteos no tenían fin en los talleres, las casas de apartamentos y las casas de obreros, convertidos ahora en meros armazones, pero llenos de desesperados seres humanos, acorralados y peligrosos.

Atrapadas desde hacía más de tres meses en su granero de cemento, detrás de las líneas alemanas, Natasha Kornilov y su madre yacían bajo una manta sobre el helado suelo y oyeron una súbita ráfaga de explosiones de granada y el estallido entrecortado de las ametralladoras. La muchacha de once años acababa de regresar de su viaje diario a los montones de desperdicios de las calles. Una vez más,

fracasó en su búsqueda de comida. Desde el principio del envolvimiento, Natasha había vuelto a casa con las manos vacías la mayoría de las veces, y ahora le era extremadamente difícil reunir la fuerza suficiente para poder cruzar la puerta. Pero siempre lo hacía, pues sabía que de otro modo su madre se moriría de hambre.

Desde la protección de la manta, la señora Kornilov contemplaba cómo se había ido marchitando su hija de once años. Los ojos de la muchacha sobresalían de las cavidades de la cara. Su vestido colgaba fláccidamente sobre un cuerpo esquelético. Los brazos de la niña parecían palos de escoba. Aunque ninguna de ellas se atrevía a confiar sus

temores a la otra, ambas se preguntaban cuánto tiempo más resistirían. Cada una rezaba para que no muriera la otra y dejase a la superviviente sola en el granero de cemento.

El cañoneo de afuera subió en un *crescendo*, las balas hacían impacto contra las paredes. La puerta se abrió y un soldado apuntó con su fusil a las dos figuras que había debajo de los cobertores. Natasha le oyó decir algo con una voz gutural, luego unas manos la cogieron y alguien le estaba diciendo con voz áspera que todo iba bien. Natasha sonrió débilmente al barbudo rostro de un infante ruso.

• • •

Unos cuarenta kilómetros al oeste, el aeropuerto de Pitomnik se había ido deteriorando hasta unos niveles infernales. En los dos centros médicos principales, los doctores alemanes se habían visto inundados por un alud de heridos. Los pacientes pedían medicamentos que les quitasen los dolores, pero, como iban escasos de medicamentos, los médicos se veían forzados a reservarlos para los casos más graves. Fuera de los hospitales yacían innumerables cadáveres insepultos. Sin embargo, hasta ahora habían sido amontonados en nítidas hileras para su futuro enterramiento.

Algunos de los pasajeros de los

aviones que salían aparentaban gozar de buena salud. Los especialistas y administradores habían sido requeridos para que abandonasen la bolsa para constituir el núcleo de nuevas divisiones. Algunos se beneficiaban del intento abortado del general Seydlitz de forzar una retirada en noviembre: el Estado Mayor de la 94.ª División subió a los Junkers y se embarcó en la misión de reconstituir aquella organización «fantasma».

El veterinario de la división, Herbert Rentsch, se quedó atrás para cuidar de su ganado. Sus camellos acababan de ser sacrificados y ahora Rentsch preparaba a sus últimos doce mil caballos para su conversión en

alimentos. Pero aún seguía negándose a enviar a su propia yegua, *Lore*, al matadero. Aunque había perdido la mayor parte de su fuerza, cuando Rentsch la miraba no podía ordenar su sacrificio. Racionalizó su decisión opinando que un caballo muerto más poca importancia tendría en el resultado de la batalla.

• • •

El teniente Hans Oettl no tenía un problema semejante. Cuando encontró a su cabra *Maedi* comiéndose los documentos de sus archivos, comprendió que estaba condenada a morir de hambre. Con su pequeña

biblioteca, alimentó a *Maedi* hoja por hoja; luego la condujo al carnicero de la compañía y se alejó.

• • •

En el perímetro norte del *Kessel*, algunos afortunados soldados alemanes se estaban dando un verdadero festín. Aquella prima era el regalo de un agradecido doctor Ottmar Kohler el cual, al regresar, como prometió, de su permiso en Alemania, se había traído treinta gansos en la bodega de un bombardero Heinkel, como agradecimiento a aquellos que le habían concedido poder pasar un momento con su familia durante las fiestas.

Si hubiese querido, el doctor se hubiera podido quedar en casa. Hubiera sido muy fácil para él encontrar una excusa, fingirse enfermo, hasta que fuese ya demasiado tarde para regresar. Pero Kohler siempre supo que volvería; de otra forma, no hubiera podido seguir viviendo.

Cuando se encontró de nuevo en la entrada del hospital, alguno de los heridos se puso a llorar al verle y Kohler inmediatamente se zambulló en el trabajo, tratando de manejar al creciente número de enfermos, muchos de los cuales caían en sus camastros y morían sin la menor lucha. Convencido de que conocía la causa subyacente de sus muertes, Kohler recurrió a una

autopsia para comprobar sus suposiciones.

Se reunió con otros médicos alrededor de una mesa de operaciones sobre la cual yacía desnudo el cuerpo de un teniente de treinta años de edad. No había ninguna señal de dolencia en el escuálido cadáver, pero estaba tan helado que los ayudantes tuvieron que traer potentes luces y calentadores portátiles para ablandarlo lo suficiente para permitir el examen. Finalmente, el patólogo movió el cadáver y con rápidos golpes hizo una incisión en «Y» modificada, cortando cada clavícula hacia adentro hasta el esternón y luego de forma recta por el tórax hasta el pubis.

Con un par de tijeras de cirugía, el patólogo procedió a abrir el costillar. El sordo chasquido de varios huesos y cartílagos se vio acompañado de este seco comentario:

—En la cavidad torácica hay una completa ausencia de grasa subcutánea.

Cuando extirpó el corazón y lo extrajo para que todos lo viesen, un murmullo de sorpresa se esparció a través de la habitación. El órgano se había reducido al tamaño del puño de un niño.

La autopsia continuó y la voz del patólogo sonó monótona:

—Completa ausencia de grasa subcutánea en el duodeno; pequeña cantidad de fluido en la cavidad peritoneal y completa ausencia de grasa

subcutánea...

Para Kohler era ya obvio el veredicto. Oyó atentamente cómo el disector se enderezaba al fin y anunciaba su diagnóstico:

—No encuentro ningún motivo válido para que este hombre haya muerto.

Asombrado, Kohler gritó:

—¿Es que entre nosotros no podemos llegar a una conclusión? El corazón de este hombre se ha reducido al tamaño del de un niño. No tiene la menor cantidad de grasa. Ha muerto de hambre.

Su observación fue acogida con un silencio de muerte y Kohler se percató de que no habría nadie que le apoyase contra el Cuartel general del VI Ejército, que había prohibido toda mención de la

inanición como un factor que contribuía a las bajas. Disgustado con sus colegas, Kohler salió apresuradamente.

• • •

El teniente Heinrich Klotz, jefe de la más antigua compañía de tropas del VI Ejército, hubiera secundado el grito de indignación del doctor Kohler. Durante las pasadas semanas, había visto cómo sus soldados se desintegraban físicamente. Cuando un médico examinó la unidad, meneó la cabeza y exclamó:

—Debo decirle que el estado de sus hombres es incluso peor que el de los rumanos.

Los soldados de la compañía de Klotz

morían silenciosamente. Una noche, un hombre de cuarenta años se fue a dormir y ya no despertó. Otros dos soldados que volvían con un destacamento de cavar trincheras, dieron un traspié y se cayeron. Cuando el teniente informó de su muerte, un superior pidió que se les diera la baja como «caídos en acción». Klotz hizo lo que le dijeron.

• • •

Mientras un creciente número de soldados del VI Ejército se derrumbaba sobre la nieve, como consecuencia de la mala alimentación, la distancia entre ellos y sus camaradas que habían intentado rescatarlos se amplió

perceptiblemente. Ahora, a más de ciento veinte kilómetros al sudoeste del *Kessel*, la expedición original de socorro de «Papá» Hoth, se veía lentamente rechazada por las divisiones rusas que la empujaban persiguiéndola de cerca.

Actuando según las órdenes de Manstein, con objeto de proteger la ciudad de Rostov el mayor tiempo posible, Hoth dirigía una acción maestra de contención mientras hacía fintas, tendía emboscadas y conseguía mantener el equilibrio con las unidades soviéticas. La táctica de Hoth exasperó no sólo al Ejército Rojo, sino también a Hitler, que empezó a quejarse ante Manstein por aquella estrategia de

«retirada» elástica.

Cuando finalmente Hitler insistió en que Hoth debía detenerse y conservar cada palmo de terreno, el 5 de enero, Manstein mandó un breve telegrama a Rastenburg en el que ofrecía su renuncia: «Este Cuartel general continúa teniendo las manos atadas... No veo qué utilidad puede tener que yo continúe como comandante del grupo de Ejércitos del Don.»

Enfrentado a esta súbita explosión de Manstein, Hitler se echó atrás y permitió que el general Hoth continuara su retirada tal y como la había planeado.

• • •

Las divisiones rusas que merodeaban en torno de Hoth estaban bajo el control de Andréi Yeremenko, que aún estaba dolido por su reciente remoción en favor de Rokossovski. Intentando restaurar su posición con la STAVKA y con el primer ministro, el general empujaba duramente para apoderarse de Rostov y hacer fracasar la retirada desde el Cáucaso del grupo de Ejércitos alemán. Con este fin, ya había tomado Kotelnikovo, a ochenta kilómetros al nordeste de Rostov. Allí sus tropas recibieron el abrazo de miles de civiles rusos extasiados, que les contaron numerosas historias acerca de la opresión nazi: trescientos muchachos y muchachas habían sido deportados a Alemania

como trabajadores esclavos; cuatro personas fusiladas por esconder a un oficial ruso. Un hombre contó con tristeza cómo «... incendiaron la biblioteca pública». Otro describió «una serie de violaciones...». La letanía de crímenes que contaron los ciudadanos de Kotelnikovo enfureció a sus salvadores.

• • •

Al sudoeste de Kotelnikovo, el sargento Alexéi Petrov espoleaba a la dotación de su cañón hacia Rostov. El regordete artillero había perdido la cuenta de las veces que había cruzado y vuelto a cruzar los retorcidos meandros

del Don superior, pero no hacía caso de su cansancio mientras perseguía a un enemigo que había tenido a su familia en el cautiverio durante más de un año.

Sin embargo, a mitad de esta ofensiva, Petrov encontró a un nuevo enemigo. Al aproximarse a las afueras de una aldea de la estepa, sus habitantes —hombres y mujeres— se dirigieron contra su unidad y la atacaron con horcas y martillos. Los soldados del Ejército Rojo se retiraron ante aquel furioso asalto y volvieron con la noticia de que sus atacantes eran kazakos nativos, una minoría violentamente opuesta al orden ruso impuesto por Moscú.

Los kazakos profirieron insultos y gritaron:

—¡No queremos rusos aquí! — Mientras los perplejos soviéticos se batían en retirada hacia la llanura.

Alguien telefoneó al Cuartel general de la División para dar cuenta de esto. Al cabo de unos minutos les contestaron con una orden concisa:

—Destrúyanlos a todos.

En el bombardeo general que siguió, Petrov disparó obuses altamente explosivos contra la aldea, que estalló en miles de fragmentos de barro, arcilla y maderas. Las ametralladoras destrozaron a cuantos intentaron escapar y los kazakos fueron exterminados hasta el último niño.

Mientras miraba fijamente el chisporroteante fuego, Petrov se

preguntó de pronto por qué aquel pueblo odiaba tanto al Estado. ¿Qué había en el comunismo que les hacía volverse contra sus hermanos? Tuvo entonces una terrible sensación de culpa por haber matado a sus mismos hermanos.

• • •

—*Eins, zwei, drei, vier! Eins, zwei, drei, vier*!

La monótona cadencia se extendió a través de la estepa mientras los oficiales alemanes en el interior del *Kessel* adiestraban a sus reclutas de infantería. Oficinistas, cocineros, operadores de teléfono, ordenanzas, hombres que habían sido enviados por sus delitos a

compañías de castigo, todos ellos marchaban arriba y abajo de las *balkas* en ejercicios de formación cerrada. El hombre que los adiestraba, el teniente Hermán Kästle, no estaba muy contento de su tarea. Algunos soldados habían sido durante años sus amigos y sabía que los estaba enviando a una muerte segura.

Los soldados que tan de prisa preparaba para el combate, estaban en un estado de conmoción. Pocos de ellos habían soñado que tuvieran que enfrentarse a los rusos al otro lado de la tierra de nadie. La inmensa mayoría habían disfrutado de tareas agradables; casi ninguno había salido de sus calientes búnkers durante el invierno.

Mientras Kästle les daba las instrucciones finales antes de enviarlos al combate, un soldado se vino abajo completamente. Sollozando histéricamente se agarró al teniente y suplicó que le eximieran. Kästle le habló de prisa, intentando acallar sus temores. El hombre le oyó y luego, mientras la columna emprendía la marcha, se enjugó las lágrimas y fue a ocupar su puesto en la formación. Kästle no lo perdió de vista.

• • •

El soldado Ekkehart Brunnert se encontraba ya en la línea principal de resistencia. Desde que se bajó del tren

que le trajo de Alemania, había andado de acá para allá por la estepa: había hecho guardias, se había alineado para las inspecciones, había ocupado su sitio en autobuses que nunca salieron del *Kessel*. Ahora estaba a sólo doscientos metros de los quemados restos de un carro soviético cuyo conductor, carbonizado «como el negro maniquí de un sastre», parecía como si todos los días le mirara.

La primera vez que vio el cuerpo, Brunnert tuvo un breve arrebato de compasión. El hombre debía de haber sufrido unas torturas indescriptibles mientras trataba de escapar de las llamas. Sin embargo, razonaba Brunnert, aquello mismo había sucedido

incontables veces a los alemanes durante la guerra y aquel pensamiento ayudó a que olvidara la terrible visión que tenía delante de su zanja de tirador.

Su vida se desarrollaba según unas rígidas pautas. Hacía guardia cada cuatro horas y a las cinco de la tarde todos los días iba a la cocina de la compañía a buscar las raciones. Otras veces leía y releía panfletos de propaganda soviética que caían del cielo. Brunnert nunca pensó en desertar, pero los dibujos de aquel tipo de literatura le obsesionaban: un hermoso árbol de Navidad, bajo el cual una mujer escondía su rostro en un pañuelo. Al lado, una niña pequeña que sollozaba su pena mientras ambos contemplaban su

regalo, el cuerpo de un soldado que era su padre. En otro panfleto, una mujer cantaba villancicos con sus hijos mientras la figura del padre muerto se les aparecía cual si fuese un fantasma.

Durante una semana, Brunnert y su amigo Gunter Gehlert compartieron un bunker y se amoldaron a la proximidad del enemigo. El 7 de enero, precisamente cuando Gunter acudía a relevar a Brunnert en la ametralladora, un proyectil estalló a sólo unos pocos metros. Brunnert gritó y cayó de bruces dentro de la trinchera. Contempló en silencio uno de sus dedos, que se había abierto como si fuese un capullo de rosa.

Sus piernas también habían sido

alcanzadas y yacía en un charco de sangre cada vez mayor, pero siguió consciente mientras Gunter iba en busca de un médico. Conmocionado, Brunnert miraba sin hablar mientras trataban frenéticamente de colocarle un vendaje. Cuando llegó la noche, Gunter instaló a Brunnert en un trineo, le puso dinero en la mano y le pidió que se lo diera a sus padres cuando regresase a casa.

El trineo partió suavemente a través de la nieve y, excepto por su pie helado, Brunnert disfrutó de aquel viaje al hospital del aeropuerto de Gumrak. En una sala de operaciones bañada en intensa luz, se relajó mientras le quitaban su sucio uniforme caqui. Tras recibir anestesia local, empezó a soñar

con buenos alimentos y se durmió sin preocuparse de que los rusos pudiesen llegar sigilosamente hasta él durante la noche. Aquel pensamiento le devolvió la imagen del pobre Gunter solo en el bunker, que miraba ahora hacia el enemigo hasta que sus ojos se llenaban de agua y veía espejismos en la nieve. De repente, Brunnert lo sintió mucho por su compañero.

Aún en la mesa de operaciones, volvió la cabeza. Sólo a unos centímetros más allá, sobre otra mesa, contempló las circunvoluciones de un cerebro humano. Fascinado, examinó cuidadosamente los diferentes pliegues, algunos rosados, otros de un gris azulado, mientras los médicos trataban de encontrar en su

propio cuerpo los trozos de metralla. Poco después, Ekkehart Brunnert abandonaba el *Kessel* en un avión rumbo al hogar.

• • •

«Cada siete segundos muere un alemán en Rusia. Stalingrado es una inmensa tumba. Cada siete segundos muere un alemán...»

Las palabras del altavoz asaltaban a Gunter Gehlert, solo ahora en su bunker sin Brunnert. También abrumaban a Gottlieb Slotta y Hubert Wirkner mientras permanecían agazapados en sus heladas zanjas de la estepa. El mensaje ponía tensos los nervios de los

doscientos mil hombres atrapados en la estepa. Hora a hora, los *politruk* bombardeaban a los alemanes con anuncios, amenazas, persuasiones y profecías. En algunos sectores, los locutores rusos incluso llamaban por su nombre a los jefes de compañías y batallones.

El capitán Gerhard Meunch se enteró de esto cuando un comisario emprendió con él una guerra personal. Cerca de la fábrica Octubre Rojo, los altavoces resonaban estrepitosamente una y otra vez:

—Soldados alemanes, deponed las armas. Continuar carece de sentido. Vuestro capitán Meunch también se percatará algún día de lo que está

ocurriendo. Lo que ese «superfascista» os cuenta no es cierto. Él lo reconocerá. Un día nos apoderaremos de él.

Cada vez que el enemigo mencionaba su nombre, Meunch salía inmediatamente y pasaba algún tiempo con sus soldados. Mientras hacía bromas acerca de los comentarios personales, observaba de cerca para ver si en sus hombres se producían algunas reacciones adversas. Pero, aunque esta táctica les hacía crispar los nervios, nunca parecieron intimidarse por la argucia rusa.

• • •

A menos de tres kilómetros al sudoeste

del puesto avanzado de Meunch en la fábrica Octubre Rojo, Ignati Changar se echaba al coleto una ración completa de vodka y se preguntaba dónde podría encontrar otra. El capitán de comandos se había aficionado cada vez más al licor para tratar de olvidar la pesadilla diaria en que vivía. Sus horrorosos recuerdos del pasado no se habían marchitado y sabía que con dinamita, fusiles y cuchillos había hecho volar, matado a tiros o apuñalado a más de doscientos enemigos. Pero aún no estaba satisfecho.

Como resultado de todo ello, su guerra de un solo hombre se había cobrado en él su tributo. Su cara estaba contraída y sus ojos inquietos. Le temblaban las

manos. Su único alivio para la tensión interior era el alcohol y, tras terminar su ración de vodka, durante la noche del 7 de enero, condujo a sus hombres hacia las estribaciones orientales de la colina Mámaiev, atravesando con cuidado por la senda a través de las trincheras rusas y los campos de minas hasta el final de las alambradas espinosas. Arrastrándose por la tierra de nadie, Changar intentó comprobar si los alemanes se daban cuenta de su aproximación, pero la cumbre de la colina Mámaiev estaba tranquila. Al llegar a una trinchera abierta en la que las explosiones habían quitado la nieve, se puso de pie y esperó a que su unidad se reuniera a su alrededor.

Varias brillantes bengalas blancas estallaron rápidamente por encima de su cabeza. Mientras gritaba «¡Al suelo!», un obús alemán estalló unos centímetros más allá. Changar sintió un dolor terrible en la parte derecha de la cabeza y luego se derrumbó por el suelo. Sus hombres le llevaron colina abajo hasta un puesto de primeros auxilios, donde los médicos trabajaron con ahínco para extraerle los fragmentos de metal que se le habían alojado en el cerebro. Evacuado rápidamente para una operación de cirugía mayor, al aún inconsciente Changar le quedaban pocas posibilidades de vida.

• • •

Al oeste de la colina Mámaiev, en el aeropuerto de Gumrak, Paulus se enteró de que tres representantes del Ejército Rojo planeaban entrar en las líneas alemanas con un ultimátum para el VI Ejército. Los rusos proponían una reunión a las diez de la mañana, hora de Moscú, del día 8 de enero. Aunque Paulus no hizo caso de la petición, a la hora prevista los parlamentarios rusos avanzaron bajo bandera blanca hasta las líneas alemanas y entregaron una oferta del mariscal Rokossovski a un asombrado pero cortés capitán Willig.

Rokossovski ofrecía seguridades de salvación para todos cuantos «cesaran la resistencia», además de su regreso a

Alemania al final de la guerra. También aseguraba a Paulus que todo el personal conservaría sus «pertenencias y cosas de valor y, en el caso de los oficiales de alta graduación, sus espadas». El general continuaba con un argumento mucho más tentador para unos soldados que se morían de hambre: «Todos los oficiales... y hombres que se rindan recibirán inmediatamente raciones normales... [los] heridos, enfermos o quienes sufran congelación recibirán tratamiento médico.» El ultimátum del Ejército Rojo pedía una respuesta afirmativa dentro de veinticuatro horas, o de lo contrario los alemanes sufrirían una «destrucción» total.

Friedrich von Paulus remitió la

proposición a Hitler y pidió «libertad de acción».

• • •

El ofrecimiento de Rokossovski de buen trato y garantías de salvación había sido ya manifestado a principios de enero por el Gobierno soviético. En un extraordinario documento, por lo que representaba de compasión durante una guerra brutal, se habían dado unas instrucciones para el apropiado trato a los enemigos cautivos.

TRATAMIENTO DE LOS PRISIONEROS DE GUERRA EN LA UNIÓN SOVIÉTICA: ORDEN DEL COMISARIO DEL PUEBLO PARA LA

DEFENSA DE LA URSS.

2 de enero de 1943. Núm. 001. Moscú

El modo con que se llevan a cabo la conducción y seguridad de los prisioneros de guerra desde el frente y en el trayecto a los campos de reunión presenta un serio número de imperfecciones:

El prisionero de guerra permanece demasiado tiempo dentro de las unidades del Ejército Rojo. Desde el momento de su captura hasta la entrega de los prisioneros, éstos deben recorrer 200-300 kilómetros a pie. A menudo no reciben alimentos. Por ello, llegan completamente exhaustos y enfermos...

A fin de suprimir enérgicamente esas imperfecciones y de cuidar a los prisioneros de guerra para que puedan estar disponibles como fuerzas laborales... la siguiente orden [ha sido mandada]... a los comandantes de los frentes:

...Según las regulaciones de los prisioneros de guerra, hay que conceder oportunamente atenciones médicas a los prisioneros de guerra heridos o enfermos...

Debe terminar categóricamente el envío a pie de los prisioneros heridos, enfermos, exhaustos o congelados... tales prisioneros deben ser atendidos en un hospital de campaña y mandados hacia la retaguardia cuando se

disponga de transportes... también los prisioneros enfermos deben ser alimentados según las regulaciones especiales...

...Las marchas diarias deben reducirse a 25-30 kilómetros. Deben instalarse lugares de detención para pasar la noche. Se debe dar a los prisioneros de guerra comida caliente y agua y facilidades para calentarse.

Debe dejarse a los prisioneros de guerra sus ropas, zapatos, ropa interior, ropa de cama y utensilios para comer. Si un prisionero carece de algo de ello, existe la obligación de reemplazar los objetos que falten con el botín o con otros efectos de soldados u oficiales enemigos muertos...

Al jefe de la inspección sanitaria del Ejército Rojo:

...En los centros de comprobación debe haber una estación de control para los prisioneros de guerra en marcha y se debe prestar atención médica a los heridos... los prisioneros de guerra que no puedan continuar la marcha a causa de enfermedad han de ser apartados de la columna y se les debe enviar al hospital de campaña más próximo...

Queda prohibido que los prisioneros de guerra sean enviados a la retaguardia en coches que no estén dedicados al transporte humano...

Enviado a los comandantes rusos por telegrama, el documento fue pasado por alto. Las razones fueron de dos clases: entorpecidos por una aguda escasez de vagones de ferrocarril, suministros médicos y alimentos, los oficiales rusos no podían dar abasto al enorme alud de prisioneros del Eje que se produjo durante diciembre y enero. Además, el personal encargado de los prisioneros dejaba que su odio hacia los invasores influyera en sus acciones. Así, mientras el prisionero de guerra caminaba hacia su internamiento, muchos oficiales del Ejército Rojo responsables de su bienestar, tácitamente permitían que murieran.

—*Vodi! Vodi*!

El grito de queja pidiendo agua irritaba a Felipe Bracci mientras algunos de los treinta y cinco hombres que viajaban en su vagón de mercancías proferían su desesperada súplica. Bracci no tenía idea de su destino y, tras haber oído aquellos tristes lamentos durante tres días, estaba empezando a perder la calma. Las condiciones eran lo suficientemente espantosas para todos sin la constante queja de los más débiles.

Bracci y sus compañeros oficiales apenas estaban vivos. Veinticuatro dormían por tandas sobre el piso cubierto de hielo, donde se abrazaban unos a otros para darse calor. Con el

paso del tiempo, algunos hombres cuchicheaban relatos de los días pasados y de los proyectos futuros. Martini, Branco y Giordano estaban de acuerdo en instalar un restaurante en Roma con sus ahorros. Franco Fusco deseaba dedicarse a los negocios. Fasanotti hablaba acerca de continuar su carrera de fiscal.

Un oficial rehusó hablar de lo que podría hacer. En vez de ello, anunció que aquel viaje era simplemente una exquisita tortura concebida por los rusos, que dejarían que el tren continuase su camino sin fin hasta que todos los pasajeros hubiesen muerto. Y parecía que aquél era el procedimiento. Una vez al día, los guardias abrían la

puerta para darles una gran rebanada de pan negro y un cubo de agua.

Mientras los sedientos aullaban que querían algo más que su parte, Bracci y sus amigos observaron atentamente a un soldado que cortaba el helado pan en trozos iguales. Los hombres no dejaban de mirar el cuchillo mientras rebanaba y pinchaba aquella comida que parecía una piedra. Entregándolo cuidadosamente a grupos de cinco, el pan fue consumido inmediatamente y luego, a la luz mortecina que se filtraba a través de las ranuras, los italianos se quedaron aturdidos en un silencio contemplativo.

Mientras pasaban los kilómetros y los días, los hombres atendían a sus

necesidades corporales en un rincón y empezó a alzarse despacio un montón de excrementos de forma cónica, cual si se tratase de un calendario diario que recordase la duración del viaje. Los excrementos eran siempre grises, del color del pan, que constituía su único sustento.

Bracci dormía cuanto podía. Pero cuando estaba despierto, pensaba a menudo en sus capturadores y le atormentaban sus sentimientos hacia los guardianes rusos. Con sus extraños vestidos, parecían grandes y perversas abejas. Ruidosos, groseros, no mostraban ninguna apariencia de sensibilidad. Bracci sabía que en la solitaria estepa del sur de Rusia sus

mujeres y niños también sufrían. Al igual que él, amaban y reían, lloraban y derramaban su sangre. Pero los hombres que guardaban el camino desde Kalmikov y llevaban el tren a los campamentos de prisioneros, como carceleros, no eran lo mismo, no se les podía relacionar con aquellos rusos que generosamente le habían dado comida durante la marcha. Para aquellos guardianes, los italianos eran «simples objetos»; ni hombres, ni esclavos. No eran nada.

• • •

El tren de prisioneros se dirigió al norte, hacia Moscú y más allá. Detrás,

sobre la ruta por la que Bracci había caminado antes, yacían miles de cadáveres helados. Algunos de ellos tenían balazos en el torso. La mayoría, heridas de bala en la nuca.

Los bagajes peculiares del Ejército italiano yacían sobre la capa de la pista de nieve. Crucifijos, recordatorios de misas, imágenes de Jesucristo y de santos, aparecían caídos cerca de los muertos. Una víctima estaba sentada plácidamente sobre un montón de nieve. Con los ojos completamente abiertos, y con una sonrisa cruzándole la cara, mantenía en las manos un rosario negro. El soldado había empezado el segundo misterio cuando un guardián ruso disparó sobre él.

Cristóforo Capone había andado por la misma senda durante varios días detrás de Bracci. El doctor había visto los mismos cuervos que Bracci vio dar vueltas en círculo y había oído los mismos gritos: «*Davai bistre! Davai bistre*!», mientras los guardianes rusos despojaban a los prisioneros de sus ropas de abrigo y les golpeaban si protestaban. Asimismo, Capone había contemplado cómo caían los débiles y se había sobresaltado al oír las detonaciones de los tiros de fusil cuando los mataban. Al igual que Bracci, se había amontonado durante muchas noches, con temperaturas por debajo de cero, con otros soldados que gritaban por el dolor que les producían las

congelaciones o se quejaban a Dios por su cruel destino. El doctor sentía compasión por la miseria de aquellos hombres, pero había decidido vivir. Alguna desconocida fuerza interior le llevó hasta las estaciones de ferrocarril y a aquel rincón en el piso de un vagón de carga, donde se tendía ahora para descansar.

Mientras soplaba afuera un viento ártico y los hombres se acurrucaban unos contra otros para transmitirse un poco de calor corporal, el tren corría hacia el norte. Capone empezó a lamer las heladas paredes para paliar su rabiosa sed. Cada noche, morían algunos a su lado y, por la mañana, los guardianes rusos abrían las puertas y

gritaban:

—*Skolco kaput*? (¿Cuántos muertos?)

Ésa era su única preocupación, el número de cadáveres que debían sacar y abandonar en la nieve.

• • •

Durante la tarde del 8 de enero, el mariscal de campo Erich von Manstein atendió a unos invitados en Novocherkassk. Entre ellos estaba el general Hans Hube, «*Der Mensch*», que acababa de volver de Prusia oriental. En el viaje de regreso viajó con el coronel Gunter von Below, que había sido evacuado de Stalingrado en septiembre con ictericia y que ahora volvía al

servicio en un momento en que la mayoría de los soldados alemanes rezaban para poder abandonar la bolsa.

Durante su vuelo, Below se había enterado por Hube de que el Führer estaba planeando otro intento para sacar de sus dificultades al VI Ejército. Se suponía que estaban llegando de Francia tres Divisiones panzer y que estarían listas para poder atacar a mediados de febrero. Para Below era evidente que el agresivo Hube había sucumbido ante la magnética personalidad de Hitler y que creía a pies juntillas en aquella nueva expedición de salvamento.

Aquella noche, durante la cena, Hube continuó hablando acerca de los prometidos *panzers*. Pero cada vez que

intentaba solicitar la opinión de Erich von Manstein, el mariscal de campo cambiaba de tema. En efecto, durante toda la comida Manstein rehusó todo comentario acerca del Ejército situado dentro del *Kessel*.

Más tarde, tras tomar unas copas con los oficiales de Estado Mayor del grupo de Ejércitos del Don, Below halló la explicación de la negativa de Manstein a responder cuando sus compañeros le dijeron que el puente aéreo a Stalingrado había transportado menos de cien toneladas diarias. Sin llegar a admitir de modo definido que el *Kessel* era una trampa sin esperanzas, convencieron a Below de que era «un hombre condenado, al que sirven su

última comida» antes de ir a la muerte. El atribulado coronel bebió hasta altas horas de la noche.

Al día siguiente, 9 de enero, él y Hube aterrizaron en Pitomnik y se dirigieron al interior, lleno de gente, del bunker del Cuartel general de Gumrak, donde les esperaban Paulus y Schmidt. Extremadamente agitado, Paulus dijo enseguida a sus visitantes que al VI Ejército le era imposible resistir durante mucho tiempo. Cuando Hube le interrumpió mencionando los carros que estaban llegando de Francia, Paulus se limitó, resignado, a encogerse de hombros. No obstante, como Hube insistiera en la necesidad de resistir hasta que la fuerza *panzer* llegase al

perímetro, Paulus comenzó a mostrar una chispa de interés ante aquella idea. Hombre desesperado, al que las autoridades superiores privaban de elección, y a las que nunca desobedecería, Paulus tuvo que esforzarse por creer en un milagro.

Sólo unas horas antes, Hitler le había denegado su solicitada «libertad de acción» acerca del ultimátum ruso de rendición. El Führer insistió en que debía sostenerse una lucha a muerte, porque «...cada día que el Ejército resiste, ayuda con ello a todo el frente...».

Aquel mensaje había hecho que la mente de Paulus siguiera una idea fundamental. Tentado a darse por

vencido, dejó de lado aquel pensamiento cuando la «autoridad superior» declaró que la agonía del VI Ejército era una necesidad vital. Por ello, ahora escuchaba las divagaciones de Hube sobre los *panzers* que llegaban de Francia y, al mismo tiempo, hacía a sus tropas una dura advertencia con relación a la oferta soviética de paz: «...Cualesquiera proposiciones de negociaciones deben... ser rechazadas, no han de ser respondidas y los parlamentarios *deben ser expulsados por la fuerza de las armas*...»

En cuanto expiró el tiempo límite del ultimátum, descendió sobre la estepa una extraña quietud. En sus zanjas y trincheras, los soldados alemanes

esperaban temerosamente la reacción rusa a la orden de Paulus de resistir a ultranza.

CAPÍTULO XXVII

Al amanecer del 10 de enero, que era el cuadragésimo octavo día del *Kessel*, salió por el horizonte un sol rojo que brilló débilmente sobre la blanca estepa. A ambos lados de las líneas del frente, los soldados iban y venían por los estrechos hoyos de protección, flexionando sus brazos y piernas para ahuyentar el frío de aquella temperatura por debajo de cero grados. Alrededor de ellos, los ruidos de la batalla habían enmudecido. A través de la tierra de nadie, sólo resonaba algún eventual disparo de fusil.

A las ocho de la mañana, los soldados

alemanes que estaban alineados para el desayuno comentaban el hecho de que los rusos habían estado desacostumbradamente tranquilos durante más de veinticuatro horas. Dos minutos después, mientras los alemanes masticaban despacio pedazos de pan negro y bebían un café aguado, siete mil cañones rusos rugieron al unísono y las fortificaciones del VI Ejército del valle Karpovka desaparecieron bajo un arco iris de disparos. Junto con la barrera artillera llegaron auténticas nubes de aviones soviéticos, volando a gran velocidad y a baja altura sobre las líneas alemanas para sembrar el pánico.

Cuando el primer trueno monstruoso de los cañonazos chocó contra un

reforzado refugio, el sargento Albert Pflüger se cayó de la cama. Aunque el bombardeo principal se hallaba a unos ocho kilómetros al oeste, oleada tras oleada de conmocionadores choques derramaron polvo sobre él y sacudieron el terreno como si se tratase de «un mar en plena tormenta». Tras arrastrarse por los suelos, Pflüger salió corriendo hacia el puesto de mando de su Cuartel general, donde el teléfono llamaba incesantemente y se recibían informes de unidades enteras que habían sido borradas del mapa y otras que retrocedían desde el destrozado frente.

Muchedumbres de soldados frenéticos inundaban ya la retaguardia y Pflüger observó cómo llegaban tambaleantes:

con neurosis de guerra, histéricos, manándoles sangre de la boca, la nariz y los oídos. Eran los supervivientes del «dios de la guerra» del general Voronov, la artillería pesada.

• • •

El coronel de zapadores Herbert Selle se encontraba camino del «hocico» de la bolsa, en el valle Karpovka, cuando la ofensiva soviética cayó sobre él. Cambiando de dirección, se fue, por el contrario, al Cuartel general de la 76.ª División, que conservaba una precaria posición en el lado occidental del perímetro. Allí, Selle encontró al general Carl Rodenburg,

extraordinariamente tranquilo y con monóculo, quien le contó que los rusos habían ya perforado el centro de su línea. Mientras hablaba, los obuses enemigos estallaban en el barranco y «levantaban por los aires nubes de polvo y de nieve blanca y manchada de barro». Selle se fue rápidamente.

Su coche atravesó ante una miserable multitud de heridos, que suplicaban a los conductores que les llevaran con ellos, y Selle admitió a casi una docena. Irrumpieron dentro del coche, se colgaron de los estribos o se montaron a horcajadas o en el capó. La extraña ambulancia corrió hacia Gumrak, donde los heridos se ayudaban unos a otros en el hospital. Al verles alejarse, Selle se

preguntó qué efecto produciría una visión tan horrible al general Kurt Zeitzler, allá en Prusia oriental. Si pudiese ver a aquellos desgraciados del interior del *Kessel*, ¿continuaría Zeitzler repitiendo como un loro las órdenes de Hitler de luchar hasta la última bala?

• • •

En Pitomnik, los proyectiles rusos cayeron sobre las pistas de despegue y dispersaron al personal que estaba descargando los suministros de los aviones. Karl Binder, oficial de Intendencia, dirigía una columna de camiones a un cercano almacén de víveres cuando las explosiones

sacudieron su vehículo e hicieron volar por los aires los depósitos de municiones.

Temiendo por su carga de gasolina, ropas y cajas con víveres, Binder gritó a los camiones que se dispersasen. Precisamente cuando les estaba haciendo señas, la explosión de un obús lo arrojó contra un montón de nieve. Inconsciente, yació durante más de cuatro horas hasta que otro conductor de camión lo recogió y lo llevó a toda prisa a Gumrak. Cuando volvió en sí, Binder descubrió que, debido a un auténtico milagro, no había sido herido y que sus camiones habían traído suficientes raciones como para alimentar a la 305.ª División durante dieciocho días, es

decir, cerca de tres semanas si el frente resistía. Pero el bombardeo soviético siguió sin parar y, después de dos horas, había aplastado el perímetro alemán como si se tratase de una cascara de huevo. Los carros soviéticos T-34 rugieron enseguida a través de las brechas; les seguían tropas montadas. En el norte, abrieron una brecha entre la 113 y la 76. Al oeste, la 44.ª División austríaca se esfumó bajo un torrente de fuego y acero. Lo mismo les ocurrió a las Divisiones alemanas 376 y 384. Aquella parte del frente se derrumbó y la aldea de Dmitrevka cayó rápidamente en poder de los blindados rusos. En el sur, la 297.ª División de Albert Pflüger quedó destrozada entre Zibenko y

Peschanka y los rusos siguieron adelante con impunidad.

Sólo en la esquina sudoriental, en el saliente del «hocico» de Marinovka, la resistencia alemana pudo contener al enemigo durante algún tiempo. Allí, como el general Schmidt había pronosticado con anterioridad al coronel Selle, el principal ataque ruso se centró sobre el valle del río Karpovka, donde el VI Ejército había construido búnkers en los costados del barranco. Schmidt había previsto que el enemigo trataría de empujar a los alemanes desde esos atrincheramientos a la abierta estepa para forzar así una retirada napoleónica hacia el este, en dirección a Stalingrado. Su análisis fue casi perfecto. Su único

error consistió en creer que el ataque se produciría diez días después.

En aquel expuesto saliente, las Divisiones Motorizadas 3 y 29, permanecieron juntas codo con codo y trataron de pegarse al «hocico». Pero, al cabo de unas cuantas horas, la 3.ª Motorizada tenía batidos los flancos y se vio forzada a retirarse a la carrera tras el río Rossoshka. La 29.ª División todavía resistió, y los rusos la atacaron a través de la cima de la colina del Cosaco. Cientos de carros, muy juntos unos a otros, encabezaban el desfile y los infantes colgaban de las torretas en las que ondeaban enormes banderas rojas. Detrás de los T-34 iban largas columnas de soldados de a pie, que

caminaban con la nieve hasta las caderas. Los alemanes se aterraron ante aquel masivo despliegue de medios, y luego, cuando la presión demostró ser irresistible, cedieron terreno.

Al acabar el día, el VI Ejército huía hacia las ruinas de Stalingrado.

• • •

El 11 de enero, la situación en el *Kessel* todavía se deterioró más. El general Carl Rodenburg aún llevaba monóculo en su ojo derecho, pero había perdido gran parte de su sosegada confianza. El día anterior poseía cincuenta cañones de grueso calibre en la artillería de su regimiento. Ahora, uno

de sus oficiales corrió hacia él y jadeó:

—Mi general, aquí está el último cañón.

Treinta soldados lo habían arrastrado durante doce kilómetros hasta la nueva línea de resistencia.

Mientras estrechaba la mano del oficial y le daba calurosamente las gracias por su estupenda hazaña, Carl Rodenburg supo que dentro del *Kesselda* batalla era ya inútil. Luego, el general se dirigió a buscar al resto de su 76.ª División. Aunque en un tiempo comprendía en sus filas diez mil hombres, ahora tenía justamente el número de un batallón, es decir, seiscientos hombres.

• • •

Radio del VI Ejército: 9.40 de la mañana: «El enemigo ha realizado una penetración amplia en la línea del frente... Aún permanecen intactos baluartes aislados. Estamos tratando de reunir y escoltar las últimas porciones disponibles de suministros y unidades de construcción... a fin de establecer una línea de contención.»

Se trataba de un desesperanzado retraso de lo inevitable. Otra vez, a las siete de la mañana, se radió un informe a Manstein: «Profunda penetración al este de Zibenko... más de seis kilómetros de amplitud. El enemigo ha sufrido graves pérdidas... Nuestras pérdidas son

considerables. La resistencia de las tropas disminuye rápidamente debido a la insuficiencia de municiones, al frío extremado y a la carencia de cobertura contra el fuego de grueso calibre del enemigo.»

• • •

El capitán Winrich Behr volvió de un recorrido por las líneas del frente y, en una carta apresurada, describió sus impresiones a Klaus von Below. Behr contó a su amigo lo que el Cuartel general del VI Ejército no había mencionado en ninguno de sus mensajes al mundo exterior. Los soldados alemanes habían comenzado a desertar

en gran número; muchos oficiales en campaña habían perdido el deseo de mando. Con mantas encima de la cabeza, los hombres dormían en los puestos de guardia; sin carros detrás de ellos que les apoyasen, los aterrados alemanes corrían ahora ante los asaltos enemigos.

Behr dijo que, según su opinión, el sentimiento general en la bolsa se había convertido simplemente en el de la propia conservación. Siguió censurando a los jefes que dirigían el puente aéreo. Sugirió amargamente a Below que «...había colocado algunos judíos o estraperlistas del mercado negro...» para dirigirlo y permitido que funcionase en su beneficio. Acabó con una valoración de sus superiores. «Paulus —decía—

representa el corazón» del VI Ejército. El general tenía «la firmeza moral de un jefe...».

Por otra parte, Schmidt, al que tanto Behr como Below habían conocido durante años a través de relaciones familiares, planteaba un problema especial. Aunque a Behr le agradaba, comprendía por qué el general irritaba a tantos oficiales de alta graduación. Imperioso, acerbo, Schmidt raramente desplegaba sus cualidades interiores, el «lado bueno» que poseía. Behr pensaba que esto era una lástima, puesto que Schmidt tenía que desenvolverse entre generales que ahora afrontaban una situación sin paralelo en la historia militar alemana.

• • •

En el laberíntico edificio de una escuela al sur del *Kessel*, el comandante del II Ejército de la Guardia, Rodión Yákovlevich Malinovski, ocupaba su tiempo atendiendo a un grupo de periodistas aliados. Entre ellos se encontraba Alexander Werth, el corresponsal de la United Press, Eddy Gilmore y Ralph Parker, de *The New York Times*. Alto, con el pelo negro peinado hacia atrás, Malinovski enseguida admitió ante sus huéspedes que la ofensiva de diciembre de Manstein hacia Stalingrado había pillado desprevenidos a los rusos. Pero

luego ensalzó los tiempos de la contraofensiva del Ejército Rojo y sus efectos sobre el enemigo.

—Por primera vez los alemanes muestran señales de perplejidad. Tratando de rellenar los agujeros, mandan a sus soldados de un sitio para otro... Los oficiales alemanes que hemos capturado muestran un gran desacuerdo con su Alto Mando e incluso con el mismo Führer...

Rodión Malinovski, comandante del II Ejército de la Guardia soviético que detuvo la expedición en socorro de los hombres atrapados en el Kessel, en diciembre de 1942.

Cuando los reporteros le preguntaron sobre el ataque para aplastar a Paulus en el *Kessel*, Malinovski se mostró francamente confiado:

—Stalingrado es un campo de prisioneros armados y su posición carece de esperanzas...

• • •

Radio del VI Ejército: 12 de enero: «Continuos bombardeos desde las siete de la mañana. No podemos responder...

Desde las ocho de la mañana, el enemigo ataca a lo largo de todas las líneas del frente con numerosos carros... El Ejército ha ordenado, como último medio de resistencia, que cada soldado luche hasta la última bala en el lugar que ocupa ahora».

• • •

En Pitomnik, un único carro T-34 ruso perforó el delgado perímetro de las líneas defensivas e irrumpió en las atestadas pistas de aterrizaje y despegue. Su aparición produjo el pánico entre los alemanes, que salieron de estampía de los aviones, y los heridos de los hospitales, y se dirigieron

todos hacia el este por el camino de Gumrak a Stalingrado. El carro cruzó lentamente la faja de terreno, disparando sobre una amplia elección de objetivos y «el corazón de la fortaleza» emitió algunos latidos.

Al oír la noticia de la aparición del carro, el general Arthur Schmidt saltó al teléfono y empezó a insultar a gritos a media docena de oficiales responsables de la protección del campo. La cólera de Schmidt galvanizó a los mortificados comandantes y éstos volvieron a poner Pitomnik en servicio tras un breve intervalo. Pero en la confusión, en uno de esos milagrosos incidentes de la guerra, el T-34 soviético sencillamente desapareció en la niebla y escapó.

A últimas horas de aquel día, Paulus despachó a uno de sus generales de más confianza para pedir ayuda. Wolfgang Pickert, jefe de la 9.ª División Antiaérea, voló a través de una terrible tormenta de nieve hasta Novocherkassk. Durante el vuelo, garrapateó las notas de sus alegatos en los márgenes de un periódico con su taquigrafía especial en clave, por si el aparato era derribado. Fue una precaución innecesaria. Aterrizó sano y salvo y corrió a conferenciar con el grupo de Ejércitos del Don sobre las posibilidades de un rápido aumento de los suministros.

• • •

En el interior del acortado *Kessel*, en la carretera entre Karpovka y Pitomnik, los camiones se desplazaban con precauciones a través del congestionado tráfico. En uno de ellos, el sargento Ernst Wohlfahrt viajaba al lado del conductor. Trasladado recientemente desde un emplazamiento artillero situado dentro de la terrible fábrica de cañones Barricada, Wohlfahrt estaba contento de encontrarse al aire libre, donde podía alzar la cabeza sin miedo a que un francotirador la tomase como blanco.

Detrás de él, alguien gritó que los carros rusos habían irrumpido entre el convoy. El chófer pisó a fondo el acelerador y el camión brincó hacia

delante, recto hacia varios hombres heridos que gatearon frenéticamente para quitarse de en medio. Un vehículo tras otro les alcanzaron y arrollaron sus cuerpos bajo las ruedas. Wohlfahrt vio brazos y piernas agitándose de modo terrible cuando el camión embistió a las víctimas y pasó por encima. Mirando hacia atrás, Wohlfahrt se percató de que nadie bajaba a apartar los cadáveres.

• • •

En el lado occidental de la bolsa, Hubert Wirkner, que tenía el pelo ensortijado, se hallaba agazapado en su hoyo en la nieve. Sus pies estaban helados; la carne se desprendía de ellos

en largas tiras. Su mano derecha estaba taladrada por la metralla, pero no había podido encontrar un médico.

Mientras Wirkner aguantaba estoicamente sus dolores, un carro ruso T-34 disparó un proyectil directamente sobre él. Dos compañeros recibieron de lleno la fuerza de la explosión. La cara de un hombre se desintegró; el brazo derecho de otro voló por los aires. El cuerpo de Wirkner era una criba. Extraído del hoyo salpicado de sangre por unos amigos, fue llevado a Gumrak, donde miles de soldados yacían sin recibir atenciones. Wirkner fue colocado en un antiguo establo de caballos, de cuarenta metros de longitud, donde había tal vez veinte hombres a su alrededor en

unas camas. Un médico le aseguró que sus probabilidades para un vuelo que le sacara del *Kessel* eran muy grandes.

El cabo Hubert Wirkner, de la 14.ª División Panzer alemana.

A poca distancia más allá del

improvisado hospital de Wirkner, el centro de mensajes de Gumrak no cejaba en una constante retahíla de «vida y muerte» al grupo de Ejércitos del Don, registrando la disminución de los latidos del pulso del VI Ejército.

—Herr General Paulus concede permiso al teniente Georg Reymann, del 549.° Regimiento, para casarse con la señorita Lina Hauswald. Neustadt. Transmítanlo [un matrimonio por poderes].

—Enviada propuesta de condecoración al general Pfeiffer... El teniente Bores ha recibido la Cruz alemana, oro.

—Muertos en acción de guerra, según la información recibida hasta el presente: Zschunke, Hegermann, Holzmann, Quadflieg, Hulsman, Rothmann, Hahmann... Las bajas de oficiales y tropa no han podido contarse hasta el presente, pero son muy elevadas...

Más tarde, un radiograma del VI Ejército: 13 de enero, 9.30 mañana:

—La munición casi se ha acabado. Para la ayuda de las tropas completamente... agotadas, no existen reservas disponibles en hombres, carros, anticarros y artillería pesada.

Un avión alemán de transporte volaba

en círculo sobre Pitomnik y pidió permiso para aterrizar. La petición fue denegada y el general Wolfgang Pickert dijo al piloto que siguiera trazando círculos, hasta que el cañoneo ruso disminuyera lo suficiente para poder llevar a cabo un aterrizaje seguro. El avión dio varias vueltas hasta que el piloto avisó al general de que se estaba quedando corto de gasolina. Pickert ordenó que el avión regresara a Novocherkassk, donde esperaba que podría intentar de nuevo otro vuelo a la bolsa.

Su misión con Manstein había fracasado. Nadie en el grupo de Ejércitos del Don le ofreció ningún aliento; nadie en la Luftwaffe le dio

esperanzas, dado que apenas quedaban setenta y cinco aviones en condiciones de funcionamiento. Habían sido abatidos más de cuatrocientos aviones de transporte. Los cazas rusos señoreaban el cielo.

• • •

En Pitomnik, los controladores de tierra despejaron al final las pistas para poder realizar aterrizajes. Desde los cobertizos del hospital, cientos de heridos anduvieron o se arrastraron hasta el borde de las cintas de cemento. Cuando los Junkers y los Heinkels empezaron a atronar bajo un esporádico cañoneo, aquellos inválidos se

precipitaron sobre las puertas y escotillas. Los médicos y los pilotos permanecían a un lado con las pistolas desenfundadas mientras las bajas «etiquetadas» subían a bordo.

Un comandante se aproximó a un piloto y le ofreció diez mil reichsmarks por una plaza en el avión. Antes de que el piloto pudiese contestar, una multitud de pacientes con los ojos enfurecidos echaron a un lado al comandante y se metieron en el avión. El piloto lo observó impotente. Cuando se elevó por la pista algún tiempo después, llevaba un cargamento completo de heridos. El comandante que le había ofrecido un soborno se había quedado en tierra.

Aquel mismo día, un correo especial

abandonó Pitomnik con la aprobación de Paulus. El general había ordenado al capitán Winrinch Behr que contara directamente a Adolfo Hitler la verdad acerca de la situación. Incapaz aún de creer que el Führer hubiera decidido suprimir su Ejército, Paulus deseaba que Behr insistiera en el hecho de que, a menos que el puente aéreo produjese una especie de cuerno de la abundancia de víveres y municiones, el VI Ejército perecería mucho antes de ninguna ofensiva de primavera.

Asombrado y con algo de sentimiento de culpabilidad por haber sido elegido, Behr protestó firmemente. Pero su amigo «Schmidtchen», el general Schmidt, le convenció de que fuera y le entregó el

Salvoconducto n.° 7 como llave que le abría las puertas de la libertad.

Llevando el Diario de guerra del VI Ejército debajo del brazo, «Teddi» Behr despegó a las cinco de la tarde y se elevó sobre la llanura a oscuras, iluminada a intervalos por las llamaradas de los cañones y los arcos de las balas trazadoras. Al cabo de una hora, el capitán estaba a salvo en Novocherkassk y allí descansó brevemente antes de su largo viaje hasta Prusia oriental.

• • •

El avión que despegó con el capitán Behr de Pitomnik llevaba otra serie de

cartas de los maridos a sus esposas, de los hijos a sus padres. Aunque predominaba un estilo preñado de fatalismo, un sorprendentemente alto porcentaje de las mismas juraban seguir siendo leales al Führer y a la patria.

El capitán Gebhardt, Oficina de Correos n.° 20.329, escribía a su esposa:

13 de enero de 1943

Nuestro jefe se va a ir en avión y se llevará consigo esta carta... Hasta ahora, aún estoy bien a pesar de todas las dificultades: las horribles heladas y la presión ejercida por el enemigo. Afuera brilla la luna y su luz azulada da un toque milagroso a las capas de

nieve de las paredes de los establos en el barranco donde hemos cavado la tierra. El trabajo no cesa ni de día ni de noche, pero la camaradería todo lo hace soportable. Nosotros también podemos citar a Wallenstein y decir: «Llegará la noche y brillarán nuestras estrellas».

Tú puedes vivir en paz en nuestro hogar, en nuestra bella casa. Éste es nuestro derecho y lo que es debido y ello nos enorgullece. Al igual que el Winkelried hace tiempo, hemos obligado al enemigo a que apunte todas sus lanzas contra nosotros... Todo lo que suceda desde ahora se escribirá en el libro del destino... Considerarán que «La batalla sin parangón», la

batalla de Stalingrado, ha sido la mayor y todos los días juramos llevarla a un fin decente, suceda lo que suceda.

Capitán Alt, Oficina de Correos n.° 01 876 a su esposa:

13 de enero de 1943

Ya te indiqué ayer cuál era nuestra posición. Desgraciadamente, hoy nuestra situación ha empeorado de nuevo. A pesar de todo, creemos sinceramente que seremos capaces de soportarlo hasta que nos saquen de aquí.

Si el fin fuera diferente, quiera el Señor concederte la fuerza para soportarlo heroicamente, como un

sacrificio por nuestro bienamado Führer y por nuestro pueblo.

Capitán (ilegible), Oficina de Correos n.° 35.293, a sus padres:

13 de enero de 1943,5.50 de la tarde

Me gustaría agradeceros todo el amor y las preocupaciones que habéis sufrido por mí. Ya sabéis que he sido un soldado apasionado y que he llegado a serlo debido a una convicción personal, y de este modo presté mi juramento militar cuando era recluta. Ahora tenemos detrás de nosotros muchas semanas difíciles, pero la hora más decisiva está por venir... Suceda lo que suceda, nunca capitularemos.

Leales a nuestro juramento militar, cumpliremos con nuestro deber creyendo en nuestro amado Führer, Adolfo Hitler, y creyendo en la victoria final de nuestra gloriosa patria.

Nunca me lamentaré o quejaré. Desde el momento en que me convertí en un oficial, en agosto de 1939, ya no me pertenecí a mí mismo, sino sólo a mi patria. No quiero ahora ser débil. No existe un ser humano que quiera morir. Sin embargo, si ha de ser así, he de convencerme a mí mismo de que deseo ser derrotado en un honesto combate por unas fuerzas enemigas superiores. Con los muchachos que tengo a mi alrededor, entretanto, intentaremos mandar a cuantos

bolcheviques podarnos a los felices terrenos de caza. No debéis estar tristes... Estaréis orgullosos en los días que han de venir. Aún es posible que suceda un milagro y que la ayuda nos llegue a tiempo.

Nuestro lema es y será durante las horas más difíciles: «Lucharemos hasta la última granada». Viva el Führer y nuestra muy amada patria alemana...

General Schwarz, n.° 13.833, a su esposa:

13 de enero de 1943

Pues bien, ha llegado el tiempo de ser muy sincero y escribir una carta valiente sin tratar de hacer ver las

cosas mejor de lo que son... Durante los pasados días, he comprendido y visto claramente que el final será uno acerca del cual nadie ha hablado hasta aquí. Pero ahora debo hablar yo. Llegará un día en que oirás hablar de nuestra batalla hasta el final. Recuerda que las palabras que se refieren a una acción heroica son meramente palabras. Espero que esta carta llegará a tus manos porque quizá sea la última que pueda escribirte...

Estoy seguro de que me tendrás en tu recuerdo y que contarás a los niños todas las cosas cuando llegue el tiempo apropiado. No debes llorar mi muerte. En el caso de que la suerte te eche una mano, no dejes de cogerla... Tú debes

vivir y estoy seguro de que todo continuará. Debes hacerte cargo de una tarea y cuidar de nuestros pequeños. Te llevaré en mi corazón hasta el último momento. Estarás conmigo hasta que exhale mi último aliento.

Sé que eres una mujer valiente. Te sobrepondrás a todo esto... Tienes a los niños como una prenda de nuestra vida en común... Quizás algún día puedas enseñarles los lugares en que fuimos felices juntos... Vive a tu gusto con nuestros queridos niños, abrázalos con toda tu fuerza y ámalos y cuida de ellos. Ellos te darán ánimos para ser capaz de cuidarlos. La vida continuará en los niños. Os deseo a todos un

dichoso futuro en Alemania y espero que la patria acabe siendo la vencedora.

El ataque ruso continuó y el «hocico Marinovka» desapareció de los mapas de los centros de espionaje soviéticos y alemanes. El *Kessel* comenzó a encogerse de una forma evidente mientras los soldados alemanes corrían hacia el este antes de que los envolvieran los brazos de las tenazas rusas. Ocho Divisiones —la 3, 44, 60, 76, 113, 297, 376 y 384— ya habían sido efectivamente destruidas. Sólo la 29.ª División

Motorizada conservó alguna fuerza para combatir al enemigo en el lado

occidental de la bolsa.

El general Ernst Leyser estaba allí con sus hombres, animándoles desde las casas y hoyos en que se escondían acobardados. Sólo tenía cuatro carros, pero, después de oscurecer, abandonó la protección y se lanzó adelante gritando:

—¡Hurra!

Cientos de alemanes heridos y hasta entonces apáticos, salieron de sus refugios y siguieron a Leyser en un ataque contra los sorprendidos rusos. La lucha constituyó una confusión de hombres y llamaradas de armas, muertos y más heridos gritando en la nieve teñida de sangre. Leyser había conseguido desequilibrar al enemigo durante un instante, pues necesitaba el

tiempo para planear otra retirada. En la áspera luz de la mañana, su victoria parecía pírrica. Pero el general estaba contento al ver que aún quedaba algún espíritu en sus exhaustos soldados. Esperaba volver a encontrarlo otra vez cuando alcanzase la última línea defensiva: el interior de la ciudad de Stalingrado.

CAPÍTULO XXVIII

A las nueve de la noche del 15 de enero, en Rastenburg, Prusia oriental, el capitán Winrich Behr estaba delante del Führer del III Reich. Al entrar en la atestada sala de reuniones, Behr se encontraba comprensiblemente nervioso. Se hallaba en presencia de muchos hombres ilustres. Los generales Jodl y Schmundt, el mariscal Keitel, el general Heusinger, incluso Martin Bormann permanecía de pie mirándole escépticamente. Pero cuando Hitler se adelantó y le sonrió calurosamente, Behr tuvo que

esforzarse para llevar a cabo la tarea que Paulus le había confiado.

Hitler se mostró encantador y se interesó por el largo vuelo y la comodidad de Behr. Cuando pidió al capitán que hablase libremente, Behr se lanzó a una detallada explicación de la situación del VI Ejército. El capitán fue sorprendentemente franco respecto a la disolución de la moral, derrumbe de la autoridad de los oficiales ante la presión de los ataques rusos, la inanición y los cañones que se inutilizaban volándolos por carecer de proyectiles. Behr describió vívidamente a los doscientos mil hombres que morían debido al abandono oficial.

Luego habló Hitler. Mientras Behr

escuchaba absorto, el Führer se inclinó sobre una mesa y movió la mano de acá para allá a través de un mapa. Aunque admitió que se habían cometido errores, se apresuró a asegurar a Behr que estaba acudiendo otra expedición para romper el cerco ruso y alcanzar al VI Ejército dentro de unas semanas. Entretanto, continuó Hitler, el puente aéreo sería capaz de permitir a Paulus resistir. Un ayudante terció para asegurar a Behr que se estaban planeando los vuelos necesarios.

Exasperado ante la mención del puente aéreo, Behr le interrumpió:

—Pero el puente aéreo no ha dado resultado.

Hitler se mostró perplejo, declarando

que los informes de la Luftwaffe mostraban las suficientes salidas, en los días buenos para el vuelo, como para mantener al VI Ejército a un nivel superior al de la inanición. Mientras Behr movía la cabeza, se dio cuenta de que el mariscal Keitel estaba agitando furioso un dedo contra él, como si se tratase de un airado maestro de escuela regañando a un alumno por contestar con frescura a un superior. Negándose a ser intimidado, el capitán continuó diciendo que, aunque muchas veces los aviones despegaban hacia la bolsa, muchos de ellos no llegaban a alcanzar su destino debido al fuego enemigo o al mal tiempo. Y, últimamente, añadió el capitán, los aviones lanzaban los

alimentos en paracaídas, pero la mayoría de ellos caían en las líneas rusas.

Envalentonado, Behr realizó un intento final por salvar a sus amigos —Friedrich von Paulus, «Schmidtchen», Eichlepp, los helados granaderos en sus hoyos de protección en Stalingrado— y dijo:

—Es de primordial importancia que el VI Ejército conozca la cantidad de suministros que serán enviados por avión a la fortaleza. Es demasiado tarde para planes a largo plazo. El VI Ejército se encuentra al final de sus recursos y pide una clara decisión sobre si puede contar o no con asistencia y apoyo dentro de las próximas cuarenta y ocho

horas.

Impresionado por su propia impertinencia, Behr esperó un rápido castigo. Adolfo Hitler lo miró fijamente. Los generales y ayudantes permanecían asombrados y silenciosos. La cara de Keitel estaba roja, casi apopléjica. De pronto, el Führer suspiró profundamente y se encogió de hombros. Sonriendo alentadoramente a Behr, le dijo que quería discutir el asunto inmediatamente con sus consejeros.

Convencido de que había hecho todo lo que había podido, Behr saludó rígidamente y abandonó la habitación.

• • •

A unos veinte kilómetros al este, el cerco ruso alrededor de Pitomnik se endureció mientras los carros T-34 avanzaban hasta a menos de medio kilómetro de las pistas de despegue. Los operadores de la torre de control despidieron a los últimos aviones de transporte que despegaban y seis cazas Messerschmitt 109 rugieron por la pista para ir a buscar refugio en el pequeño y mal equipado aeropuerto de Gumrak, unos cuantos kilómetros hacia el este. Al aterrizar allí, cinco de los cazas se salieron de las pistas o se estrellaron. El sexto avión voló en círculos vacilando y luego desapareció hacia el oeste, más allá del *Kessel*. Aterrizó al fin en Schacti y el piloto informó de que

Pitomnik ya no estaba bajo el control alemán.

• • •

Cuando Pitomnik fue invadido, el VI Ejército sufrió una herida mortal. El final estaba ya muy próximo.

El transmisor de Gumrak retransmitió las noticias de sus últimos espasmos al grupo de Ejércitos del Don: «La serenidad de la mayoría de los soldados... es altamente digna de encomio. Unos oficiales y soldados completamente exhaustos, que han pasado unos días casi sin alimentos, han empujado un cañón durante veinte kilómetros a través de las estepas

privadas a menudo de carreteras o rodeadas completamente por la nieve. La situación de los abastecimientos es catastrófica. En algunos lugares, los soldados no pueden llevar los suministros al frente debido a la falta de combustible».

El mariscal de campo Manstein no estaba sorprendido. Amenazado él mismo por las incursiones de los carros soviéticos, se había visto forzado a retirarse ochenta kilómetros al oeste, a Taganrog, desde donde escuchaba los latidos del pulso de sus propias operaciones. A lo largo del alto Don, en una amplia línea de cerca de trescientos kilómetros, desde Pávlovsk, al noroeste, a Kasternoie, ejércitos rusos de refresco

habían atacado a las pocas divisiones italianas que no fueron alcanzadas en diciembre, al igual que a todo el 11.° Ejército húngaro. Este último ataque arrolló rápidamente a las fuerzas satélites y abrió otra amplia brecha en el flanco izquierdo de Manstein.

Por aquel tiempo, los grupos de combate del mariscal de campo eran prácticamente inservibles. Los grupos Stahel, Fretter-Pico, Mieth y Hollidt habían quedado extremadamente mermados debido a las constantes operaciones de paso de línea que hasta entonces habían practicado para mantener a los rusos apartados de Rostov. Ahora, al reducirse peligrosamente sus líneas, se deslizaron

lateralmente otra vez hacia el oeste a fin de obstaculizar al gran Moloch ruso que se desplazaba hacia el sur desde el Don.

• • •

Mientras tanto, el general Erhard Milch había llegado a los cuarteles de Manstein, en Taganrog, para supervisar el renovado intento de Hitler de abastecer a Paulus. Desde los aeropuertos de toda Europa, el enérgico oficial de la Luftwaffe había llegado a reunir un centenar de aviones adicionales para emplearlos en el servicio de puente aéreo del *Kessel*. Pero estas obstinadas operaciones en favor del VI Ejército dependían en

buena parte de un Estado Mayor trabajador y bien coordinado en el aeropuerto de Gumrak.

Único campo capaz de desarrollar un tráfico pesado, Gumrak era una fea cicatriz en medio de la prístina nieve. Imán para las tropas en retirada, atraía largas hileras de camiones y hombres procedentes del oeste, a los que luego vomitaba hacia el lado oriental, hacia el Volga y Stalingrado. Se había convertido en un osario, en un depósito de muertos y moribundos, esparcidos por las carreteras y los campos alrededor de las pistas de despegue.

Muy pocos alemanes del *Kessel* conservaban esperanzas de ser salvados. Algunos se reanimaban con el sonido

del tiroteo procedente del sur y se preguntaban si es que ahora Manstein estaba llegando. Otros se aferraban a historias de míticas divisiones que penetraban en el *Kessel*, desde Kalach, situado al oeste. Los realistas, como Emil Metzger, no hacían caso de tales rumores. Ya sin municiones y con los cañones reventados para que el enemigo no se apoderase de ellos, el teniente había iniciado una marcha con sus hombres hacia Gumrak y el Volga. Mientras avanzaba entre los montones de nieve, sus pensamientos se dirigían hacia Kaethe, allá en Frankfurt. Intentó intensamente recordar cada trazo de su rostro. Era seguro que él moriría en aquella llanura dejada de la mano de

Dios sin tener la menor oportunidad de volver a poseerla.

Mientras el viento se estrellaba contra él, Metzger empezó a dar vueltas a la idea de escapar del *Kessel*: él solo, si fuese necesario.

• • •

Al igual que Metzger, Gotdieb Slotta estaba determinado a vivir. Ya estaba en Gumrak, donde cojeaba hacia un tren repleto de heridos, estacionado a un lado. Cuando un avión ruso picó y dejó caer un racimo de bombas, trozos de ladrillos y otros escombros golpearon la cabeza de Slotta.

—¡No quiero morir así! —dijo,

mientras se dirigía locamente hacia Stalingrado, unos ocho kilómetros más allá.

A ambos lados de la carretera, vio montones de hombres que se habían dado por vencidos y estaban muertos. Pero Slotta no tenía intenciones de renunciar de modo semejante a su frágil posesión de la vida.

• • •

El cabo Franz Deifel no estaba seguro de que valiese la pena luchar por la vida. Hasta aquel momento, había sido uno de los pocos alemanes en el interior del *Kessel* que seguía llevando una relativa rutina normal. Aún transportaba

municiones a las estribaciones de la colina Mámaiev y, aunque su carga se limitaba a sólo unos cuantos obuses, subía a la colina casi cada día.

A principios de enero, los aviones rusos habían empezado a seguir los pasos a camiones y hombres de modo individual y al fin localizaron a Deifel mientras se dirigía al depósito de municiones situado en las afueras de la ciudad. Una bomba cayó a unos seis metros; la metralla se esparció por el vehículo y le alcanzó las piernas. Se tiró de la cabina y se arrastró hasta una casa, donde se quitó de un tirón los pantalones e intentó restañar el chorro de sangre. Cayó otra bomba y derribó las paredes, por lo que se dirigió a una trinchera

próxima y se escondió hasta oscurecer; luego se escabulló hacia el camión. Debido a algún milagro, el motor se puso en marcha al primer intento y un cañoneo de artillería pesada lo persiguió por la carretera hasta que se detuvo en un dispensario.

Enviado a un hospital, Deifel comprobó que se trataba de un bunker débilmente iluminado. En la entrada, se heló de horror ante una pirámide de cuerpos que bloqueaban la pared. Asqueado, se escapó renqueando a su propio cuartel.

Se había ordenado una retirada general y Deifel pidió ser llevado por un camión que se dirigía a Stalingrado. En el mismo momento en que el convoy se

ponía en marcha, los obuses rusos explotaron sobre los vehículos de cabeza y éstos empezaron a arder. Comenzaron a sonar las bocinas y los chóferes se enfurecieron ante el retraso mientras Deifel erraba por la carretera. Aturdido y frustrado se agachó pesadamente ante el cadáver de un compañero y murmuró:

—Bésame el culo.

Por primera vez en su vida, pensó en suicidarse.

• • •

Detrás del cabo completamente deprimido, el aeropuerto Gumrak se había convertido en un pandemónium. El

18 de enero, dos días después de la caída de Pitomnik, se había atiborrado con miles de heridos procedentes de todo el *Kessel*. Los médicos trabajaban en turnos de dieciocho horas atendiendo a los pacientes que yacían en camastros, por los suelos o afuera en la nieve. Los soldados rugían delirantes por sus atroces dolores, mientras los doctores les clavaban agujas en los brazos plagados de piojos grises; luego, les desnudaban para las operaciones quirúrgicas.

Los atestados camiones transportaban hombres mutilados y destrozados a los hospitales, pero cuando se alejó a los conductores por falta de espacio, dejaron su carga sin nadie que la

atendiera. La temperatura descendió a veinte grados bajo cero y los heridos gritaban débilmente en solicitud de ayuda. Si nadie les hacía caso, se helaban y morían a pocos metros de la mesa de operaciones.

• • •

En su bunker, dos kilómetros más allá, el general Friedrich von Paulus llenaba las ondas con mensajes a Manstein: «El aeropuerto de Gumrak ha entrado en servicio a partir del 15 de enero, con pistas disponibles para aterrizajes nocturnos... Se solicita la más rápida intervención. El peligro es muy grande».

La Luftwaffe rechazó las

reclamaciones de Paulus respecto a Gumrak. Declararon que el aeropuerto era casi inutilizable e insistieron en que se necesitaba adoptar medidas para asegurar unas rápidas entregas.

Paulus estaba furioso. «Las objeciones presentadas por la Luftwaffe se consideran aquí meras excusas... Se han ampliado sustancialmente las pistas de aterrizaje. Existe una muy competente organización de tierra con todas las instalaciones necesarias. El comandante en jefe ha solicitado directamente la intervención del Führer...»

Sin embargo, la realidad de la situación era que ni Paulus ni Schmidt comprendían que existía un colapso operacional casi absoluto en el

aeropuerto. La llamada «muy competente organización de tierra», que había funcionado admirablemente en Pitomnik, ya no era un grupo cohesionado. Aunque el coronel Lothar Rosenfeld intentaba ahora preparar Gumrak para un servicio intensivo de puente aéreo, trabajaba con hombres definitivamente exhaustos.

Cuando, en la mañana del 19 de enero, aterrizó en Gumrak un oficial de la Luftwaffe, se percató inmediatamente de aquellos síntomas. El comandante Thiel, que había acudido al *Kessel* para hacer de mediador en las diferencias entre el VI Ejército y la Luftwaffe, quedó horrorizado por el estado de las pistas. Los restos de trece aviones se hallaban

esparcidos por las pistas de aterrizaje, obligando a los pilotos que llegaban a aterrizar en un radio de ochenta metros. Los cráteres de las bombas formaban bolsas en el cemento. La nieve recién caída no había sido aún despejada.

Thiel bajó al reducido y brillantemente iluminado bunker de mando, donde fue enseguida rodeado por los generales Schmidt, Paulus, Heitz y otros ayudantes, todos los cuales empezaron a atacarle con relación a la Luftwaffe.

—Si sus aviones no pueden aterrizar, mi Ejército está perdido —rugía Paulus, que fue particularmente acerbo mientras descargaba su furia sobre el asustado Thiel—. Cada aparato que lo haga

puede salvar las vidas de mil hombres. Los lanzamientos aéreos no son suficientes. Muchos de los fardos no llegan a buscarse porque los hombres están demasiado débiles para hacerlo y no tenemos el suficiente combustible para ir a recogerlos. No puedo retirar siquiera mis líneas unos cuantos kilómetros porque los hombres caerían exhaustos. Hace cuatro días que no tienen nada que comer... Ya se han comido los últimos caballos.

Mientras Thiel permanecía en silencio, alguien gritó:

—¿Puede usted imaginarse lo que es ver a los soldados caer sobre el cadáver de un animal, golpearlo hasta abrirle la cabeza y tragarse luego los sesos

crudos?

Paulus volvió a intervenir de nuevo en la conversación:

—¿Qué puedo yo decir, como comandante en jefe de un Ejército, cuando se me presenta un soldado raso y me suplica: «Herr General Oberst, ¿me puede dar un pan que le sobre?» ¿Por qué la Luftwaffe prometió que nos tendría abastecidos? ¿Quién es el responsable de afirmar que esto era posible? Si alguien me hubiera dicho que eso no era posible, no me hubiese quedado aquí confiando en la Luftwaffe. Hubiera abierto una brecha. Entonces aún era lo suficientemente fuerte para llevarlo a cabo. Ahora es demasiado tarde...

En su frustración y pesar, Paulus prescindió del hecho de que, en noviembre, sus amigos de la Luftwaffe Richthofen y Fiebig le habían prevenido de que la fuerza aérea no podría abastecerle. Pero ahora ya era enero, el mando general del VI Ejército necesitaba culpar a alguien, y por ello el comandante Thiel tuvo que apechugar con sus ataques de rabia.

—El Führer me dio su firme seguridad de que él y todo el pueblo alemán se sentían responsables de este Ejército y ahora los anales del Ejército alemán quedarán mancillados por esta horrenda tragedia, debido a que la Luftwaffe nos ha defraudado...

Haciendo ademanes de desdén contra

los intentos de Thiel por explicar las terribles dificultades de la Luftwaffe, Paulus continuó:

—Nosotros hablamos ahora desde un mundo diferente al de ustedes, pues usted habla a hombres muertos. A partir de ahora, nuestra existencia sólo constará en los libros de historia...

Aquella noche, el comandante Thiel regresó a su avión y halló pruebas en pro de las acusaciones de la Luftwaffe de que Gumrak no era «gobernado eficientemente». Nadie había descargado los suministros del bombardero Heinkel, aunque había estado en tierra durante nueve horas. Abandonó el *Kessel* para informar de su convicción de que era ya imposible

ayudar al VI Ejército.

• • •

Al oeste y al norte de Gumrak, los destacamentos alemanes hacían una pausa en su lucha por hacer retroceder a los carros soviéticos T-34 que se habían acercado lo suficiente como para bombardear las pistas del aeropuerto. En la estación de ferrocarril de Gumrak, miles de fatigados soldados pedían información acerca de sus unidades. Casi todos recibían la misma respuesta:

—Diríjanse a Stalingrado. Allí las encontrarán.

El sargento Ernst Wohlfahrt vagaba en medio de aquel alboroto mientras

contenía la cólera. Acababa de encontrar un cuartel general de un cuerpo abandonado y dentro de los búnkers había recogido botellas vacías de champán y coñac, además de exquisitas latas de carne, todo lo cual nunca hubiera soñado que estuviese disponible durante el cerco. Wohlfahrt estaba furioso ante el pensamiento de que sus jefes hubieran comido tan bien mientras él se moría de inanición.

Poco tiempo después, pasó ante un cobertizo semiquemado. Incrédulo, se percató de la existencia de amplias reservas de uniformes, abrigos, botas de fieltro y raciones de carne que se apilaban desde el suelo al techo. Wohlfahrt estaba casi enfermo de rabia.

Además de sus propias necesidades en ropas de abrigo, había visto centenares de hombres que se arrebujaban en chales o delgadas mantas a fin de proteger sus temblorosos cuerpos del cruel viento. No obstante, los oficiales de Intendencia alemanes aún seguían guardando los depósitos de suministros con criminal desprecio hacia el sufrimiento que les rodeaba. No se permitió a un soldado alemán que tocase uno solo de aquellos artículos.

• • •

Josef Metzler, soldado de primera, había pasado personalmente por aquellos trances. Durante semanas

mendigó un calzado de abrigo y durante semanas le habían dicho que no había ninguno disponible. Cuando sus dedos de los pies empezaron a arderle intensamente a causa de la congelación, robó un par de botas de fieltro de un hospital y salió corriendo. Aunque era un hombre escrupuloso, que con anterioridad nunca había hurtado nada, Metzler no sentía remordimientos. Ahora estaba desesperado y esa desesperación le alentó a racionalizar su fechoría.

En su intento por sobrevivir, Metzler se detuvo ante otra estación de primeros auxilios para conseguir algo de comida y que le cuidasen sus pies. Se encontró con un soldado que transportaba dos

platos de campaña y le pidió que le diese uno. Cuando el hombre se negó, Metzler esperó pacientemente hasta que la atención de su antagonista se distrajo; entonces le robó un plato y se fue con él. Sin asomo de arrepentimiento, el honrado Metzler se quedó en el hospital para que le curasen los pies.

• • •

A un kilómetro y medio al oeste de Gumrak, debajo de tejados de madera y toneladas de nieve, el Estado Mayor del VI Ejército trabajaba semiaislado de la procesión de muerte que pasaba ante ellos en dirección a Stalingrado. Los operadores de radio de los búnkers

subterráneos mantenían una estrecha comunicación con Manstein, en Taganrog, a través de su único transmisor de 1.000 vatios. Sus glosas registraron las ahora triviales menciones de hechos heroicos y el traslado de hombres clave:

Oberts Dingier salió ayer por vía aérea, informen llegada. Se han marchado: Sickenius, comandante Seidel... teniente Langkeit...

Propuesta de la Cruz de caballero al teniente Spangeburg. Spangenburg defendió por su propia iniciativa, desde el 1 al 15 de enero, el flanco de la 76.ª División de Infantería contra un gran ataque enemigo, en Baburkin...

Propuesta de la Cruz de caballero, hierro, al teniente Sascha... Sascha repelió repetidos ataques enemigos el 16 de enero con sólo cuatro carros útiles... a pesar del recio fuego enemigo, Sascha abandono su vehículo para hacer que la infantería recuperara sus posiciones, con desprecio de su salvación personal...

Sin su positiva acción la entrada del enemigo en Gumrak hubiera sido inevitable, Firmado Deboi [general]

Los operadores de radio registraron otros comportamientos: «Desaparecido en acción: teniente Billert... Más tarde: El teniente Billert se fue por vía aérea sin permiso. Se solicita se le forme

consejo de guerra».

• • •

Además de los pocos oficiales que abdicaron de sus responsabilidades, algunos de los heridos que salieron del *Kessel* lo hicieron bajo falsos pretextos. Se habían disparado contra sí mismos a fin de lograr la salvación y los cirujanos que les operaron no hallaron evidencias de que sus heridas se las hubieran causado ellos mismos. Los motivos fueron de dos clases. En primer lugar, los fingidos heridos se habían disparado a través de una hogaza de pan para eliminar las quemaduras a corta distancia de la pólvora. En segundo

lugar, ninguno de ellos había seguido las pautas normales asociadas con tales casos. En vez de apuntar sobre una pierna o el brazo, zonas menos peligrosas y menos dolorosas, aquellos hombres se agujereaban sus estómagos o pechos para asegurarse una huida con éxito. Dado que ningún médico se arriesgó a acusar a un hombre por infligirse tan graves heridas a sí mismo, aquellos transgresores salieron impunemente de Gumrak desde los lechos del hospital y fueron recibidos como héroes en sus hogares.

• • •

Sabiendo que cada avión de transporte

que aterrizaba en Gumrak podía ser el último, los heridos que podían andar se apretujaban en las pistas mirándose unos a otros con desconfianza y ganando mañosamente espacio para situarse en el lugar en que se pararía el avión tras rodar por la pista. Las subsiguientes carreras para abrir las escotillas acarrearon la muerte a muchos que fueron pisoteados por aquellos hombres semienloquecidos.

Ahora, ya con muy poco tiempo, Paulus incrementaba la evacuación de especialistas, haciéndoles salir para la formación de nuevas divisiones para la Wehrmacht. Provistos de pases, aquella tropa de selección se filtró entre los heridos, que los contemplaban con cierta

hostilidad.

El general Hans Hube se fue; lo mismo que el comandante Coelestin von Zitzewitz, llevándose algunas de las medallas de Paulus. El general Erwin Janecke, comandante del 4.° Cuerpo, partió con dieciséis orificios de metralla en el cuerpo. El capitán Eberhard Wageman salió por vía aérea llevando las últimas voluntades y el testamento del general Schmidt. De cada una de las divisiones llegaron oficiales y reclutas elegidos a dedo para formar los cuadros de un nuevo VI Ejército que algún día lucharía nuevamente en alguna parte.

• • •

En la mañana del 21 de enero, Gerhard Meunch contestaba por el teléfono de campaña desde el sótano de una casa cercana a la fábrica de pan. Le dijeron que se presentara inmediatamente en el Cuartel general del 51.° Cuerpo.

Perplejo ante aquella citación, el capitán se presentó al coronel Clausius, jefe de Estado Mayor del general Seydlitz-Kurzbach y le oyó decir estas increíbles palabras:

—Capitán Meunch, hoy saldrá usted por vía aérea.

—Eso no puede ser cierto. No puedo dejar a mis soldados en la estacada —protestó.

Pero Clausius le hizo callar,

diciéndole que, dado que era un especialista en tácticas de infantería, se le necesitaba en otra parte.

Luego, el coronel le despidió con brusquedad.

Meunch corrió al aeropuerto, donde un oficial, de pie ante un coche, meneó con vehemencia la cabeza y le dijo que no partiría ningún avión más aquel día.

—Suba —le gritó—, o quédese ahí de pie. Yo me voy a la ciudad.

Exhausto por la tensión y por los anhelos de los días precedentes, Meunch se introdujo en el coche y se dirigió a la pequeña pista auxiliar de despegue de Stalingradski, en las afueras del mismo Stalingrado, donde pasó la noche en compañía de centenares de soldados,

que preocupados se paseaban por la nieve.

A las siete de la mañana del 22 de enero, un Heinkel III aislado les sobrevoló varias veces, arrojó fardos de alimentos en los campos, pero no aterrizó. Las horas pasaban y los heridos no hacían más que dirigir los ojos hacia el horizonte occidental, donde, de pronto, aparecieron tres manchas: se trataba de Ju-52. Los «viejos cacharros» aumentaron de tamaño, dieron vueltas en círculo y se dispusieron a aterrizar.

Prisioneros alemanes emprendiendo la marcha a través del helado Volga hacia el cautiverio.

Momentos después, Meunch contempló una visión que no podría olvidar nunca: los heridos se alzaron de la nieve y corrieron hacia las escotillas del avión aún rodante. Arañándose unos a otros, echaron a los débiles a patadas

al fondo del montón y se alzaron hasta las vacías cabinas.

Meunch se dirigió despacio hacia un piloto y le mostró su pase especial. El piloto sacudió la cabeza:

—¿No intentará entrar allí? —dijo, señalando a los «animales» situados a los costados del aparato—. No lo conseguirá. Entre conmigo por la cabina del piloto.

Mientras Meunch se encaramaba al avión, la metralla rusa empezó a esparcirse entre la multitud. El piloto puso rápidamente en marcha los motores e intentó despegar. No pudo. Mirando a través de la ventana, Meunch vio a cerca de cincuenta hombres que yacían sobre las alas, agarrándose adonde podían con

sus manos azuladas por el frío mientras el Ju-52 tomaba velocidad y corría por la pista. Uno a uno, aquellos jinetes se desprendieron y cayeron hacia atrás debido a la corriente de aire engendrada por las hélices. Aligerado de esta carga adicional, el aparato se alzó suavemente en el brillante cielo y giró hacia el Volga. Meunch intentó por todos los medios calmarse. Por primera vez desde hacía más de dos meses, no oía el estruendo de los cañones.

Radiomensaje: 22 enero 1943, 16.02 horas.

Al Grupo de Ejércitos del Don.

...Para someter al Führer y al

comandante en jefe del grupo de Ejércitos del Don... Los rusos avanzan en un frente de 6 kilómetros a ambos lados de Voporonovo hacia el este [hacia Stalingrado], con banderas desplegadas. No existe posibilidad de cerrar la brecha... Todas las provisiones se han acabado. Existen en la bolsa 12.000 hombres [heridos] que carecen de atenciones. ¿Qué órdenes puedo dar a unos soldados que ya no tienen municiones?...

Se requiere una decisión inmediata, dado que ya se han notado en algunos lugares síntomas de descomposición. Sin embargo, las tropas aún tienen fe en sus mandos.

PAULUS

Prusia oriental mandó rápidamente la respuesta al cabo de unas horas:

Capitulación imposible.

Los soldados defenderán sus posiciones hasta el fin... El VI Ejército realizará así una histórica contribución al más gigantesco esfuerzo de guerra en la historia alemana.

ADOLFO HITLER

Hitler había hablado de una «histórica contribución», por lo que Paulus cesó de intentar convencer a sus superiores de que una resistencia ulterior sería simplemente un asesinato en masa. Apartado de la realidad de los hombres

que morían en torno a él, eligió, por el contrario, dejarse arrollar por el curso natural de los acontecimientos y abandonó Gumrak para dirigirse a un sótano en Stalingrado.

• • •

En la antesala delante del salón de conferencias de Adolfo Hitler, el comandante Coelestin von Zitzewitz esperaba nerviosamente que le concediesen audiencia. Sacado del *Kessel* según órdenes directas de Prusia oriental, voló a la Guarida del Lobo para repetir la gráfica descripción del capitán Winrich Behr de las condiciones de Stalingrado.

Cuando la puerta se abrió, Zitzewitz la cruzó de una zancada y atrajo la atención. Hitler se adelantó y cubrió la mano derecha de Zitzewitz con las dos suyas. Sacudió la cabeza y dijo:

—Llega usted desde una deplorable situación.

Luego condujo a su huésped a un alto taburete situado al lado de una mesa.

Zitzewitz intentó acomodar sus ojos a la media luz mortecina de la estancia. Un amplio mapa del frente ruso ocupaba una pared. Una chimenea la otra. Se percató de que los generales Zeitzler y Schmundt estaban sentados atrás, en la penumbra.

Hitler abrió la discusión. Señalando frecuentemente los mapas de la mesa,

habló acerca de carros alemanes que atacaban al otro lado del Don y que entraban en el *Kessel* con suministros. Según pensaba, sólo un batallón aplastaría la resistencia rusa y alcanzaría al VI Ejército.

Zitzewitz oía aquello con creciente incredulidad. Cuando le llegó su turno de hablar, charló por los codos acerca de estadísticas y comentarios que había anotado en un pedazo de papel: índices de bajas, reservas de municiones, abastecimiento de alimentos, muertes, enfermedades, congelaciones, moral. Las cifras eran catastróficas, irreversibles y concluyentes. Mientras Hitler lo miraba sorprendido, Zitzewitz hizo un resumen:

—Mi Führer, permítame declarar que a los soldados de Stalingrado no se les puede seguir ordenando que luchen hasta el último cartucho porque, físicamente, ya no son capaces de luchar y porque ya no tienen el último cartucho.

Hitler miró de modo penetrante a Zitzewitz. Despidiendo al conmocionado comandante, el Führer murmuró:

—Los hombres se recuperan muy rápidamente.

• • •

La estación ferroviaria de Gumrak ardía brillantemente entre la nieve. El fuego de la artillería rusa había hecho

estallar la construcción y quemó los cadáveres que se apilaban contra las paredes hasta el nivel de las ventanas del segundo piso. Los helados cuerpos se convirtieron en una horripilante hoguera que el sargento Hubert Wirkner contempló mientras lo llevaban al borde de las pistas para su última oportunidad de salir del *Kessel*.

Completamente baldado, con las heridas del brazo y la pierna, que se habían complicado con congelación, Wirkner yació sin atenciones en una camilla durante horas mientras veinticuatro transportes aterrizaban, descargaban y despegaban con cientos de soldados. Con disgusto, contempló cómo algunos de los heridos menos

graves «se hacían el muerto» en la nieve hasta que se abrían las portezuelas de los aviones; luego, saltaban al aparato antes de que los sorprendidos oficiales pudiesen verlos. Demasiado débil y orgulloso para decidirse a hacer él mismo una cosa así, Wirkner sólo sintió piedad por aquellos que arrebataban el sitio a sus camaradas.

Otro avión se deslizó entre la niebla y se colocó en la pista. Desde su posición tendida, Wirkner contempló consternado cómo centenares de pacientes de ambulatorio se arremolinaban alrededor del mismo y bloqueaban el acceso a los heridos más graves.

En una de las puertas, el coronel Herbert Selle ayudaba a verificar a los

pasajeros que llegaban. Especialista del cuerpo de ingenieros, el coronel había recibido órdenes de partir a primeras horas de aquel día, a fin de entrenar a otras unidades para otras batallas. Sorprendido ante aquel imprevisto aplazamiento, reprimió sus sentimientos de culpabilidad y se presentó ante el general Paulus para tener con él una última conversación.

El aspecto de Paulus conmovió a Selle. El general estaba sin afeitar, sucio. Sus azules ojos, antes tan chispeantes, «aparecían ahora sin vida».

El general tenía un breve pero amargo mensaje para Selle.

—Dígales —murmuró apesadumbrado —, si lo cree usted aconsejable, que el

VI Ejército ha sido traicionado por el Mando Supremo.

Selle se despidió de la patética figura de su comandante en jefe y se dirigió a Gumrak, donde aguardó en medio de la neblinosa noche hasta que aterrizó el último Ju-52. Mientras el piloto dejaba los motores en marcha, Selle contó «los asientos» en el avión. Su ordenanza, que le había acompañado hasta el campo con la esperanza de que hubiese una plaza libre, rondaba cerca. El coronel le hizo una seña con la cabeza y lo disimuló en la parte posterior. Al lado de la pista, Hubert Wirkner estiró el cuello y contempló la partida del Ju-52.

Resignado a quedarse allí hasta morir, Wirkner empezó a arrastrarse con las

manos y las rodillas en dirección a la destruida estación de ferrocarril. Pasó ante un oficial que lo contempló con incredulidad y luego rogó a Wirkner que se dirigiera al hospital. El sargento no le hizo caso y se arrastró hasta un campo nevado. El viento lo torturaba, su rostro se cubrió de hielo, y empezó a respirar dificultosamente mientras su boca se llenaba con copos de nieve.

Se arrastró sobre sus muertas piernas durante un kilómetro y medio, alcanzó la carretera principal a Stalingrado y se desmayó junto a la corriente del tráfico. Cuando intentó encaramarse a la caja de un camión, sus piernas le fallaron y se cayó. Con un supremo esfuerzo, Wirkner se levantó una vez más para asirse con

sus heladas manos a un cañón auto-transportado. Gruñendo de dolor, se izó sobre el cañón y se balanceó precariamente, con la cabeza colgando por un lado y los pies por el otro.

El cañón rodó hacia la ciudad. Con la cara a pocos centímetros del suelo, los ojos hinchados y la cabeza latiéndole por la sangre que afluía a ella, Wirkner pasaba alternativamente de la consciencia a la inconsciencia. Los ruidos de los veloces coches le ensordecían y de vez en cuando oía los rezos que murmuraban los soldados que yacían sobre el hielo. Desde todas partes llegaban a él gritos, disparos de ametralladora y maldiciones. Se desmayó de nuevo y, cuando volvió en

sí, estaba rodeado por alemanes sentados al borde de la carretera. Cuando les pidió ayuda con voz débil, no le respondieron. Wirkner oía el viento y el cañoneo pero nada que procediera de sus compañeros. Todos estaban muertos.

Las luces de un camión le alumbraron y se puso en tensión ante una terrible colisión, pero el conductor le había visto moverse y se paró para recogerlo. Wirkner viajó el resto del camino hasta Stalingrado, donde, otra vez a gatas, se arrastró hasta un oscuro sótano y «desconectó sus pensamientos».

• • •

En Gumrak, los carros rusos arrollaban las pistas y disparaban a quemarropa sobre los búnkers del hospital. Cientos de alemanes heridos murieron allí donde yacían, abandonados por sus paisanos, que ahora habían salido huyendo en dirección a Stalingrado. A lo largo de la ruta principal a la ciudad, una larga hilera de camiones y coches rugía a través de la niebla, mientras en los campos de los lados de la carretera, una delgada formación de soldados permanecía con la nieve hasta las caderas formando la retaguardia para cubrir la desordenada retirada. Aterrados ante el pensamiento de que les dejaran solos para enfrentarse con

los blindados soviéticos, algunos de ellos volvieron sus armas y dispararon contra los vehículos. Cuando resultó alcanzado un conductor y su camión se detuvo, los francotiradores se dirigieron corriendo a la carretera, arrojaron a su víctima desde el sitio del chófer y se pusieron al volante.

En la mañana del 24 de enero, la «Carretera de la muerte», como la llamaban los camioneros, era una faja de ocho kilómetros de nieve cubierta con la sangre helada que dejó el VI Ejército a su paso hacia las últimas posiciones. Ahora, más de cien mil alemanes se habían sumergido en los ennegrecidos sótanos de Stalingrado.

• • •

El cabo Heinz Neist llegó hasta la ciudad en un trineo tirado por unos amigos. Totalmente exhausto, Neist tiritaba bajo una delgada manta mientras la artillería rusa derribaba los edificios que aún permanecían en pie. A Neist le parecía que «todo había sido aniquilado». El mundo estaba muerto. Y él, desesperado.

• • •

Karl Binder, oficial de Intendencia, se había escondido en el *Schnellhefter Block*, una serie de casas de obreros situadas al oeste de la fábrica de tractores. El eficiente organizador que

era Binder aún intentaba establecer un racionamiento de alimentos en su sector, pero sus problemas eran insolubles. Aunque los Ju-52 y los He-III seguían lanzando suministros con paracaídas, la mayoría de ellos cayeron en las líneas rusas y se perdieron. Los pocos que aterrizaron entre los alemanes, teóricamente debían llevarse inmediatamente a un punto central para un reparto equitativo pero, frecuentemente, los soldados los escondían para su propio uso. La policía militar alemana sometía a consejos de guerra sumarísimos a los que encontraban robando y ejecutaba a los infractores.

• • •

Unos cientos de metros más allá del refugio de Binder, entre la maraña de los cascotes de la fábrica de tractores, el sastre Wilhelm Alter estaba muy atareado trabajando «en un hermoso modelo». Con una pieza de tela marrón y un cuello de piel, confeccionaba un gorro cosaco para un oficial que ya estaba pensando en los rigores del cautiverio. Además de tener la suerte de pasar el tiempo realizando una labor creativa, Alter estaba especialmente contento por el pago que iba a recibir por su trabajo. El oficial le había prometido una ración extra de pan.

• • •

En el mismo sector, el veterinario Herbert Rentsch se hizo cargo del mando de una compañía de ametralladoras. También había tomado una dramática decisión respecto de su yegua *Lote*. Forzado a salir de su *balka* hacia la ciudad, Rentsch se dirigió hacia la yegua negra, la condujo hasta un bunker excavado y la ató a un poste. Mientras *Lore* permanecía pacientemente de pie ante su amo, Rentsch le dio unos golpecitos en el morro y le pasó la mano por sus delgadísimos flancos. Cuando la yegua volvió la cabeza para husmear su mano en busca de comida, él reprimió un

sollozo y salió corriendo. Su única esperanza consistía en que los rusos la encontraran pronto y la tratasen con ternura.

• • •

En la parte central de Stalingrado, el sargento Albert Pflüger, a pesar de su brazo roto, instaló una ametralladora para impedir el paso por alguna de las calles laterales y luego se sentó detrás para pensar acerca del futuro. Completamente convencido de que los rusos ya habían ganado la batalla, se imaginó la posibilidad de que Hitler y Stalin hubiesen llegado a un acuerdo acerca del trato humanitario reservado a

los prisioneros de guerra. Pflüger «soñó» también que los americanos estaban a punto de intervenir cerca de Stalin para impedir el asesinato en masa de los cautivos.

Aquellas elucubraciones le ayudaron inmensamente mientras se preparaba para la penosa prueba que, sabía, estaba a punto de llegar.

• • •

«¿Resistir durante los próximos días? ¿Para qué?», se preguntaba un creciente número de oficiales alemanes y soldados mientras se deslizaban en busca de refugio en las destruidas casas de Stalingrado. Al fin se habían hecho la

pregunta de qué objeto tenía luchar en miles de sótanos en el umbral de Asia.

Con la caída de Pitomnik y Gumrak, todos, excepto un núcleo de nazis, se enfrentaron con la espantosa verdad. Stalingrado sería su tumba. Abandonados a su mísero destino, dieron rienda suelta a su rabia en sus cartas y uno de los últimos aviones que abandonó el *Kessel* se llevó siete sacos de correspondencia escrita sobre papel higiénico, mapas, sobre cualquier cosa que pudiera hacer las veces de carta.

En Taganrog, los censores militares alemanes analizaron aquellas cartas, las distribuyeron en las categorías apropiadas y las remitieron, junto con un informe, al Ministerio de Propaganda,

donde el Dr. Joseph Goebbels leyó los resultados:

1. En favor de la forma en que se había
conducido la guerra 2,1 por ciento
2. Dudosos 4,4 por ciento
3. Escépticos, quejumbrosos 57,1 por ciento
4. Activamente en contra 3,4 por ciento
5. Sin opinión, indiferentes 33,0 por ciento

Casi dos de cada tres remitentes se quejaban ahora acerbamente de Hitler y el Alto Mando. Pero sus protestas fueron tardías e inoportunas. Temeroso de los

efectos que aquellas cartas pudiesen tener sobre el pueblo alemán, Goebbels ordenó que fuesen destruidas.[5]

Mientras tanto, Erich von Manstein leía un radiograma procedente de Stalingrado que le convenció de que el VI Ejército estaba ya liquidado.

Ataques de una violencia que no disminuye... Espantosas condiciones en la zona cercana a la ciudad, donde unos veinte mil heridos yacen inatendidos y buscan refugio entre las ruinas. Junto a ellos hay un número equivalente de hombres desnutridos y congelados, y rezagados, la mayoría sin sus armas... La artillería pesada machaca toda la ciudad... La fábrica de

tractores aún podrá conservarse algún tiempo más...

Convencido de que Paulus había hecho cuanto pudo, Manstein llamó a Hitler y le recomendó que se permitiera al VI Ejército rendirse. Hitler no quiso ni considerar aquella idea. Manstein arguyó que «los sufrimientos del Ejército no guardarían relación con cualquier ventaja derivada de seguir resistiendo a las fuerzas enemigas...». Sin embargo, el Führer repitió su demanda de que cada hora que Paulus continuase luchando ayudaría a todo el frente. Además, puso énfasis en que la capitulación era inútil. Los hombres de Stalingrado no tenían ninguna

oportunidad de sobrevivir, dado «que los rusos nunca habían respetado las convenciones...».

Aquel pensamiento predominaba en las mentes de la mayoría de los cien mil alemanes acorralados en Stalingrado cual ganado en espera del matarife. Incapaces de controlar sus destinos, sucumbieron a la malignidad del temor, que se centraba en torno de una pregunta: «¿Nos matarán los rusos a todos o nos enviarán a la esclavitud de algún terrible campo de prisioneros de Siberia?»

Pocos esperaban un trato decente. Muchos habían visto las carnicerías en los restos de los prisioneros alemanes dejados en el campo de batalla por las

tropas soviéticas en retirada. También sabían lo que sus propios paisanos habían hecho con los civiles y soldados rusos durante la ocupación de la Unión Soviética.

El justo castigo que los alemanes temían era real. Ya se había cobrado su peaje entre los soldados de los ejércitos títere que estaban en el cautiverio. En la ciudad monástica de Susdal, al noreste de Moscú, Felice Bracci y Cristóforo Capone tiritaban en barracones sin ventanas y aguardaban a que sus capturadores aumentasen la ración alimentaria hasta el límite del simple nivel de subsistencia. Pero esperaron en vano. En Susdal, los hombres morían de inanición en una proporción de

doscientos hombres diarios.

En la prisión de Oranki, las tropas rumanas fueron llevadas vacilantes a los campos de concentración tras una marcha forzada de ciento cincuenta kilómetros y apretaban sus manos contra los hornillos encendidos para mitigar los dolores de la congelación. Cuando retiraban los dedos, la carne quedaba pegada a las estufas y el hedor hacía vomitar. Muchos de ellos murieron entre grandes gritos de dolor. El cambio de temperatura desde la estepa a las salas caldeadas había provocado ataques masivos de corazón. Más de cien cadáveres fueron arrastrados por los pies fuera de los barracones. El ruido sordo de sus cabezas retumbando contra

los escalones mantuvo despiertos a los soldados durante horas.

En el campo de Tambov, al norte del Don, los soldados italianos se apiñaban en torno a una puerta mientras los soldados rusos desde un camión vaciaban coles en la nieve. Luego se produjo un motín de treinta mil prisioneros que lucharon entre sí para conseguir comida. Los guardianes dispararon contra el que pillaban matando a otro.

CAPÍTULO XXIX

Desde el 24 de enero, la lucha fue espasmódica en Stalingrado. Atrapados en sus helados y oscuros sótanos, los soldados alemanes trataban, con miedo, de oír las pisadas de los soldados rusos. No obstante, los rusos no tenían ahora prisa, y se desplazaban con cuidado por escuadras y pelotones a través de los montones de escombros cubiertos de nieve. En los incontables enfrentamientos en las calles laterales de la ciudad, la orden *«Raus! Raus*!» empezó a resonar cuando los disparos se acallaron y los alemanes trepaban de sus zanjas con las manos en alto. Los rusos

dieron patadas a unos, empujaron a otros, pero se llevaron a la mayoría de los prisioneros, sin más incidentes.

Los alemanes que fueron testigos de aquellas rendiciones cobraron ánimos. Una red de mensajeros llevó la noticia de que el enemigo no mataba a sus cautivos y aquellas nuevas tranquilizaron a muchos que estaban al borde de la histeria. Durante un momento, olvidaron su temor a ser hechos prisioneros mientras combatían en otra guerra a muerte: la guerra sin fin contra los piojos.

Aquellos grises parásitos dominaban ahora la vida de todos. Multiplicándose rápidamente a causa de la increíble suciedad, pululaban desde la cabeza a

los tobillos en una voraz búsqueda de sangre. Famélicos, inexorables, llevaban a sus huéspedes al borde de la locura. Dondequiera que se daban un festín, dejaban gigantescos verdugones rojos. Y lo que es peor, infectaban a sus víctimas con enfermedades.

En las paredes de una *balka*, al sur del barranco Tsaritsa, más de dos mil alemanes heridos habían sido embutidos en un refugio ruso antiaéreo, conocido con el nombre de bunker Timoshenko. Excavado en el margen del barranco como si fuese un gigantesco hormiguero, las galerías de varios niveles del bunker tuvieron en un tiempo luz eléctrica, ventilación e incluso alcantarillado, pero todas esas comodidades hacía

tiempo que habían sido destruidas. Ahora constituía un fétido depósito de cadáveres, donde sólo el calor corporal de los pacientes caldeaba las húmedas estancias. El aire apestaba a enfermedad y putrefacción.

Los médicos que atendían a las hileras de heridos se percataron de un aumento de las fiebres que alcanzaban los 39 y 40 °C. Algunos hombres murieron entre desvaríos. Los escalofríos y una tendencia a la congestión pulmonar eran síntomas adicionales que señalaban inexorablemente una irrecusable diagnosis médica. Si no se atajaba, podría producir el completo exterminio del VI Ejército, que nunca había sido vacunado adecuadamente contra el tifus.

• • •

En su sótano, que hacía las veces de hogar en la Estación ferroviaria núm. 1, el sargento Hubert Wirkner yacía al lado de otros cincuenta soldados heridos y gemía debido a la fiebre que minaba su debilitado organismo. Le dolía la cabeza y tenía los ojos inyectados en sangre. La sangre rezumaba a través de las vendas de sus piernas y brazos. Se hacía encima sus necesidades y odiaba el hedor que se adhería a él.

A lo largo de las paredes del sótano, una colección de maniquíes contemplaba constantemente a los alemanes heridos. Con señales de tinta para representar los

órganos de reproducción femeninos, lo más probable es que se hubieran empleado en un programa de adiestramiento para enfermeras e internos. Qué irónico era, pensaba Wirkner, que él y sus camaradas estuvieran en un antiguo hospital soviético pero sin tener médicos que les atendieran.

Cerca del barranco Tsaritsa, las siniestras paredes negras de la prisión de la NKVD encerraban a lo que quedaba del 14.° Cuerpo alemán, además de las 3.ª y 29.ª Divisiones motorizadas. La parte que era propiamente cárcel estaba destruida, pero en el primer piso los soldados montaban guardia en las ventanas. Desde

allí podían contemplar el amplio patio, en donde una multitud de soldados heridos yacían en la nieve sin que nadie cuidase de ellos. Aunque aquellos hombres suplicaban que les ayudasen, nadie prestaba atención a sus demandas.

En lo más profundo de la prisión, un grupo de generales alemanes vivía junto con un séquito de ayudantes. Uno de ellos, Edler von Daniels, hacía días que no estaba sobrio. Gloriosamente bebido, iba y venía entre las tropas que yacían sobre los húmedos pisos.

—Muchachos —gritaba—, ¿quién de vosotros no está convencido de que hay que poner fin a esto?

Cuando nadie ponía objeciones a rendirse, Von Daniels les entregaba

paquetes de cigarrillos.

El general era uno de los instigadores de motines. Los generales Schlömer, Pfeiffer, Korfes y Seydlitz habían sido incapaces de convencer a Paulus de que una resistencia ulterior era algo inútil. Cada vez más molestos ante su monótono estribillo de «órdenes son órdenes», centraron su ira sobre Arthur Schmidt, la eminencia gris entre bastidores. Convencidos de que Schmidt era el culpable de insistir en la loca continuación de la lucha, planeaban acabar con el dominio del jefe de Estado Mayor y obligar a Paulus a la rendición.

En efecto, Arthur Schmidt había asumido un activo liderazgo sobre el VI

Ejército. Paulus parecía agobiado por la calamidad que se había abatido sobre él. «La pesadumbre y las penas se reflejaban en su rostro. Su tez era de un tono ceniciento. Tan altivo en otro tiempo, Paulus se había encorvado notablemente...» El tic del lado derecho de la cara se había extendido ahora desde el maxilar a las cejas.

Por otra parte, Schmidt era una fortaleza de energía, intimidaba con ásperas órdenes a los oficiales derrotistas, denostaba por teléfono a los que protestaban y amenazaba a los descontentos con el pelotón de ejecución. Si Paulus se amilanaba frente a la enormidad del desastre, Schmidt se crecía ante la adversidad.

• • •

A una hora temprana de la mañana del 24 de enero, el general Von Hartmann, comandante de la 71.ª División, dejó el libro que estaba leyendo y dijo al general Pfeiffer:

—Visto desde Sirio, las obras de Goethe serán sólo polvo dentro de mil años y el VI Ejército un nombre ilegible e incomprensible para todos.

Ya con la mente puesta en el curso de la acción, Hartmann condujo a un pequeño grupo de hombres hacia los terraplenes del ferrocarril. De pie, y viendo a los rusos al otro lado de los campos nevados, gritó:

—¡Abran fuego! —y disparó un cargador de balas de su fusil.

El coronel Gunter von Below llegó corriendo desde el sótano de Paulus con la orden de «detener aquella insensatez». Pero Hartmann no le hizo caso y siguió disparando contra el enemigo. Al cabo de unos momentos, una bala rusa le perforó el cerebro.

Poco tiempo después, otro general alemán hizo algo semejante. Habiéndose enterado de que su hijo, un teniente, había resultado muerto cuando trataba de conducir a algunos hombres fuera de la ciudad hacia las distantes líneas alemanas, el general Stempel sacó su pistola y se disparó un tiro en la cabeza.[6]

Al cabo de unas horas de la muerte de los generales Hartmann y Stempel, el comandante de la 297.ª División, el general Drebber, se encontraba en una calle cerca del elevador de granos y saludaba a un coronel ruso, el cual le preguntó cortésmente:

—¿Dónde están sus regimientos?

Drebber se encogió de hombros y respondió:

—¿Tengo que decirle dónde se encuentran mis regimientos?

Acompañado por varios ayudantes, se dirigió hacia las líneas soviéticas.

• • •

Aquella mañana, exactamente antes de

las nueve, Friedrich von Paulus acababa de recibir una carta enviada a través de las líneas por Drebber. Mientras la abría, estalló una bomba afuera de la ventana del sótano y él y su ayudante, el coronel Wilhelm Adam, quedaron cubiertos con trozos de cristales y piedras. Conmocionados y sangrando, ambos hombres tuvieron que someterse a las atenciones médicas antes de que Paulus se sentara de nuevo a leer la nota.

En un momento dado, el general lanzó un grito de sorpresa:

—¡Es increíble! Drebber declara que él y sus hombres han sido bien recibidos por los soldados del Ejército Rojo. Les han tratado correctamente. Hemos sido

víctimas de la falaz propaganda de Goebbels. Drebber me insta a que me rinda... «terminar la resistencia y... capitular con todo el Ejército».

Paulus dejó la carta a un lado y miró a Adam en demanda de consejo.

En aquel momento entró Arthur Schmidt y cuando Paulus le contó lo que Drebber había escrito, la cara de Schmidt se oscureció.

—Von Drebber no ha podido nunca escribir esa carta voluntariamente —afirmó—. Lo ha hecho bajo amenaza.

El jefe del Estado Mayor estaba furioso por la deserción de aquel veterano oficial. Pero Paulus sólo se hallaba confuso. ¿Se había equivocado respecto de los rusos? ¿Era posible que

tratasen con caballerosidad a los alemanes?

• • •

Al norte de la colina Mámaiev, detrás de las casas de obreros de la fábrica Octubre Rojo, los carros del 57.° Ejército del general Batov aniquilaban la resistencia de los alemanes, que huían en desbandada, para unirse con las tropas de la 13.ª División de la Guardia del general Rodimtzev. La unión, el 26 de enero, fue la primera vez en que las divisiones de Vasili Chuikov, en el interior de Stalingrado, habían establecido contacto físico con otro Ejército ruso desde el 10 de setiembre,

138 días antes.

Rodimtzev, que el 14 de septiembre había lanzado a su División como carne de cañón a Stalingrado para contener a los alemanes entre Mámaiev y el barranco Tsaritsa, divisó al capitán de carros Usenko y le gritó:

—Dígale a su comandante que éste es un feliz día para nosotros...

Más de ocho mil hombres de la Guardia a su mando habían muerto durante los cuatro últimos meses. El general y el capitán se abrazaron y lloraron juntos.

• • •

Unas pocas horas después, el Cuartel

general del VI Ejército se trasladaba de improviso a los grandes almacenes Univermag de la plaza Roja. Los edificios que rodeaban la plaza habían sido bombardeados, no tenían ventanas y presentaban grandes agujeros. El edificio que albergó *Pravda* había sido destruido: lo mismo el del Soviet de la ciudad y la oficina de Correos. El teatro se había venido abajo.

Paulus pasó ante esas ruinas, bajó por una amplia rampa al patio de Univermag y luego a los sótanos donde se encontraban los almacenes. Mientras los ayudantes instalaban un cuarto de radio para las últimas transmisiones con Manstein, el general se retiró a un compartimiento con cortinas, que

contenía un camastro y una silla, y se tumbó a descansar. Una ventana atrancada dejaba entrar una pálida luz que llegaba a su macilenta y barbuda cara.

Avanzado aquel día, Arthur Schmidt irrumpió violentamente en el cuarto de Paulus para anunciar:

—Señor, el 14.° Cuerpo blindado intenta capitular. Muller [el jefe de Estado Mayor del 14.° Cuerpo] dice que las tropas han llegado al final de sus fuerzas y que ya no les quedan municiones. Le he dicho que ya estamos enterados de la situación, pero que la orden de continuar el combate sigue estando vigente y que está terminantemente prohibido capitular. De

todos modos, señor, le sugiero que visite a aquellos generales y hable con ellos.

• • •

En la prisión de la NKVD, «aquellos generales» estaban celebrando una reunión.

—Todos nosotros sabemos que Paulus se negará a firmar una capitulación —declaró el general Schlömer, comandante del 14.° Cuerpo—. Pero no debemos permitir que este asesinato en masa continúe. Os pido vuestra aprobación para apoderarnos de Paulus; a continuación, concluiré las negociaciones como nuevo comandante en jefe.

Ante esta observación, el tornadizo general Seydlitz-Kurzbach se levantó y gritó:

—Por Dios, señores, eso es una traición...

Mientras sus atónitos colegas le miraban sorprendidos, recogió su gorra y alargó la mano hacia el pestillo de la puerta, para marcharse.

De repente, la puerta se abrió por el otro lado y Paulus se adelantó para enfrentarse con sus adversarios. Con los labios apretados y el tic de sus mejillas agravado notablemente, observó con frialdad a los amotinados. En aquel breve instante asumió por completo el mando de los hombres que le habían seguido hasta el Volga y el desastre.

—Schlömer, vuelva a sus obligaciones. Seydlitz —y señaló al comandante del 51.° Cuerpo—, asuma de nuevo sus responsabilidades. Los otros harán lo mismo.

Empezaron a balbucir unas protestas, centradas sobre la insistencia de Arthur Schmidt en luchar hasta la última bala. Rehusando enzarzarse en una discusión, Paulus dio la vuelta y salió del edificio. Detrás de él, los generales rebeldes recogieron sus pertenencias y abandonaron la estancia. Nadie mencionó de nuevo aquel motín.

• • •

El 28 de enero, los rusos dividieron la

ciudad en tres sectores: el 11.° Cuerpo quedó aislado alrededor de la fábrica de tractores; los 8.° y 51.° Cuerpos en torno de una escuela de ingeniería, al oeste de la colina Mámaiev; los restos de los 14.° y 4.° Cuerpos estaban en la zona comercial alrededor de Univermag.

En el bloque *Schnellhefter*, al otro lado de la fábrica de tractores, el doctor Ottmar Kohler había agotado la morfina. Moviéndose entre suciedad y sangre, operaba bajo unas luces oscilantes y con un increíble frío. Afuera del edificio, hileras de soldados se agolpaban ante la entrada, tratando de encontrar un sitio para dormir. Un oficial se dirigió hacia la puerta y les suplicó que se fueran porque no había ninguna habitación,

pero ellos respondieron que esperarían hasta el día siguiente.

A la salida del sol, los visitantes aún estaban allí, apiñados unos contra otros para resistir las temperaturas bajo cero. Durante la noche habían muerto todos por haber permanecido a la intemperie.

• • •

En el puesto central de la guarnición militar, ahora un hospital situado kilómetro y medio al norte de Univermag, tres mil heridos yacían bajo un viento despiadado que entraba a través de las derruidas paredes del edificio. Sin medicinas que poder administrar, los médicos situaban a los

soldados más gravemente enfermos en los bordes de la multitud para que fueran los primeros en morir a causa del frío.

Rodeando por los cuatro costados el edificio, había un montón de cadáveres de casi dos metros de altura. Cuando los soldados acudían a la guarnición para pedir comida, se la ganaban colocando los cadáveres en bien ordenados montones, como si se tratase de traviesas de ferrocarril. Tras haber apilado su cupo de cuerpos, los cocineros les vertían sopa en los platos de campaña que les alargaban y luego se alejaban de aquel cementerio en forma de leña apilada.

Las baterías de morteros rusos dispararon a quemarropa contra la

guarnición central y la incendiaron. Mientras los médicos gritaban a los heridos que se levantaran y huyeran, las llamas, acrecentadas por el ventarrón, avanzaron a través de los cavernosos vestíbulos. En el patio, los espectadores vieron que el edificio ardía en llamaradas que lo iluminaban todo a través de las aberturas de los pisos superiores. Cuando los ardientes cuerpos caían con violencia de aquel infierno, chisporroteaban en la nieve durante unos minutos.

Las paredes del hospital adquirieron un color rojo cereza y se hicieron casi transparentes. Por último, se bambolearon hacia fuera y secciones enteras se derrumbaron en las calles. A

través de las aberturas, los horrorizados testigos vieron a pacientes que se arrancaban los vendajes que ardían, como si se tratara de una frenética danza de derviches.

Después de que se derrumbaron los techos y disminuyó el violento crepitar de las llamas, los rescatadores se lanzaron a salvar a cuantos pudieron. Encontraron todas las escaleras atascadas por montones de cadáveres.

• • •

Al consumirse sus últimas horas, los soldados alemanes heridos que yacían en innumerables sótanos pidieron pistolas, las apoyaron en las sienes y

dispararon. Los piojos que vivían desde hacía semanas en ellos abandonaron rápidamente los cuerpos que se enfriaban y se desplazaron como mantas grises a otras camas.

En el fondo de un barranco al oeste de la colina Mámaiev, el general Seydlitz-Kurzbach debatía con sus compañeros la idea del suicidio. De nuevo el mudable general había cambiado de actitud hacia Paulus y Hitler. No hacía mucho tiempo había dicho a sus compañeros que estaban tramando una traición; ahora pasaba horas maldiciendo a los nazis y la locura de Hitler y abogaba abiertamente por una revuelta de masas en el III Reich.

Sus compañeros tendían a estar de

acuerdo con él. El general Pfeiffer, de blancos cabellos, aguijoneaba a Seydlitz-Kurzbach, gritando que no debía obedecer a un canalla cabo bohemio. El general Otto Korfes vacilaba entre pedir un *Gotterdammerun y* maldecir a los líderes del régimen nazi. El coronel Crome se había retirado para una cuidadosa lectura de la Biblia. El general Heitz hacía caso omiso de las sediciosas charlas de su alrededor; totalmente leal a Paulus, montó armas en la entrada del bunker y dijo:

—Dispararé contra el primer hombre que deserte.

Mientras Seydlitz-Kurzbach discutía sobre poner fin a su vida, su ordenanza,

un hombre ya mayor, se volaba con una granada de mano.

• • •

En Univermag, Arthur Schmidt había interceptado a un coronel llamado Steidle que deseaba suplicar a Paulus que capitulase. Enfurecido con aquel hombre, Schmidt le amenazó con el pelotón de ejecución.

En público, mostraba un tenaz deseo de resistir hasta la última bala, pero, en secreto, había tenido conversaciones con dos oficiales, una con el coronel Beaulieu, que había pasado algunos años en Rusia durante los años veinte, y con el capitán Boris von Neidhardt, un

báltico y antiguo oficial zarista. Ambos hombres hablaban ruso con fluidez y eran conocedores de la vida en la Unión Soviética. Schmidt estuvo muchas horas con cada uno de esos hombres, haciéndoles preguntas sobre sus experiencias.

El coronel Wilhelm Adam, ayudante de Paulus, interceptó a Beaulieu tras una de aquellas conversaciones y le preguntó qué ocurría tras la cerrada puerta de Schmidt. Beaulieu fue franco:

—Schmidt me ha pedido que le hable acerca del Ejército Rojo. Está particularmente interesado en saber lo que puede esperarse de sus soldados y oficiales. No sabía que su jefe de Estado Mayor fuese tan amable.

El suspicaz Adam contrastó esto con Neidhardt y pudo comprobar que Schmidt había interrogado a éste acerca de los mismos temas.

Durante la tarde del 29 de enero, Adam recibió más pruebas de que Schmidt no tenía intenciones de combatir hasta el último aliento. El ordenanza de Schmidt hizo entrar de improviso a Adam en la habitación de su jefe de Estado Mayor, y señalándole una maleta colocada en un rincón, cuchicheó:

—A todos sus subordinados les dice: «Debe usted resistir, no habrá capitulación». Pero él mismo ya está dispuesto para el cautiverio.

Poseído por el odio, Adam regresó a

su camastro y meditó tristemente acerca de todo ello.

• • •

Desde la ventana de su sótano en la plaza Roja, el sargento Albert Pflüger veía su ametralladora situada en una fuente en la encrucijada. Durante días, había sido un punto crítico de luchas y Pflüger mató a muchos rusos que trataban de alcanzarla. También había una hilera de muertos alemanes a su alrededor, derribados mientras se arrastraban por el hielo con las cantimploras vacías.

Con la guerra reducida ahora a luchar por un sorbo de agua, Pflüger estaba

dispuesto para la rendición. Pero primero deseaba oír un discurso que iba a pronunciar Adolfo Hitler el 30 de enero, al celebrarse el décimo aniversario del III Reich. A medianoche, estaba de pie al lado de la radio junto con otros y esperaba que la voz de Hitler inundara el sótano. No fue así. El locutor dijo que hablaría en su lugar Hermann Goering, y el mariscal del Reich fue tan altisonante como siempre:

Qué trabajos de Hércules ha llevado a cabo nuestro Führer... con esta carne, esta carne humana... para forjar una nación tan dura como el acero. El enemigo es duro, pero el soldado alemán ha crecido más en dureza... Nos

hemos apoderado del carbón y del hierro rusos y sin ellos no pueden seguir fabricando armamento a gran escala... Elevándose por encima de esas gigantescas batallas cual poderoso monumento se halla Stalingrado... Un día se le recordará como la mayor batalla de nuestra historia, una batalla de héroes... Nuestra es la potente épica de una incomparable batalla, la batalla de los nibelungos... También ellos resistieron hasta el fin...

En el sótano de Pflüger, los hombres gemían y alguno maldijo al «gordinflón» de Berlín.

Goering continuó: «...Soldados, han

pasado miles de años, y hace miles de años en un desfiladero de Grecia hubo un hombre valiente y osado con trescientos soldados, Leónidas y sus trescientos espartanos... Luego cayó el último hombre... y ahora sólo queda la inscripción: "Caminante, ve a decir a Esparta que hemos muerto aquí a causa de sus leyes." Algún día los hombres leerán: "Si vas a Alemania, di a los alemanes que nos has visto caer en Stalingrado, como las leyes nos ordenaban".»

Para Pflüger y miles de alemanes que oían las radios de onda corta, quedó muy claro de repente que Hitler ya los consideraba muertos.

Una vez se acabó el discurso de

Goering, se tocó el himno nacional alemán, y Pflüger unió sus manos con las de sus camaradas para cantar: «*Deutschland, Deutschland, über alles*». Sollozó sin vergüenza al son de aquellas hermosas palabras. Cuando el himno fue seguido de «*Horst Wessel*», la canción del partido nazi, alguien, en la habitación, golpeó la radio con la culata de su arma y la hizo pedazos.

Hasta el final, no obstante, Paulus estuvo públicamente en adoración a los pies del Führer:

30 de enero:

En el décimo aniversario de vuestra elevación al poder; el VI Ejército vitorea a su «Führer». La bandera de

la esvástica aún ondea sobre Stalingrado. Nuestra batalla será un ejemplo para las generaciones actuales y para las futuras de que nunca se debe capitular, ni siquiera en una situación desesperada, pues así Alemania resultará victoriosa. ¡Viva el Führer!

PAULUS, Generaloberts

En el terraplén del ferrocarril cerca de la escuela de ingeniería, el general Carl Rodenburg apuntaba con su fusil y luego disparaba con cuidado un tiro. Después se volvía a su ayudante para que le buscase otro blanco. El general de monóculo se había puesto «al alcance de tiro», como él decía, para realizar su último ataque al enemigo. Disparó

durante cosa de una hora mientras el ayudante, recientemente promovido a capitán, le elegía los blancos. Cuando el general se volvió una vez más para hablar al joven oficial, una bala rusa se incrustó en su cabeza y lo mató instantáneamente. El afligido Rodenburg abandonó el cuerpo en la nieve y volvió a su bunker para aguardar el fin. Le resultaba un consuelo que, por lo menos, la familia del capitán, en Alemania, tendría mejor pensión a causa de su nuevo grado.

• • •

En el interior de la prisión de la NKVD, varios centenares de oficiales

alemanes y soldados esperaban el careo con los soldados rusos. Algunos bebían copiosamente y, en el piso de arriba, un oficial saboreaba tortitas cocinadas para él por una amable mujer rusa, que había aparecido mágicamente anticipándose a la victoria.

Otros soldados se estaban vistiendo con ropas arrebatadas a los cadáveres: ropa interior extra, dos camisas, calcetines dobles, suéters, todo lo que pudieron encontrar para precaverse del gélido tiempo que sabían que les aguardaría en su marcha hacia el internamiento.

Resonaron tiros en una de las celdas y varios soldados se apresuraron hacia la puerta abierta para hallar a un sargento

de pie sobre tres oficiales tumbados muertos. Detrás del sargento, un teniente rubio estaba sentado a una mesa y miraba fijamente la foto de una chica, colocada entre la luz de dos velas. El teniente parecía por completo ajeno a la escena que le rodeaba.

Oyendo el alboroto que se había armado ante la puerta, el sargento se volvió con violencia hacia los espectadores y chilló:

—¡Idos, malditos, o seréis los siguientes!

Mientras se retiraban hacia la entrada, resonó en las paredes el estrépito de dos balas más. Cuando miraron de nuevo, el teniente rubio había caído de bruces sobre el suelo. Su cabeza era una masa

ensangrentada.

El sargento también estaba allí, tras haberse pegado un balazo en la boca. Había llevado a cabo el pacto de suicidio exactamente como se le ordenara.

• • •

En el ángulo sudoriental de la plaza Roja, el coronel Gunter Ludwig conservaba el sótano de un edificio de oficinas al lado del teatro Gorki. Su puesto era también la última línea defensiva que guarnecían los alemanes frente al Univermag. Por la tarde del día 30 llegó un policía militar y le dijo al coronel que el general Schmidt deseaba

verlo. Ludwig tuvo miedo, pues durante el día había estado hablando con oficiales rusos con miras a la rendición. Conociendo la amenaza de Schmidt de apelar al pelotón de ejecución para quienes abandonasen la batalla, con los sentimientos propios de un condenado a muerte, se dirigió hasta los grandes almacenes.

Schmidt lo recibió de forma severa y le preguntó por su posición de la parte inferior de la plaza. Después de que Ludwig le dijera que sus hombres aún estaban desplegados allí, Schmidt le ofreció un asiento y le dijo:

—Óigame, me he enterado de que ha estado usted negociando hoy con los rusos.

Ludwig lo admitió y justificó sus acciones describiendo las penosas condiciones de sus tropas. Mientras hablaba, Ludwig contemplaba atentamente a Schmidt, intentando calibrar sus reacciones. El general estuvo un rato dando grandes zancadas por la habitación y luego se volvió:

—¿Quiere decir que ha ido usted a los rusos para negociar la capitulación y a nadie se le ha ocurrido venir a vernos a nosotros, al Cuartel general?

Al aturdido coronel le costó comprenderlo: ¡el ordenancista Schmidt también deseaba rendirse! Luego se recuperó lo suficiente para decir:

—Si esto es lo que desea, señor, creo poder prometerle que un parlamentario

se presentará aquí, frente al sótano, mañana por la mañana a eso de las nueve horas.

Schmidt se tornó amable de repente:

—Muy bien, Ludwig, ocúpese de esto... Ahora, buenas noches.

Minutos después, el comandante de la 71.ª División, el general Roske, fue a ver a Paulus y le dijo:

—La división ya no es capaz de resistir más. Los carros rusos se están aproximando a los grandes almacenes. Ha llegado el fin.

Paulus sonrió a su ayudante:

—Gracias por todo, Roske. Transmita mi gratitud también a sus oficiales y soldados. Schmidt ya ha pedido a Ludwig que inicie las negociaciones con

el Ejército Rojo.

Paulus regresó a su camastro, donde el coronel Adam se sentó frente a él. Una pequeña vela daba luz en medio de ambos; durante un momento ninguno habló. Al fin, Adam dijo:

—Debe dormir ahora, señor. De otro modo no será capaz de tenerse en pie para la prueba de mañana. Necesitaremos lo que nos resta de entereza.

Poco después de medianoche, Paulus se tumbó a dormir y Adam se dirigió a ver a Roske para inquirir qué novedades había. Roske le dio un cigarrillo y le contestó:

—Un carro rojo está apostado cerca de una calle lateral con los cañones

apuntándonos. He informado inmediatamente a Schmidt al respecto. Me ha dicho que hay que avisar al carro para que no dispare... El intérprete irá hasta el comandante del carro con una bandera blanca y abrirá las negociaciones.

Adam regresó a su propio camastro desde donde miró a través de la habitación al dormido comandante. Sus relaciones con Paulus eran casi de adoración y Adam no podía ver los defectos del carácter de Paulus: su incomprensión de la destructiva alianza existente entre las ambiciones de Hitler y los apolíticos generales de la Wehrmacht, o la renuencia de Paulus a cargar con el peso de un mando

independiente. «Qué hombre tan generoso», pensaba Adam mientras ponderaba los acontecimientos que habían agobiado una brillante carrera militar. En su honorabilidad, Paulus se había subordinado completamente a las demandas de Hitler y, al hacerlo, perdió el control de su destino.

• • •

Mientras el comandante en jefe del VI Ejército descansaba, el Führer llevaba a cabo una última estratagema para salvar algo del desastre. Ordenó un corrimiento de escalafones en los oficiales veteranos del VI Ejército y, sobre todo, el ascenso de Paulus a mariscal de campo.

Sabiendo que ningún mariscal de campo alemán se había rendido nunca, Hitler confiaba en que Paulus captara la indirecta y se suicidara.

Paulus no lo hizo. Antes de amanecer, su intérprete, Boris von Neidhardt, se dirigió a través de la plaza a oscuras hacia el carro ruso, donde un joven teniente soviético, Fiodor Yelchenko, permanecía de pie en la torreta. Cuando Neidhardt le hizo señas, Yelchenko saltó y Neidhart dijo:

—Nuestro jefe supremo desea hablar con su jefe supremo.

Yelchenko sacudió la cabeza y respondió:

—Nuestro jefe supremo tiene otras cosas que hacer. No está disponible.

Tendrán que tratar conmigo.

Temeroso de repente a causa del cercano bombardeo y ante la presencia del enemigo, Yelchenko pidió refuerzos y aparecieron catorce soldados rusos con las armas a punto.

Neidhardt se mostró disgustado.

—No, no, nuestro jefe me ha dicho que sólo me acompañen uno o dos de ustedes.

—¡Cojones! —respondió Yelchenko —. No voy a ir solo...

El teniente, de nariz respingona y sonrisa juvenil, no tenía intenciones de ir él solo al campo enemigo. Tras acordar que los representantes rusos serían tres, el grupo se dirigió al sótano de Univermag donde se habían reunido

cientos de alemanes. Yelchenko tardó mucho tiempo en averiguar quién estaba al mando. Aunque le habló Roske y luego Arthur Schmidt, no vio a Paulus.

Después de que Roske le explicase que él y Schmidt habían sido autorizados por el mando para negociar una rendición, Schmidt pidió como favor especial que los rusos tratasen a Paulus como una persona particular y lo escoltasen en automóvil para protegerlo de los vengativos soldados del Ejército Rojo. Riendo alegremente, Yelchenko se mostró de acuerdo.

—Muy bien —dijo.

Entonces lo condujeron por el pasillo hasta un cubículo con cortinas. Yelchenko entró y se halló ante

Friedrich von Paulus, sin afeitar, pero inmaculado en su uniforme de gala.

Yelchenko no gastó tiempo en formalidades.

—Bien, esto se ha acabado —fue su saludo.

El desamparado mariscal de campo lo miró a los ojos y asintió con la cabeza tristemente.

Poco tiempo después, tras conversar con más oficiales soviéticos, Paulus y Schmidt salieron de las fétidas profundidades de Univermag y se introdujeron en un coche del Estado Mayor ruso. El mismo los condujo hacia el sur, a través del barranco Tsaritsa y pasó ante el elevador de granos y las ruinas de Dar Gova, hasta el suburbio de

Beketovka, donde, en una casa de campo de madera, fueron llevados a presencia del general Mijaíl Shumilov, comandante del 64.° Ejército soviético. Rodeado de operadores de cine, Shumilov saludó correctamente a sus huéspedes y les pidió su identificación. Cuando Paulus se la entregó, el ruso fingió que sabía leer alemán y gruñó que la aceptaba.

Los rusos ofrecieron a los alemanes comida procedente de un gigantesco aparador, pero Paulus la rechazó, insistiendo en que primero debía recibir garantías de que sus hombres tendrían unas raciones apropiadas y cuidados médicos. Una vez Shumilov le volvió a dar seguridades acerca de este punto,

Paulus y Schmidt al fin picotearon del festín desplegado ante ellos.

El mariscal de campo Friedrich von Paulus (izquierda), tras su rendición en los grandes almacenes Univermag, en Stalingrado. Su ayudante, Wilhelm Adam, a la derecha.

• • •

Los antagonistas principales de la batalla de Stalingrado no se encontraron nunca. Privado por celosos jefes de la oportunidad de capturar él mismo a Paulus, Vasili Chuikov tuvo que contentarse con los peces chicos.[7] Vestido con una chaqueta de piel, Chuikov estaba sentado detrás de una gran mesa de despacho en su búnker del

Volga y miraba ferozmente al primer alemán que atravesó la puerta.

—¿Es usted Seydlitz? —preguntó.

El oficial era el teniente Philip Humbert, el ayudante de Seydlitz. Para encubrir su error, el aturrullado intérprete ruso presentó a Humbert como teniente coronel y luego condujo al resto de los alemanes a presencia de Chuikov.

Chuikov, de repente, se mostró hablador.

—Debe usted alegrarse, general —le dijo—, por encontrarse entre nosotros. Stalin hará su desfile en Berlín el primero de mayo. Entonces firmaremos la paz y podremos trabajar juntos.

Luego, sus preguntas fueron más rápidas.

—¿Por qué tiene tan mala cara? ¿Por qué no lo sacaron a usted?

El general Krilov intervino para decir que él había escapado de Sebastopol cuando la ciudad estuvo ya perdida.

Al llegar a aquel punto, el general Korfes se convirtió en un locuaz portavoz del cuerpo de oficiales alemán:

—El hecho más trágico de la historia mundial ha sido que los dos hombres más grandes de nuestros tiempos, Hitler y Stalin... hayan sido incapaces de encontrar un terreno común para combatir al enemigo mutuo, el mundo capitalista.

Incluso Chuikov se mostró asustado ante aquella declaración. Seydlitz cogió a Korfes del brazo y chilló:

—¿Por qué no deja de hablar?

Korfes no se detuvo.

—Después de todo, creo tener derecho a decir esto porque es la verdad.

Seydlitz-Kurzbach y el general Pfeiffer cayeron en un displicente silencio, echado a perder por las ocasionales lágrimas de alguno de aquellos dos hombres. Chuikov intentó que sus prisioneros se sintieran más a gusto sirviéndoles comida y té, lo cual aceptaron agradecidos. Tras una conversación más cortés, los alemanes fueron escoltados a la orilla del Volga y un Ford desvencijado los tomó y los llevó a través del hielo al cautiverio. Detrás de ellos, las tropas alemanas se enfrentaron con una variada recepción

por parte de los rusos.

• • •

En la cima de la colina Mámaiev, el teniente Piotr Deriabin conducía una compañía de soldados hacia las trincheras alemanas. Con fines de saqueo, los soldados soviéticos dispararon al azar a los hombres que alzaban las manos en ademán de rendición y luego despojaron los cadáveres de los relojes y otras cosas de valor.

• • •

Al borde de la plaza Roja, el sargento Albert Pflüger envolvió unos panes y

embutidos mientras los rusos andaban de puntillas por las escaleras del sótano. En un rincón de la estancia, tres *hiwis* vestidos con uniformes alemanes se acurrucaron nerviosos. Cuando los rusos empezaron a apoderarse de anillos y relojes, los aterrados *hiwis* se precipitaron del sótano hacia la calle. Los rusos les persiguieron durante una manzana y los mataron a uros.

• • •

En la cárcel de la NKVD, la rendición fue ordenada. Desde la catacumba de celdas, los alemanes desembocaron en el patio, cercado con pilas de cadáveres. En medio de esa zona de

reunión, un cocinero alemán, incongruentemente provisto de un inmaculado mandil blanco, permanecía de pie ante un fogón. Mientras los guardianes rusos circulaban entre los prisioneros y compartían con ellos sus cigarrillos, el cocinero continuó sirviendo generosamente tazas de café tanto a sus hombres como a sus nuevos amos.

• • •

Más al norte, el cabo Heinz Neist oyó cómo los rusos bajaban ruidosamente a su sótano. Uno de ellos se enfrentó con él y señaló su anillo de casado que llevaba en la mano. Cuando Neist,

empleando un lenguaje de signos, le explicó que le era difícil quitárselo, el ruso sacó un cuchillo e hizo ademán de querer rebanarle el dedo.

En aquel momento, el cabo oyó una voz que gritaba: —Todos buenos jóvenes alemanes. El maldito es Hitler. Neist hizo señas al que hablaba para que le ayudase con el irascible saqueador. Pero el oficial movió la cabeza y dijo:

—Dele el anillo, dele todo lo que tenga; salve su vida.

Peleando frenéticamente con el aro de casado, Neist consiguió al fin aflojarlo y tendió el tesoro al feliz ruso, que luego le dejó en paz.

• • •

Aquel mismo día, 31 de enero, cientos de soldados alemanes heridos fueron asesinados donde yacían.

En su sótano al norte de la plaza Roja, Hubert Wirkner, gravemente enfermo, oyó un ruido y se volvió para ver a un soldado ruso que vertía gasolina a través de la ventana. Reuniendo todas sus fuerzas, saltó de la cama y sobre sus muertos brazos y piernas se arrastró hacia la escalera.

Detrás de él, el ruso encendió una cerilla y la tiró al combustible. El sótano estalló en una violenta nube roja y convirtió a cincuenta hombres en antorchas humanas. Mientras algunos de los cuerpos llameantes se colgaban

frenéticamente de las rejas de la ventana, los rusos les aplastaron las manos con las culatas de los fusiles.

Al pie de la escalera, Wirkner se vertió por encima un cubo de agua y se dirigió a tientas hacia el aire fresco. Le rodearon nubes de humo y los aullidos de los pacientes abrasados le siguieron mientras caía por la puerta a la nieve. A gatas, se encogió como un perro mientras un oficial soviético llegaba hasta él, amartillaba su pistola y metía el cañón en una oreja de Wirkner. Mientras esperaba la muerte, se oyó otra voz:

—El camarada Stalin no quiere estas cosas.

El verdugo de Wirkner se enfundó la pistola y se fue airado. Salvado por el

momento, Wirkner se arrastró al otro lado de la calle a fin de encontrar otro refugio.

• • •

El 1 de febrero, en la Guarida del Lobo, en Prusia oriental, Adolfo Hitler no había tomado con calma la noticia de la rendición.

Sentado ante un amplio mapa de Rusia en la sala principal de conferencias, hablaba con Zeitzler, Keitel y otros acerca de la hecatombe.

—Se han rendido de una manera formal y absoluta. Sin embargo, hubieran debido cerrar filas, formar un erizo y haberse matado ellos mismos

con la última bala...

Zeitzler se mostró de acuerdo.

—No puedo entenderlo. Aún soy de la opinión de que no debe ser verdad; tal vez él [Paulus] yace allí malherido.

—No, es verdad —dijo Hitler—. Han sido llevados a Moscú, directamente a la GPU y han dado órdenes a la parte norte de la bolsa para que también se rinda. Ese Schmidt lo firmará todo. Un hombre que no tiene el valor, en una ocasión así, de emprender el camino que todo hombre tomará alguna vez, no tiene fuerzas para oponerse a una cosa así... Le torturará el alma. En Alemania se pone mucho énfasis en adiestrar el intelecto, pero no lo suficiente en robustecer el carácter...

La conversación se volvió monótona.

Zeitzler dijo:

—No se puede comprender a esta clase de hombres.

Hitler estaba disgustado:

—No diga eso. He visto una carta... Iba dirigida a Below [Nikolaus von Below, amigo íntimo de Winrich Behr]. Puedo enseñársela. Un oficial de Stalingrado escribió: «He llegado a las siguientes conclusiones acerca de esa gente: Paulus, interrogante; Seydlitz, debería ser fusilado; Schmidt, debería ser fusilado.»

—También he oído malos informes acerca de Seydlitz —adujo Zeitzler.

—Tal vez hubiera sido mejor dejar allí a Hube y llevarse a los otros —

añadió Hitler—. Pero dado que el valor de los hombres no es desdeñable, y puesto que necesitamos hombres para el resto de la guerra, soy definitivamente de la opinión de que es mejor haber sacado a Hube. En Alemania, en tiempo de paz, de dieciocho a veinte mil personas se suicidan cada año, y sin embargo, nadie se encuentra ante una situación así. Y aquí hay un hombre [Paulus] que ve a cincuenta o sesenta mil soldados suyos morir defendiéndose bravamente hasta el final. ¿Cómo ha podido él rendirse a los bolcheviques?... Esto es algo que uno no puede entender del todo.

»Pero ya antes tenía mis dudas —siguió Hitler—. Fue en el momento en

que recibí el informe en el que me preguntaba qué debía hacer [acerca del ultimátum ruso para la rendición]. ¿Cómo me pudo preguntar una cosa así...?

—No hay ninguna excusa —declaró Zeitzler—. Cuando sus nervios amenazaron con venirse abajo, debió haberse matado.

Hitler asintió con la cabeza.

—Cuando los nervios se derrumban, sólo cabe admitir que uno no puede enfrentarse con la situación y dispararse un tiro...

Hitler contempló a Zeitzler, el cual replicó: —Aún creo que realmente lo ha hecho y que los rusos sólo pretenden que los han capturado a todos.

—No —dijo el Führer con vehemencia—. En esta guerra no se nombrarán más mariscales de campo... No haré más las cuentas de la lechera.

Zeitzler se encogió de hombros.

—Estábamos tan completamente seguros de cómo iba a ser el final, que le concedimos una satisfacción de última hora...

—Teníamos que presumir que acabaría heroicamente.

Zeitzler se mostró de acuerdo.

—¿Cómo podíamos haber imaginado una cosa así?

Hitler parecía deprimido.

—Esto me duele mucho, debido a que el heroísmo de tantos soldados ha quedado eclipsado por un solo cobarde

sin carácter...

• • •

En la parte norte de Stalingrado, el comandante del 11 ° Cuerpo, el general Strecker, resistió durante otras cuarenta y ocho horas en un inútil gesto de desafío.

La mañana del 2 de febrero, toda la artillería rusa se concentró en aquella área y, durante dos horas, los obuses llovieron sobre los despreciables supervivientes del VI Ejército. Luego el cañoneo cesó y miles de soldados rusos se precipitaron en los sótanos mientras las ametralladoras alemanas disparaban sus últimos cargadores de municiones.

Rabiosos ante aquella fanática resistencia, los rusos empujaron a los prisioneros fuera de sus zanjas y los golpearon salvajemente. Con palos y con los puños aporrearon a aquellos intransigentes, maldiciendo a los «cerdos nazis» que continuaban aquella mortandad después de que Paulus había abandonado el campo y detenido la matanza.

De repente, aparecieron banderas blancas en las ventanas a ambos lados de las calles, frente a las fábricas. La resistencia se hundió.

Mientras Hans Oettl se detenía a orinar fuera de su edificio, un sargento ruso le puso un arma en la espalda y le pidió en mal alemán que hiciera salir a

todos los del sótano para que se rindiesen. Oettl se negó y miró la sonrisa que enseñaba dientes de oro de su capturador, quien hizo un ademán con el arma como si fuese a matarle. Oettl siguió negándose y el sargento gritó «*Raus*!» hacia el hueco de la escalera, y los compañeros de Oettl salieron a la brillante luz del sol con las manos encima de la cabeza.

Al otro lado de la calle principal donde estaba situado el sótano de Oettl, los rusos se dispersaron por las salas principales de la fábrica de tractores, donde cientos de heridos yacían en los anaqueles de las paredes. Otros alemanes colgaban grotescamente de cinturones suspendidos de puntales. No

queriendo soportar el cautiverio se habían quitado la vida durante las horas que precedieron al alba. Poco antes de que cayera el puesto de mando del 11.° Cuerpo, el general Strecker mandó un último mensaje a la patria: «El 11.° Cuerpo y sus divisiones han combatido hasta el último hombre contra unas fuerzas inmensamente superiores. ¡Viva Alemania!»

• • •

A las 12.35 horas de la tarde, el grupo de Ejércitos del Don, en Taganrog, registró las últimas palabras del VI Ejército en Stalingrado, cuando un equipo de meteorólogos dio su informe

diario: «Base de nubes a 5.000 m, visibilidad 12 km, cielo claro, ocasionales nimbos dispersos, temperatura −31 °C, sobre Stalingrado niebla y calina rojiza. La estación meteorológica acaba la transmisión. Saludos a la patria.»

• • •

Para reaccionar ante el anuncio hecho por los soviéticos de su gran triunfo, el gobierno nazi comunicó reluctante al pueblo alemán la pérdida de todo el VI Ejército. Como algo sin precedentes, durante tres días se suspendieron todas las emisiones de radio. Se escuchó música fúnebre en todos los hogares del

III Reich. Se cerraron restaurantes, teatros, cines y lugares de esparcimiento. El trauma de la derrota dominó a la población.

En Berlín, Goebbels empezó a redactar un discurso percatándose de que Alemania debía prepararse para la «guerra total».

CAPÍTULO XXX

Dos días después de que acabara la resistencia organizada, el 4 de febrero, A. S. Chuanov del comité del Soviet de la ciudad, telefoneó al otro lado del Volga a un capataz de la fábrica de tractores.

—Ya es hora de volver —dijo.

Los trabajadores que habían esperado durante meses a que llegase aquel mensaje, empaquetaron su equipo y se dirigieron a casa. Cruzaron a través del hielo, ante los directores de tráfico, que encaminaban largas columnas de alemanes fuera de la ciudad, y los jubilosos rusos se rieron con disimulo

ante el miserable estado de sus enemigos, muchos de los cuales se arropaban con chales y ropas de mujer para protegerse del frío.

En los cinco meses de luchas y bombardeos, el noventa y nueve por ciento de la ciudad había quedado reducido a escombros. Resultaron destruidas más de 41.000 casas, 30 fábricas y 113 hospitales y escuelas. Un rápido censo reveló que de más de 500.000 habitantes antes del verano, sólo quedaban 1.515 civiles. La mayoría de ellos habían muerto en los primeros días o abandonaron la ciudad para establecerse en hogares provisionales en Siberia y en Asia. Nadie sabía cuántos habían muerto, pero los cálculos eran

aterradores.

En Dar Gova, los Fillipov se quedaron a llorar la pérdida irreparable de Sacha, su hijo zapatero remendón. Y detrás del molino de granos que hacía las veces de Cuartel de mando del general Rodimtzev, en la orilla del Volga, la señora Karmanova y su hijo Yenn celebraron su libertad tras meses de esconderse en trincheras y en agujeros en la nieve.

En la plaza Roja, dos muchachitas, separadas desde septiembre, saltaron sobre cadáveres para encontrarse en un alegre abrazo. Sus inocentes risas, que llegaban muy lejos en el sereno aire, produjeron sonrisas en los soldados rusos, que acarreaban cadáveres

alemanes a una rugiente hoguera.

• • •

El 62.° Ejército ruso empezó a abandonar la ciudad para un bien merecido descanso en la orilla oriental del Volga. Al cabo de unas semanas, los rejuvenecidos soldados seguirían a Vasili Chuikov a otros campos de batalla. Pero tras ellos, en hospitales de toda Rusia, habían dejado a miles de camaradas desde los sombríos días de Stalingrado, que lucharían en otra clase de guerra: la batalla contra la recuperación física y mental.

• • •

En un lecho de hospital, en Tashkent, la menuda francotiradora rubia, Tania Chernova, se recuperaba lentamente de una herida en el vientre, que estuvo a punto de costarle la vida. Había soportado bien la noticia de que la operación que había sufrido le impediría tener hijos. Obedeció las órdenes de los médicos al pie de la letra y empezó a contemplar la posibilidad de una rápida liberación de su confinamiento. Pero cuando recibió una carta de un amigo del 62.° Ejército, su mundo se derrumbó.

El amigo le escribía que su novio, Vasili Zaitzev, héroe de la Unión Soviética, había muerto debido a una explosión durante las semanas finales de

la lucha en torno de la fábrica Octubre Rojo. Aquella noticia le produjo a Tania una aguda depresión. Con el paso de los días, su fuerza física aumentó grandemente, pero los médicos se percataron de que muy pocas veces mostraba interés por nada de cuanto le rodeaba. Por el contrario, pasaba horas enteras mirando al espacio como si tratase de recuperar un momento ya ido.

• • •

En otro hospital, el teniente Hersch Gurewicz pisaba fuerte con una pierna artificial y trataba de lograr un nuevo empleo en el Ejército Rojo. Le dijeron que podía conseguir la baja por motivos

médicos, pero Gurewicz escribió directamente a Stalin solicitando que reconsiderasen su caso. La carta logró hacer revocar la orden y Gurewicz consiguió enrolarse como censor del correo en un contingente polaco que se dirigía al Oeste, hacia Ucrania. Contento, el teniente empaquetó una pierna de madera extra y volvió a la guerra.

• • •

A varios cientos de kilómetros hacia el norte, los guardianes de una estación de ferrocarril en la ciudad de Novosibirsk, en los Urales, pasaron amablemente los brazos alrededor de la

vendada figura del capitán de comandos Ignati Changar, mientras permanecía de pie cantando en el andén de la estación. Trasladado desde un hospital de Moscú, Changar se había emborrachado tanto durante el viaje en tren que no tenía ni idea de dónde estaba.

Ingresado en un hospital militar, Changar empezó a flirtear con las enfermeras, en particular con una muchacha que había venido de Kiev. Como él la requería continuamente, la joven le preguntó por qué un hombre tan viejo se interesaba por ella. La muchacha no sabía que Ignati sólo tenía veintiún años, aunque hubiese encanecido por completo.

• • •

¿Y qué pasó con el VI Ejército? Engullido por la estepa desapareció en la vastedad de Rusia y nadie del Alto Mando alemán contempló su partida. En los últimos días de la batalla, Paulus permitió a varios pelotones de hombres que abrieran brecha hacia el oeste, pero fueron capturados o matados por las vigilantes unidades del Ejército Rojo.

Otros alemanes también se habían ido por su cuenta. El oficial de Intendencia Karl Binder se llevó a un grupo hasta Karpovka, a unos cincuenta kilómetros al oeste de Stalingrado, antes de que el enemigo les rodease y les obligase a rendirse.

El teniente Emil Metzger se escondió en un bunker con la vana esperanza de que los rusos abandonarían la zona y le permitirían escabullirse por la noche hacia el Don. Pero los rusos dispararon a través de los conductos de la ventilación e hirieron a Emil en el talón derecho. Finalmente, le hicieron salir arrojando granadas y tuvo que dirigirse a un campo de prisioneros con la sangre rezumándole alrededor de la bota.

Dos alemanes consiguieron llegar a las líneas amigas. A últimos de febrero, el cabo Neiwih entró tambaleándose en un puesto de mando del grupo de Ejércitos del Don, unos doscientos veinticinco kilómetros al oeste del *Kessel*. Único superviviente de un grupo

de escapados que habían sucumbido de congelación, Neiwih sabía poca cosa acerca de la suerte del resto de su Ejército. Al cabo de unas horas, mientras trataba de recuperar fuerzas del viaje, un obús soviético de mortero cayó cerca de él y lo redujo a trozos.

El día 1 de marzo, el soldado Michael Horvath llegó a las posiciones alemanas cerca de Vorónezh, muy al oeste de Stalingrado. Capturado el 31 de enero, había sido trasladado a otro frente como intérprete de los oficiales del Servicio secreto ruso. Por lo tanto, Horvath pudo añadir poca información a lo ya sabido acerca de lo que le había sucedido al VI Ejército desde el día de su capitulación. El Alto Mando y el pueblo alemán eran

incapaces de averiguar cómo les había ido a Paulus y a sus soldados en manos de los soviéticos.

• • •

En aquel momento, el mariscal de campo y sus generales vivían en un cuartel relativamente confortable cerca de Moscú. Pero los hombres que Paulus creía que tenían garantizado el alimento y cuidados médicos, en realidad estaban muriendo en gran número en las heladas estepas.

Unos cincuenta kilómetros al noroeste de Stalingrado, en Kotlubán, un grupo de enfermeras rusas oyó aproximarse a los prisioneros alemanes antes de que

pudiesen verlos. Atónitas, oyeron los tristes gemidos de unas columnas de soldados que penosamente se arrastraban en su dirección por el horizonte a través de los montones de nieve. Mugiendo como ganado, los alemanes constituían una procesión de harapos y deshilachadas orejeras, pies envueltos en mantas y caras ennegrecidas por la barba y la escarcha. Casi todos lloraban y las enfermeras sintieron una instintiva oleada de simpatía hacia ellos. Entonces los guardianes rusos levantaron los fusiles y dispararon indiscriminadamente sobre las columnas. Mientras las víctimas caían y morían, el resto de los alemanes avanzaba dificultosamente, a un

kilómetro por hora, y las enfermeras levantaron furiosas los puños hacia sus propios soldados.

• • •

Karl Binder, el oficial de Intendencia, iba en otra de aquellas procesiones. En marcha hacia Vertaichi, en el Don, se encogía de miedo a cada disparo y a cada golpe sordo de una culata de fusil que se aplastaba sobre una cabeza. Al lado de la pista yacían centenares de cadáveres: alemanes recién muertos, mujeres y niños rusos fallecidos desde hacía semanas y soldados alemanes mutilados en batallas ocurridas hacía meses.

Refugiados rusos volviendo a sus hogares de Stalingrado, en marzo de 1943.

En las aldeas, a lo largo de la marcha, los civiles irrumpían en las filas para robar a los prisioneros encendedores,

estilográficas y morrales de campaña. Con las manos azuladas por el frío, Binder seguía adelante y trataba de evadirse pensando que su familia estaba a salvo en su hogar de Alemania.

• • •

Emil Metzger había ya andado más de ciento cincuenta kilómetros hasta un tren que lo llevó a las estribaciones de los Urales, en Siberia. Además de la bala que aún tenía alojada en el talón, Metzger había contraído el tifus y, para cuando consiguió un camastro en unos primitivos barracones, se encontraba cerca de la muerte. Entregando las fotos de Kaethe a un capellán, le dijo:

—Déselas a mi mujer si es que usted vuelve.

Luego se tendió a esperar la muerte.

Por la mañana, Emil despertó en un silencio irreal. Durante la noche, en el barracón habían muerto casi todos. Avergonzado de repente por su falta de voluntad en seguir peleando, el teniente hizo votos de sobrevivir. Desde aquel momento, no hizo caso de su fiebre y comió cuanto los rusos le ofrecieron, aunque comer «era como si uno se tragase su propia bilis».

• • •

El VI Ejército alemán se dispersó por más de veinte campos, que se

encontraban desde el círculo ártico a los desiertos del sur.

Un tren llevó a miles de alemanes desde el Volga a Uzbekistán, en Asia central. Dentro de cada vagón, atiborrado con cien o más prisioneros, se produjo un macabro combate mortal cuando los alemanes se mataron unos a otros por los trozos de comida que les arrojaban cada dos días. Los más cercanos a la puerta eran apartados por los famélicos soldados de detrás; sólo los más fuertes sobrevivieron a aquel viaje de varias semanas de duración. Cuando el tren llegó a las montañas de Pamir, había muerto casi la mitad de los pasajeros.

• • •

Otros alemanes se quedaron en Stalingrado para ayudar a reconstruir la ciudad que habían devastado. El tifus aclaró sus filas y, en marzo, los rusos excavaron una zanja en Beketovka y echaron dentro en una fosa común a casi cuarenta mil cadáveres alemanes.

El cabo Franz Deifel, que en enero pensó en suicidarse, sobrevivió a la epidemia y ahora recogía cascotes en Stalingrado. En marzo, Deifel oyó un silbido procedente de la fábrica de tractores mientras los rusos ponían en funcionamiento el primer tren que circulaba por la intrincada red ferroviaria que rodeaba la fábrica.

Avanzado aquel mes, Deifel vio también su primera mariposa de primavera. Como una llamarada amarilla y roja, revoloteaba nerviosamente de ruina en ruina en la radiante luz solar de un día sin nubes.

• • •

Pero para otros más de quinientos mil alemanes, italianos, húngaros y rumanos, el invierno ruso fue una dura y sucia pelea. En el simple espacio de tres meses —febrero, marzo y abril de 1943 — murieron más de cuatrocientos mil.

En la mayoría de los casos, los rusos les dejaron perecer de inanición. Cada tres días los camiones del Ejército Rojo

descargaban a su alcance coles, hogazas de pan helado e incluso basura, como alimento para los prisioneros. En Tambov, Krinovaia, Yelabuga, Oranki, Susdal, Vladímir y otros campos, los internados se arrojaban sobre la comida y peleaban matándose unos a otros.

En su intento de sobrevivir, otros prisioneros se hicieron personalmente cargo del asunto, especialmente en campos donde había decaído la autodisciplina militar. En Susdal, Felipe Bracci fue el primero en percatarse de ello cuando vio cadáveres sin brazos o piernas. Y el doctor Cristóforo Capone encontró cabezas humanas a las que habían extraído los sesos, o torsos a los que faltaban el hígado o los riñones.

Había empezado el canibalismo.

Al principio, los caníbales fueron furtivos, moviéndose sigilosamente entre los muertos para cortar un miembro y comérselo de prisa. Pero sus gustos pronto maduraron y buscaban entre los recién muertos, los que acababan de volverse fríos y, por tanto, eran más tiernos. Al fin, vagaban en grupos, desafiando a quien trataba de detenerlos. Incluso ayudaban a morir a los moribundos.

De caza noche y día, su codicia por la carne humana los convirtió en animales enloquecidos y, a fines de febrero, alcanzaron niveles de barbarie. En Krinovaia, un soldado alpino italiano corrió a través del recinto para buscar a

su cura, don Guido Turla.

—Venga enseguida, padre —le rogó —. ¡Se quieren comer a mi primo!

El asustado Turla siguió al turbado hombre al otro lado del recinto, pasando ante cadáveres descuartizados, sin estómagos ni cabezas, con brazos y piernas mondados de su carne. Llegaron a la puerta del barracón y vieron a unos locos aporreándola con los puños. Dentro estaba su presa, herido mortalmente de un tiro por un guardián ruso. Los caníbales habían seguido la pista de la sangre caliente hasta la puerta y ahora intentaban echarla abajo para apoderarse del hombre aterrado.

A Turla aquello le dio náuseas y gritó a los caníbales, diciéndoles que se

trataba de un crimen nefando, un baldón para sus conciencias y que Dios no les perdonaría. Los devoradores de carne se alejaron cabizbajos de la puerta. El padre Turla entró donde estaba el soldado moribundo para oír su última confesión. Cuando el muchacho le pidió que lo salvase de los caníbales, Turla se sentó junto a él en sus últimos momentos. Los caníbales dejaron su cadáver en paz. Tenían millares a su disposición.

• • •

En otro barracón de Krinovaia, dos hermanos italianos se habían jurado protegerse de los caníbales en caso de

no morir a la vez. Cuando uno de los hermanos sucumbió de enfermedad, los caníbales se congregaron en torno al fresco cadáver. El otro hermano se puso a horcajadas en el camastro del hombre muerto y expulsó a aquellos chacales que estaban al acecho en torno a la cama. Durante la larga noche montó guardia mientras los caníbales le urgían a que les dejase hacerse cargo de la víctima.

En cuanto se aproximó el amanecer, incrementaron sus asaltos verbales diciéndole al hermano que era inútil que resistiese más. Incluso le ofrecieron que se cuidarían de enterrar el cuerpo. En cuanto mostró señales de debilitamiento, se aproximaron al lecho y se apoderaron

con suavidad del cadáver que él había jurado proteger. Exhausto por la vigilia, el hermano sobreviviente se dejó caer al suelo y empezó a aullar histéricamente. Aquella experiencia lo había vuelto loco.

• • •

Los rusos disparaban contra los caníbales a quienes sorprendían, pero tenían que hacer frente a la caza de tantos devoradores de hombres, que hubieron de reclutar «equipos anticaníbales», extraídos de las filas de los oficiales cautivos. Los rusos equiparon a esos pelotones con palancas y les pidieron que matasen a todos los

caníbales que encontraran. Los equipos rondaban por la noche, avizorando el delator parpadeo de las llamas de las pequeñas hogueras donde los depredadores estaban preparando sus comidas.

El doctor Vincenzo Pugliese fue frecuentemente de patrulla y, una noche, al doblar una esquina, sorprendió a un caníbal que estaba asando algo sujeto al extremo de un palo. Al principio parecía como si fuese una salchicha, pero cuando Pugliese prestó atención se percató de que el objeto tenía pliegues como un acordeón y con un principio de náuseas se percató de que estaba cocinando una tráquea humana.

Los prisioneros que se negaron a

comer carne humana emplearon otros trucos para sobrevivir. En Krinovaia, un grupo de emprendedores italianos recuperó excrementos de las amplias zanjas de las letrinas y con las manos desnudas picoteaban trigo y mijo sin digerir, que luego lavaban y se comían. Los prisioneros alemanes pronto perfeccionaron aquel proceso. Colocando una serie de tazas de hojalata, extraían con ellas las heces y consiguieron recuperar tanto grano que hasta hubo mercado negro.

• • •

En Susdal, el doctor Cristóforo Capone empleó su fértil imaginación

para salvarse a sí mismo y a sus camaradas. Aún era un encantador perillán que conservaba el humor en tan trágicos momentos e ideó unos planes verdaderamente muy elaborados. Cuando un camión cargado de coles aparcó fuera de la acera, Capone organizó un grupo que robó la carga y la escondió debajo de las camas, en las letrinas y en los colchones. Mientras sus amigos comían vorazmente, Capone esparció un reguero de hojas de col desde el vacío camión hasta unos cercanos barracones rumanos. Al fin fue descubierto el hurto y los rusos siguieron la pista y provistos de palos cayeron sobre los rumanos. Mientras tanto, los amigos de Capone se comieron

todas las pruebas del delito.

El ingenioso doctor descubrió asimismo otro macabro medio para seguir conservando la vida. Divididos en pelotones de quince hombres, los prisioneros de guerra italianos vivían en gélidas estancias y tenían que andar constantemente para no helarse. Cada mañana entraba un guardián ruso, contaba a los hombres presentes y les dejaba las raciones para aquel número exacto. En cuanto los hombres empezaron a morir de consunción, Capone decidió que aquellos cadáveres podrían servir a un mejor propósito que ser arrojados en la pila de cuerpos del patio. A partir de entonces, Capone dejó los cuerpos erguidos y apoyados en sus

sillas. Cuando el guardián ruso hacia su recuento diario, él y sus compañeros se enzarzaban en animadas conversaciones. Los guardianes siempre dejaron las quince raciones; pronto Capone y sus compañeros fueron teniendo mejor aspecto.

Debido a que las bajas temperaturas preservaban a los cadáveres de la descomposición, el doctor los conservó durante semanas. Cuando su propio cuarto empezó «a reventar de proteínas», se sintió impulsado a ayudar a los prisioneros vecinos y creó una especie de «préstamos y arriendos». Cada día, transportaba los petrificados cuerpos de un lugar a otro, a las distintas estancias, proporcionando así a sus

compañeros las raciones suplementarias que necesitaban.

• • •

En mayo de 1943, los rusos empezaron a tratar mejor a los prisioneros. Como explicó un cautivo, «deseaban que, después de la guerra, volviesen a casa algunos soldados». Acudieron médicos y enfermeras para hacerse cargo de los supervivientes; los agitadores políticos recorrieron los campos, buscando candidatos para un adiestramiento antifascista. Tras varios meses de adoctrinamiento, un alemán exclamó:

—Nunca supe que hubiese tantos comunistas en la Wehrmacht...

En la mayoría de los casos, quienes se volvían contra Hitler y Mussolini tenían en la mente un fin específico. La cooperación significaba una alimentación extra.

• • •

Miles de familias alemanas aún esperaban una palabra de sus seres amados de Stalingrado. En Frankfurt del Main, Kaethe Metzger vio cómo los aviones americanos arrasaban la ciudad en 1944. Cuando los Ejércitos aliados cruzaron el Rin en 1945, se dirigió a los suburbios y, después que Frankfurt hubo caído, volvió varias veces a su antiguo barrio para ver si alguien tenía noticias

de Emil. Kaethe nunca dudó de que volvería a verle, aunque cada vez que preguntaba a sus amigas si sus maridos habían tenido algún contacto con él, ellas movían la cabeza y se alejaban.

Después de la guerra, Frankfurt empezó a resurgir lentamente a la vida mientras los escombros eran retirados y la ciudad se convertía en el Cuartel general del Ejército aliado de ocupación. Cuando se empezaron a construir tiendas y casas de pisos en la zona céntrica, Kaethe halló un pequeño apartamento para Emil y para ella. Siguió aguardando durante los años de la guerra fría el puente aéreo de Berlín en 1948 y la llegada de los primeros y escasos prisioneros que volvían desde

detrás del telón de acero. Kaethe se negó a perder las esperanzas. El 7 de junio de 1949, llegó un telegrama amarillo procedente de Frankfurt del Oder, dentro de la zona rusa de la Alemania oriental. Decía simplemente: «*Ich komme*. Emil.»

Kaethe lloró todo el día. Luego empezó a preocuparse sobre lo que tenía que ponerse para ir a esperar a Emil a la estación. Como una colegiala, se preparó para el regreso de su marido.

Emil y Kaethe reunidos en Alemania después de la guerra.

• • •

Mirando nerviosamente a través de la ventanilla del tren, Emil Metzger viajó a través de su abatida nación. Pasando ante exuberantes tierras de labranza, recordó la terrible devastación que había visto en Rusia y los seis años que había pasado en un campo de prisioneros de Siberia. ¿Hasta cuándo, se preguntaba, quedaría Alemania dividida, en bancarrota, como un paria en la familia de las naciones? ¿Habría sitio en aquel nuevo mundo para un hombre que había servido a una causa tan desacreditada?

El tren disminuyó la marcha y entró en

los enormes andenes de Frankfurt. Con el corazón martilleándole el pecho, Emil se levantó y desentumeció. Su pie derecho latió dolorosamente a causa de la bala aún incrustada en el talón, pero Emil no prestó atención mientras descendía al andén y era empujado por la frenética carrera de sus compañeros de viaje. De pronto, se encontró en medio de un alborotador e histérico grupo de civiles. Alguien gritó su nombre y asintió, ausente, con la cabeza, cuando un antiguo amigo le entregó un ramo de flores.

Entonces la vio a ella, de pie y silenciosa, apartada de la muchedumbre. Empujando a la gente que le rodeaba, no dejó de mirar a Kaethe, que tenía un

aspecto radiante con un traje estampado de brillantes colores. Llegó hasta ella, sus manos se unieron y luego se fueron juntos, sollozando y agarrados desesperadamente uno al otro. Pero mientras cubría de besos a su esposa, Emil se sintió de pronto inquieto. La mujer que ahora estaba a su lado era casi una extraña. Aunque no pasó ni una hora en el campo de prisioneros sin pensar en ella —en sus risas y en lo mucho que deseaba estar a su lado— le sobrecogió la idea de que, en sus nueve años de matrimonio, aquél era sólo el quinto día que pasaban juntos como marido y mujer.

EPÍLOGO: ENTRE LOS SUPERVIVIENTES

Coronel Wilhelm Adam. El ayudante de Paulus, se rindió con él en los grandes almacenes Univermag. En el campo de prisioneros, se unió al *Bund Deutsche Offiziere*, de inspiración comunista, un grupo «antifascista» que radiaba llamamientos a los ciudadanos del III Reich contra el régimen de Hitler. Después de la guerra, Adam volvió a su hogar en la Prusia oriental y se convirtió en un funcionario del Gobierno

comunista de la República Democrática Alemana.

Coronel Nikolái Batiuk. El artrítico comandante de la 284.ª División soviética en la colina Mámaiev fue ascendido a general y murió después en otra batalla en el oeste de Rusia.

Capitán Winrich Behr. «Teddi» Behr, entró como ejecutivo en una compañía telefónica de Alemania occidental, manteniendo estrechas relaciones con Nikolaus von Below y Arthur Schmidt, sus confidentes desde los días del *Kessel*.

Coronel Günter von Below. En cautiverio hasta 1955, con un «núcleo

duro» de oficiales del VI Ejército, Below se retiró a Bad Godesburg, Alemania occidental. Se mantuvo constante en su afecto y respeto hacia Friedrich von Paulus.

Oficial de Intendencia Karl Binder. Sobrevivió a la marcha de la muerte y, en 1948, regresó a su casa, en Swábisch-Gmund, al sudeste de Stuttgart. En su modesto apartamento, el siempre eficiente pensionista confeccionó una lista no oficial de aquellos alemanes que regresaron de las prisiones soviéticas. De los ciento siete mil soldados del VI Ejército llevados a campos de prisioneros, en 1943, encontró menos de cinco mil

supervivientes.

Teniente Felice Braca. Empleado en el Banco Nazionale del Lavoro, en Roma, el temerario Bracci llevó a cabo otra de las ambiciones de su vida. En 1969, vio las pirámides a las que había renunciado en 1942, a fin de explorar las estepas de Rusia.

Soldado Ekkehart Brunnert. Tras una larga recuperación de las heridas sufridas en Stalingrado, Brunnert volvió a las líneas del frente, en 1945, en torno de Berlín. Herido por segunda vez, escapó a la captura por el Ejército Rojo y volvió a su casa en Boblingen.

Teniente Cristóforo Capone. Cuando

el «perillán» llegó a su casa, en 1946, como un demacrado extraño, su hija Giuliana se echó atrás, chillando: «Mamá, ¿quién es este hombre? Echalo». Además de una brillante carrera como especialista del corazón, Capone gozó de una legendaria reputación por su valor, según los cantaradas que sufrieron con él privaciones en la prisión. Más de cien mil soldados italianos fueron al cautiverio con el doctor, pero sólo doce mil vieron de nuevo la soleada Italia.

Capitán Ignati Changar. Tras recuperarse de sus extensas heridas en la cabeza, en el hospital de Novosibirsk, el jefe de comandos se casó con la

enfermera que tanto se había conmovido ante su cabello prematuramente blanco. Changar fue a residir en Tel Aviv, Israel, donde, solemnemente, con el autor, alzó vasos de vodka en memoria de sus camaradas caídos en Stalingrado.

Sargento Tania Chernova. Más de un cuarto de siglo después de su *vendetta* contra el enemigo, la encanecida francotiradora continuaba refiriéndose a los alemanes que mató como «bastones» que rompía. Durante muchos años después de la guerra creyó que Vasili Zaitzev, su novio, había muerto de sus graves heridas. En 1969 se enteró de que se había recuperado y que se casó con otra. La noticia la aturdió, pues aún

lo amaba.

General Vasili Chuikov. El gran jefe del 62.° Ejército, rebautizado como 8.° de la Guardia, lo condujo al glorioso triunfo de Berlín, en mayo de 1945. Recompensado con las mayores condecoraciones y honores, se convirtió después en comandante de todas las fuerzas rusas terrestres en el período de posguerra. En 1969, el mariscal voló a Washington para representar a la Unión Soviética en los funerales de Dwight D. Eisenhower. Chuikov pasó después a su *dacha* en el campo, cerca de Moscú.

Teniente Piotr Deriabin. Alistado en la policía secreta rusa, Deriabin desertó

en 1954 y reveló parte de la red de espionaje europeo de la KGB a los funcionarios de la CIA.

Teniente Antón Dragan. Después de la guerra escribió una carta a Chuikov explicándole que había sido jefe del 1.° batallón, 42.° regimiento, de la 13.ª División de la Guardia. Fue la primera prueba que tuvo Chuikov de que había sobrevivido alguien del heroico grupo que combatió contra los alemanes en la estación principal de ferrocarril al borde del Volga. En 1958, Chuikov pasó parte de sus vacaciones con este antiguo camarada. En el hogar de Dragan, en la aldea de Likovitsa, reconstruyeron los horribles detalles del combate con el

que ganaron unos días preciosos para el 62.° Ejército, en septiembre de 1942.

Mijail Goldstein. El violinista huyó a Occidente durante una gira por los países de la Europa oriental, en la década de 1960. Cuando el autor le visitó, aún llevaba a cabo ocasionalmente algunos conciertos y daba clase a estudiantes de conservatorio.

Capitán Hersch Gurewicz. Mientras trabajaba como censor del correo, el oficial de una sola pierna interceptó una carta escrita por su padre y le siguió la pista hasta Berlín. Cuando Gurewicz se encontró ante él, su padre estalló en

lágrimas, pues creía que Hersch había muerto durante la guerra. Algunos años después, contó a su hijo que la familia Gurewicz era judía, hecho que había ocultado para protegerlo del virulento antisemitismo reinante en la Unión Soviética. Gurewicz emigró a Israel, donde sufrió otra herida de guerra: un francotirador árabe le hirió en un brazo.

La enfermera a la que amaba en Stalingrado no murió. Milagrosamente recuperada de la pérdida de ambas piernas, se casó y tuvo varios hijos.

General Franz Halder. Obligado al retiro por Hitler, Halder se unió al abortado atentado contra la vida del Führer. Condenado a muerte, fue

salvado por los Aliados en las últimas semanas de la guerra. Algunos años después, ayudó a los historiadores americanos a escribir la historia de la Wehrmacht en la Segunda Guerra Mundial.

General Ferdinand Fieim. Obligado a afrontar un juicio por deserción del servicio, el comandante del 48.° Cuerpo Panzer pasó meses en la prisión de Moabit esperando el castigo. Sólo cuando el mariscal Keitel intercedió por él ante Hitler, Heim fue liberado. Pasó a vivir en la ciudad de Ulm, Alemania occidental.

General Hermann Fioth. En sus

comentarios de posguerra, «Papá» Hoth afirmó que Paulus podía haber salido del *Kessel*, en diciembre de 1942, y alcanzado la columna de socorro que se aproximaba. Achacoso por la edad, el jefe de los *panzers*, a los ochenta y cinco años, se confinó en su hogar, en Goslar, Alemania occidental.

Dr. Ottmar Kohler. Haciendo el equipaje para abandonar la cárcel de Rusia, en 1949, el doctor escuchó atónito cómo un funcionario soviético de la NKVD lo sentenciaba a otros veinte años de cárcel por actividades de espionaje. Repatriado finalmente, en 1955, con el último contingente de prisioneros de Stalingrado, Kohler fue

recibido como un héroe a su regreso a Alemania occidental. El Gobierno de Bonn lo condecoró por su extraordinario trabajo en favor de sus compañeros cautivos y fue conocido por el nombre de «El ángel de Stalingrado». Continuó ejerciendo de cirujano en la ciudad de Idar-Oberstein, Alemania occidental.

Teniente Wilhelm Kreiser. Herido en el sótano de patatas que ocupaba cerca de la fábrica de armas Barricada, Kreiser se salvó de la muerte cuando un transporte Heinkel aterrizó cerca de él en una extensión nevada y lo llevó a la salvación. La casa del teniente está en Ulm, Alemania occidental.

Comisario político Nikita jruschov. Después de la muerte de Stalin, en 1953, Jruschov alcanzó el poder supremo del Estado comunista. Derribado en 1964, reveló después en sus *Memorias* lo que ningún funcionario soviético había admitido: que en Stalingrado numerosos prisioneros alemanes habían sido asesinados a tiros por los guardianes rusos.

General Nikolái Krilov. El jefe de Estado Mayor de Chuikov durante los sombríos días de Stalingrado, ascendió luego en el Ejército Rojo. En la década de 1960, el mariscal mandaba todas las fuerzas estratégicas soviéticas de misiles. Murió en 1972.

Coronel Iván Liudnikov. El defensor de la pequeña faja de tierra detrás de la fábrica de armas Barricada fue nombrado héroe de la Unión Soviética por su tenaz resistencia. En 1968, el retirado general volvió al lugar de su victoria y fue un huésped agasajado de la ciudad de Stalingrado.

General Rodión Malinovski. Cuando Jruschov se convirtió en primer ministro, nombró al corpulento Malinovski ministro de Defensa. En mayo de 1960, en una conferencia de Prensa en París, los dos hombres denunciaron acaloradamente al presidente Eisenhower por el

malhadado vuelo de Francis Gary Powers con su U-2; la prevista reunión en la cumbre nunca se celebró. Malinovski murió en 1967.

Mariscal de campo Erich von Manstein. Frustrado en su intento de salvar al VI Ejército, Manstein llevó a cabo un milagro al conservar abierta la ciudad portuaria de Rostov hasta mediados de febrero de 1943, permitiendo a la mayor parte del grupo de Ejércitos alemán en el Cáucaso escapar al cerco. Destituido por Hitler, en 1944, por diferencias de opinión sobre la estrategia general, Manstein se enfrentó con acusaciones de crímenes de guerra por haber permitido a los

Einsatzgruppen exterminar judíos en el territorio a su mando. Exonerado, escribió unas discutidas *Memorias* en las que culpó a Paulus por no haber abierto brecha en el *Kessel*, en diciembre de 1942. No obstante, Manstein omitió el hecho de que nunca dio la palabra cifrada «Trueno» que, según Paulus, era requisito indispensable para llevar a cabo la operación.

Teniente Emil Metzger. Con la bala de Stalingrado aún incrustada en su talón derecho más de veinte años después, Emil y su esposa, Kaethe, residían en Frankfurt, con una pensión del Gobierno. Un visitante asiduo de su apartamento

fue el hijo del oficial que ocupó el lugar de Emil en la rotación de permisos para poder casarse. Este oficial murió en una prisión de Siberia y nunca vio a su hijo, un eminente abogado.

Capitán Gerhard Meunch. Después de servir como oficial de Estado Mayor general en el Alto Mando de las fuerzas armadas alemanas, Meunch empleó muchos años de la posguerra en la enseñanza y en los negocios. Reingresado en el recién creado Ejército de la Alemania occidental, el *hundeswehr*, en 1956, se le confirió la graduación de general.

Teniente Hans Oettl. Habiéndosele

permitido regresar a su hogar en 1949, Oettl se casó y volvió a ocupar su puesto en la administración municipal de Múnich.

Mariscal de campo Friedrich von Paulus. Excepto en una breve visita a Nuremberg para testificar contra los jefes nazis, Paulus pasó el resto de su vida tras el telón de acero. Vivió en Rusia hasta 1952, luego se trasladó a Dresde, en Alemania oriental. Nunca volvió a ver a Coca, su mujer. Dado que había permitido que empleasen su nombre un grupo de oficiales «antifascistas» en las cárceles soviéticas, la Gestapo encarceló a su esposa. Rescatada de un centro de

detención en los Alpes por los soldados americanos, Coca murió en Baden-Baden en 1949.

Los últimos años de Paulus fueron muy amargos. Injuriado por algunos críticos debido a su servilismo respecto de Hitler, dolido por historias y memorias en que le acusaban de timidez, escribió numerosas refutaciones de aquellos cargos. Su hijo Ernst lo visitó varias veces; su otro hijo, Alexander, resultó muerto en Anzio en 1944. Paulus creía que el comunismo era la mejor esperanza para la Europa de posguerra y Ernst observó tristemente que su padre «se había pasado al otro lado».

El mariscal de campo murió en 1957, tras una penosa enfermedad. En 1970, su

hijo Ernst se suicidó. Tenía cincuenta y dos años, la edad de su padre cuando rindió su VI Ejército en Stalingrado.

Sargento Jacob Páulov. Héroe de la Unión Soviética por su defensa durante cincuenta y ocho días de la casa de pisos de la calle Soléshnaia, Pávlov luchó hasta Berlín. Desde aquel día fue conocido por incontables admiradores como «El propietario de una casa», debido a su increíble hazaña.

Sargento Alexéi Petrov. En la primavera de 1943, Petrov se enteró de horribles noticias respecto de su familia. Una cuñada le escribió que toda su familia, según informes, había sido

asesinada por los soldados nazis de ocupación. La información era exacta: Petrov nunca encontró el menor rastro de sus familiares.

Sargento Albert Pflüger. Con su brazo herido aún infestado de piojos, Pflüger se dirigió a la prisión, donde posteriormente contrajo el tifus. Liberado en 1949, fundó su hogar en un suburbio de Stuttgart, Alemania occidental.

General Carl Rodenburg. Como uno de los «incorregibles», a los cuales el Gobierno ruso retuvo en la cárcel hasta 1955, el hombre del monóculo, Rodenburg, pasó a residir en Lubeck,

Alemania occidental.

General Alexandr Rodimtzev. Por su valiente dirección de la ilustre 113.ª División de la Guardia, el joven general fue nombrado héroe de la Unión Soviética por segunda vez. Retirado del servicio activo en 1966, fue a vivir a Kiev.

General Konstantín Rokossovski. Stalingrado fue sólo una de las muchas victorias de aquel general nacido en Polonia, en su largo camino hasta Berlín. Ascendido después a mariscal, murió de cáncer en 1968.

Rudolph Rossler. El 16 de enero de 1943, el director del espionaje soviético

en el centro de Moscú radió felicitaciones a la red «Lucía», en Suiza, por su ayuda en la derrota de los alemanes en torno a Stalingrado. Descubierto finalmente como espía por la policía suiza, Rossler estuvo un breve tiempo en la cárcel y murió en 1958 sin haber revelado sus fuentes dentro del Alto Mando alemán.

General Arthur Schmidt. El hombre del que Hitler dijo que «firmaría cualquier cosa», demostró en el cautiverio ser uno de los más testarudos prisioneros retenidos por los rusos. Sentenciado a largos confinamientos en solitario y maltratado físicamente, el acosado Schmidt siempre rehusó

cooperar con las autoridades soviéticas que deseaban emplear su nombre contra el Gobierno nazi. En octubre de 1955, volvió a Hamburgo. Durante años, el general ha sido una figura muy discutida. Sus mayores detractores le acusaron de que tenía dominado a Paulus y que hizo durar la batalla más allá de los limites humanos. Schmidt negó con vehemencia que influyera en Paulus y alegó que raramente, sino nunca, discutió sus decisiones. Sin embargo, en un punto no hay duda: durante las últimas semanas en el interior del *Kessel*, la determinación de Schmidt de continuar la lucha fue mucho más allá de la apática determinación de Paulus de aceptar el desastre.

Coronel Herbert Selle. Escapado del *Kessel* en enero, Selle se hizo famoso por su oposición al partido nazi. Sus asociaciones con hombres que luego intentaron matar a Hitler estuvieron a punto de costarle la vida. Al igual que Schmidt, pasó a vivir en Hamburgo, Alemania occidental.

General Walther Seydlitz-Kurzbach. Uno de los principales promotores de la *Bund Deutsche Offiziere*, que radiaba emisiones contra Hitler, Seydlitz cosechó amargos frutos. El gobierno nazi obligó a su esposa a divorciarse de él. Su nombre se convirtió en un anatema para los patriotas alemanes y, cuando

rehusó un cargo en el gobierno comunista de la Alemania oriental, los rusos lo sentenciaron a veinticinco años de trabajos forzados. Repatriado en 1955 a Alemania occidental, tuvo que hacer frente a un glacial silencio por parte de sus antiguos amigos y la masa del pueblo alemán. A los ochenta años restauró un poco su imagen. En la ola de revulsión contra la tiranía de Hitler, las violentas denuncias de los dirigentes nazis le ganaron algún favor por parte de la generación más joven.

Comandante Nikolái Tomskuschin. El oficial que abandonó los pensamientos suicidas porque creía que debía vivir para ver a su hijo Vladimir, nunca

volvió a su hogar en Rusia. Enviado a Alemania como obrero esclavo, sobrevivió a la brutal prisión. Pero después de la guerra, al igual que muchos rusos, Tomskuschin temió las represalias por parte de los suspicaces jefes del Kremlin y se negó a subir a un tren que le hubiera llevado a la Unión Soviética. Sus temores eran justificados. Miles de ex prisioneros volvieron a casa para enfrentarse con el pelotón de ejecución o condenas de cárcel por diversos crímenes, reales o imaginarios: colaboracionismo, deserción en el campo de batalla o simplemente contaminación de ideas occidentales.

Sargento Hubert Wirkner. Quemado, con congelaciones y aquejado de fiebre

tifoidea, Wirkner se acurrucó durante unas dos semanas en un sótano de Stalingrado hasta que unos amables soldados rusos lo condujeron al cautiverio. Declarado incapacitado para el trabajo, fue liberado del campo de prisioneros en 1945. Pasó a residir en Karlsruhe, Alemania occidental, se casó y tuvo dos hijos.

General Andréi Yeremenko. Publicó una trilogía acerca de la guerra ruso-alemana en la cual condenó los errores de estrategia de Stalin durante el primer año de la guerra. Sin que le concedieran pleno crédito por sus iniciales tácticas defensivas contra las arremetidas de los *panzers* del general Hoth, al sur de

Stalingrado, en agosto de 1942, nunca disfrutó del elogio de toda la nación por su participación en la batalla. Yeremenko murió en 1971.

Teniente Vasili Zaitzev. El superfrancotirador se acreditó matando a 242 alemanes en Stalingrado, antes que la explosión de una mina terrestre le cegara temporalmente. Aclamado como héroe de la Unión Soviética, se casó y se estableció en Kiev como director de una escuela de ingeniería.

Mariscal Gueorgui Zhúkov. El artífice de la contraofensiva en Stalingrado no acabó de tener un apropiado reconocimiento de aquel

hecho hasta después de la caída del poder de Jruschov, en 1964. Obligado al retiro tras un desacuerdo con el primer ministro, Zhúkov fue rehabilitado por Brezhnev y Kosiguin y se le permitió publicar su versión de la batalla de Stalingrado y de otras batallas. Zhúkov vivió en una casa de campo en las cercanías de Moscú. Murió en 1974.

Comandante Coeslestin von Zitzewitz. El discutido «observador» dentro del *Kessel* se dedicó, después de la guerra, a los negocios, en Hannover, Alemania occidental. Siempre negó que fuera un espía de Hitler, colocado allí debido a la carencia de fe por parte de Hitler en el mando del VI Ejército.

Zitzewitz murió en 1962.

AGRADECIMIENT

Durante cuatro años muchas personas contribuyeron a este libro con su tiempo y sus conocimientos. Mostraron una gran hospitalidad y amabilidad respecto de un extranjero. Mis sinceros agradecimientos los hago extensivos a los siguientes:

Alexandr Akimov, Giuseppe Aleandri, Wilhelm Alter, Max Aust, Helmut Bangert, Herbert Barber, Dora Barskaia, Raía Barskaia, Shura Barskaia, Heinrich Bardes, Eugen Baumann, Winrich Behr, Günter von Below, Luba Bessanova, Karl Binder, Felice Bracci, Hans Braunlein, Friedrich Breining, Franz

Brendgen, Franz Bróder, Mijail Bruk, Ekkehart Brunnert, Cristóforo Capone, Horst Caspari, Ignati Changar, Leo Checkver, Tania Chernova, señora David Dallin, Franz Deifel, Grigori Denísov, Piotr Deriabin, Fritz Dieckmann, Gerhard Dietzel, Karl Englehardt, Berthed Englert, Paul Epple, Clemens Erny, Isabella Feige, Karl Floeck, Georg Frey, Karl Gest, Werner Gerlach, Wilhelm Giebeler, Heinz Giessel, Jacob Grubner, Hersch Gurewicz, señora Kurt Hahnke, W. Averell Harriman, Gerhard Hässler, Adolf Heusinger, Otto von der Heyde, R. M. A. Hirst, señora Hermann Hoth, Gueorgui Isachenko, Donat Ismaiev, Lucyjarvis, Vasili Jirjea, Hansjülich,

Dionys Kayser, Leah Kalei, Antón Kappler, Hermann Kästle, Liora Keren, Fritz Kliem, Heinrich Klotz, Herbert Kreiner, Wilhelm Kresier, Ottmar Kohler, Vadim Komolov, August Kronmüller, Joseph Lapide, Heinz Lieber, Josef Linden, Eberhard von Loebbecke, Alexandr Makarov, Veniero Marsan, Xaver Marx, Emil Metzger, Josef Metzler, Gerhard Meunch, Heinz Neíst, Hans Oettl, Karl Ostarhild, Vittorio Paolozzi, Ernst Paulus, Wolf Pelikan, Alexéi Petrov, Albert Pflüger, Boris Pishchik, Wilhelm Plass, Rudi Pothmann, Mesten Pover, Vincenzo Pugliese, Ugo Rampelli, Enrico Reginato, Herbert Rentsch, Carl Rodenburg, Manfred Rohde, Stelio

Sansone, Ciril Sazikin, Arthur Schmidt, Albert Schón, Heinz Schröter, Hatis Schueler, Kurt Siol, Gottlieb Slotta, Abraham Spitkovski, Oskar Stange, Eugene Steinhilber, Girolamo Stovali, Friedrich Syndicus, Rudolf Taufer, Nikolái Tomskuschin, Andrea Valletta, Siegfried Wendt, Hubert, Wirkner, Ernst Wohlfahrt, Piotr Zabavskij.

Hubo otros cuya generosa asistencia facilitó grandemente mi viaje a través de tres continentes y a lo largo de 80.000 km: Konrad Ahlers, William E. Andersen, Ronay Arlt, James Atwater, Charles E. Bohlen, Patricia Carey, Edward Craig, Anatoli Dobrinin, Virginia Gough, Donald Irwin, Siegfried

Kaiser, Eugene King, Joseph Kolarek, David Laor, Renata Libner, profesor Edward A. McCormick, Neville Nordness, Charles E. Northrop, Doris Orgel, A. A. Pishchotkin, P. Ramroth, profesor John Roche, Eugenie Schneider, Joseph Skobel, G. Sosin, Malcolm Tarlov, profesor Peter Viereck, Lucien Weisbrod, Hans Willee.

Los archivos y archiveros han sido de inmenso valor para mi investigación:

En Estados Unidos: Office Chief of Military History, Washington, D.C.: Charles MacDonald, Hannah Zeidlik, Earl Ziemke; The Federal Records Center, Alexandria, Virginia: Widbur Nigh y Lois Alridge; Archivos

Nacionales, Washington, D.C.: Joseph Bauer, Thomas Hohmann y John Taylor; The Library of Congress; The New York Public Library, Oficina principal; Columbia University, Butler Library e International Affairs Library; Universidad de Yale, Sterling Memorial Library; Universidad de Harvard, Widener Library; Westport, Connecticut Public Library.

En Europa: *Friburgo*: Centro de Investigaciones de Historia Militar: señores Arenz, Hermann y Stahl; *Munich*: Comisión para la Historia de los prisioneros de guerra alemanes: Dr. Erich Maschke; Instituto para el estudio de la URSS: León Barat, Peter Krushin; Instituto de Historia Mundial;

Nuremberg: Club de antiguos combatientes en Stalingrado.

En Israel: *Jerusalén*: Centro de Documentación Yad Vashem.

En Rusia: *Volgograd*: Museo de Defensa de Volgograd, coronel Grigori Denísov.

Y, finalmente, doy especialmente las gracias a los más íntimamente relacionados con mi proyecto:

A las oficinas del *Reader's Digest* en Stuttgart: Fran Morike, Brigitte Berg, Annalise Gekeler y, en particular, al desaparecido Amo Alexy; en *Roma y Milán*: doctores Fiocca y Polla; en *Washington*: Julie Morgan; en *Nueva York*: Jo Ann Schuman.

A Conrad Sponholz y a los directivos

de la MacDowell Colony, en Peterboro, New Hampshire, por darme la oportunidad de poder concentrar mis ideas.

A Richard Barón, que durante mucho tiempo me ayudó a llevar la carga de mi trabajo.

A mi agente, Don Congdon, que tan pacientemente me oyó y aconsejó.

A Mrs. Dora Israel, brillante investigadora, que localizó y tradujo diligentemente la mayor parte del material ruso.

A Kenneth Wilson, un hombre amable cuya fe y apoyo tanto significaron para mí.

Al director de publicaciones, Nancy Kelly, cuya profunda sensibilidad ante la

historia y hacia el autor influyó decisivamente en la redacción final.

Y, muy particularmente, a Bruce Lee, redactor jefe de Reader's Digest Press, cuyo constante aliento y agudo criterio editorial contribuyó en gran medida a dar forma al manuscrito. Desde el primer momento, él, más que ningún otro, comprendió las complejidades y magnitud del esfuerzo. Le estoy profundamente agradecido.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

Accoce, Pierre, y Quet, Pierre. *The Lucy Ring*. Londres, 1967.

Adam, Wilhelm. *The Hard Decision*. Berlín E., 1967.

Afanasiev, I. F. *House of the Soldiers Fame*. 2.ª ed. Volgogrado, 1966.

Agapov, B. *After the Battle — Stalingrad Sketches*. Londres, 1943.

Armstrong, J. A., ed. *Soviet Partisans in World War II*. Madison, Wis., 1964.

Bachurin, A. P. *Front Line Memoirs*. Moscú, 1962.

Baldwin, Hanson W. *Battles Lost and*

Won. Nueva York, 1966.

Batov, P. I. *In Campaigns and Battles*. Moscú, 1962.

Bekker, Cajus. *The Luftwaffe War Diaries*. Nueva York, 1968.

Belov, K. S. *From the Volga to Prague*. Moscú, 1966.

Bergschicker, Heinz. *Stalingrad: Battle on the Volga*. Berlín E., 1960.

Biriukov, N. I. *Battle for Stalingrad*. Volgograd, 1962.

—. *Two Hundred Days in Battle*. Volgograd, 1963.

Biriusov, S. S. *Rough Years*. Moscú, 1966.

—. *When the Cannons Thundered*. Moscú, 1962.

Carell, Paul. *Hitler Moves East 1941-*

1943. Boston, 1965.

Cassidy, Henry. *Moscow Dateline*. Boston, 1943.

Chuikov, V. I. *TheArmy of Mass Heroism*. Moscú, 1958.

—. *The Battle for Stalingrad*. Nueva York, 1964.

—. *Heroism Without Precedent*. Moscú, 1965.

—. *One Hundred Eighty Days in Battle Fire*. Moscú, 1962.

Churchill, Winston. *The Second World War*. 6 vols. Boston, 1948-1953.

Chuianov, A. S. *Stalingrad Is Reviving*. Moscú, 1944.

Clark, Alan. *Barbarossa*. Nueva York, 1964.

Conquest, Robert. *The Great Terror*.

Nueva York, 1968

Dahms, Hellmuth. *History of the Second World War*. Tubinga, 1965.

Dallin, Alexander. *Germán Rule in Russia, 1941-1945*. Londres, 1957.

Deriabin, Peter, y Gibney, Frank. *The Secret World*. Nueva York, 1959.

Dibold, Hans. *Doctor at Stalingrad*. Londres, 1958.

von Dieckhoff, Gerhard. *The Third Infantry Division (Motorized)*. Gotinga, 1960.

Doerr, Hans. *The Campaign of Stalingrad*. Darmstadt, 1955.

Druzhinin, D. V. *Two Hundred Fiery Days*. Moscú, 1968.

Epic Story of Stalingrad, The. (Recopilación.) Londres, 1943.

Erickson, John. *The Soviet High Command*. Londres, 1962.

Fight for Stalingrad, The. (Recopilación.) Volgograd, 1969.

Filimonov, B. V. *The Immortals*. Volgograd, 1965.

Filippov, N. *Northwest of Stalingrad*. Moscú, 1952.

Freidin, Seymour, y Richardson, William, eds. *The Fatal Decisions*. Nueva York, 1956.

Gehlen, Reinhardt. *The Service*. Nueva York, 1972.

Genkina, E. *Heroic Stalingrad*. Moscú, 1943.

Gerasimov, E. *The Stalingradians*. Moscú, 1950.

Gerlach, Heinrich. *The Forsaken*

Army. Munich, 1957.

Gilbert, Félix, ed. *Hitler Directs His War*. Nueva York, 1950.

Glukhovski, S. D. *Liudnikov's Island*. Moscú, 1963.

Goerlitz, Walter, *Paulus and Stalingrad*. Nueva York, 1963.

Gorbatov, A. V. *Years and Wars*. Moscú, 1965.

Grams, Rolf. *The Fourteenth Panzer Division, 1940-1945*. Bad Nauheim, 1957.

Grossman, V. I. *Stalingrad Hits Back*. Moscú, 1942.

Gummer, I., y Harin, Y. *Heroes of the Big Battle*. Volgograd, 1962.

Hart, B. H. Liddell. *The German Generais Talk*. Nueva York, 1948.

Heiber, Helmut, ed. *Hitler´s Strategy Talks*. Stuttgart, 1962.

Heusinger, Adolf. *Hitler and the Army High Command 1923-1945*. París, 1952.

Hindus, Maurice. *Mother Russia*. Nueva York, 1943.

Ingor, M. *Siberians — The Heroes of Stalingrad*. Moscú, 1954.

Jacobsen, H. A. *The Second World War in Chronicle and Document*. Darmstadt, 1960.

—, y Rohwer, J. *Battles of the Second World Ward*. Frankfurt, 1960.

Jukes, Geoffrey. *Stalingrad: The Turning Point*. Nueva York, 1968.

Kantor, A., y Tazurin, A. *The Volgarains in the Battles Around*

Stalingrad. Stalingrado, 1961.

Kazakov, V. I. *The Turning Point*. Moscú, 1962.

Khrushchev, N. S. *Khrushchev Remembers*. Boston, 1970.

Killen, John. *A History of the Luftwaffe, 1915-1945*. Nueva York, 1967.

Kluge, Alexander. *The Battle*. Nueva York, 1967.

Kolesnik, A. D. *The Great Victory on the Volga, 1942-1943*. Moscú, 1958.

Konsalik, Heinz G. *Stalingrad*. Bayreuth, 1968.

Koren, L. P. *There Is a Cliffon the Volga*. Moscú, 1969.

Korets, L. B. *The Soviet Air Force in the Battle of Stalingrad*. Moscú, 1959.

Koroteev, V. *I Saw It*. Moscú, 1962.
—. *Stalingrad Miracle*. Moscú, 1966.
—. *Stalingrad Sketches*. Moscú, 1954.
Lentchevski, V. E. *Eighty Days Under Fire: Recollections of a Scout*. Moscú, 1961.
—. *Trial hy Fire: Recollections of an Intelligence Officer*. Volgograd, 1964.
Lenz, Friedrich. *Stalingrad—The Lost Victory*. Heildelberg, 1956.
Levin, Nora. *The Holocaust*. Nueva York, 1968.
Lochner, Louis, ed. *The Goehbels Diaries*. Nueva York, 1948.
Loginov, I. M. *The Militia in the Battle for Its Homeland*. Volgograd, 1963.
von Manstein, Erich. *Lost Victories*.

Chicago, 1958.

von Mellenthin, Friedrich W. *Panzer Battles*. Londres, 1955.

Menshikov, M. P. *The Stalingrad Battle*. Stalingrado, 1953

Morozov, I. K. *The Fight for the Volga*. 2.ª ed. Volgograd, 1962.

—. *The Regiments Fought Like Guards*. Volgograd, 1962.

Morzik, Fritz. *The German Transpon Command in the Second World War*. Frankfurt, 1966.

Nekrassov, V. P. *Front Line Stalingrad*. Londres, 1962.

Paderin, I. *In the Main Direction*. Moscú, 1959.

Pavlov, F. D. *In Stalingrad 1942 — Front Notes*. Stalingrado, 1951.

Perrault, Gilles. *The Red Orchestra*. Nueva York, 1969.

Philippi, Alfred, y Heim, Ferdinand. *The Campaign Against Soviet Russia 1941-1945*. Stuttgart, 1962.

Plievier, Theodor. *Stalingrad*. Traducción del alemán de Richard y Clara Winston. Nueva York, 1948.

Pollack, E. *Children of Stalingrad*. Nueva York, 1944.

Reginato, Enrico. *Twelve Years as a Prisoner in Russia*. Milán, 1955.

Reitlinger, Gerald. *The House Built on Sand*. Nueva York, 1964.

Rodimtzev, A. I. *On the Banks of the Manzanares and Volga*. Petrozavodski, 1966.

—. *On the Last Frontier*. Volgogrado,

1964.

—. *People ofLegendary Heroism*. Moscú, 1964.

von Rohden, H. *The Luftwaffe Struggle for Stalingrad*. Wiesbaden, 1950.

Röhricht, Edgar. *Problems of the Battle of Encirclement*. Karlsruhe, 1958.

Rokossovski, K. K. *The Soldier's Duty*. Moscú, 1968.

Rooney, Andrew A. *The Fortunes of War*. Boston, 1962.

Salisbury, Harrison. *The 900 Days*. Nueva York, 1969.

Salvatore, Umberto. *Bersaglieri on the Don*. Bolonia, 1966.

Samchuk, I. A. *The Thirteenth*

Guards. Moscú, 1971.

Samsonov, A. M., ed. *Stalingrad Epopeya*. Moscú, 1968.

—. *The Stalingrad Battle*. Moscú, 1960, 2.ª ed., 1968.

—. *Under the Walls of Stalingrad*. Moscú, 1953.

Sanzhara, A. *The Heroism of the Thirty-Three*. Vladivostok, 1964.

Scheibert, Horst. *Relief Operation Stalingrad*. Neckargemund, 1968.

—. *To Stalingrad — 48 Kilometers*. Neckargemund, 1956.

Schneider, Franz, y Gullans, Charles, trads. *Last Letters from Stalingrad*. Nueva York, 1962.

Schramm, Percy Ernst., ed. *War Diary of the Army. High Command*. Frankfurt,

1961.

Schröter, Heinz. *Stalingrad*. Traducción de Constantine Fitzgibbon. Nueva York, 1958.

Selishchev, I. P. *The Volga in Flames*. Moscú, 1963.

Selle, Herbert. *The Tragedy of Stalingrad*. Hannover, 1948.

Semin, I. A. *Stalingrad Tales*. Moscú, 1961.

Seth, Ronald. *Stalingrad: Point of Return*. Nueva York, 1959.

Shirer, William L. *The Rise and Fall of the Third Reich*. Nueva York, 1959.

Simonov, K. *Days and Nights*. Nueva York, 1945.

Stalingrad: An Eyewitness Account by Soviet Correspondents and Red Army

Commanders. Londres, 1943.

Stupov, A. D., y Kokunov, V. L. *The Sixty-Second Army in the Stalingrad Battles*. 2.ª ed. Moscú, 1953.

von Telpuhovsky, B. S. *The Soviet History of the Great Fatherland War, 1941-1945*. Frankfurt, 1961.

von Tippelskirch, Kurt. *History of the Second World War*. Bonn, 1951.

Toepke, Gunter. *Stalingrad: How It Really Was*. Stade, 1949.

Turla, Don Guido. *Seven Rubies to the Chaplain*. Milán, 1970.

Umansky, R. G. *At the Battle Frontiers*. Moscú, 1960.

Valori, Aldo. *The Campaign in Russia*. Roma, 1950.

Vasiliev, A. V. *The Great Victory on*

the Volga. Moscú, 1965.

—. *In the Days of the Great Fight*. Stalingrado, 1958.

Vinokur, L. *The Seventh Guards*, Volgograd, 1962.

Vodolagin, M. A. *The Defense of Stalingrad*. Stalingrado, 1948.

—. *Outline of the History of Volgograd*. Moscú, 1968.

—. *Stalingrad in the Great Patriotic War, 1941-1943*. Stalingrado, 1949.

—. *Under the Walls of Stalingrad*. Moscú, 1960.

Voronov, N. N. *Service in War*. Moscú, 1963.

Warlimont, Walter. *Inside Hitler's Headquarters, 1939-1945*. Nueva York, 1964.

Weinert, Erich. *Memento Stalingrad*. Berlin E., 1951.

Werth, Alexander. *Russia at War 1.941-1945*. Nueva York, 1969.

—. *The Year of Stalingrad*. Londres, 1946.

Werthen, Wolfgang. *History of the Sixteenth Panzer División*. Bad Nauheim, 1958.

Wieder, Joachim. *Stalingrad: How It Really Was*. Munich, 1962.

—. *The Tragedy of Stalingrad*. Deggendorf, 1955.

Wilmot, Chester. *The Struggle for Europe*. Nueva York, 1952.

Wolfe, Bertram. *Three Who Made a Revolution*. Nueva York, 1948.

Yeremenko, A. I. *Stalingrad*. Moscú,

1961.

Yevgeniev, R *Yerzovka*. Kazan, 1966.

Yuriev, V. *The Great Victory in Stalingrad*. Moscú, 1943.

Zaitsev, V. *Notes of a Sniper*. Vladivostok, 1956.

Zamiatin, N. M., y otros. *The Fight for Stalingrad*. Moscú, 1943.

Zarubina, A. D. *Women in the Defense of Stalingrad*. Stalingrado, 1958.

Zelma, G. *Stalingrad: July 1942-February 1943*. Moscú, 1966.

Zhematis, F. R. *The Stalingrad Battle*. Moscú, 1953.

Zhilin, R A. *The Principie Operations ofthe Great Fatherland War, 1941-1945*. Moscú, 1956.

Zhúkov, G. K. *Marshal Zhukov's*

Greatest Battles. Nueva York, 1969.

—. *The Memoirs of Marshal Zhúkov*. Nueva York, 1971.

Ziemke, Earl. *Stalingrad to Berlin: The German Campaign in Russia 1942-1945*. Washington, D.C., 1968.

DOCUMENTOS

Archivos de Friburgo y Archivos Nacionales, Washington, D. C:

Ia. Mapas de situación. Diario de guerra, 12. Rusia. Mapas de situación para el sector sur del frente ruso. Mayo-julio de 1942.

Ia, Ic/Ao, Volumen de apéndices, Diario de guerra, 12. Rusia. Informes y mensajes en teletipo relativos a la situación táctica y a las operaciones de las unidades del VI Ejército en las zonas de Izium y Volchansk y las operaciones «Wilhelm» y «Blau» ; informes del Servicio secreto sobre las operaciones del enemigo, identificación de tropas,

movimientos y pérdidas, y mapas (1: 300.000), mostrando el agrupamiento táctico de las unidades del enemigo en las zonas de Stari Oskov y Biélgorod. 20-24 de junio de 1942.

Ia, Ic, Volumen de apéndices, Diario de guerra, 12. Rusia. Informes, órdenes y mensajes en teletipo relativos a la situación táctica y operaciones de las unidades del VI Ejército en las zonas de Vorónezh, Voronovka, Krásnoie y Pávlovsk; informes del Servicio secreto sobre operaciones del enemigo, identificación de tropas y movimientos, botín capturado y prisioneros de guerra. 7-11 de julio de 1942.

Ia, Ic/Ao, Volumen de apéndices, Diario de guerra, 13. Rusia. Informes,

órdenes y mensajes de teletipo referentes a la situación táctica y operaciones, municionamiento y situación del abastecimiento de combustible de las unidades del VI Ejército en la zona del recodo del río Don al oeste de Stalingrado; informes del Servicio secreto acerca de las operaciones del enemigo, identificación, movimientos de tropas y un bosquejo que muestra la agrupación táctica de las unidades del enemigo en la zona de Serafimóvich. 8-13 de agosto de 1942.

Ia, Ic, Volumen de apéndices. Diario de guerra, 13. Rusia. Informes, órdenes y mensajes de teletipo pertenecientes a la situación táctica y operaciones, cadena del mando y disponibilidades de

combate de las unidades del VI Ejército en la zona del río Don; informes del Servicio secreto acerca de operaciones del enemigo, identificación y movimientos de tropas y un gráfico que muestra el agrupamiento táctico del 8.° Flieger Korps en la zona del río Don. 14-19 de agosto de 1942.

Ia, Ic, Volumen de apéndices, Diario de guerra, 13. Rusia. Informes y mensajes de teletipo relativos a la situación táctica y operaciones, subordinación y disponibilidades de combate de las unidades del VI Ejército en la zona de los ríos Don y Volga e informes del Servicio secreto acerca de operaciones del enemigo, movimiento de tropas e identificación. 20-25 de

agosto de 1942.

Ia, Ic/Ao, Volumen de apéndices, Diario de guerra, 13. Rusia. Informes y mensajes de teletipo relativos a la situación táctica, operaciones y orden de batalla de las unidades del VI Ejército en la zona Don-Volga; informes del Servicio secreto acerca de las operaciones del enemigo y movimientos de tropas, y una información del enemigo, el boletín «Stalingrado», que da una visión general sobre la situación del enemigo, tácticas y disponibilidades de combate de las divisiones soviéticas y las defensas de Stalingrado, incluyendo un mapa (1: 300.000) que muestra la disposición táctica de los Ejércitos soviéticos en la zona en torno

de Stalingrado. 25-30 de agosto de 1942.

Ia, Ic, Volumen de apéndices, Diario de guerra, 13. Rusia. Informes y mensajes de teletipo relativos a la situación táctica y operaciones de las unidades del VI Ejército en la zona del río Don e informes del Servicio secreto sobre operaciones tácticas del enemigo, y movimiento e identificación de tropas. 24-29 de julio de 1942.

Ia, Ic , Volumen de apéndices, Diario de guerra, 13. Rusia. Informes y mensajes de teletipo concernientes a la situación táctica y situación de los blindados y armas anticarros de las unidades del VI Ejército en la zona de Stalingrado; informes del servicio

secreto acerca de operaciones del enemigo, identificación de tropas, movimientos y pérdidas y fortificaciones soviéticas en torno de Stalingrado. 12-17 de septiembre de 1942.

Ia, Ic, Volumen de apéndices, Diario de guerra, 13. Rusia. Informes y mensajes de teletipo referentes a operaciones tácticas, adiestramiento, disponibilidades de combate y pérdidas de las unidades del VI Ejército en la zona de Stalingrado; un informe acerca de las condiciones en Stalingrado; informes del Servicio secreto sobre operaciones tácticas del enemigo e identificación y movimientos de tropas; y un desplegable que muestra el agrupamiento táctico de la 9.ª División

Antiaérea en el área entre los ríos Don y Volga. 17-21 de septiembre de 1942.

Ia, Ic, Volumen de apéndices, Diario de guerra, 14. Apéndices 468 a Informes y mensajes de teletipo relativos a las operaciones tácticas y subordinación de las unidades del VI Ejército en el área de Stalingrado; informes del Servicio secreto acerca de operaciones del enemigo e identificación de tropas y movimientos; información del boletín del enemigo «Stalingrado», referente a la situación táctica y a las defensas de Stalingrado y las disponibilidades de combate y orden de batalla de las fuerzas soviéticas que participaban en Stalingrado; y un mapa (1: 300.000) que muestra la disposición

de las unidades soviéticas en Stalingrado y en su zona norte. 20-26 de septiembre de 1942.

Ia, Ic, Volumen de apéndices, Diario de guerra, 13. Rusia. Informes, órdenes y mensajes en teletipo pertenecientes a operaciones tácticas, subordinación, disponibilidades de combate y fuerza de las unidades del VI Ejército en la zona de Stalingrado; esquema de las necesidades de suministro del 5.° Cuerpo de Ejército rumano; e informes del Servicio secreto acerca de operaciones del enemigo, e identificación de tropas y movimientos. 27 de septiembre-3 de octubre de 1942.

Ia, Ic, Volumen de apéndices, Diario de guerra, 13. Rusia. Informes y

mensajes en teletipo relativos a las operaciones tácticas, disponibilidades de combate y activación de las unidades móviles de invierno del VI Ejército; informes del Servicio secreto acerca de operaciones del enemigo, e identificación de tropas y pérdidas. 3-5 de octubre de 1942.

Ia, Ic, Volumen de apéndices, Diario de guerra, 14, Apéndices 1-174. Rusia. Informes y mensajes pertenecientes a la situación táctica propia y a la del enemigo, actividad, pérdidas y orden de batalla en las zonas de Orlovka, Beketovka y Chalchuta. También incluye un mapa de situación (1:300.000) que indica la disposición de las fuerzas soviéticas en la zona de Stalingrado y un

esquema del orden de batalla de las unidades soviéticas en el frente de Stalingrado. 6-13 de octubre de 1942.

Ia, Ic, Volumen de apéndices, Diario de guerra, 14. Apéndices 175-334. Rusia. Informes y mensajes en teletipo de la situación propia y del enemigo, actividad, pérdidas y orden de batalla de las áreas de Stalingrado, Rossoshka, Kamishin y Leninsk. También se incluyen informes pertenecientes a asuntos de transporte y adiestramiento, incremento de la fuerza de combate en el frente de Stalingrado, reconocimiento aéreo y un gráfico que muestra la asignación de las tropas de construcción del VI Ejército. 13-21 de octubre de 1942.

Ia, Ic, Volumen de apéndices, Diario de guerra, 14. Apéndices 335-468. Rusia. Informes y mensajes pertenecientes tanto a la situación táctica propia como a la del enemigo, actividad y pérdidas en las zonas de Stalingrado, Leninsk y Beketovka. También se incluye una lista de unidades en alerta subordinadas al VI Ejército, el boletín de información n.° 11 del enemigo, «Stalingrado», gráficos de orden de batalla de las unidades propias y de las del enemigo en el área de Stalingrado y un mapa de situación (1:300.000) indicando la disposición de las unidades soviéticas en el frente de Stalingrado. 21-28 de octubre de 1942.

Ia, Ic, Volumen de apéndices, Diario

de guerra, 14. Apéndices 468 a 588. Rusia. Informes y mensajes pertenecientes a la situación táctica propia y a la del enemigo, actividad, pérdidas y orden de batalla en las zonas de Stalingrado, Gratshi y Repin. También se incluyen órdenes para llevar adelante el combate durante el invierno de 1942-1943, relativas a la misión, asignaciones, combate desde posiciones de invierno, entrenamiento y seguridad, y directrices del Führer relativas al combate defensivo. 29 de octubre-3 de noviembre de 1942.

Ia, Ic, Volumen de apéndices, Diario de guerra, 14. Apéndices 589-751. Rusia. Informes y mensajes pertenecientes a la situación propia y

del enemigo, actividades, pérdidas y orden de batalla en la zona de Stalingrado. También se incluye un bosquejo relativo al estatus y posibilidades de utilización de los batallones turcos e informes de marcha de los batallones de Ingenieros, designación de sus unidades, composición, armas, fecha de llegada y misión. 4-12 de noviembre de 1942.

Ia, Zeitschrift del Diario de guerra, 13.1 Parte. Ejemplar de un diario de guerra relativo a las actividades diarias y situación táctica a lo largo del frente del VI Ejército en las zonas de Stalingrado, Frolovo, Sarepta y Klátskaia. También se incluyen tres mapas de situación (1:1.000.000) que

indican la disposición de las fuerzas soviéticas y alemanas en el área al oeste de Stalingrado. 20 de julio-26 de agosto de 1942.

Ia, Zeitschrift del Diario de guerra, 13. II Parte. Ejemplar de un diario de guerra relativo a las actividades diarias y situación táctica a lo largo del frente del VI Ejército en las áreas de Stalingrado, Sarepta, Belshói y Olshovka. También incluye un mapa de situación (1:1.000.000) que indica la disposición de las fuerzas soviéticas y alemanas en la zona de Stalingrado. 26 de agosto-5 de octubre de 1942.

Ia, Zeitschrift del Diario de guerra, 14. 1 Parte. Ejemplar de un diario de guerra que contiene apartados

cronológicos relativos a las actividades diarias y situación táctica a lo largo del frente del VI Ejército en la zona de Stalingrado-Golubinka. 6 de octubre-11 de noviembre de 1942.

Ia, Angriff «Viento del Norte». Rusia. Informes, órdenes y mapas (1:100.000 y 1:300.000) relativos a la operación «Viento del Norte» (planes para destruir a las fuerzas soviéticas entre los ríos Don y Volga al noroeste de Stalingrado). 3-15 de septiembre de 1942.

Ia, Volumen de apéndices, Diario de guerra, 13. Lichtbilder. Fotografías que representan la marcha de las unidades del VI Ejército hacia el río Don y el avance hacia el río Volga y Stalingrado; y un estudio de las operaciones de

combate del VI Ejército desde Jarkov a Stalingrado. 21 de mayo-26 de octubre de 1942.

Ia, Diario de guerra, 14. Rusia. Diario de guerra relativo a operaciones de las unidades del VI Ejército en la zona de Stalingrado. 6 de octubre-19 de noviembre de 1942.

Ia, Apéndice, Diario de guerra, 14. Rusia. Mapas de situación. Mapas (1:20.000 y 1:100.000) relativos a la situación del enemigo, ataque sobre el norte de Stalingrado; planos de la ciudad de Stalingrado; y puntos de control del VI Ejército. Octubre-noviembre de 1942.

IIa, Volumen de apéndices, Informes. Rusia. Informes referentes a concesión

de permisos, otorgamiento de condecoraciones, bajas en el personal del VI Ejército, y alojamientos y condiciones climáticas en el sector del VI Ejército; una carta del general Paulus a los ayudantes de Cuerpos y Divisiones acerca de los cursos de adiestramiento del Ejército. 13 de junio-28 de octubre de 1942.

Ic, Informe. Informes de la actividad de la rama del Servicio secreto. 1 de enero-31 de marzo de 1943.

Ia, Diarios de guerra, 15 y 16. «Festung Stalingrad». Diarios de guerra 15 y 16 que contienen entradas cronológicas pertenecientes a la situación y actividades del VI Ejército en torno de Stalingrado. 23 de diciembre

de 1942-9 de enero de 1943.

Ia, Documentos, Diario de guerra, 16. «Festung Stalingrad». Informes, órdenes y directrices referentes al ataque alemán sobre Stalingrado; bajas alemanas entre el 21 de noviembre y el 26 de diciembre; abastecimiento por aire del Ejército y situación táctica de alemanes y rusos. Diciembre de 1942.

Ia, Documentos, Diario de guerra, 16. «Festung Stalingrad». Datos relativos a la actividad alemana en la zona de Stalingrado, situación de las raciones, bajas alemanas y pérdidas de artillería, situación del suministro de municiones y carros rusos destruidos o inutilizados. Noviembre de 1942.

Ia, Documentos, Diario de guerra,

16. «Festung Stalingrad». Informes relativos a la situación táctica y actividades de las unidades del VI Ejército en el área en torno de Stalingrado. Noviembre de 1942-enero de 1943.

Ia, Documentos, Diario de guerra, 16. «Festung Stalingrad», Informes referentes a la situación táctica y actividades del VI Ejército; y operaciones, orden de batalla y disponibilidades de combate de las unidades del VI Ejército en la zona de Stalingrado, e informes del Servicio secreto sobre operaciones del enemigo e identificación y movimiento de tropas. 30 de agosto-3 de septiembre de 1942.

Ia, Ic, Volumen de apéndices, Diario

de guerra, 13. Rusia. Informes y mensajes por teletipo relativos a la situación táctica y operaciones, disponibilidades de combate y subordinación de las unidades de la zona de Stalingrado, e informes del Servicio secreto acerca de las operaciones del enemigo y movimiento de tropas e identificación. 3-8 de septiembre de 1942.

Ia, Ic, Volumen de apéndices, Diario de guerra, 13. Rusia. Informes, órdenes y mensajes por teletipo relativos a la situación táctica, operaciones y pérdidas de las unidades del VI Ejército en la zona de Stalingrado; informes del Servicio secreto sobre operaciones del enemigo e identificación y movimiento

de tropas; boletín de información del enemigo perteneciente a una evaluación de la situación del enemigo, defensas de Stalingrado y orden de batalla; y disponibilidades de combate de las unidades enemigas que se enfrentaban al VI Ejército y mapas (1:100.000 y 1:300.000) que muestran planes de operaciones para la destrucción de las fuerzas soviéticas entre los ríos Don y Volga al norte de Stalingrado y agrupación táctica de las fuerzas soviéticas en torno de Stalingrado y al norte del mismo. 9-11 de septiembre de 1942.

Ia, Ic, Volumen de apéndices, Diario de guerra, 13. Rusia. Informes y mensajes de teletipo relativos a

operaciones tácticas, adiestramiento, disponibilidades de combate y pérdidas, municionamiento y operaciones, disponibilidades de combate y situación de suministro de combustibles y municiones en las unidades del VI Ejército en la zona del recodo del río Don al oeste de Stalingrado; informes del Servicio secreto sobre operaciones del enemigo e identificación de tropas, movimientos y pérdidas; y un boletín de información del enemigo, «Stalingrado», que proporciona una evaluación de la situación del enemigo, defensas y organización de las fuerzas soviéticas alrededor de Stalingrado. 29 de julio-3 de agosto de 1942.

Ia, Ic, Volumen de apéndices, Diario

de guerra, 13. Rusia. Informes y mensajes en teletipo referentes a la situación táctica y operaciones, y subordinación de las unidades del VI Ejército en la zona del recodo del río Don al oeste de Stalingrado; informaciones del Servicio secreto sobre operaciones tácticas del enemigo y movimientos, e indicación de tropas y una orden capturada del Comisario del pueblo para la Defensa de la URSS. 28 de julio de 1942-3-8 de agosto de 1942.

Diario de guerra 8a. «Festung Stalingrad». Diario de guerra conteniendo informes acerca de las crecientes dificultades de suministro, gran confianza en el suministro aéreo y, finalmente, el 17 de enero, el

derrumbamiento de todas las rutas de suministro. Los últimos y escasos asientos describen la creciente presión soviética y la carencia de municiones y alimentos. 22 de noviembre de 1942-21 de enero de 1943.

Ia, Ic, Volumen de apéndices, Diario de guerra, 13. Rusia. Informes y mensajes por teletipo relativos a la situación táctica de las unidades en Stalingrado, un mapa (1:10.000) que muestra las defensas anticarros alemanas y una nota del Alto Mando del Ejército Rojo al general Paulus pidiendo la capitulación de las fuerzas alemanas cercadas en Stalingrado. Diciembre de 1942-enero de 1943.

Ia, Documentos, Diario de guerra,

16. «Festung Stalingrand». Informes diarios relativos a la situación táctica y actividades de las unidades del VI Ejército en la zona de Stalingrado. Noviembre-diciembre de 1942.

Ia, Documentos varios, Diario de guerra, 16. «Festung Stalingrad». Informes diarios relativos a la situación táctica y actividades de las unidades del VI Ejército en la zona de Stalingrado y una lista de las tropas subordinadas al Cuartel general. Enero de 1943.

Ia, Documentos, Diario de guerra, 16. «Festung Stalingrad». Informes diarios acerca de la situación táctica y actividades de las unidades del VI Ejército en la zona de Stalingrado. 1 de diciembre de 1942-11 de enero de 1943.

Ia, Documentos varios, Diario de guerra, 16. «Festung Stalingrad». Informes diarios referentes a la situación táctica y actividades de las unidades del VI Ejército en la zona de Stalingrado; un mapa muestra la disposición de las unidades alemanas y un informe relativo a la operación «Donnerschlag». 1 de diciembre de 1942-13 de febrero de 1943.

Ia, Volumen de apéndices, Diario de guerra. Rusia. Órdenes e informes diarios relativos a la defensa y contraataques a lo largo de los frentes del Don, Dónets-Rostov y Stalingrado, misión táctica, operaciones terrestres y aéreas, cometidos, transportes, movimientos de marcha, disponibilidad

de combate, pérdidas, reconocimientos aéreos y destrucción de puentes ferroviarios por las unidades del grupo de Ejércitos del Don, VI Ejército, IV Ejército Panzer, Armee-Abteilung Hollidt y IV Flota aérea; y orden de batalla del enemigo, misión táctica, operaciones y situaciones. Informes pertenecientes al transporte por aire de suministros a la «Fortaleza Stalingrado» y situaciones de blindados, anticarros y armas de asalto. También informes de combate de las 7.ª y 11.ª Divisiones rumanas y directrices especiales para comunicaciones por señales. 4-12 de enero de 1943.

Ia, Volumen de apéndices, Diario de guerra. Rusia. Órdenes e informes

diarios referentes a la defensa y contraataques a lo largo de los frentes del Don, Dónets-Rostov, Volga y Stalingrado por las unidades del grupo de Ejércitos del Don, VI Ejército, IV Ejército Panzer, III Ejército rumano, Armee-Abteilung Fretter-Pico y Hollidt y IV Flota aérea; y orden de batalla del enemigo, misiones tácticas, operaciones y situación. Informes referentes a la construcción de la posición «Mius» en la zona del Dónets, moral de las fuerzas rumanas y experiencia conseguida durante la defensa contra los superiores ataques rusos en el sector del grupo de Ejércitos Don Mitte. Asimismo, unas directrices especiales para reconocimiento aéreo y un informe sobre

la preparación para la defensa de Rostov, incluyendo mapas (1:25.000), que muestran la disposición de las unidades que defendían la ciudad. 13-20 de enero de 1943.

Ia, Apéndice, Diario de guerra, 1. «Armee-Abteilung Hollidt». Archivo del Estado Mayor alemán agregado al III Ejército rumano y que contiene informes, órdenes y mensajes acerca de la situación y actividades en la zona del III Ejército al noreste de Rostov. Asimismo, informes de operaciones y combates, con mapa desplegable (1:100.000) que indica la disposición de las unidades del III Ejército en la zona en torno de Oblivskaia. 23 de noviembre-29 de diciembre de 1942.

Ia, Diario de guerra, 1. «Armee-Abteilung Hollidt». Diario de guerra del Estado Mayor alemán agregado al III Ejército rumano (al noreste de Rostov), que contiene diario de batallas e informe de operaciones. 23 de noviembre-31 de diciembre de 1942.

Ia, Apéndice, Diario de guerra, 1, «Armee-Abteilung Hollidt». Archivo del Estado Mayor alemán agregado al III Ejército rumano y que contiene informes acerca de la situación, actividades y misiones del III Ejército rumano en la zona Gusinka-Patchin-Ostrov-Golaia-ArtenovRits-chon. 27 de noviembre-31 de diciembre de 1942.

Ia, Apéndice, Diario de guerra, 1. «Armee-Abteilung Hollidt». Gráficos de

órdenes de batalla de los componentes del 111.° Ejército rumano. Diciembre de 1942.

Ia, Apéndice, Diario de guerra, 1. «Armee-Abteilung Hollidt». Gráficos de órdenes de batalla del Armee-Abteilung Hollidt. Veintiséis gráficos (1:300.000) de situaciones de unidades en el frente (al sudeste de Boguchar). Noviembre de 1942.

Ia, Apéndice, Diario de guerra, 1. «Armee-Abteilung Hollidt». Ocho mapas de situación (1:300.000 y 1:100.000) de las fuerzas alemanas y soviéticas en el frente Don-Chir. Diciembre de 1942.

Ic, Informe, Rum. AOK 3. Informes de Servicio secreto y de batallas del

Estado Mayor alemán agregado al III Ejército rumano. 5-31 de diciembre de 1942.

Ia, Situación del grupo de Ejércitos del Don. Mapas (1:100.000) que muestran la disposición táctica diaria del grupo de Ejércitos del Don, I y IV Ejércitos Panzer y Armee-Abteilung Fretter-Pico y Hollidt en las áreas del Don, Dónets, Rostov, Kalitva, Ssal, Derkul, Ssalsk y Azov; y el cada vez más reducido territorio poseído por el VI Ejército cercado en Stalingrado, hasta que fue capturado o destruido el 31 de enero de 1943.

Selección de mensajes desde el VI Ejército al Cuartel general del Grupo Sur NAFU.

Informes diarios del grupo la de Ejércitos del Don. Noviembre de 1942-enero de 1943.

Informes de situación diaria, VI Ejército a grupo de Ejércitos del Don, enero de 1943.

Archivos de los Cuarteles generales, Alto Mando del Ejército alemán. Parte III, incluyendo correspondencia, memorándums pertenecientes a planes relativos a la campaña de Rusia... datos de alto nivel, usualmente señalados «Chefsache», 1942; declaraciones de prisioneros de guerra rusos relativos a la resistencia rumana en el noroeste de Stalingrado. A partir del 30 de noviembre de 1942.

Filme T-78, Rollo 574: Directrices

soviéticas a los comandantes de campo acerca del trato a dar a los prisioneros de guerra alemanes y a los desertores. Rollo 576: Declaraciones de informadores y de prisioneros de guerra rusos relativos al reclutamiento soviético; asimismo informes sobre la utilización de mujeres en el Ejército Rojo, agosto de 1942-agosto de 1943. Rollo 581: Declaraciones de prisioneros de guerra rusos. Rollo 587: Mapas que muestran las presuntas intenciones operacionales del Ejército Rojo a lo largo de todo el Frente del Este, 6 de noviembre de 1942-enero de 1943. Rollo 276: Órdenes originales militares rusas; tratamiento de los prisioneros de guerra; listas de

interrogatorios, 1941-1942. Rollo 1.374: Escritores rusos durante la guerra; colección de cartas escritas por soldados alistados y oficiales a escritores rusos durante la Segunda Guerra Mundial. Rollo 1.379: Colección de discursos de Stalin; órdenes de Stalin a diferentes comandantes de frentes, 1943.

Archivo Nacional de microfilmes. Números T-78/39; T-84-188; T-84/262; T-175-264; T-311/268, 270,292.

En los días de la gran batalla. Colección de documentos acerca de Stalingrado. Stalingrado, 1958.

Expedientes sobre generales rusos y alemanes (del U. S. Army Counter Intelligence Corps).

Sbornik. Colección de materiales para el estudio de las experiencias de guerra. Publicado por el Estado Mayor del Ejército Rojo en 1943 (no está prevista su circulación fuera de la Unión Soviética).

Una visita al frente Don-Stalingrado, de «Military Reports on the United Nations», núm. 4,15 de marzo de 1943.

Guide to Foreing Military Studies. U.S. Army, Europa, 1954, Ms. núm. T-14: Grupo de Ejércitos del Don: Inversión del ala sur; 1942-1943. Ms. núm. T 15: VI Ejército: Puente aéreo a Stalingrado, noviembre de 1942-febrero de 1943. Ms. núm. D-036: Las cualidades combativas del soldado ruso. Ms. núm. P-137: Actividades de

espionaje en la URSS. Ms. núm. D-271: Comunicaciones por señales en Stalingrado. Ms. núm. C-065: Diarios Greiner (notas sobre conferencias y decisiones del OKW, 1939-1943). Ms. núm. P-060g: 6.ª División Panzer en ruta hacia Stalingrado.

Periódicos: *Berliner Lokal; Anzweiger; Das Reich; Deutsche Allgemeine Zeitung* (edición de Berlín); *Essener Allgemeine.*

Para otros periódicos y revistas, así como Diarios, cartas y documentos misceláneos, véase las Notas a los Capítulos.

NOTAS A LOS CAPÍTULOS

Ciertos libros y documentos han demostrado ser extremadamente útiles como referencias para casi cada capítulo. Para evitar innecesarias repeticiones mencionaré dichas obras sólo una vez, lo cual no minimiza su importancia.

Istoriia Velikói Otechestvennoi Voiny Sovetskogo Soyuza 1941-1945 (Historia de la Gran guerra patriótica de la Unión Soviética), 6 vols., Moscú, 1961; también hay una versión en un solo volumen de esta obra, *Velikaia*

Otechestvennaia Voina Sovetskogo Soyuza.

Vtoraia Mirovaia, Voina, 1939-1945, por S. P. Platonov y otros. Moscú, 1958.

Diario de guerra, VI Ejército alemán y materiales y fuentes afines (véase Documentos).

Diario de guerra, Alto Mando del Ejército alemán (véase Bibliografía).

El VIII Ejército italiano en la segunda batalla defensiva del Don: 11 de diciembre de 1942-31 de enero de 1943. Roma, 1946.

Nazi Conspiracy and Aggression, 10 vols. Washington, D.C., 1946-1948.

Triáis of war criminái before the Nuremberg Military Tribu-nals, 15 vols. Washington, D.C., 1951-1952.

CAPÍTULO PRIMERO

LA MARCHA DEL VI EJÉRCITO ALEMÁN A TRAVÉS DE LA ESTEPA

De entrevistas con Helmut Bangert, Friedrich Breining, Franz Deifel, Karl Englehardt, Werner Gerlach, Hans Jülich, Dionys Kaiser, Emil Metzger y Kurt Siol. Asimismo, *Historia de la 16.ª División Panzer*, de Wolfgang Wethen *y La 14." División Panzer, 1940-1945*, de Rolf Grain.

OBJETIVOS DE LA OPERACIÓN AZUL

De las directrices del OKW 43 y 45. También, Diario de Franz Halder.

FRIEDRICH VON PAULUS

Entrevista con su hijo Ernst Paulus; documentos privados del mariscal de campo Paulus y *Paulus y Stalingrado*, de Walter Goer-litz.

Los EJÉRCITOS SATÉLITE

Entrevista con Giuseppe Aleandri, Felice Bracci, Cristóforo Capone, Veniero Marsan, Ugo Rampelli y Enrico Reginato; archivos de la Misión militar alemana en Rumania (véase Documentos).

CAPÍTULO II

CUARTEL GENERAL DE HITLER EN VINITSA

De entrevistas con Adolf Heusinger; Diario de Halder. Asimismo, *Memorias* de Albert Speer e *Inside Hitler's Headquarters 1939-1945*, de Walter Warlimont. En los Documentos D (véase Documentos), el director del Espionaje en Moscú pidió a la red «Lucía» que localizara con precisión el Cuartel general de Hitler durante el verano de 1942, lo cual hizo «Lucía».

CAPÍTULO III

STALIN

De una entrevista con el gobernador

W. Averell Harriman, que pasó más tiempo con él que ningún otro diplomático occidental. También *The great terror*, de Robert Conquest y *Three who made a Revolution*, de Bertram Wolfe.

RUDOLF ROSSLER Y LEONARD TREPPER

De entrevistas con la señora David Dallin, los Documentos D, una colección de mensajes transmitidos entre el director, en Moscú, y la red «Lucía», en Suiza. Asimismo, *The Lucy ring*, de Accoce y Quet y *The Red Orchestra*, de Gilíes Perrault.

Poco antes de que empezase la

Operación Azul, en junio de 1942, un oficial alemán llamado Reichel se pasó a las líneas rusas. Dado que se llevó planos de la fase inicial del ataque sobre Vorónezh, el Servicio secreto alemán presumió que los posteriores intentos de los rusos de reforzar las defensas de la ciudad estaban basados en los mapas y datos de Reichel. Lo más probable es que la STAVKA tomase sus decisiones según los informes radiados por «Lucía». El asunto de Reichel hizo que Hitler se enfureciese con sus comandantes en campaña; destituyó a varios y afirmó más su propia desconfianza respecto a los oficiales de alta graduación de la Wehrmacht.

CAPÍTULO IV

LA HISTORIA DE TSARISTSIN-STALINGRADO-VOLGOGRADO

De *Mother Russia*, de Maurice Hindú y *Eshozo de la historia de Volgograd*, de M. A. Vodolaguin.

TOPOGRAFÍA DE STALINGRADO

De entrevistas con Luba Bessanova, Tania Chernova y las propias impresiones del autor durante un viaje al campo de batalla. Asimismo, *Línea del frente*, de Víctor Nekrassov, y *Stalingrado*, de Yeremenko.

PREPARATIVOS PARA LA

DEFENSA DE STALINGRADO

De *La gran victoria en el Volga, 1942-1943*, de A. A. Kolesnik; *Retazos de Stalingrado* y *Yo lo vi*, de V. Korotiev; *La defensa de Stalingrado* y *Stalingrado en la Gran guerra patriótica*, de M. A. Vodolaguin; *Los del Volga en las batallas en torno a Stalingrado*, de Kantor y Tazurin; *Stalingrado*, de Yeremenko.

CAPÍTULO V

LA DERROTA DE LOS EJÉRCITOS RUSOS AL OESTE DEL DON

De entrevistas con Ignati Changar, Jacob Grubner, Hersch Gurewicz,

Nikolái Tomskuschin y un antiguo coronel del Ejército Rojo, que nos ha pedido quedar en el anonimato.

LA LUCHA POR KALACH

De entrevistas con Josef Linden y Gerhard Meunch. De recuerdos de Piotr Ilin, en «Voienno-Istoricheskii Zhurnal» (a partir de aquí citado V. I. Z.), núm. 10, 1961. También *Das Kleebatt* revista de la 61.ª División alemana y *Hitler moves East 1941-1943*, de Paul Carell.

LA PENETRACIÓN ALEMANA HACIA EL VOLGA

De entrevistas con Friedrich Breining, Franz Bróder, Hans Jülich, Ottmar

Kohler, Hans Oettl, Arthur Schmidt. De declaraciones de Franz Brendgen. Asimismo, *Historia de la 16.ª División Panzer*, de Werthen, y La *3.ª División de Infantería (Motorizada)*, de Dieckhoff. También el artículo de Y. Chepurin, *La frontera de fuego*, en «Izvestia», 2 de febrero de 1963; el artículo de S. Dohne Rube, *Gotas de sangre*, en «Voiennii Vestnik», número 2, 1968, y *Dejadnos fraternizar*, de N. Melnikov, en «Krasnaia Zvezda», 2 de febrero de 1963. Asimismo, *Stalingrado*, de Yeremenko. Rubén Ibárruri era hijo de Dolores Ibárruri, la famosa «Pasionaria» de la guerra civil española. Rubén murió intentando resistir a los alemanes en los aproches

hacia Stalingrado.[8]

CAPÍTULO VI

EL BOMBARDEO DE STALINGRADO Y SUS EFECTOS

De entrevistas con Alexandr Akimov, Grigori Denísov, Ciril Sazikin, Piotr Zabarskij y recuerdos de la señora K. Karmanova, la señora V. N. Kliaguina, V. Nekrassov, P. Nerozia, C. Viskov y M. Vadolaguin, en *Después de la batalla*, de Agapov; *Heroico Stalingrado*, de E. Genkina; *Los estalingradenses*, de E. Gerasimov; *Yo lo vi*, de V. Korotiev; *Línea del Frente*

de Stalingrado, de V. Nekrassov; *En la dirección principal*, de I. Paderin; y La *defensa de Stalingrado* y *Bajo los muros de Stalingrado*, de M. A. Vodolaguin. Asimismo, Nikita Jrushchov, *Khrushchev remembers; Stalingrado*, de Yeremenko y *Mujeres en la defensa de Stalingrado*, de A. Zurubina; asimismo *The Epic Story of Stalingrad* (recopilación).

CAPÍTULO VII

EL PASILLO ALEMÁN AL VOLGA

De entrevistas con Franz Bróder, Ottmar Kohler, Hans Oettl; declaraciones de Franz Brendgen y Otto von der Heyde; asimismo, *Historia de*

la 16.ª División Panzer, de Werthen y *La 3.ª División de Infantería (Motorizada)*, de Dieckhoff.

DEFENSA RUSA

De entrevistas con Alexandr Akimov, Grigon Denísov, Jacob Grubner. Asimismo *Heroico Stalingrado*, de E. Genkina; *Los estalingradenses*, de E. Gerasimov; *La gran victoria en el Volga*, de A. D. Kolesnik; *Un acantilado en el Volga, Retazos de Stalingrado* y *Yo lo vi*, de V. Korotiev; *Los milicianos en la batalla por su patria*, de I. M. Loginov. Asimismo, *La batalla de Stalingrado* y *Epopeya de Stalingrado*, de Samsonov; *Stalingrado*,

de Yeremenko; *The Epic Story of Stalingrad* (recopilación) y *The Fight for Stalingrad* (recopilación).

CAPÍTULO VIII

STALIN Y ZHÚKOV

De *Marshal Zhúkov 's Greatest Battles* y *The Memoirs of Marshal Zhúkov*, de Zhúkov; asimismo, *Epopeya de Stalingrado*, de Zhúkov y Vasilevski.

HITLER, HALDER, JOLD

De una entrevista con Adolf Heusinger, además del Diario de Halder. También *The rise andfall ofthe Third Reich*, de William L. Shires y *Memorias*

de Speer.

AVANCE DEL IV EJÉRCITO PANZER

De entrevistas con Fritz Dieckmann y Hubert Wirkner; Diario de Hans Schüler; además de la *Historia de la 29.ª División motorizada alemana*; también, *La batalla por Stalingrado*, de V. Chuikov y *Hitler moves East*, de Paul Carell.

CONVERSACIÓN DE JRUSCHOV CON STALIN

De *Khrushchev remembers*, de

Jruschov.

CAPÍTULO IX

ASUNCIÓN DEL MANDO DE VASILI CHUIKOV

De *Epopeya de Stalingrado*, de N. I. Krilov; *La batalla por Stalingrado*, de Chuikov, y *Stalingrado*, de Yeremenko.

LAS REUNIONES EN EL KREMLIN

De *Epopeya de Stalingrado*, de A. M. Vasilevski *y Marshal Zhúkov s Greatest Battles* y *The Memoirs of Marshal Zhúkov*, de Zhúkov.

LA ENTRADA DE LA INFANTERÍA

ALEMANA EN EL CENTRO DE STALINGRADO

De entrevistas con Günter von Below, Gerhard Dietzel, Gerhard Meunch, Arthur Schmidt; declaración de Hans Schüler. También el Diario de Werner Halle en la *Historia de la 29.ª División.*

CONTRAATAQUES RUSOS (éste y los siguientes dos capítulos)

La batalla por Stalingrado, de Chuikov; *Del Diario de Stalingrado*, de A. S. Chuianov, en «Oktiabor», número 2, 1968; artículo de E. Kriger en «Izvestia», 3 de febrero de 1970; *Infantes del partido*, de lván Paderin en «Krasnaia Zvedza», 2 de febrero de

1963 y su *En la dirección principal*; recuerdos de los coroneles Pe-trakov, y Yelin, en *La lucha por Stalingrado; Días y noches tormentosos*, de A. I. Rodimtzev, «Yunost», n.° 2, 1968; sus *En las orillas del Manzanares y del Volga* y *En la última frontera*, y su Diario extractado en «Sovietskaia Rosiia», 1 de febrero de 1970; *La epopeya de Stalingrado*, de K. K. Rokossovski;«Sputnik», n.° 2, de 1968; *El 13 de la Guardia*, de I. Samchuk; *Una rigurosa existencia*, de M. Vavilova, en «Krasnaia Zvezda», 1 de febrero de 1963; *La batalla de Stalingrado* y *Epopeya de Stalingrado*, de Samsonov.

CAPÍTULO X

CIVILES SOVIÉTICOS

De *Doscientos furiosos días* (recopilación), de B. V. Druzhinin; obras previamente citadas de Genkina, Gerasimov, Grossman y Korotiev; *Bajo los muros de Stalingrado*, de Vodolaguin.

LA 67.ª DIVISIÓN ALEMANA

De entrevistas con Günter von Below y Gerhard Meunch; asimismo informes diarios de la 67.ª División de Infantería.

EL VOLGA CRUZADO POR REFUERZOS SOVIÉTICOS PARA EL 62.° EJÉRCITO

De entrevistas con Tania Chernova, Piotr Deriabin y Alexéi Petrov. Asimismo, *La batalla por Stalingrado*, de Chuikov, *Heroico Stalingrado*, de Genkina; *Los estalingradenses*, de Gerasimov; *Stalingrado, golpe por golpe*, de V. I. Grossman; *Siberianos: los héroes de Stalingrado*, de M. Ingor; *Retazos de Stalingrado, y Yo lo vi*, de V. Korotiev; *Epopeya de Stalingrado y La batalla de Stalingrado*, de Samsonov.

ACTITUD DE LOS SOLDADOS ALEMANES A FINES DE SEPTIEMBRE

De entrevistas con Wilhelm Alter, Karl Binder, Friedrich Brei-ning, Emil

Metzger, Josef Metzler, Hans Oettl, Herbert Rentsch, Carl Rodenburg; también Paul Epple, Georg Frey, Karl Gesit, Antón Kappler, Oskar Stangee.

CONVERSACIONES DE LA OPERACIÓN URANO

Las memorias de Zhúkov antes citadas; *Días inolvidables*, de Vasilevski, *V.I.Z.*, 1965. También *La batalla de Stalingrado y Epopeya de Stalingrado*, de Samsonov.

CAPÍTULO XI

LA CASA DE PÁVLOV

De *Mansión de la fama del soldado*,

de I. F. Afanasiev y su artículo en *Krasnaia Zvezda, 2* de febrero de 1963. Asimismo *Héroes de la gran batalla*, de I. Grummer y Y. Harin; *La casa Pávlov*, de V. Gurkin, *V.I.Z.*, n.° 2,1963; *Estoy en la casa de Pávlov*, de L. Save-liev, en *Sovietskaia Rosita, 2* de febrero de 1963. Asimismo, Ronald Seth, *Stalingrad: Point ofreturn.*

FRANCOTIRADORES Y DUELO DE ZAITZEV CON EL COMANDANTE KONINGS

De una entrevista con Tania Chernova. También *Anotaciones de un francotirador*, de V. Zaitzev y *La gran victoria de Stalingrado*, de V. Yuriev; *V. I. Z.,n.°* 8,1966: *La batalla por*

Stalingrado, de Chuikov.

PREPARACIÓN ALEMANA Y ATAQUE AL DISTRITO FABRIL

De entrevistas con Wilhelm Alter, Eugen Báumann, Karl Binder, Franz Deifel, Heinz Giessel, Heinrich Klotz, Ottmar Kohler, Heinz Neist, Arthur Schmidt y Rudolf Taufer. También archivos del VI Ejército, 6-30 de octubre (véase Documentos).

OPERACIONES DEL SERVICIO SECRETO SOVIÉTICO Y POTENCIA AÉREA

De La batalla por Stalingrado, de Chuikov; *En los aeropuertos de cabe el*

Volga, de N. Denísov, *Aviatska I. Kosmonavtika*, n.° 1, 1968; *Cielo con niebla*, de 1. Dinin, *Krasnaia Zvezda, 2* de febrero de 1968; *La prueba del fuego*, de N. E. Lentchevski; *La fuerza aérea en la batalla de Stalingrado*, de A. Vladimirov, en *Vestnik Vozduzk-noge Flota*, mayo de 1943.

LA DEFENSA RUSA DE LAS FÁBRICAS

De entrevistas con Alexandr Akimov, Piotr Deriabin, Hersch Gurewicz, Alexéi Petrov y Piotr Zebakiksh. También *Los inmortales*, de Boris Filimonov; *Templados al fuego*, de V. Gartchinko, «Krasnaia Zvezda», 2 de

febrero de 1968; *Heroico Stalingrado*, de Genkina; *Los estalingradenses*, de Gerasimov; *La gran batalla en el Volga*, de A. Kolesnik; *Soldados en las barricadas*, de I. Liudnikov, «Ogoniok», n.° 5, 1968; *En la dirección principal*, de I. Paderin; *La lucha por Stalingrado*, de E. T. Siserov; *Relatos de Stalingrado*, de I. Semin.

CAPÍTULO XII

LUCHA EN TORNO DE LAS FÁBRICAS BARRICADA Y OCTUBRE ROJO

De entrevistas con Ignati Changar, Tania Chernova, Hersch Gurewicz, Heinz Neist, Alexéi Petrov, Ernst

Wohlfahrt y de los Diarios de Karl Binder y Wilhelm Kreiser. También Historia de la 67.ª División alemana de Infantería: *La ruta de la 67° División de Infantería, 1939-1945* y una serie de órdenes a los regimientos de la 305.ª División para dividir el distrito de las fábricas, además de *Del Valga a Praga*, de K. S. Belov; *Doscientos días de batalla*, de N. I. Bi-riukov; *La gran victoria en el Volga*, de A. D. Kolesnik; *El 62 Ejército en las batallas de Stalingrado*, de A. D. Stupov y *La batalla de Stalingrado* y *Epopeya de Stalingrado*, de Samsonov.

CAPÍTULO XIII

PREPARACIÓN RUSA Y REACCIÓN ALEMANA

De entrevistas con Winrich Behr, Grigori Denísov, Hersch Gurewicz, Alexéi Petrov, Emil Metzger, Arthur Schmidt, Wolf Pe-likan; una declaración de Karl Ostarhild (véase Segunda Compañía de Televisión, Wiesbaden, Alemania, filme documental acerca del 25 aniversario de la batalla de Stalingrado); y un informe del Servicio secreto alemán en el Este, (septiembre-noviembre de 1942). Asimismo, Reinhard Gehlen, *El servicio* y *Paulus y Stalingrado*, de Goertlitz. Para declaraciones de Batov, Kazakov, Leliushenko, Po-pov, Rokossovski,

Teleguin, Vasilevski, Zheltov,

Zhúkov, etc., véase *Epopeya de Stalingrado* y *La batalla de Stalingrado*, de Samsonov, así como el Diario de Freiherr von Richthofen.

CAPÍTULO XIV

EL DISCURSO DE HITLER EN MUNICH

De *Memorias* de Speer. El autor visitó también el *Löwenbräukeller* e inspeccionó el escenario donde Hitler recibió el aplauso de sus camaradas.

Los ZAPADORES Y LIUDNIKOV

De entrevistas con Karl Binder,

Wilhelm Giebeler, Josef Linden, Ernst Wohlfahrt; asimismo monografía de Linden, Diario de Eugen Rettenmaier *y La tragedia de Stalingrado*, de Herbert Selle. *Un acantilado en el Volga*, de Liudnikov, en *Doscientos furiosos días*, de Druzhinin; artículo de Liudnikov en *Ogoniok* , n.° 5, enero de 1968; *La isla. Liudnikov*, de S. Glujovski.

PREPARACIÓN SOVIÉTICA

Los Documentos D (ya mencionados).

CAPÍTULO XV

CONDICIONES EN LA ESTEPA

De entrevistas con Friedrich Breining,

Karl Binder, Ekkehart Brunnert, Karl Englehardt, Herbert Rentsch, Gottlieb Slotta; asimismo, *La tragedia de Stalingrado*, de Herbert Selle.

VIDA DE LOS SOLDADOS SOVIÉTICOS EN LAS LÍNEAS DEL FRENTE

De entrevistas con Alexandr Akimov, Ignati Changar, Tania Chernova, Piotr Deriabin, Hersch Gurewicz y Alexéi Petrov. Asimismo *Heroico Stalingrado*, de Genkina y *Los estalingradenses*, de Gerasimov; *Stalingrado, golpe por golpe*, de Grossman.

STALIN-VOLSKI

De Vasilevski y Zhúkov, en *La epopeya de Stalingrado*. Asimismo las *Memorias* de Zhúkov (ya mencionadas) y el relato de V. T. Volski, en «V. I. Z.», n.° 10,1965.

EL ACERCAMIENTO A LA HORA CERO

Entrevistas con Winrich Behr, Hermann Kastle, Wolf Pelikan, Alexéi Petrov y Abraham Spitkovski. También *Historia de la 16." División Panzer*, de Werthen.

CAPÍTULO XVI

OFENSIVA RUSA (19-27 noviembre, capítulos XVI y XVII)

De entrevistas con Wilhelm Alter, Winrich Behr, Karl Binder, Horst Caspari, Franz Deifel, Piotr Deriabin, Gerhard Dietzel, Isa-bella Feige, Karl Geist, Heinz Giessel, Gerhard Hássler, Hermann Kästle, Dionys Kaiser, Leah Kalei, Heinz Lieber; Josef Linden, Xaver Marz, Wolf Pelikan, Albert Pflüger, Wilhelm Plass, Carl Rodenburg, Arthur Schmidt, Abraham Spitkovski, Eugen Steinhilber, Siegfried Wendt y declaraciones de Karl Ostarhild (documental televisivo mencionado anteriormente). También Heinz Schröter, *Stalingrado; La tragedia de Stalingrado*, de Herbert Selle; *La historia de la 29.ª División Motorizada*

alemana; La 14.ª División Panzer, de Gram; *Historia de la 16.ª División Panzer*, de Werthen y *La 348.ª División de Infantería* (publicado particularmente) e Informe de combate del segundo batallón, 64.° Regimiento blindado de Infantería, de Alex Buchner. También el Diario de guerra de la 66.ª División de Infantería y el Diario de Karl Binder; Archivos del Ejército rumano (véase Documentos para este período); además de *Paulus y Stalingrado*, de Goerlitz, *Hitler moves East*, de Carell; y *La campaña contra la Rusia soviética, 1941-1945*, de Philippi y Heim. Asimismo, *En campañas y batallas*, de P I. Batov; *Stalingrado: Urano, Saturno y carros*, de Mijaíl

Braguin, en *Moskva*, n.° 2,1968; *Al sur de Stalingrado*, de M. Popov, *V.I.Z.*, n.° 2, 1968; *Entre el Volga y el Don*, de Teleguin, *Voienni Vestnik*, n.° 2, 1963; *El frente del Sudoeste en el contraataque de Stalingrado, V. I. Z.*, n. ° 11, 1967; *Cómo se cerró el anillo en torno al VI Ejército*, de P. Zhidkov, *V.I.Z.*, n.° 3, 1962; asimismo *Memorias del Erente*, de A. P. Bachurin; *La batalla por Stalingrado*, de Chuikov; *Memorias de Jruschov; El milagro de Stalingrado*, de Korotiev; *Los regimientos lucharon como la Guardia* y *La lucha por el Volga*, de K. Morovoz; y varias compilaciones de participantes en *La epopeya de Stalingrado*, de Samsonov, y los libros

de Yeremenko y Zhúkov previamente citados.

Contrariamente a muchos relatos occidentales, el puente vital de Kalach cayó el 22 de noviembre y no el 21 de noviembre.

CAPÍTULO XVII

COLAPSO DE LOS EJÉRCITOS RUMANOS Y SUS REPERCUSIONES

Del Diario de Winrich Behr; archivos de la misión militar alemana en Rumania (véase Documentos); la película documental de Frank Capra *La batalla por Rusia; Moscotv Dateline*, de Henry Cas-sidy; *Lost Victorias*, de Erich von Manstein; la monografía del general

Palton Chirnoaga respecto a las incorrecciones de los alemanes con sus aliados rumanos.

CONFERENCIAS DE PRUSIA ORIENTAL

De una entrevista con Adolf Heusinger; observaciones de Kurt Zeitzler, en *Las decisiones fatales; Diarios de guerra de la Luftwaffe*, de Cajus Bekker; asimismo, *Hitler moves East*, de Carell.

EL *KESSEL* FORMADO DE NUEVO

De entrevistas con Karl Binder, Hermann Kästle, Emil Metzger, Heinz Neist, Hans Oettl, Albert Pflüger, Arthur

Schmidt; Diarios de Schüler; libro de Günter Toepke; véase también el Diario de Wilhelm Kreiser.

CAPÍTULO XVIII

EL PUENTE AÉREO

De documentos privados de Paulus y del Diario de Richthofen; *Diarios de guerra de la Luftwaffe*, de Cajus Bekker; *Paulus y Stalingrado*, de Goerlitz; *El mando alemán de transportes en la Segunda Guerra Mundial*, de Fritz Morjok; *La lucha de la Luftwaffe por Stalingrado*, de H. von Rohden; *Hitler moves East 1941-1943*, de Carell.

EL *KESSEL* Y LOS ATAQUES

RUSOS

De entrevistas con Karl Binder, además del Diario de Binder; Franz Deifel, Hersch Gurewicz, Antón Kappel, Heinrich Klotz, Heinz Lieber, Albert Pflüger, Friedrich Syndicus, Hubert Wirkner; también declaraciones de Wilhelm Plass y Rudi Pothmann; Diario de Eugen Rettenmaier. Asimismo, *La historia de la 29.ª División motorizada*, de Von Dieckhoff; *La gran victoria en el Volga*, de A. D. Kolesnik, y *El milagro de Stalingrado, Retazos de Stalingrado y Yo lo vi*, de V. Korotiev.

CAPÍTULO XIX

OPERACIÓN «TORMENTA DE

INVIERNO»

De entrevistas con Alexéi Petrov. Del Diario de guerra del 11.° Regimiento de carros, 6.ª División Panzer (véase también *La operación para salvar Stalingrado*, de Horst Schieber); véase asimismo *Lost Victories*, de Manstein; manuscrito número P-060g; la 6.ª División Panzer en camino hacia Stalingrado, diciembre de 1942 (véanse Documentos); *Días inolvidables*, de A. M. Vasilevski, *V. I. Z.*, número 3, 1966; asimismo *Hitler directs his war*, de Félix Gilbert. Asimismo *Lost Victories*, de Manstein; documentos privados de Paulus; crítica de Arthur Schmidt (inédita).

KESSEL

De entrevistas con Ekkehart Brunnert, Tania Chernova, Ignati Changar y Heinz Neist; más los Diarios de Wilhelm Kreiser y Eugen Rettenmaier; también *El milagro de Stalingrado*, de Korotiev y *En la dirección principal*, de I. Paderin.

CAPÍTULO XX

INTENTO DE AUXILIO

De entrevistas con Josef Linden, Gerhard Meunch, Alexéi Petrov y Arthur Schmidt: también un manuscrito inédito de Schmidt sobre los detalles de la operación de auxilio hasta el 25 de

diciembre (véanse los dos capítulos siguientes). De *Paulus y Stalingrado*, de Goerlitz y *Lost Victories*, de Manstein; asimismo documentos particulares de Friedrich von Paulus.

CAPÍTULO XXI

GRUPO DE EJÉRCITOS DEL DON: CONVERSACIONES CON EL VI EJÉRCITO

De entrevistas con Winrich Behr y Arthur Schmidt; manuscrito de Schmidt y comunicaciones registradas entre ambos grupos (véanse Documentos de los días señalados). También manuscrito de la 6.ª División Panzer citado en las notas del capítulo anterior y *Operación para*

salvar a Stalingrado, de Horst Scheibert; además *Hitler moves East*, de Carell; *Paulus y Stalingrado*, de Goerlitz y *Stalingrado*, de Schröter.

EL VIII EJÉRCITO ITALIANO

De entrevistas con Giuseppe Aleandri, Felice Bracci, Cristófo-ro Capone, Stelio Sansone. También *Bersaglieri en el Don*, de Um-berto Salvatore.

CAPÍTULO XXII

LA CONTINUA DERROTA DEL VIII EJÉRCITO ITALIANO

De entrevistas señaladas en el capítulo precedente. Comunicaciones alemanas entre Gumrak y Novocherkassk (véanse

Documentos citados en los capítulos anteriores).

AVANCE DE LA 6.ª DIVISIÓN PANZER

Véanse citas anteriores.

SITUACIÓN EN EL INTERIOR DEL *KESSEL*

De entrevistas con Ekkehart Brunnert, Albert Pflüger, Ernst Wohlfahrt; Diario de Karl Binder.

FRACASO DEL PUENTE AÉREO

De *Diarios de guerra de la Luftwaffe*, de Bekker; *Hitler moves East*, de

Carell, y *El mando de transporte alemán durante la Segunda Guerra Mundial*, de Morzik.

CAPÍTULO XXIII

LA TEMPORADA DE NAVIDAD (véase también capítulo siguiente)

De entrevistas con Hans Bräunlein, Karl Binder, Ekkehart Brunnert, Mijaíl Goldstein, Emil Metzger, Gerhard Meunch, Hans Oettl y Albert Pflüger. También *La gran victoria de Stalingrado*, de Sacha Filipov, Moscú, 1950; además, las obras previamente mencionadas de Gerasimov y Korotiev. También *Yo lo vi*, de Korotiev; *Stalingrado, de* Schröter; e *Historia de*

la 16." División Panzer, de Werthen. El autor oyó la emisión de la Radio Unión en el documental del 25 aniversario por la televisión alemana.

TELETIPO

Véanse notas de los capítulos anteriores.

CAPÍTULO XXIV

INTERCAMBIO TEDDI-KLAUS

De documentos de la familia Von Below (microfilme en los Archivos Nacionales, Washington, D.C.).

REUNIÓN EN EL KREMLIN

De *Stalingrado*, de Yeremenko; memorias de Zhúkov y memorias de Jruschov.

ITALIANOS

De entrevista con Felice Bracci y un manuscrito inédito, un relato horripilante.

CAPÍTULO XXV

CORREO

De cartas no publicadas de los archivos alemanes, en Fribur-go. También las cartas de Karl Binder a su esposa.

CAPÍTULO XXVI

DETERIORO DE LAS TROPAS ALEMANAS

De entrevistas con Günter von Below, Ekkehart Brunnert, Ignati Changar, Hermann Kästle, Heinrich Klotz, Ottmar Kohler, Gerhard Meunch, Hans Oettl, Alexéi Petrov.

ITALIANOS

De entrevistas con Felice Bracci, Cristóforo Capone y Veniero Marsan. También manuscrito de Bracci y *Doce años de prisión en la URSS*, de Enrico Reginato.

CAPÍTULO XXVII

EL COLAPSO EN LA BOLSA (10-20 ENERO)

De entrevistas con Eugen Baumann, Winrich Behr, Karl Binder, Hans Bráunlein, Franz Bróder, Horst Caspari, Piotr Deriabin, Fritz Dieckman, Georg Frey, Werner Gerlach, Antón Kappler, Emil Metzger, Albert Pflüger, Carl Rodenburg, Gottlieb Slotta y Hubert Wirkner. Asimismo, declaraciones de Wilhelm Plass y Rudi Pothmann. *La tragedia de Stalingrado*, de Selle; y las historias de la 3.ª Motorizada, 29.ª Motorizada y 384.ª División; asimismo los Diarios de guerra de la 9.ª División

Antiaérea; y *El sitio de Stalingrado*, de Valeriu Campiani, escrito en Bucarest, en 1945. Artículo de N. N. Voronev en *Krasnaia Zvezda*, 1 de febrero de 1963.

MALINOVSIU

De una crónica del *The New York Times*. Asimismo, *The Red Army*, de Walter Kerr y *The year of Stalingrad*, de Alexander Werth.

CAPÍTULO XXVIII

REUNIONES EN PRUSIA ORIENTAL

De entrevista con Winrich Behr y declaración de Coelestin von Zitzewitz.

Asimismo, *Hitler moves East*, de Carell, y *Paulus y Stalingrado*, de Goerlitz.

PÉRDIDA DE PITOMNIK Y GUMRAK

De entrevistas con Wilhelm Alter, Franz Deifel, Ottmar Kohler, Emil Metzger, Josef Metzler, Gerhard Meunch, Heinz Neist, Albert Pflüger, Gottlieb Slotta y Hubert Wirkner, Asimismo, *La tragedia de Stalingrado*, de Selle; *Stalingrado: cómo fue realmente*, de Joachim Wieder. Radiogramas del tráfico del VI Ejército (véanse Documentos en los días apropiados).

La Luftwaffe perdió 488 aviones en el puente al *Kessel*. Un piloto llamado Wieser fue el último en despegar de la bolsa (25 de enero).

En su libro, el coronel Adam menciona el rumor, ampliamente esparcido entre los oficiales del VI Ejército, de que el general Schmidt tenía una avioneta en el aeropuerto para huir del *Kessel*. En mis conversaciones con Schmidt, admitió que planeaba salir, pero sólo para solicitar más ayuda de Hitler.

Paulus se negó a dejarle marchar.

CAPÍTULO XXIX

RENDICIÓN Y CONSECUENCIAS

De entrevistas con Wilhelm Alter, Helmut Bangert, Eugen Bau-mann, Günter von Below, Karl Binder, Hans Bráunlein, Friedrich Breining, Franz Bróder, Horst Caspari, Franz Deifel, Grigori Denísov, Piotr Deriabin, Fritz Dieckmann, Gerhard Dietzel, Karl Engle-hard, Paul Epple, Isabella Feige, Karl Floek, George Frey, Karl Ge-sit, Wilhelm Giebeler, Werner Gerlach, Heinz Giessel, Adolf Heusinger, Hans Jülich, Dionys Kaiser, Antón Kapplet, Hermann Kästle, Herbert Kreiner, Heinrich Klotz, Ottmar Kohler, Heinz Lieber, Josef Linden, Emil Metzger, Josef Metzler, Heinz Neist, Hans Oettl,

Alexéi Petrov, Ernst Paulus, Albert; Pflüger, Mesten Pover, Herbert Rentsch, Carl Rodenburg, Arthur Schmidt, Albert Schön, Kurt Siol, Gottlieb Slotta, Oscar Stange, Eugen Steinhilber, Friedrich Syndicus, Rudolf Taufer, Siegfried Wendt, Hubert Wirkner, Ernst Wohlfahrt y Piotr Zabavskij. También declaraciones de Franz Brendgen, Berthold Englert, August Kronmüller, Xaver Marx, Hans Schüler y monografía inédita de Arthur Schmidt acerca de los últimos días. Asimismo, profesor Jay Baird, *The Myth of Stalingrad*, en *Institute of Contemporary History*, vol. 4, n.° 3, julio de 1969.

Las obras alemanas que tratan con extensión del final de la batalla son: *La*

difícil decisión, de Wilhelm Adam; *Doktor at Stalingrad*, de Hans Dibold; artículo de Philip Humbert en *Der Spiegel*, n.° 5, 1949; *Stalingrado*, de Theodor Plievier, *y Stalingrado*, de Wieder (véase declaración jurada de Ludwig). Entre muchos libros y artículos rusos acerca de la rendición figuran: *En campañas y batallas*, de P Batov; *Los últimos días*, de V Grinevski, «Krasnaia Zvezda», 2 de febrero de 1963; *Una vez más acerca de la captura del mariscal de campo general Paulus*, de Laskin, *V. I. Z.*, 1.961; *La lucha por el Volga*, de I. Morozov, *La mañana en nuestra victoria*, de K. K. Rokossovski, *Izvestia*, 1 de febrero de 1968; M. S. Shumilov, en *Komsomolskaia Pravda*, 1

de febrero de 1963; *Aquellos días*, de L. A. Vinokur, *Sovietskaia Rossiia, 2* de febrero de 1958; *La batalla*, de P. Vladimirov, *Krasnaia Zvezda , 2* de febrero de 1963. También Rokossovski, Shumilov y Voronov en *La epopeya de Stalingrado*, de Voronov.

Otros: *Después de la batalla*, de Agapov; *La batalla por Stalingrado*, de Chuikov; *Doscientos días furiosos*, de Druzhinin; *Russia at war, 1941-194*?, de A. Werth.

CAPÍTULO XXX

Los DESPOJOS DE LA GUERRA

De entrevistas con Ignati Changar, Tania Shernova, Hersch Gurewicz.

Asimismo *Renace Stalingrado*, de Chuianov, escrito en 1944; y *La batalla de Stalingrado*, el mejor análisis de la destrucción de la ciudad.

CAMPOS DE PRISIONEROS Y CANIBALISMO

De entrevistas con los alemanes citados en los capítulos precedentes y con Felice Bracci y Cristóforo Capone. Asimismo el Diario de Bracci; *Doce años de prisión en la URSS*, de Reginato; *Siete cascotes para el capellán*, de Don Guido Turla y un informe por Giuseppe Aleandri acerca del trato infligido a los prisioneros de guerra del Eje en Rusia.

DOCE AÑOS DESPUÉS.

En setiembre de 1955, Konrad Adenauer, canciller del nuevo gobierno de Alemania Occidental, voló a Moscú para reunirse con los dirigentes de la URSS. Durante sus discusiones, Adenauer sacó a colación un tema muy sensible:

«...Permítanme empezar con el asunto de la liberación de aquellos alemanes aún encarcelados dentro del área o esfera de influencia de la Unión Soviética, o bien de los que se les

impide abandonar dicha zona. Existe el propósito de que se plantee dicho problema desde un principio, dado que es una cuestión que no deja de importar a toda familia alemana. Deseo con todo mi corazón que ustedes comprendan el espíritu con el que deseo abordar este problema. Para mí sólo se trata de un punto de vista humanitario. Es intolerable pensar que —más de diez años después del final de la guerra— haya aún hombres que estén separados de sus familias, de su patria, y de su normal y pacífico trabajo, unos hombres que se vieron envueltos —de una forma u otra— en el torbellino de la guerra. No deben ver ninguna provocación en mis palabras: está fuera de duda que no

se pueden establecer unas relaciones «normales» entre nuestros Estados mientras dicho asunto quede sin resolver. De esa normalización es de lo que estoy hablando. Planteemos claramente un asunto que es una fuente diaria de recuerdos de un pasado lejano y triste.»

El señor Bulganin respondió:

«El canciller federal, señor Adenauer, ha expuesto como primera cuestión la de los prisioneros de guerra. En nuestra opinión se trata de un claro malentendido. No existen prisioneros de guerra alemanes en toda la Unión Soviética. Todos los prisioneros de guerra alemanes fueron liberados y

repatriados. En la Unión Soviética sólo existen criminales de guerra de los antiguos ejércitos de Hitler, criminales que fueron juzgados por tribunales soviéticos por crímenes especialmente graves contra el pueblo soviético, contra la paz y contra la Humanidad. En efecto, 9.626 hombres han sido retenidos hasta el 1 de septiembre (unos dos mil de ellos lucharon en Stalingrado). Pero dichos hombres deben ser retenidos en la cárcel por criminales, según las normas y reglas más humanas. Se trata de hombres que perdieron su compostura humana; son hombres culpables de atrocidades, de incendios, de asesinatos perpetrados contra mujeres, niños y ancianos. Fueron

debidamente sentenciados por tribunales soviéticos y no pueden ser considerados prisioneros de guerra.

»El pueblo soviético no puede olvidar los crímenes capitales cometidos por esos elementos criminales, como, por ejemplo, el fusilamiento de siete mil hombres en Kiev, en Babi Yar. No podernos olvidar ese millón de personas que fueron gaseadas y quemadas. Nadie puede olvidar las toneladas de cabello que fueron cortados (y clasificados) a mujeres torturadas hasta la muerte. Existen muchos que presenciaron lo sucedido en Maidanek. En los campos de Maidanek y Auschwitz más de cinco millones y medio de personas, todas inocentes, fueron asesinadas. El pueblo

ucraniano nunca olvidará aquellas personas inocentes asesinadas en Jarkov, donde fueron fusilados o gaseados miles de seres humanos. Podría mencionar los campos de concentración de Smolensko, Krasnodar, Stavropol, Lvov, Poltava, Nóvgorod, Oriol, Rovno, Kaunas, Riga —y muchos otros— donde cientos de miles de ciudadanos soviéticos fueron torturados hasta la muerte por los fascistas de Hitler. No podemos olvidar aquellas gentes inocentes, asesinadas, gaseadas y enterradas vivas; no podemos olvidar las ciudades y aldeas abrasadas, las mujeres, muchachos y niños asesinados. Y esos 9.626 hombres que he mencionado son criminales que

cometieron tales monstruosos crímenes...»

Adenauer respondió rápidamente:

«Así, pues, señor Primer Ministro, usted ha hablado acerca de prisioneros de guerra. Permítanme que llame su atención sobre el hecho de que, en mis declaraciones de ayer, las palabras "prisioneros de guerra" no fueron mencionadas. Evité a propósito dicha expresión. Si usted examina atentamente mis declaraciones, verá que hablaba en realidad de "personas que eran retenidas". Usted ha mencionado "criminales de guerra" y sentencias dictadas por tribunales soviéticos.

Hemos tenido hechos similares en nuestras relaciones con Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. Pero dichos Estados han llegado a la conclusión de que las sentencias dictadas en aquellos países en el primer período de posguerra no estaban libres de las emociones propias de la atmósfera de aquel momento específico...

»Se han cometido muchas maldades.

»Esto es cierto: las tropas alemanas invadieron Rusia. Y también esto es cierto: se cometieron muchas maldades. Pero también esto es cierto: los ejércitos rusos invadieron Alemania —para su defensa, lo admito sin vacilar— y sucedieron también muchas cosas horribles en Alemania durante la guerra.

Creo que, si entramos en un nuevo período en nuestras relaciones —y esto es lo que queremos realmente—, no debemos mirar tan de cerca el pasado, pues de ese modo sólo comenzaremos a levantar obstáculos.»

El Primer Ministro Nikita Jruschov atacó vehementemente los puntos de vista de Adenauer:

«Señor canciller, usted ha dicho al final de su declaración que los soldados soviéticos, cuando cruzaron las fronteras soviéticas y penetraron profundamente en su país, también cometieron crímenes; debo rechazarlo categóricamente, pues esto no fue el

caso y la parte alemana no puede presentar ninguna prueba de ello *[nota del autor*, aquí Jruschov omitió la verdad]. Los soldados soviéticos expulsaron a las otras tropas de su país y las persiguieron, cuando no quisieron rendirse. Si hubiésemos dejado en paz a dichas tropas, podrían haberse preparado para otra invasión. No nos podíamos detener a mitad de camino, sino que debíamos destruir al enemigo que se atrevió a alzar sus armas contra nosotros. Por ello los soldados soviéticos cumplieron con su sagrado deber hacia su patria al continuar aquella guerra y sacrificar sus vidas. ¿Eso son horrores? Si unas tropas hubiesen invadido Alemania, y

Alemania se hubiese defendido y hubiesen destruido al enemigo, ¿diría usted que eso son horrores? Habría sido un sagrado deber de Alemania. Por esas razones, soy de la opinión de que se ha hecho una observación insultante contra los soldados soviéticos. Y ello me obliga a hacer esta declaración.»

El 14 de septiembre, Adenauer celebró una conferencia de Prensa en Moscú:

«... El Gobierno soviético —los señores Bulganin y Jruschov— han declarado expresamente durante las negociaciones que, en la Unión Soviética, ya no existen prisioneros de

guerra alemanes, sino 9.626 criminales de guerra convictos, según dicen ellos.

»Todos abandonarán la Unión Soviética en un próximo futuro. Serán parcialmente amnistiados y liberados; en tanto la Unión Soviética crea que cometieron graves crímenes, serán objeto de extradición a Alemania para ser tratados según las leyes de nuestro país. Creo que esto aliviará muchas pesadumbres, no sólo a esas casi diez mil personas que están aquí en la Unión Soviética, sino también a sus numerosos parientes en nuestro país. Ahora debo también informar de que su Primer Ministro Bulganin me ha dicho —y me ha autorizado a decírselo a ustedes— que toda esta acción empezará incluso

antes de que hayamos llegado a Bonn...»

De este modo, los últimos prisioneros de Stalingrado empezaron su viaje final hasta el hogar desde los campos soviéticos de prisioneros.

— oOo —

---

notes

Notas a pie de página

1. Durante este período, Stalin recibió al primer ministro británico Winston Churchill, que había volado a Moscú con malas noticias: los Aliados no estaban preparados para realizar una invasión a través del canal en 1942. Al oír esto, Stalin se puso furioso, pero se apaciguó algo cuando Churchill, al que acompañaba Averell Harriman, le reveló los planes para la invasión del norte de África (Operación Torch), que se proyectaba para el próximo noviembre.

2. Jruschov (Kruschev) pretendía

haber llamado a la dacha de Stalin para pedir permiso a fin de detener la ofensiva soviética y afirmaba que Malenkov le transmitió la orden de Stalin de continuar el ataque. El mariscal Zhúkov niega esto en sus Memorias, haciendo la acusación de que, en realidad, Jruschov incitó a Stalin a que desoyera las advertencias sobre un posible desastre y a que continuara el ataque.

3. Más tarde, Golikov se quejó amargamente a Stalin acerca del trato que sufrió por parte de Jruschov y Yeremenko. El primer ministro estuvo a punto de relevar a Yeremenko de su cargo. La situación sólo quedó aclarada cuando Jruschov le contó a Stalin la

cobarde conducta de Golikov.

4. La misión de Eismann originó controversias entre los jefes alemanes. El mariscal de campo Manstein dijo que el informe de Eismann sobre la conferencia le convenció de que Paulus y Schmidt no intentaban abrirse camino bajo las condiciones existentes. Arthur Schmidt había descartado esta conclusión al apuntar que él y Paulus habían bosquejado meramente los tremendos problemas con los que se enfrentaban sin tener un adecuado suministro aéreo. Además, Schmidt creía que Manstein empleaba las observaciones del «sumiso» comandante para justificar sus acciones posteriores. Friedrich von Paulus nunca se refirió en

público a la visita de Eismann, para crear de este modo la impresión de que él no concedía a todo ello ninguna importancia en particular. No existen en los archivos registros taquigráficos de dicha conferencia.

5. Unas cuantas se salvaron y fueron publicadas después de la guerra.

6. Aunque malherido tras su intento de huida, su hijo sobrevivió.

7. El honor de capturar a Paulus originó furibundas rivalidades entre los oficiales del Ejército Rojo. En los recuerdos de posguerra, algunos generales inferiores y coroneles alegaron que ellos habían recibido la rendición de Paulus en el sótano de Univermag. En casi todos esos relatos se

minimizó el papel del teniente Fiodor Yelchenko.

8. En el original inglés no figura referencia alguna a Rubén Ibárruri en este capítulo ni en los anteriores o posteriores. (N. del E.)